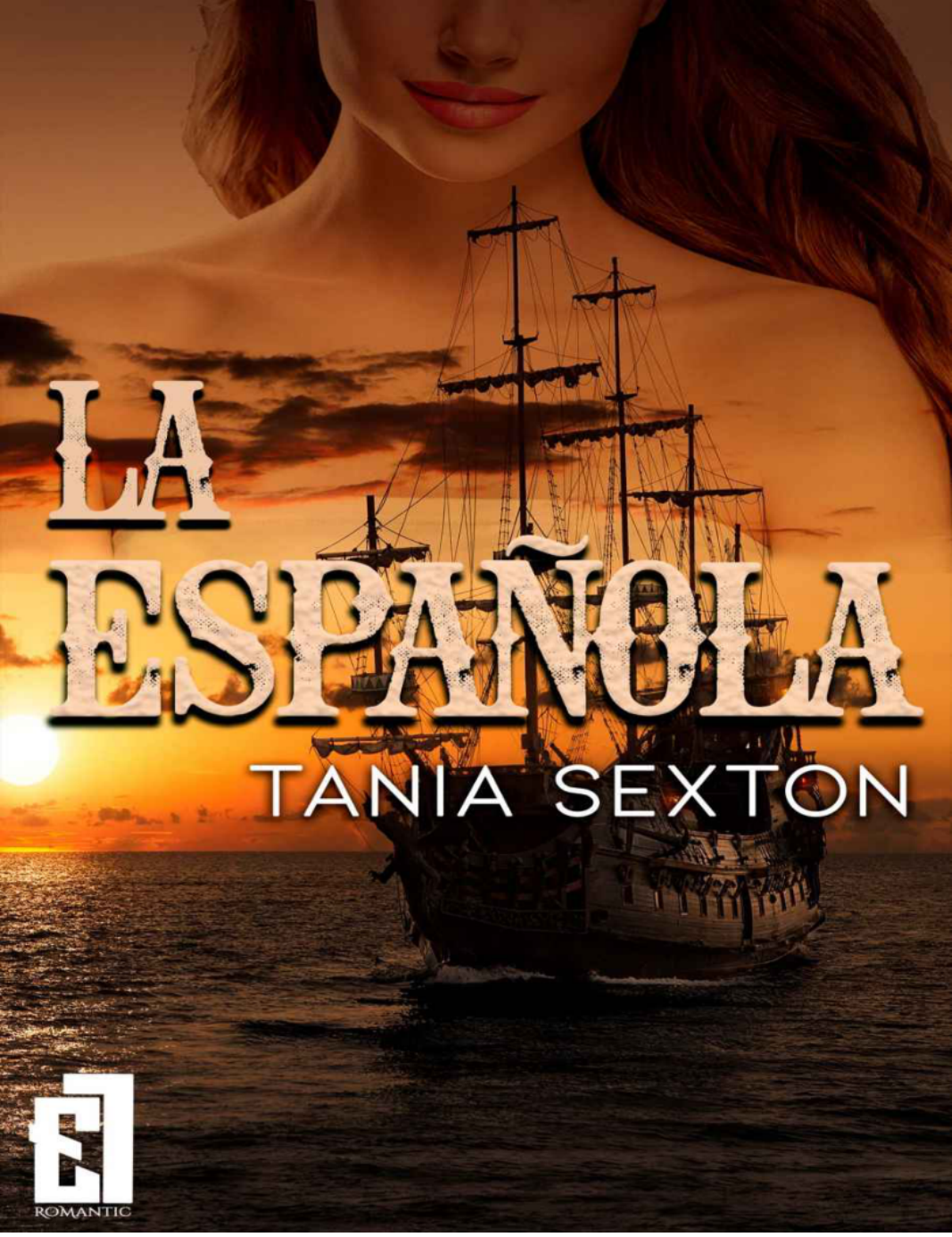

LA
ESPAÑOLA
TANIA SEXTON
ROMANTIC

La española

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Tania Sexton 2021
© Entre Libros Editorial LxL 2021
www.editoriallxl.com
04240, Almería (España)

Primera edición: noviembre 2021
Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 978-84-18748-19-6

La española

Tania Sexton

índice

Nota de la autora

Agradecimientos

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

FIN

Biografía de la autora

Nota de la autora

En esta novela se utilizan con frecuencia los adjetivos: indígena, mestizo, negro, etcétera, tanto de una forma coloquial como despectiva, pues en la época y lugares que transcurre al esclavitud era común. No podemos obviar la historia. No debemos esconderla con palabras bonitas u otros adjetivos más diplomáticos.

La ausencia de afecto, bondad, caridad o principios morales es una muestra de maldad.

Cualquier tipo de esclavitud es una maldad.

Agradecimientos

A lo largo de este tiempo he tenido el placer de conocer, personal o virtualmente, a personas maravillosas, quienes me han hecho crecer como escritora y me han ayudado de una forma u otra a dar a conocer mis libros. No hay palabras suficientes para daros las gracias: por leerme, por dejar vuestras reseñas en las plataformas, por realizar preciosas composiciones con las portadas de mis novelas y por hacer comentarios en las redes de lo mucho que os ha gustado un libro, del poco tiempo que habéis tardado en leerlo o preguntando cuándo saldrá el próximo.

Es tan gratificante, y sois tan amables, que a veces me quedo sin saber qué decir. Podría poner nombres y apellidos, pero no quiero dejarme a nadie en el tintero, y las y los que me conocéis sabéis que os lo agradezco con todo mi corazón.

Aquí tenéis *La Española*, con Entre Libros Editorial. Y como siempre, porque no puede ser de otra forma y ya llevamos unas cuantas novelas juntas, le doy las gracias infinitas por su excelente trabajo y por la confianza depositada en mí.

Espero que os guste, que disfrutéis con esta historia… ¡Ah! Y no os enfadéis mucho con el protagonista. Ya sabéis que en 1790 las cosas no eran como ahora.

Buena lectura, y cuidaos mucho, que la COVID-19 no perdona.

Tania Sexton

Introducción

Pasaron dos días más y ella se impacientó.

—¿Cuánto tiempo tenemos que estar aquí? A este paso, Valery morirá.

El hombre se levantó del sillón y se acercó a ella de una manera lenta y amenazante. Llevaba varios días sin afeitarse y sin cambiarse de ropa.

—Estaremos aquí el tiempo que yo quiera, mi reina.

—No te comprendo. ¿Qué significa todo esto?

El hombre paseó por la habitación. Después de considerar lo que iba a decir, la miró detenidamente.

—¿Te has parado a pensar, querida Carolina, que todas las mujeres hermosas resultan… resultáis ser unas perras, literalmente?

«Lo sabe, lo sabe, lo sabe».

Carol no contestó. Como un rayo de luz, vio, comprendió, que el hombre estaba al corriente. Puso el semblante serio y digno de una mujer honrada y le plantó cara.

Capítulo 1

Cádiz, 1790

Hacía calor, había humedad y se echaba de menos ese aire que traía el levante; cuánto habría dado la muchacha por tener ese fresquito que hacía de los veranos algo placentero y agradable hasta la sensualidad. De todos modos, aun haciendo calor ese día, y el anterior, y seguramente el siguiente, podía darse con un canto en los dientes y agradecer no estar en Sevilla. Eso sí que era calor. Ni el abanico ni el agua podrían satisfacer su agobio cuando visitaba la ciudad; mejor en esta esquinita de la península, a la ribera del Atlántico, en la Tacita de Plata. «Pero eso ya no va a durar», pensó la muchacha. Tenían que abandonar la casa. Y, lo que era peor, la ciudad, el país. Solo de pensarlo le entraban los siete males. ¿Qué iba a ser de ellas? ¿Qué se encontrarían al otro lado del océano? ¿Dónde demonios estaría el viejo hermano y en qué condiciones lo encontrarían? Su madrina era tan optimista que todo lo veía de color rosa.

—No te preocupes, cielo. Todo va a salir bien. Tenemos hasta el lunes, cuando vendrán los nuevos dueños, y ese mismo día por la tarde embarcaremos para Nueva España. Ya verás qué bien. Una nueva vida y nuevas experiencias —eran las palabras de la vieja madrina de Carolina. Que no es que fuera tan vieja, ya que andaba por los sesenta; pero eso sí, muy mal llevados, por dentro y por fuera.

La pequeña Carol tenía ocho años cuando sus padres murieron en un incendio y Anastasia, la madrina, se hizo cargo de ella. Nunca se llegó a saber qué ocurrió en ese incendio, pero lo cierto fue que una noche de fiesta, de vicios y mucho licor, cayó un candelabro al suelo, originando la catástrofe. Tal era el estado de embriaguez de todos los que allí se encontraban, que no se salvó nadie. La pequeña estaba en casa de la madrina, como siempre que sus progenitores organizaban fiestas, cenas y demás eventos y no deseaban que la niña les fastidiase la velada, a pesar de tener doncellas, nodrizas e institutrices que se ocupaban de ella. Los criados que vivían en la casa también perecieron, y la bonita mansión quedó completamente destruida, afectando a las casas adyacentes, aunque sin causar muchos estragos gracias al terreno que las circundaba. De ese modo, como no hubo

familiares que la reclamasen, ni por parte del padre español ni de la madre inglesa, fue la madrina la que se hizo cargo de esa preciosa niña que hablaba inglés con la misma fluidez que el español, y la acogió como a una hija.

Estaban sentadas en bellos sillones de bambú, en el patio interior de la hermosa casa que dejaría de ser de ellas en pocos días. Las enormes macetas desprendían olores a cuál más atrayente. Pequeños limoneros, naranjos y lilas, entre hermosas palmeras, ocupaban sus correspondientes tiestos de terracota, algunos de ellos agrietados y hasta rotos por la fuerza de las raíces al querer salir de esa esclavitud.

La ruina era total. El marido de Anastasia, Paco, don Paco para los amigos, había practicado la mala vida en los últimos años, dilapidando la fortuna familiar, para terminar muriéndose dos meses antes debido a las heridas causadas por un bandolero en las cercanías de Ronda. Ni una perra; todo había volado en las manos del viejo vividor, de quien uno de sus lemas era: «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy». Por supuesto, no se refería al trabajo. Pero Anastasia no se lo pensó ni un solo minuto. Tenían que ir a Nueva España, donde contaba con un hermano mayor que ella que vivía en Veracruz y era rico. Él las acogería en su casa, y ellas, a cambio, lo cuidarían y le harían compañía, puesto que nunca se casó. En la última carta que recibió —hacía algún tiempo, la verdad sea dicha—, le comunicaba que le gustaría mucho recibirlas en su humilde casa y que agradecería al Santísimo tener a su familia consigo, en especial a esas alturas, cuando la muerte acechaba en cada esquina y a cada momento. Ante esas palabras escritas, la interpretación de Anastasia fue que, como su hermano tendría cerca de los setenta, estaría deseoso de tener a los seres queridos a su lado al ver tan cercana la muerte y estando tan alejado de la madre patria.

Carol se levantó de un salto, haciendo que su hermoso cabello cobrizo se moviera a su compás y que los nervios que intentaba mantener a raya salieran expulsados como rayos con el movimiento de su esbelto cuerpo y de esa melena copiosa.

—No te pongas así, pequeña. Mi santa nos protege —le dijo con suavidad la mujer, provocando que la joven la mirara de reojo y pensara que chocheaba, sabiendo la devoción que sentía por santa Anastasia. Desde pequeña había oído una y otra vez la historia de cómo la santa siguió a san Pablo cuando predicó el Evangelio en Valencia y presenció el martirio del apóstol en Roma. Y, para colmo de males, murió martirizada cruelmente por orden de Nerón.

—Vamos a meternos en la boca del lobo, y la santa no estará allí para solucionarnos la papeleta. Viajaremos al otro lado del mar, a un sitio salvaje, y no sabemos lo que vamos a encontrarnos —soltó la joven muy exaltada—. Y tú te lo tomas como si fuera una merienda

campestre.

—Pero, niña, ese sitio está lleno de españoles como nosotras, que viven muy bien porque son los amos. Y cuando lleguemos, estaremos como reinas. Sobre todo tú, hija mía. Con esa cara y ese cuerpo, vas a conseguir al hombre que quieras, el que más te guste, y encima que sea muy rico.

La muchacha abrió sus ojos verdes, moviendo esas pestañas negras como el carbón.

—De eso ni hablar. No quiero complicarme la vida con el primero que aparezca.

—El primero que aparezca no. Pero tú misma te darás cuenta, tarde o temprano, de que un hombre a tu lado interesa.

—Sí, como don Paco, que se gastó toda la fortuna, y ahora mira cómo nos vemos. Si tú hubieras administrado el dinero, otro gallo cantaría.

—Carol, Carol, no seas tan fría y calculadora. Las cosas pasan por algo, siempre por algo. Y, seguramente, el futuro que nos espera, sobre todo a ti, será de lo más excitante y prometedor, ya lo verás. Ten confianza. Ten confianza, criatura. Anda, vamos a comer.

Sí, podría decirse que la muchacha era, a sus dieciocho años, fría en muchos aspectos, provocado en su mayoría por la obediencia que había visto en la madrina hacia el viejo marido. Prácticamente, todas las mujeres se encontraban en esa situación, ya que ellos tenían el mando y la mujer quedaba relegada a un segundo puesto. Las excepciones existían, por supuesto, pero no era lo habitual. Carol conocía a más de una dama que llevaba la batuta en su casa, en su matrimonio y hasta en la administración monetaria, pero no era lo normal. A los hombres les gustaba dominar, mandar y sentirse superiores a las mujeres, y más de uno tenía la mano larga; muy larga, de hecho. No, a ella no le seducía pertenecer a un hombre para tener que obedecer y cumplir sus deseos como si fueran mandatos de Dios. Faltaban diez años para entrar en el siglo XIX, ¿por qué debían seguir aguantando todos esos insultos, bajezas e improperios por el hecho de haber nacido mujeres? Las mujeres —no todas, aunque sí muchas— eran más listas, más inteligentes y más duras —no en el sentido físico, por supuesto, pero sí en fortaleza interna— que los engreídos hombres. Y ella, Carolina Montiel Whitman, no necesitaba de ningún hombre que la mangonease y la mirase por encima del hombro, creyéndose superior.

Don Paco ya quiso casarla a los dieciséis años recién cumplidos con un rico ganadero llamado Carlos Sotomayor. En la primera cita, él, incitado por la belleza de la muchacha, imaginó que tenía todos los derechos del mundo, y ni corto ni perezoso quiso tocarla y manosearla. Carol, enfurecida como un toro bravo, se levantó del sofá.

Le pegó tal patada en la espinilla que al hombre se le quitaron las ganas de repetir la visita, y ni se planteó que don Paco le diera una buena reprimenda, pensando que esa joven medio española y medio inglesa era demasiado salvaje para su salud. Don Paco no mandó más visitas, esperando y deseando que la muchacha madurase un poco y se volviera más tranquila y pacífica. Pero Carol no se consideraba salvaje en absoluto. Era inteligente y prudente. Y con esas cualidades, esa noche pensaba con temor y con cierta desazón en el viaje que les aguardaba. La salud de la madrina no era todo lo buena que cabía desear, con dolencias de todo tipo. Anastasia no tuvo hijos, pero sí muchos abortos que le habían dejado huella por dentro y por fuera.

Llamaron a la puerta y ella quitó los malos pensamientos de su cabeza, al menos durante unos minutos.

—¿Puedo pasar, señorita Carol?

—Adelante, Juana.

La criada, tres años mayor que Carolina y con un cuerpo regordete, entró en la alcoba y se quedó plantada delante de la joven.

—Señorita, estaba pensando que, si se marchan, me quedaré sola. Y para eso…, pues yo… —No terminó la frase. Mientras, se retorcía las manos, toscas y grandes, y se miraba las puntas de las zapatillas.

—Termina, Juana —la alentó la joven dama, con una hermosa sonrisa.

—Pues que… podría irme con ustedes. A fin de cuentas, no tengo familia aquí, y a la que tengo en Huelva le da lo mismo si muero o me tiro por un acantilado. Así que… —Dejó la frase sin terminar al tiempo que se pasaba la mano por el cabello castaño, sin brillo y no muy abundante, sin darse cuenta del efecto protector que provocaba en su ama.

—Se lo diré a la madrina. No creo que ponga inconvenientes —declaró la muchacha, jugando con los dedos y sin dejar de mirar a la criada—. Ahora vete a dormir. Mañana hay que hacer el equipaje.

—Sí, señorita. Hasta mañana —se despidió la criada. Se dio la vuelta y cerró la puerta con delicadeza.

Qué pena. Dejar España, dejar Cádiz. Cuánto echaría en falta su tierra, su Tacita de Plata, ese acento andaluz, tan cerrado algunas veces que hacía que los extranjeros que hablaban el idioma no se enterasen de la misa la mitad. Se sentía española por los cuatro costados, a pesar de que toda su rama materna era inglesa. Su padre, sevillano y guapo a rabiar, con una educación exquisita, hablando un castellano perfecto, un inglés decente y un francés mejorable, conoció a la inglesa en Madrid y se enamoraron en el acto. Don Luis Montiel de Olivares, de negocios en la capital, lo que menos esperaba, lo encontró: el amor. Volvió a Cádiz con esposa: Isabel Whitman, la institutriz de una familia inglesa que pasaba una temporada en la

ciudad y que no dudó en abandonarlos para irse con ese hombre tan guapo y, además, rico.

Había heredado los ojos verdes del padre, verdes como esmeraldas, y el cabello cobrizo de la madre. No llegaba a ser rojo, tampoco castaño, pero sí un veteado de ambos que al sol brillaba de una manera escandalosa y en el interior de una habitación iluminaba su rostro, haciendo que esos ojos verdes se vieran resplandecientes como luceros. Sus facciones eran una mezcla hispana y anglosajona, con pómulos marcados y altos, nariz pequeña y recta y ojos grandes y rasgados, enmarcados en unas largas y espesas pestañas negras como tizones. Pero si los ojos llamaban la atención, la boca era por sí sola llamativa y sensual: carnosa y un poco grande, que provocaba la mirada de los hombres, deseando probarla. No era demasiado alta, pero tampoco baja, y teniendo en cuenta que le gustaba ir bien tiesa y estirada, conseguía miradas y murmullos envidiosos de muchas que deseaban ser como Carolina Montiel.

La joven se metió en su cama, decidiendo no dar más vueltas a sus pensamientos y poniendo su destino en manos de Dios. Pero pensó que realmente el destino lo controla él, o lo trazamos nosotros con nuestros actos; o lo que es peor, con los actos de los demás. «No pienses en ello, Carol, no pienses en cosas malas. Déjate llevar por el optimismo de la madrina y piensa que todo va a salir bien. Todo».

El coche se movía deprisa. Al estar descubierto, hacía que se levantara una ligera brisa que refrescaba la noche de una forma agradable para Carol y Juana, aunque demasiado fresca para la madrina. De ese modo, la tomó con la bonachona criada, preguntándole si había guardado tal cosa o tal prenda. La criada le contestó que no se preocupase, que estaba todo en orden, a lo que la anciana replicó que, teniendo en cuenta su mala cabeza, era posible que faltaran la mitad de las cosas. En respuesta, la criada le juró por todos los santos que había en el cielo que todo estaba a buen recaudo en los baúles y que llegaría en perfectas condiciones al Nuevo Mundo, lo que provocó que Anastasia le contestase que lo dudaba mucho y que ya se vería al final del viaje. Fue Carolina la que tuvo que poner paz entre las dos y asegurarle a su madrina que todo estaba en orden, dando por concluido el tira y afloja de las dos mujeres.

Llegaron al puerto y el cochero se acercó todo lo que pudo hasta las inmediaciones del inmenso galeón inglés. Bajó los baúles primero y ayudó a las damas después. Pero Juana no atendió a la ayuda del hombre, ya que permanecía embobada mirando el majestuoso barco y preguntándose cómo esas moles de madera podían permanecer a flote y no sucumbir en las aguas oscuras y amenazantes. Fue la madrina la que la achuchó y le dijo que no abriera la boca como una tonta,

puesto que no era el primer barco que veía en la vida.

—Vives en una ciudad marítima, tontuela, no vienes de la montaña. Además, ¿en qué piensas que vamos a cruzar el océano?, ¿en canoa? ¡Venga y muévete! No, si aún voy a arrepentirme de llevarte con nosotras —se quejó la mujer mientras miraba cómo los marineros ingleses subían los baúles y controlaba que no se dejasen ninguno.

Pues solo faltaba eso: que después de lo único que les quedaba, únicamente sus ropas y enseres personales más algún recuerdo, se quedara algo en tierra. No, de eso nada. Ella estaría atenta para evitar que eso ocurriera, y para impedir también que los del barco dijeran que solo se habían subido cuatro cuando en realidad iban seis. Ella era vieja y estaba de vuelta de todo, y no se fiaba ni de su sombra, así que de los ingleses menos, por muchos registros que llevaran. Además, ya solo los baúles valían un dineral; ya lo creía. Estaban fabricados con las mejores maderas y trabajados por los mejores artesanos. Y por dentro, una maravilla, forrados con las mejores sedas, y hasta tenían cajoncitos pequeños y otros más grandes. «Un dineral valen», pensaba la madrina, por lo que no los perdería de vista ni un solo momento. Y para que no hubiera equívocos, y como chapurreaba algo de inglés, que para eso se lo había enseñado su ahijada, le dijo a uno de los marinos que iban seis baúles y cuatro bolsos de viaje; a ver si, como era de noche, no iban a controlar bien, perdiéndolos o endosándoselos a otros pasajeros.

—Y nuestros bultos van marcados todos. To-dos —le repitió con lentitud al hombre—. Carolina Montiel Whitman. Ese nombre figura en todo nuestro equipaje: seis baúles y cuatro bolsos de viaje.

El hombre la miró con cara de circunstancia. Aunque el inglés de la vieja era bastante raro, la entendió perfectamente y le dijo que estuviera tranquila, que nada se perdería.

Una vez que estuvo controlado ese apartado, subió con más tranquilidad al enorme barco, seguida por su ahijada y por una nerviosa criada, con los ojos abiertos como platos y mirando a derecha, izquierda, al frente y a su espalda. Y cuando sus oídos escucharon la voz de un hombre, que debía ser el capitán y les hablaba en un español entendible pero con mucho acento, respiró con algo más de tranquilidad. Siempre que un extranjero hablaba el idioma de la patria, Juana sentía que el mundo estaba en orden, por lo menos el suyo. Murray; ese era el nombre, apellido o lo que fuera, ya que a ella le daba igual. Y, como siempre, contempló como los hombres, fueran del país que fuesen, devoraban a la señorita con sus ojos y la envolvían con las palabras más amables y encantadoras. Y este Murray no iba a ser menos.

—Es un placer tenerlas aquí, señoras. —Besó la mano de la mayor,

pero sus ojos no dejaban de mirar a la joven—. Supongo que esta bella señorita es su ahijada. —Sonrió, dejando caer la mano de la mujer y cogiendo entre sus grandes manos la pequeña y delgada, que desapareció engullida entre las del hombre.

—Así es, capitán Murray. Y, además, habla su idioma tan bien como usted, como podrá comprobar. Pero no olvide que el motivo de este viaje es para llevarla junto a su esposo, que se encuentra en Veracruz.

El hombre besó la mano de la joven y sus pícaros ojos sonrieron, al igual que sus labios.

—Afortunado ese caballero, dichoso por la dulce espera y deseoso de que llegue a su lado. Envidio a ese hombre —murmuró, mirando a Carol intensamente, lo que provocó el sofoco de la joven. Enseguida, mandó a un muchacho que no tendría más de doce años acompañarlas hasta los camarotes asignados.

El galeón tenía muchos años, pero después de comprárselo a los ingleses, había permanecido en dique seco durante más de seis, en Lisboa, ya que su dueño era un portugués casado con una inglesa de buena familia y con muchos contactos dentro del mundo de los astilleros. De ese modo, podría decirse que el hermoso barco no carecía de nada y que, aun siendo un poco pesado para la navegación, comparado con las naves que se construían en la actualidad, era muy acto para surcar el océano y hacer esa travesía con pasajeros y con mercancía, tanto a la ida como a la vuelta.

Las tres mujeres siguieron al muchacho, que llevaba los bolsos de viaje mientras les comunicaba que los baúles pronto se encontrarían en sus camarotes. Entretanto, Carolina se fijaba en los múltiples gatos que rondaban por la cubierta principal para mantener a los ratones y a las ratas a raya. A medida que bajaban la estrecha escala del alcázar y el castillo de proa hacia la cubierta inferior, el chico iba diciéndoles en inglés que los pocos pasajeros que hacían el viaje se alojaban en esa zona y que, aunque los camarotes no fueran muy espaciosos, eran cómodos y muy limpios. La madrina, que se agarraba al hombro de la criada para no caerse de morros, le daba a la cabeza, deseando que fuera así, pues los precios de los pasajes valían lo suyo como para que todo estuviera como los chorros del oro, y esperaba que los aposentos de ellas fuesen mejor que los de los otros viajeros, a quienes, por cierto, no conocía. También estarían justo debajo del camarote del capitán, lo cual era de agradecer, para así no tener que estar moviéndose de un sitio a otro y tener que codearse con esos marineros ingleses, portugueses y vete tú a saber de qué otros sitios más.

Entraron, y el muchacho mostró una hermosa sonrisa al tiempo que dejaba los bolsos en un rincón y les repetía que los baúles llegarían de un momento a otro. Cerró la puerta y las dejó solas.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso del esposo?

—Pues está claro, criatura. Diciendo eso, es más difícil que te molesten los hombres, especialmente el capitán. Ya viste cómo te miraba, ¿o no?

—Tal vez tengas razón —le contestó la muchacha, dándole un beso en la arrugada mejilla. La criada miraba a sus dos amas—. Anda, Juana, vamos a organizar un poco todo esto —añadió, escrutando con expresivos ojos todo lo que las rodeaba.

Las tres tenían que compartir camarote. La litera de abajo, para la madrina; la de arriba, para Carolina, y un pequeño camastro escondido debajo de la litera inferior sería el lecho de la regordeta criada. Un pequeño lavabo se escondía detrás de un mamparo, donde también se hallaba un receptáculo tipo sillón para hacer las necesidades, abrir las puertecitas debajo del asiento y limpiar adecuadamente, pero sin necesidad de nada más, ya que los deshechos se evacuaban directamente al mar, al igual que otras cabinas retrete, que servían para los oficiales del barco, situadas en las galerías laterales de popa y dejando los retretes de la marinería y de los soldados en el castillo de proa. La madrina miró con buenos ojos el excusado, dando buena cuenta de las dimensiones para que su trasero, que no era pequeño, cupiera en ese espacio y al mismo tiempo pudiera tomarse su tiempo si su cuerpo así lo requería.

Los baúles llegaron y no hubo quejas por parte de Anastasia; se colocaron en puntos estratégicos para evitar los movimientos indeseados. Se dispusieron a tomar algún alimento que habían traído y después se acostaron, arrulladas por el movimiento del barco, que abandonó el muelle y se hizo a la mar. Carolina agradeció la oscuridad y no tener que ver cómo su adorada tierra desaparecía de su vista, aunque no de su corazón. No pudo evitar que se le hiciera un nudo en la garganta y que deseara soltar unas lágrimas de tristeza y, por qué no, de impotencia; pero fue imposible. La madrina y la criada se habían enzarzado en otra discusión sobre si todo estaba en su lugar y si no se llevarían la desagradable sorpresa cuando llegaran a tierras americanas de que faltaba alguna cosa o, peor todavía, muchas cosas. En ningún momento se pusieron sensibleras y en ningún momento se les ocurrió mirar por la pequeña ventana para intentar ver algo, luces u otros barcos anclados en el puerto. Nada; solo la voz potente de la madrina refunfuñando y la pobre criada replicando para defenderse. Carol las dejó hablar hasta que se cansaron. Cuando se hallaban dormidas y los ronquidos de Anastasia llenaban el ambiente del camarote, unas lágrimas se escaparon de sus bellos ojos. Sin embargo, no salió lamento alguno de sus labios, solo una pequeña y silenciosa plegaria para que, cuando llegaran a esa ciudad llamada Veracruz, todo fuera sobre ruedas.

Llevaban más de una semana navegando. Se habían encontrado con un mar tranquilo y un tiempo espléndido.

—Estamos teniendo un buen viaje. Y aunque es demasiado pronto para decirlo —comentaba el capitán—, creo que, si seguimos con estos vientos favorables, tardaremos menos de lo esperado.

—Mientras no tengamos esas tormentas salvajes donde se muere todo el mundo… —murmuró Juana sin poder evitarlo, ya que a nadie le interesaban los pensamientos de una criada, y menos al capitán, que solo tenía ojos para la bella española.

—Aquí no va a morirse nadie —intervino Anastasia, fulminando con la mirada a la pobre Juana—. En todo caso, la única que puede morirse soy yo. Y no de un naufragio, sino de un ataque de reúma.

—Vamos, madrina, estás estupendamente.

El capitán miró a las mujeres, que se disponían a dejar la cubierta principal para bajar a su camarote, y se recreó mirando a la joven, pero volviendo la mirada cada dos por tres a la vieja madrina y sonriéndole sin parar, siendo más simpático de lo que era habitual.

—Señoras, me gustaría que esta noche cenaran en mi camarote.

Las comidas eran llevadas a los camarotes de los viajeros, y de vez en cuando se hacía la invitación para acudir a la estancia espaciosa y lujosamente amueblada del capitán. A él le habría gustado tener a la preciosa joven cenando todas las noches, pero la vieja había estado indispuesta los primeros días y la muchacha no se separó de ella. En esos momentos, la vieja urraca ya parecía restablecida y respondona, como siempre, y estarían dispuestas a acudir a su encuentro.

—¿Estamos todos invitados, capitán Murray? —le preguntó Carol, haciendo que los ojos claros del hombre se clavaran en ella como un imán.

—Me temo que los otros viajeros no tienen muchos deseos de socializar. Y si le soy sincero, querida señorita, lo prefiero. Esas fieras que tienen por hijos están mejor encerrados. Y, a poder ser, atados en sus camarotes.

La risilla de la criada se escuchó detrás de Carolina, provocando que la madrina le echara una mirada fulminante pero que, a pesar de ello, le diera la razón al capitán.

Los otros pasajeros eran una familia formada por un matrimonio español y cinco chiquillos a cuál más ruidoso, y dos criadas para poder sujetar a tanta chiquillería. Venían de una estancia en Cádiz por asuntos familiares, y volvían a Nueva España, donde tenían su casa.

—Hasta las seis, señoras. —Fue una orden, no una petición. Y viendo cómo las mujeres daban media vuelta y cerraban las sombrillas para bajar la escala, deseó con todo su ser que esa preciosa hembra hubiera viajado con la única compañía de la tontorrona criada y no

con la urraca vigilante y protectora.
Esa noche, Carol iba a ponerse un vestido verde con varios volantes, pero la cabeza de su madrina comenzó a moverse de manera automática.

—No creo que sea lo más apropiado. Llama mucho la atención.

Juana observaba atentamente y se escondía en un segundo plano para no ser objeto de las quejas de la mujer.

—Madrina, vamos juntas, no se atreverá…

—No, no y no. Es como ponerle un dulce en las narices y decirle: «Lo verás, pero no lo catarás».

Carol no necesitó más palabras.

—Está bien. Me pondré el marrón.

Esta vez, la madrina movió la cabeza en señal de afirmación, y la criada hizo lo mismo. «Si con el vestido marrón llama la atención, no hay necesidad de ponerse ese vestido de seda, con toda la falda de volantes y un profundo escote que deja al descubierto la mitad de sus pechos jóvenes, llenos y tiesos», pensó la criada. A cualquier hombre, viejo, joven o como fuera, se le saldrían los ojos de sus órbitas admirando esas redondeces y deseando ver lo que estuviera cubierto. Y ella, que veía desnuda a su joven ama desde hacía más de cinco años, sabía de sobra lo que escondía todas las capas de ropa, como también que sería la delicia de cualquier hombre. Así que, por esa vez, tendría que darle la razón a la madrina; en silencio, por supuesto, ya que nadie le pedía opinión, pero pensaba igual que ella. Lo más prudente sería utilizar los vestidos más austeros. Ya tendría tiempo de darles aire cuando llegaran a ese sitio… ¿Cómo se llamaba?… Ah, sí, Vera y Cruz. Sí, se dijo Juana. Era fácil, muy fácil: Veracruz.

El tiempo fue transcurriendo y la vida en el barco se hizo aburrida y monótona, haciendo que Carol estuviera nerviosa e inquieta. Varias veces tuvo que quitarse de encima las manos del capitán. Era un hombre muy persistente, y parecía que le daba lo mismo que estuviera casada o no. En una ocasión, tuvo que ser brusca y poner las cosas claras:

—La próxima vez que me toque, gritaré tan fuerte que deseará tirarse por la borda. Se lo juro.

Y el hombre, en esos ojos verdes como esmeraldas, vio una fiereza y una determinación que supo que no era ningún farol y que esa muchacha sería capaz de pelear como una gata salvaje, arañando su rostro o pataleando hasta encontrar un punto flaco donde dar con fuerza. Y eso le gustó, pero al mismo tiempo lo hizo desistir ligeramente, al menos por algún tiempo. Quién sabía, a lo mejor se ablandaba con el paso de las semanas y antes de llegar al destino podría robarle unos besos y manosearla un poco. De solo pensarlo, se ponía caliente como un horno, lo que dio lugar a que la mayoría de las

noches, entre sus sábanas blancas, se aliviara con la mano pensando en esa mujercita.

La vida en el barco se hizo más amena cuando la madrina decidió que el tiempo había que aprovecharlo y que las telas que llevaban en uno de los baúles debían convertirlas en vestidos. Y así se hizo. Entre las tres, cosieron dos preciosos trajes: uno rojo como la sangre de toro, en un fino terciopelo, y el otro en una seda blanca, labrada, sencillo, sin adornos y con la cintura alta. Sabían que, a las tierras adonde iban, el calor y la humedad serían una constante, y para ellas tampoco resultaría nada del otro mundo, puesto que estaban acostumbradas al calor y daban por supuesto que la humedad no sería para tanto.

—Creo que con este vestido voy a cocerme —dijo Carol mientras se probaba el de terciopelo y Juana colocaba alfileres en sitios estratégicos.

Anastasia miraba cómo la tela caía sobre el hermoso cuerpo de su ahijada.

—Por eso no va a llevar mangas —soltó sin más, mirando el volantito de encaje negro que Juana zurcía con alfileres y que caía con gracia sobre el perfecto hombro—. Además, es fino, el más fino de los terciopelos que he visto en mi vida. Aguantarás.

—Pero no es solo la tela, madrina. Son las enaguas y el corsé —protestó la joven.

—La vida es así, cariño. Tú tienes un cuerpo joven y perfecto, pero ya llegará la hora en que bendigas el corsé y a quien lo inventó. —Miró a la criada y señaló el talle—. Entállalo, Juana, que marque el cuerpo, que para eso lo tiene. Aquí no hay nada que esconder. Al contrario, hay que aprovechar lo que una tiene, porque la juventud dura dos días. —Se levantó con esfuerzo y se llevó una mano al pecho.

—¿Te ocurre algo, madrina? —le preguntó con gesto preocupado y clavando esos ojazos en Anastasia, quien movió la cabeza varias veces.

—No, cariño. Solo son los kilos de más que lleva mi cuerpo y que hacen que todo me cueste el doble. Ale, vamos a quitar el vestido y a coser como locas para que, cuando lleguemos a nuestro destino, esté todo cosido y rematado hasta el último punto.

El tiempo fue pasando y cada vez se hacía más difícil de aguantar, a pesar de que la mayoría de los días subían a cubierta para recibir un poco de aire —nada de sol, ya que estaba prohibido—, y de paso aguantar a los niños del matrimonio que viajaba con ellas. Para el gusto de la madrina, el esposo miraba demasiado a Carol, hasta que un día la esposa le cantó las cuarenta y lo puso en su sitio, volviendo las cosas a su ser. Anastasia había aleccionado a la muchacha para que la sombrilla le sirviera de escudo protector y así evitar las miradas indiscretas de marineros, soldados, capitán y pasajeros. De ese modo, pasaba la mayor parte mirando el océano, las tablas del suelo y poco

más. Oía las voces de los hombres que se encontraban por encima de su cabeza, izando velas o arriándolas, subiendo y bajando por esos palos o mástiles, de los cuales sabía sus nombres desde pequeña: el trinquete, situado en la proa; el palo mayor, el más grande, en el centro, y el palo mesana, ubicado en la popa. Le habría gustado tirar la sombrilla al suelo, estirar el cuello y llevar la cabeza hacia atrás para ver cómo esos hombres subían y bajaban por esos palos como si fuese la cosa más normal del mundo, sin pensar, o eso creía ella, que no iban a caerse nunca porque sus pies se agarraban a la madera como si de monos se tratara. Pero una señorita no debía hacer semejantes cosas, porque, como le dijo una vez la madrina:

—Lo único que conseguirías es que alguno de esos marineros se distraiga al darse cuenta de que estás observándolo y se rompa la crisma por tu culpa y solo por tu culpa. Además, el ajetreo de un barco no es cosa de señoritas. Puedes encontrarte con más de uno de esos hombres en paños menores o haciendo sus cosas.

—Tienen letrinas —se atrevió a decir la criada.

—Sí —contestó la mujer—, pero un hombre, para orinar, no necesita ir a las letrinas; se saca su instrumento y, ale, a marcar territorio como los animales.

A Anastasia le gustaba llevar la razón y decir la última palabra, y tanto Carol como Juana lo sabían perfectamente. De ese modo, no había más conjeturas ni más opiniones, porque la rebeldía de Carolina solo hacía aparición cuando estaban a solas, ya que jamás dejaría a su madrina en evidencia, ni delante de criados, ni de amigos, ni, por supuesto, de extraños.

La última semana de viaje, el mar estuvo revuelto y un tanto tempestuoso, lo que hizo que permanecieran en el camarote y, por qué no decirlo, un tanto asustadas. Ese galeón de gran tonelaje parecía seguro. Esos marinos y los soldados que llevaba, contando con las cañoneras a babor y a estribor, daban sensación de protección y seguridad, pero las tormentas no sabían de cañones, ni de soldados, ni de marinos expertos. Muchos barcos como ese descansaban en el fondo del mar gracias a tormentas y tempestades que habían sido más astutas que esos bravos hombres de mar. De ese modo, esa última semana y por orden de Anastasia, rezaron más que en el último año, las tres juntas. Y cuando el palo bauprés señaló el horizonte verde debajo del cielo azul, las mujeres dieron gracias al cielo una vez más y se dispusieron a preparar sus cosas para enfrentarse al Nuevo Mundo.

Cuando el capitán Murray se despidió de ellas y besó la mano de la muchacha con lentitud, maldijo su mala suerte y se recreó por última vez con la belleza de esa jovencita. No obstante, la impaciencia de la vieja le estropeó el momento, pues las mujeres estaban ansiosas por ser testigos de cómo entraba el galeón en el puerto de Veracruz y ver

con ojos voraces y curiosos el bullicio y el ajetreo que se originaba alrededor de cada barco. Las gentes pululaban por los alrededores, curioseando, fisgoneando o esperando a familiares, y los comerciantes se frotaban las manos, con los ojos ávidos por ver lo nuevo que traían esas naves y que tal vez pudiera interesarles.

Una vez que el barco hubo atracado, atendieron al capitán, que se ofreció para cualquier cosa que pudieran necesitar, ya que estaría durante un par de semanas en la ciudad hasta poner rumbo a Inglaterra y luego Portugal. Anastasia no le hizo ni pizca de caso, y sus ojos ya estaban fijos en un medio de transporte que las llevaría a su destino. No tenía intención de esperar ni un solo minuto, así que, a pesar de que el carro donde acomodaron los baúles y demás pertenencias era eso, un carro, acomodaría su grueso cuerpo en el pescante al lado del cochero, su ahijada a su lado y Juana detrás, con el equipaje. Y mientras eso sucedía, vio cómo los otros viajeros, esposos, hijos y criadas, subían en dos coches cerrados y les decían adiós con la mano. «Bueno —pensó la vieja—, esto no es como empieza, sino como acaba».

El carro se puso en movimiento. Después de varios minutos, el cuerpo de Anastasia se podría romper en mil pedazos. Y lo que era peor: ese dolorcillo que venía sufriendo desde hacía tiempo, pero del que no había dicho ni pío, era más persistente y molesto. Sin embargo, era dura. Se mordió el labio inferior y, tras unos segundos, le preguntó al cochero con cara de indígena si faltaba mucho. Este no contestó, pero se encogió de hombros, con lo cual Anastasia se molestó más que si le hubiese dicho que la casa se encontraba en el polo norte.

El bullicio era pleno; el calor, gratificante de más, y la humedad, para el gusto de la mujer, sobraba totalmente. En realidad, lo único que apetecía con ese clima era estar con una bata y nada debajo. «O mejor sin bata», se dijo a sí misma y con el ceño fruncido. ¡Madre mía, y cuántos mestizos había!: negros, indígenas, blancos y mezclas de todos ellos. Tal vez, eso del Nuevo Mundo no había sido tan buena idea. Más vale pájaro en mano que ciento volando, decía uno de los refranes que más le gustaban. Más vale malo conocido que bueno por conocer. Más vale Cádiz de mi alma que Veracruz de los indígenas. «Bueno, bueno, ten calma, Anastasia, ten calma. Las cosas no son como empiezan, sino como acaban».

Y así, rumiando y rumiando Anastasia, Carol mirando a derecha e izquierda, tapando con la sombrilla a su madrina y a ella misma, y Juana con cara de susto, pensando que habían llegado a una tierra llena de personas con distintos grados de oscuridad, con un calor del demonio y una sensación de peligro constante, llegaron a la casa del hermano. Los ojos de la madrina se deslizaron por la fachada blanca como la nieve y las ventanas con sus rejas negras. Estaba cuidada al

máximo, por lo menos por fuera. Hizo que Carol descendiera y la ayudara a bajar, y le ordenó a Juana que se quedara allí hasta nuevas órdenes, lo que provocó que el rostro de la criada se contrajera de susto, e imaginando que ese hombre con cara de pocos amigos daría látigo a ese caballo sarnoso y saldrían como alma que lleva el diablo, carro, equipaje, cochero y ella.

—No pongas cara de susto, atontada —replicó Anastasia en un susurro dicho en la oreja de Juana—. Que se note que eres española. —Entonces se dirigió al indígena y le habló con condescendencia—: Espere aquí, haga el favor. Enseguida vendrán a ocuparse del equipaje y se le pagará su viaje.

El hombre no contestó. Movió la cabeza en señal de asentimiento y escupió cerca de los pies de la mujer. El gesto hizo que esta hinchara el pecho como una gallina y deseara darle con la sombrilla de su ahijada.

Llamó con energía y en poco tiempo se abrió la puerta. Un criado negro y pulcramente vestido habló en castellano con acento, preguntando qué deseaban. Anastasia le comunicó el parentesco con el dueño de la casa y el criado, mirándola de arriba abajo, les dijo que pasaran y se acomodaran en la pequeña pero acogedora sala de visitas. Anastasia miró a su alrededor y le gustó lo que vieron sus cansados ojos.

—Espera aquí —le dijo a Carol—. Voy a ver a esa tonta de Juana y comprobar que todo está en su sitio, y de paso ver si se le ha quitado el susto de encima. Vuelvo enseguida.

—Pero, madrina, si viene tu hermano…

—Mi hermano ya sabe de ti. Te reconocerá en el acto. Ahora vuelvo.

Movió su grueso cuerpo con agilidad y desapareció por la puerta de entrada sin apenas hacer ruido, solo el susurro de sus faldas.

Carol miró a su alrededor y suspiró sin saber muy bien por qué. Tal vez por los nervios, tal vez por el calor, y seguro que por el horrible corsé, que estaba matándola. Volvió a coger aire, pero lo soltó rápidamente al oír unos pasos potentes, cosa que no le cuadró con la idea que tenía del hermano de su madrina: un hombre de setenta años. Carol se dio la vuelta y se encontró mirando a un hombre alto, vestido elegantemente y con unos ojos enigmáticos que estaban taladrándola. Por un momento, se quedó sin palabras. Ese hombre de pelo negro, rostro bronceado y ojos grises la miraba desde su altura, como cuando un gato va a comerse un ratón. Sin poder evitarlo, volvió a coger aire, pero lo que le salió fue un suspiro en todo su esplendor, lo que provocó que el hombre sonriera de una manera extraña. Se acercó a ella, despacio, y Carol, clavada en el sitio, no se movió un ápice.

—No sabía que tuviera una hermana —dijo con voz grave, profunda, aterciopelada—, y menos que fuera tan joven y hermosa —concluyó en un español bien pronunciado aunque con acento.

No supo distinguirlo de tan obnubilada que se encontraba, pero en el fondo de su mente creyó apreciar el acento inglés o tal vez del norte de América.

—No, no soy su hermana. Mi madrina le explicará, debe haber un error.

—Pues es un error muy placentero a la vista —murmuró el hombre, sin dejar de mirarla y provocando un rubor en la jovencita de lo más encantador.

En esos momentos, entró Anastasia, que iba hablando consigo misma:

—Esta Juana es el colmo. Se piensa que van a violarla de un momento a otro. —Se paró en seco al ver al hombre.

¡Y qué hombre, alabado sea el Santísimo!

—Buenos días, señora —la saludó, inclinando la morena cabeza—. Supongo que usted es la madrina de esta encantadora criatura.

Los ojos de la mujer, abiertos de par en par, no le quitaban ojo de encima.

—¿Y usted, caballero? —le preguntó como si la casa fuese de ella.

El hombre imaginó lo que estaba ocurriendo.

—El dueño de esta casa, señora —le contestó con una sonrisa. Vio cómo esa mujer mayor, gruesa y con el español de la península se llevaba la mano al pecho y abría ligeramente los labios.

—Esta casa es de Ignacio Roél —repuso altiva pero con el miedo en el cuerpo. ¡Ay, Señor, ¿qué había hecho su hermano y dónde demonios estaba?!

El norteamericano se fijó en los ojos verdes de la muchacha, que anunciaban el susto no mostrado de la señora. Dio por hecho que era la familia de Roél.

—Era, señora, era —le dijo el hombre con la mayor delicadeza posible y sintiendo cierto malestar por ser el causante de que esa mujer y esa preciosidad palidecieran poco a poco. No era grato ser el ogro del cuento, pero tampoco era el responsable de la mala cabeza de otros. Y viendo a esa preciosa criatura, no le importaría tenerla alojada en su casa el tiempo que ella deseara, aunque tuviera que cargar con la oronda señora.

—¿Cómo puede ser eso? No comprendo qué está pasando. Haga el favor de explicarse, caballero, y dígame dónde está mi hermano.

El hombre, acercándose a la mujer y hablando, esperaba que de una manera más delicada, les comunicó las desagradables noticias:

—El señor Ignacio Roél murió hace dos semanas de un ataque al corazón. —Anastasia se llevó una mano al pecho y se avivó el dolor

que llevaba padeciendo. Los ojos del hombre fueron hasta la carita de esa preciosa niña, para ver que el único color que imperaba era el verde esmeralda de los ojos entre la palidez del rostro. Esperaba que no se desmayaran; no al mismo tiempo—. Fue repentino, señora. No pudo hacerse nada. Cuando llegó el médico, ya había fallecido. Lo siento mucho.

Los ojos marrones de la mujer escrutaron el rostro varonil.

—Pero… Pero… y la casa, ¿por qué es…? —Dejó la pregunta sin terminar, sabiendo que ese hombretón tan guapo le diría la terrorífica verdad.

—La casa, esta casa, la perdió en el juego hará un mes. Puedo enseñarle las escrituras cuando usted lo desee. —El cuerpo de la madrina osciló vacilante hasta llegar a un sillón, con la caballerosa ayuda de ese hombre tan elegante y atento que, a pesar de ello, no le quitaba ojo a su ahijada—. ¿Han venido desde España?

—Sí, señor. Qué desgracia, Dios mío. Qué desgracia.

Miró al hombre mientras su mente se ponía en movimiento y analizaba fríamente la situación y valoraba las circunstancias para ponerlas a su favor. Estiró el brazo para coger la mano de Carolina y la hizo sentar a su lado para que esos ojos grises y penetrantes la tuvieran bien a la vista.

—Permítame presentarme, señora. Soy Alexander Wallace, y la casa está a su disposición el tiempo que haga falta. Pueden considerarse mis invitadas, y no permitiré que les falte nada. Cuando pasen unos días o semanas, ya tomarán una decisión, y sea cual sea, tendrán toda mi ayuda. Según tengo entendido, su hermano no tenía familia aquí, así que doy por hecho que ustedes tampoco.

Anastasia suspiraba de vez en cuando, pero no perdía ni una sola palabra pronunciada por ese hombre. Una cosa estaba clara: no tenían dónde caerse muertas y no iban a ir mendigando hasta encontrar a algún amigo de su hermano que pudiera ayudarlas. Además, este hombre que se había quedado con la casa, aun de forma legal, podía ser amable con ellas hasta, como decía él, ver qué rumbo tomar.

—Dígame, ¿mi hermano estaba en la ruina? —El color en el rostro de la anciana ya había vuelto y Wallace agradeció que no hubiera llantos ni histerismos.

—Me temo que sí. Ruina total. Había adquirido muchas deudas debido al juego. Apostó la casa para poder sufragarlas y volver a España, o al menos eso decía.

Anastasia movió la cabeza, sin dejar de apretar la mano de su ahijada.

—Pero… ¿por qué no vendió y listo?

El hombre torció la boca en una mueca.

—Era adicto al juego, señora. Pensó que apostando podría

mantener la casa y conseguir dinero, pero se encontró conmigo y perdió. Si busca un culpable, acepto sus quejas; pero así funciona el mundo.

Anastasia se estiró y, con la ayuda de Carol y del hombre, se levantó.

—Usted no es culpable de nada, caballero. No pensé que mi hermano tenía el vicio del juego, y lo que es peor, el vicio de no ganar —soltó, mirando al hombre y provocando una sonrisa en ese rostro curtido—. Me llamo Anastasia Roél, viuda de don Francisco Montalba, y esta —dijo, mirando a la muchacha— es Carolina Montiel, mi ahijada. —El hombre se cuadró ante ellas y agachó ligeramente la cabeza—. Y agradecemos, no sabe hasta qué punto, que nos ofrezca su hospitalidad para no vernos en la calle como perros sin hogar. Y ahora, si es tan amable, nuestra criada está en la calle con el equipaje y el carro que nos ha traído desde el puerto…, así que… voy a pagar a ese indígena o lo que sea y a decirle a Juana que no pase más miedo, al menos por el momento.

El hombre levantó una mano grande, morena y de dedos largos, y con ese movimiento hizo que los ojos verdes se prendaran de esos movimientos ligeros y elegantes.

—No se mueva, por favor. Yo me ocuparé. —Tras decir esto, salió, dejándolas solas.

Carol miró a su madrina. Con ojos asustados y moviendo sus bellas manos, habló con prisas:

—Pero, madrina, no podemos quedarnos. Es un extraño, un extranjero, el hombre que le ha quitado la casa a tu hermano. No es correcto.

Anastasia se movió por la sala. Al tiempo que hablaba, iba evaluando el mobiliario.

—Ese hombre no tiene la culpa de los defectos de mi hermano. Quién me lo iba a decir, otro igual. Ah, y la cosa podría haber sido peor. Imagínate que el vicio hubiera sido las mujeres. Ahora estaríamos en esta casa y la dueña sería alguna pelandrusca. O peor, alguna mestiza, y entonces nadie nos ofrecería lo que este caballero tan guapo nos ha ofrecido. Nada. No hay más que hablar. Aprovecharemos su atenta invitación y veremos cómo se desarrollan los acontecimientos y qué giro damos.

—¡Pero, madrina!

—No hay peros que valgan, Carolina. Las cosas están como están.

—Pero ¿no conoces a nadie?, ¿no podríamos contactar con otros españoles?

La anciana volvió el rostro ajado y la miró con furia. Carol no recordaba haber visto así a su querida madrina. Nunca.

—¿Para qué? ¿Para mendigar? ¿Para dar lástima y que encima se

rían de nosotras? De eso nada. Además, no conozco a nadie. Y no pienso rebajarme sin saber lo que vamos a encontrar. Por lo menos, este extranjero es amable, aparte de guapo.

—Pero, madrina…

—He dicho que no. Vamos a aprovechar la hospitalidad de este norteamericano o lo que sea y a ver qué podemos sacar. Maldito Ignacio del demonio… Y yo que creía tener un hermano con la cabeza bien sentada y que sería la solución a nuestras plegarias. —Se acercó hasta la joven y la cogió entre sus gruesos brazos—. No sufras, cariño mío, ya verás como todo se soluciona y este hombre tan guapo y amable será la llave de nuestro tesoro. Estoy segura.

—Ay, madrina. Ojalá tengas razón —murmuró la muchacha, pero sin añadir lo que realmente pensaba y que no era nada bueno.

Capítulo 2

Alexander Wallace era un hombre de negocios, aparte de jugador profesional. No podía negar que se aprovechó de las carencias de Roél. Borracho como estaba y no siendo muy experto en el arte del juego, fue un bocado fácil. No le costó nada desplumarlo; primero una buena cantidad de dinero y después la casa, una bonita casa. Y lo que menos esperaba fue la aparición de la familia. Estaba al corriente del estado familiar y económico del hombre, sabiendo que los negocios ya no formaban parte de su vida, aunque el juego y la bebida sí. Wallace era un hombre de negocios, y el juego era otro más. Frío como un témpano, afrontaba las partidas de cartas como una forma de ampliar capital, y al mismo tiempo se divertía. Normalmente, las ganancias eran monetarias, y pocas veces llegaba a tomar pertenencias de otra índole. Prefería el oro y la plata, pero en esa ocasión, y ante el fervor que le puso el español, optó por darle otra oportunidad, sabiendo de sobra que el pobre desgraciado no iba a conseguir su finalidad. Y como estaba seguro de que ese ataque le vino propiciado por las dramáticas condiciones acaecidas, se veía obligado a hacerse cargo de su pequeña familia; sin omitir que esa preciosa españolita era un bocado delicioso que no se le quitaba de la cabeza.

Llegando al puerto, recordó sus múltiples beneficios gracias al contrabando practicado en tiempos pasados, que habían dado lugar a aumentar la fortuna heredada y que hacía de él un hombre muy rico y, por lo tanto, una pieza a cazar por parte de las mujeres. Él no se dejaba cazar, pero sí seducir por más de una mujer hermosa. Y si la mujer en cuestión se hacía de rogar, era él el que seducía, haciendo las delicias de esa mujer o mujeres, pero dejándolas abandonadas en cuanto se cansaba de ellas. Quién le iba a decir que ese borrachín de Ignacio Roél iba a traerle una muñeca tan bonita como la que tenía acomodada en su casa. Aunque tuviera que cargar con la madrina, merecía la pena. Ya lo creía que la merecía.

Sus largas piernas lo llevaron hasta el galeón inglés. Subió a la cubierta principal y estrechó la mano del capitán.

—¿Qué tal, Wallace? ¿Deseoso de ver la mercancía? —le preguntó con una amplia sonrisa.

El norteamericano no sonrió tanto, pero el apretón de manos fue firme.

—Sí, capitán Murray —le contestó, hablando en el idioma de ambos—. Deseoso de ver y de llevármelo a casa. Tengo los carros esperando.

—Quedará satisfecho. Todo ha llegado en perfectas condiciones. Ni un solo barril estropeado. Pero si hubiera llegado unas horas antes, habría visto la mercancía más bonita del mundo.

—¿Sí? Mercancía muy cara tendrá que ser —razonó Alex, sin prestarle mucha atención mientras observaba la cubierta del barco y se dirigían a la bodega.

—Una preciosa española. Bonita hasta decir basta y tierna como un melocotón maduro a punto de caer del árbol, para que él más afortunado la coja entre sus dientes… Se me hace la boca agua solo de pensarlo. —Alex observó al inglés, pero no dijo nada—. La tutora dijo que tenía marido, pero no sé… Creo que se lo inventó para tenerme a raya, la muy astuta.

—Con marido o sin marido, se le ha escapado, Murray —le dijo, mostrando una sonrisa torcida.

—Tiene razón. Creo que estoy perdiendo facultades. Serán los años. Bueno, vamos a lo nuestro.

Vino envejecido en cubas de roble, algo más de tres años. A la vista, límpido y brillante, y al gusto, seco, con cuerpo, suavidad y finura. Alex disfrutaba de los placeres de la vida; entre ellos, el buen vino. Y como conocía España y había saboreado sus vinos, aquel cargamento era un capricho.

—Lo venderá rápido. Seguro —le anunció el inglés mientras cogía la bolsa de oro que dejaba caer el norteamericano en su mano.

—No. Estos barriles no van a conocer otra casa que la mía.

—Para su propio deleite.

—Exactamente —le dijo al tiempo que se ponía en marcha y les daba órdenes a sus hombres.

Cuando las cubas estuvieron en los carros, tomaron rumbo hacia la casa, que poseía un gran almacén en el patio interior, recuerdo de la época de los fructíferos negocios del español. Los dos hombres de habla inglesa se despidieron con un apretón de manos, no sin antes de que el capitán volviera a mencionar a la española y decirle a Wallace que estuviera atento porque merecía la pena.

—Estoy seguro de que sí —añadió el norteamericano.

Juana no dejaba de alabar la casa y mirar todas las pertenencias que había a su alrededor. Estaba enterada de lo ocurrido, pero era como si no se hubiera percatado de ello y pensara que todo lo que las rodeaba era propiedad del hermano muerto y, por ende, de la señora

Anastasia. Qué bonito es esto, qué cortinas tan delicadas, qué sofá tan confortable, qué cama tan grande, qué candelabros tan laboriosos, qué ropa de cama tan blanca y qué manos tan artistas la han bordado, y así todo el rato.

Una de las veces, la madrina se cansó de tanta alabanza y le soltó de pronto:

—Sí, todo muy bonito, para lo que nos sirve. Maldito hijo del demonio… Ojalá te pudras en el basto Infierno y ardas como una antorcha.

—Madrina —le dijo la muchacha—, cálmate, o va a darte algo.

—Tienes razón, hija mía. Tienes toda la razón. Y solo faltaba eso, que a mí me diera algo y te dejara sola y abandonada en este mundo tan cruel. Nada, de eso nada. Soy como una mula, fuerte como una mula. Qué digo mula, como un toro de lidia.

De repente, volvió la cabeza y miró a su ahijada fijamente, provocando que Juana la observara asustada y que la joven se quedara esperando no sabía qué.

—Ponte el vestido rojo —le dijo muy seria.

Los ojos de la muchacha se agrandaron más de lo que eran. La criada miró a una y luego a otra.

—Pero, madrina…

—El rojo —soltó con rotundidad.

—El marrón —osó replicarle.

Juana continuó observándolas alternadamente, sintiendo que las cosas no iban por buen camino y que la señora tenía un comportamiento extraño.

—He dicho el rojo, y te pones el rojo. Se acabó la historia.

Juana peinó el cabello de Carol con un recogido alto y bonito pero práctico, para que no sintiera tanto calor y llevara la humedad lo mejor posible. Cuando la muchacha se embutió en el vestido, creyó morir de agobio, así que le mandó a la criada quitarlo todo y sacar el corsé.

—Pero, señorita —se quejó—. No puede ir sin eso. Su madrina se dará cuenta, y seguro que se enfadará y me echará a mí la culpa.

—Tú a callar —le espetó la joven—. No pienso dar lugar a que me dé un jamacuco por llevar ese artilugio con este calor y sudar como un chorizo en un secadero. Venga, nadie va a darse cuenta. Además, yo no llevo los corsés tan apretados como otras.

Y así lo hicieron. Metió su delgado pero curvilíneo cuerpo en el terciopelo rojo. Mirándose en el espejo, pensó que nadie tenía que darse cuenta de la falta de esa tortura, y así podría respirar como Dios manda y no desfallecer en cualquier instante.

En esos momentos, oyeron las pisadas de la madrina. Juana corrió para esconder el corsé mientras Carol cogía un abanico de madera

teñida de negro y unas rosas rojas pintadas en los bordes. La madrina entró y miró detenidamente a la joven, dando su aprobación y sabiendo que ese talle esbelto y esos pechos inhiestos no lucían corsé. Esperaba que el extranjero también se diera cuenta y se encelara hasta el fondo. Tenía que casar a su muchacha, y ese hombretón podría ser la solución. «Más vale pájaro en mano que ciento volando», se recordó. Además, no era el momento adecuado para estar comprobando el mercado marital. Y pensándolo fríamente, ese hombre tenía las cualidades que cualquier mujer en su sano juicio desearía. Era guapo con ganas, pero no de una manera suave o lánguida, no, sino varonil y atractivo. Alto y fuerte, ojos para quitar el sentido y una boca de lo más atrayente. Hablaba bien el español, y encima tenía dinero, o al menos lo parecía. «No, lo tiene —se dijo Anastasia—. Sé de sobra cuándo un hombre tiene y no presume y cuándo otro presume pero no tiene. Y este es de los que tienen y no presumen, y tiene mucho para presumir». Claro que, por otra parte, podría estar casado; porque edad para ello tenía. Le calculaba treinta o tal vez alguno más. No llevaba anillo, pero, claro, eso no era garantía de que estuviera libre. Podría tener una esposa en su país.

La cabeza iba explotarle de tanto pensar. Y, para colmo, ese puñetero dolor seguía dándole la vara. Mira que si se moría igual que el desgraciado de su hermano… Sería el colmo de las desgracias. «No, no pienses esas cosas, Anastasia. Todo va a salir bien». Seguro que era el mismo dolor que sufrió años atrás y el doctor Belmonte le dijo que eran flatulencias; o sea, que se tirase unas cuantas ventosidades y asunto arreglado. Pero, esta vez, eso no había funcionado. En fin, serían los nervios. Nervios del viaje, nervios del soponcio al descubrir que el cabroncete de su difunto hermano le había hecho la puñeta. Nervios, nervios y más nervios.

Sus oídos oyeron la voz del criado comunicándoles que la cena estaba lista. Se acercó a Carol y la cogió por la barbilla.

—Mira, cariño, eres joven y bonita. Él es joven todavía, y fuerte y guapo, y además tiene dinero; todo lo que nos gusta a las mujeres pero que no todas pueden tener. Bueno, vamos al grano. Quiero que seas amable con él. Coquetea si es necesario, que lo será, pero no en exceso. Hay que tener clase y que se aprecie. Ya sabes lo que te he dicho muchas veces: fulanas hay a patadas, pero mujeres con clase y estilo, pocas; y con clase, estilo y belleza, menos. No estoy diciendo que te vayas a la cama con él, eso no. Pero más te vale que no salga tu carácter español, porque podemos vernos de patitas en la calle. Y esto no es Andalucía.

—¡Ay, señoritas, qué horror! —intervino Juana, aun a riesgo de llevarse una reprimenda por meterse donde no la llamaban—. Estaríamos a merced de esos marineros que pululan por todas partes y

todos esos mestizos, que nos violarían y luego nos matarían. Eso sin contar con los españoles, que cuando se trata de abusar, tampoco se quedan atrás. Porque, a fin de cuentas, ¿qué son los hombres si no unos salvajes que buscan lo mismo, sean del país que sean y del color que sean? Madrecita del amor hermoso, podemos vernos de la peor manera posible, y todo por haber abandonado nuestra querida patria y venir a este rincón abandonado de Dios que Colón no debería haber descubierto.

Carol estaba a punto de soltar una carcajada y Anastasia miraba a la criada con ganas de asesinarla.

—Cállate, atontada. Tal vez a ti te violarían, pero no creo que les queden ganas de hacerlo conmigo.

—Vamos, madrina —intervino la joven, cogiendo a la mujer del brazo y dejando a la pobre Juana sufriendo con todos esos pensamientos que inundaban su mente día y noche. Cada vez estaba más convencida de que no debería haberse ido con ellas. En casa, las cosas habrían sido difíciles pero más civilizadas, eso seguro.

—Sí, hija mía. Y tú —añadió, volviéndose para mirar de arriba abajo a la regordeta criada—, baja a la cocina. Y ten cuidado de que no te viole el criado.

Juana miró de reojo a su ama y no se atrevió a abrir la boca. El criado, a pesar de ser morenito, no parecía mala persona. Pero de todos modos mantendría las distancias, por si las moscas.

Las dos mujeres bajaron las escaleras y no pudieron evitar unas risas ante el comportamiento tan exagerado de la criada, pero sin olvidar que tampoco iba tan desencaminada.

Alex estaba en el salón comedor, fumándose un cigarro y tomándose un *brandy*, y sonrió de un modo lascivo al oír la risa cristalina de la joven. Cuando la vio, sintió un latigazo en sus partes mientras deslizaba sus felinos ojos por ese talle pequeño y esos pechos turgentes.

—Me alegro de que estén contentas y de oír sus hermosas risas.

Anastasia estiró la mano para que ese hombre se la besara e hiciera lo mismo con su ahijada. Comprobó con sumo gusto que, al coger la mano de Carolina, se entretuvo más de la cuenta, y mientras dejaba caer un delicado beso sobre la blanca piel, esos ojos que cambiaban de tonalidad se pusieron más oscuros, vagando por las sinuosas curvas de ese cuerpo perfecto.

—Reímos por no llorar. Porque, de todos modos, va a darnos igual. Cuando las cosas pasan, pasan. ¿Y qué vamos a lograr quejándonos o lloriqueando?… Nada. A lo hecho, pecho, y a lo hecho por los demás, más pecho todavía. Perdone, señor Wallace, igual por ser extranjero no entiende mucho mis comentarios un tanto especiales.

—La entiendo, señora, la entiendo perfectamente. Pero, por favor,

llámeme Alex. Lo demás sobra.

—Pues entonces llámame Anastasia —añadió, tuteándolo.

—Será un placer, Anastasia.

Retiró una de las sillas para que la mujer se acomodara a su lado. Seguidamente, fue al encuentro de la muchacha y le ofreció la que se hallaba a su derecha, sin quitarle los ojos de encima. Carol le mostró una hermosa sonrisa y el hombre clavó los ojos en esos blancos dientes y en esa boca perfecta. «Cuando quiere la condenada, sabe hacerlo», pensó la madrina, mirando por el rabillo del ojo cómo el hombre no pestañeaba mientras contemplaba el nacimiento de esos pechos jóvenes y lozanos.

El anfitrión se acomodó en la cabecera de la mesa. Mientras un criado servía los platos, miró a la muchacha y le preguntó con cierta curiosidad:

—Supongo que estará deseando ver a su esposo.

El rostro de la joven mostró confusión, y la fuerte y contundente risa de la madrina llenó la estancia.

—Nada, nada de nada. No hay esposos por ninguna parte —intervino mientras desmenuzaba un tierno y oloroso pescado—. Eso, querido Alex, me lo inventé para que dejaran en paz a mi ahijada. En especial el capitán del barco donde hemos hecho la travesía. Supongo que te ha llegado la noticia por ahí, ¿no?

Wallace miraba a la vieja y sonreía ante los comentarios un tanto especiales, pero no perdía de vista a la hermosa joven, que se mostraba un poco enrojada y con la mirada en su plato, dando cuenta del pescado con suma delicadeza.

—Sí, supones bien.

—Hay que hacer cosas que a veces están fuera de lugar, pero son necesarias para mantener el equilibrio de la vida. Como tus ojos pueden ver —continuó, mirando al hombre—, Carol es una criatura demasiado exuberante para que cualquier pelagatos la ande rondando, ¿no te parece?

Carol se ponía más roja por momentos, y el hombre hacía esfuerzos por contener la sonrisa.

—Desde luego, Anastasia. Tienes toda la razón del mundo.

—Así que dije que estaba casada, y su marido, esperando en Veracruz, y ese inglés se controló un poco más de lo que será habitual en él.

Carol no aguantó más y dejó los cubiertos en el plato.

—Madrina, por favor, soy mayorcita para controlar por mí misma a tipos como el capitán Murray.

—Ay, tontuela. Qué sabrás tú, si estás todavía en el cascarón, ¿o no, Alex?

El hombre miró a las dos mujeres. Cogió su servilleta y se limpió

discretamente.

—Tengo que darle la razón a su madrina, Carol. —La voz del hombre produjo un cosquilleo en el estómago de la muchacha. Mirando esos ojos grises y ese rostro ligeramente oscurecido por la crecida de la barba, sintió un no sé qué que le produjo intranquilidad —. Cuando un hombre quiere algo, lo coge y poco más. Anastasia hizo bien en mentir con relación a su estado y conseguir que un hombre interesado en usted y con intenciones no muy honrosas se disuadiera y frenara sus pies.

Vio cómo la joven hinchaba sus hermosos pechos. Tras soltar el aire de una forma airada, habló:

—Madrina, no te lo conté en su momento, pero tuve que pararle más de una vez los pies —recalcó, mirando al norteamericano— al capitán inglés. Es más, la última vez le dije que como me sintiera acosada por él, gritaría como una loca y haría que se tirara por la borda.

Wallace soltó una carcajada que hizo que la madrina lo mirase admirativamente y que la ahijada se asustara levemente, pero sin dejar de observar esa boca perfecta, de dientes blancos y fuertes.

—Perdone mi risa, querida muchacha. Pero si un hombre quiere algo, incluido Murray, no iba a disuadirle una bonita muchacha amenazante; al contrario, eso la haría más deseable. Seguramente, lo que hizo que el capitán no insistiera en ello fue el hecho de estar en un barco y con la protección de su madrina, sin olvidar a los otros pasajeros, que darían buena cuenta de lo sucedido. Pero hágame caso y no olvide lo que voy a decirle: es mujer, es joven, es muy bonita y está lejos de su casa, por muy español que sea este territorio. Debe estar protegida de un modo u otro. Usted sola no lo conseguirá. —Volvió la mirada a la madrina y continuó hablando—: Quiero decir con esto que pueden permanecer en mi casa el tiempo que deseen, que les ayudaré en lo que haga falta. Si su deseo es volver a España, no tendrán ningún problema, y si necesitan dinero, tampoco. Me siento responsable de ustedes, puesto que fui yo el que provocó la ruina definitiva de Ignacio Roél. Por lo tanto, hagan lo que hagan, contarán conmigo sin mediar nada a cambio. —Los ojos grises se posaron en el rostro de la muchacha y después en el nacimiento de los senos, para volver inmediatamente a fijarlos en Anastasia—. Pero no hay prisas. Descansen, habitúense a esta ciudad y a esta humedad rabiosa, y cuando tomen una decisión, sus deseos se harán realidad.

Anastasia sonrió satisfecha y Carol tembló como una hoja, sin dejar de mirar esos ojos que la taladraban y le provocaban extrañas sensaciones. La cena continuó, hablando de cosas sin importancia. Una vez tomado el postre, la madrina se levantó y se excusó diciendo que estaba cansada. Cuando Carol se disponía a levantarse para ir con

ella, una arrugada mano se lo impidió poniéndose encima de su hombro y diciéndole que debía acompañar un ratito más al anfitrión y no ser descortés. Y así se quedaron solos.

Alexander se levantó y fue a por un cigarro, no sin antes preguntarle si le molestaba el tabaco y ella mover la cabeza negativamente. Se sirvió un trago de *whisky* y le sirvió otro a ella. Los labios de la muchacha se mojaron con el líquido ambarino e hicieron una mueca que hizo sonreír al hombre. Movió la silla de la chica y le dijo que estarían más cómodos en el sofá de la sala contigua; y hasta allí la llevó, colocando una mano grande en el final de la espalda envuelta en terciopelo rojo. El hombre notó la suavidad del tejido y la falta de ballenas debajo de ese talle. Volvió a sonreír, y no quitó la mano hasta que la joven se acomodó en el coqueto sofá. Lo miró un tanto asustada de que él se sentara a su lado sin guardar el suficiente decoro. Se puso tiesa, sin darse cuenta de que de esa manera pronunciaba hacia adelante sus hermosos pechos y de que los ojos del hombre se desplazaron por el escote sin ningún tipo de cortapisas. «Este va a ser igual o peor que Murray», pensó la muchacha. Pero el problema no era ese; la cuestión era que ella sentía cosas que no había sentido con Murray ni con nadie. Giró su cuerpo para enfrentarse a él y se sorprendió de lo juntos que estaban, pero más se sorprendió de que las manos del hombre no la tocaran. Sin embargo, esa mirada intensa la taladraba hasta el fondo y la escrutaba de una manera indecente.

—Señor Wallace —comenzó.

—Alex —la corrigió con una sonrisa seductora que ella no devolvió.

—Señor Wallace —repitió, intentando no dejarse llevar por esa sonrisa entre irónica y cínica; no sabía con qué término quedarse—, quiero que sepa que… siento mucho todos los problemas que estamos causándole, y que no habría sido nuestro deseo vernos en… en estas circunstancias.

El hombre miraba la boca roja, los altos pómulos, los almendrados ojos, con ese verde tan extraordinario, y notaba el nerviosismo de la chica. Notaba que quería parecer segura de sí misma, pero que en el fondo estaba muy asustada, y también notaba que estaba nerviosa a su lado, y eso que no le había puesto una mano encima. Un mechón cobrizo se había soltado del recogido y se colocó en un lateral del cuello, pegándose a la piel. El rizo, grande, abierto y brillante, estaba pidiéndole a gritos «¡Tócame», pero no tocó. Estaba acostumbrado a que las mujeres se le ofrecieran, se le insinuaran, pero esta chiquilla no era de esas. Esperó a que continuase, y al notar que la voz se le quebraba, deseó que no se pusiera a llorar:

—Señor Wallace, vinimos aquí porque estamos en la ruina. El

esposo de Anastasia lo perdió todo, y pensamos…, bueno, ella pensó que la solución estaba aquí, en su hermano. Y… yo estoy preocupada por ella, porque, aunque usted la vea así, con esa manera de hablar y ese comportamiento, pues… me preocupa. —Tragó saliva y se obligó a no llorar—. No sé lo que vamos a hacer, de verdad que no lo sé, pero no quiero que piense que somos unas aprovechadas, de verdad que no. Es más, mañana mismo me pondré en marcha para ver si tenemos conocidos aquí o amigos de otros conocidos que puedan ayudarnos y así no ser una carga para usted —concluyó, con la vista sobre su falda y con miedo de mirar esos ojos tan subyugantes.

Cuando notó los dedos largos y fuertes cogiéndola por la barbilla, sabía que sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero evitó que se desbordaran. No supo cómo, pero lo impidió.

—Querida niña, no tienes que preocuparte por nada —comenzó, tuteándola—. Os he ofrecido mi casa, os he ofrecido mi dinero, y no necesitas calentarte esa cabecita con ideas absurdas de ir buscando puerta por puerta a alguien que os ayude. No hay ninguna necesidad. —Ella notaba esos dedos en su piel y que esa piel ardía con el contacto. Hablaba tan bien el español y tenía esa voz tan profunda y masculina que le llegaba a lo más hondo de su ser, que hacía que sus pulmones respirasen más deprisa de la cuenta y que le faltara el aire. De golpe, él retiró la mano y se levantó para ir hasta el mueble bar y servirse otro trago—. Ahora, deberías subir a tu habitación y descansar. Mañana será otro día y verás las cosas de una forma más pausada, ¿de acuerdo?

Ella se levantó y se dirigió hasta él, pero guardando una prudente distancia.

—Muchas gracias…, Alex. De todo corazón —susurró, vocalizando lentamente y provocando, sin ella darse cuenta, un movimiento en la entrepierna del hombre—. Hasta mañana. —Se dio media vuelta y se dirigió hasta las escaleras, sabiendo que la mirada del anfitrión estaba fija en su espalda, pero sin ser consciente de que estaba moviendo algo en los sentimientos de ese hombre.

Al entrar en la habitación, mandó salir a Juana diciendo que no la necesitaba y que se fuera a su cuarto. La criada no protestó. Estaba cansada, extrañaba la casa y se devanaba los sesos pensando en el futuro de las tres; sobre todo, en ese hombre tan atractivo que les había ofrecido la casa a sus señoras. «Todo tiene un precio —se dijo—. Todo».

Y eso mismo pensaba Carol. Se desnudó por completo y se tiró encima de la cama, sobre una colcha blanca de algodón, suave y mullida. Así, tumbada de una manera impropia para una señorita, se quitó las horquillas del pelo, las puso sobre la mesita, se sacudió la melena y la dejó expandida sobre la colcha. Miró la puerta abierta que

daba a un corredor, al interior de un patio, y pensó que debía cerrar las dobles puertas. Pero se estaba tan bien… Entraba una brisa tenue que hacía que su cuerpo no sudara y se mantuviera fresquito, y que le provocaba unas sensaciones voluptuosas, sensuales. Se tocó los pechos y los notó sensibles, con los pezones erectos. Y lo peor era que no podía dejar de pensar en ese hombre moreno, en esos ojos grises como la plata, y otras veces, oscuros como un mar de tormenta. Se pasó la mano por el vientre y la dejó quieta de golpe. Algo palpitaba entre sus muslos, pero no iba a tocarse. Eso no se tocaba. Se giró de medio lado hacia la puerta ventana y contempló el cielo estrellado. En cinco minutos se quedó dormida.

Una hora más tarde, Alex llegó a su habitación. Se quedó desnudo de cintura para arriba, salió a la terraza y colocó las manos en la balaustrada de hierro forjado. Miró las estrellas y la luna llena. Movió la cabeza hacia su derecha y dirigió los pasos hasta la habitación contigua. Se paró en seco al ver las puertas abiertas y el cuerpo desnudo de la muchacha. Sus ojos hambrientos recorrieron toda la superficie de piel, y vieron entre sombras una espalda larga y esbelta y unas nalgas duras y respingonas. Se acordó de la expresión de Murray: «Es como un melocotón maduro». Esa metáfora era muy adecuada para calificar esas nalgas. Eso era un melocotón, eso era un culo sublime. Su pene se movió revoltoso y se lo frotó con la mano para calmar un poco el ardor. Por todos los infiernos, entendía que se hubiera acostado desnuda, puesto que él hacía lo mismo, pero un camisón ligero habría estado mejor que toda esa carne libre al aire y a la vista de sus ansiosos ojos, de su ansiosa hambre de mujer…, de esa mujer. Dio media vuelta y dirigió sus vacilantes pasos hasta su alcoba para intentar dormir, para intentar calmar el ardor que le producía esa española.

—¡Ay, Señor! ¡Ay, Virgencita de todos los santos! ¡Ay, madre del amor hermoso!

La pobre Juana no podía creerse lo que estaba viendo, no podía creer que tantas desgracias vinieran juntas. Aguantando la respiración, salió de la habitación de la señora y fue hasta la de la señorita. Entró sin llamar, y viendo a Carol con una ligera bata sentada enfrente del tocador, se llevó la mano al pecho y no le salieron las palabras. Pero la joven, al ver ese rostro demudado y sin color, se imaginó lo peor y la siguió hasta la habitación de Anastasia. Sus pies se pararon en seco en cuanto vio el cuerpo de su querida madrina bocarriba, blanca como una pared de cal, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia un lado. Miró a Juana, y esta movió la cabeza de un lado a otro, como no queriendo creer lo que estaba pasando.

Se acercó hasta la cama y tocó la cara. La movió, la sacudió y le

habló:

—Madrina. Despierta, madrina. ¿Qué te pasa? ¿Qué te ocurre? No te mueras, madrina, no nos dejes solas, por favor —rogó entre lágrimas.

Pero Anastasia estaba muerta y bien muerta. Había dejado de existir poco tiempo después de cerrar sus cansados ojos, y el cuerpo pronto empezaría a oler y a descomponerse con el calor y la humedad. Juana rompió a llorar y se abrazó a Carol, quien sacó fuerzas de no sabía dónde y le dijo a la criada:

—Busca al señor, y si no está, dile al criado, al que manda, que lo busque, que es muy urgente. Vamos —le ordenó con suavidad.

Mientras la criada salía de la habitación, ella fue a la suya y sacó el vestido marrón, y en un periquete se lo colocó, sin corsé y con una sola enagua. Hizo una gruesa trenza con su hermoso cabello y se la enroscó en la nuca con unas horquillas. Enseguida, escuchó las fuertes pisadas de unas botas; las pisadas de ese hombre enigmático que les daba cobijo en su casa. Al salir de la habitación y dirigirse a la de su madrina, oyó el llanto de Juana y los movimientos del hombre. Escuchó que un médico vendría a la casa para certificar la muerte. Entró, y esos ojos grises se posaron en su rostro. Vio cómo esa mano grande se acercaba a su mejilla y escuchó cómo esa voz aterciopelada pronunciaba un «Lo siento». Fue lo último que vio y escuchó antes de perder el conocimiento. Los brazos del hombre la cogieron, la llevaron a la habitación y la colocó encima de esa colcha blanca y mullida. Allí fue donde despertó, sintiendo esas manos grandes y agradables que la tocaban y la refrescaban con un paño húmedo. Le hablaba de una manera tranquila, protectora y atrayente. No pudo evitarlo y rompió a llorar. Lloró compulsivamente y él la abrazó. Ella se cobijó en ese pecho ancho y duro, entre esos brazos fuertes y protectores. Sus manos tocaron algo de piel que la camisa abierta dejaba al descubierto, y le gustó, le agradó esa calidez y esa fuerza que emanaba de ese torso cubierto con una camisa blanca pero que dejaba ver un pecho salpicado de vello oscuro, ocultando unos músculos duros y planos.

En esos momentos, notó un ligero beso en una de sus sienes y se asustó, provocando que se separase y lo mirase con ojos grandes y mojados.

—Descansa —le susurró esa voz varonil.

Pero ella negó y se levantó. Le dijo que estaba bien, que ya se encontraba mejor, que habían sido los nervios y la sorpresa tan dolorosa y desagradable de ver a su madrina muerta. Otra vez, las dichosas lágrimas. Se las limpió de un manotazo, para después juntar las manos y retorcerlas contra la falda de su vestido marrón. Él la miró con lástima. Ella lo notó y no le gustó. Tragó saliva y le preguntó qué

era lo que tenían que hacer.

—No te preocupes. Yo me ocuparé de todo. El entierro tendrá que ser pronto, a última hora de la tarde.

—Sí, lo entiendo. Por el calor y… esas cosas —susurró.

—Eso es. Tranquila, no debes preocuparte por nada. Tu madrina tendrá un entierro digno. Haré los preparativos y vendré a por ti cuando esté todo arreglado. ¿De acuerdo?

Ella asintió, sin dejar de mirarlo con esos ojos grandes y brillantes. «Como la mejor de las esmeraldas», pensó el hombre. La mirada de él la recorrió entera, grabando en su mente cada ángulo de ese bello rostro y cada curva del cuerpo que había visto desnudo, de espaldas y que recordaba a la perfección. Salió de la habitación y la muchacha escuchó las fuertes pisadas bajando las escaleras.

Acudieron muy pocas personas, por lo precipitado y porque ellas no tenían contactos con nadie de la ciudad. Solo los criados de la casa, Juana, ella, Alex y un hombre mayor. Juana lloraba en silencio mientras Carol se mantenía fría y seria. Notaba la presencia de Alex a su lado, sintiendo extrañas sensaciones. Necesitaba sentirse protegida, y ese hombre podría darle eso; pero al mismo tiempo estaba en ascuas y creía que debía hacer algo y pronto, porque algo le decía que ese hombre era peligroso, que toda esa palabrería que soltó cuando vivía la madrina eran palabras vacías. O peor: palabras embaucadoras. Tenía que pensar deprisa y tenía que salir de esa casa y buscar otras opciones. «Ese hombre —se dijo— no es de fiar. Lo presiento, lo intuyo».

Su mirada verde se clavó en el hombre que no conocía. Parecía tener cincuenta años más o menos, pero era fuerte y alto, como Wallace. Tenía el pelo gris, veteado, blanco y oscuro, y llevaba un sombrero en la mano. En esos momentos, Wallace se acercó a él, le dijo algo y el hombre mayor se marchó.

Esa noche, su segunda en Veracruz, Carol bajó a cenar sin tener apetito, pero había decidido que lo mejor sería estar pendiente de todo lo que ocurría y, de paso, ir poniendo en marcha sus planes. Al llegar al salón, se encontró al dueño de la casa sentado en un cómodo sillón y al hombre del pelo canoso acomodado en el sofá. Al verla, se levantaron al mismo tiempo. Alex le ofreció una copa de vino que ella cogió entre sus temblorosas manos, detalle que no pasó desapercibido para ninguno de los hombres. Antes de sentarse, el hombre hizo las presentaciones:

—Querida, te presento a Ricardo, mi mano derecha.

—Encantada de conocerle, señor —sonó la voz dulce y femenina mientras le tendía la mano.

—Es un placer, señorita —le contestó Ricardo con amabilidad, y besó la delicada mano—. Le acompaño en su sentimiento.

—Muchas gracias. Es usted muy amable.

Se sentaron. La joven lo hizo al lado del hombre mayor y enfrente de Alex, sin percatarse de la media sonrisa que afloró en los labios e iluminó el rostro moreno y atractivo del norteamericano. ¿Acaso le tenía miedo la preciosa españolita? Debería solucionarlo, para poder saborearla a su gusto y placer.

Hablaron de temas sin importancia y Carol le preguntó al hombre mayor si era español. Él le contestó que nació en Veracruz, pero que era de padres españoles. También tenía sangre indígena por parte materna, por lo que, de ese modo, podría considerarse mestizo. Alex se levantó y, tras ofrecerle la mano a la muchacha, se dirigieron al comedor para dar cuenta de la cena. Durante esta, los hombres hablaron de negocios. Carol puso atención y supo de mercancías que venían de Europa y que habían sido vendidas en su totalidad.

Ricardo dejó una bolsa encima de la mesa.

—La mitad de lo cobrado —dijo—. La otra mitad está en la tienda de Joseph —añadió.

Carol no podía saber que el tal Joseph era un judío que llevaba veinte años en Nueva España y que tenía una tienda de antigüedades y joyas, además de ser el tesorero de Wallace. Hombre de toda confianza.

Wallace se levantó, cogió la bolsa y se dirigió al fondo del salón. Movió un cuadro, apretó ligeramente la pared hacia el fondo y esta se movió, dejando al descubierto una pequeña cavidad. Metió la bolsa y cerró. Carol, de una manera un tanto precipitada, pidió disculpas y se retiró, con la mirada de los hombres pendiente de su salida.

Ricardo llevó sus ojos oscuros hasta el hombre más joven y se rascó la barba incipiente.

—Parece que te gusta esa muchacha.

Alex miró divertido a su amigo.

—¿A ti no te gusta? —le preguntó burlón.

—Menuda cosa preguntas. Es la muchacha más hermosa que he visto en mucho tiempo. Pero yo estoy mayor para seducir jovencitas. A todo esto, ¿cuántos años tiene?

—Pues no lo sé. Pero no creo que llegue a los veinte.

—Y te gusta. Ya sabes, te interesas por ella, e incluso puede que estés enamorándote…

—¡Eh, no corras tanto! Es una mujer muy guapa y me gusta, como a cualquier hombre, pero no tengo intención de complicarme la vida más de lo que está —repuso, cogiendo un delgado cigarro y encendiéndolo.

—Tiene sangre española, no tiene pinta de dejarse dominar. Parece tierna y delicada, pero debajo de esa fachada tan femenina, creo que se esconde un torbellino.

Alex lo miró sonriendo.

—Toda mujer, tarde o temprano, acaba dominada por un hombre, y esa niña que está arriba no será una excepción.

Los hombres rieron ante ese comentario y se pusieron a conversar de otras cosas de más importancia y de más valor económico, según Wallace.

Pero esa niña que estaba arriba maquinaba cómo coger el dinero guardado en ese escondite. Llamó a Juana y le dio varias órdenes, lo que hizo que la criada palideciera.

—Pero, señorita Carol —se quejó—, no podemos hacer eso.

—A callar y a obedecer. Ahora soy yo la que mando. ¿Quieres quedarte aquí, donde nadie te conoce y puede pasarte cualquier cosa? Porque sí es así, allá tú, te quedas sola y yo me voy.

—Pero, señorita, yo no quiero eso. El señor Wallace parece un buen hombre y él la ayudará.

—No me fio de él. Y como no me fio, porque nadie da nada por nada, vas a hacer lo que te digo y chitón.

—¡Ay, madrecita! ¡Ay, en qué maldita hora se murió la señora Anastasia! ¡Ay, ¿qué va a ser de nosotras?! —se lamentó la criada.

—No voy a decírtelo dos veces. Cierra la boca y haz lo que te digo.

—Sí, señorita. Lo que usted diga, señorita. Soy una mandada y obedezco.

Dejó pasar unas horas, y cuando todo estaba en silencio, cerró las puertas que daban a la terraza y corrió las cortinas. Cogió una nota escrita por ella y sus joyas y agarró la bolsa que llevarían con ellas. Bajaron con sumo silencio las escaleras, entraron en el salón y se acercaron al cuadro en cuestión. Hizo lo mismo que vio hacer a Wallace, pero la pared no se movió. Volvió a apretar suavemente, presionando un poco más que la primera vez, y ahora sí. Metió la mano y sacó la bolsita, dejando la nota dentro y sus joyas, que no eran muchas, pero estaba convencida, o deseaba estarlo, de que valían más que las monedas que había en el interior de la bolsa. Notaba cómo Juana temblaba de miedo, y eso estaba poniéndola nerviosa. Cerró y dejó todo como estaba.

Se dirigieron a los establos, que se encontraban en la parte trasera de la casa, y cogió el caballo más mediocre de los cuatro que había. Por nada del mundo quería llevarse el que montaba él, que imaginó que sería el más grande y hermoso. «Este está castrado y parece pacífico», pensó la joven mientras salía con el animal y dando gracias a que apenas hicieron ruido. Dieron varias vueltas a lo tonto, por la cuadrícula que formaban las calles, hasta que se orientó y salieron de la ciudad. Fue entonces cuando montó el caballo y ayudó a Juana para que hiciera lo mismo. Vestidas con ropas de hombre que Juana había robado del tendedero una vez que Carol le dijo lo que tenía que hacer,

no llamaban la atención. A simple vista eran dos muchachos, uno más regordete y otro delgado, subidos en un caballo y saliendo de la ciudad. Sus cabellos escondidos dentro de unas gorras pasaban desapercibidos al ser de noche. En cuanto saliera el sol, esos disfraces no serían muy eficaces.

Cuando llevaban dos horas cabalgando, Juana no aguantó más:

—No está bien, señorita. No está bien lo que hemos hecho. Se nos va a caer el pelo cuando nos cojan.

—He canjeado una cosa por otra. No hay nada malo en eso —dijo, queriendo creerse sus propias palabras y sabiendo que cuando ese hombre descubriera lo que había hecho, iba a enfadarse muchísimo.

—Pero la otra persona no estaba presente. Y para hacer trueque, debe haber dos personas y ambas estar de acuerdo. Iremos directas a la cárcel cuando el señor lo descubra. Seguro que removerá cielo y tierra para encontrarnos. Y cuando eso ocurra, nos colgarán… O… o nos violarán y nos colgarán. O iremos a la cárcel, y ahí nos violarán todos los días.

—¡Cierra el pico! Mis joyas valen más que este caballo sarnoso y que la bolsa de oro que he cogido. Y, además, están todas las demás cosas que hemos dejado: mis vestidos, los baúles, que son los más hermosos que verá ese norteamericano, y… y… y ya está. Cierra la boca o te dejo aquí sola.

Juana obedeció. Agarrada a la cintura de su señorita y dando gracias a que fuera buena amazona y que no le dieran miedo los caballos, pensó que si las pillaban, siempre podría decir que ella era una mandada, que solo obedeció y que no tenía ni la menor idea de todo lo que pasaba. «Hazte más tonta de lo que eres, Juana —se dijo —. Es la única manera de poder salir airosa de todo este vendaval que ha formado la señorita Carol».

—Maldita hija de la gran puta —murmuró, con la nota en la mano.

Querido señor Wallace:

Siento hacer esto, de verdad, pero creo que las joyas que le dejo, más mis enseres personales, superan con creces el contenido de la bolsa. No sé si lo sabrá, pero los baúles son de la mejor calidad que verá en su vida. Usted, que se dedica al comercio, debe valorarlos como tal. Le aconsejo que si los vende, porque no los quiera para usted, pida una considerable suma, ya que son los mejores, se lo dice una experta.

Carolina Montiel

P.D.: El valor sentimental de esas joyas es enorme para mí, por lo que debe tener en cuenta el esfuerzo que he hecho para desprenderme de ellas. Sea consciente de que no tendría por qué haberlas dejado si fuese una ladrona; he cogido algo suyo y le dejo algo mío. Espero y deseo que sepa

comprenderlo.

Subió a grandes zancadas las escaleras y entró en la habitación de la muchacha. Todo estaba allí: los baúles, las ropas… Todo, o al menos eso parecía. Fue hasta la habitación de la fallecida; lo mismo. Y en la habitación de la criada, más de lo mismo también. Bajó a la cocina y voceó llamando a los criados. Ellos no sabían nada. La criada de la señorita española no había bajado, pero faltaban unas ropas de la cuerda de la ropa: un par de pantalones y un par de camisas.

Maldita golfa del demonio.

¿Cómo le había tomado el pelo? ¿Cómo le había robado delante de sus narices? ¿Y por qué cojones había hecho semejante estupidez?

¿Adónde se dirigía, adónde iba y dónde demonios creía que estaba? Aun yendo vestida de muchacho, corría muchos riesgos; más pronto que tarde, la descubrirían, y estaría a mano de cualquier desalmado.

Por todos los putos infiernos.

Mandó llamar a Ricardo y le comunicó lo sucedido, dejando a este con la boca abierta y sonriendo ante lo sucedido.

—No le veo la gracia, Ricardo. Lo de menos es lo que ha cogido, pero sabes que le puede pasar cualquier cosa.

—Les puede, Alex, les puede. No olvides que son dos.

—No lo olvido. Pero cuando descubran que son mujeres, no se prendarán de la criada. Tenemos que buscarlas, no pueden estar muy lejos. Es posible que hayan acudido a casa de algún español. Aunque…, pensándolo mejor, para hacer eso no era necesario robar y vestirse de hombre. —Alex divagaba, con la nota en la mano. Ricardo la cogió y la leyó. Al terminar, una sonrisa iluminó su moreno rostro —. No te rías, cabrón. Cuando la pille, va a saber que conmigo no se juega.

Capítulo 3

Una hora antes, se encontraron con unas mujeres que se dirigían a un convento. Las indicaciones estaban claras como el agua, y además seguían la línea de la costa. Llevaban cestos de frutas y varias cosas para canjear por otras mercancías.

—¿Ves? —dijo Carol—, igual que yo. Cambiar unas cosas por otras.

Juana no contestó. Era lo mejor: permanecer callada y no enfadar a la señorita Carol. Realmente, pensaba que había perdido la cabeza. Que la muerte de la señora Anastasia y esa humedad pegajosa la habían vuelto tarumba y por eso hizo lo que hizo. Eso es lo que diría al señor Wallace cuando las pillasen, porque estaba segura de que así ocurriría.

Carol llevaba las riendas del caballo. Iban andando las dos y siguiendo a las mujeres indias. La vegetación les impedía ver el convento, pero cuando ya faltaba poco, apareció ante sus ojos. Era inmenso. Dejaron que las mujeres entraran en él. Entretanto, detrás de unos arbustos, se quitaron las ropas masculinas y se colocaron los sencillos vestidos que habían traído. Poco después, las puertas se abrieron y, escondidas donde estaban, vieron salir un carromato conducido por una monja y otra a su lado. Las puertas volvieron a cerrarse.

—Menos mal que no hemos ido al interior —dijo Carol—. Es muy fácil perderse por estas tierras. Y, seguramente, tierra adentro, habrá selva o algo parecido. Lo mejor es seguir la costa y así el camino de vuelta no tendrá pérdida. Cuando pase un poco de tiempo, volveremos a la ciudad y embarcaremos para España. No te preocupes, Juana, lo tengo todo pensado. Lo mejor es eso: volver a España. Porque ¿qué hacemos aquí? Nada de nada. Vamos al convento, que las monjas, sean de donde sean, siempre acogen a las mujeres. Y mientras pasa el tiempo, el norteamericano se olvidará de nosotras y será todo muy fácil.

Juana la miró de mala manera.

—El señor ya se habrá olvidado de mí —le contestó—, pero de usted lo dudo mucho.

—Venga, no metas malos pensamientos en tu cabeza. —Se pusieron

en marcha, dejando al caballo suelto, y llegaron a las puertas—. Qué grande. Se parece al monasterio de las Huelgas.

«Menuda cosa», pensó Juana. Como si le hubiera dicho que se parecía a la catedral de Burgos. Ella no había salido de Cádiz.

La mano de Carol golpeó con fuerza, ya que no había aldaba o llamador de ningún tipo. Esperaron y volvió a golpearla. Al rato, se oyeron pasos. El gran portalón se abrió unos centímetros y una bonita cara indígena se asomó. Con un dulce castellano, les preguntó qué deseaban, y la española le pidió poder hablar con la madre superiora. La novicia abrió la puerta un poco más y dejó pasar a las muchachas. Volvió a cerrar, las llevó hasta el interior y les dijo que esperasen unos minutos.

—Desde este momento, eres sorda y muda.

—Pero, señorita…

—No hay peros que valgan. Eres sorda y muda, y a callar. No podemos meter la pata, así que yo hablo y tú calladita. Y si alguien se dirige a ti, como si oyes llover, te encoges de hombros y se acabó. ¿Has comprendido?

Juana movió la cabeza arriba y abajo y las dos se callaron al oír los pasos de dos monjas. La madre superiora era enorme. Debía medir un metro ochenta y pesar noventa kilos, calculó Carol.

—Señoritas, soy la madre abadesa de este convento —les dijo con gesto serio y desconfiado.

Con su mejor sonrisa, Carol besó el crucifijo de la abadesa y se arrodilló; de algo tenían que servirle los años que estuvo en el colegio de monjas. La mujer la tomó del brazo y la hizo levantar.

—No queremos molestar, madre —la voz sonó atrayente y melodiosa, y Juana no pudo evitar el embobamiento que le producía la personalidad de su amita y su encanto natural, sabiendo a ciencia cierta que esa monja, grande como un castillo, se sentiría hipnotizada por los buenos modales y la educación exquisita de la señorita—, pero mi doncella y yo nos encontramos en apuros y necesitamos la ayuda de Nuestro Dios Misericordioso o, en su defecto, de alguien cercano a Él.

Efectivamente, la abadesa relajó el semblante y miró con otros ojos a la muchacha de acento español y de una belleza fuera de lo común, en todos los sentidos.

—Dime, hija, ¿en qué puedo ayudaros? —la apremió la superiora. La novicia, situada justo al lado, no perdía detalle.

—Hemos llegado de España para reunirme con mis padres. Pero cuál sería mi desgracia que, al llegar, me dijeron que habían fallecido de fiebres y arruinados. Sinceramente, no sabía qué hacer, y sintiéndome bastante abrumada, porque… pululaban a mi alrededor personas no muy decentes, alguien me habló de este convento.

Dejando mis pertenencias abandonadas para evitar males mayores, pusimos rumbo hacia la casa de Dios, con idea de ser alojadas durante una temporada, analizar la situación y ver qué rumbo darle a mi nueva vida. Podemos ayudar en lo que sea necesario, no se nos caerán los anillos —dijo al tiempo que se miraba las manos desnudas de joyas y la monja sonreía ante tal expresión—, y más adelante…

—No te preocupes, hija. Aquí estáis a salvo. Una mujer corre muchos peligros en este mundo infame; y una muchacha como tú, más todavía. Podéis estar aquí el tiempo que haga falta. —Miró a la criada y preguntó—: ¿Le pasa algo?

Carol miró a Juana y pasó un delgado brazo por los hombros de esta.

—Es sorda y muda, pero muy buena muchacha. Trabajadora, fiel y leal hasta decir basta.

La monja movió la cabeza en señal de asentimiento y murmuró:

—De los desgraciados, será el Reino de los Cielos.

—Amén —añadió la española, y de ese modo entraron a formar parte de la congregación del convento.

La muchacha ofreció el poco dinero que tenía, pero la superiora se negó, diciéndole que debía guardarlo para el futuro, para el regreso a España si es que así lo decidía y poder comenzar una nueva vida. La joven se sentía un poco mal contando tantas mentiras, pero en las circunstancias en las que se encontraba, debía ser más lista que los demás si quería sobrevivir en un medio hostil. Y aunque el convento no lo fuera, los alrededores sí. Además, el oro había que administrarlo muy bien, pues no sabía a ciencia cierta lo que le depararía el destino.

Pasaron los días y se sentía como en casa, o casi. Hacía todo tipo de trabajos, desde tareas en la cocina hasta trabajar en el huerto, fregar suelos o limpiar cualquier superficie necesitada. Se hizo buena amiga de Catalina, la novicia, una muchacha de su misma edad, con la piel cobriza y los ojos oscuros como la noche. Por ella se enteró del funcionamiento del convento y de todo lo que allí se hacía, y también le contó que la madre sacaba unos buenos dineros extra guardando en el sótano los cofres de un comerciante para tenerlos a buen resguardo. Eso le picó la curiosidad y se preguntó qué habría en esos cofres, ya que ni Catalina ni la madre superiora lo sabían. Así que, cuando nadie se fijó en ella, entró en el claustro de tipo románico con grandes capiteles y llevó sus pasos hasta una puertecita de hierro. Abrió, se metió dentro y bajó unas escaleras de piedra, despacio y palpando las paredes, ya que estaba oscuro y no veía nada.

Los escalones se acabaron y llegó a una sala enorme en la que entraba un poco de luz gracias a una pequeña claraboya que daba a un rincón de un pequeño patio. Vio los grandes cofres y se puso a contarlos. Cuando iba por el doce, algo le pasó por los pies y dio un

brinco. El inesperado susto la hizo volver a las escaleras y subir por ellas. No le dio tiempo a terminar de contar, pero, *grosso modo*, calculó que habría veinte o treinta cofres, y pensó que igual la abadesa sí sabía lo que contenían. Bueno, no era asunto suyo.

Esa noche, en la celda que ocupaba, se sintió extraña. Se tocó los pechos y los notó sensibles e hinchados, y se acordó de esos brazos fuertes alrededor de ella cuando su madrina murió. Era un hombre muy viril, muy atractivo, y en otras circunstancias… Pero desconfiaba de él. Desconfió desde el principio, no sabiendo por qué. Solo lo trató dos días. La madrina murió la primera noche, a la tarde siguiente la enterraron y esa noche se fugaron. Pero cuando notó ese beso en la sien, cuando sintió esos brazos rodeándola, cuando apreció ese calor que emanaba de ese cuerpo duro como una roca, tuvo una sensación de vértigo, de peligro, que fue lo que la hizo huir. Y ahora, en la oscuridad de esa celda, no se arrepentía, aunque al mismo tiempo sintió deseos, apetencia de algo que no conocía pero que ese hombre le habría dado, y que ese algo sería maravilloso y terrorífico a la vez. Movió la cabeza y se mentalizó para dormir, pero su cuerpo caliente y anhelante no obedeció. Llevó una mano al centro de sus muslos y se tocó; los abrió al máximo y deslizó los dedos por un punto que le producía mucho placer. Estaba húmeda, y metió un dedo dentro de su vagina, jadeando y gozando. Cerró los ojos con fuerza, dándose placer, y pensó en el hombre moreno de ojos plateados.

Una mañana, Juana cogía unas flores para ponérselas a la Virgen, cuando, de pronto, se quedó paralizada. Esperó unos segundos, y al notar que sus piernas le respondían, corrió todo lo rápido que pudo y llegó sin aliento a la cocina. Catalina y Carolina reían de algo divertido, aprovechando que estaban solas y no tenían que guardar la compostura, ya que no andaban monjas por los alrededores. La española, al ver a Juana, dijo:

—Ya viene corriendo otra vez. Se pensará que es la hora de la oración.

Pero la pobre Juana movía una y otra vez la cabeza, intentando llamar la atención de su ama. Carol no tardó ni dos segundos en darse cuenta y fue hasta su encuentro, disculpándose ante la novicia. Salieron fuera y Juana comenzó a susurrar:

—Están aquí, están aquí.

—¿Quiénes? —le preguntó Carol.

—Él, él, él.

—¡Maldita sea, Juana! ¿Qué estás diciendo?

Y entonces soltó toda la parrafada. El señor Wallace estaba en el convento y venía con otros hombres y varios carros, y ahora las descubrirían y las despellejarían vivas, porque eso era lo que se les

hacía a los ladrones, o peor todavía. Carol le dijo que se callara o le daría un sopapo. Tenían que volver a vestirse con las ropas de hombre, pero Juana dijo que ni hablar, que ella no iba a ponerse esas ropas asquerosas, y cuando Carol iba a levantar más la voz, descubrieron a la novicia mirándolas, sobre todo a la criada regordeta.

—No la mires así, Cati —Carol, por su cuenta, la llamaba de ese modo cuando no había monjas delante—, no es un milagro. Tienes que ayudarnos, tenemos problemas. Un hombre nos ha seguido desde Veracruz y ahora está aquí.

La novicia las miró como si fueran extrañas.

—¿Qué hombre? —le preguntó, bajando la voz.

Carol, nerviosa, se acercó a ella y le dijo al oído:

—Se llama Wallace.

La novicia la miró un tanto confundida.

—El señor Wallace viene de vez en cuando. Los cofres que hay en el sótano son suyos. Habrá venido a recogerlos.

Carol clavó su mirada verde en los ojos negros de la indígena y la cogió del brazo.

—Cati, tengo que explicarte algo.

Alexander paseaba por el despacho de la abadesa y se golpeaba suavemente las botas con la fusta de cuero mientras la monja abría el saquito y contaba las monedas.

—Es usted muy generoso. Es más de lo que hablamos, no puedo aceptarlo.

—Claro que puede —le dijo el norteamericano—. Tener la mercancía a buen resguardo, vale eso y más. Por favor, acéptelo sin reservas.

Hablaron durante unos minutos más y Wallace salió del despacho de la monja y se dirigió al claustro. Todavía estaba de mal humor. Había puesto a mucha gente en movimiento para encontrar a la española, pero no resultó. Era como si se la hubiese tragado la tierra; a ella y a su criada. No podía entenderlo. Dos mujeres, vestidas de hombres, y una de ellas, hermosa como una ninfa, se habían esfumado como por arte de magia. Las versiones tan distintas que unos y otros trajeron eran el colmo: que si habían embarcado para España, que si para las Antillas, que si se encontraban en casa de unos españoles en Mérida. Pero nada era cierto. Rumores y más rumores. Y como la estancia en su casa fue tan corta, no contaba con la seguridad que da el conocer a los vecinos o a los invitados de los vecinos. Sí, todos estaban al corriente de la mujer mayor, la joven y la criada que llegaron en el galeón inglés, pero no les dio tiempo de ver detenidamente a la muchacha. Y si ahora les preguntaban, tanto a los señores como a los criados, no sabrían decir si era castaña o morena,

más alta o más baja, llenita o esbelta como un junco. El rostro del hombre se ensombreció, recordando cómo la muy lagarta se fijó en el escondite del dinero y cómo se lo robó descaradamente. Menuda zorra estaba hecha. Pero, con la verdad por delante, no se le pasó por la mente en ningún momento que esa criatura tan bonita fuese una ladrona. Sin embargo, cierto era que no había tenido la necesidad de dejar esas joyas, pero aun así sentía deseos de ponerle esas nalgas, que tan bien recordaba, rojas como granadas.

Al llegar a la pequeña puerta que daba al sótano, donde le esperaba Ricardo, bajaron las escaleras y se perdieron en su interior.

La novicia escuchó atentamente todo lo que Carol le contó, y no tardó en darle su opinión diciéndole que lo que había hecho estaba mal, muy mal. Cogió algo que no era suyo, y no la disculpaba el hecho de que hubiera dejado algo a cambio. Un robo era un robo, y no había más versiones. Le aconsejó que afrontara al señor Wallace, pero Carol se negó de pleno. Y entonces, la novicia, mirándola fijamente, le preguntó si había algo más, si era su Malinche. Eso hizo que la muchacha se pusiera roja y se enfadase. Antes de salir de España, había leído mucho sobre el Nuevo Mundo, más otras cosas que le contaron, y sabía que Malinche fue una indígena, amante de Hernán Cortés, y de ahí la insinuación de la novicia. Muy enfadada, le soltó que no era la Malinche de nadie. Juana las miraba extrañada, sin comprender qué era lo que decían, y se sorprendió cuando su señorita se rebajó, se humilló y le pidió ayuda a la buena novicia para que no las delatara. Tenían que esconderse y salir en cuanto les fuera posible, pero cuál sería la sorpresa de Carol, al oír a Juana, que ella no iba a ningún sitio, que deseaba quedarse en el convento y tomar los hábitos, que había descubierto su verdadera vocación y no pensaba volver al mundo cruel y déspota del que procedía, y menos en ese momento y en esa tierra inhóspita.

—Pero volveremos a España —le dijo Carol—. Volveremos a nuestra tierra y comenzaremos de nuevo.

—No, señorita. Vuelva usted si quiere, pero yo ya lo he decidido. Me quedo.

—Por Dios —murmuró la española—, el clima de esta tierra tiene que haberte afectado la cabezota. Está bien —añadió—, viajaré mejor sola, sin cargas, no me importa. Quédate y hazte monja y pasa toda tu vida aquí, allá tú; no voy a impedírtelo —soltó, con lágrimas en los ojos.

No obstante, Juana no se ablandó. Ella no estaba preparada para seguir a la señorita Carol. No y no. El convento era una opción muy agradable y las monjas eran iguales que ella. Además, la abadesa no resultó ser tan antipática como se mostró al principio. Y, seguramente,

cuando supiera que no era muda y que solo obedeció órdenes de su señorita, la exculparía de todo.

—Vamos a ver —continuó la novicia—, tú no quieres ver al capitán Wallace —afirmó muy seria.

—¿Capitán? —preguntó nerviosa y preocupada.

—Sí, tiene un barco. Un galeón, creo. Se lo compró a los españoles. Pertenecía a la flota Tierra Firme, uno de los que se salvaron del naufragio.

Carol la miraba sin pestañear y atendiendo a cada palabra que decía su amiga sobre ese hombre.

—Pero eso ocurrió hace mucho. Ese naufragio fue en 1621 o 22. ¿Y adónde va con el barco? —Le podía la curiosidad, y Catalina lo notó.

—No lo sé, no paran de viajar. Supongo que por el Caribe y alrededores. Pero eso no es lo que debe preocuparte. La cuestión es que, en el tiempo que esté aquí, no te descubra y que la madre no diga nada.

—Tengo que esconderme.

Cati movió la cabeza y la cogió de la mano.

—No te preocupes, yo sé dónde.

Un rato más tarde, Ricardo y Alex entraban en la gran cocina, donde unas monjas mayores les sonrieron mientras limpiaban unas verduras. Ricardo saludó a la novicia con una sonrisa y le preguntó qué tal estaba. Ella dio los buenos días y les sonrió con timidez.

—Tan guapa como siempre —dijo Alex, haciendo sonrojar a la joven.

Enseguida, les preguntó si tenían hambre y si querían que les hiciera algo de comer. En respuesta, los hombres sonrieron y sobraron las palabras. Salieron a uno de los patios y se acomodaron en una mesa de piedra y bancos de madera. La novicia les puso una fuente con verduras fritas, y un poco más tarde les alegró la vista con una enorme tortilla de patata, para terminar con un pastel de vainilla y cacao que hizo las delicias de Ricardo, quien era sumamente goloso. Entretanto, los hombres del capitán, que ya habían comido, sacaban los cofres del sótano y los llevaban a los carros, cargándolos ordenadamente y repartiéndolos equitativamente entre unos y otros, ya que todos no pesaban lo mismo ni tenían el mismo tamaño.

Mientras eso ocurría, Carol, vestida de monja y fuera del escondite, observaba desde una puerta entreabierta del corredor. Miraba fijamente al hombre moreno de ojos grises, que hablaba y reía con Ricardo. Dios, qué guapo era. Lucía una camisa blanca, abrochada hasta arriba. No debía ofender a las monjitas, pero las mangas estaban enrolladas por encima del codo y dejaban ver unos antebrazos fuertes, morenos y con un suave vello oscuro. Los dedos largos se movían de una manera elegante cuando se llevaba alimentos a la boca, y esa boca

mostraba una dentadura blanca y perfecta cuando hablaba y, sobre todo, cuando reía por algo que decía Ricardo. Qué alto era. Las piernas, embutidas en esos pantalones negros y estos metidos en unas botas que le llegaban por encima de la rodilla, producían en la joven unas sensaciones extrañas, de curiosidad, de admiración y de nerviosismo. Se fijó en el cabello. Lo llevaba más corto que cuando lo conoció. De hecho, muy corto, casi rasurado. Claro, era lo mejor para ese clima húmedo y pegajoso. A ella le habría gustado hacer lo mismo, si no fuese mujer.

Los ojos verdes no pestañeaban mientras recorrían el cuerpo masculino. «Así, en presencia —pensó—, es el sueño de cualquier mujer». ¿Qué pasaría si se presentase ante él y le pidiera perdón?… No, mejor ni pensarlo. Ese hombre debía tener un genio de mil demonios, y seguramente estaría muy enfadado por lo que ella había hecho. No podía plantearse tal expectativa. No debía dar marcha atrás. Tenía que seguir adelante y sola, ya que la fiel Juana ya no era tan fiel. Algo de miedo sentía, para qué iba a negarlo. Pero no iba amedrentarse; no, señor. Se escaparía escondida en un carro, y cuando llegara a la ciudad, buscaría un lugar donde hospedarse hasta subir a un barco que la devolviera a su país. Pero no sucedió de ese modo. Era muy arriesgado meterse en uno de los carros del capitán, ya que llevarían vigilancia, delante y al final del convoy, y sería fácil que la descubrieran tarde o temprano.

Pero la hermana Catalina le dio la solución.

Las mujeres que llegaban cada semana para intercambiar productos habían hecho su aparición un día antes de lo habitual, y una de las mujeres era prima de la novicia. Esta le dijo que tenía que hacerle un favor y le contó de qué se trataba, recibiendo como pago una moneda de plata.

—Te bajarás cuando lleguen a la aldea —le dijo Cati a Carol—, y desde allí debes ir andando. Pero no será problema. A pesar de ser un camino transitado, con el hábito de monja, nadie te molestará. No te quites en ningún momento la toca; es más, lleva el velo siempre echado, aunque tengas todo el calor del mundo o estés sudando a chorros. Tu salvoconducto será este traje; porque, aunque quieran distinguir una cara bonita, el resto será un hábito grande y arrugado, y si estás sudada y un poco maloliente, mejor. —Le dio una bolsa con un poco de pan, queso y algo de fruta—. No te comas la fruta de golpe. Cómetela poco a poco, para que vayas renovando los líquidos que vas a perder. —Carol asintió y se metió los alimentos dentro del gran bolsillo escondido en el hábito, donde también llevaba la bolsa de Wallace—. Cuando llegues a la ciudad —continuó—, ya te comprarás ropas de mujer. No es conveniente que una monja lleve un bolso de viaje, tus cosas deben de quedarse aquí.

—No importa —le contestó la española—. Todo es remplazable, ¿no te parece?

La novicia la miró con preocupación y acarició el rostro de la muchacha.

—Ten mucho cuidado, Carol.

Se abrazaron a modo de despedida y se dirigió al carro de las mujeres. Subió al pescante sin que ninguna de las monjas de la congregación estuviera presente. Cuando el carro salió por el portalón, llevaban a una monja consigo y nadie se fijó en ella. Los hombres que hacían la guardia deslizaron los ojos por las mujeres y por la monja y siguieron hablando de sus cosas.

A última hora de la tarde, los carros estaban organizados para salir al amanecer. Los hombres, después de cenar, se acomodaron para dormir en el patio al igual que el capitán y Ricardo, y antes de que el sol saliera, ya estaban en pie, vaciando las vejigas fuera de la presencia de las monjas y tomando un café fuerte y oloroso. El convoy se puso en marcha y Alex fue a despedirse de la superiora. Le había comprado unos tapices y dos juegos de mantelerías para su casa, pagando más de lo que la monja le pidió. Cuando esta terminó de despedirse, y viendo cómo ese poderoso hombre montaba a caballo mientras Ricardo esperaba sobre su montura, se acordó de repente:

—Los carros ya han partido, qué lástima. Tendría que haberle preguntado a la muchacha si quería ir con usted. —El hombre se removió en la montura y le preguntó a qué se refería—. Una muchacha que lleva aquí unas semanas… Pero, bueno, cuando ella no ha dicho nada, supongo que aún querrá permanecer más tiempo aquí. Quién sabe, tal vez esté pensando en tomar los hábitos. —El rostro de Wallace mostraba una seriedad que a la monja le pareció excesiva—. Las dos —añadió la monja, recordando a la muda.

—¿Dónde están esas dos? —le preguntó con un tono frío y brusco.

La corpulenta monja vio cómo el hombre desmontaba. No le gustó el semblante que mostró, al tiempo que le desconcertó que el hombre mayor también desmontara. Algo extraño pasaba, algo le había ocultado esa bella muchacha, y tenía que ver con el capitán. La abadesa mandó buscar a las muchachas. En cuestión de unos minutos, apareció una monja con la criada a su lado. Wallace le clavó la mirada y Juana deseó que se la tragara la tierra.

—¿Dónde está tu ama?

La superiora sonrió, intentando saber qué estaba ocurriendo en su convento.

—No habla, capitán. Es sorda y muda.

La mirada amedrentadora hizo temblar a la criada y farfulló una serie de palabras, haciendo que la abadesa se quedara con un rictus enfadado y preguntándose dónde estaría Carolina.

—Le juro, señor Wallace, que no sé dónde está. Se lo juro por todos mis muertos. Yo no tengo nada que ver con lo que hizo la señorita Carolina, se lo juro por Dios y por la Virgen —lloriqueó la regordeta criada, y Alex supo que no mentía.

El hombre miró a la superiora y le pidió permiso para registrar el convento, ya que esa joven a la que había dado cobijo era una ladrona. El rostro de la mujerona enrojeció al sentirse engañada por la española y también por la criada.

—No creo que sea necesario, capitán.

Mandó traer a Catalina, y esta confesó que la española había escapado el día anterior en el carro de las mujeres. Para su excusa, contó que la muchacha le había dicho que huía del capitán porque este había intentado abusar de ella y al verlo en el convento le entró pánico, por lo que la ayudó, creyéndose que hacía una buena obra. El rostro atractivo del capitán permanecía impasible y no mostraba las ganas que tenía de pillar a esa española y ponerle el culo morado de los azotes que le daría. Escuchó a la madre abadesa preguntarle a Juana por qué no se había ido con su ama, y la criada le respondió que quería hacerse monja y servir a Dios y a las monjitas en vez de a una señorita caprichosa y mentirosa. «Cada uno tiene que mirar por sí mismo», pensó Cati al oír esos comentarios en boca de Juana. Y fue entonces cuando se puso colorada ante la mirada glacial del norteamericano y las palabras graves y hoscas que salieron por su boca:

—¿Puedo fiarme de usted, Catalina, y confiar en que no la tiene escondida en el convento?

—No, capitán Wallace. Ella salió ayer por la tarde con las mujeres de la aldea. No le oculto nada. Y siento haber pensado mal de usted, pero ella fue tan convincente que creí estar haciendo una buena obra. Lo siento mucho, señor.

Cuando los ojos del hombre recorrieron el cobrizo rostro de la bonita novicia, sintió ganas de zarandearla y decirle que no lo tomara por tonto. Pero lo dejó estar. Montó otra vez y miró a la criada.

—¿Lleva ropas de monja? —La novicia movió afirmativamente la cabeza—. ¿Habéis tenido algún contacto, antes de venir aquí, con españoles u otras personas? —La pregunta, dirigida a Juana, sonó atronadora en la garganta del hombre.

—No, señor. Con nadie, se lo juro. Cuando logramos salir de la ciudad, después de dar varias vueltas a lo tonto, seguimos el camino de la costa, que nos llevó hasta el convento, y desde entonces estamos aquí.

El semental del norteamericano se revolvió nervioso. Antes de darle espuelas, le habló a la superiora:

—No sea dura con ella. Después de todo, obedecía los deseos de

una niña malcriada. —Se tocó la frente a modo de despedida y azuzó su montura, seguido de Ricardo.

Esta vez no iba a escapársele. Removería toda la ciudad y pondría vigilancia permanente en el puerto. Por todos los infiernos que pillaría a esa ladronzuela, y por todos los diablos que azotaría esas nalgas redondas y duras hasta dejarlas tan rojas e hinchadas que no podría sentarse en un mes.

Después de pasar la noche en la casita de la prima de Catalina, la llevaron a la ciudad otros primos de la novicia, deseosos de ayudar a la hermosa monjita española. La dejaron en los alrededores de un mercado y aprovechó para curiosear y fijarse en las gentes que circulaban por los puestos, en su mayoría, criados, criadas y señoras. Dentro de su disfraz se encontraba a salvo, y aunque resultaba muy caluroso y su cuerpo sudaba lo indecible, no le importó, ya que tenía la sensación de que nadie se fijaba en ella. Se había comido las frutas y le quedaba un poco de queso y pan, que decidió guardar para más tarde. Dejó pasar las horas deambulando por las callejuelas al tiempo que pensaba que estaba arriesgándose demasiado. Pero, por otra parte, vestida de monja… Claro que, pensándolo mejor, tampoco sería muy normal que una monja estuviera para arriba y para abajo sin orden ni concierto.

Cuando comenzaba a oscurecer, se fijó en el escaparate de una tienda de antigüedades. Había luz dentro. Se ve que no estaba cerrada, y los objetos que se mostraban en ese cuidado escaparate le llamaban la atención. Libros de distintos tamaños, cuadros y muebles de bellas maderas y delicados diseños le hicieron recordar su casa de Cádiz. Sentía añoranza de su país, y con tanto oír el idioma natal, estaba sensible y deseando hablar con alguien para poder entablar una relación de compatriotas, pero no podía arriesgarse. Igual pesaba una denuncia sobre ella.

Sin pensárselo dos veces, entró en la tienda y una campanilla sonó anunciando su llegada. El dueño escuchó el alegre sonido y se levantó ligero de su mesa despacho de la trastienda. Salió hasta la entrada para ver quién llegaba a esas horas tan tardías y se sorprendió al ver los hábitos arrugados de una monja. ¿Vendría a pedir dinero? El judío se fijó en esos delgados dedos y en esa mano elegante que levantaba el velo. Carol descubrió su rostro y lo echó hacia atrás. Las bellas facciones llamaron la atención del enjuto hombre, quien sonrió para sus adentros.

—¿Qué desea, hermana? —le preguntó, con una inclinación de cabeza.

Carol se confió.

—Perdone, señor, no quiero molestar, pero ¿podría decirme si hay

alguna fonda decente en la que pudiera hospedarme?

—Aquí mismo, señora. Arriba tengo habitaciones económicas, limpias y seguras, y una criada para atenderla en lo que usted desee —le comunicó sonriente, pero manteniendo las distancias para que la muchacha no se asustara. Al ver que no decía nada, optó por hacer el siguiente movimiento—. Alfonsina, tenemos un huésped —llamó, dirigiendo la voz hacia un pasillo. Al momento, se oyeron unos pasos y una mujer de edad intermedia y de piel oscura se personó delante de ellos—. Dale la habitación de flores a la hermana, y atiende todos sus requerimientos. —Volvió la mirada hacia ella, esperando parecer un complaciente hombre mayor y no un avispado comerciante—. Vaya con Alfonsina, hermana, y descanse tranquilamente, aquí nadie la molestará.

Carol fue detrás de la criada, sin embargo, al momento se volvió hacia el hombre.

—Pero no me ha dicho el precio, señor.

—No se preocupe por eso, hermana. Págueme lo que pueda. —Tras decir esto, desapareció en su despacho.

La muchacha, complacida por encontrarse con personas tan amables, siguió a la criada.

Antes de que Alfonsina le trajera la cena, se lavó lo mejor que pudo. Se quitó el pesado hábito, la infernal toca y se quedó con la camisola y las enaguas, que era lo único que le quedaba de su vida anterior. Con una toallita mojada y escurrida, se lavó las axilas y el escote, y después la pasó por sus partes, suspirando de alivio al notar el agua fresquita y aliviada de limpiar esa zona delicada. Pero al ver la toallita manchada de sangre, dio un brinco por la sorpresa y maldijo el hecho de ser mujer. Todo esto era un incordio, un problema y una forma de complicar su ya de por sí complicada vida. Deseó que la criada llegase para pedirle ayuda.

Cuando al momento llamaron a la puerta, abrió y le explicó a la criada su problema, sin darse cuenta de cómo la miraba y sin pararse a pensar que su belleza pudiera causar ese efecto. Alfonsina, una vez recuperada de la impresión, pensó que nunca había visto a una monja tan bella, y encima en enaguas, pues no creía que las monjas llevaran ese tipo de ropa interior. Le dijo que no se preocupara, que enseguida le traería unos paños. Cumplió al momento, dándole dos paños higiénicos y diciéndole que podría conseguirle más si manchaba mucho. Carol se lo pensó un instante; normalmente, sus periodos no eran muy abundantes, pero con aquellos calores y con los nervios que estaba pasando… Le dijo que, para el día siguiente, le agradecería que le preparase algunos más y que le indicase lo que costaba. La criada le contestó que no se preocupase, que las mujeres tenían que ayudarse y que ahora debía descansar. Le traería la cena en un momentito. Carol

sonrió agradecida.

Cuando se quedó sola y se puso el paño, decidió acostarse un ratito. Estaba cansada, le dolía un poco la barriga, y la cama, que ya la había probado, estaba llamándola a gritos. Acomodó su cuerpo y se quedó dormida nada más apoyar la cabeza en la blanca almohada. No escuchó el crujir de las escaleras ni las pisadas sobre el alfombrado pasillo del piso superior donde ella se encontraba, y sus ojos no se abrieron cuando la criada dejó la cena sobre la mesita, al lado de la puerta de la entrada.

Se desperezó, y mientras abría los ojos, vio la puerta abierta y se sobresaltó. Cuando se levantó para cerrarla, una mano grande se cerró sobre su muñeca. Sus ojos se posaron en ella, para después elevarlos hacia arriba y ver al dueño de sus pesadillas. Wallace la metió dentro de la habitación y cerró la puerta. Los ojos grises se deslizaron por el cuerpo vestido con esas enaguas, llenas de bordados, se desplazaron por la estancia para ver el hábito sobre una silla y volvieron hasta el rostro más bonito y asustado del mundo. Ella no tenía palabras y estaba aterrorizada, sin saber cómo reaccionar ante ese hombre que la traspasaba con esos ojos tan fríos y ese físico que ocupaba el hueco de la puerta. La pobre tragó saliva y los ojos se le llenaron de lágrimas. Ahora acabaría en la cárcel, ahora no tenía a su querida madrina para ayudarla; es más, si Anastasia no hubiera muerto, ella no se encontraría en esa tesitura, no habría hecho la estupidez de robarle a ese hombre. Un hombre que apenas conocía y a quien tal vez juzgó de una manera equivocada. Pero ahora, en esas circunstancias, él no la perdonaría; seguro que no, aunque le devolviera casi la totalidad de las monedas.

Alzó la carita y lo miró con ojos de gatita apaleada, pues eso fue lo que pensó el hombre: que se agarraría a sus artes de mujer e intentaría hacerse la débil muchachita. Pero él no iba ablandarse.

A ella, ante el silencio de Wallace, solo se le ocurrió decir una cosa:

—Lo siento. —Agachó la cabeza sumisamente.

Él entrecerró los ojos. Sus labios mostraron algo parecido a una sonrisa mientras la mirada plateada se deslizaba por ese cuerpo lozano y se clavaba en la boca de la muchacha.

—Conque lo sientes, ¿eh?

Carol se acercó a él y echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos, dándose cuenta de que, de ese modo, le ofrecía al hombre una inmejorable perspectiva de sus pechos.

—Sí, señor Wallace. Lo siento de verdad. No he gastado casi nada. Mire.

Fue hasta el hábito, sacó del bolsillo la bolsa del oro y se la ofreció, esperando que el hombre extendiera su mano. Pero eso no ocurrió, y

la bolsa de cuero blando siguió en las manos de la muchacha. La mirada del hombre la traspasaba y ella sintió miedo de verdad. Este tipo no era como el mequetrefe con el que quiso casarla el marido de su madrina. A este no podría dominarlo con una patada en la espinilla.

—Eres un regalo para la vista de cualquier hombre —murmuró con voz ronca.

Carol se tragó las lágrimas y mostró su genio, aun a riesgo de pecar otra vez:

—No soy el regalo de nadie. No soy su regalo ni en sueños —le soltó sin levantar la voz pero arañando las palabras.

Él sonrió, porque estaba satisfecho de haberla encontrado. Muy satisfecho.

—No, tienes razón, no eres mi regalo. Eres mi prisionera. Me perteneces.

Los ojos verdes brillaron de rabia y Wallace sonrió de placer. Le gustaba esa fierecilla. Le gustaba físicamente, y le gustaba esa personalidad entre dulce y guerrera.

—Y un cuerno. Yo no pertenezco a nadie.

Él se acercó lentamente y ella anduvo hacia atrás hasta chocar contra la pared y la ventana.

—Cuida tu lengua, chiquita, o te daré unos azotes en tu lindo trasero.

La muchacha se puso roja como un tomate ante tamaño insulto.

—Es usted un grosero, un maleducado, y no tiene ningún derecho a tratarme de estas maneras. —Las lágrimas fueron resbalando por esos pómulos que parecían esculpidos por el mejor de los artistas.

Él la cogió de un brazo y la acercó hasta su pecho de una manera brusca.

—Mira, niña, modera tu lengua conmigo si no quieres probar mi mano. ¿Me has entendido? —Ante el silencio de la joven, volvió a zarandearla y le gruñó al oído—: ¿No hablo claro para tus lindas orejitas? —Ella se dio por vencida, al menos de momento. Movió la cabecita varias veces. Él dejó que esos rizos cobrizos rozaran sus antebrazos y que su mirada se deslizara por esas mejillas mojadas, por esa boca entreabierta y por esos pechos temblorosos—. Así me gusta, que seas dócil como un corderito. Y ahora escúchame bien: me has robado y eso tiene consecuencias. Tienes dos opciones: una, ir a la cárcel por una temporada larga, o dos, venir conmigo.

Carol clavó sus ojos en él, pero Wallace no aflojó la mano sobre la tierna piel.

—¿Ir con usted? ¿Adónde? ¿Y por qué?

—Porque yo lo deseo. Pagarás el robo con tu trabajo, ¿o a la linda señorita española van a caérsele los anillos si trabaja para mí? —La

soltó y contempló cómo se separaba de él para guardar las distancias y poder restablecer su orgullo herido.

Se limpió las mejillas de una pasada, de manera brusca y enrojeciendo ese bello rostro, sin lograr que ese hombre le quitase la vista de encima.

—Tengo casi todo lo que cogí. Y le dejé mis joyas y mis ropas y…

—Sí, sí, y esos caros y perfectos baúles, ya lo sé. Pero da la casualidad de que yo no te los pedí, de que yo no te di mi dinero. Tal vez, si me hubieras pedido un préstamo, te lo habría dado gustoso, incluso te habría buscado el mejor barco para volver a España, si ese era tu deseo. Pero a mí no me roba nadie, y menos una mocosa como tú. ¿Te queda claro?

Carol tragó saliva y bajó la cabeza, haciendo que sus rizos cobrizos cayeran hacia delante y le taparan parte de la piel que dejaba libre el escote de la camisola.

—Sí, señor —le contestó con timidez—. Trabajaré para usted, aunque no sé de qué. —Alex sonrió para sí. Tenía más de treinta años y estaba corrido de la vida, e imaginó los pensamientos de la muchacha—. No pienso ser su amante ni nada por el estilo, y si cree que puede obligarme, antes soy capaz de matarme que dejar que me someta a su antojo.

La sonora carcajada asustó a la muchacha y sintió un escalofrío.

—Trabajarás en mi casa. Tengo una sobrina un poco más joven que tú y serás una buena compañía para ella.

Los verdes ojos lo devoraron, y esa carita preciosa arrugó el ceño al soltar la siguiente pregunta:

—¿Cuánto tiempo? —¿Y dónde estaba esa sobrina? Tal vez era un cuento chino.

—Un año.

Carol se escandalizó y dijo que eso era mucho tiempo. En cuestión de un segundo, él la había cogido por los brazos y pegado a su cuerpo. Sintió esos pechos contra su estómago y notó cómo su ingle se endurecía ante la contemplación de la muchacha y el roce de sus cuerpos.

—Un año, o te pudrirás en la cárcel. —La soltó y la miró de arriba abajo—. Vístete —le ordenó con dureza al tiempo que cogía la bolsa y la ataba a su cinturón—. No tengo más tiempo que perder.

Ella cogió el hábito y se lo puso de espaldas a él, sin ser consciente de que el movimiento de su trasero tapado por las enaguas y sus contoneos para entrar en ese disfraz lo pusieron caliente como un horno.

Cuando bajaron a la tienda, Joseph estaba esperando. La muchacha vio cómo el norteamericano hablaba con el judío y tesorero, pero sus oídos no escucharon nada de los murmullos que intercambiaron. Al

terminar, el hombre la cogió del brazo para salir a la calle. El judío la miró, y de sus labios salió un «Lo siento, señorita».

A medida que la subía al caballo, sintió que en las manos de ese hombre no pesaba nada. Era tan fuerte que era como una muñeca entre sus brazos. Cuando lo notó detrás, todo su cuerpo se puso en tensión, y rezó para que el hábito oliera a sudor para así molestar a ese hombre que tenía las riendas de su vida y que le hacía sentir cosas extrañas. Durante todo el trayecto hasta llegar al puerto, la joven se mantuvo envarada y deseando no tocar el pecho del hombre, pero fue imposible. Mantenía el caballo al trote, y en algunos momentos que lo ponía al paso, esos brazos largos y fuertes que llevaban las riendas la mantenían presa y la obligaban a tomar contacto con la dureza de ese pecho. Con todo y con eso, ella se mantuvo tiesa como una vara, lo cual no hacía más que producir una sonrisa burlona en el rostro de Wallace. No se atrevió a preguntar por qué la llevaba al puerto en lugar de a la casa que perteneció al hermano de la madrina. Ya lo había enfadado bastante como para estar indagando sobre su futuro; más tarde o más temprano, se enteraría de todo lo necesario.

«Todo parece estar en su sitio», pensó Wallace. El barco estaba en perfectas condiciones; la mercancía, en la bodega; la tripulación, completa y dispuesta, y la española, guardadita en su camarote. Mientras observaba a sus hombres subir unos barriles que contenían agua potable, su mente estaba ocupada por la imagen de esa preciosidad. Para quitársela de la cabeza durante un rato, se dirigió hasta el palo mayor, comprobó las tres velas más importantes del navío y se entretuvo hablando con uno de los dos oficiales que tripulaba el barco.

El galeón era impresionante. Totalmente remodelado y reforzado, pesaba alrededor de seiscientas toneladas. Llevaba una doble hilera de cañoneras a ambos lados de la nave y diez cañones más en el castillo de popa, sin olvidar los de proa. Lo había comprado diez años antes, con una herencia que le dejó su padre al morir. Comerció y practicó el contrabando al mismo tiempo, negociando con los españoles y con los norteamericanos. Solía llevar productos agrícolas de cara a los españoles, pero eso era una tapadera. Lo bueno lo llevaba escondido en el falso suelo de su camarote y en el de Ricardo. Oro, plata, joyas, esmeraldas, sedas, porcelanas de Oriente; cualquier cosa que fuese valiosa y le pudiera sacar el triple o más de lo que había pagado por ello. La tripulación nada sabía de ello, y la mercancía entraba en el equipaje de mano de los dos hombres. Cuando alguna vez la pieza era demasiado grande, subía como objeto personal del capitán para alguna de sus casas, bien protegido y embalado. De esa manera, la tripulación no sabía si se trataba de un mueble pequeño, de un paquete de telas o de una alfombra. También existía el riesgo de los

piratas, y en varias ocasiones tuvieron encontronazos con ellos, pero El Virginia solventó bien el contratiempo y sus hombres hicieron buen uso de los cañones de bronce de máximo calibre, sin problemas de ningún tipo a la hora de dispararlos y matar a quien se pusiera por delante.

Cuando quedó satisfecho de todo, puso rumbo hacia su camarote. Al bajar la escala desde la toldilla hasta el alcázar, oyó unos murmullos y vio a dos hombres fisgoneando.

—¡¿Qué cojones estáis haciendo?! —les gritó enfadado.

Los hombres se enfrentaron a su capitán y se les notó el miedo.

—Nada, capitán —dijo uno de ellos—. Solo vigilamos que la española no se escape.

—¡Largo de aquí ahora mismo! No quiero que ningún hombre ronde por aquí. ¿Hablo claro?

El rostro del hombre reflejaba el enfado, y los marineros sabían de sobra que el capitán no se andaba con rodeos y que, si cometían una falta que él considerase grave, los azotaría.

Los hombres besaron los dedos cruzados, dando fe de que las órdenes de él eran sagradas, y desaparecieron de su vista como rayos. Era mal asunto llevar una mujer en un barco lleno de hombres salidos como rabo de cazo, y por esta… por esta podrían organizar un motín. Ya lo creía. Por suerte, el viaje no sería muy largo y pronto estarían en casa. Nicole se llevaría una sorpresa, o tal vez un disgusto. «Las dos cosas», pensó el hombre, pasándose la mano por la mejilla rasposa y moviendo la cabeza mientras reflexionaba acerca de lo que estaba complicándose la vida; más de lo que la tenía.

Carol estaba fisgoneando las cosas que había en el camarote cuando escuchó la voz de Wallace y se asustó más que los marineros. Optó por sentarse en la bancada, debajo de las ventanas, y se quedó quietecita, notando la creciente humedad en sus piernas, y eso que se había puesto el paño que le quedaba; pero no sabía por qué motivo estaba manchando más de lo normal. Tal vez se debiera a la situación, a los nervios o al clima. El caso era que se encontraba en una situación embarazosa si no podía conseguir su equipaje. Tendría que rebajarse otra vez ante ese hombre y pedirle por favor que le suministrara sus pertenencias.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando la puerta se abrió y ese hombre tan apabullante entró. Llevaba la camisa blanca desabrochada hasta casi la cintura, dejando ver unos músculos impresionantes, bajo una capa de vello oscuro y rizado. Sus botas negras hicieron crujir la madera del suelo, y ella miró esos pantalones ajustados a unas piernas fuertes como columnas. Después desvió la mirada hasta la cabeza y se fijó en el pelo tan corto que llevaba; mucho más que cuando lo conoció, casi rasurado. Admiró ese estilo.

Era lo mejor para la higiene y el calor. Si ella hubiera sido hombre, también habría optado por esa ausencia de cabello. Cuando el hombre iba a cerrar la puerta, se fijó en la espada que llevaba en el cinto; al lado derecho y al izquierdo, una pistola.

Su voz profunda le hizo dar un respingo:

—¿Te encuentras cómoda? —Ella no contestó, pero clavó sus ojos en los de él—. El viaje será corto, pronto estaremos en casa.

—¿En casa? —preguntó con ironía.

Él la observó con placer. Sus ojos se deslizaron por el bello rostro y se clavaron en la boca, poniéndola nerviosa.

—Sí, pequeña. En casa, que, por lo menos durante un año, será tu casa también.

—¿Cómo que por lo menos? Me dijo un año. Un año. Ni un día más —le replicó enfadada.

—Tranquila, niña —añadió el hombre sin reflejar lo que pensaba—. A lo mejor te gusta tanto que quieres quedarte por más tiempo.

—¡Y un cuerno! —protestó furiosa, levantándose del asiento.

Él no se movió, pero la reprendió al momento, haciendo que se enfadara más:

—Quieta, no te sulfures. No me gustan las mujeres histéricas.

—Yo no soy eso. Usted es un abusón que piensa que tiene todo el derecho del mundo a comportarse como si fuera Dios, y conmigo la lleva fresca.

Alex tuvo que morderse la lengua para no reír a carcajadas.

—Conque la llevo fresca… —repitió. Con uno de sus largos dedos, hizo un movimiento—. Más vale que cierres esa boquita y que te quites esas ropas.

La muchacha abrió los ojos como platos, sin querer creerse lo que estaba imaginándose. Sabía que atraía a los hombres, pero esperaba que, sucia como estaba y sin contar con lo otro, no se fijara en ella. Sintió cómo le temblaban las piernas y notó sangrar su cuerpo.

—No, no puedo, señor. —Logró que su voz saliera con algo de fuerza. Notó el sofoco que cubría sus mejillas, y se enfadó con él por mirarla de esa manera y no decir nada, a la espera de más explicaciones—. No puedo, señor Wallace, no estoy dispuesta.

—¿Para qué? —le preguntó, aumentando el tormento de la muchacha y disfrutando con ello.

—Para desnudarme.

—¿No? —Alex deseaba acariciar esa carita, deseaba pasar los dedos por esa boca, deseaba tomarla.

—Estoy indispuesta —susurró, agachando la cabeza y viendo cómo el hombre se acercaba despacio, y le explicó lo que no había entendido—: Que… que… estoy sangrando —añadió, levantando un poquito la voz.

Él la cogió por la barbilla y sus ojos la devoraron.

—Estás manchando —le dijo. Carol movió la cabeza, pero sin mirarlo a los ojos. Estaba muriéndose de la vergüenza—. Bueno, eso es lo normal en una mujer, ¿no te parece? No hay nada de qué avergonzarse. Vamos, no te asustes, no voy a hacerte nada malo. —La tomó de la mano y la llevó hasta un armario que estaba cerrado con llave. Tras abrirlo, ella vio parte de sus vestidos—. El resto están en la bodega. Más tarde te los traerán.

Fue entonces cuando Carol elevó la mirada y se perdió en esos ojos plateados.

—Gracias.

Los dos se miraron durante un tiempo silencioso.

—Todo está como lo dejaste, no se ha tocado nada. Aquí no podemos traer todos los baúles. ¿Quieres alguno en especial? —le preguntó sin dejar de mirarla.

Ella tragó saliva.

—Sí, por favor. El de caoba, el que no es muy grande. —Él asintió ligeramente—. Ese tiene mis cosas de aseo y más personales.

El hombre se separó, le dio la espalda, salió y cerró la puerta con suavidad. Carol sintió por un momento que no iba a ser todo malo. Sacó del armario un vestido blanco, fresco y ligero, con amplio escote en la espalda y más cerrado por delante. Se quitó el hábito, lo dejó en el suelo, se acercó a la palangana y se lavó lo mejor que pudo el cuello, las axilas y los pechos. Cuando cogió una toalla y se secó, su rostro mostró un gesto de placer. Miró otra vez en el armario. Después de ver unas enaguas de lino y precioso encaje blanco, se quitó las que llevaba y se puso las limpias, para seguidamente meterse en el vestido. Si no estuviera indispuesta, el placer sería pleno.

Pasaron unos minutos y tocaron a la puerta. Ricardo y otro hombre traían el baúl. Ella les sonrió y le dio las gracias, dejando al marinero con la boca abierta y a Ricardo pensando que su jefe y amigo estaba complicándose la vida más de lo que ya la tenía. Al quedarse sola otra vez, rebuscó en el baúl y encontró todo lo necesario para atender sus necesidades. Llamaron a la puerta otra vez, pero no se percató y Wallace entró y cerró. Carol se incorporó y se quedó clavada en el sitio, y él la miró sin cansarse, recorriendo ese blanco vestido, para terminar en el rostro sonrosado y en el cabello, que se había peinado en una gruesa trenza.

—Eres preciosa —murmuró más para sí—. No quiero que salgas a cubierta. No quiero matar a uno de mis hombres si abusa de ti; y eso es lo que ocurriría. Lo atravesaría con mi espada y lo echaría como pasto de los tiburones.

Ella tembló al oír esas palabras, pero al mismo tiempo sintió un cosquilleo en el estómago al sentirse protegida por ese hombre. Si

estaba dispuesto a defenderla de esa manera, a proteger su honor, no sería tan malo como pensaba.

—En el viaje desde España, subíamos un ratito para que nos diera el aire. Los días que hacía buen tiempo —susurró, sin dejar de mirar esos ojos.

Luego recorrió el rostro oscurecido por la creciente barba y clavó la mirada en los labios seductores. Vio cómo se abrían y de esa boca salían las palabras roncas y ásperas:

—Si mis hombres te vieran así, no les importaría que estuvieses sangrando. —Carol enrojeció ante ese comentario pero no retiró la mirada, ya que se encontraba petrificada ante ese hombre, ante esa voz que penetraba en sus oídos y recorría su cuerpo como un rayo—. Te tomarían como a cualquier prostituta de puerto y no tendrían la delicadeza que hay que tener con una mujer como tú. —Se acercó hasta ella, despacio, para que no se asustara, y la cogió por la barbilla —. A ti hay que tratarte con delicadeza, con tacto, con tiempo, y cuando te hayas abierto al amor, entonces, tú misma sacarás toda la fiereza que guardas dentro y serás la hembra más ardiente y la más complaciente con el hombre que desees. —Pasó un dedo por el labio superior de la joven, y esta, no supo por qué ni cómo, abrió la boca. Él se quedó mirando esa cavidad. A continuación, bajó despacio la cabeza para besarla suavemente y sintió el suspiro que salía de la delicada garganta. Metió la lengua y recorrió la boca femenina, y sintió cómo se separaba de él y lo miraba con esos ojos verdes de gata. Estaba asustada y respirando deprisa. Él sonrió—. Todo requiere su tiempo, gatita. Y yo estoy dispuesto a esperar y a enseñarte, si tú quieres.

Carol seguía mirándolo como si fuese un dios o un demonio, y Wallace volvió a sonreír. Le dio la espalda y salió del camarote, dejándola sola, asustada y excitada.

El galeón empezó a moverse. Estaban saliendo del puerto, y la muchacha, todavía asustada ante las sensaciones que ese hombre le había provocado, tardó unos momentos en sentir el balanceo de la nave. Se acercó a las ventanas de popa y vio las luces del puerto y de las casas cercanas alejándose poco a poco. Sintió esa incertidumbre que la acompañaba constantemente y que el señor Wallace no hacía más que aumentar. Estaba asustada, tenía miedo y deseaba de todo corazón que ese hombre la protegiera. Pero ¿y si ya protegía a otra y solo quería jugar con ella y luego abandonarla? ¿Podría soportarlo? ¿Sería suficientemente fuerte para salir airosa y no sentir las garras afiladas del abandono, del desaire, de la deshonra? Sin quitarse el vestido, se acostó en la cama, se hizo un ovillo y acabó durmiéndose mientras lloraba en silencio.

El viaje fue transcurriendo y Carol volvió a coger ánimos. Él no la

había abrumado de ninguna manera; al contrario, se mostró agradable y caballeroso en todo momento y le facilitó todo tipo de distracciones, como papel y pluma por si quería escribir y libros en español, ya que no sabía de su ascendencia inglesa y ella no se molestó en comentárselo. También le trajo el baúl donde tenía sus utensilios para bordar y coser. Algunas comidas las hacía en compañía de Ricardo y Wallace, y fue en una cena cuando se le comunicó que, de ahora en adelante, sería la sobrina de Ricardo. Era una forma de integrarla entre ellos sin necesidad de contar lo ocurrido y no dejarla en evidencia frente a nadie. De esa forma, ante la sobrina de Wallace y todos los demás, ella sería familia de Ricardo. A la muchacha le pareció bien, aunque no veía ningún parecido entre ellos, a lo cual Wallace respondió que su sobrina tampoco se parecía a él y a nadie le extrañaba.

Fue obediente y no salió a cubierta, sabiendo que el capitán no había hablado en broma y no era tan tonta como para enfadarlo sin más; pero anhelaba algo de aire fresco y, por qué no decirlo, un poco de sol y de esa humedad a la que ya estaba acostumbrándose. Pasaba mucho tiempo en soledad, ya que el camarote del capitán lo ocupaba ella y Wallace dormía en el de Ricardo, en un coy. Sin embargo, durante muchos ratos se acomodaba en su mesa y pasaba varias horas con las cartas de navegación, escribiendo en el cuaderno de bitácora o con esos aparatos, como el sextante, que en una ocasión le explicó que servía para medir ángulos o los cuadrantes náuticos, pero especialmente con el cronómetro marino, instrumento capaz de dar la hora con suficiente precisión y solucionar el problema de hallar la longitud del buque.

Mientras eso ocurría, ella se retiraba al banco debajo de las ventanas y cosía con ahínco o leía ávidamente para no pensar en el hombre que se hallaba tan cerca y que le causaba tal desazón. De esa forma, ella no se daba cuenta de las miradas que él le clavaba, recorriéndola de arriba abajo, deseando acariciar ese rostro, queriendo enredar sus manos en ese espeso cabello y anhelando poseer el cuerpo de esa criatura que lo sacaba de sus casillas.

Hasta que una tarde, comenzando a oscurecer, se levantó. Cuando le quitó la costura de las manos, Carol se asustó y lo miró sin saber qué decir.

—Vas a dejarte la vista en ese trapito —le dijo con una sonrisa. Ella movió los labios y le sonrió a modo de contestación. Hizo que se levantara y la mantuvo cerca de su cuerpo, pero sin rozarse. Ella, temblorosa y con esos extraordinarios ojos mirándolo sin pestañear, tenía miedo de moverse y de lo que él pudiera hacerle—. Siento mucho que estés encerrada entre estas cuatro paredes —se excusó al tiempo que deslizaba un dedo por ese óvalo perfecto—, pero no falta

mucho para llegar, y entonces te compensaré.

¿Por qué le decía esas cosas si ella era su prisionera, una ladrona que tenía que pagar su falta? Él la cogió por la pequeña cintura y bajó la cabeza para besarla con sumo cuidado, y Carol le ofreció la boca. Fue tan agradable sentir esos labios masculinos moviéndose sobre sus labios, que cuando escuchó la petición de «Abre la boca», se quedó inmóvil durante unos segundos. No obstante, enseguida la abrió y dejó que la lengua del hombre la invadiera de una manera tan salvaje pero tan excitante que la obligó a suspirar varias veces. Entretanto, él le lamía los labios, los succionaba y volvía a lamerlos. Unos minutos después no supo qué paso, pero algo —y muy placentero— la recorrió por dentro, llegando hasta ese puntito que se tocaba entre los muslos más de una noche.

Él notó que algo estaba ocurriéndole a la muchacha, a pesar de que ninguna mujer le había dicho nunca que le hubiera producido un orgasmo con un simple beso. Sujetándola con sus brazos y separándola un poco, se fijó en los hinchados labios y en la rojez que había producido en esa piel suave y delicada con su barba incipiente, dura y rasposa. Ella volvió a gemir y él se lanzó en picado, como si de un ave de presa se tratara, volviendo a comerle la boca con tanta pasión y de forma tan experta que Carol comenzó a jadear. La cabeza le daba vueltas y creyó que iba a desmayarse.

En esos momentos, alguien llamó a la puerta y él se separó un poco para murmurar un «¡Maldita sea!».

—Capitán, le necesitamos con urgencia —escuchó la voz de uno de los oficiales.

—¡Ya voy! —gritó, sin dejar de mirar a esa criatura tan hermosa.

Cuando vio que ella se mantenía estable, que no caería desmayada por sus besos, se separó. Antes de salir del camarote, le pasó los dedos por los labios, de forma íntima y osada. Carol, sin quitar los ojos de su figura, vio cómo desaparecía y soltó el aire de sus pulmones, temblando como un pajarillo en una tormenta. ¿Qué le había ocurrido? ¿Qué era lo que había sentido correr por el interior de su cuerpo? ¿Qué sensaciones tan extrañas pero tan placenteras habían llenado cada rincón de su cerebro, llegando hasta ese sitio y haciendo que el mundo diera vueltas y creyera desfallecer? ¿Qué estaba ocurriéndole y por qué se quedaba tan ansiosa cada vez que él la abandonaba? No podía explicar qué sucedía, no podía creer que eso fuera amor. Su madrina nunca había comentado nada semejante; es más, le dijo varias veces en el último año que las mujeres tenían que aguantar los envites de los hombres y llevarlo lo mejor posible, ya que era la manera de tener hijos y, por otro lado, era la obligación de la esposa. Pero ella no le contó nada de esto. No le dijo que un beso en la boca producía tales sensaciones. Tampoco le dijo que los labios se

abrían y las lenguas debían jugar o recorrer el interior de la boca con ella. Se lamió los labios, doloridos de placer, y cerró los ojos para revivir cómo la lengua de él entraba y se deslizaba por sus dientes y por el paladar o debajo de su lengua, y cómo con sus labios chupaba su labio inferior, para hacer después lo mismo con el otro. Respiró profundamente, se dirigió a la cama y se acurrucó contra la pared. Cerrando los ojos, pensó y pensó y pensó en él.

En cubierta tenían problemas. Varios hombres enfermaron, padeciendo diarreas y dolores de estómago. Era algo que usualmente pasaba, y en viajes cortos no solía tener mucha importancia. Pero con la tripulación sana, todo funcionaba perfectamente; en cuanto faltaban hombres, las tareas se complicaban y los que estaban sanos tenían que ocuparse de más trabajos, no dando lugar a descanso. Había que controlar el barco, y Alex conocía muy bien esos mares como para confiarse en exceso. Cayos peligrosos para la navegación proliferaban en las aguas engañosas del Caribe. Pasada Punta Gobernadora hasta la península de Hicacos, no habría problema; la costa era limpia y sin cayos. En esa zona se encontraba el puerto de La Habana, pero debían tener cuidado con los cayos Colorados. Prefería navegar más alejado de la costa y luego acercarse para no tentar a la suerte. En los Colorados habían naufragado muchos barcos. Se trataba de una doble hilera de cayos y muchos arrecifes, y no tenía pensado que El Virginia fuera pasto de ellos. Con todo el zafarrancho, no le quedó mucho tiempo para pensar en ella y para analizar los sentimientos que le producía esa pequeña belleza. Su vida ya estaba enredada, y si persistía en seguir con lo que le pedía su cuerpo, estaría en una situación realmente complicada. Pero la deseaba tanto, era tal la atracción, que cuando la tenía cerca era como un imán, ansiando estar pegado a ella, anhelando darle todos los placeres y codiciando que cayera rendida a sus pies. «Eres un estúpido —pensó—. Solo es una bonita muchacha que apenas ha salido del cascarón. Y en cuanto te la hayas tirado, dejarás de sentirte así y pensarás que todo esto que está pasando lo has soñado».

Capítulo 4

Ricardo estaba contándole a Carol por qué esa mañana había oído la fuerte voz de Alex soltando una palabrota tras otra y por qué, un rato más tarde, escuchó el sonido que hacía el látigo cuando caía sobre un cuerpo. El buen hombre quiso hacerle comprender que Alex no era un desalmado, pero que ciertas cosas, ciertos actos, no podían permitirse. La cuestión era la siguiente: tres de los hombres de la tripulación, españoles para más señas, se emborracharon la noche de antes con un barril de vino español, y borrachos como cubas, abrieron uno de los cofres y sacaron las sedas que se hallaban en su interior. Rompieron varios trozos de tela al colocárselas por encima de sus cuerpos y sus cabezas mientras hacían el tonto y bailaban como si fuesen «lindas doncellas». Al poco rato se quedaron dormidos, y esa mañana los habían encontrado en la bodega durmiendo la mona. Cuando el capitán se enteró, los hizo subir a la cubierta principal, mandó colgarlos de los brazos y los azotó. Diez latigazos a cada uno.

—Son actos —señaló Ricardo— que no pueden permitirse. Los hombres deben mantener el orden, y la disciplina de un barco no puede cambiarse ni alterarse. —Carolina movía la cabeza y sus ojos no pestañeaban mientras escuchaba atentamente lo que decía el hombre —. Alexander no puede consentir semejante vandalismo, y debe castigarlo para evitar que vuelva a ocurrir o que alguno de los marineros piense que es un hombre blando…, y entonces no hay respeto que valga. ¿Lo entiendes, pequeña?

—Sí, lo entiendo perfectamente —añadió la joven.

Ricardo la miró con cariño y cogió una de sus manos.

—Pero no pienses que Alex es un hombre cruel, porque no es así. Solo es un hombre que defiende y protege lo suyo. Nada más.

—¿Y esos hombres no tomarán venganza? —le preguntó con un hilo de voz.

—Si son medianamente inteligentes, no. —Carol se quedó pensativa ante esa contestación, que contenía múltiples variantes—. No pienses en ello —le dijo el hombre, zanjando la cuestión—. Esos tipos son basura. En cuanto lleguemos a puerto, nos desharemos de ellos y se buscarán la vida por otro lado.

Carlos, Fernando y Luis procedían de España, exactamente de Toledo. Llevaban varios años en Nueva España, desde que partieron de Cádiz con la ilusión de hacerse ricos en las colonias, pero el asunto no había salido como pensaban. Estar trabajando de marineros por un mísero jornal no era la idea que tenían de hacerse ricos, y cuando fueron contratados en El Virginia para llegar a Cuba y ver qué expectativas tenía esa isla, no se imaginaron que ese cabrón norteamericano les dejaría la espalda hecha jirones. Se comportaron como unos estúpidos, eso era indiscutible, pero no iban a permitir que un hijo de puta extranjero los dejara en evidencia. Luis, el más delgado, flaco como un sable y el más inteligente, le comunicó a sus compañeros y amigos que aquello no iba a quedar así, y que en algún momento, más tarde o más temprano, a ese grandísimo hijo de la gran puta le pagarían con la misma moneda.

—Paciencia, amigos, paciencia. Vamos a humillarnos, vamos a ser sumisos ante el gran jefe, que cuando llegue el momento, va a enterarse de lo que es bueno.

Y, efectivamente, a Wallace le parecía bastante inusual la aptitud de ellos, comportándose como si nada hubiera pasado o haciendo algún gesto de dolor cuando creían que nadie los veía. El norteamericano no dejaba de observarlos, entrecerrando los ojos y pensando en si esos españoles podrían traerle más problemas y en darles puerta en cuanto llegaran a La Habana.

La gobernanta del hotel Wallace desde hacía casi dos años batió palmas para que las criadas ultimaran todos los detalles y no se durmieran en los laureles. Quería que todo estuviera perfecto para los ojos de ese hombre que la traía por la calle de la amargura. Sonrió al pensarlo. Por la amargura unas veces, y otras por la senda del placer más absoluto. Rosa, viuda de Medina, sin hijos y amante ocasional de Wallace, era una española de treinta años, morena, con ojos pardos y alta, para ser del sur de Europa, guapa, con gracia y salero y, algo tanto o más importante, inteligente y lista. Pero a pesar de todos esos atributos, no había podido enamorar al hombre que idolatraba. Tenían buen sexo y era respetada, y sobre todo confiaba en ella. Pero nada más. Ella administraba el hotel, sin hacer trampas y presentando unas cuentas de beneficios que dejaban al hombre sumamente satisfecho y provocaban que ella recibiera su parte, además del sueldo.

La mujer subió al último piso, donde tenía sus habitaciones y donde también se alojaba Alex, para cambiarse de vestido y retocarse antes de que él llegara. Esperaba que se quedase unos días antes de ir a la plantación. Sería la única manera de poder satisfacer sus ganas de sexo; varios días con sus noches para poder disfrutar de ese cuerpo y

de esa capacidad amatoria que tenía el hombre. La viuda apareció en el vestíbulo del hotel cuando vio entrar a Ricardo con varios bultos, y sonrió ante los piropos que le echaba la mano derecha de Alexander. Cuando el hombre le dijo que tenía que preparar otra habitación, la viuda lo miró con curiosidad y preguntó para quién.

—Para mi sobrina —le contestó Ricardo.

—No sabía que tuvieras una sobrina.

—No sabes muchas cosas de mí.

—¿Y cuántos años tiene tu sobrina?

—Alrededor de dieciocho.

—Si quieres, puedo ponerla a trabajar en el hotel —le dijo la viuda.

—No es necesario, Rosita, prefiero que venga conmigo. Ha perdido a su familia y solo le quedo yo.

La viuda se quedó mirando al hombre. Al momento, le ordenó a una camarera que preparase una habitación para la muchacha en cuestión, sin dejar de preguntarse cómo sería esa sobrina. No tuvo que esperar mucho rato. Se oyeron unos pasos y la morena volvió la cabeza, para encontrarse a ese hombretón de ojos plateados. ¡Qué ojazos! ¡Y qué presencia! «No me cansaría de mirarlo», pensaba mientras se acercaba hasta él para abrazarlo.

Tras rodear al hombre con sus brazos y torcer la cabeza, la vio. Allí estaba, detrás de él, hermosa y perfecta, una de las mujeres más guapas que ella hubiera visto, y tan joven… Una punzada de celos la recorrió entera. Celos y presentimientos. Lo que Nicole no le había provocado nunca, esta preciosa niña lo hizo en el primer segundo.

—Ya tenía ganas de verte, bribón —le riñó dulcemente. Alex le mostró una sonrisa, le dio un pellizco en la mejilla y le dijo que estaba tan guapa como siempre. Pero la viuda no perdía de vista a la joven belleza. Haciéndose la tonta, le preguntó—: ¿Y esta niña?

En esos momentos, se acercó Ricardo y fue quien contestó:

—Mi sobrina, Rosa. Te presento a Carolina; Carol, para terminar antes.

La muchacha hizo una pequeña inclinación de cabeza, pero nada más. Dejó que la viuda la mirara a su antojo y no mostró los celos que sintió cuando vio cómo esa mujer abrazaba al hombre; el hombre que la había besado de una forma enloquecedora y que no había vuelto a repetirlo, dejándola anhelante de más y provocando que su corazón palpitase más deprisa cada vez que lo veía.

—Gracias a Dios que en todas las familias hay guapos y feos. No puedo decir, querido Ricardo, que tú seas feo, pero tu sobrina es guapa a rabiar. Y, disculpa, pero a ti no se parece.

Alex decidió intervenir para que dejaran de hablar de parentescos:

—Rosa, dale una habitación a Carol para que pueda bañarse como Dios manda. Seguidamente, sube al despacho, que quiero ver los

libros. —Era una orden, y Rosa las cogía al vuelo.

Cogió a la muchacha de la muñeca y se la llevó con ella, dejando a los hombres solos para que tomaran su rumbo e hicieran lo propio.

Cuando Carolina se quedó sola en la preciosa habitación, después de agradecérselo a la viuda y de ver cómo varias criadas traían agua para llenar la bañera de cobre, se desnudó en un periquete y se metió en el agua templada y olorosa. Su semblante mostró el placer del baño, y lavó lánguidamente su cuerpo y su largo cabello, recreándose en el acto. Al lavarse entre los muslos, pensó en esos dos, estando segura de que eran amantes. Qué tonta era. ¿Cómo podía pensar que un hombre como ese iba a estar disponible? Es más, hasta podría tener más amantes; una en cada puerto, como se decía habitualmente, pero que era cierto en muchos casos.

Sus ojos recorrieron la espaciosa y cómoda habitación y dedujo que el establecimiento era de Wallace, puesto que le había pedido los libros a esa mujer. Iba de sorpresa en sorpresa. Primero creía que era jugador, después se encontró con un barco, y ahora, en La Habana, un hotel. ¿Qué más sorpresas cabrían esperar y dónde estaba esa sobrina?

Salió de la bañera y secó su cuerpo con una toalla grande. En esos momentos, llamaron a la puerta. Se ocultó detrás del biombo y contestó para que pasaran. Dos muchachos entraron y pusieron un baúl en la entrada, dejándola después sola. Desnuda, se acercó al baúl, lo abrió y rebuscó entre sus vestidos. Cogió el de seda verde y lo miró detenidamente. Era precioso y le quedaba perfecto, pero consideró que era demasiado excesivo. Además, ya tenía claro que no iba a entrar en ningún juego amoroso con ese hombre ni a competir con ninguna mujer. Dentro de un año, todo se habría acabado, volvería a España y en paz. Con un poco de suerte, podría pillar a algún tonto rico y a vivir la vida. Ya era hora de dejarse de romanticismos y niñerías; las cosas estaban claras para ella, y hombres como ese solo podrían traerle problemas de cualquier tipo. Lo mejor era conseguir a uno que babease por una a todas horas y que tuviera el bolsillo bien lleno para no pasar calamidades. Pero debía tener en cuenta una cosa: debía controlar sus sentimientos, sus deseos y no palpitar como una tonta cada vez que veía a ese hombre; o lo que era peor, suspirar por él cuando no lo veía. «Mantén la cabeza fría —se dijo a sí misma—. No seas una tonta estúpida. Aprovecha este tiempo para ver mundo y aprender. Y luego, seguro que él me dará dinero para volver a mi país».

Con esa mentalidad, guardó el vestido verde y sacó uno blanco de hilo que estaba muy arrugado. Se colocó unos pololos, pero luego se los quitó y los tiró encima de la cama. Se puso directamente las enaguas, la camisola y un ligero corsé blanco que no apretó demasiado, y con esa indumentaria, entreabrió la puerta y asomó la

cabeza. Como no vio a nadie, salió al pasillo y dio unos pasos buscando a Dorita, la criada que la había atendido. De repente, apareció Alex, que bajaba del piso superior. Ella se volvió y corrió hasta la habitación, notando que él la seguía, pero no le dio tiempo a cerrar la puerta porque él se lo impidió. Entró y cerró tras él. No hablaron.

Wallace la miró descaradamente. El pelo húmedo y suelto le caía en cascada hasta las caderas. La mitad de esos pechos maduros sobresalían por el escote de la camisola, y ese coqueto corsé los levantaba de una manera lasciva. Bajó la mirada y contempló la trasparencia de la enagua, que le facilitaba poder recrearse con el borde de las piernas y entrever el triángulo del vello. Las mejillas de la joven se colorearon ante ese escrutinio descarado, pero no se amilanó. Se mantuvo erguida y orgullosa y permitió que él mirase todo lo que le diera la gana. Lo que no sabía era que el hombre hacía verdaderos esfuerzos por no cogerla y tirarla encima de la cama para hacerle el amor hasta cansarse, para beber de ella hasta que su sed se saciara, y así, de ese modo, poder quitársela de la cabeza y continuar con su vida. Pero sabía que eso no sería tan fácil, y también era consciente de que, mientras la tuviera cerca, no dejaría de pensar en ella. Pero eso no iba a decírselo, como tampoco que había rechazado a su amante porque solo tenía deseo de esa ninfa que tenía delante de sus ojos.

—No salgas así nunca más. Pensaba que estabas educada en la alta alcurnia. ¿O acaso en tu casa salías de ese modo de la habitación? — Carol se sintió molesta ante esa reprimenda y no contestó. Al ver que él se acercaba despacio, tampoco se movió, pero comenzó a respirar más deprisa. Él levantó una mano grande y bronceada para coger un largo rizo y enrollarlo entre sus dedos. Los ojos verdes se clavaron en esos dedos y en el mechón de pelo. Vio cómo él se lo llevaba a la nariz y lo olía. Sin dejar de mirarla con esos ojos penetrantes, continuó, con voz ronca de deseo—: No me tengas miedo, jamás te haré daño.

Llevó la mano hasta el rostro y acarició los labios. Los abrió y rozó el interior de ellos, sabiendo lo que estaba provocando en la muchacha con ese movimiento experto y sensual. Pero la sorpresa se la llevó él al notar y ver cómo salía esa lengua rosada y le lamía el dedo corazón, despacio y de una forma lasciva. Solo duró un segundo y medio, ya que ella pareció despertar de un sueño y se separó de él como si quemase, como si hubiera hecho la peor indecencia del mundo. Se quedaron mirándose durante unos segundos. Al final, él, con desgana y excitado, salió de la habitación.

Tras quedarse sola, gimió y se tiró encima de la cama. Dios del cielo, qué difícil iba a ser todo aquello. ¿Cómo iba a tomarse las cosas de una manera intrascendente si se derretía cada vez que ese hombre la miraba y creía perder la razón cada vez que la tocaba? «Dame

fuerzas, madrina. Estés donde estés, dame fuerzas para no claudicar. Dame fuerzas para poder aguantar un año viviendo bajo el mismo techo que ese hombre».

Antes de cenar, antes de que Ricardo y Carol llegaran, Rosa indagó y preguntó todo lo que quiso, queriendo saber cuánto tiempo iba a quedarse en La Habana y oyendo desilusionada la contestación. Y arriesgándose, también le preguntó por la muchacha y si había algo entre ellos. A él le molestó la pregunta, y le dejó bien claro que no daba cuentas de nada a nadie y que se mantuviera en su sitio. Rosa se sintió molesta, ya que nunca le había hablado en ese tono. El hombre, al ver el rostro compungido de la viuda, se disculpó, y le recordó que Carolina era la sobrina de su amigo y que además era muy joven. Ella se atrevió a decirle que él no era hombre que se echara para atrás ante esas cosas, y cuando Wallace tenía la intención de contestarle, llegaron Ricardo y Carol y la conversación se terminó.

La joven llevaba el vestido blanco, que resaltaba ese pelo cobrizo y esos impresionantes ojos verdes, bordeados de las pestañas largas y negras como el carbón. Los labios se veían rojos de una forma natural, lo que provocaba que Wallace los mirase continuamente, quien no perdía detalle de que era observado por la gobernanta de su hotel. Pero es que era imposible no poner los ojos en esa criatura, en esa preciosa cara y en el cuerpo más curvilíneo que hubiera visto, porque ese vestido estaba mucho más entallado al cuerpo que el que se puso en el barco. Este se adhería al talle, desde el pecho hasta el comienzo de la cadera, para seguir en pequeños volantitos hasta los pies. La parte delantera no tenía escote y se ceñía al pecho como una segunda piel, y por detrás, un escote vertiginoso que casi le llegaba a media espalda. Los brazos estaban cubiertos con una manga ajustada hasta el codo que dejaba el resto libre, mostrando una piel impecable. Era femenina, sensual y delicada. Era el deseo de cualquier hombre, de los quince a los ochenta años.

Wallace la miró todo lo que quiso, hartándose de ella, llenando cada rincón de su mente y saboreando el recuerdo de esa boca. Escuchó, mientras duró la cena, las contestaciones que le dio a la gobernanta, dejando claro con sus maneras, con su forma de hablar y de expresarse, que era de clase superior y que estaba al corriente de todo lo que pasaba en España hasta llegar a continente americano. A Rosa le llamó la atención que siendo de Cádiz no tuviera apenas acento, y ella le dijo que pasó temporadas en Madrid y Salamanca. Rosa quiso saber cosas de Madrid, del rey, de palacio, cotilleos, a lo que Carol contestó de manera graciosa lo que habitualmente decía su madrina: que tenían un calzonazos por rey y que era María Luisa, la esposa y reina, la que tenía la sartén por el mango.

—Todos los hombres no pueden ser fuertes y duros, como otros —añadió la viuda, mirando fijamente a Wallace.

Carol observó a ambos y volvió la vista a su plato. Alex no se dio por aludido. Fue Ricardo el que hizo el siguiente comentario sobre España, y entonces intervino:

—España está lista. Entre reyes calzonazos y favoritos de reinas, tarde o temprano se quedará sin nada.

—Sí, se ve venir —añadió Ricardo—. Es muy difícil administrar unas tierras con mares de por medio. Y, además, si los que gobiernan aquí se dedican a llenarse los bolsillos y a comprar títulos nobiliarios…, ¿qué se puede esperar? —Carol habló, diciendo que todos no iban a ser iguales, provocando sonrisas en los dos hombres—. Casi todos, pequeña. El dinero es muy goloso, y si encima tienes indígenas o negros para explotarlos, mejor todavía —le contestó Ricardo, mostrándole una tierra sonrisa que no pasó desapercibida para nadie.

«O es muy buen actor —pensó Wallace—, o está encariñándose con la muchacha». Optó por lo segundo.

—Al final —comenzó Alex, llevándose la copa de vino a los labios y notando la mirada de las mujeres en él—, las gentes tomarán su independencia y España se quedará sola. No se puede estar siempre arriba.

—¿Y qué gentes serán los que quieran la independencia? —le preguntó Carol, llena de curiosidad.

—Todos, en especial los mestizos. Desde que los españoles llegaron, se han mezclado con mujeres indígenas, y ahora las dos razas se han convertido en una. Pero los mestizos se sienten distintos. No son indígenas, no son negros, como tampoco españoles. Son los nuevos americanos. Tarde o temprano querrán andar solos, sin que una mano los dirija.

—Y usted, ¿qué pinta en todo esto? —preguntó llena de curiosidad mientras sentía la mirada de esa mujer que no perdía detalle de nada.

Alex, mirándola sin pestañear, le respondió como si estuvieran solos:

—Soy un hombre de negocios. Trabajo, gano dinero, y la gente que me rodea, sean negros, indígenas, blancos o mestizos, se benefician de ello. No hay ningún misterio, Carolina —concluyó, mirándola fijamente. Le retiró la mirada cuando la voz de Rosa les anunció que pasaran a la terraza para tomar café y algún licor.

Los hombres se apoyaron en la baranda y comentaron el viaje del día siguiente. Las mujeres, sentadas en cómodos sillones, disfrutaban de la agradable temperatura mientras Rosa le preguntaba a Carol quién le había hecho el hermoso vestido. La joven sentía la mirada del hombre, y sin poder evitarlo, dejó de mirar a Rosa y puso sus ojos en

él; las miradas se encontraron mientras cada uno escuchaba las palabras de su acompañante, pero esas miradas y esos pensamientos estaban unidos. Rosa se dio cuenta, Ricardo se dio cuenta, y ante tal situación, Carol se disculpó y se marchó a su habitación aludiendo un dolor de cabeza. Wallace la siguió con la mirada, deseando ir tras ella. La viuda, conocedora de la personalidad de él, imaginó sus deseos con gran acierto. Ricardo, que por supuesto sabía todo lo que pasaba, decidió desaparecer para que su amigo llevara a cabo sus deseos más básicos con la morena y dejara de pensar en la preciosa española; aunque, sinceramente, lo veía muy difícil.

Rosa se levantó y fue hasta el hombre, se frotó contra él y en pocos minutos consiguió lo que quería. Sabía de sobra que el norteamericano deseaba a la supuesta sobrina de Ricardo, y por las miradas que se echaban, juraría que todavía no la había poseído. Pero ¿cuánto tardaría en lograrlo? ¿Y lo haría bajo el mismo techo que Nicole? No pudo evitar una sonrisa maliciosa al pensar en ello. Habría dado buena parte de los ahorros que tenía por ver la cara de esa puta cuando viera a la invitada que llevarían a su casa. Con ese pensamiento, le desabrochó la bragueta del pantalón, y volviendo a sonreír al ver que ese miembro estaba duro y tieso para ella aunque no pensara en ella, se agachó y se lo metió en la boca, dándole placer al hombre y sabiendo a ciencia cierta que esa compatriota no sabría de las artes amatorias ni una cuarta parte de en lo que ella era toda una experta. Tal vez tendría que hablar con la chica antes de que se fueran. A fin de cuentas, si no era para ella, que no fuera para la francesa. O, mejor dicho, que se lo quitara a la francesa.

Unos golpes sonaron en la puerta y la voz de Alex rugió:

—¡Despierta, Carol, partimos dentro de una hora! —Abrió la puerta y entró.

Eso no tenía que hacerlo él, podría haberle dicho a una criada que lo hiciera, pero desde la noche pasada estaba irascible y molesto, y eso que Rosa lo había exprimido como un limón. Pero, a pesar de ello, no había dejado de pensar en ella. ¡Por todos los infiernos, ¿por qué estaba obsesionado con esa chiquilla?, ¿por qué no se la quitaba de la cabeza?, ¿por qué desde que la conoció, desde que puso los ojos sobre ella, no había dejado de pensar ni un solo día en ella?!

Miró hacia la cama y contempló el revoltijo de sábanas alrededor de ese cuerpo tentador. Estaba bocabajo, con las piernas y la espalda al aire y la sábana enrollada en la cintura. El cabello colgaba hasta el suelo, y los brazos, a cada lado de la cabeza, y seguía durmiendo como un tronco. Sus penetrantes ojos se deslizaron por todo el cuerpo y se posaron en las duras nalgas que muy bien recordaba, tapadas con la sábana. Las piernas eran largas, bien formadas y con una

musculatura bien definida. «Debe montar a caballo», pensó. Tenían un suave vello rubio, apenas perceptible, que le dieron ganas de tocar.

Tragó saliva. Acercó la mano grande y morena hasta el delicado hombro para tocarla suavemente. Ella abrió un ojo verde y él se maravilló de ese color tan penetrante y de esas negras y sedosas pestañas. La muchacha contempló la camisa blanca y los pantalones marrones de montar metidos entre unas relucientes botas y se incorporó, sin acordarse de que estaba desnuda. Alex devoró con la mirada esos pechos perfectos. Con un rápido movimiento, la puso de pie encima de la cama.

Carol, sorprendida, no hizo nada, solo miró al hombre, y vio cómo los ojos plateados la examinaban detenidamente, comiéndosela con ellos. ¿Quería mirar? Pues que mirase, porque si hacía otra cosa, se pondría a chillar como una loca. ¿O no? Así que, de pie en la cama, a la misma altura que él, dejó que la contemplase a su gusto. La mirada argenta se paseaba por sus pechos inhiestos y sus pezones gorditos como garbanzos, por su estómago plano, por la suavidad de su vientre y su maraña de rizos cobrizos tapando su pubis. La cogió por la cintura y la bajó al suelo. Y así, con la diferencia de altura, Carol se sintió débil. Suspiró con miedo y, al mismo tiempo, con ansia.

Alex hizo que se pusiera de espaldas a él y contempló ese culo perfecto que creía recordar pero que, a la luz del día, era más perfecto todavía. No la tocó, solo la miró. Sin embargo, cuando ella notó que se arrimaba a su espalda, contuvo el aire, esperando el movimiento del hombre, pero no llegó. Despacio, Alex se agachó ligeramente y le susurró al oído:

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida. —Las palabras dichas con esa voz grave sonaron más roncas de lo habitual y le llegaron a lo más profundo de su ser, deseando que esas manos grandes se colocaran en sus pechos, en su cintura o en su culo, pero eso no sucedió. Las siguientes palabras sonaron más frías—: Vístete, nos vamos.

Ella se volvió de golpe y lo miró anhelante, deseando que no se fuera. Y él lo notó. Pero no era el momento ni el lugar; porque ya había decidido que la haría suya más tarde o más temprano, pero ahora y aquí, no.

Las manos del hombre fueron a la cintura, y de allí las llevó a las nalgas, tocándolas con suavidad. Los ojos de ambos no pestañeaban ni dejaban de mirarse. Y cuando una de las manos se dirigió al centro de sus muslos, ella suspiró y no opuso resistencia para que esos dedos la tocaran. Y vaya si tocaron; tocaron música celestial. Se enredaron entre la rajita, y ella creyó morir mientras entraban dentro de su vagina. Luego salieron y jugaron con un botoncito que la hacía querer retorcerse contra él. Pero no lo hizo. Se mantuvo firme mientras sus

pechos temblaban de placer y sus muslos se abrían lo suficiente para que él jugase con su sexo y ella se mordiera el labio. Sentía esos dedos expertos, que no le producían daño alguno, solo placer; un placer desconocido para ella, porque esto nada tenía que ver con las caricias que se había dado alguna vez. Esto era oro líquido comparado con los torpes roces que se prodigó pensando en él. Ahora sí sabía cómo se acariciaba ese rincón oscuro y prohibido.

Volvió a morderse los labios para no gritar de placer cuando sintió un calambre por todo su cuerpo y creyó que iba a caerse al suelo o perder el sentido. Pero eso tampoco ocurrió, porque él la sujetó por la cintura y sacó los dedos con suavidad mientras sus bellos ojos permanecían cerrados pero alterados por el orgasmo. Carol se recompuso y sintió que todo su rostro ardía como una llama. Cuando él se separó para dirigirse a la puerta, se chupó los dedos que había metido dentro de su cuerpo y luego los besó, sin dejar de mirarla y haciendo que se pusiera más colorada, si es que aquello era posible. Él no se rio de su sofoco; al contrario, se mantuvo serio en todo momento hasta desaparecer de la habitación.

Carol se movió despacio y se tiró en la cama. No podía creer lo que había pasado. Le había provocado lo mismo que cuando la besó, pero ahora había sido con los dedos en lugar de con la boca. Sin embargo, el calambre que sintió fue igual, igual de maravilloso e igual de catatónico. Por todos los cielos, ese hombre sabía hacer magia con la boca y con los dedos. ¿Y ella? ¿Ella también podría hacerle esas cosas?

Capítulo 5

Carol se quejó cuando María dio un ligero tirón a sus cabellos mientras la peinaba. La muchacha de catorce años le dijo que no se quejara, que peinaba los cabellos cobrizos con la mayor suavidad del mundo, pero que como estaba de mal humor, protestaba por todo. Habían hecho buenas migas desde el principio, desde una semana atrás, cuando llegaron a la plantación.

Mientras Carol miraba en el espejo cómo los rápidos dedos de María le hacían un moño con la hermosa trenza, la española recordó la llegada y el dolor que sintió al darse cuenta de lo tonta que era, de lo inocente que resultaba. No fue bastante con saber que Rosa era amante de Alex, sino que, al llegar al hogar, había una esposa esperando: Nicole, la señora Wallace. Qué recibimiento le dio. «Mi amor» o «cariño» fueron algunas de las palabras que salieron por la boca de esa francesa. Los largos brazos lo acariciaron y los ojos lo devoraron, y él se dejó hacer. No estaba efusivo con ella, solo asintió cuando ella le recordó que tenía que estar cansadísimo y que debía descansar, incluso se dejó besar y le correspondió con un ligero beso en la mejilla pálida y delgada. Pero cuando la gélida mirada azul de la mujer se posó en ella, preguntó quién era, y fue Wallace el que respondió. La señora de Wallace perdió toda la simpatía de golpe y le dirigió una mirada seca y prepotente. Hasta la voz se le endureció. Pasó de un suave inglés con el que había recibido al marido a un español fuerte y con mucho acento con el que se dirigió a ella para darle la bienvenida, que pareció cualquier cosa menos eso. Wallace cortó rápidamente por lo sano, diciendo que estaban cansados y que mandara a una criada para que acompañara a la sobrina de Ricardo a una de las habitaciones de la primera planta.

—¿Estás enfadada? —le preguntó María.

Carol miró a su amiga y suspiró con cierto malestar.

—Esa mujer me hace la vida imposible. Solo llevo una semana aquí y me obliga a trabajar como una esclava.

—Debes decírselo a mi tío en cuanto vuelva. Ya verás como cambian las cosas. Le bajará los humos en un santiamén.

Carol miró fijamente a su joven y nueva amiga.

—¿Por qué iba a ponerse de mi parte? Es su esposa, puede hacer lo que le dé la gana.

La melena oscura de María, se movió con salero al hablar de un tema delicado y se acercó a su amiga para bajar el tono de voz:

—No son un matrimonio modelo, ¿sabes? Mi tío no la quiere, y ella hace esfuerzos constantes para engatusarlo. —Se acercó más y Carol prestó toda la atención, sabiendo que venían confidencias—. Creo que lo engañó. Le dijo que estaba embarazada y luego abortó, y creo que mi tío piensa que le mintió en las dos cosas: que ni hubo embarazo ni aborto. Pero con el embarazo lo pescó, y luego simuló un aborto porque no había ningún niño en camino. —Los ojos verdes no pestañearon ni un solo momento. Vaya, vaya. Eso salió en más de una ocasión de la boca de la madrina: mujeres que se quedaban embarazadas para que los caballeros se casaran con ellas, o mujeres que simulaban un embarazo, lograban el matrimonio y luego, puf, un aborto—. Pero como mi tío es un caballero, nada más saber que estaba en estado se casó con ella. Fue luego, más tarde, cuando comenzó a sospechar. Yo lo sé porque oí cómo lo hablaba una noche con Ricardo. Uy, lo que dijo. Lo más bonito que salió por su boca fue zorra embustera. Lo demás, imagínatelo. Pero no hace falta que te lo imagines, yo te lo diré. La llamó puta, y cuando Ricardo dijo que no estaba bien que dijera esas cosas, mi tío, que la verdad estaba un poco bebido, dijo que se merecía ese calificativo y otros peores. Y que maldita la hora en la que se fijó en ella.

En esos momentos y como si supiera que estaban hablando de ella, la francesa llamó a la puerta y entró sin esperar contestación. La mirada azul se desplazó entre las muchachas, fijándose en lo juntas que estaban y sintiendo envidia de que esa española hubiera hecho tan buenas migas con la sobrina de su esposo. Con ese acento brusco y con tan poca simpatía como siempre, se dirigió a la española:

—Me parece que tienes cosas más importantes que hacer. ¡Ven conmigo! —le ordenó como si de un soldado se tratara. Las jóvenes se miraron y, a continuación, Carol siguió a la francesa hasta el cuarto de plancha y costura. Le señaló unas sábanas que necesitaban ciertos arreglos con la aguja y plancha después. Una criada que plegaba ropa miró al suelo para no ser pasto de las críticas—. La tarea se amontona. ¿Piensas que voy a ir detrás de ti a todas horas para que hagas algo de provecho? Que seas sobrina de Ricardo no te exime de los trabajos, y que yo sepa, no eres la institutriz de María ni su dama de compañía. Y voy a advertirte una cosa: espero que no se te ocurra poner los ojos en mi marido, porque, si así fuera, te sacaría el hígado y se lo echaría a los perros. Creo que, aunque mi español no es perfecto, se entiende claramente, ¿verdad?

Esos ojos fríos se clavaban en ella, pero la muchacha no contestó.

Fue hasta el costurero, y mientras enhebraba una aguja, oyó el taconeo de la francesa alejándose de la habitación.

Wallace siempre puso los ojos en mujeres hermosas, y Nicole era una prueba de ello. Poseía una belleza clásica, pero fría y distante. Pese a que de vez en cuando hacía esfuerzos por parecer simpática o al menos agradable, no era ninguna de las dos cosas; por desgracia, él se dio cuenta demasiado tarde. Tenía un cabello rubio ceniza, pero fino y pobre, lo que le fastidiaba enormemente y recurría a menudo a los postizos si quería hacerse peinados elaborados o simplemente lucir un cabello hermoso. Pero no engañaba a nadie, y ella lo sabía. Tenía otros atributos. Era alta y delgada, sin embargo, para su desgracia, los pechos eran pequeños y utilizaba rellenos. Por eso, cuando conoció a la española, en ese mismo momento, sus ojos azules vieron una figura delgada pero voluptuosa, con carne donde a ella le faltaba.

En los días sucesivos, la envidia creció a pasos de gigante al ver la belleza fuera de lo común de esa criatura, sin importar lo que llevara puesto; aun ataviada con un vestido corriente, estaba preciosa. Y para colmo era joven, casi una niña, casi de la edad de María, y eso le hizo ponerse rabiosa, consiguiendo que la ojeriza que le tomó desde el principio fuera a más y más. Sería capaz de matar si esa buscona seducía a su marido o, lo que era peor, se dejaba seducir. Pero tenía un problema, y muy grande: ella ya no podía engañar a Wallace porque este sabía de sobra con quién estaba casado. Sabía que Nicole era posesiva, orgullosa, soberbia y altiva, considerándose por encima de la mayoría por haber nacido en un hogar acomodado. Para él, tenía más defectos que virtudes, pero por desgracia se dio cuenta demasiado tarde, y cuando quiso echar marcha atrás, le dijo que estaba embarazada. Por otra parte, ella estaba al corriente de sus aventuras y sabía que Rosa era su amante. De hecho, cuando se enteró, le montó una escena de celos, con gritos, pataletas e incluso puñetazos. Él aguantó el chaparrón, hasta que le dijo que si no le interesaba, ya sabía dónde estaba la puerta, y que si era su deseo largarse, él le pondría una casa en el lugar que eligiera y le pasaría una suculenta pensión anual para que hiciera lo que se le antojara; incluso mencionó la palabra «divorcio». Al oír semejante barbaridad, lloró. Lloró desconsoladamente, diciéndole que era cruel, que ella lo amaba con locura y que jamás se separaría de él. Fue en esa ocasión, tres años atrás, cuando él dejó de acostarse con ella y cambió de alcoba, que en esos momentos estaba al lado, trasladando sus cosas hasta otra más pequeña pero alejada de esa mujer con la que se había atado de por vida, ya que ella no estaba por la labor de claudicar en una separación, y menos en un divorcio.

Al día siguiente, Alex y Ricardo estaban de vuelta. Wallace se acercó a ver a su sobrina. Después de las carantoñas habituales por

parte de la niña y de decirle lo guapo que era y lo mucho que lo echaba de menos, y él contestarle que era la mayor zalamera del mundo, le presentó las quejas sobre el trato que estaba recibiendo Carolina. Le comentó que no le parecía nada bien que Nicole la tratara como a una criada; peor que a una criada, pues ya sabía cómo trataba a la servidumbre. Eso no le gustó a Wallace. No iba a consentir que le diera un trato vejatorio.

Le dijo a María que no lo siguiera y fue hasta donde debía estar la joven: en el cuarto de costura. Pero no fue así, y al llegar al corredor la vio, de rodillas y fregando el suelo. La panorámica de ese trasero, moviéndose al compás del fregoteo mientras la muchacha canturreaba una canción española, lo excitó al momento. Llevaba el pelo recogido en un moño flojo y varios mechones se habían desprendido hasta casi rozar el suelo. El sol entraba a raudales por el patio interior y el precioso cabello brillaba en diversas tonalidades: castaño más claro, castaño más oscuro y castaño rojizo. Esas vetas rojo oscuro le daban profundidad al cabello y marcaban los gruesos rizos, que parecían querer escapar de la presión de las horquillas y desparramarse para captar toda la luz del sol con el único fin de que él pudiera enredarlos entre sus dedos. Vio cómo torcía la cabeza para mojar el trapo en el cubo y cómo se paralizó al ver las botas del dueño de la casa. Él se acercó y le ofreció la mano para que se levantara, pero ella la rechazó.

Carol se levantó sin ayuda al tiempo que se alisaba las faldas y pensaba con fastidio que estaba desaliñada y que parecería una triste fregona ante los ojos de ese hombre que le quitaba la respiración. Pero los ojos de él decían otra cosa: la devoraban, la miraban tan profundamente que sintió un cosquilleo en el estómago. Captó esa mirada penetrante clavándose en sus pechos, y entonces se dio cuenta de que su blusa estaba mojada en un lateral y que tenía erecto ese pezón. Bueno, ¿y qué? Ya la había visto desnuda y tocado entre los muslos, y le había acariciado el… culo; aun así, sus pómulos enrojecieron y él sonrió sin despegar los labios.

—Estaba deseando volver a casa —le dijo con esa voz de terciopelo que empleaba cuando quería conseguir algo—. Pero es muy desagradable encontrarme con que estás trabajando como una criada, porque no deseo que lo hagas.

—Fue el trato, ¿no? Un año, dijo —le contestó, correspondiéndole con la mirada.

Él clavó los ojos en la boca y deseó besarla; quería volver a devorar esos labios y hacer que ese bello cuerpo disfrutara.

—El trato es que debes estar con María. Nada más.

—Su esposa —enfatizó la palabra— así lo ha dispuesto.

No se movieron ni un ápice. Medio metro los separaba, y la estatura del hombre se imponía ante ella como un depredador.

—Eso voy a solucionarlo ahora mismo. En mi casa mando yo, y yo te digo que no vuelvas a coger un cubo, un trapo o una aguja a no ser que sea tu deseo, pero no el deseo de ella. —Anhelaba tocar esa carita, pero se contuvo—. Ahora ve con María. Está esperándote. —Ella se movió despacio. Cuando iba a coger el cubo y el trapo, él la agarró de la muñeca—. Déjalo, ya lo recogerán. —Tendría que haberla soltado, pero no lo hizo. Deslizó los dedos por el antebrazo, llegando hasta el codo y acariciando la suave piel de la muchacha. Tras oír un pequeño suspiro que salió de aquella garganta, se inclinó, se acercó al oído y le dijo con voz susurrante—: Te deseo. Te deseo con locura. No dejo de pensar en ti. —Quitó la mano pero no los ojos, y ella tembló como una hoja a pesar del calor que hacía.

Lo vio marcharse en busca de la bruja de su mujer. Tragó saliva y endureció los músculos de sus piernas para contrarrestar el temblor que le habían producido esas palabras y esa mano tocando su piel, acariciándola. Dios, ella también lo deseaba, odiándose por ello. Era débil y tonta. No podía sucumbir al deseo de ambos; sería dolor y sufrimiento para ella y placer para él. Era un vividor, un aventurero, y estaba acostumbrado a tener todo lo que quería, incluidas las mujeres que le gustaban. Si su madrina viviese, ya habrían optado por otra situación, porque ella siempre decía que ser la amante de un casado no traía nada bueno y que muy pocas eran las amantes que salían bien paradas y conseguían un estatus considerado, a nivel social y monetario. Y a pesar de ello, seguían siendo la amante. Lo mejor era ser la esposa, aunque tuvieras que compartirlo con la amante. Eso no le parecía bien a Carolina, no estaba de acuerdo con ello. ¿Por qué un hombre y una mujer no podían estar casados y enamorados y, por supuesto, ser fieles? Porque era muy difícil que se dieran esas tres cosas en dos personas: matrimonio, amor y fidelidad. «Sería más fácil pedir la luna», concluía siempre la madrina.

La primera noche la pasó en una de las habitaciones de invitados. Nicole pensaba colocarla al día siguiente en la zona de los criados, pero no tuvo tiempo, ya que Alex dijo que trasladaran los baúles a la habitación de María. Nicole también se fijó en los baúles, y se sorprendió, o más bien se extrañó, de que una sobrina de Ricardo tuviera esa cantidad y, sobre todo, esa calidad. Eran una maravilla de artesanía, de maderas preciosas y semipreciosas. Y, por supuesto, lo que guardaba en ellos no eran trajes de sirvienta, y si no que le preguntaran a María, que se volvió loca de contenta descubriendo esos vestidos que tenía su nueva amiga.

—¿Por qué tus vestidos son de vivos colores si no estás casada? —le preguntó sorprendida, ante tonos rojos, verde esmeralda y negros. Había blancos, sí, pero eran tan insinuantes en el cuerpo de la española que, menos ingenuos, lo eran todo.

—Mi madrina —le explicó— estaba convencida de que me casaría enseguida, y me dijo que para qué perder tiempo con vestidos mojigatos en colores pastel; solo blancos virginales, porque decía que me favorecían por mi tono de piel, de pelo y de ojos, y los demás, colores fuertes, porque era lo apropiado para mi piel, mi pelo y mis ojos.

La muchacha río ante tal explicación y le dijo que le habría gustado mucho conocer a su madrina, a lo que ella contestó que Anastasia habría hecho buenas migas con ella.

Esa noche, con la llegada de Alexander, cenarían todos juntos. Como además habría invitados, María quería que se pusiera ese despampanante vestido rojo de tafetán, pero Carolina le dijo que era un vestido indicado para una fiesta, no para una cena.

—Póntelo y fastidia a Nicole —espetó—. Debes hacer que te respete, y una manera es esta. Que se dé cuenta de con quién está jugando, que no te pise el terreno. ¿O no te ha dicho mi tío que no se te ocurra coger un cubo de fregar? Pues eso, que vea de una vez por todas que no eres ninguna criada —soltó con una traviesa sonrisa.

Carolina le hizo caso y se enfundó en ese colosal vestido, de cuerpo entallado y con faldas, porque eran dos: una toda de volantes pequeños, abierta por delante, y la de abajo, lisa y ligeramente entallada. Las mangas eran llamativas por sí solas, de una muselina transparente y largas pero abiertas desde el hombro, para terminar atándose con unas cintas rojas a las muñecas. Los brazos se veían desnudos. Aparecían entre esa tela roja, con caída, que los envolvía hasta dejarlos al descubierto.

Cuando estuvo vestida, María se acordó de algo. Rebuscó en un cajón y sacó unas cajitas.

—¿De dónde has sacado esto? —le preguntó Carol con una sonrisa.

—Se lo quité a Nicole hace tiempo. Es para pintarse la cara y ponerse lunares postizos.

Carolina miró las cajitas y optó por una pasta roja para los labios, que se untó muy sutilmente hasta conseguir un color más subido que el suyo propio. Después se extendió con la yema del dedo una sombra oscura en el párpado que hizo que sus ojos se vieran felinos. Miró la última cajita, la de los lunares, pero no se colocó ninguno, pues no le gustaron.

—Te pones uno en el escote —le dijo a María—, y cuando menos te lo esperas, se despega y se cae en el plato de la comida. ¿Te imaginas qué vergüenza? Todo el mundo mirando el lunar falso flotando en la sopa.

María rio a carcajadas y añadió:

—O encima del puré de patata.

Guardaron las cajitas robadas y terminaron de acicalarse la una a la

otra. Nada más terminar, oyeron que una criada anunciaba que las esperaban abajo.

Al hacer la entrada, su seguridad se tambaleó y pensó que no tendría que haberse dejado llevar por la euforia de su joven amiga. Todos los presentes se quedaron mirando su aparición, pero ella solo se fijó en la expresión del hombre que invadía su pensamiento noche y día, y no supo si lo que vio en esos ojos grises era admiración o enfado. La mirada plateada la recorrió entera, y el gesto serio hizo que los nervios afloraran. No le importaba el escrutinio de envidia y asombro que le dedicaban Nicole y la otra mujer, como tampoco la mirada embobada del hombre atractivo que acompañaba a esa mujer; pero sí agradeció que Ricardo se acercase a ellas, con una radiante sonrisa, y que dijera que las sobrinas más bonitas del mundo habían llegado. María se rio con ganas y Carol le mostró una cálida mirada. Al momento, vio cómo se acercaba ese hombre tan viril. Tras ponerle la mano en el talle, la llevó hasta los invitados para presentarla.

Ernesto y Matilde eran vecinos y amigos, o, mejor dicho, Ernesto era amigo de Alex y Mati, amiga de Nicole, aunque esa apreciación no salió de la boca de Wallace.

—Ernesto es médico —le dijo—, y ha estado viajando conmigo hasta que se cansó y nos dejó abandonados a nuestra suerte.

—Matilde me forzó. «El barco o yo», me dijo. No tuve otra alternativa.

Tomó la mano de la joven y la besó caballerosamente al tiempo que la piropeaba:

—Hacía tiempo que no veía una española tan preciosa como tú.

Matilde se acercó hasta ellos mostrando un rostro risueño pero un tanto postizo. Le dio dos besos e insistió en que, por mucho que lo intentara, no lograba ver el parecido con Ricardo.

—Menos mal —soltó el aludido entre risas—. Me enorgullezco enormemente de Carolina, y agradezco al Altísimo que no haya salido a mí.

La velada fue transcurriendo y la conversación la llevaban los hombres, especialmente Alex y Ernesto, mientras las mujeres escuchaban. Matilde y Nicole daban su opinión de vez en cuando y las muchachas se mantenían al margen, puesto que había quedado claro que las casadas eran amigas íntimas y no estaban dispuestas a ampliar el círculo, y menos con la sobrina de Ricardo; sin contar con que la miraban con envidia por su juventud y, sobre todo, por su belleza. Ya que, si hubiera sido joven pero poco o nada agraciada, habrían sido más condescendientes. Sin embargo, en las circunstancias actuales, no la querían como amiga.

Matilde, tenía la misma edad que Nicole: treinta. Era bonita pero sin excesos, menuda de cuerpo y baja de estatura, y los ojos marrones

miraban constantemente a la muchacha. Le parecía que ese llamativo vestido era excesivo para una cena, y aunque no era escotado, todo llamaba la atención. Esa falda abierta por el frontal, llena de pequeños volantes, y la otra, debajo y ajustada a las piernas, y ese talle que se ceñía al cuerpo delgado pero de pecho exuberante. Y qué decir de esas mangas de muselina transparente y abiertas de arriba abajo, dejando ver los brazos esbeltos con un movimiento grácil y elegante. Desde luego, esa chica no era corriente. Sin pronunciar palabra, ya se notaba que había recibido una educación esmerada y privilegiada, y no cuadraba para nada con el hombre que los acompañaba. No es que pensara que Ricardo era tosco o analfabeto, que no lo era, pero había algo que no cuadraba. Tendría que hablar detenidamente con Nicole y preguntarle todo lo que sabía de la muchacha. Y viendo cómo el esposo de su amiga miraba a la española, daba por hecho que Nicole se subiría por las paredes en cuanto tocaran el tema.

Una vez tomados los postres, Wallace le dijo a María que ya era hora de retirarse. La jovencita, obediente, hizo una pequeña reverencia y salió de la estancia. Carolina iba a hacer lo mismo, pero él le pidió quedarse.

—No hace falta que la acompañes, sabe acostarse sola. Quédate a tomar café y un licor.

Nicole y Matilde se miraron sin apenas mover la cabeza. Y con esa mirada, se lo dijeron todo.

La rubia rabiaba por dentro. Qué desfachatez. Estaba devorándola con los ojos desde que hizo su pomposa aparición, sin importarle la presencia de sus amigos ni, por supuesto, la de ella. Recordaba con toda claridad las palabras que tuvo que oír relacionadas con esa putita española. Bien clarito se lo dijo su marido: «No te consiento que la trates como una fregona, porque no lo es. Ricardo es amigo mío y merece todo mi respeto, por lo tanto, la muchacha también. Y todo lo que yo respeto, tú también debes respetarlo. La próxima vez, no lo diré con palabras». La blanca tez de la francesa se coloreó por la humillación. Llevaba tiempo engañándose. Desde que se cambió de habitación, quería creer que podría conquistarlo otra vez, que podría volver a engatusarlo, como al principio, pero solo se engañaba ella misma. Porque cada vez estaba más lejos, a miles de kilómetros de distancia aunque lo tuviera al lado, y la situación le superaba. Veía peligrar su matrimonio de una forma u otra, porque sabía muy bien que si no era esta niña, sería otra, y más tarde o más temprano él la abandonaría.

La voz de Ernesto hizo que prestara atención a la conversación, pero sin dejar de observar a la española:

—Los negros son los mejores, tienen una fortaleza superior. Nadie puede negar la superioridad de esa raza.

Alex, que terminaba de encender un cigarro, miró a su amigo.

—Nadie puede negar una evidencia tan clara. Pero sabes de sobra que después de la llegada a estas tierras, los más fuertes sobreviven quince años como mucho, y los demás, siete, ocho…

—Bueno —intervino Nicole—, pero hay muchos. Se compran más y en paz. —Mirando a su esposo, añadió—: Claro que hay gente que no sabe aprovecharlo.

Él la taladró con esos ojos fríos como el hielo.

—A ti que no te falten criados, sean esclavos o no, ¿verdad, querida Nicole?

La pregunta sonó cínica y áspera ante los oídos de todos; de eso se trataba. Fue entonces cuando Matilde decidió intervenir y empeoró las cosas:

—Tú los tienes como el que más y te beneficias de ellos.

—Ernesto, dile a tu esposa que no voy a explicarle el funcionamiento de mis empresas y tampoco voy a darle cuenta de mis trabajadores.

El médico sonrió, sabiendo que Wallace no tenía esclavos, ya que le pagaba un salario a cada uno de ellos, fueran negros, indígenas o blancos, y por supuesto no aplicaba el maltrato a no ser que la situación se hubiera desbordado y tuviera que corregir desperfectos antes de hacer despidos. Algo así como ocurrió en el barco.

Ernesto miró a la española y le preguntó qué opinaba sobre el tema, dando lugar a que cinco pares de ojos se posaran sobre ella.

—La esclavitud es algo horrendo, inhumano. Todos los esclavistas deberían ser partidos por un rayo.

Las mujeres abrieron la boca ante tal afirmación y los hombres sonrieron ante tanta efusividad. Alex mostró media sonrisa ladeada y clavó la mirada sobre ella al tiempo que oía la voz de Nicole, con ese acento marcado, hablando un español que dejaba mucho que desear:

—Eso lo dirás porque llevas sangre negra o indígena.

La muchacha fijó los ojos verdes sobre ella.

—Eso lo digo porque lo siento; y lo que siento, lo vivo —afirmó categóricamente mientras se levantaba con suma elegancia. Con un sutil movimiento de sus brazos, descubiertos con la muselina que se movía a su compás, se recogió la falda de volantes y se irguió frente a ellos, haciendo que los hombres se levantaran y la contemplaran con admiración—. Si me perdonan, me retiro —zanjó la conversación, mirando al anfitrión.

Wallace inclinó la cabeza, dándole su permiso. Sin dejar de mirarla mientras abandonaba el salón, con esos brazos largos y esbeltos sujetando esa falda tan llamativa, pensó que era la criatura más femenina y suave que hubiera visto en su vida. Sus ojos plateados la siguieron hasta que desapareció, y tanto las mujeres como el médico

no perdieron detalle, dándose cuenta de la situación tan delicada en la que se encontraba la señora de la casa.

Y la señora de la casa habló; no pudo evitarlo, o reventaría de celos:

—Si quieres, puedo traerte un babero —le dijo en inglés.

Wallace se volvió para mirarla y, en el mismo idioma, le contestó:

—Cuando necesite uno, ya sé a quién pedírselo. —No quitó la mirada sobre su esposa.

Ernesto decidió que era mejor irse a casa, a pesar de que Matilde quería quedarse con su amiga. Pero la idea del médico fue la más acertada y la que se llevó a cabo, puesto que la francesa, con el rostro contraído por la rabia y los celos, dio media vuelta con una floritura de faldas y salió del salón como alma que lleva el diablo, maldiciendo por lo bajo en su lengua materna. De ese modo, se dio por concluida la velada, y de ese modo también, Wallace supo que el hacha de guerra estaba en alto.

Capítulo 6

El hombre le gritó una orden a su gran semental blanco y este obedeció en el acto, no sin antes hacer una pequeña cabriola para gusto del jinete y para sonrisa del criado negro que se acercaba para coger las riendas del bello animal. El inglés se bajó de un salto y le dijo que lo cuidara como si fuera suyo, y de paso le preguntó por el capitán. Ante la respuesta del gigante negro, Edward Marlowe se dirigió hasta la casa a grandes zancadas mientras admiraba la magnífica construcción de estilo español y pensaba por enésima vez cuándo sería suya. Estaba convencido de que algún día, de algún modo, se haría con ella, igual que se había hecho con Lucero, para enfado del norteamericano. Cierto era que no se lo ganó a él, pero lo llenó de satisfacción comprárselo al que se lo ganó en las pocas veces que Wallace perdió a las cartas. Seguramente, fue una noche que esa perra de Nicole lo puso de los nervios, por lo que no estuvo atento al juego y perdió el precioso animal. Sonrió, recordando la cara que puso al descubrir que era el dueño del semental. En realidad, él no lo ganó jugando, ya que no era muy bueno en esas lides, sino que lo compró por una suma no demasiado elevada, pues el ganador estaba deseoso de dinero y sin pasársele por la cabeza que Wallace se lo hubiera comprado por ese dinero o más. Ah, pero allí estuvo más astuto y rápido que él.

Al entrar en el patio principal, se frenó en seco ante lo que vio.

Una muchacha esplendorosa se cepillaba la larga y húmeda melena rojiza al cálido sol de la mañana. Estaba con la cabeza hacia abajo, y el cabello casi rozaba el suelo a medida que ella contaba en español cada pasada. De repente, todo el cabello voló por los aires hacia atrás. Él se quedó prendado de la belleza de la joven y de esos ojos verdes, que lo miraron como si fuera una alucinación. El inglés se acercó y se plantó frente a ella, sin dejar de mirarla. Dios, era hermosa hasta decir basta. ¿De dónde habría salido esta maravilla? Recorrió el rostro, sin dejarse ningún detalle y clavando los ojos en la boca generosa y bellamente dibujada. «Cuántas cosas podrían hacerse con esa boca —pensó—. Esos labios están hechos para la lujuria». Continuó el recorrido hacia abajo, y le hizo gracia el comportamiento de la chica,

que ni pestañeó, ni preguntó, ni se acobardó en ningún momento. Y, para colmo, permanecía erguida como una diosa, a pesar de que él estaba mirándole con auténtica desfachatez los pechos cubiertos por una blusa de estilo campesino. Pero esta chica, de campesina no tenía nada.

—¿Quién eres? —le preguntó el inglés.

Carolina desplazó la mirada por el rostro blanco, algo enrojecido en las mejillas, y por el cabello rubio. Por el acento, supo que era de Inglaterra.

—¿Y quién lo pregunta, si puede saberse?

Marlowe se quedó fuera de juego, pero le duró poco. Se fijó en esa melena densa y brillante, que ya casi estaba seca, y sin pensárselo dos veces, su mano voló veloz hasta esos rizos gruesos y los enganchó en un fuerte mechón al tiempo que la atraía hacia sí.

—Soy yo el que hace las preguntas y tú las contestas. ¿Quién eres? —No le importó hacerle daño a esa bella criatura. Para él, las mujeres estaban al servicio de los hombres.

La joven hizo una mueca ante el tirón, y consideró que era mejor contestar antes de actuar:

—Soy la sobrina de Ricardo.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Marlow y una sonrisa se dibujó en sus labios gruesos.

—Vaya, qué calladito se lo tenía. Si llego a saber que Ricardo tenía algo tan hermoso en la familia, te habría contratado para trabajar en mi casa. —Sin soltarla y acercando la cara a su rostro, continuó—: Seguro que recibirías mejor trato que aquí. Pero no me parece que el patio principal sea el más adecuado para tus aseos personales.

No lo vio venir, y cuando lo sintió, su cara reflejó asombro y su mano soltó la melena de golpe para llevársela junto con la otra a la entrepierna. La muy puta le había dado un rodillazo en las pelotas; no podía creérselo. Mientras la miraba entre tinieblas, llegaban a sus oídos las palabras en un perfecto español y con esa voz seductora:

—No soy criada de nadie, petimetre. Y aprende a respetar a las mujeres, malnacido.

Vio cómo se giraba entre un revuelo de faldas y desaparecía de su vista, dejándolo con la respiración entrecortada y maldiciéndola en silencio. Sus ojos azules no dejaron de contemplar a esa diablesa que le había machacado los huevos. Respiró varias veces al tiempo que se frotaba la entrepierna, y cuando fue recuperando el resuello, miró alrededor, pensando que alguien hubiera visto esa situación embarazosa y altamente vergonzosa para él.

La hermosa balaustrada que daba al patio no mostraba signos de estar ocupada por humanos, y en el piso inferior, las puertas y ventanas permanecían cerradas, incluida por la que había huido la

muchacha. Fue estirando su cuerpo poco a poco. Una vez que lo consiguió, se dirigió hasta las dependencias del dueño de la hacienda con un movimiento pausado, sin dejar de pensar en esa bruja y en cuál sería el castigo que le daría.

—¿Cómo estás, amigo? —preguntó, abriendo la puerta sin llamar y alegrándose de la cara de pocos amigos que ponía el norteamericano.

La conversación era en inglés, ya que Marlowe creía que era el idioma correcto entre personas de clase elevada, dejando el español para los españoles y demás especies.

—Llevas tiempo aquí y no te has dignado a visitarnos. Kitty pregunta por ti, y yo le he explicado que desde que te juntas con todo el mundo, descuidas a los que verdaderamente tienen importancia en el panorama social de esta isla.

—Déjate de hostias, Edward, y no me toques los cojones. Tu madre sabe que las puertas de mi casa están abiertas para ella y puede venir cuando quiera, aunque no puedo decir lo mismo del hijo —zanjó, dejando los papeles que estaba leyendo a un lado y deseando que el inglés se fuera a dar la murga a otro sitio. Sin embargo, al mismo tiempo, le picaba la curiosidad y quería saber a qué había venido, aunque se imaginaba que sería más de lo mismo.

—Siempre estás igual. No sé por qué no podemos ser amigos; socios incluso. Podríamos hacer grandes cosas juntos.

Alex se fijó en que el inglés se tocaba sus partes muy a menudo, pero no dijo nada.

—He hecho grandes cosas solo, sin necesidad de socios. Tú, por el contrario, te dedicas a gastar lo heredado y a soñar. No creo que tengamos nada en común, pero eso ya lo sabes. No andes jodiéndome y dime qué quieres. —Wallace lo miró desde el sillón donde permanecía sentado y esperó. Cuando al final lo soltó, la sonrisa del norteamericano salió a la superficie sin querer evitarla. «El hotel», había dicho—. Te he dicho una y mil veces que no está en venta. Me importa una mierda lo que ofrezcas, no está en venta y se acabó la cuestión.

—Bueno, no cierres puertas; yo no lo hago. Y si alguna vez quieres vender, estoy dispuesto a mejorar casi cualquier oferta. No vas a negarle eso al hijo de la mejor amiga de tus padres. Casi somos familia. —Sonrió para sí.

Wallace se levantó y se acercó a él. Ambos, grandes y altos, se miraron a los ojos.

—Si decido vender, lo sabrás.

El inglés sonrió como si hubiera obtenido una victoria. Clavando la mirada en su rival, pensó en cuánto le gustaría quitárselo de encima.

—Gracias, de verdad. —Iba a dar media vuelta, pero volvió a tomar la palabra—: Por cierto, me he encontrado con una muchacha

preciosa, de ojos verdes y melena rojiza, y me ha dicho que es sobrina de Ricardo. Pero, con sinceridad, no me lo creo. Esa niña… —hizo un gesto con las manos, alabando la figura femenina— es tan bonita que quita el sentido. —Al ver cómo la mandíbula del dueño de la casa se tensaba, se dio cuenta de que había dado en el blanco.

—Mete las narices en tus cosas y deja a esa mujer en paz, a no ser que quieras acabar sin cojones.

No levantó la voz ni un ápice, y por ese detalle sabía que estaba enfadado y que probablemente había encontrado el punto débil de Wallace. «¿Será eso posible? ¿Tendré tanta suerte?», se preguntó el inglés.

—¿Cómo es el dicho?… Ah, sí, sí, ya me ha acuerdo: «Una blanca para casarse, una negra para la cocina y una mulata para la cama». De todos modos, esa muchacha parece más blanca que yo.

Los dos hombres se miraron a los ojos. En la mirada del moreno se reflejaba algo parecido a la furia.

La voz de Alex sonó más ronca de lo habitual:

—Que te quede clara una cosa: a esa mujer ni la mires. Y como se te ocurra tocarla, te mato.

—¿Eso no tendría que decírmelo Ricardo? —preguntó, notando la tensión del norteamericano.

—Te lo digo yo, y basta.

El inglés reculó y levantó las manos en señal de paz.

—¿Coto vedado?

—Sí —le contestó sin pestañear y deseando que Marlowe se fuera, o lo echaría él mismo.

Pero no se fue. Tenía ganas de tocarle la moral.

—¿Y Nicole qué dice de todo esto? —Al ver cómo Alex se acercaba, y no para darle un apretón de manos, se dirigió hasta la puerta—. De acuerdo, de acuerdo. No es de mi incumbencia —añadió al abrir—. Y no te olvides de visitar a Kitty. Te echa de menos.

Las pisadas fueron alejándose y Wallace se quedó pensativo, mirando el espacio vacío. Sabía que tendría problemas con Edward, siempre lo supo, pero ahora que había conocido a la bella española, dio por sentado que todo se complicaría más de lo que estaba. Tras pasarse una mano por el corto cabello, volvió a su mesa y se sentó. Intentó concentrarse en los papeles que leía, pero entonces llegó el hijo de Kitty; aun así le fue imposible que la imagen de Carolina se le quitara de la cabeza, y la imagen de Marlowe con ella, menos.

Aguas Claras era la plantación del inglés, que lindaba con Casa Grande, pero debido a las extensiones de ambas fincas, las viviendas no se veían. Y la mansión de Aguas Claras nada tenía que envidiar a la de Casa Grande. Tal vez resultaba demasiado ostentosa y recordaba a

las mansiones del sur de los Estados Unidos, pero tanto por fuera como por dentro era hermosa. Estaba amueblada con sumo gusto, ya que de ello se encargó la madre, americana de nacimiento y viuda de un inglés, que poseía un gusto exquisito y mucho dinero, propio y heredado. A los sesenta y cinco años, todavía conservaba parte de la belleza de juventud en esos hermosos ojos azules y en esa preciosa sonrisa que —gracias al cielo, como decía ella entre risas cuando lo comentaba con Carmela— todavía conservaba todos los dientes. Y aunque su rostro fuera como un mapa de ríos y caminos, por las muchas arrugas y demás vestigios de la vejez y por su cabello blanco como la nieve, una sonrisa bonita y unos ojos alegres podían hacer mucho.

En un santiamén, la puso al corriente de las nuevas noticias:

—Te digo, madre, que es la muchacha más bonita que he visto en mi vida. Y mira que he visto —murmuró más para sí. La madre, que colocaba flores frescas en un jarrón, movió la cabeza, asintiendo. Conocía demasiado bien a su hijo. Sabía que era un mujeriego empedernido, y sentía que no hubiera sentado la cabeza con un buen matrimonio para, de paso, poder presumir de nietos. De nietos nacidos de matrimonio.

Terminó de colocar el oloroso azahar y miró a su hijo con esos hermosos y grandes ojos azules.

—No te metas donde no te llaman. Si Alex es el protector de esa chica, mantente al margen.

—¡Pero, madre, él ya tiene a Nicole! Menuda desfachatez, en su propia casa y delante de su mujer.

—Déjate de remilgos, Edward. Sabemos de sobra cómo es Nicole y cómo está la situación entre ellos. Ese matrimonio está acabado desde hace tiempo, y no olvides lo que voy a decirte: más pronto que tarde, terminará divorciándose de ella, aunque tenga que desprenderse de la mitad de su fortuna.

El hijo miró a la madre sin pestañear. Era lista, además de inteligente. Tenía que reconocerlo. A pesar de ser un misógino en toda regla, reconocía que su madre se salía del cuadro. Pero lo dejaba pasar, incluso seguía algunos de sus consejos, porque era su madre; de otra mujer, no lo reconocería nunca.

Dejó a la madre con sus arreglos florales y se despidió diciendo que se iba a la ciudad, para ver si así descubría más cosas sobre la sobrina de Ricardo. Kitty clavó sus ojos en él y le recordó que había negocios que atender y que no esperaban para crecer como las malas hierbas. Él le dijo que no se preocupara, que estaba todo controlado y todo marchaba viento en popa.

Tras ver cómo salía de la luminosa sala, la mujer movió la cabeza varias veces y volvió a preguntarse por enésima vez qué les depararía

el destino, en especial a ese hijo, el único que tenía, conociendo de sobra sus defectos, que abundaban más que las virtudes. El juego era uno de ellos, y encima era un pésimo jugador. La envidia y la vanidad no se quedaban atrás, pero lo peor era la maldad. Y a pesar de que era su único hijo y de que lo quería con locura, no podía obviar la existencia de ese pecado, lo que le preocupaba enormemente. Pero como decía su fiel y querida Carmela: «Cuando tengamos que cruzar el puente, lo cruzaremos. Hasta entonces, disfrutemos del paraíso».

Sonrió al pensar en la mulata de cincuenta años; bueno, eso decía. Lo cierto era, ahora que lo pensaba, que llevaba cumpliendo cincuenta años desde varios años atrás. Recordó el tiempo que llevaban juntas. Su marido la trajo un año antes de morir. Nadie quiso comprarla, y Marlowe pagó cuatro perras por ella para que ayudara a su mujer y le hiciera compañía, puesto que el viejo sabía de las extravagancias de su esposa, tratando a la gente de color como si fueran igual que ella. «Válgame Dios», pensaba el esposo, pero amaba tanto a esa sureña encantadora que, por ella, era capaz de cualquier cosa. La negra Carmela —porque para el viejo Marlowe todas eran negras, dando lo mismo que el tono de piel fuera como la canela o como el carbón— se había criado en una plantación regentada por españoles, donde había llevado una vida tranquila, sin sufrir excesivas humillaciones. Tuvo que aguantar que el amo se acostara con ella, pero por suerte no quedó nunca embarazada, cosa de la que se alegró, especialmente por no traer al mundo a otro ser que sería explotado injustamente.

«Y ahora —pensó la señora Marlowe—, a estas alturas de la vida, nos tenemos la una a la otra, y los consejos de la mulata siempre son bien recibidos».

Movió con gracia su delgado cuerpo. Mientras se dirigía a la cocina, pensó en si su hijo se acercaría al salón de juegos, que estaba enfrente del hotel de Alex y de las caballerizas y carruajes de alquiler, entre otros negocios, que poseían en la ciudad. Pero pronto lo olvidó al oler la deleitosa fragancia que llegaba desde la cocina. Carmela estaba haciendo su pastel favorito, y lo tomarían por la tarde a la hora del té.

Aparte de la casa principal, caballerizas, almacén y demás edificios de labranza y de animales de crianza, la plantación de Wallace disponía de un pequeño pabellón donde se alojaba Ricardo; Alex tenía el cuartel general. Era una pequeña casita, con una estancia privada para Ricardo, una pequeña cocina que casi nunca se utilizaba, un cuarto de baño y un saloncito despacho donde se reunían los hombres. El despacho de la casa grande lo utilizaba con frecuencia, en especial para reuniones de negocios, pero La Casita, como así la llamaban, era donde se reunían los hombres para hablar de negocios, tomándose unas copas y sin ser molestados por nadie. Nadie ponía los pies en ese

terreno a no ser que estuviera invitado o invitada, cosa que no ocurría. Nicole ni se acercaba a ese lugar; de hecho, no había estado dentro. La construcción fue posterior a la de la hacienda, que ya estaba cuando Wallace la compró. Como era dominio de Ricardo y aunque Alex tuviera ahí otro despacho, a ella ni le importaba ni le interesaba lo que allí se hiciera. Pero no era el caso de Carol, que sabía dónde estaba la llave, ya que se lo dijo el propio Ricardo, acompañado de la siguiente frase: «Si tienes deseos de estar sola y disfrutar de auténtica paz, entra cuando quieras. La llave está debajo de una de las macetas que hay en la ventana».

Era casi de noche. María había estado enferma y con fiebre toda la tarde, pero le había remitido y ahora, por fin, dormía plácidamente. La joven aprovechó para salir y que le diera el fresco. Los pasos la llevaron hasta La Casita y, sin pensárselo, buscó debajo de las macetas. Como le dijo Ricardo, ahí estaba la llave. Ellos no estaban, así que podría demorarse todo lo que le diera la gana y no sería molestada. Entró en el pequeño recibidor y miró a su alrededor. Al fondo, un dormitorio y el cuarto de baño; a la derecha, la cocina, y a la izquierda, el saloncito y el despacho. Atravesó el pequeño arco y vio un sofá mullido enfrente de una chimenea que nunca se encendía; en un rincón, la mesa despacho, y las paredes, llenas de estantes de madera, con libros y más libros. El suelo era de madera, y el techo, artesonado, de exquisita belleza. La muchacha se tumbó en el sofá y se desabrochó unos botoncitos del ligero vestido de algodón hasta llegar al nacimiento de los senos. Se quedó mirando el techo, fascinada con los elaborados dibujos de la madera. Le extrañó mucho que en la casa grande no hubiera ningún techo así y que esta casa, de condición más sencilla, sí lo tuviera. Siguiendo esa filigrana entrecruzada, se durmió sin darse cuenta, acomodada en ese mullido sofá.

Dos horas más tarde, se sobresaltó al oír algo. Cuando quiso espabilarse y abrir los ojos, vio unos pantalones negros embutidos en unas botas llenas de polvo, y supo a quién pertenecían. Se mantuvo quieta y él clavó la mirada en esa porción de piel que había liberado antes de dormirse. Los comienzos de esos pechos se elevaron ante la mirada masculina, y los ojos verdes se desplazaron por esa figura imponente hasta fijarse, sorprendida, en el bulto de sus pantalones, que, para su asombro, aumentaba de tamaño. ¿Ella había producido eso? ¿Sin hacer ni decir nada? Se coloreó como una fresa.

Queriendo levantarse, no tuvo fuerzas para ello, a pesar de que esa mirada plateada estaba poniéndola nerviosa y hasta le daba miedo. Pero tontamente seguía sin moverse. Cuando él se agachó y ella intentó levantarse, una mano grande y bronceada se lo impidió con delicadeza. Carol comenzó a respirar más deprisa. Entretanto, escuchaba la voz masculina, que le decía: «Tranquila, no voy a hacerte

daño». Entonces, esos dedos largos acariciaron su rostro y bordearon los labios, y ella sintió ese ardor tan extraño y excitante que le producía ese hombre cuando estaba cerca. Pero ahora no estaba cerca, sino tocándola, acariciándola y de rodillas en la alfombra. Estaba tan próximo que sus bocas podrían juntarse con solo que él hiciera un movimiento. Porque ella no se atrevía, ella estaba paralizada de miedo, aunque deseando que él continuara con no sabía qué.

Él notó el temor de la muchacha y fue delicado y tierno. Pasó sus dedos por ese óvalo perfecto, por esas mejillas cubiertas de rubor, por esos ojazos que lo miraban con miedo, por esa boca que parecía querer entreabrirse pero que no se decidía. Entonces, colocó sus manos sobre las mejillas. Agachó la cabeza y la besó con suavidad para que ella se confiara y fuera abriendo los labios, como así ocurrió. Carol notó cómo la lengua del hombre invadía su boca, cómo recorría sus dientes y se deslizaba por dentro de los labios y cómo los chupaba y los succionaba despacio, saboreándolos, haciendo que su cuerpo respondiera, haciendo que temblara y que la recorriera esa descarga interior que no sabía cómo calificar. Ante la excitación, quiso hacer lo mismo y fue imitando los movimientos del hombre, pasando su lengua por los mismos sitios por los que él había pasado la suya y cogiendo entre sus labios el labio inferior primero y luego el superior. Él se dejó hacer, permitiendo que aprendiera y que lo excitara como deseaba desde que la vio por primera vez.

Ella suspiró, una y otra vez, y él se tragó esos suspiros para producirle más con sus besos. Entonces, metió una mano por debajo de la falda, y disimulando la sorpresa que se llevó, primero por lo pronto que ella abrió las piernas y segundo al descubrir que no llevaba ropa interior, tocó ese botoncito que estaba grueso, excitado para él, y lo acarició con pericia, haciendo que abriera al máximo esos muslos prietos y suaves como la mejor de las sedas y que gimiera sin parar. Le provocó un orgasmo y al momento otro.

Carol se sintió atónita y desconcertada cuando esos ojos grises la miraron con una sonrisa burlona. Volvió a enrojecer, sintiéndose estúpida porque no entendía qué estaba pasando con su cuerpo y qué estaba haciéndole ese hombre.

—No te avergüences, mi cielo —le dijo con esa voz que le producía cosquilleos—. Es placer lo que siente tu cuerpo y tu mente. Déjate llevar, deja que mis dedos hablen y tú disfruta de ello.

La mano seguía entre los muslos, ahora apretados; pero ante esas palabras, volvió abrirlos y se encogió ligeramente al notar cómo un dedo penetraba dentro de su cuerpo. Se mordió el labio inferior al comprobar que eso también le gustaba. «Dios del cielo, ¿es que este hombre es un mago con los dedos?, ¿es que todo lo que me haga será así de placentero?», se preguntaba en silencio.

El hombre bajó la mirada a las piernas dobladas y los muslos abiertos de par en par y penetró el dedo en la vagina. Lo sacó y volvió a introducirlo mientras contemplaba esos muslos duros y a la vez suaves y ese triángulo de rizos oscuros. Notó la excitación en aquel rostro, en aquellos labios apretados, en aquella mirada clavada en su propio sexo, en su dedo entrando y saliendo en esa cavidad estrecha y mojada, que él deseaba horadar con su pene. Entonces, de golpe, sacó el dedo y la miró. Con las respiraciones de ambos entrecortadas, llevó los dedos a los botoncitos del vestido y terminó desabrochándolo y quitándoselo deprisa, para dejarla con las enaguas y un ligero corsé que hacía que los jóvenes pechos se elevaran hasta una altura anormal. Le quitó el corsé y las enaguas y la dejó desnuda frente a él.

Carol se dejó hacer y se mostró en todo su esplendor ante el hombre, quien sin pensárselo dos veces se metió un pezón en la boca y comenzó a succionarlo. Aquello provocó que ella llevara las manos hacia el recio y corto cabello y lo agarrara con fuerza mientras respiraba deprisa. El movimiento hizo que los pechos se aplastaran contra la cara de él. Y fue en ese momento cuando ella perdió todo pudor y se movió delante del hombre para que soltara un pezón y se comiera el otro, para que los dos pechos recibieran la misma atención, el mismo tormento. Y no paró ahí, porque el hombre dejó de chuparle los pechos, hizo que se abriera de piernas ante él, metió la cabeza entre los muslos y le lamió esa zona que había martirizado con los dedos.

Carol, sorprendida pero no amilanada, se dejó caer sobre el respaldo del sofá. Echando la cadera hacia delante, le ofreció todo el sexo para que se lo comiera, sin pensar que eso que estaban haciendo no era lo que una dama haría. Pero ¿qué importaba? Nunca pensó que algo así pudiera suceder entre un hombre y una mujer; y si ella era la elegida, si ella disfrutaba de semejante festín, pues que así fuera. Por un momento creyó haber gritado, porque ese hombre había hecho no sé qué con la lengua. Y ahora sí, gritó y se retorció contra su boca, cerrando los ojos y dejándose llevar.

Parecía que habían pasado unos minutos. Llevando la respiración más pausada, levantó los párpados y vio al hombre de pie, delante de ella y con ese bulto enorme. «¿Qué debo hacer? —se preguntó—. ¿He de dejarme llevar y hacer lo que mi instinto me pide o, por el contrario, debo echar marcha atrás, no seguir con este juego y comportarme como una dama?… Pero ¡qué diablos! Si lo que he dejado que me haga nunca lo haría una dama… ¿O sí?». Sus esbeltas manos le dieron la contestación al acercarse a la bragueta del hombre. Colocó los delgados dedos sobre los botones y sintió la tensión acumulada en esa zona sensible, que ella sabía que así era pero que nunca pensó en tocar, y menos sin estar casada.

A pesar de la poca luz que tenían en el salón, a pesar de que notaba el acaloramiento en su rostro, elevó los ojos y se encontró con la ardiente mirada de Wallace. En esos momentos, supo que llegarían hasta el final, que dejaría que ese hombre la desvirgara, pese a las muchas veces que su madrina le dijo: «Solo en el matrimonio. Si no quieres ser tratada como una fulana, solo en el matrimonio». Sus dedos abrieron esa bragueta y sacaron el miembro duro y grande.

Alexander contempló esos ojos verdes que miraban su pene con una especie de admiración y miedo. Se sorprendió de que esa manita lo acogiera y de que esos dedos esbeltos lo acariciaran, sin dejar de mirarlo. No podía aguantar más, y si no la poseía, explotaría como una fuente. La cogió por las axilas y la tumbó en la alfombra, sin dejar de mirarse mutuamente. Se colocó encima de ella, se apoyó en sus brazos y comenzó a penetrarla despacio. Aún estaba húmeda, así que el comienzo fue relativamente fácil, facilitado porque ella encogió las piernas y se abrió con ganas para que él descargara toda su potencia viril. A pesar de que quiso ir con cuidado, con delicadeza, no lo consiguió, y embistió hasta el fondo. Notó cómo ella se contraía y ahogaba un quejido.

—Lo siento, pequeña, lo siento —le dijo en inglés. Sintió cómo se llevó esa pequeña barrera sin la consideración necesaria y vació su cuerpo dentro de ella.

Se quedó inmóvil encima de ella pero sujetando la mayor parte del peso con sus brazos para no agobiarla. Cuando hubo recuperado el control y su respiración volvió a ser normal, fue saliendo sin dejar de mirarla. Sabía que la había lastimado, y que tal vez, solo tal vez, el placer anteriormente dado, ahora le parecería poco. Por ese motivo, se incorporó, se guardó el instrumento de tortura dentro de los pantalones, la ayudó a levantarse e hizo que se sentara en el sofá. Tomó asiento a su lado y le pasó un brazo por los hombros. Ella se acurrucó encogida y avergonzada de su desnudez.

—Siento haberte lastimado —sonó la voz profunda al tiempo que sus dedos le acariciaban la oreja—. La primera vez siempre duele un poco. —Ante el silencio de la muchacha, la cogió de la barbilla e hizo que esos ojos verdes lo mirasen—. Cuidaré de ti, no dejaré que nada malo te suceda.

Carol no pestañeó ante esas palabras ni de sus labios salió sonido alguno. Ahora que la excitación había pasado, ahora que ya no era virgen, sentía el miedo recorrer sus venas, sentía la amargura de saber que el hombre al que amaba pertenecía a otra. ¿Y de qué servía que no fueran un matrimonio modelo si a fin de cuentas eran un matrimonio? ¿Y dónde quedaba ella? ¿Hasta cuándo podría tener la protección de ese hombre? ¿Hasta que se cansara y se encaprichara de otra más guapa, más joven o más interesante? Ese pensamiento la hizo

temblar.

Los labios de Wallace se posaron sobre su boca, como si supieran lo que estaba pensando, como si quisieran quitarle los malos pensamientos y hacer de ella una mujer respetable. Las bocas tardaron en separarse y él la miró con adoración. Hizo que se levantara y comenzó a vestirla. Ella se dejó hacer. Agachó la cabeza cuando esas manos hábiles y esos brazos poderosos abrieron las cintas de su enagua y sujetaron el ruedo de la cintura para que metiera sus piernas. Esos ojos gélidos no dejaron de mirar cada porción de su piel, cada rizo oscuro de su pubis, y después se desplazaron hasta los bamboleantes pechos. Notó esa manita apoyada en su hombro para no perder el equilibrio. Deseó meterse en la boca, otra vez, esos pezones. Sintió cómo se endurecía de nuevo, pero seguro estaba de que, si hacía eso, asustaría a la muchacha. «Contrólate, maldita sea. Acabas de desvirgarla y ya quieres montarla otra vez como si se tratara de una puta de puerto», se riñó a sí mismo mientras le colocaba el delicado corsé y dejaba caer un casto beso sobre uno de los senos. Una vez puesto el vestido, colocó las manos en la pequeña cintura y le murmuró:

—Vete a tu habitación. —Ella sintió que la echaba y él lo notó—. Te deseo con tanta ansia que, si permaneces aquí, volveré a tomarte y te haré daño. Y no quiero que eso suceda. Solo deseo darte placer, darte felicidad.

Ella seguía sin hablar. No había pronunciado ni una sola palabra; de su seductora boca, solo salieron gemidos, suspiros y gritos de placer. Pero ¿por qué no decía nada?, ¿por qué se quedaban las palabras, los pensamientos, dentro de ella? Los dedos de Alex se deslizaron por el contorno del rostro y, con las miradas clavadas, añadió:

—No te preocupes por nada. Cuidaré de ti. —Bajó la cabeza y capturó la boca de la muchacha, besándola con pasión y haciendo que ella le devolviera el beso de la misma forma. La dejó con la respiración entrecortada al separarse de ella. Sin dejar de mirarla, volvió a decir—: Vete.

Y Carol obedeció. Cogió sus sandalias y, llevándolas en una mano, se dirigió al pequeño *hall*. Antes de salir de La Casita, se volvió para mirar al hombre. Y lo que vio, la asustó. La mirada gris la recorrió entera. La boca seductora no mostraba rastro de sonrisa, y el cuerpo alto y fuerte estaba en tensión, con los brazos pegados al cuerpo y las manos en puños. La muchacha salió de la casa y volvió a La Casa Grande con paso ligero, sin darse cuenta de que una mujer la observaba desde una ventana y de que el hombre al que amaba permanecía en la entrada mirándola hasta que desapareció.

Wallace entró y cerró la puerta. Fue hasta el salón y miró la

mancha en la alfombra. Era pequeña, pero se notaba perfectamente que era sangre, porque justo en esa zona, los múltiples colores se degradaban y se convertían en un tono claro, casi blanco. Y ahí estaba ese puntito rojo, esa muestra de lo que había cogido esa noche, de lo que le había robado sin poder darle a cambio una relación honrosa, una alianza de matrimonio, que era lo que esa preciosa muchacha se merecía. Y él, atado a esa mujer, a una puta convivencia que lo único que le traía era desgana, apatía y aburrimiento. Deseaba a la española, la quería para él; para que le diera hijos, para sentir el deseo de volver a casa, para que, al llegar al hogar, unos brazos acogedores y una boca hambrienta le dieran la bienvenida, y así sentirse dichoso, amado y feliz.

Capítulo 7

Marlowe miró detenidamente a esos individuos. Menudo trío.

El que decía llamarse Carlos era enorme. Pasaba los dos metros, seguro, y el inglés no estaba acostumbrado a ver españoles tan altos y grandes. Ya con la estatura que él tenía, era difícil. De hecho, él y Wallace llamaban la atención por su altura y corpulencia, pero desde luego este español se llevaba la palma. El más bajo de los tres, Fernando, no llegaría al metro setenta y no tenía mala pinta. Sin embargo, el que llamaba su atención era el más parlanchín, Luis, el que parecía el jefecillo de ese trío peculiar. Poseía un aspecto siniestro, flaco y feo, llegando a resultar repulsivo y desagradable, aunque… parecía inteligente, y a él no le vendría mal tener más mano de obra; eso sin contar con todo lo que había largado de El Virginia, de la españolita y demás. Era una información muy jugosa la que consiguió de ese tipo, y sería perfecto añadirlo a sus empleados, aun teniendo que cargar con los otros dos. Los contrató, pero los advirtió de que el salario no sería alto, ya que no corrían buenos tiempos, y de que, si querían follar, se buscaran unas putas, puesto que él no permitía que sus empleados follaran con las esclavas. «Es repugnante», dijo.

Los españoles vieron cómo el inglés salía de la taberna y no se dignó a pagar ni una ronda.

—Hijo de puta inglés —murmuró el grandullón de Carlos—. Seguro que está forrado y no se paga ni unas putas cervezas —añadió mientras Fernando movía la cabeza, dándole la razón.

—No os preocupéis por eso —dijo Luis, bajando la voz al máximo para no ser oídos por extraños—. Ahora, lo de menos es el sueldo o unas putas cervezas. Lo que nos interesa es acercarnos al norteamericano y controlar por dónde anda. Y de paso saber de nuestra bonita compatriota. Y no olvidemos que ese pajizo inglés se interesa por ella, así que la cosa va a ponerse interesante.

Se levantó, pagó al tabernero y salió a la calle. Fue seguido por sus amigos y tomaron rumbo hacia el burdel más cercano. Los hombres rieron cuando Luis recordó que al inglés le repugnaba el sexo con las esclavas.

—Pues ahora follaremos con lo que esté disponible, sean blancas o negras, y nos emborracharemos con ron hasta que se nos salga por las orejas. Pero mañana tenemos que estar listos y preparados para que ese puto inglés piense que somos indispensables.

Ricardo tenía un montón de papeles en la mano y le preguntó a Wallace si quería que los archivara. Este elevó la cabeza de los planos que estaba mirando y le dijo que sí, pero en el despacho de La Casita. Al ver que el hombre ponía en orden los documentos y se disponía para salir, Alex le echó el alto. Se levantó, fue hasta el mueble donde guardaba las bebidas y sirvió dos copas de vino español.

—Dime, Ricardo, si fuera tuyo el hotel, ¿lo venderías?

El hispano se sorprendió por esa pregunta.

—Pues así, de pronto…, tendría que saber más detalles. ¿Por qué? ¿A quién? ¿Cuánto?

—El por qué no tiene importancia, si puede hacerse una buena venta. A quién, a Edward Marlowe.

Ricardo abrió los ojos, sorprendido. El inglés no era amigo, a pesar de su encantadora madre.

—¿Qué te ronda por la mente?

Alex se paseó por el despacho y saboreó el vino despacio mientras recordaba los momentos pasados con la hermosa española; hacía esfuerzos, pero no lograba quitársela de la cabeza.

—Estoy pensando en volver a los Estados Unidos. —El hombre se sorprendió más todavía—. Estoy dándole vueltas desde hace tiempo. Tarde o temprano, España perderá el poder en estas tierras, igual que pasó con Inglaterra y las colonias, y ya sabes las consecuencias de eso. Habrá guerra, y yo no pienso luchar ni por unos ni por otros. Por supuesto, no voy a esperar al último momento y arriesgarme a perder todo lo que tengo aquí.

—¿Tienes visiones? —le preguntó con media sonrisa.

Alex dejó la copa encima de la mesa y clavó la mirada plateada sobre su amigo, sabiendo que bromeaba, pero él estaba hablando muy en serio.

—No va a ser mañana ni dentro de un año. Puede que tarde mucho, diez, quince o incluso veinte años, pero pasará, y lo sabes tan bien como yo. Por otra parte, no me apetece envejecer aquí.

El viejo amigo movió la cabeza, entendiendo los deseos y viendo que estaba convencido; porque de sobra sabía que cuando Alex exponía algo, era porque iba a ejecutarlo.

—Y tu mujer, ¿qué opina de esto?

—No sabe nada. Además, no pienso cargar con ella.

—¿Y a quién piensas llevar contigo?

Alex miró a su amigo y le sonrió.

—Por supuesto, cuento contigo, a no ser que vengas con el cuento de querer morir en tu tierra y todas esas historias.

Ricardo rio ante el comentario.

—No tengo ese problema, y no me importaría ir a tu país. Pero ¿y la españolita?

La mirada del norteamericano se hizo más profunda y se endureció.

—No lo sé, Ricardo. No sé qué haré con ella. Tal vez quiera venir con nosotros, pero no puedo forzarla y… —Se quedó pensativo durante unos segundos y el mestizo esperó—. No lo sé —repitió, frotándose la barba de dos días, que le daba un aspecto feroz.

—Seguramente querrá ir contigo, especialmente si Nicole no te acompaña —se atrevió a conjeturar, intuyendo los sentimientos de él. Pero el silencio fue lo que imperó. Después de unos segundos, añadió —: Vas a darle un disgusto a Rosa.

Wallace sonrió, haciendo una mueca.

—La muy zorra me roba desde hace tiempo. Probablemente, desde el principio. Pero ya contaba con eso. Además, es poca cosa; tan poca que piensa que no me doy cuenta. Sí, se llevará un disgusto si lo vendo.

Todo estaba en proceso de cambio, y ese proceso empezó cuando esa muchacha y su madrina aparecieron en su vida. No quería reconocer que estaba enamorado, no tenía ganas de sentirse vulnerable, pero a pesar de que se aferraba con determinación a sentir por ella solo una atracción física, sabía que no se engañaba, que esa niña preciosa se le había metido en la piel la primera vez que la vio, tan primorosa, tan modosita y con tanta clase, en la casa que le quitó a Roel. No olvidaba la mala sangre que se le puso al descubrir que se había largado con su dinero, y no olvidaba cómo la buscó, cómo indagó hasta terminar convenciéndose de que se la había tragado la tierra y de que podría haber perecido de cualquier manera y él no enterarse jamás. Y ahora que era suya, ahora que conocía su cuerpo como la palma de su mano, no quería perderla, no quería sentir ese vacío desagradable y hostil. Se la llevaría con él, y cuando consiguiera el divorcio, se casaría con ella para que todo quedara bien claro ante la ley y ante la Iglesia, y especialmente ante los demás. Sabía que no todo sería placer y consentimiento; para muestra, el comportamiento de esa mañana, cuando la encontró en el corredor superior. Dios, estaba preciosa con ese vestido blanco, sin mangas y sin escote, dejando los tobillos al aire y sin cubrir por unas medias decorosas, por ser demasiado calurosas para la estación. La agarró por la cintura y la arrinconó en una esquina para pegarla a su cuerpo y besarla con fuerza, pero no esperó que ella se resistiera y que tuviera que forzar esos lindos labios para que su lengua penetrara, simulando el acto de la cópula. Como tampoco esperó que uno de esos piececitos, envuelto

en una zapatilla de satén, golpeara tan fuerte contra su espinilla. Ante la sorpresa, la soltó maldiciendo, y vio cómo salía corriendo y se le escapaba de los brazos. No pudo evitar la sonrisa al recordar que su mano fue a su entrepierna para frotarse y calmar el ardor que sentía cada vez que pensaba en ella. Volvió a pensar en el futuro y decidió que, con ella a su lado, no se aburriría bajo ningún concepto.

La mayor parte de los días escapaban hasta el río y se bañaban cubiertas con las enaguas de tirantes. Era muy agradable sentir el agua resbalando por la piel, y habría sido mucho mejor hacerlo desnudas, pero a ninguna se le ocurrió. Siempre estaba el riesgo de que alguien las descubriera, y sería muy violento. Por ese motivo, se bañaban con la ropa interior, y cuando se cansaban de jugar y de hacerse aguadillas, salían de ese río poco profundo y de aguas tranquilas y se exponían al sol, pero solo durante cinco minutos, para que sus pieles no se pusieran doradas como las de las mestizas. A pesar de las precauciones, Carol mostraba unas minúsculas pecas en el puente de su bonita nariz y un color saludable y sumamente atractivo que hacía que sus ojos se vieran más llamativos y que los mechones rojizos estuvieran más claros, al igual que el resto del cabello.

Pero lo que menos pensaban las muchachas cuando se secaban al sol, era que alguien acabaría descubriéndolas y unos ojos vidriosos y de color indefinido las mirarían detenidamente, como tampoco que, mientras duraba esa visión, esa persona oía la conversación, aunque sin entender lo que decían. Y a medida que las risas juveniles entraban en sus oídos, él se masturbaba con salvajismo, esperando el día en el que pudiera ponerle las manos encima a aquella muchacha y meterle la polla hasta hacerla gritar de horror, que no de placer. Él no mostraba compasión por nadie, y menos por las mujeres, y si esa mujer era el capricho del que le había marcado la espalda, disfrutaría hasta el infinito haciéndola sufrir. Se la follaría hasta hartarse, luego se la cedería a los otros y, por último, la mataría. Pero no sería una muerte rápida, no; se recrearía en ello, para luego, en un futuro, cuando lo recordara, menearse la polla y correrse de gusto viendo otra vez la carita de esa zorra de ojos verdes.

Cuando Luis las miraba y se masturbaba, ellas hablaban de sus cosas. Carolina elevó los ojos al cielo mientras escuchaba las palabras de María diciendo que su tío la miraba de una forma peligrosa, y añadió que el matrimonio de Alex y Nicole estaba acabado desde hacía tiempo y que tarde o temprano terminaría en divorcio. Carol ya conocía esa palabra, sabiendo lo que significaba y que en algunos países los matrimonios se disolvían por medio de esa palabra: divorcio, ruptura, disolución. Pero ¿acaso ella creía que ese hombre, si es que se divorciaba, se casaría con ella?, ¿o lo único que le interesaba

era jugar con ella hasta cansarse y dejarla en el olvido?

Por suerte, la razón hizo acto de presencia en su cerebro, y todo gracias al sangrado mensual. Una vez que su cuerpo menstruó, lo aceptó con sumo placer y resolvió que, aunque no pudiera restaurar su virginidad, no daría lugar a un embarazo no deseado. Porque esa fue una de sus pesadillas nocturnas desde que se entregó a él, hasta el momento en el que su cuerpo respondió a la llamada de la naturaleza. No volvería a entregarse, aunque lo deseara con locura, aunque cada vez que viera a ese hombre soñara con esos brazos fuertes que la cogían y la abrazaban, con esa boca burlona que la besaba hasta volverla loca de pasión, con esas seductoras manos que le hacían perder el sentido y con ese miembro que se endurecía por y para ella. Porque, a pesar de que le dolió y le escoció, lo anhelaba, deseaba sentirlo dentro otra vez, y ansiaba tocarlo y jugar con ese mástil que engordaba como por arte de magia y aprender todo lo que podría llegar a hacer. Porque si él sabía hacer todas esas cosas para que se sintiera como en el paraíso, ella también podría ofrecérselas para que él disfrutara igual, del mismo modo.

Oyendo el parloteo de su joven amiga, se reprendió a sí misma y se obligó a no ser tan viciosa. Era una palabra fea, pero sus pensamientos eran feos y vulgares. «Compórtate, Carolina. Seguro que la madrina está viéndote desde el cielo y llora por tu comportamiento lascivo y por tus pensamientos impuros. Debo corregirme y mantenerme decente dentro del estropicio que ya he cometido. Cuando pase el tiempo acordado, me iré y comenzaré de nuevo». Con ese pensamiento, hizo que María se levantase. Cuando terminaron de vestirse, montaron en los caballos y se dirigieron de vuelta a la hacienda.

Luis evitaba en la medida de lo posible todo contacto con la madre del inglés, y los otros ni se acercaban a la casa. Cuando Marlow lo presentó, el rechazo fue recíproco, y a pesar de que el español fue taimadamente servicial y lisonjero, supo que no había engañado a la dama de pelo blanco. Y a pesar de saber que la señora tenía apego por la gente de color, tratándolos mejor que su hijo y mejor que otros dueños de plantaciones, no dudó en actuar cuando se le presentó la ocasión.

—¿Dónde has estado? —le preguntó el grandullón de Carlos. Sin esperar respuesta, siguió hablando—: Un negro dice que está enfermo y que no puede trabajar, que tiene fiebre y se encuentra muy débil.

Luis sonrió de un modo maléfico.

—Conque está enfermo, ¿eh? Pues vamos a darle una medicina que hará que se recupere en un santiamén. Después de todo, tengo carta blanca del jefe.

Y así lo hizo. Al llegar a la cabaña donde estaba el muchacho tirado en un catre, le dio una patada y le dijo que se moviera. El chico se quejó, pero no hizo intento de moverse. Sin más preámbulos, cogió el látigo que llevaba en la cintura y descargó sobre la espalda el primer latigazo y seguidamente el segundo. El chico hizo un intento de apartarse, pero fue en vano y notó el tercero bajo la mirada de los dos españoles.

—Cabrón de mierda —lo insultó el nuevo capataz mientras se acercaban más esclavos hasta la cabaña—. Vas a enterarte de lo que es bueno.

Descargó otros tres y el muchacho se desmayó. Fue en esos momentos cuando una voz chillona y que conocía muy bien le dijo que parase, que iba a decírselo a la señora y que iban a verse de patitas en la calle. Carmela entró como una tromba. Con todo su poderío corporal, empujó al más flaco, con látigo incorporado, y a Carlos, a quien también le dio un meneo.

—¿Qué te has creído, negra? —le espetó Luis—. Tengo permiso del amo para dar castigo cuando sea necesario.

Los ojos oscuros de la mujer lo fulminaron.

—Largo de aquí, o llamaré a la señora Kitty.

Los españoles arrugaron el ceño y salieron de la cabaña.

—¡Cúralo rápido! —gritó el capataz, volviendo la cabeza—. El amo no quiere gandules a su alrededor. Y, por mucho que lo desees, la señora no lleva las riendas.

Carmela miró a los dos españoles y los maldijo por lo bajo, deseando ser una bruja para poder echarles un maleficio. Pero las cosas no funcionaban de esa forma, por desgracia. Miró al muchacho, que se llamaba Toni, y comprobó que estaba despertando. Mandó llevarlo a la casa, donde se le curarían las heridas y las fiebres en las habitaciones del servicio y el señorito Edward no se enteraría.

Wallace supo del suceso en casa de Ernesto. No sabía quién era el nuevo capataz, pero estaba al corriente de todos los detalles. Mientras ellos hablaban del tema, las mujeres lo hacían de sus cosas. Nicole anhelaba el momento en el que finalizara la velada para retirarse a la alcoba que Matilde les tenía preparada para pasar la noche. Deseaba acostarse con su marido, y no encontraba el momento, así que, con la ayuda de su amiga, lo conseguiría. Estaba segura. Pero según pasaban las horas, ella se ponía más impaciente. Los hombres no paraban de hablar de trabajo, y después de cenar, Ernesto le ofreció uno de sus cigarros, alabando lo delgados que eran, y se pusieron a jugar a las cartas, haciendo que los dientes de la francesa se enclavijaran y que las protestas de Matilde cayeran en saco roto. Al final, las mujeres se retiraron a las respectivas alcobas y Nicole se preparó para recibir a su esposo en cuanto hiciera acto de presencia. Cuando dieron las once y

escuchó un relincho y los cascos de un caballo, supo que su esposo se iba y que ella pasaría sola, abandonada y abochornada la noche que con tanto ahínco había preparado. El odio que sintió por la española no tuvo límites, y supo con total certeza que haría lo que fuera para recuperar a su marido y para que esa perra desapareciera de sus vidas.

—Quiero que esté todo perfecto. ¿Qué menú vas a preparar? —le preguntó Edward a su madre, queriendo saber todos los detalles.

Los ojos azules de Kitty Marlowe recorrieron la figura imponente de su hijo y no mostraron la curiosidad que sentía, pero una cosa estaba muy clara para ella: esa muchacha española era ahora mismo una de las prioridades de su hijo.

—Podemos hacer un congrí, pollo con salsa criolla, langosta enchilada y unos cochinillos. Y de postre: frutas, pasteles… Ya sabes que Carmela es una experta en dulces.

—No te olvides del coquimol —añadió su hijo.

Su madre sonrió, sabiendo lo mucho que le gustaba el dulce. Dicho dulce, el coquimol, era típico de la isla. Estaba hecho a base de nuez de coco, crema fresca, azúcar, vainilla, yemas de huevo y licor de ron. El congrí era un plato de arroz y alubias pintas. Decidió que, aunque preparasen una buena cantidad de todo, en la mesa pondría pequeñas cantidades, y según fueran comiendo los invitados, mandaría traer más o no. Tanto madre como hijo se habían acostumbrado a las comidas de la isla, incluso a la comida española, ya que la mayoría de las veces cocinaba Carmela, y esta se enseñó en la casa de sus antiguos amos.

Edward se acercó para darle un beso de despedida y se fijó en el semblante serio de su madre.

—Madre, ya te he dicho que no volverá a pasar. Están avisados, y el nuevo capataz no es tan tonto como para no obedecer mis órdenes.

—Eso espero. Porque si vuelve a ocurrir, si uno de los nuestros es castigado como si fuese un animal, yo misma echaré a esos tipos. Y sabes que no hablo por hablar. —Aceptó el beso del hijo y la frase de «No te preocupes, madre, no volverá a pasar».

La yegua de María parió un hermoso potrillo y los hombres salieron de los establos, comentando lo bien que se había dado todo. Ricardo dijo que estaba seguro de que a la jovencita le gustaría mucho el nuevo potrillo, a lo que Alex le preguntó:

—¿Cuándo no le gusta algo a mi sobrina?

—A «mi sobrina» también le gustará —soltó Ricardo, dando en la diana. Alex lo miró de reojo, con cara de pocos amigos—. ¿Te molesta que la mencione?

Wallace se paró en seco y observó a su amigo.

—Es difícil verla. ¿Dónde demonio se mete? —No esperó

contestación—. Entre el tiempo que estamos fuera y luego cuando llego, o no la veo, o si eso ocurre, siempre está con María. No se despega de su lado. Es como si me tuviera miedo.

—¿Y debe tenértelo? —cuestionó, a riesgo de enfadarlo más de lo que ya estaba.

Esa penetrante mirada gris lo fulminó.

—No me jodas, Ricardo. Jamás le haría mal.

El hombre mayor movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Seguramente, ese es el problema: que lo que tú piensas que es bueno para ella, ella no lo considera así.

—Tal vez estés en lo cierto —murmuró Alex.

Los hombres se miraron y sobraron las palabras. A Ricardo no iba a engañarlo, pues estaba de vuelta de todo en esta vida y sabía de sobra que el norteamericano se sentía atraído por la chica; es más, estaba seguro de que era más que una simple atracción.

Alex pasó una de sus fuertes y bellas manos por su corto y negro cabello y miró hacia el cielo despejado, de un azul penetrante.

—Esta mañana, he visto salir a María de la habitación, y cuando ha desaparecido, he pasado para buscar a Carolina. Estaba durmiendo y llevaba puesta una camisa mía. Ya sabes, de esas que me coge María cuando, según ella, están muy gastadas y se hace camisones. Dios, he tenido que apretar los puños y los dientes para no lanzarme encima de esa criatura. No sé qué me pasa, Ricardo. No puedo quitármela de la cabeza, y ahora que ha llegado esa invitación de Aguas Claras, estoy que reviento. Ese cabrón de Marlowe ya la conoce y de ahí lo de la cena, y siento que se me revuelven las tripas de pensar que ese hijo de puta se encapriche de ella, de que la desee, y de que ella… ella acceda a ese deseo.

Ricardo no dejó de mirarlo y comprendió el desasosiego de su jefe y amigo.

—Estás enamorado, Alex. Eso es lo que te pasa. Y con relación al hijo de Kitty, seguramente tienes razón. Y encima es soltero, por lo que puede ofrecerle más que tú en las condiciones que te encuentras ahora mismo. Pero… creo que, en estos meses, he llegado a conocer a esa chiquilla y no creo que llegue a irse con Marlowe aunque él se lo pida. Por otra parte, si te esquiva, tal vez sea por simple precaución. Ya sabes, para no sucumbir a tus encantos y que puedas ponerla en una situación comprometida. No te olvides de que es una mujer de clase alta, venida a menos por los infortunios de la vida; pero, a fin de cuentas, de clase alta. En fin, creo que se guarda de ti para evitar males mayores —concluyó, viendo cómo Alex no perdió ni una sola de las palabras que acababa de pronunciar.

El brazo del norteamericano palmeó la espalda del hispano.

—Como casi siempre, creo que tienes razón —le dijo muy serio—.

Y no sabes cuánto deseo poder arreglar mi vida y, de paso, la de ella.

—Todo se andará —concluyó el hombre.

Capítulo 8

Carol descubrió con gran alegría que a María le gustaba coser y que se le daba muy bien, lo mismo que a ella. De ese modo, entre las dos decidieron reformar un vestido de los muchos que la española tenía en su guardarropa; pero este era especial, ya que no pertenecía a la joven, sino a la madrina. Era un vestido negro con una tela primorosa, de una seda suave y ligera, como una nube de verano. Se lo confeccionó dos años atrás para llevarlo en cenas u otro tipo de ceremonias, y le gustaba principalmente porque era una tela fresca y ligera que no le daba excesivo calor y que, para más inri, la hacía parecer más delgada. Lógicamente, el negro no era el color adecuado para Carol. Como muy bien dijo María: «No estás casada, no eres viuda y eres demasiado joven para vestir de este color». A lo que Carol le contestó que tenía razón, pero como no tenía que darle cuentas a nadie, se haría un vestido negro para la fiesta de Marlowe.

Hubo que cortar antes que entallar, ya que sobraba mucha tela. Una vez hecho esto, se rediseñó el escote delantero y el de la espalda, falda y mangas. Total, que al final se hizo un vestido nuevo de otro usado y el resultado fue fastuoso. En un principio, pensó en poner un escote recatado, pero después de una prueba y de otra, optó por hacerlo más profundo, y el de la espalda, más todavía. Entre las dos decidieron que en la espalda se harían unos ojales a ambos lados del escote en forma de pico, para pasar un cordón cruzado que terminaría atándose en dicho pico; o sea, en esa zona donde la espalda pierde su nombre. Pero la pícara María tuvo otra idea y le pidió a su tío las joyas de su madre.

Alex la miró sorprendido y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón de su despacho.

—Quieres ponerte algo de tu madre. ¿No te parece que eres un poquito joven? —le preguntó sin dejar de mirarla y en inglés, que era el idioma que hablaban cuando estaban solos.

Ella sonrió y se acercó a él.

—No, tío Alex. Solo quiero que me dejes la cadena de mamá. Esa larga y dorada. —Alex no pestañeaba. Al final consiguió que la niña se pusiera nerviosa y cantara como un pajarillo—: Es para prestársela a

Carol.

Él no mostró sorpresa ante la jovencita.

—¿Ella te la ha pedido?

—No, qué va. Es idea mía, quiero darle una sorpresa. Queremos utilizarla para adornar un vestido. Bueno, ella piensa ponerle un cordón de seda y yo he pensado en la cadena de mi madre. No te molesta, ¿verdad?

El hombre tenía clavada la mirada en su sobrina, y sintió una agradable sensación al ver que la pequeña se llevaba tan bien con la española.

—Por supuesto que no, pequeña. Las cosas de tu madre son tuyas y puedes hacer con ellas lo que quieras.

María se lanzó a sus brazos, provocando la risa del hombre.

Después de unos arrumacos, se levantó y fue hasta la caja fuerte, de donde sacó las joyas para dárselas a María. La madre, hermana de Alex, murió de neumonía siendo María pequeña, y el padre se suicidó tres meses más tarde. Desde entonces, él era el tutor de la pequeña, cuidando y protegiendo a la niña y haciendo que otros ocuparan ese lugar cuando él tenía que estar fuera por asuntos de trabajo.

Sacó la cadena fina pero muy larga, con el hermoso cierre de esmeraldas y brillantes en círculo y una gran perla colgante, blanca como la nieve. Alex recordó a su hermana luciéndola, bien como collar de varias vueltas, bien como adorno en la cintura.

—No la pierdas —le dijo mientras ella salía del despacho.

Volvió a guardar el resto de las joyas en la caja de seguridad, sin dejar de pensar en la preciosa española y recordando cuando la espiaba a hurtadillas. Porque a eso se habían reducido las cosas: de tocarla, de sostenerla entre sus brazos, a tener que conformarse con espiarla cuando ella no se daba cuenta. Cuando cruzaba el patio, ligera de un sitio a otro, él estaba en el despacho mirándola por la ventana; cuando salía al exterior, con esa mata de pelo mojado y lo agitaba al viento bajo el sol, reverberándose en él destellos de mechas rojizas y rizándose esos gruesos mechones según se secaban, él la observaba oculto detrás de un árbol.

Esto último ocurrió estando en los establos. Por un ventanuco, la vio pasar, y tras darles unas órdenes a los indígenas con los que estaba, salió detrás de ella, que iba camino del invernadero. Antes de llegar, agachó la cabeza y se sacudió esa mata de pelo. Debido al fuerte calor que hacía ese día, el cabello iba secándosele por momentos y se le formaban unos rizos gruesos y brillantes. En un momento estuvo seco, y esa melena completamente rizada llegándole casi a la cintura parecía decirle: «Tócame, cógeme entre tus dedos». Y habría hecho eso si en esos momentos no hubiese aparecido María con una criada. Entre risas y carcajadas de las tres, desaparecieron dentro

del invernadero, para salir un rato después con los brazos llenos de flores y con risas cantarinas. Y él, como un tonto, oculto detrás de un árbol para devorar con la mirada a esa muchacha de ojos verdes.

Pero hubo otra vez que no se ocultó ni se controló. Estaba terminando de vendar la pata de un caballo cuando se dejó encandilar por una voz cantando una cancioncilla española, y no le cupo la menor duda de a quién pertenecía la preciosa voz. Salió del establo y se dirigió hasta una de las casillas que habitaban los trabajadores, donde unas mujeres estaban pintándola. Pero cuál fue su sorpresa al ver que la que estaba subida en la escalera, dándole a la brocha y cantando esa canción, era ella. Llegó hasta la casa, y las dos mulatas que recogían trapos y cubos vacíos miraron de reojo al amo, sonrieron y se metieron en la casa, mientras Carol, sin haberse percatado de nada, seguía con su quehacer y su cantinela. Los ojos del hombre se clavaron en el vestido blanco y gastado de la muchacha; especialmente en un pico de la falda enganchado en la cintura del delantal, que dejaba ver la pierna y el principio del esbelto y terso muslo. Tragó saliva al ver tanta piel descubierta, para al momento siguiente rabiar por dentro, ya que lo que veía él, podría verlo cualquier hombre que pasara por allí. Eso lo puso furioso como un toro bravo. Sin preámbulos de ningún tipo y dándole un susto de muerte, se acercó hasta ella y, alargando los brazos, la cogió, provocando que tirase la brocha y el cubo también. La bajó de la escalera al tiempo que sacaba ese trozo de tela para que la pierna quedara tapada y a buen recaudo. Cuando los ojos de ambos se encontraron, los brazos masculinos la sujetaban con fuerza.

—¿Quieres poner calientes a todos los hombres del lugar? —le preguntó con la voz ronca de deseo. Ella, asustada, no contestó. Movió la cabeza para negar y tragó saliva—. Pues procura no enseñar más de lo debido, o tendré que leerte la cartilla. —Vio cómo esos bellos ojos se llenaban de lágrimas, pero no derramó ninguna. Él aflojó el abrazo y le susurró al oído—: Si no eres mía, no serás de nadie. —La soltó de golpe. Recorriéndola con la mirada por última vez, dio media vuelta, dejándola asustada y temblorosa.

Ese mismo recuerdo llenaba la mente de Carol mientras cosía unos primorosos ojales en el escandaloso escote de la espalda. Si le molestó ver una pierna descubierta, habría que ver qué cara pondría cuando la viera con ese vestido. No pudo evitar los dos sentimientos que afloraron a la superficie: uno, las ganas de provocar, y otro, las ganas de gustarle hasta producirle dolor. Y aun sabiendo que lo que tenía pensado era todo lo contrario a lo prestablecido —es decir, pasar desapercibida y no meterse en líos—, no podía evitar lo que ese hombre le producía y todo lo que anhelaba de él. Era como esos relatos que había leído sobre drogas, que una vez que se probaban,

producían adicción. «El opio», recordó, pues eso era ese hombre para ella: opio. Y quería más, quería todo, quería repetir lo hecho y quería aprender más cosas, aunque fuese su perdición.

Terminó el último ojal y clavó los ojos en las láminas inglesas de moda, que María sacó de un baúl, con los vestidos de 1775 sumamente recargados, con generosos escotes y unos enormes *paniers*. Al final, no tomó ideas de esos dibujos y dejó libre su vena artística, haciendo un talle muy ajustado con un escote cuadrado y profundo, una falda muy fruncida pero con mucha caída debido a la ligereza de la seda, y unas mangas afaroladas en los hombros que se entallaban al llegar al codo, dejando el resto del brazo desnudo y el escote de la espalda… Ay, el escote era demoledor, llegando en pico hasta casi el comienzo de las nalgas, donde descansaría el cierre de la cadena de oro que no dejaría ver nada…, pero… todo el mundo sabría donde se apoyaría ese broche de esmeraldas y brillantes con una perla colgante.

Y llegó la noche de la fiesta y ya no hubo marcha atrás. Los hombres bebían en el salón esperando a las mujeres. Las primeras que se presentaron fueron Nicole y Matilde, luciendo sus galas, creyendo que eran las últimas y molestándose por tener que esperar a las más jóvenes.

Al hacer su aparición María, todas las miradas se dirigieron a la pequeña de la casa, admirándola por el vaporoso y recatado vestido blanco y rosa. Le seguía los pasos una dama vestida de negro, con una mata de pelo rojizo recogido en un laborioso y perfecto moño. Todos miraron a la española y las conversaciones cesaron de golpe. El escote cuadrado y profundo dejaba la mitad de los pechos al aire, y los hombres vieron que ahí no había relleno de ningún tipo. Bien que lo sabía Wallace, que había mecido entre sus dedos esa tierna carne. Y ahora devoraba con los ojos lo que también estaría devorando el cabrón de Marlowe. Esa sensación desagradable volvió a aparecer: los celos. Esa palabra que no existía en su vocabulario hasta que esa muchacha invadió su vida y lo puso todo patas arriba.

El hombre vio cómo Ricardo se acercaba a la muchacha y le ofrecía un refresco, y escuchó cómo Ernesto le murmuraba al oído que no era posible tal perfección, al tiempo que oía a Nicole y Matilde decir que el negro no era lo más adecuado y que desde cuándo una mujer soltera se vestía de ese color. Entonces, la española se dirigió hasta las mujeres y mostró la espalda a los hombres, dejando ver cómo la cadena de oro cruzaba la esbelta espalda, cómo ese broche se acomodaba en la hendidura del comienzo de la cadera y cómo la perla blanca, entre los dos hoyitos, apuntaba hacia un trasero oculto por la seda negra.

—Estoy de luto por mi madrina —les dijo a las mujeres.

—Pues los escotes no parecen de luto —añadió Matilde.

—Ustedes también los llevan, y no creo que nadie se meta por ello.

En esos momentos, María comenzó a parlotear, contando que ese maravilloso vestido lo habían hecho entre las dos y que compaginaban tan bien que estaban pensando en montar un taller de costura.

Alex rio por ese comentario. Clavando los ojos en Carolina, borró la sonrisa de golpe.

—A nuestro anfitrión va a gustarle mucho tu vestido. Va a pasárselo muy bien mirando toda esa piel descubierta.

La muchacha recogió el ruedo de la falda entre sus manos y le mostró una sonrisa preciosa.

—Lo que se han de comer los gusanos, que lo disfruten los cristianos —soltó con voz cantarina, haciendo que Ernesto sonriera de oreja a oreja, sin dejar de mirarla, y que Wallace apretara con fuerza los dientes, taladrándola con la mirada, mientras Matilde le explicaba a Nicole el sentido de la frase.

Carolina estaba rabiosa, y por eso no se cortó ni un pelo al hacer ese comentario. Y esa rabia tenía un porqué, y ese porqué era que, a pesar de que el matrimonio dormía en distintos dormitorios, la noche anterior escuchó algo que la hizo sufrir. No solía pasar por delante de la puerta del dormitorio de Alex, y menos por la noche, pero quería ir al dormitorio que compartía con María. Para no dar toda la vuelta, tomó el camino más corto, y fue cuando la voz de la francesa penetró en sus oídos a través de la puerta entreabierta. Hablaba en inglés, y lo comprendió a la perfección: «Te haré lo que tú quieras, todo lo que me digas. Soy toda tuya, y no voy a negarte nada». La voz salía ligeramente ronca y sensual, y de esa forma escuchó la frase siguiente: «Tómame, haz lo que quieras conmigo. Deja que te demuestre todo lo que puedo darte y que te haga disfrutar hasta el delirio». La voz de él no la escuchó, ya que no se quedó el tiempo suficiente. Con los ojos llenos de lágrimas, volvió sobre sus pasos, y en vez de dirigirse al dormitorio, salió de la casa y lloró en silencio.

Él no se andaba con chiquitas: tenía una amante, se acostaba con su mujer y, encima, ella, tonta y requetetonta, le dio su virginidad para demostrarle lo ingenua que era. Sin embargo, si hubiera permanecido un rato más, solo un par de minutos, habría oído la voz áspera y dura de Alex: «Sal ahora mismo de la habitación si no quieres que te saque a rastras y toda la gente que habita esta casa se entere de que no te deseo, de que no te quiero, de que la mentira y yo no congeniamos. Hazte a la idea de que no hay nada entre nosotros y de que esta farsa va a terminar tarde o temprano, lo quieras o no». Con tan duras palabras, la miró despectivamente, provocando con esa mirada que ella se bajara el camisón y cubriera sus piernas, sintiendo la mayor vergüenza de su vida y sabiendo que esa relación había llegado a su fin. El hombre salió de la habitación y se dirigió al despacho, donde se

fumó un cigarro y se bebió un *whisky* mientras le daba vueltas a la cabeza y no dejaba de pensar, una y otra vez, en Carolina, en Nicole y en cómo solucionar las cosas.

La gran mesa de abedul, que solo se utilizaba para las grandes ocasiones, resplandecía con la cubertería de plata y la cristalería europea, sin contar con la mantelería de lino, llena de múltiples bordados diminutos. Edward presidía la mesa. Tenía a su derecha a Carolina, y a la izquierda, a Ernesto. Kitty, en el otro extremo, contaba con Alex a su derecha, y Ricardo, a la izquierda. La anfitriona estaba encantada de hablar con los dos hombres, a los que apreciaba de verdad. Quería a Alex como a un hijo, aunque se guardaría mucho de decirlo, y sentía un especial cariño por el hombre mayor, a quien no podría catalogar como romántico, pero sí como algo distinto y único. Sin embargo, la mujer ya se había hecho una idea muy clara de lo que estaba ocurriendo, y era consciente de las miradas de Alex a su hijo, quien, por cierto, se comía con los ojos a esa hermosa muchacha, a la cual también devoraba el invitado. «Por todos los cielos», pensó Kitty. Nicole se mordía la lengua para no gritar, la española hablaba y reía ante los comentarios del hijo, y los demás invitados eran conscientes de la tensión que marcaba la cena.

—Alex, ¿me escuchas?

El norteamericano movió la cabeza hacia ella y dejó de mirar por un momento a la torturadora de su alma.

—Sí, Kitty, soy todo oídos.

Los hermosos ojos de la mujer sonrieron, igual que su boca, y miraron al atractivo hombre, quien intentaba permanecer inalterable pero que ella sabía que no era así.

—Te decía que comprendo perfectamente a mi hijo. —Él esperó, con los ojos clavados en el rostro de la dama y sin pestañear. No quería abrir la boca, no quería montar un numerito. Debía controlarse hasta llegar a su casa, y en cuanto pudiera, cogería a esa malvada criatura y le haría saber quién mandaba—. Lleva hablando de ella desde la primera vez que la vio. Y si no me equivoco, creo que ha encontrado a la que será su esposa.

El rostro del hombre no se alteró ni una pulgada. Su boca fue formando una sonrisa torcida, pero sus ojos no sonreían en absoluto.

—¿Tú crees? Para algo así, se necesitan dos, y no creo que ella esté por la labor. Dentro de poco volverá a su país, por lo que no creo que le seduzca casarse con tu hijo —soltó. Con mucha calma, cogió la copa y apuró el contenido al tiempo que desplazaba la vista por todos los comensales, para acabar clavando los ojos en el escote de la española.

—Nunca se sabe, Alex. Es una muchacha muy bella. La verdad es que no me importaría tenerla de nuera.

Ricardo intervino en ese momento y se cambió radicalmente de tema. Pero a pesar de ello, a Alex se le hizo eterna la cena y estaba deseando que ese calvario diera a su fin.

Carol era consciente de que estaba pisando tierras movedizas. El inglés era un hombre con ideas fijas, poderoso y ciertamente caprichoso, y ella era un capricho para él. No le gustaba, ni le gustó el día que lo conoció; y, por supuesto, ahora que estaba tratándolo desde otra perspectiva, menos. Es más, sentía repulsión y algo que no sabría definir; miedo tal vez, o algo peor. Todos los hombres se creían superiores a las mujeres, todos sin excepción, pero Marlowe era… No sabría decirlo, pero no deseaba que le pusiera un dedo encima. Y ahora se arrepentía de llevar ese vestido, de haberle hecho esos escotes. Era incómodo sentir la mirada de ese hombre sobre sus pechos, igual que le resultó repulsivo que con uno de sus dedos balanceara la perla del broche mientras bailaban al tiempo que le susurraba al oído que jamás una perla estuvo en mejor sitio. Y, para colmo de males, era el centro de atención de todos los demás. Nicole la miraba con odio; Matilde, con envidia, y Ernesto, con picardía. Rosa de Medina parecía disfrutar del circo, y Alex… Dios, no podía aguantarle la mirada sin enrojecer entera, así que evitaba su mirada y se comportaba como si no estuviera. Bailó con todos los hombres menos con él, y eso llamó la atención de todos, aunque nadie dijo nada; porque, a fin de cuentas, él solo bailó con la señora Marlowe.

Gracias al cielo, llegó la hora de irse, y Marlowe protestó en su oído:

—No tienes por qué irte. Quédate en una de las habitaciones a pasar la noche y mañana te enseñaré mis tierras. —Ella se excusó y dijo que no, pero entonces él le soltó—: Sé que no eres sobrina de Ricardo, y quiero verte otra vez, a solas.

Los ojos verdes de la muchacha lo miraron fijamente y él creyó sentir el placer de esa mirada sobre su cuerpo desnudo. Los dos desnudos, pegados, haciendo el amor. Pero las palabras que salieron por esos labios gruesos, sensuales y tan deseables para cualquier juego amoroso no fueron de su agrado; nada de su agrado:

—Yo no quiero estar a solas con usted.

Fueron dichas en un tono bajo pero frío y llenas de emoción, y a él no le gustó. Los ojos azules del inglés vieron cómo la muchacha subía a la calesa junto con la pequeña María y el fiel empleado de Wallace. Su mente no tardó en trazar un plan, que tendría que ser ejecutado con celeridad, ya que veía que su enemigo pronto daría puerta a la francesa, a pesar o incluso con sorpresa incluida, y querría quedarse con la españolita.

Observando a su antagonista despedirse de su madre, pensó que era muy probable que se hubiera acostado con ella; más que probable, con

todo lo que le habían contado los españoles. Pero no importaba. A pesar de que no le gustaba ser segundo, de que no le agradaba la idea de que su futura esposa hubiera pasado por la cama de su enemigo, estaría dispuesto a hacer oídos sordos y darse el gustazo de quitársela en sus propias narices. Estaba dispuesto a ofrecerle todo lo que pidiera, por lo menos al principio, y luego, hasta que se quedara embarazada, disfrutaría de ese cuerpo y de esa cara a su antojo. No pensaba perder a aquella belleza. La deseaba como nunca deseó a otra, y por todos los dioses que sería suya.

Era muy tarde y todo el mundo estaba acostado y durmiendo menos Wallace. Vació de un trago el contenido del vaso, salió del despacho y se dirigió hasta la habitación de las muchachas. Entró con sigilo. Gracias a la luz de la luna, vislumbró el cuerpo de su deseo. Una mano grande hizo presión sobre la boca de la joven y él notó cómo despertaba de golpe y se sofocaba ante esa violencia. Le dijo que no hiciera ruido, que se levantara y que lo siguiera, y ella obedeció para evitar que María se despertara y descubriera a su tío en un estado bastante alterado. Siguió sus pasos, y una vez fuera, vio que se dirigía al cenador de cristal. Ella fue detrás de él, descalza y con un ligero camisón de algodón. Al llegar a la puerta, Wallace se paró y dejó que Carol entrara primero. Una vez dentro, él se metió las manos en los bolsillos del pantalón y la miró despacio. Ella tembló. Tenía miedo.

—Nunca, nunca —repitió con voz ronca—, he sentido lo que estoy sintiendo ahora mismo. Deseo darte una paliza por haber pavoneado tus pechos ante ese imbécil. Deseo darte una paliza por haber dejado que ese cabrón metiera su cochino dedo en el escote de tu espalda y tocara la puta perla que rozaba constantemente tu piel. Habría matado a ese idiota inglés si no fuera hijo de Kitty. Pero lo que más me revienta es sentir estos malditos celos, que has provocado con tu conducta, con tu presencia y con tu existencia. —En esos momentos, sacó las manos de los bolsillos y dio unos pasos hasta ella.

—No, no me toques. Si lo haces, gritaré. Gritaré con todas mis fuerzas.

Él se paró y sonrió mezquinamente.

—¿Por qué? ¿Acaso quieres probar si Marlowe lo hace mejor que yo? ¿Quieres saber si él te hará gozar como lo hice yo? —Vio cómo la muchacha se crispaba y los ojos le brillaban de rabia.

—Pero ¿cómo te atreves? Te acuestas con tu amante, te acuestas con tu mujer, y encima quieres que abra las piernas cuando tú lo desees. Eres un miserable —soltó entre jadeos.

—Estás diciendo tonterías. Ya no me acuesto con Rosa, y hace mucho que no comparto cama con Nicole.

—Mentira. La otra noche estaba en tu habitación. Lo sé, no me

tomes por tonta.

Él se acercó hasta arrinconarla contra una pared de cristal y le acarició el rostro, notando las lágrimas.

—Ella se presentó sin ser invitada, y con las mismas la rechacé y le dije que no la deseaba. Si estabas cerca, no te quedaste hasta el final. No la deseo, no la amo, solo tú ocupas mis pensamientos. No sabes cuánto me gustaría estar libre para ti. No puedes ni imaginártelo.

Sus dedos acariciaban el rostro femenino. En un momento, las manos se posaron en el delicado cuello, abarcándolo entero. Bajando la cabeza, capturó la boca que respiraba agitadamente.

El beso la atontó, la dejó floja, y creyó que las piernas iban a doblársele. Pero él la cogió por la cintura, tomó asiento en el banco de piedra y la sentó sobre sus muslos, sin dejar de besarla. Las bocas se devoraron una a la otra, y él se sorprendió ante la voracidad de la joven, pero eso duró poco. Las pequeñas manos se pusieron sobre el pecho del hombre e hicieron que parara.

—No puedo, por favor. No me hagas esto, no sigas.

Él estaba duro como una roca. Su miembro palpitaba contra las nalgas duras y respingonas. Con sus grandes manos, la movió para restregarla contra su erección.

—No estoy con una mujer desde que te tuve en mis brazos, desde que te hice mía. Y mira cómo me tienes, mira cómo estoy. Déjame que al menos te toque, que te dé placer. Permite que mis manos te acaricien y mis labios te besen. Solo llegaré hasta donde tú me digas, hasta donde tú me dejes.

El deseo de los dos era creciente, y a pesar del miedo de ella, no pudo evitar la excitación que sentía, el deseo que él le provocaba. Y él lo sintió, lo notó. Le quitó el camisón sin muchos miramientos y quedó desnuda para él.

Volvió a besar la boca entreabierta mientras metía la mano entre los muslos para acariciarla íntimamente. Ella no pudo más y los abrió, para que esa mano la explorase a conciencia, y restregó su culo contra la erección del hombre, haciendo que gruñera de puro placer. Se había prometido que no volvería a ocurrir, que no se dejaría otra vez, pero era tal la excitación que sentía que, cuando las manos de él la pusieron a horcajadas sobre su pene, se clavó de golpe y se sorprendió de que no le doliese; al contrario, cuando él se deslizó dentro de su vagina, sintió esa corriente que la inundaba y la dejaba sin respiración. Sus manos se agarraron al fuerte cuello y se desplazaron por el corto y recio pelo mientras cabalgaba sobre él de una forma indecorosa y salvaje, como si fuese una yegua en celo recibiendo a su semental, gimiendo y con la respiración entrecortada y resollando, permitiendo que ese miembro entrara y saliera de su cuerpo pero sin dejarlo escapar cuando resbalaba. Volvía a clavarse una vez tras otra,

sin dejar de pensar, porque a pesar del excesivo placer o tal vez a causa de él, tenía la sensación de ser una buscona que obtenía placer de un hombre casado y que no le importaba, incluso que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que él le pidiera. En sus oídos retumbaban los sonidos que salían de su boca, las palabras que murmuraba de forma tan baja para que él no pudiera entenderlas y, sobre todo, ese chapoteo procedente de sus sexos, que, a su pesar, la ponía más caliente.

Estaba convencida de que, si él supiera todo lo que se le pasaba por la mente, todo lo que sentía su cuerpo, pensaría de ella lo peor y la echaría de su lado a la primera de cambio. O tal vez se la ofrecería al inglés, dando gracias al Santísimo por quitársela de encima. Fue entonces cuando volvió a sentir esas descargas, esa corriente que se deslizó por todos los nervios de su cuerpo hasta llegar a su cabeza y hacer que casi perdiera el sentido. Notó cómo esos poderosos brazos la sujetaban por la espalda, impidiendo que cayera hacia atrás, mientras su cuerpo asimilaba esas pequeñas convulsiones. Su respiración era tan acelerada que creyó que le faltaba el aire.

La voz profunda del hombre sonó en su oído:

—Tranquila, mi amor, tranquila.

Esas manos grandes y hábiles la acariciaron, se deslizaron por sus mejillas y rodearon sus ojos. Tocaron sus labios de una manera tan íntima y hermosa que se le hizo un nudo en la garganta y comenzó a llorar. Pero antes de que él hablara, se levantó de golpe. Cogió el camisón del suelo, se lo puso rápidamente y lo miró con furia y con rabia por ser el culpable del estado en el que se hallaba.

—No quiero que vuelvas a tocarme. No quiero que te aproveches de mí. En el fondo, eres igual que el inglés, estáis cortados por el mismo patrón. Por eso os odiáis, porque sois iguales. —Lo miró con tal rabia que él se quedó en silencio, observándola con los ojos entrecerrados y pensando que estaba teniendo una pataleta—. Te juro que si vuelves a ponerme una mano encima, me iré de aquí a la primera oportunidad.

Al ver los blancos dientes mostrándose en una sonrisa mientras se levantaba del banco de piedra y se arreglaba los pantalones, ella se dirigió hasta la puerta y salió corriendo, sin mirar atrás y sin oír la cantidad de palabrotas que salieron de la boca del hombre.

Nicole no sabía nada de los planes de Marlowe, ya que este no tenía intención de hacerlo. De hecho, con acostarse con ella tenía más que suficiente. Y a pesar de que le satisfacía follarse a la esposa de su enemigo, le habría lucido mucho más si Alex se acostara con ella, cosa que sabía que no hacía. Porque, a fin de cuentas, esa era la finalidad de esos contactos sexuales: dejar embarazada a la mujer de Wallace y tener la satisfacción de que criara un hijo suyo como propio. La muy

puta de la francesa le dijo que habían reanudado los encuentros maritales para engendrar un primogénito, pero él no se lo creía, y menos estando por medio la españolita. No, esa puta estaba engañándolo, y si se quedaba preñada, Wallace no se haría cargo del puto crío, pues él le dejó muy claro que no quería bastardos.

Con esos pensamientos estaba cuando entró el más listo de sus nuevos empleados, cerrando la puerta con mucha delicadeza, cosa que llamó la atención del inglés. Hablaron durante cuatro o cinco minutos. Al acabar, Edward levantó la tapa de una tabaquera y le ofreció un cigarro al español. Este, con una extraña sonrisa, cogió el oscuro cigarro, lo encendió y dio una fuerte calada.

—No habrá ningún problema, señor Marlowe. Puede estar tranquilo. Todo saldrá como la seda.

—Eso espero. No quiero ningún cabo suelto. Y quiero que hagas las cosas como te he dicho; nada de improvisaciones. —El hombre asintió mientras soltaba el humo—. Puedes irte.

Luis echó un vistazo a su alrededor, admirando la habitación y viendo cómo su jefe volvía su atención a los papeles de la mesa. Le dio una chupada al cigarro y salió del despacho. Dirigiéndose a la entrada, casi se chocó con Carmela, y sus miradas se cruzaron. La mulata sintió un escalofrío al sentir esos ojos oscuros sobre su persona, que no dejaron de mirarla mientras se colocaba el sombrero con toda la parsimonia que le dio la gana. Antes de poner la mano larga y delgada sobre el pomo de la puerta, le guiñó un ojo y salió de la casa mientras Carmela se santiguaba una y otra vez.

Las comidas no eran familiares casi nunca, primero porque Wallace pasaba mucho tiempo fuera, y cuando estaba en la hacienda, solía comer con Ricardo en el despacho o en el comedor pequeño. Cuando eso ocurría, María ya había comido y Nicole también. Y desde que Carol vivía con ellos, las dos muchachas solían hacerlo en la cocina, y muchas veces cenaban en la alcoba. Así que el día siguiente a la fiesta no fue una excepción.

En el pequeño comedor se hallaban Alex, Ricardo y Nicole cuando un criado llegó con una nota y se la acercó al señor con cierta duda. Le dijo algo al oído y Alex cogió la carta y la desdobló. Apretó los dientes mientras leía la misiva. Despachó al criado indígena y se levantó de la mesa, disculpándose mientras dejaba a Ricardo terminando de comer. Nicole aprovechó para levantarse y abandonar la mesa, imaginando quién era el dueño de esa carta.

Mi hermosa niña:

Deseo verte con premura. Me gustaría que pasaras unos días en mi humilde casa como invitada de mi madre y mía. Estoy esperándote, y a pesar de que soy famoso por mi paciencia, creo que, para ti, no podré hacer gala de ella, pues tal es mi deseo de verte otra vez.

Cuando Alex salió de la hacienda, montando su semental, Nicole miraba desde la ventana de su alcoba y sonreía con malicia, viendo la dirección que llevaba.

Carmela fue la encargada de llamarlo y decirle que el señor Alex esperaba fuera, y cuando malhumorado levantó la cabeza de la contabilidad que estaba repasando, le dijo que lo hiciera pasar. Ella añadió, con cara de preocupación, que el deseo del señor Wallace era que saliera a la calle.

—¿Y desde cuándo el deseo de Wallace me importa un carajo? —preguntó el inglés al espacio vacío, ya que la mulata había desaparecido en busca de Kitty.

En cuanto salió al porche de la casa y miró el rostro crispado de su vecino, supo que había leído la nota. Tras bajar las escaleras, se plantó frente a él. A pesar de que vio venir el puño, no pudo esquivarlo debido a la rapidez del golpe. Cuando notó la sangre en la boca, ya estaba espatarrado en el suelo de tierra. Vio al norteamericano cernirse sobre él, cogerlo en volandas y ponerlo de pie mientras le gritaba que se defendiera y lo llamaba trozo de mierda y cabrón miserable. Volvió a propinarle otro puñetazo, esta vez en el estómago, pero en esta ocasión el inglés lo esquivó en su mayor parte. Amagando la cabeza, se dirigió hasta él como si de un toro bravo se tratara, tirándolo al suelo y cayendo encima de él. Se enzarzaron en una ruda pelea y los puños de ambos castigaron diversas partes de sus cuerpos, pero fue Wallace el que daba más deprisa. Su poderío físico prevalecía por encima del inglés, que no estaba tan fortalecido en masa muscular y que no movía su gran cuerpo con la misma ligereza que su adversario. Al final, solo uno golpeaba y el otro colocaba los brazos para esquivar los golpes y hacer comprender al intruso que había vencido.

Los gemidos de Kitty hicieron que Wallace alzara la cabeza y dejara de golpear. Miró a la madre y luego al hijo. Se levantó, y con ojos grises y fríos como el hielo, soltó pocas palabras pero claras como el agua:

—Olvídate de ella, o la próxima vez te mataré.

Contempló a las mujeres durante unos segundos, en especial a Kitty. A continuación, se dio la vuelta, se dirigió hasta el caballo y montó de un salto. Clavó los ojos en el inglés, y este le devolvió la mirada con temor, con rabia contenida y un fuerte deseo de venganza. La mirada azul no se desplazó de esa figura imponente, subido en ese caballo que nada tenía que envidiar a Lucero, mientras daba media vuelta y aplicaba espuelas en los costados del animal para salir de la hacienda Aguas Claras.

Fue entonces cuando las mujeres se acercaron hasta él y lo

ayudaron a levantarse. Escuchó los lamentos de las dos y cómo su madre le preguntaba: «¿Qué has hecho, hijo mío?». Pero él no había hecho nada; todavía. Porque esa frase, «Olvídate de ella, o la próxima vez te mataré», no era por acostarse con su esposa, que seguramente no lo sabría; era por la preciosa chiquita que alojaba en su casa, con la que se acostaría o pensaba acostarse, sin importarle la presencia de una esposa. «Menudo hijo de la gran puta. Esto no quedará así. Esto va a marcar un antes y un después», pensó mientras se tocaba el rostro y se notaba una ceja partida y el pómulo izquierdo palpitándole de forma violenta; eso sin contar con el dolor de costillas que sentía. Bueno, él también se llevó un poco de la misma medicina. Creía recordarlo con sangre en el labio y se alegró por ello, lo que provocó que un preámbulo de sonrisa se mostrara en su boca, aunque solo se quedó en eso. Entretanto, su madre y Carmela soltaban una retahíla sobre mantenerse al margen de los asuntos de los demás, en especial los amorosos. Escuchando esa reprimenda, se apoyó en los hombros de las mujeres para entrar a la casa y recibir los cuidados necesarios. Una vez hecho esto, mandaría llamar al capataz.

Capítulo 9

Carolina se enteró de la pelea porque María se lo contó. Según escuchaba las palabras de la pequeña, Carol enrojecía de vergüenza:

—Lo ha puesto de todos los colores —dijo la cría con una sonrisa —. La noticia ha corrido entre los criados, y uno de ellos ha debido venir y contárselo a los nuestros, cosa que no es habitual, ya que algo así no ha pasado nunca. Dicen que Edward ha quedado tirado en el suelo, sangrando por la nariz y más partes de la cara, y que si mi tío ha parado, ha sido porque la mamá de Edward estaba presente. Y como la quiere mucho, le ha dado pena seguir dándole. Pero otros dicen que Edward se ha rendido en cuanto mi tío le ha propinado los primeros golpes, y lo único que hacía era protegerse con los brazos para evitar más. Y cuando le ha advertido, «Olvídate de ella, o la próxima vez te mataré», Edward no ha dicho esta boca es mía. Los criados se han divertido de lo lindo, ya lo creo. Pero mi tío también se ha llevado lo suyo. Tiene un labio partido, y está con un humor de perros. Pero imagínate cuando Nicole ha ido a su encuentro para pedirle explicaciones y la ha despachado de malas maneras y ha estrellado una licorera contra la pared.

Carolina no sabía dónde meterse. Estaba abochornada y sumamente preocupada. Tenía el continuo pensamiento de que debía irse cuanto antes de ese lugar, o sería la perdición y la desgracia de esa casa. ¿Qué iba hacer?, ¿qué solución tomar ante esas circunstancias, ante esa situación tan desagradable? Por todos los cielos, él estaba casado, su mujer vivía con él, y ella, en la casa de ambos, se entregaba y se comportaba como una fulana, sin respetar a la esposa, sin ser una buena cristiana, una buena católica. Madre mía, si su madrina estaba viéndola desde el cielo, estaría avergonzada y despotricando contra ella, y con razón. Por otro lado, no podía ni quería irse con el inglés. Además, no había hecho ni el más leve movimiento hacia él, a excepción de su comportamiento en la fiesta, y mira lo que había traído. Si accedía a esos requerimientos, serían capaces de matarse por ella. Por Dios bendito, ¿qué podía hacer para que nadie resultara maltrecho, para que las cosas no se pusieran peor?

Esa noche, cuando todo el mundo dormía, se levantó con sigilo

para no despertar a María y salió al corredor. Tomó el camino más largo para no pasar por delante de la habitación de Nicole y se dirigió hasta el despacho, en la planta baja, donde seguía encendida una pequeña lámpara. Se cruzó de brazos sobre su ligera bata y, descalza, fue hacia la luz. Se paró frente a la puerta de madera y cristales de colores, como si de una polilla se tratara. Oía los movimientos del hombre, cómo andaba de un extremo al otro, se paraba y repetía el recorrido. De repente, los pasos se dirigieron hacia la puerta y esta se abrió de golpe, provocando en ella un pequeño respingo. Descalza, en camisón y bata, se sentía como una hormiguita al lado de ese hombre tan magnífico. El miedo la recorrió entera al contemplar la mirada fría y gris. En su rostro se mostraban un hematoma en el ojo derecho y un corte en el labio superior, debajo de la nariz.

Él aún mantenía la puerta abierta y se hizo a un lado para dejarla pasar, sin que su mirada se despegara de ella. Carol tragó saliva y penetró en el despacho. Se quedó quieta, esperando a que él hiciera el siguiente movimiento. Y así fue. Sin dejar de mirarla, fue hasta un sillón, se sentó, cogió un cigarro encendido del borde del platillo del café y le dio una fuerte calada. Observó cómo la muchacha temblaba y mantenía los brazos cruzados debajo de esos pechos tiesos y duros. La vio tragar saliva y, despacio, acercarse. Cuando estuvo junto a él, ella pasó una delicada mano bordeando su labio herido. El acto en sí produjo que Alex apretara esos mismos labios, que la herida se abriera y que un pequeño hilo de sangre descendiera. Ella metió una mano en el bolsillo de su bata y sacó un pañuelito de lino bordeado de encaje de Bruselas. Limpió la sangre al tiempo que se le escapaban las lágrimas. Alex la cogió por la cintura y la sentó encima.

—No llores, pequeña —murmuró con esa voz profunda y masculina —. No duele.

Esa voz… Cuando la oía, solo con oírla, le producía tal placer, tal sensación en su piel, que todo el vello de su cuerpo se ponía de punta. Pero en esos momentos solo quería llorar.

—Me siento muy mal. No quiero ser el motivo de peleas ni de que te enemistes con tus vecinos —logró decir entre susurros mientras presionaba el pañuelo sobre el labio.

El hombre sonrió. Llevó la mano hasta la muñeca de la muchacha e hizo que dejara de limpiar la sangre.

—Déjalo, ya no sangra. Y si lo hace, da igual. —La muchacha clavó la mirada en los ojos de Alex. Se mantuvieron en silencio durante unos instantes sin dejar de mirarse, sin pestañear, sin mover un solo músculo—. Por ti, sería capaz de cualquier cosa. —Lo dijo de forma que ella se envaró encima de sus rodillas y se encogió miedosa—. Si Marlowe o cualquier otro hombre mayor de catorce años te pone una mano encima, los mataré. —Ella sonrió ligeramente, pensando que era

broma, pero la boca de él no mostró sonrisa alguna—. Estoy seguro de que a Marlowe le han quedado las cosas claras, y no creo que tú vayas a consolarlo, ¿o sí?

Ella movió la cabeza para negar.

—No me gusta ese hombre, de verdad.

—Entonces, ¿por qué coqueteaste con él? —Ella no contestó al momento. Se arrebujó en la bata y cruzó los brazos debajo de sus pechos—. ¿Querías darme celos? —Los ojos verdes lo miraron y él quiso perderse en ellos—. Si esa fue tu intención, lo lograste. Estaba celoso hasta el fondo de mi alma. Es más, jamás he sentido ese sentimiento hasta que te conocí. Cuando la relación con Nicole dejó de funcionar, si me hubieran dicho que estaba con otro hombre, no me habría importado; la habría expulsado de mi lado y se acabó la historia. Pero si alguien me hubiera dicho lo mismo cuando todavía creía que tenía una esposa honrada, tampoco me habría puesto celoso. Me habría enfadado, me habría tocado la hombría, pero nada más. —Los dedos del hombre bordearon el óvalo femenino, acariciándolo con suavidad, provocando en ella un estremecimiento de placer—. Cuando te vi sentada a su lado y riendo por sus ocurrencias o por lo que demonios estuviera contando, deseé levantarme de la mesa, pegarle un puñetazo en su cara, cogerte en brazos, sacarte de esa casa y llevarte a la mía. Pero no podía hacer eso. Tengo que solucionar mis problemas: hablar con Nicole y pedirle el divorcio. No puedo seguir así, viéndote y no poder tocarte a mi antojo, no poder gritar a los cuatro vientos que eres mía. —La mano se posó en el blanco cuello y lo rodeó sin el menor esfuerzo. Pensó en lo fácil que sería romperlo, lo femenina y delicada que era y lo sencillo que era lastimarla. Y lo mismo que él podía hacer ese mal, cualquier otro también podría hacerlo. Y eso lo enervó, le preocupó—. Quiero tenerte siempre conmigo, quiero que seas la madre de mis hijos.

Carol notaba esos dedos largos y fuertes por detrás de su cabeza, acariciándole la nuca y enredándose en el comienzo de la trenza que se hacía para dormir. Sentía cómo esas palabras le llegaban al fondo de su ser, cómo le producían placer y le daban seguridad.

—Eso sería muy bonito —logró susurrar, aguantando la mirada del hombre.

Él, notando su timidez, sonrió, torciendo la boca.

—Eres encantadora. Eres la mujer más bonita de todas las que he conocido.

—¿Y por eso quieres que sea tuya? Pues te recuerdo que la belleza se pasa, se estropea —soltó seria.

Alex, serio también, le colocó un mechón detrás de la oreja.

—Cuando tú dejes de ser bella, yo estaré muerto. —Ella no añadió nada. Callada, miró la boca herida y los ojos plateados. Tras mostrar

otra sonrisa socarrona, añadió—: Para mí siempre serás hermosa. Siempre.

Los ojos de la chica se llenaron de lágrimas y esta vez no logró controlarlas. Se desbordaron como cataratas mientras suspiros salían de su boca y sus pechos temblaban seductores al ritmo del llanto.

La mirada del hombre recorrió todos esos puntos. Una vez que su cerebro se llenó de esa imagen, la abrazó, colocándole la cabeza sobre su pecho, tapado con una camisa blanca, y la dejó llorar. Pasaron varios minutos. Cuando notó que iba calmándose y que los suspiros se espaciaban en el tiempo, la incorporó y le pasó sus fuertes dedos por las mejillas, limpiando los restos con toda la suavidad de la que era capaz.

—Ahora, vas a ir a tu habitación. Y te prometo que todo va a solucionarse y que no tendrás que preocuparte por nada, o casi nada. ¿De acuerdo? —Ella movió la cabeza afirmando y él dejó caer un casto y delicado beso sobre su boca—. Si no tuviera el labio partido, no me conformaría con esto. Tienes los labios más deseables que he probado en mi vida, y solo jugar con ellos hace que me hierva la sangre. —Sonrió al ver que se ponía colorada—. Vete, mi amor. Vete antes de que te haga algo demasiado bruto por mi parte.

Ella se levantó y él notó el vacío que dejaba; aparte de la dureza de su miembro, que estaba pidiendo consuelo, pero que tendría que bajarse, por las buenas o por las malas, solo y sin ayuda.

La muchacha llegó hasta la puerta y lo miró por última vez antes de salir y cerrar con delicadeza. Pasaron varios minutos. Cuando su cuerpo se calmó, se levantó para apagar la lámpara y dirigirse a su alcoba, pero algo llamó su atención. El pequeño pañuelo estaba en la mesa, olvidado. Lo tomó entre sus dedos y vio la pequeña mancha de sangre. Se fijó en las iniciales bordadas: C.M.W. Sus cejas oscuras se elevaron, pensando en cuál sería el segundo apellido. Los españoles no comenzaban por W. ¿Quién sería la madre o quién fue? Guardándoselo en el bolsillo del pantalón, pensó que había muchas cosas que desconocía de esa muchacha, y no le importaría dedicar parte de su vida a averiguarlo.

Al día siguiente, antes de amanecer, partió hacia La Habana para reunirse con su abogado y tratar las cláusulas del divorcio, de modo que resultara suculento para Nicole y no le pusiera inconvenientes cuando se lo plantara delante de su bello y frío rostro. No tenía pensado escatimar nada con tal de quitársela de encima, y si tenía que darle una tercera parte de su fortuna, estaría dispuesto. Ella no estaba al corriente de todo lo que poseía, de ese modo podría manejar el asunto de una forma más sustanciosa para él y que no resultara demasiado sangrante. Una casa donde ella quisiera y una buena renta anual para satisfacer todos sus caprichos deberían conformarla cuando

se diera cuenta de que lo existente entre ellos no tenía futuro, ya que nada había, por mucho que ella intentara disimularlo.

Pasó dos noches fuera. Llegó cerca del mediodía y satisfecho con lo que había hecho. Los papeles preliminares de la separación se hallaban dentro de las alforjas. Necesitaba la firma de Nicole y la suya. La casa de Veracruz se la vendió por fin a un terrateniente español que le ofreció una suma considerable, y teniendo en cuenta que a él le salió gratis, había sido un negocio redondo. En un principio no pensó en venderla, ya que un extraño sentimentalismo surcaba por los alrededores por haber conocido allí a la preciosa mujer que inundaba sus pensamientos; pero, por otra parte, su idea principal era desprenderse de todo para volver a su país y comenzar otra etapa de su vida. De esa forma, eliminó tales sentimentalismos y dio carpetazo a otra cosa.

Vio a Marlowe en el restaurante de su hotel. Debió salir antes o después que él, acompañado de la mujer que frecuentaba cuando estaba en la ciudad. Hizo como que no lo vio, y se preguntó si todavía tendría ganas de comprarle el negocio después de haberle zurrado de lo lindo. Antes de salir de la ciudad, volvió a verlo entrando en uno de sus negocios, el casino que se hallaba enfrente del hotel y que fomentaba que los dos negocios se abastecieran mutuamente; de hecho, esa era la razón primordial para querer adquirir el hotel y redondear así la jugada.

Al llegar a la hacienda, notó que algo no iba bien. ¿Dónde estaban los mozos para hacerse cargo del caballo?, ¿dónde demonios se encontraban todos? Malhumorado, él mismo atendió al animal mientras hacía las tareas, deseando pillar por banda a los encargados de tal abandono. Cogió las alforjas y se dirigió a la casa de estilo español, cansado, sudoroso y deseando darse un baño antes de afrontar a Nicole. Pero al entrar en el soleado patio y ver a su mujer y a su sobrina hablando en susurros, a unas criadas al lado retorciendo sus delantales y notar que la voz de María salía entrecortada y lloriqueando, el corazón le dio un vuelco y se preguntó dónde estaba Carolina. La niña, al ver a su tío, echó a correr y se abalanzó sobre su cuerpo. Habló entrecortadamente y llorando a lágrima viva, pero él entendió todas y cada una de esas palabras, que se le clavaron en el corazón como puñales.

—Se ha ido, tío Alex. Se ha ido. Ha cogido unas pocas cosas y se ha ido.

El rostro del hombre se descompuso, sin querer dar crédito a esas palabras, sin creerse que hubiera hecho lo mismo que en Veracruz. Separó el cuerpo de su sobrina del suyo y le dijo que le explicara qué estaba ocurriendo, sin mirar ni una sola vez a Nicole, que permanecía en el mismo sitio, tiesa, fría e impasible. María le contó que la primera

noche que él faltó, se habían acostado como de costumbre y que a la mañana siguiente, al levantarse, no vio a Carolina en su cama. No le dio importancia, ya que muchas mañanas madrugaba más que ella y se iba al río para darse un baño o dar un paseo aprovechando esas horas más frescas. Sin embargo, según fue pasando el tiempo, se preocupó y la buscó, pero no la encontró. Fue entonces cuando se lo dijo a Ricardo, y este, a los hombres de la hacienda para rastrear la zona, temiendo que le hubiera pasado algo. Pero lo que la había alterado por completo fue descubrir que faltaban algunas ropas, algo del dinero que María guardaba para sus cosas y la cadena de su madre, que ya no se hallaba en el vestido negro.

La mandíbula de Alex se tensó de una forma peligrosa y sus ojos se convirtieron en pozos sin fondo, gélidos como un mar del norte, y su boca susurró: «Perra malnacida». Las joyas de la joven tampoco estaban, al igual que uno de los bolsos de viaje. Así que el inventario de lo que faltaba se traducía en tres o cuatro vestidos, las joyas propias y la ajena, unas sandalias, algo de ropa interior y sus artículos de aseo.

En esos momentos, llegó Ricardo con los hombres. Tras bajar del caballo, se acercó para comunicarle que se había recorrido palmo a palmo la hacienda y la de Marlowe, cuando pensaban que podría haberle pasado algo, y ahora que sabían que se había llevado algunas cosas, volvieron a Aguas Claras y Kitty les dijo que no sabía nada, que lo único que podía decirle era que el capataz había sido despedido por su hijo a los requerimientos de ella, ya que no le gustaba el modo de tratar a los indígenas y negros. Ante la pregunta de si la española podría haber tenido algún contacto con él, ella, sorprendida, le contestó:

—No puedo imaginar a esa muchacha tratando con ese tipejo, pero si su idea era marcharse, quién sabe… A veces encontramos en las personas más opuestas a nosotros la respuesta a nuestras plegarias.

Wallace miró a su amigo y le preguntó con voz áspera:

—¿Qué opinas? ¿Ha vuelto a jugármela? ¿Tan estúpido he sido que me ha engañado otra vez como a un tonto?

Las preguntas fueron oídas por todos los presentes. Nicole intentó disimular un principio de sonrisa mordiéndose el labio.

Ricardo se rascó la cabeza y la sacudió durante unos segundos.

—Sinceramente, no sé qué pensar. Pero si todo parece como demuestran los hechos, nos ha engañado a todos por igual. Yo creo que ese capataz está por medio. Es español, según ha dicho Kitty, así que es posible que hubiera establecido contacto con él si su deseo era escapar. ¿Qué hacemos? Kitty ha dicho que su hijo está en la ciudad, que no volverá hasta el fin de semana.

—Sí, lo he visto un par de veces. —Se movió alrededor de Ricardo

mientras todos los ojos estaban fijos en él—. Tomás, ensilla un caballo. El mío no, que está demasiado cansado —le ordenó de mal talante, mirando al bondadoso criado.

Volvió la mirada a Ricardo y añadió con la voz más dura que empleaba con sus hombres:

—Voy a La Habana a poner una denuncia. Haré que empapelen las paredes de todos los locales de las ciudades de la isla, que no se quede rincón sin saber que se busca por ladrona y que ofrezco tal suma de pesos que hará que se les haga la boca agua por encontrarla. Tendré el mayor gozo si alguien da con ella y acaba pudriéndose en una celda. Y por Dios que, si eso ocurre, no voy a compadecerme lo más mínimo. Hasta puede que haga lo necesario para venderla al mejor postor. —Clavó la mirada en el rostro surcado de lágrimas de su sobrina, pero su siguiente pregunta iba dirigida a Ricardo—: ¿Cómo se llama el capataz?

—Kitty no estaba segura. Primero dijo González; luego, Ramírez, y, para colmo, Carmela dijo Valdés. El resto de los hombres no lo saben. Lo llamaban capataz y se acabó la historia.

—¿Sabes qué aspecto tiene?

—Como muchos españoles: ni alto ni bajo, moreno de piel y el pelo oscuro, pero afeitado y delgado, edad indefinida y poco más. Lo despidió un día antes de la fiesta, o eso creen, y Kitty se alegró de ello.

—Voy a comer algo y saldré para la ciudad —murmuró, bajando la cabeza y dirigiéndose a la cocina.

—Voy contigo —añadió Ricardo mientras lo seguía.

—No, tú quédate aquí por lo que pueda pasar. Es fácil que esa perra esté escondida por la zona del puerto esperando un barco, o tal vez ya esté en uno. Esta mañana salía uno para España. Si ha embarcado, tendré que hacer todo lo posible para que cuando llegue a destino la capturen, o tal vez en alguna de las escalas si otro barco llega antes. Ya veremos. Tienes que estar aquí, no es necesaria tu presencia en la ciudad.

Y así se hizo. Pero cuando Wallace estuvo de vuelta en La Habana, no halló nada de nada. En el puerto, ninguna mujer de esas características había embarcado para España. De hecho, gracias a sus contactos y amistades, consiguió los registros de los viajeros, tanto de barcos que salieron antes y de los venideros, de los que partieron para algún lugar del Caribe o para Europa, y no encontró lo que deseaba. Fue a las autoridades y se interpuso una orden de captura por robo, donde se incluían todas las características de la joven, y como dijo el alguacil, una muchacha con esa belleza no podría pasar desapercibida ante nadie. Y a no ser que se escondiera debajo de las piedras, la pillarían sí o sí.

Cuando volvió al hotel, se encontró con Marlowe, que se dirigía

hacia él. El inglés, al ver el gesto adusto y serio del norteamericano, sonrió a pesar del rostro magullado.

—Maldita sea, Wallace, debería ser yo el que mostrase una cara tan antipática después de la somanta de hostias que me diste. Y sin embargo aquí estoy, dispuesto a ofrecerte mi mano y poder estar en paz.

—No me interesa tu mano. ¿Qué cojones quieres?

Marlow miró al hombre y puso cara de pocos amigos.

—Nada, hombre, nada. Maldita sea, estás imposible, hostia —murmuró, pero dejándose oír—. Quería hablar contigo sobre el hotel. Ya sabes que lo quiero. —Alex entrecerró los ojos sin dejar de mirarlo. Se acercó a él y este reculó con precaución—. No tengo ganas de pelea, Wallace, ya he recibido suficientes hostias por una temporada.

—No voy a pegarte, simplemente quiero preguntarte algo. —Los azules ojos del inglés mostraron interés—. ¿Cuándo viste por última vez a la española? —le preguntó con voz dura y seca, sin dejar de observar los gestos de Edward y sin notar nada especial.

—En la cena. ¿Por qué?

Los ojos del norteamericano no pestañeaban, fijándose en cada gesto del otro.

—¿Por qué despediste a tu capataz?

—¿Quién te ha dicho eso? —quiso saber, haciéndose el molesto al tiempo que contraía su maltrecho rostro.

—Contesta. —No levantó la voz, pero sonó como una orden en toda regla.

Edward se pasó una mano por su rubio y espeso cabello.

—A mi madre no le gustaba, y por no tener un disgusto, le di puerta. ¿Qué tiene que ver eso con esa preciosidad? —le preguntó curioso.

—No lo sé, tal vez se conocen.

La risa del inglés sonó fuerte y rotunda ante tal asociación.

—No me jodas, Alex. ¿Qué pinta un tipo como ese con un puñadito de mujer como la que tienes guardada en tu casa? Si esa niña se codea con personas de ese calibre, aun siendo españoles, yo me corto los huevos. —Alex miraba al inglés sin perder ningún detalle y sin mostrar sentimiento alguno—. Claro que tú la conoces más que yo. Solo la he visto dos veces, dos gloriosas veces. Bueno, la primera fue gloriosa hasta que me dio un rodillazo en los huevos cuando intenté cogerla y salió corriendo como un potrillo salvaje. Alex, ¿qué ocurre? ¿Qué pasa con esa niña?

La conversación estaba manteniéndose en inglés, pero la palabra «niña» era expresada en castellano, saliendo de la boca de Marlow con cierta dificultad, ya que tanto las eñes como las erres le costaban bastante trabajo y no las pronunciaba con la misma fluidez que el

norteamericano.

—No está. Ha desaparecido y se ha llevado varias cosas; entre ellas, una que no era de su propiedad —soltó con voz ronca y sin dejar de mirar a su oponente.

Edward contuvo el gesto, mordiéndose la lengua.

—Vaya, vaya, vaya. Pero eso ya te lo hizo antes, ¿no? Se comentó por las tabernas. Tus hombres hablaron más de la cuenta y dijeron que te volviste loco buscándola en Veracruz y los alrededores. —Se mantuvo el silencio mientras los dos hombres se miraban y se medían el uno al otro. Como el inglés no quería sufrir otra tanda de golpes, suavizó el tono—: ¿Y piensas que puede haberse ido con ese tipo? —Sin esperar contestación, continuó—: Sinceramente, no lo creo. Pero, bueno, con las mujeres nunca se sabe. Y está claro que a esta chiquita no la conoces nada bien. —Movió la cabeza un par de veces y se tocó el pómulo magullado—. En fin, está visto que no es un buen momento para hablar de negocios. Si quieres verme, ya sabes dónde encontrarme. —Zanjó la conversación y se dio la vuelta para volver al casino mientras notaba esa penetrante y amenazadora mirada gris clavada en su espalda.

Caminando lentamente, sonreía para sí mismo por haberle dado ese mazazo a su adversario y esperando que algún día supiera cómo y de qué manera le había quitado a la española.

Capítulo 10

Carol se encontraba atontada y sin saber cuánto tiempo había pasado desde que unas rudas manos habían tapado su boca, para seguidamente meterle un trapo sucio y maloliente. Había sentido que se ahogaba, que no podía respirar, un agobio enorme y que el corazón le palpitaba desenfrenado, hasta que la vista fue nublándosele y perdió el conocimiento.

Recordaba fragmentos de algo, como el traqueteo de un carro, la aspereza de la tela del saco que la rodeaba y manos que la tocaban por encima de esa tela. Y risas masculinas, que a sus oídos eran lejanas, muy lejanas. Pero el conocimiento no lo recobró hasta hallarse en una habitación desierta, en una casa que no conocía. Lo primero que hizo fue quitarse el trapo de la boca. Tras dar una arcada, escupió varias veces para intentar quitarse el sabor nauseabundo y respirar aire fresco. Pero en esa estancia no había aire fresco, ya que olía a cerrado y a otros olores, como orina y moho, provocando que esa sensación de mareo continuase dentro de su cabeza y de su estómago. Intentó vomitar, pero no lo consiguió. Decidió quedarse quieta, sentada en el suelo y apoyada en la pared mientras miraba a su alrededor, y observó detenidamente dónde estaba.

Era una habitación grande, con una chimenea de piedra y mármol en la pared de enfrente y una ventana doble y enrejada a su izquierda; a la derecha, una puerta que comunicaría con un pasillo u otra habitación. Despacio, se levantó, fue hasta la ventana y contempló una vegetación exuberante y salvaje debajo de ella. No se veía nada más. Verde y el cielo azul. Parecía que estaba en una casa abandonada. No, no lo parecía, lo era. Ese jardín estaba sin cuidar desde hacía mucho tiempo, y todo estaba enredado y frondoso. Las ramas de los árboles se mezclaban con enredaderas y con toda clase de plantas y arbustos que crecían libres, sin que ninguna mano experta las cuidara y las guiara. Ni tan siquiera veía un sendero o camino que llevara a la entrada de alguna puerta de la casa que estuviera debajo de donde ella se encontraba. Sus ojos volvieron a las paredes de la habitación; paredes grises y con manchas de humedad y suciedad en el suelo. Vio un orinal en una esquina y se preguntó si era para ella, si lo habían

puesto ahí por ella.

Sus manos recorrieron los costados de su cuerpo, alisando la elegante bata de seda color champán y cerrándola más de lo que estaba al tiempo que sentía la desnudez debajo de esta y del camisón. El saco que la había envuelto estaba tirado en un rincón. Todavía sentía el picor de esa tela basta y áspera. Poco a poco, recordó cómo fue capturada y cómo, después de introducirle el trapo en la boca, la metieron dentro del saco. Sí, la metieron, porque notó varias manos sobre sus caderas, sobre sus piernas y sobre sus pechos. En varios momentos, sintió tres y hasta cuatro manos al mismo tiempo.

Pero… antes de eso, antes de ir al templete, Nicole le pidió reunirse allí para hablar, para aclarar las cosas y poder continuar cada una con sus respectivas vidas.

—No se lo digas a nadie —susurró con ese acento francés—. Esto es cosa nuestra, de nadie más.

Y Carolina estuvo de acuerdo. Por una vez, debía ser valiente y enfrentarse a los problemas de cara y decirle a esa mujer que estaba enamorada de su esposo y que, a pesar de sentirse culpable, no podía evitarlo. Pero la francesa no se presentó y esos hombres sí.

Estaban esperándola, y ella cayó en la trampa, ¿o fue toda una casualidad? Su madrina decía que las casualidades no existían, que todo ocurría por algo o por alguien, que las cosas no surgían así como así. Entonces, ¿qué pasaría ahora?, ¿qué sería de ella?, ¿qué desgracias esperaban detrás de esa puerta cerrada a cal y canto?

Se dirigió hasta allí, colocó la mano en la manija y la movió varias veces. Sí, estaba cerrada. Sus bellas manos se quedaron estáticas sobre la manivela al oír voces abajo. Respiró nerviosa y se mantuvo quieta, esperando volver a oír algo, algo que la sacara de aquella incógnita, alguna señal para poder saber qué estaba ocurriendo y cómo afrontar lo que le venía encima. Prestó atención y escuchó carcajadas masculinas y palabras en español; español sin acento de la isla. «Hermosa», «guapa», «buen culo» y «mejores tetas» llegaron a sus oídos. Tragó saliva al sentir el miedo en la sangre. Al momento, escuchó pisadas en las escaleras y se retiró de la puerta hasta el lugar más alejado posible. El hombre que apareció la miró de arriba abajo, sonriendo, y le enseñó unos dientes manchados y amarillentos. Era flaco como un palo y mostraba una mirada siniestra y malévola, sin dejar de mirarla, sin pestañear, sin esconder esos dientes. Se colocó en el centro de la habitación y le tiró unas ropas a los brazos. Le dijo que se las pusiera y que dentro de un rato le subirían algo de comer. Ella se atrevió a preguntarle por qué estaba allí y quién era él.

El hombre se acercó hasta ella y, con el rostro muy cerca de su cara, le dijo:

—No te acostumbres a hacer preguntas, porque no voy a

contestarlas. Ponte estas ropas y obedece en todo lo que te diga si no quieres ver tu linda espalda marcada por el látigo. ¿Hablo claro? —La muchacha asintió varias veces y no se atrevió a nada más, aguantando la mirada del hombre durante unos instantes—. Realmente, eres guapa —añadió, sin dejar de mirar los ojos verdes y la boca generosa—. Ya veremos cuánto valora el norteamericano esa hermosura.

Sin dejar de mirarla, anduvo hasta la puerta, salió y cerró con cuidado. Carol oyó cómo le daba vueltas a la llave, cómo los pasos se alejaban y cómo la conversación de los hombres se reanudaba, pero esta vez las voces solo eran murmullos y no pudo entender nada. Tembló como si estuviera en un país del norte en pleno invierno, tembló a pesar de estar sudorosa y, por encima de todo, tembló pensando en si realmente Alexander Wallace valoraría en algo su vida y estaría dispuesto a pagar por ella. Pronto lo sabría.

Después de siete días, estaba desesperada, deseando salir de allí, deseando acabar con la incertidumbre que le corroía las entrañas. Estaba sucia y maloliente, ya que solo le daban el agua justa para beber. Sus ropas se encontraban en el mismo estado que el interior de su cuerpo, aparte de arrugadas, y el camisón y la bata habían desaparecido, seguramente para hacerlos llegar de algún modo a la hacienda y que Wallace supiera que eran de ella. Su cabello, recogido en una gruesa trenza, se mantenía sin enredar, pero estaba sucio, y el cráneo le picaba, igual que el resto del cuerpo. Jamás en su vida había estado tanto tiempo sin asearse, y eso, junto con el cautiverio, la sacaba de sus casillas, deseando gritar, patear las sucias paredes y arrancarse los pelos, para ver si de ese modo esos hombres miserables la llevaban al lado de Alex.

Pero no hizo nada de eso. Prevaleció su carácter educado y señorial a pesar de las apariencias, esperando que de ese modo todo estuviera más controlado, y también, por qué no decirlo, que esos hombres no se rieran de ella si perdía la compostura y se ponía histérica. Pero no sabía hasta cuándo podría aguantar, cuánto tendría que seguir esperando, y al mismo tiempo sentía el miedo recorriendo su cuerpo cada vez que uno de esos hombres subía a su encuentro para llevarle esa comida grasienta y asquerosa, y aguantar las miradas lascivas que recorrían su cuerpo y su cara. Por Dios santo, estaría fea, aparte de sucia y maloliente, y con todo la miraban de una forma asquerosa, tanto que se notaba cómo hacían esfuerzos para no acercarse a ella, arrancarle las sencillas ropas que llevaba y abrirle las piernas como a cualquier puta de puerto. Ella era consciente de que el tiempo estaba acabándosele y de que, si no se solucionaba su secuestro —o, peor aún, solucionándose—, sería pasto de esas manos y de esas bocas pestilentes antes de devolverla. Estaba convencida de que no iban a

respetarla y de que, pese a las distancias que marcaban todo el tiempo, eso iba acabarse.

Teniendo semejantes pensamientos, la puerta se abrió de golpe, asustándola. Se quedó sentada en el suelo, en una esquina, con las piernas dobladas y los brazos rodeándolas, queriendo esconder toda su presencia entre las faldas abundantes y la blusa de amplios volantes. El hombre flaco, el que mandaba, entró y cerró la puerta. Su maléfica sonrisa llenó esa cara oscura por el sol y con marcadas arrugas, haciendo que los ojos se vieran más negros que un demonio. Su voz rasposa inundó el espacio vacío, y ella sintió ganas de orinar del miedo que tenía:

—La verdad es que no pensaba que esto pudiera ocurrir —le confesó sin pestañear, sin dejar de mirarla y esperando a que ella dijera algo.

—No sé qué quiere decir —añadió con un hilo de voz. Carol no dejaba de abrazar sus piernas, tapadas con la falda sucia y rasgada por algunas zonas.

—Pensaba que eras más valorada, pero, mira tú por dónde, resulta que ese cabrón de Wallace no quiere pagar. Le he pedido cuarenta mil pesos. ¿No crees que tú vales esa cantidad? Si yo fuera él, si tuviera tanto dinero, pagaría eso por ti, sin dudarlo. Pero parece ser que ese puto norteamericano no quiere rascarse el bolsillo. Prefiere quedarse con su mujercita antes que pagar una moneda por ti. Y eso que él te conoce en tus buenos momentos, porque si te viera ahora —estiró las manos hacia ella—, así, sucia, ojerosa, mal vestida…, ni se fijaría en ti ni daría un puto real. —La risa del hombre sonó en la habitación y la muchacha se tragó las lágrimas, sin dejar de mirar al hombre, esperando las siguientes palabras, esperando su destino—. Así que me dije: «¿Quién estará dispuesto a pagar algo?». Porque estoy dispuesto a bajar el precio, teniendo en cuenta que, día que pasa, te devalúas más y más. Y, de golpe, se me ha encendido una lucecita en mi mollera. ¡Plaf, Marlowe! Ese gordo inglés va a pagar. No te diré cuánto, de ese modo te mantendré en suspenso. Tal vez te lo diga él, o tal vez no. Sí, seguro que te lo dirá. Lo utilizará como presión para que te comportes como una buena mujercita y hagas todo lo que él te diga. —Se calló un momento, intentando penetrar en el cerebro de la muchacha, viendo cómo se le escapaban algunas lágrimas en silencio.

A pesar de que las mujeres no le importaban, de que las consideraba unos meros instrumentos para conseguir placer y perpetuar la especie —quien quisiera, claro—, tenía que admirar el coraje y la fuerza de voluntad de esa compatriota, y pensaba en lo que disfrutaría cuando la violara, cuando tocara esas tetas gordas que se ocultaban debajo de la blusa y metiera la polla dentro de su dulce coño, sin importarle que estuviera sucia. Al contrario, quería oler ese

conejo así, sucio, sudoroso, y con sus dedos tocar y pellizcar y meter hasta el fondo, hasta rasgarla por dentro y hacerla gritar de dolor. Sí, por todos los demonios, ya notaba su verga endurecerse de solo pensarlo. Pero esperaría. La espera lo ponía más cachondo y hacía que su mente inventara cosas más dañinas para practicar en ese cuerpo, y luego, con el tiempo, se la menearía recordando todo lo que le había hecho. Él sería el primero, y después se la dejaría a los otros y sería testigo de cómo se la beneficiaban. Se la follarían durante todo un día, hasta cansarse, hasta que el chocho le sangrara de tanto metérsela. Y, por supuesto, también se la follarían por el culo, para dejarla abierta de par en par, por los dos agujeros. Una de sus manos se tocó la entrepierna y vio con placer cómo esos ojos verdes lo miraban asustada, sabiendo lo que le esperaba. Su sonrisa torcida mostró todo lo que pensaba al tiempo que salía de la habitación y dejaba que la joven se lamiera las heridas.

Porque, efectivamente, las heridas —invisibles, pero heridas al fin y al cabo— habían llegado al corazón de Carol. Se creyó cada una de las palabras pronunciadas por ese hombre, y sintió un dolor inmenso al comprender que no era nada para Wallace, que solo fue un entretenimiento mientras estuvo cerca de él, y que ahora que su persona tenía un valor monetario, ya no era imprescindible. Qué tonta había sido, qué ingenua e inocente, creyendo que el amor que ella sentía por él era correspondido. Y ahora sería entregada al inglés. Pero, antes…, esos hombres iban a aprovecharse de ella. Lo sabía, lo había visto en esa mirada oscura y siniestra. Ese hombre le haría daño, mucho daño. Y ella tenía que pensar, tenía que hacer algo, porque todo estaba perdido, todo estaba cada vez peor. Sin embargo, no se quedaría de brazos cruzados. No debía.

Por unas cuantas monedas de oro, una prostituta, no tan guapa pero con ciertas similitudes a la española, llegó a una fonda a las afueras de Matanzas y habló con la mujer del posadero. Llevaba el rostro cubierto y hablaba el español sin acento de la isla. Demandó una habitación y mandó lavar unas prendas interiores, el camisón y la bata, y pidió algo de comer, solicitando que se lo llevaran a la habitación. La posadera pensó que se trataría de una viuda joven, de ahí lo del velo tupido y el vestido marrón; pero también pensó que podría tratarse de un encuentro entre amantes. Fuera lo que fuese, no era asunto suyo. Con las monedas en la mano, se encargó de lavar ella misma esas delicadas prendas y mandar a una criada con una comida sencilla pero apetitosa.

Cuando tiempo después, un hombre moreno y flaco se acercó a la puerta de la entrada y dijo que salía humo por una ventana, todo fueron carreras y sofocos, hasta que consiguieron apagar el fuego que

se produjo en la habitación alquilada y comprobaron que la pobre desgraciada había ardido como una antorcha. «¿Por qué habrá encendido la chimenea con este calor?», se preguntaron la posadera y su marido. Como no querían líos con la justicia, recogieron la bolsa de viaje, que se hallaba en un rincón, para dársela a las autoridades cuando llegaran y salir así airosos de semejante situación.

La pobre desgraciada no tuvo miedo del hombre en ningún momento. Le dio más dinero de lo que ganaba en un mes y le prometió el doble cuando se juntaran en la habitación de la posada. Al quedarse sola, abrió la ventana y él trepó como un mono hasta el primer piso, introduciéndose después y cerrando sin hacer ruido. Ella pensaba que iba a darle el dinero prometido, y por eso sus ojos casi se le salieron de las órbitas cuando la fuerte mano del hombre la cogió del cuello. Apretó con fuerza hasta dejarla sin respiración y provocarle la muerte. No necesitó las dos manos, con una fue suficiente. Y mientras lo hizo, su miembro se puso duro y sus ojos brillaron de placer, viendo la muerte acercarse. Unos pocos troncos estaban fuera de la chimenea, pero serían suficientes. Los colocó y les prendió fuego. Acercó el cadáver hasta el borde de la chimenea y, con una tea, fue prendiendo varias partes del vestido. Permaneció todo el tiempo necesario hasta que el rostro se quemase y nadie pudiera reconocerlo. Colaboró para que el pelo ardiera más deprisa mientras veía cómo las orejas, los labios, los ojos y el resto de la piel se quemaban de manera brusca gracias a las llamas provocadas en la parte superior del vestido. No le importó el olor de la carne quemándose ni el humo que se acumulaba en la habitación, y aunque sus ojos lloraban a causa de la momentánea ceguera, no se movió hasta quedar satisfecho y ver por sí mismo el resultado del macabro hecho. Abrió la ventana y, tras comprobar que no hubiera nadie, saltó con una agilidad sorprendente y aterrizó en el suelo de tierra sin apenas notarlo. Se dirigió a la entrada de la posada para dar la voz de alarma y a continuación desapareció. Parte del trabajo estaba hecho. Poco a poco, su plan de venganza iba tomando forma, pero quedaba mucho para estar satisfecho.

Cuando la noticia llegó a La Habana y de allí a la hacienda, todos quedaron conmocionados. María reconoció el camisón y la bata. No tuvo la menor duda de que eran de Carolina. Esas costosas prendas, sedosas, con los bordados más delicados y hermosos que hubiera visto, eran de su amiga. Habían pertenecido a su querida amiga, que no comprendía cómo y por qué había desaparecido. Y esa bolsa de viaje, con los intricados bordados de tapicería, pertenecían al juego restante que seguía dentro de uno de los armarios de su habitación. Pero en el interior no había nada más; ni más ropa, ni la cadena de su madre, ni las joyas de ella.

Cuando su tío y Ricardo volvieron de Matanzas, no pudieron añadir más de lo dicho por las autoridades, y no quisieron contarle a ella la manera en la que murió. Pero daba igual, porque se enteró por los criados, quienes, cada vez que pronunciaban el nombre de la señorita Carolina, se santiguaban al menos dos veces. Tuvo que actuar con sigilo mientras se acercaba a La Casita y se acuclillaba debajo de una ventana para oír cómo su tío maldecía una y otra vez a Carolina, cómo la llamaba bruja del demonio y volvía a maldecir el día que apareció en la casa de Veracruz. La pobre muchacha se limpiaba las lágrimas que resbalaban por sus mejillas al oír a su querido tío, sabiendo que hablaba de esa forma porque estaba dolido y hundido, por no encontrar respuestas y no queriendo creer que la española hubiera tenido esa muerte tan atroz.

Tampoco dejaron que estuviera presente cuando llegaron Kitty y Carmela, hablando entre susurros y siendo recibidas por Nicole. Pero ella supo dónde debía esconderse para escuchar todo lo que dijeran los mayores. Sabiendo que serían recibidas en el saloncito pequeño, dejó la puerta de uno de los comedores que daba a ese salón sin cerrar del todo y escuchó cómo Ricardo les decía a las mujeres que la cara había quedado irreconocible, pero que, según lo que comentaron la posadera y la criada, esa mujer era la muchacha a la que se buscaba, la que aparecía dibujada en los bandos que mandó hacer su tío Alex. La posadera llegó a decir que hubo un momento que la difunta se levantó el velo y vio la misma cara que las autoridades le enseñaron. Añadió que le había dicho que esperaba la visita de un hombre, pero que ese hombre no llegó, o por lo menos ella no lo vio; es más, por la puerta de la posada no pasó.

Cuando se interesaron por quién dio la alarma, ella no dijo que alguien que pasaba por allí lo había hecho, no. Dijo que, como tenía muy buen olfato, al terminar de lavar esas prendas tan hermosas e ir a tenderlas, olió a quemado y supo que venía del piso superior. Corriendo, subieron las escaleras, ella, su marido y la criada, y se encontraron con tan dantesco espectáculo. Utilizaron un cubo medio lleno de agua que había en un rincón y se lo echaron en la cara, que ya estaba quemada como un carbón. Como la cama estaba alejada de la chimenea y donde ella ardió no había más muebles, se quemó como una antorcha, dejando el suelo casi tan quemado como ella.

Cuando le preguntaron si había tocado alguna cosa de las pertenencias de la muerta, ella se llevó las manos a la cabeza y dijo que no tocó nada de nada, que no sabía si esa bolsa contenía poco o mucho, pero que supuso, por el bulto que hacía cuando llegó a la posada, que no debía llevar gran cosa en ella, y que si no la creían, podían registrar su humilde casa de arriba abajo y verían con sus propios ojos que ella y su esposo no tenían nada de valor y que las

prendas de la pobre desgraciada todavía se hallaban en la cuerda, secas y esperando ser recogidas.

Mientras Ricardo les contaba esos detalles, María oía los llantos silenciosos de las mujeres y las pisadas de su tío, que no paraba quieto. Esos pasos se paralizaron cuando Kitty dijo que Edward estaba conmovido ante tal desgracia y que no comprendía cómo podía haber pasado algo así. Los pasos de su tío volvieron a oírse y ella se mantuvo en su escondite para seguir oyendo el resto de la conversación. Fue entonces cuando Nicole se disculpó y salió del saloncito, y María se fijó en ella. El rostro permanecía inalterable, pero daba la sensación de que tenía que hacer esfuerzos para no sonreír. Y otra cosa llamaba la atención de la muchacha cada vez que miraba a su tía: había engordado. Sí, su cintura era más ancha y los pequeños pechos estaban algo más abultados, y a pesar de la considerable estatura de la francesa, parecía que ella era la única que se había dado cuenta. Pero la jovencita estaba equivocada, ya que las invitadas también se percataron de esos detalles y se preguntaron si el matrimonio, en algún momento, había reanudado la vida marital, porque si no era así, la francesa iba a tener un problema considerable, pues no se imaginaban a Alex criando a un hijo de otro.

Pese a que la plantación de la siguiente cosecha de tabaco empezaba en esas fechas, Alex paró poco por la finca. Fue Ricardo el que se encargó de todo, controlando que el trabajo se hiciera de manera óptima, como siempre sucedía, para que la primera plantación fuera entre finales de noviembre y primeros de diciembre, y más tarde, hacer una plantación semitardía antes del 31 de diciembre. La tierra estaba jugosa, ya que se le había aplicado todo tipo de fertilizantes, y los largos surcos hechos con la ayuda de los bueyes y el arado esperaban su turno para producir una buena cosecha. Era un trabajo delicado y laborioso, pero Alex tenía la suerte de tener la mejor gente en el cultivo del tabaco, y aunque no estuviera allí, sabía que pocas cosas podían fallar, porque esos indígenas eran los mejores en su oficio. Pero a ellos les gustaba que el amo estuviera por allí, que viera con sus propios ojos cómo los surcos se llenaban de plantas sin enfermedades ni plagas, con las condiciones climáticas favorables, produciendo posturas de la mejor calidad, tanto en las tierras de secano como en el suelo arcilloso y en las de riego y suelo arenoso. Pero ahí estaba Ricardo para animarlos, para elogiarlos ante su buen hacer, para que no hubiera disputas entre indígenas y negros y para quitarle importancia a que el amo y señor no estuviera a pie de campo, de sol a sol, como era habitual. Porque Wallace tenía muy claro que le quedaba poco tiempo de permanecer en esa isla, y más después de lo ocurrido.

El recuerdo de Carolina era constante y persistente, haciendo que estuviera de mal humor y que bebiera más de la cuenta. No podía creer que hubiera muerto de esa forma. A pesar de que las autoridades zanjaron la muerte como un accidente, él estaba convencido de que alguien había quemado el cuerpo y de que probablemente la mataron antes. Y otras preguntas anidaban en su mente: ¿Y si no era ella?, ¿y si se trataba de otra mujer, a pesar de lo dicho por la posadera?

Se sentía impotente y traicionado, pero si analizaba las cosas fríamente, debía pensar en que el tiempo pasado con Carolina fue corto, demasiado corto para conocer a una mujer, aun teniéndola en tu propia casa; una casa compartida con esposa y sobrina, más el resto de la servidumbre y él, pasando la mayor parte del tiempo fuera. Sin olvidar que ya se la jugó una vez y que la obligó a ir con él, creyendo que la tenía dominada, creyendo que la seduciría y sería toda suya. «Imbécil, idiota redomado. ¿Cómo pudiste creer que eras tú el que tenía la sartén por el mango», pensaba cada vez que se emborrachaba en la barra del bar de su hotel mientras la viuda de Medina lo miraba con ojos tristes, deseando consolarlo de la mejor manera que sabía: esperando el momento en el que decidiera subir a la habitación y se tumbara todo lo largo que era en la gran cama, para dejar que ella lo desnudara, mientras despotricaba contra la española, llamándola bruja del demonio, puta arrastrada, hija de la gran puta, ladrona de corazones y todas las lindezas que le venían a la lengua, en castellano y en inglés.

Ni tan siquiera el buen hacer de la viuda, cuando con aquella boca manipulaba su miembro tieso y gordo, lograba anular la imagen de la bella española, mientras los oídos de Rosa escuchaban sus murmuraciones, que no terminaban nunca, y a pesar de la eyaculación poderosa de su falo hambriento de sexo. Pero cuando ella intentaba subirse encima de él, aprovechando que esa verga volvía a ponerse tiesa, él la empujaba, diciendo que no quería más putas a su lado, que estaba hasta los cojones de mujeres manipuladoras, de muchachas con carita de ángel y corazón de demonio, y que todas las mujeres debían arder en el puto infierno.

Rosa, entonces, sabiendo que no conseguiría que él la penetrara y sabiendo también que no tardaría en dormirse, lo masturbaba con la mano a la vez que se tocaba a sí misma con la otra y llegaba al orgasmo, pero sin dejar de oír las quejas del hombre, quien no se cansaba de maldecir a la difunta muchacha y, por ende, a todas las mujeres del mundo, aunque el único nombre femenino que mencionaba era siempre el mismo.

Eso sucedía por las noches. Pero los días eran diferentes, trabajando sin descanso, tanto en el despacho como fuera, manteniendo conversaciones con unos y otros para encontrar el mejor postor para

sus bienes, haciendo viajes a Veracruz y a otras islas del Caribe, y entablando lazos con españoles y extranjeros, dueños de fortunas considerables que pudieran comprar su hacienda.

Capítulo 11

Carol mantenía la oreja pegada a la puerta, intentando oír lo que decían los hombres, pero no consiguió nada en claro. Aun así, su rostro se alegró al escuchar el ruido del carro, así que fue hasta la ventana para poder averiguar quién se iba. Ahora sí, las voces fueron más claras. A pesar de no entender nada, supo que dos de ellos se iban y quedaría a merced de uno. Si se trataba del gigantón, no había nada que hacer. Por otro lado, si era el jefe, menos. Decidió esperar.

Cuando pasaron diez minutos, se puso a chillar como una posesa, logrando que el hombre subiera y abriera la puerta de golpe. Por el rabillo del ojo, vio que era Fernando. Este se encontró con la joven tumbada en el suelo, encogida y, supuestamente, retorciéndose de dolor.

—¿Qué pasa, muchacha? ¿Qué te ocurre? —le preguntó, acercándose hasta ella.

La carita de Carol se mostró sucia y con el gesto contraído, pero esos ojazos y esa boca llamaron la atención del hombre, haciéndolo sentir hambriento de hembra.

—¡Me duele! ¡Duele mucho!

—¿Qué te duele? —Se agachó para ponerse a la altura de ella. Vio cómo esas manitas se acariciaban el vientre y cómo el escote de la blusa dejaba ver el nacimiento de unos generosos pechos, que el hombre no dejó de mirar ni un solo momento.

Ella se pasó la mano por el vientre y de ahí al estómago, de una manera lenta y provocadora. Fernando no podía dejar de mirar, y le faltaban ojos para abarcar todo lo que se le mostraba. Las manos de la muchacha frotaron su estómago. Con ese movimiento, hizo que los pechos se juntaran más y que el hombre comenzara a excitarse.

—Me duele la tripa y el estómago. Creo que me ha sentado mal la comida. Por favor, ayúdame a levantarme. Me falta el aire y creo que voy a desmayarme —gimió, haciendo que él la mirase y viera cómo sacaba la lengua y se mojaba los carnosos labios.

Fernando no dejaba de mirarla, y solo pensaba en tocar ese cuerpo y algo más. Carol dejó que esas manos asquerosas tocaran los costados de sus pechos cuando la levantaron. Una vez de pie, permitió que

continuara tocándola en la barriga, con la tela haciendo de barrera.

—Gracias. Ah, sí, eso me alivia. Tienes unas manos tan agradables… Ahora me duele menos. —Aprovechó para ponerse enfrente de él, cogerle las manos y colocarlas encima de sus pechos, lo que provocó que el hombre abriera los ojos como platos y se tragara un gemido mientras ella le decía—: Me duelen también. Tal vez, si los tocas un poco… —Dejó la frase sin terminar.

Cuando él comenzó a mover los dedos por encima de los pezones, tocándolos a través de la blusa y pensando en sacarlos para poder verlos al natural y jugar con ellos a su antojo, notó un fuerte rodillazo en sus partes que le hizo quitar las manos de esas adorables tetas e ir reculando hacia atrás ahuecándose los testículos, sin ser consciente de que esa muchacha endemoniada iba hacia él. Ella le dio otro empujón y cayó de espaldas cuan largo era.

El golpe sonó seco, y Carol se dio cuenta al momento de que estaba muerto. Lo había matado. Una mancha de sangre fue formándose debajo de la cabeza. Se acercó y miró lo que había hecho. El zócalo de mármol que bordeaba la chimenea fue el causante de que la cabeza se abriera como un melón. Ella no tenía culpa, y si la tuviera, le importaba un pimiento. Su principal necesidad era salir de allí. No sabía que oficialmente estaba muerta. Lo único de lo que era consciente era de que Wallace no la quería, que el inglés sí y que, antes de que eso ocurriera, esos hombres le harían mal; así que se puso manos a la obra.

Con sangre fría, fue quitándole las ropas a Fernando hasta dejarlo desnudo. Haciendo un esfuerzo mayor, se desnudó y se colocó esas ropas, grandes, sucias y apestosas, que tampoco se diferenciaban mucho de las de ella, y se calzó las botas. Sin embargo, al ver que le quedaban demasiado grandes, volvió a quitárselas e hizo trozos la enagua. Tras hacer bolas con la tela, rellenó las punteras para atar los cordones y salió de esa maldita casa. Una vez fuera, vio el camino y las rodadas del carro; si ellos iban en esa dirección, sería el camino de algún pueblo o ciudad. Se dispuso a seguirlo, escondiendo la trenza y calándose el sombrero hasta los ojos mientras andaba por el linde del camino para ocultarse entre la espesura por si oía o veía a alguien.

Las dos mujeres de edad mediana usaban constantemente sus pañuelos para limpiarse el sudor del rostro. No dejaban que sus sombrillas se movieran un milímetro, para que ese sol abrasador no llegara a sus pieles blancas y castigadas por los años.

—Mira, querida, yo estoy encantada. Todo esto me gusta muchísimo, a pesar del calor que hace hoy. Pero, bueno, qué tontería, nosotras estamos acostumbradas al calor y a la humedad. Y los españoles son encantadores, mucho más que los franceses, si quieres

saber mi opinión —decía la más fea, de edad indefinida.

—Pues yo deseo volver a casa cuanto antes. Esto es demasiado salvaje para mi gusto. Y con respecto a los españoles, hay de todo, como en botica —añadió la más agraciada, de edad similar. Eran hermanas, pero tan diferentes como la noche y el día, tanto en el físico como en el carácter.

—Siempre tan exigente, Charlotte. Vamos a dar un paseo antes de ir al puerto.

Cogidas del brazo, hicieron lo que ordenó la mayor. Mientras, Charlotte gruñía por lo bajo, diciendo que no tenían la necesidad de estar vagabundeando por las calles para que algún ladronzuelo les robara los bolsos. A lo que la mayor añadió que, si eso sucedía, le daría con la sombrilla en las costillas hasta dejarlo baldado y le quitaría las ganas de robarles bolsos a señoras respetables durante una temporada.

Valery y Charlotte eran dueñas de una tienda de confección en Nueva Orleans. Se arriesgaron a viajar hasta Matanzas para comprar telas a bajo precio que un comerciante español les ofreció en su tienda, quien les dijo que podría proporcionarles un lote mayor si viajaban hasta la isla. Por descontado, Charlotte dijo que ni hablar, que ella no se movía de su casa, y Valery dijo que sí, que iría y compraría todas esas telas maravillosas, pues, de ese modo, tendrían material para una larga temporada.

—Cambian las modas, hermana, pero las telas siguen siendo las mismas. Y si las restantes son como estas y tan baratas, podremos hacer el negocio del siglo.

Así, la pequeña se vio obligada a acompañar a la mayor, porque, ¿cómo iba a dejarla sola haciendo ese viaje, pensando que pudiera pasarle algo? Cerraron la tienda, dejando a los criados al cuidado de todo y prometiendo volver en el menor tiempo posible.

Y en eso estaban, haciendo algo de tiempo para subir al barco que las llevaría de vuelta, cuando la hermana pequeña le susurró al oído:

—Nos sigue alguien, Valery. Prepara tu sombrilla, porque creo que vamos a necesitarla.

La mujer volvió la cabeza y no vio a nadie. Charlotte miró a un lado y a otro, y le aseguró que juraría haber visto a un mozalbete; o, mejor dicho, a una chica vestida de mozalbete.

—Bah, tonterías. Estás tan obsesionada con que van a robarnos que ves fantasmas donde no los hay. Venga, vamos al puerto, que ya es hora. Y, de paso, controlaremos que no falte ningún baúl.

El barco era francés, y como las mujeres eran de esa procedencia, se encontraban a gusto y confiaban en el viejo capitán Hollande, pero, con todo, fueron a comprobar que sus cinco baúles estuvieran en la bodega y con los candados intactos. Esas telas eran demasiado valiosas

como para perderlas, y teniendo presente que pagaron una bagatela por ellas, no iban a permitir que se extraviaran o se estropearan. Daban por hecho que eran robadas, si no, no se explicaban tan bajo precio. Sin embargo, como decía Valery:

—Un negocio es un negocio. Yo no pregunto; me interesa el precio, me interesa la mercancía y se acabó la historia.

Pero era la voz de Charlotte la que decía:

—¿Y si nos revisan las autoridades?, ¿y si dicen que son robadas?

—No pasa nada, hermana, nosotras tenemos una factura. ¿Qué puede pasarnos a dos mujeres de mediana edad que vienen a comprar unas telas y un español embustero nos embauca? Nada, no va a pasarnos nada.

Así eran ellas: una, tímida y temerosa de todo lo que sucedía a su alrededor; la otra, brava, lanzada y altanera. La tímida y más agraciada, dependiente de un esposo hasta que murió, se arrimó a la hermana solterona y dueña de un negocio que le daba para ganarse la vida holgadamente y que le satisfacía plenamente. Aunaron fuerzas y capital, haciendo que la viuda volviera a sentirse segura, y la mayor, gustosa de tener compañía y volver a mangonear a su hermana como cuando eran jóvenes.

Ya en el camarote, la mayor le dijo a la pequeña que se pusiera ropa más cómoda para afrontar la travesía y que en un santiamén estarían en casa. Pero antes de que sacaran otras ropas de su equipaje, un fuerte jaleo se escuchó en cubierta. El ruido era enorme y los gritos de la tripulación armaban un buen jaleo. Las hermanas fueron a ver qué estaba ocurriendo. Al salir a cubierta, los hombres formaban un círculo y no dejaban ver por qué gritaban y reían de manera escandalosa. Valery se acercó y le preguntó a uno de los marineros.

—Un polizón, señora —le contestó el hombre—. Tenemos un polizón. O, mejor dicho, una polizona. Estamos discutiendo qué hacer con ella, si tirarla al agua, que le vendría bien, dicho sea de paso, o darle una azotaina.

El rostro de la mujer se mostró serio, y con toda la contundencia de su potente voz, ordenó que le hicieran sitio para poder ver con sus propios ojos a esa polizona. Y allí estaba Carol, con sus ropas grandes, sucias y malolientes, y con la trenza desecha y el pelo oscurecido por la suciedad, revuelto. El sombrero se encontraba en el suelo. Ella intentaba cogerlo mientras los pies de los hombres lo movían de un sitio a otro, para suplicio de la joven.

—¡¿Qué significa todo esto?! —gritó la francesa, mirando con ojos de loca a los hombres y con los brazos en jarras, marcando su escuálida cintura dentro de un vestido de seda gris claro—. Esta chica viene conmigo, así que ya pueden dejarla en paz. —Por el rabillo del ojo, vio cómo el capitán se acercaba a ella.

—Perdone, señora, ¿esta muchacha andrajosa va con usted y su hermana?

Valery miró al bondadoso capitán y le contestó:

—Sí, capitán. Pagaré el pasaje y asunto arreglado, ¿no le parece?

El hombre la miró detenidamente y no quiso entrar en mayores.

—Bueno, de acuerdo. Pero no quiero suciedad en mi barco, y esta pilluela lleva para dar y regalar —añadió, mirando a la abochornada muchacha mientras pensaba que no tendría más de catorce o quince años, pues tal era el estado de suciedad y desaliño que, junto con los kilos que había perdido, la hacía parecer más jovencita de lo que era.

La mujer la cogió del brazo y la sacó del círculo formado al tiempo que le sonreía al capitán.

—No se preocupe, capitán. Ojalá todas las cosas se solucionaran con un buen fregado.

Las dos mujeres desaparecieron por la puerta que daba a los camarotes, donde esperaba Charlotte.

En menos de media hora, dispusieron de un barreño con agua templada. Las hermanas sacaron sus jabones y lociones para quitar toda la mugre que cubría el cuerpo y el cabello de la muchacha. Hablaban entre ellas y en francés, sin saber que la joven comprendía la mayor parte de la conversación gracias a la buena educación que había recibido, aunque su dominio del idioma no era muy ortodoxo y lo tenía bastante oxidado. Pero cuando el jabón fue haciendo su trabajo y dejó al descubierto la belleza de la muchacha, las dos hermanas quedaron sorprendidas y, sobre todo, preguntándose cómo una jovencita como ella había acabado vestida de hombre y sucia como un estercolero. Por supuesto, estaban dispuestas a averiguarlo y a conocer todos los detalles que fueran necesarios. Entretanto, contemplaban esos ojos verdes, grandes y hermosos, que las miraban como si fueran santas caídas del cielo.

Envuelta en una sábana y con el cabello recogido en una toalla, Carolina sintió que podía respirar tranquila y comenzar una nueva vida mientras sentía el movimiento del barco, sabiendo que se dirigía a Nueva Orleans. Cuando las señoras le preguntaron si era española, ella les contestó que era medio inglesa, y a las hermanas les pareció suficiente. Cuando quisieron saber el porqué de su situación anterior, la joven les dijo que había sufrido diversas calamidades al quedarse sin familia y que había huido de unos hombres que querían venderla para prostituirla, lo que provocó que Charlotte se llevara una mano a la boca para ahogar un grito y que Valery abriera los ojos como platos, para terminar murmurando lo inmundo de la condición humana, y más la condición masculina.

—No te preocupes, querida —la consoló, hablando en inglés—. Con nosotras podrás empezar de nuevo y sentirte protegida y valorada. En

Nueva Orleans empezarás otra vida, vivirás en nuestra casa y te enseñaremos el funcionamiento del negocio, y podrás quedarte el tiempo que quieras. Toda la vida, si ese es tu deseo. —La voz de la hermana mayor sonó contundente. Clavando sus ojos claros en Charlotte, le preguntó—: ¿Estás de acuerdo, hermana?

—Por supuesto que sí —le contestó sin dejar de mirar a Carolina y entusiasmada de tener un miembro más en su pequeña familia. Sería como la hija que nunca tuvo—. Por supuesto que sí, Valery —repitió.

Cuando Edward se enteró de todo, maldijo la hora que conoció al español y maldijo la hora que trató y tramó semejante embrollo. La casa abandonada de Matanzas era de su propiedad, y fue el lugar ideal para retener a la muchacha, pero quién iba a decirle que esos imbéciles serían tan estúpidos y tan confiados para dar lugar a semejante desenlace: ese tipo, muerto, y la muchacha, evaporada. Ahora solo faltaba que cayera en manos de Wallace, y ya para qué las prisas. Le dijo que no quería saber nada de él ni de sus compinches, muerto incluido, que no los conocía y que se largaran de la isla, o les buscaría problemas. Estaba convencido de que le había metido el miedo en el cuerpo y de que, en esos momentos, estarían camino de España o de cualquier otro sitio, donde fuera, pero lejos de su vista. Si no era así, él mismo descargaría toda la pólvora necesaria en ese pecho escuálido y no tendría ningún problema, ni moral ni con la justicia.

Pero cuando esa noche, estando en su despacho, con las puertas abiertas de par en par para dejar que entrara la brisa del jardín, apareció el flaco español, sintió un hormigueo en el estómago al ver la siniestra sonrisa del hombre, y algo en su interior le dijo que debía abrir el cajón donde guardaba el arma. Pero no le dio tiempo. La agilidad de Luis superaba con creces el lento movimiento del inglés. Antes de poder abrir el cajón, notó cómo una cuerda fina rodeaba y se clavaba en su cuello, produciéndole un ahogamiento paulatino e inexorable y haciendo que sus piernas pataleasen. Intentó llevar los brazos hacia atrás para agarrar al español, sin poder creer, antes de comenzar a perder el conocimiento, que ese hombre tan delgado que aparentaba tan poca cosa pudiera tener tanta fuerza y acabar con la vida de un hombre como él. Los brazos y las manos del español no aflojaron ni un solo momento, hasta que comprobó que dejó de patalear. Por si acaso, colocó las manos a ambos lados de la cabeza y le rompió el cuello con un fuerte giro. De esa forma, quedó satisfecho. Guardó la cuerda en un bolsillo y registró los del inglés. Cogió un reloj de oro, una pitillera de plata, todo el dinero que llevaba y le arrancó los botones del chaleco, que eran de plata maciza, y el botón del cuello de la camisa, que sabía que era un diamante, pese a que la

primera vez que lo vio pensó que solo se trataba de un simple cristal de roca. Miró el interior de los cajones, cogió una bolsa con dinero, no tocó la pistola, y revolvió entre los papeles, sin ver nada más que llamara su atención. Con el mismo sigilo que entró, salió, no sin antes apagar las dos pequeñas lámparas situadas a ambos lados de la mesa, esperando que el cadáver no fuera descubierto hasta la mañana siguiente.

Cuando la noticia llegó a la hacienda, Wallace seguía en la ciudad. Al momento, se mandó un mensajero para comunicarle la noticia. Tan pronto como lo supo, montó en su caballo y se dirigió hasta Aguas Claras para estar al lado de Kitty. Le habían dicho que se trataba de un robo, que se habían llevado todo lo de valor del muerto, pero que no penetraron en el resto de la casa. Nadie vio nada, nadie escuchó nada. Nada anormal ocurrió antes del asesinato y nada se descubrió. Y nadie pensó que la muerte de Edward tuviera que ver con la de la española.

Alex consoló a la pobre Kitty, que estaba destrozada, y la llevó en volandas hasta su casa, diciendo que tenía que descansar y asimilar los hechos, y que lo mejor para que eso ocurriera era que estuviera en su casa y rodeada de cariño. De ese modo, las dos mujeres, Kitty y Carmela, se acomodaron en la hacienda, dejando al cargo de todos los asuntos a Alex y Ricardo, que se vieron desbordados de trabajo y de problemas. Ahí fue cuando Nicole aprovechó para dar la noticia de su embarazo: primero, a la madre de Edward, que muy hábilmente ocultó la sorpresa al enterarse de ese modo de que su hijo se había acostado con la esposa de Alex, y luego, al propio cornudo. Wallace no mostró ningún sentimiento al oír la noticia saliendo de la boca de Nicole, incluso pensó que era una broma de mal gusto, pero eso duró poco.

Sin perder la compostura, le dijo que ni soñara con ponerle el apellido de él, pues tenía preparados los papeles del divorcio desde hacía tiempo y solo faltaba la firma de ella, y que si Kitty quería ese nieto, estaba convencido de que no le faltaría ayuda por parte de la mujer y de Carmela. Cuando ella intentó disculparse diciendo que su único deseo habría sido tener un hijo de él y que ella no sintió nada especial por Edward sino que solo lo utilizó para sus fines, Alex levantó la mano para hacerla callar y le dijo que no perdiera el tiempo con explicaciones, porque su relación estaba muerta desde mucho tiempo atrás; es más, él pensaba que ese matrimonio no debería haberse celebrado nunca. Nicole se encrespó como un gato y levantó la voz, bramando que, si él podía acostarse con otras mujeres, por qué no podía hacer ella lo mismo, que tenía sentimientos y necesidades, y que si él las hubiese cubierto, ella no tendría que haber tomado una medida tan drástica. El hombre abandonó la habitación espetando que

una puta siempre buscaba una excusa para su comportamiento. Como respuesta, ella lanzó un jarrón contra la puerta que él acababa de cerrar. No le dirigía la palabra, comportándose como si no existiera, y cuando Kitty hizo el primer y único comentario sobre el futuro bebé, se mostró tan brusco e insensible que la mujer optó por no mencionar el tema nunca más y dejar que los acontecimientos marcaran la pauta a seguir.

Los preparativos para abandonar la isla seguían su curso. Kitty ya tenía decidido que partiría con él para quedarse en Nueva Orleans, donde tenía familia. Por supuesto, Carmela iría con ella, así como algunos de sus más fieles y antiguos empleados; y, por descontado, Nicole. Era la madre de su nieto. Aunque nunca le gustó especialmente, estaba dispuesta a llevarla consigo y tenerla en su futura casa, en espera de cómo se resolvieran las cosas. La francesa necesitaba ayuda y compañía, y teniendo en cuenta la edad que tenía y que era primeriza, agradecería tener a su lado a dos mujeres como ellas.

Por otra parte, la venta de Aguas Claras y de la hacienda de Wallace estaba a punto de cerrarse de manera conjunta a dos hermanos españoles poseedores de minas de plata en Perú, que con sus respectivas familias hacían un total de veinte miembros, entre hijos, esposas y sobrinos. Estaban sobrados de dinero para pagar al contado; eso sí, con una pequeña rebaja aunque no excesiva, ya que las fincas estaban a pleno rendimiento y las plantaciones de tabaco eran de las mejores del Caribe. Y así, Wallace volvía a cerrar otro negocio más, quedando solo el arreglo del galeón, que estaba en dique seco en los astilleros de La Habana desde el viaje en el que había traído a la española. Su deseo era llevarlo a Virginia, a pesar de que era un barco con muchos años y mucho tonelaje. Por esos motivos estaba dando trabajo a destajo, ya que parte de la madera del casco estaba podrida y había que remplazarla, sin contar con el palo mesana y la mayoría de las velas, que también era necesario reponer. A ese paso, la estancia iba a prolongarse demasiado tiempo, y las haciendas tenían que desalojarse en el tiempo marcado.

Fue cuando Wallace le dijo a Kitty que tenían que partir para Luisiana antes de que el embarazo de Nicole estuviera más adelantado y que deberían hacerlo sin él. Una vez que dejaran las casas, Ricardo, María y él se alojarían en el hotel, pasando la mayor parte del tiempo en el astillero para controlar que todo se hiciera al gusto del exigente propietario. Sacó pasajes para el primer barco con destino a Nueva Orleans y para las mujeres y los criados que Kitty quería llevar consigo. Aparte, Wallace añadió seis de sus mejores hombres para hacer el viaje con ellas, con la orden de no volver hasta dejarlas instaladas y sin contratiempos. El resto de la gente que había decidido

abandonar la isla, tanto de los suyos como los de Kitty, lo harían en el barco de Wallace.

Cuando Nicole se enteró, dijo que no quería partir, que si Alex no iba con ellas, prefería quedarse en La Habana. Pero Alex fue tajante al sentenciar que no se trataba de satisfacer sus deseos, sino de lo que estaba establecido, y no habría vuelta atrás. Teniendo en cuenta que la relación con ella era prácticamente nula y que no estaba dispuesto a transigir en nada, fue Kitty la que medió y terminó de convencer a la embarazada para efectuar el viaje. También la mentalizó de que en Nueva Orleans estarían muy bien y de que no debía preocuparse por las personas que conocía ni por las habladurías sobre el futuro hijo y la falta de marido. De hecho, dirían que era viuda, y que suegra y nuera habían decidido establecer su residencia allí, ya que no tenían nada que las uniera a la isla.

Cuando Nicole protestó diciendo que eso no iba a resultar porque todo el mundo que la conocía sabía que se había casado con Wallace y que tarde o temprano saldría a la luz el divorcio y la humillación pública, Kitty la consoló por enésima vez diciéndole que no era una inocente muchacha, que todo eso no importaba cuando la mujer estaba de vuelta de todo y tenía las espaldas cubiertas. Hasta le dijo que una vez que tuviera el bebé, tendría montones de pretendientes llamando a su puerta. Y Carmela y ella misma se encargarían de cuidar al crío, para que pudiera salir y divertirse todo lo que le diera la gana y volver a ser la reina de las fiestas. Fue suficiente para que la francesa olvidara sus circunstancias, al menos a ratos, y para que su mente imaginara un futuro lleno de oropeles y vanidades, solo enturbiado por que Alex no pudiera presenciarlo. En el fondo de su mente, aún creía que podría reconquistar al marido que no se dignaba a mirarla, y cuando lo hacía, era porque no le quedaba más remedio.

Llegó el día de la partida y todos fueron a despedirlas, incluidos Ernesto y Matilde, que todavía no se explicaban cómo los acontecimientos habían discurrido de tal manera: un matrimonio disuelto, una muchacha desaparecida y muerta en extrañas circunstancias y el asesinato de Edward justo después de año nuevo. Todo aquello hizo que los últimos meses de ese año resultaran fatídicos para algunas personas, incluso para la francesa, embarazada del muerto y divorciándose del apuesto hombre que era Alex.

Porque a Matilde siempre le gustó el norteamericano, y si no hubiera sido amigo íntimo de su esposo, no le habría importado coquetear con él, incluso tener una aventura inocente; sin llegar al sexo completo, por supuesto. No era tan tonta como su amiga, dejándose embarazar por el inglés. Mira ahora dónde y cómo se veía: camino de otra ciudad, preñada y sin un hombre a su lado. Cada vez estaba más convencida de que Nicole no supo jugar sus cartas y no

tuvo la inteligencia necesaria para saber llevar a ese marido, a ese hombretón que era un bombón para la vista, quien además tenía gallardía y era rico, muy rico. Si hubiera hecho oídos sordos ante ese tonteo con la española, Matilde estaba segura de que él se habría cansado, y tal vez, si ella hubiera sido más cariñosa y no tan soberbia, quién sabe, igual lo habría reconquistado. Pero tal vez estaba equivocada y Nicole tendría que volver a nacer para cambiar esa forma de ser tan engreída, fría y un tanto endiosada. Pero, bueno, ella ya empezaba a echar de menos a su amiga francesa, incluido su mal carácter, y Ernesto tendría ese sentimiento para con su amigo, pero unos meses más tarde.

La despedida de Wallace fue alegre y cariñosa con Kitty y con Carmela, pero fría y distante con Nicole. Aun así, cuando esta lo abrazó, no quiso ser descortés y dejarla en evidencia ante los demás. Sin embargo, se mantuvo envarado, y no pudo evitar apretar los dientes cuando le susurró: «A pesar de todo, sigo queriéndote como el primer día, y soy capaz de esperarte toda la vida». Los gélidos ojos la miraron, pero de su boca no salió palabra alguna, produciendo en la mujer un estremecimiento interno al no saber interpretar esa falta de diálogo si como esperanza o como ruptura total. Esa tensión que se notaba, más que la humedad del ambiente, la cortó María al volver a abrazar a las mujeres mayores. Las risas de Carmela se contagiaron a casi todos los presentes, y se prometieron mutuamente que no tardarían mucho tiempo en volver a verse.

El barco zarpó. Los que se quedaron en La Habana se despidieron de Ernesto y Matilde, que volvieron a su hacienda. No pasaron desapercibidas para más de uno las miraditas que Matilde le lanzó a Wallace. Cuando se acomodaron en el carruaje, el marido le dijo entre risas que no fuese tonta y no hiciera el ridículo, ya que Wallace no era de esos que se acostaban con las mujeres de los amigos. Eso provocó un gesto de enfado en la mujer y una manera de ponerla en su sitio, aparte de que no quedara como una tonta o, peor, como una puta.

Capítulo 12

Como su deseo era que el galeón quedara en perfectas condiciones, utilizando las mejores maderas y no reparando en gastos, las semanas pasaron y los meses también. Los hombres que acompañaron a las mujeres las dejaron alojadas en una gran mansión en la ribera del río Mississippi, propiedad de unos amigos íntimos de Kitty y su difunto esposo, mientras miraban y decidían qué casa comprar, pero sin apremiarse demasiado, como le contaba la anciana en las continuas cartas que mandaba.

Esperaremos a que nazca el niño. Estamos muy a gusto aquí. Y a pesar de que Nicole se queja de todo, la realidad es que mis amigos nos tratan de maravilla. Y si no queremos vernos las caras de continuo, tenemos nuestras estancias privadas para hacer lo que nos apetezca.

Por otra parte, a Nicole no le gusta ninguna casa de las pocas que hemos visitado; a todas les pone pegas. Lo que más me preocupa es que te menciona constantemente, diciendo: esto no le gusta a Alex o esto otro no será del acomodo de mi marido. Me vi obligada a recordarle que ya no tiene marido y que tú no vas a vivir en la casa que compremos. Y, sinceramente, Alex, me dio miedo la cara que puso y el silencio que surgió los días siguientes. De hecho, guardo tus cartas en una caja bajo llave, y esta, dentro de un cajón, también bajo llave, ya que la he pillado registrando mi alcoba en busca de tus cartas. A pesar de que le cuento lo que tú escribes en estas, cree que le oculto información sobre lo que piensas de ella, y más de una vez me ha exigido que se las deje leer, a lo cual me he negado; no por nada, pero no voy a tolerar que me mangonee y que se piense que los demás estamos a su servicio, como si de criados se tratara. Y por ahí no paso. No me cabe duda de que está melancólica y muy irritable con su situación. Y tengo que añadir, sintiéndolo mucho, que no aparenta querer a ese hijo que está por nacer.

En fin, Carmela y yo intentamos que se anime, pero resulta difícil, pues es una mujer demasiado complicada para mí, pero por mi nieto estoy dispuesta a lo que haga falta.

Wallace guardaba las cartas en un cajón de su escritorio y procuraba contestar en el acto o, mucho a tardar, al día siguiente, aunque sus cartas eran cortas y concisas. Solo hablaban del futuro y del presente, pero nunca del pasado, y como no era ni sentimental ni romántico, su mano jamás escribía que se sentía solo y que no dejaba de recordar a Carolina. Que por las noches, antes de dormir, su mente recorría cada momento que pasó con ella, desde el primer día que lo deslumbró con esos ojazos verdes y esa boca tan hermosa; la noche que la vio desnuda, de espaldas, mostrando ese culo tan bonito; cuando la tuvo en sus brazos al morir la madrina; la rabia e impotencia que sintió cuando le robó y se escapó, pasando por el placer morboso que sintió cuando llegó la nota del judío y fue a la

casa para no dejarla escapar, y todos y cada uno de los encuentros íntimos que habían tenido, desde los besos robados en el corredor de la casa de la hacienda hasta su primera vez en La Casita.

La alfombra manchada con su sangre virgen estaba colocada debajo de su escritorio, rozando sus pies, recordándoselo a cada vistazo, a cada momento, y fue una suerte que Rosa se diera cuenta estando él ocupado con unos documentos y mandara llamar a una criada para que en cuanto el señor abandonara el despacho trajera agua y estropajo para limpiar la preciosa alfombra. Pero esa voz profunda y grave, junto con esa mirada gris plata, la dejó de piedra. «Ni se te ocurra limpiar esa mancha», le dijo. Ella comprendió, tragó saliva y mandó salir a la criada, con ella detrás.

Sus encuentros sexuales continuaban, pero la viuda sabía de sobra que solo se trataba de eso, y que a pesar de que ya no tenía esposa, ella no tenía nada que hacer. Alex no eyaculaba dentro de ella; nunca, haciendo gala de su sangre fría y satisfaciendo un deseo del cuerpo, nada más. Su carácter era hosco la mayor parte del tiempo. Se mostraba más amable y cariñoso con su sobrina e intentaba controlar el mal genio con los demás, pero lo descargaba con Ricardo cuando no aguantaba más. Sabía que su fiel amigo entendía; más de lo que se decía, más de lo que hablaban. El mestizo esperaba que con el tiempo todo se calmaría y que conociera pronto a otra mujer que le hiciera olvidar a la anterior: la preciosa española. Pero parecía que no era el momento adecuado, ya que su afán era terminar con las reparaciones del galeón —que se habían retrasado más de la cuenta por un pequeño huracán que había puesto patas arriba varias embarcaciones, librándose el galeón de este por los pelos— y poner rumbo a Virginia para comenzar de nuevo, esperando que, al estar en otro país, en otro entorno, terminara de olvidarse de la muchacha.

Cuando Dorita, una de las criadas del hotel, le dijo a la viuda que otro inglés había muerto de manera violenta, Rosa frunció el entrecejo al oír el nombre del fallecido: Thomas Kostner, amigo de Marlowe y socio en algunas operaciones mercantiles. Estuvo invitado a la fiesta de los Marlowe, pero en el último momento se disculpó por no poder asistir debido a una repentina enfermedad. La viuda se preguntó quién estaría detrás de esas muertes, porque todo apuntaba a una misma persona, ¿o no?

Era su lema: cuando una muerte es necesaria, se ejecuta y a otra cosa. Luis Vázquez ahora, Enrique Montalva o Montalván, según le daba la idea, en otras ocasiones. Cualquier nombre que le gustaba se lo adjudicaba. Estaba irreconocible: bien vestido pero sin llamar la atención, pulcra limpieza, con el cabello ni largo ni corto y con una barba espesa pero bien recortada, haciendo que su rostro se viera más

anodino y que sus ojos no llamaran tanto la atención. Aparte de eso, todos los días ensayaba gestos, sonrisas y formas de hablar, moviendo las manos con sutileza, imitando a hombres en los que se fijaba delante del espejo cuando se arreglaba la barba, con la finalidad de parecer simpático, agradable, con clase, intentando ocultar su verdadera personalidad y, sobre todo, queriendo creerse que no provenía de los bajos fondos, del umbral de la miseria y la ignorancia, del pozo de la pestilencia de donde emergen todas las degradaciones y donde uno convive con ellas de tal manera que los actos más viles parecen los más normales. Y al final te recreas con esas barbaries, las propias y las ajenas, creyendo que lo anormal es el resto del mundo.

Se movía entre La Habana, Matanzas y algún sitio más. Para mantener el tren de vida aparentando lo que no era, necesitaba dinero. Y lo mejor para conseguirlo era robarlo. Y lo mejor de los robos era no dejar testigos. Tenía muy claro que no iba a cargarse a un español; no por ser compatriota, pues eso a él no le importaba, sino porque sería más fácil que las autoridades se pusieran nerviosas ante tales circunstancias. Sin embargo, al ser extranjero, estaba convencido de que no les preocuparía de igual forma. Pero de lo que no estaba al tanto era de que el gobernador de La Habana había puesto especial atención en el asesinato del inglés y había mostrado cierto deseo de agradar a la señora madre cuando le dio el pésame, pero cayendo pronto en el olvido.

Por otra parte, no pensaba matar a diestro y siniestro. Esta muerte era una forma de ampliar el capital durante una larga temporada a la espera de que el norteamericano diera el siguiente paso. A Kostner lo vio un par de veces en Aguas Claras, y supo por el mismo Marlow dónde vivía, sus costumbres, la gente que habitaba su casa y algunas cosas más. Fue la mar de sencillo. Solo tenía dos criados, y estaban durante el día, y la mujer o la amante, una mestiza, pasaba temporadas en la casa, y el resto del tiempo, en casa de los padres. De esta forma, la noche que Kostner se encontraba solo, Luis se coló por la parte trasera de la casa y, sigiloso como era, descubrió al hombre dormido en su sillón, en un salón apenas alumbrado. Usó la misma cuerda con la que estranguló a Marlow, rompiéndole el cuello seguidamente, por si acaso. Todo facilísimo. Quitó las joyas y unas cuantas monedas que llevaba el muerto y continuó con un exhaustivo registro de la casa, cogiendo en su camino plata, piedras preciosas y oro, mucho oro. Recordó que el inglés comentó de manera despectiva que Kostner guardaba mucho en su casa porque no quería utilizar los servicios de otros, pero teniendo en sus manos ese tesoro, nunca pensó que fuera a encontrar tantas monedas de oro y plata. Su amarillenta sonrisa no cabía en el rostro enjuto y afilado del gozo que sentía. Era como forzar a una mujer, una y otra vez, sintiendo el dolor y la sangre

de ella. Casi tuvo ganas de masturbarse allí mismo, en el salón, junto al muerto, pero decidió dejarlo pasar y salir de allí cuanto antes, aprovechando la noche sin luna. Volvería a la casita alquilada en la otra punta de la ciudad y pondría ese botín a buen recaudo para que nadie le hiciera lo mismo que hacía él.

Cuando necesitara canjear las joyas o los metales, se desplazaría a Matanzas, incluso a Trinidad, a Puerto Príncipe y hasta a Veracruz, sin importarle las distancias y soñando, mientras viajaba a esas ciudades, con ser un comerciante de tabaco, caña de azúcar o café. Pero esos sueños duraban poco, pues no tenía un barco como Wallace. Y, para qué iba a engañarse, él no era un hombre de negocios. Es más, no sabía negociar. Lo suyo era otra cosa. Además, aunque así hubiera sido, él tenía otra meta en la vida, por lo menos la más cercana, y era matar a Wallace. Y esa muerte tenía que ser planificada, porque ese tipo no era como los que había matado en las tierras del Nuevo Mundo o en España. Ese hombre era un hueso duro de roer, y la mejor manera sería pillarlo por la espalda sin que le diera tiempo a reaccionar. Sin embargo, eso no tenía aliciente, porque lo que él quería era que le viese la cara, que lo reconociera, y poder decirle lo que había hecho con la muchacha, para ver qué cara pondría cuando oyera que la hermosa española no había muerto en la posada, sino que se había escapado después de ser violada varias veces por él y por sus hombres y que estaría en algún lugar retozando con unos y con otros. Sí, ese era su máximo deseo: vengarse a conciencia.

Y para conseguir su meta, estaba aprendiendo inglés; un poco chapuceramente, todo sea dicho. Lo que aprendía se lo enseñaba al bruto de Carlos, porque siempre venía bien tenerlo como guardaespaldas. Le había conseguido un trabajo en un matadero de Matanzas, convenciéndolo de que era mejor que él estuviera allí, ya que juntos llamaban mucho la atención y no había necesidad de ello. El bobo de Carlos no estaba al corriente de las fechorías del otro, y era mejor así; cuanto menos supiera, mejor; si nada sabía, mejor todavía.

Recorriendo las calles de las ciudades que visitaba y de los pueblos o aldeas en los que paraba, siempre movía la cabeza de un lado a otro, desplazando sus ojos sobre todas las mujeres jóvenes y no tan jóvenes, y teniendo el presentimiento de poder ver esa carita de ojos verdes y boca pecaminosa, deseándolo y temiéndolo al mismo tiempo. Pero según pasaban días, semanas y meses, fue convenciéndose de que la muchacha, de algún modo, había abandonado la isla. Aun así, siguió escrutando los rostros de las mujeres, mirando fijamente más de una vez cuando la cabeza iba cubierta con un velo o mantón, para terminar preguntándose dónde diablos estaría y cómo y con quién habría logrado escapar.

Los hombres fumaban y saboreaban un estupendo ron mientras esperaban la comida en una taberna de la plaza de Armas. Contemplaban la lluvia torrencial, que pronto cesaría, y conversaban sobre los últimos acontecimientos, que no eran otros que la sucesión de asesinatos. Alex estaba convencido de que la muerte de Marlow y esta última guardaban relación, y Ricardo opinaba lo mismo. Es más, tenían sospechosos, pero no pruebas, pues, para empezar, desconocían el paradero de los tres marinos que tuvieron con ellos.

—Pero ¿dónde están? —quiso saber Ricardo.

Alex soltó el humo despacio, sin dejar de observar a una preciosa mestiza que se acercaba con la comida. Su gélida mirada gris recorrió el contorno del escote, recreándose con las pequeñas redondeces y unas gotitas de sudor que resbalaban entre ellas hasta desaparecer por el corpiño floreado. La joven, al llegar a la mesa, sacó la punta de la lengua y se humedeció los gruesos labios, incitándolo, provocándolo para que le dijera algo o que dejara caer esa mano grande y bella sobre su culo. Sin embargo, nada de eso ocurrió. La mirada plateada continuó mirándola, pero esas bellas manos seguían sosteniendo el cigarro y el vaso de ron. «Todos los días igual», pensó la joven mestiza, ansiosa de que el hombre le dijera algo, la invitara a la habitación de su hotel y le hiciera el amor para así poder ser su amante, aun sabiendo que la viuda seguía ocupando ese puesto.

—Eso quisiera saber. Tres tíos juntos y con esas características no pasan desapercibidos —apuntó mientras la muchacha servía la comida. Él, cansado del jueguecito, miró a su amigo—. Seguramente, no he estado atento, pero juraría que no he visto a ninguno en la isla. El gigante no pasa desapercibido, y los otros dos lo tienen más fácil.

—¿Piensas entonces que el flaco pudo colocarse de capataz? —le preguntó Ricardo, cogiendo un trozo de pan y mojándolo en la salsa de la carne.

—Es posible. Lo creo el más capaz de los tres, el más inteligente. Es más, creo que tiene que haberse arrepentido muchas veces de la tontería que cometió en el barco. El alcohol le jugó una mala pasada. —Su respuesta fue fría y su mirada se perdió en el vacío.

—Sigues creyendo que la muchacha se fue con él o con ellos —concluyó el hombre, mirando fijamente a su joven jefe y amigo.

Wallace volvió al presente y clavó la mirada en él mientras atacaba la carne con saña.

—¿Por qué no? Puede ser que se fuera con él, o con ellos; o puede ser que la obligaran, que la engañaran o que la secuestraran. Cojones, no sé qué pensar, no sé si ese cuerpo quemado era el de… —Dejó la frase sin terminar.

—Si la muchacha hubiera estado viva, si hubiera cogido un barco, lo sabríamos con una seguridad casi del cien por cien. Y si siguiera en

la isla, también lo sabríamos. Esto no es tan grande, Alex. Sin olvidar lo que se llevó —argumentó, sin dejar de masticar.

—Sí, me cago en la puta, tienes razón. Lo hizo dos veces. ¡Qué cojones! Nadie la secuestró, nadie la forzó a hacer nada que ella no quisiera. La muy cabrona cogió lo más valioso y que ocupaba menos y se fue. No hay nada más que decir.

Se hizo un silencio y Ricardo no añadió ningún comentario, sabiendo que todavía le dolía, mientras veía cómo encendía otro cigarro y daba por terminada la comida.

Después de dar una profunda calada y fijando su mirada en la lluvia que comenzaba a amainar, continuó:

—Por otra parte, pillar al asesino no es tarea sencilla, pero tampoco han dedicado mucho tiempo a investigar. Si hubieran matado al gobernador, habrían movido más el culo. O si los muertos hubieran sido españoles, la cosa sería diferente. Si ha sido el mismo hombre y vuelve a cometer otro crimen aquí, en la ciudad, con las mismas características, la cosa se pondrá fea.

Estaban al corriente, después del asesinato de Kostner, de que más de un extranjero de los que vivían en la isla habían reforzado la seguridad de sus casas.

Los dos hombres fijaron la vista en la mulata, que se contoneaba descaradamente mientras servía otra mesa cercana. Un hombre con el pelo canoso le colocó una flor en la oreja y le dijo algo al oído, lo que provocó que la mulata riera tímidamente y, de reojo, buscase los ojos plateados.

—Esa lleva tiempo buscándote —advirtió el hombre mayor, pasándose una mano por la barba de varios días y rascándosela a conciencia.

El atractivo rostro del norteamericano sonrió con picardía.

—En otros tiempos, hace días que estaría en mi cama. Ahora me encuentro bastante hastiado de las mujeres.

Ricardo elevó las cejas en actitud de sorpresa.

—No jodas, Alex. Cuando tengas mi edad, entonces querrás y no podrás. Aprovéchate ahora —soltó al tiempo que se levantaban de la mesa y Wallace dejaba unas monedas.

Mientras reía entre dientes, dejó a la mulata con la mirada ansiosa y el ánimo por los suelos.

—Vamos al astillero. Y deja a las mujeres aparte. Solo traen problemas.

—Un día encontrarás una que solo te dará felicidad, ya lo verás —vaticinó Ricardo.

Salieron al húmedo día y pusieron rumbo al astillero. Wallace no dijo nada, porque nada tenía que decir.

Esa noche, cuando llegó al hotel, una carta esperaba en su

despacho. Era de Kitty, y le comunicaba que Nicole, que había parido un niño muerto, se encontraba muy mal y que el doctor había dicho que no duraría mucho tiempo. Le pedía, si podía ser, que fuera al encuentro de ellas. Seguían viviendo en la misma casa, y sería un gran apoyo su presencia en esos tristes momentos.

A los dos días de recibir la carta, partió a Nueva Orleans, dejando a Ricardo al mando de todo, y a María, enfadada por no llevarla con él. Cuando llegó y vio el crespón en la puerta, imaginó lo peor, y así lo confirmaron los hermosos ojos de Kitty, tristes y enrojecidos de tanto llorar. Sintiendo pena por la mujer, decidió quedarse unos días más de lo pensado y comprobar cómo las mujeres disfrutaban de su compañía, poniéndolas al corriente de los últimos acontecimientos en la isla. No aceptó la invitación de los amigos de Kitty para acomodarse en una de las muchas habitaciones de la enorme mansión; no por nada, pero le gustaba la independencia e intimidad que le daba un hotel. De paso, aprovecharía para hacer algún negocio y comprarle un regalo a María y a las damas.

Al quinto día de estar en la ciudad, al pasar por una tienda con un pequeño pero llamativo escaparate, lleno de sombreros y demás perifollos femeninos, decidió entrar. En el letrerito lateral, debajo del balcón de la vivienda de la o las dueñas de la tienda, rezaba Le Coquette. Pensó que era más que adecuado, ante ese escaparate coqueto y femenino a más no poder. No podría decir que la mujer de mediana edad que salió a su encuentro era coqueta, atractiva o demasiado femenina, pero él, un hombre acostumbrado a negociar, se dio cuenta al momento de que era una negociadora nata.

En menos de diez minutos le vendió varios sombreritos, a cuál más caro, unos delicados guantes de tul rosa, que Wallace sabía que a María le gustarían mucho, y unos echarpes traídos, según dijo la mujer, de la India, lo cual él no puso en duda. Otros cuantos minutos más para envolver primorosamente la mercancía —sin contar con la aparición de otra dama, de edad similar y más atractiva pero no tan avispada, que trajo las sombrereras del almacén interior— dieron para intentar averiguar si el cliente era de la ciudad, si iba a estar mucho tiempo y si tenía familia con él. Con su atractiva sonrisa, encandiló a las damas, que no dejaban de mirar ni un solo centímetro cuadrado de su persona, hablando con evasivas y sin confirmar, ni dar a entender, si estaba casado o soltero, si tenía hijos o cuánto tiempo pasaría en la ciudad.

Así que, cuando todo estuvo bien empaquetado, Valery le preguntó la dirección de su hospedaje para llevarle la mercancía y así poder averiguar algo más de ese espécimen de hombre que, si estaba libre, era perfecto para Carolina. No era común en un solo hombre encontrar tantos atributos: encantador con las damas, tanto que estas

lo contemplaban como hacía mucho tiempo que no miraban a un caballero, y la conjunción de atractivo físico, inteligencia, encanto y saber estar, sin olvidar un toque de fino humor. Pero no hubo opción. Se quedaron con un palmo de narices cuando Alex les dijo que no era necesario, que él mismo se llevaría los paquetes porque esa misma tarde partía de viaje.

Antes de cargar con las cajas, besó galantemente las manos de las dos mujeres, haciendo enrojecer a la tímida Charlotte y que los claros y pequeños ojos de Valery se abrieran de par en par, no estando acostumbrada a esos gestos, y jamás de un hombre con semejante planta. Las dos hermanas se pegaron al cristal de la puerta y vieron cómo ese cuerpo masculino, de anchas espaldas y fuertes brazos, colocaba los paquetes en un coche de alquiler, subía de un salto y, cogiendo las riendas y chasqueando la lengua, hacía que el caballo se pusiera en marcha, alejándose así de las miradas curiosas, que lo siguieron hasta que el carruaje torció la siguiente esquina.

—Qué lástima, Charlotte. ¿Te imaginas qué pareja tan bonita habría hecho con nuestra Carol? Un hombre así necesitamos para ella.

Charlotte miró a su hermana y movió la cabeza una, dos y tres veces.

—De verdad, qué guapo —añadió la pequeña con un suspiro—. A pesar de que somos viejas, todavía tenemos sangre en las venas, y nos corre más deprisa cuando vemos semejante hombretón. Qué lástima que la niña no estuviera aquí para verlo. Segura estoy de que esos ojos plateados no se habrían despegado de nuestra pequeña en cuanto la hubiera visto. Ya lo creo, ese hombre hace caer la baba, lo mismito que nuestra Carolina. Lo mismito, lo mismito.

Había engañado a las señoras, ya que no se iba hasta el día siguiente, y esa noche les ofreció los regalos a sus amigas. El bello sombrero negro, de raso y encaje, para Kitty, y el azulón con una laboriosa flor amarilla y verde a un lado y una tupida redecilla en azul más oscuro para Carmela, que gritó de puro contento y no tardó en colocárselo para ver cómo contrastaba con su piel canela. Se relamió con los halagos pronunciados por Alex al decirle que tenía la piel más tersa y el color más bonito de todas las mujeres que conocía. Las dos mujeres rieron, y la mulata le contestó que no había conocido un hombre más mentiroso que él.

Cuando las bromas pasaron, él se puso serio y quiso hablar pausadamente con Kitty en presencia de la amiga:

—Puesto que no habéis comprado una casa, ¿por qué no os planteáis venir a vivir conmigo a Virginia? Aquí, en Nueva Orleans, estáis solas, no tenéis familia. Mi casa será vuestra casa, y María estará encantada de teneros a su lado. Y, por qué no decirlo, yo me sentiría mejor sabiendo que vosotras cuidaréis de ella cuando yo esté fuera.

Seremos una familia: vosotras, María, Ricardo y yo.

Kitty lo miró detenidamente. Wallace sonrió ante ese escrutinio severo y le preguntó qué quería saber.

—¿No hay ninguna mujer? —comenzó ella—. ¿No piensas volver a casarte?

Alex dejó de sonreír. Cogió las arrugadas pero suaves manos de la anciana y clavó su mirada en esos bellos y penetrantes ojos azules.

—Vosotras seréis las señoras de la casa. No habrá ninguna señora Wallace. No tengo intención de volver a casarme, al menos en los próximos diez años —añadió medio en broma, medio en serio—. Así que mi deseo es que vosotras cuidéis mi casa, a mi querida María, y que veléis por todos los isleños que van a venir con nosotros y que, seguramente, necesitarán de vosotras en más de una ocasión.

No fue necesario decirlo dos veces. Las mujeres dijeron que sí.

Saliendo al jardín con una a cada brazo, pasearon durante unos minutos mientras oían los truenos en la lejanía pero acercándose poco a poco y ultimaban todos los detalles. Comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia y entraron en la casa.

Como una vez que emprendieran la marcha definitiva no tenía pensado pasar por Nueva Orleans, los tres volvieron a La Habana y las mujeres se alojaron en el hotel. María saltó de alegría, aunque no así la viuda de Medina, que lloraba lo suyo cada vez que se quedaba sola. Tenía el orgullo herido, y qué decir del corazón. Le había llegado al alma que Alex se llevara a la madre de Marlow y a esa mestiza medio bruja y a ella la dejara abandonada, ahora que no tenía esposa y que la bonita niña estaba muerta y bien muerta, a no ser que la vieja Carmela tuviera razón y no lo estuviera. Eso fue lo que escuchó, al pararse frente a la puerta de Kitty con un manojo de prendas en la mano que le había cogido a una criada para llevarlas ella y de ese modo hablar con la dama y sonsacarle todo lo que pudiera. Pero cuando sus nudillos iban a tocar en la puerta, se detuvo y pegó la oreja para escuchar la voz grave de Carmela, que decía:

—La niña no está muerta, Kitty. La veo continuamente en mis sueños, y cuando eso ocurre, es que está viva. Jamás en la vida he soñado con muertos. Nunca. Ni con mis papás, ni con ninguno de los míos, ni con los más queridos, ni con los odiados a muerte. Jamás. Y desde que eso pasó, la habré visto montones de veces. Al principio, era como pinceladas en un lienzo en blanco, pero desde hace unos meses, sueño con ella de manera clara y precisa.

Ella, que creía a su amiga y que estaba convencida de sus poderes, le preguntó:

—¿Y dónde está? ¿Puedes verlo?

Carmela movió la cabeza, como si siguiera el compás de un baile.

—Ah, si eso fuera tan fácil… No, no lo sé. Pero sí sé que está bien y

que las personas que tiene a su alrededor la quieren y la protegen. Y te diré más, ella no se escapó; se la llevaron.

Las mujeres se quedaron calladas durante unos segundos, y fue Kitty la que preguntó:

—¿Crees que deberías decírselo a Alex?

Carmela movió la cabeza con lentitud, negando.

—No, no diré nada. Sabes muy bien que él no cree en estas cosas, y lo único que conseguiría sería ponerle mala sangre.

Kitty soltó un suspiro y cogió la mano de su amiga.

—Tienes mucha razón, como siempre. Ahora, vamos a ver si María ha terminado sus clases y damos un paseo.

A la semana de partir El Virginia, Rosa de Medina conoció a Luis Vázquez. Estaba tan desanimada, que hablar con un compatriota y que fuera desconocido y casi recién llegado a la isla le soltó la lengua. El hotel se había vendido a un español, quien estuvo encantado de conservar a la viuda como gobernanta. Ella esperaba conseguir los mismos favores que le otorgó al norteamericano, ya que él tenía a la esposa y demás familia en España y era libre como un gavilán.

De ese modo se lo explicó Rosa a Luis:

—Conservo el trabajo, hago que el hotel siga funcionando y, de paso, caliento la cama del nuevo dueño mientras esté aquí. Bueno —decía mientras bebía un trago de ron y la oscura mirada del hombre no se despegaba de ella—, me consuela que no estará todo el año. Una vez que llegue, comenzaré a contar el tiempo que falte para que se vaya.

—¿Tan malo es? —le preguntó el hombre.

Ella se fijó en la barba rojiza y bien recortada, que era mucho más clara que el negro y pulcro cabello, y en los ojos, negros como los de un moro. «No es feo —se dijo a sí misma—. Tiene un atractivo siniestro, con esa nariz aquilina y ese rostro alargado, aunque los dientes están muy amarillentos… Pero, bueno, qué delicada estás. ¡No van a ser todos como Alexander Wallace! Y por lo menos este los tiene todos, no como el nuevo dueño, que, aparte de podridos, le faltan la mitad».

Su mente volvió al presente al oír de nuevo la pregunta:

—¿Tan malo es?

Y como una cotorra, se explayó hablando con su nuevo amigo. Se hicieron confidencias y se vieron casi todos los días durante un rato para hablar, hablar y hablar.

Capítulo 13

Antes y después de la Guerra de Independencia, la población en su mayoría era rural, y en 1790, el estado de Virginia rondaba los setecientos mil habitantes. Había una ausencia total de grandes ciudades en todo el territorio nacional, siendo Nueva York una de las grandes, y solo tenía algo más de treinta mil habitantes. Se calculaba la población total en unos cuatro millones de personas, de las cuales setecientos mil eran esclavos negros. Las tierras de Wallace en el estado de Virginia comenzaron con las que heredó de su madre y sus abuelos, y fueron ampliándose con la compra de las lindantes, hasta adquirir unas dimensiones considerables. Uno de los límites se encontraba a quince kilómetros al norte de Richmond, y era mucho más grande que la de Cuba.

La casa ya estaba construida, pero hubo que hacer bastantes reparaciones y reformas, ya que llevaba deshabitada muchos años debido a que el padre de Alex era abogado y nunca quiso vivir allí porque el medio rural no era lo suyo y quería dedicarse a otras cosas más lucrativas y menos agotadoras físicamente. La dejaba para pasar algunas temporadas. Más tarde, también dejó a su esposa e hijos en compañía de los criados para él vivir la mayor parte del tiempo en Richmond. Una vez que su esposa murió, permitió que fuera desmoronándose. Fue Alex el que se encargó de hacer las reparaciones más urgentes para evitar males mayores una vez que su padre murió, encontrándose así libre para hacer lo que le diera la gana. Y ahora, con los hombres que tenía, la casa quedaría en magníficas condiciones, emulando la época en la que su madre vivió allí, la misma que Kitty conoció cuando era jovencita, antes de que su madre enviudara, volviera a casarse y se marcharan a Nueva Orleans.

Una vez hechas las tareas mayores, las mujeres se encargaron de la decoración de las habitaciones terminadas y de acoplar todo lo que habían traído de la isla; hecho eso, si es que se necesitaba, acudirían a la ciudad para comprar lo necesario, si es que les acomodaba. Tanto Kitty como Carmela daban órdenes a diestro y siniestro, haciendo las delicias de María, que estaba feliz y contenta de encontrarse en la tierra de sus antepasados y donde ella nació. Aunque el clima difería

bastante de Cuba, no le importaba; al contrario, tenía ganas de que llegara el invierno y abrigarse con gorro, guantes y gruesas pellizas. «Ten cuidado con lo que deseas —le decía Kitty entre risas—. Añorarás el calorcito cuando la humedad nos cale los huesos y las chimeneas estén encendidas a todas horas». Pero a ella no le importaba, porque ese paisaje le encantaba, porque había verde por todos los lados y porque sus bonitos ojos se iluminaban mirando los valles, los frondosos bosques y esas montañas antiguas con relieves suaves producidos por la erosión de la lluvia, del viento y de los glaciares.

El tío Alex le había dicho que los montes Apalaches abarcaban desde el sur, más abajo de donde estaban ellos, hasta muy al norte, muy por encima de las trece colonias, más, mucho más, pues él comentó que llegaban hasta las islas de Terranova y Labrador. Y luego estaban los ríos. Unos iban haciéndose más grandes según se acercaban a la bahía de Chesapeake, y otros, que en verano eran riachuelos pero con la llegada del otoño y el invierno se convertirían en fieros brazos de agua, inundaban zonas que ahora pisaba con sus botas nuevas.

Definitivamente, le gustaba su país y cómo el inglés formaba parte de su vida. No le ocasionaba ningún problema hablarlo habitualmente y enseñárselo a los isleños que habían viajado con ellos. Tío Alex le dio permiso, y tres días a la semana, durante hora y media, Kitty y ella le daban clase a todo el que quisiera aprender, haciendo todo lo posible, mordida de labios incluida, para no reírse de las burradas que decían algunos y de los enfados de la mayoría, que se quejaban y decían que con hablarlo sería suficiente, que eso de que las palabras se escribieran distinto de la pronunciación era un tostón y que todos los idiomas deberían ser como el español: escribirlo igual que hablarlo. Kitty les dijo que tenían que hacer un esfuerzo y que no se quejaran tanto, puesto que ninguno sabía escribir y que ahora sería una buena ocasión para aprender los dos idiomas, pues era conveniente que tuvieran conocimientos hablados y escritos para que en un futuro no los engañaran. «¿Para qué? —decían estos—, si aquí vamos a tener de todo y no tenemos que juntarnos con el resto del mundo». «Pero más de uno querréis gastar algo de vuestro dinero en ropa, calzado o alguna chuchería», añadía María, dejándolos pensativos durante unos breves momentos. Después zanjaba la cuestión diciendo que esa circunstancia no se daría y que sería el amo Wallace el que compraría y pagaría todo lo necesario.

Las mujeres, a la casa grande, y los hombres, a construir viviendas para todas las familias. Hacían un total de sesenta y dos personas: cuarenta hombres, veinte mujeres y doce niños, sin contar los que venían en camino. Eran de todos los colores: blancos, indígenas,

negros y mestizos. Se planificaron viviendas de dos y tres dormitorios, una sala cocina, una letrina en la parte trasera y un lavadero de ropa, cerca de las viviendas, que se abastecía de agua de uno de los muchos pozos que había. Para los solteros, un pabellón aparte, pero cerca de las viviendas familiares. La casa grande tendría un servicio permanente que ocuparían las habitaciones de servicio, y en caso de que se necesitara más personal, habría que contratarlo, pero Wallace esperaba que no fuera necesario.

Fue una época de mucho trabajo para todos, sin embargo, estaban contentos y no les importó; primero, porque habían ido voluntariamente, y segundo, porque conocían a su jefe y sabían de sobra que, aunque hubieran cambiado de país, él seguía siendo el mismo. Por ese motivo, cuando iban a comprar animales, semillas o cualquier aparejo que se necesitara, los hombres acudían en tropel para acompañarlo y él debía elegir a unos u otros. Se compraron vacas, gallinas, cerdos, conejos, corderos, ovejas, cabras… Se prepararon los huertos para sembrar todo lo que iba a consumirse y a venderse, desde patatas hasta cualquier verdura, pasando por tabaco, maíz, trigo, avena y cacahuetes, sin contar con las manzanas, ya que había más de cien manzanos y ya se le daba salida a nivel comercial. De ese modo, serían una comunidad independiente, capaz de subsistir por sí sola y de dar salida a todos los excedentes. Se adquirió una buena cuadra de caballos, desde los más resistentes para el trabajo, pasando por yeguas de cría y hasta varios hunters irlandeses, siendo uno de ellos el caballo del amo.

Pronto les llegó el rumor a las gentes de los alrededores, incluso hasta la ciudad, de que Wallace no tenía esclavos, porque todos esos indígenas, negros y mestizos cobraban un salario igual que los blancos y que eran libres de hacer lo que quisieran. Las buenas gentes pusieron el grito en el cielo. «¡Qué barbaridad!», decían unos. «Está loco», lo acusaban otros. «Tiene que ser muy rico», opinaba la mayoría. Wallace ni lo negó ni lo afirmó, ya que el tema de los esclavos era muy delicado. Y a pesar de que en 1619 llegaron los primeros negros africanos y se los trató como a criados contratados, en las mismas condiciones y con las mismas libertades que los blancos, eso solo duró unos años, para cambiar radicalmente en 1661, cuando se aprobaron leyes sobre el trabajo esclavo y desapareció cualquier atisbo de libertad que hubiera habido anteriormente. Eso sin contar con los criados ligados por contrato, traídos de Europa, que producían el recibo de más tierras por cada criado que llegaba del viejo continente; de lo cual, los antepasados de Wallace se beneficiaron, como los demás colonos.

Pronto dejaron de hablar del tema, pues, a fin de cuentas, Wallace nunca lo confirmó, y los supuestos esclavos libres jamás dijeron nada,

como tampoco iban enseñando el documento que Alex les firmó, en el que se comunicaba —a quien quisiera o supiera leer— que eran hombres o mujeres libres, escrito en español y en inglés. A pesar de ello, Alex los advirtió de que de nada serviría ese documento ante personas que no admitían derechos de ningún tipo hacia personas de color, y que incluso los blancos europeos eran presos de la esclavitud por un número determinado de años, que en muchos casos no se respetaba, ya que siempre se le debía algo al amo y señor, alargando por ello la condena hasta la vejez o la muerte de estos. Los hechos quedaron claros, y las normas, establecidas. Porque, por mucho que Wallace los defendiera, las clases sociales existían, y ellos no eran tan tontos como para ir pavoneándose y enseñando las monedas que ganaban y presumir de algo que legalmente no les pertenecía.

Con todo ello, donde más seguros se sentían era en las tierras que ocupaban, y si salían fuera de las lindes, siempre debía ser con Alex, Ricardo o la señora Kitty. Y, por supuesto, comportándose como le correspondía a un esclavo, para no llamar la atención y que esas gentes que se tenían por buenos cristianos no se asustaran imaginando que el mundo estaba al revés.

Ricardo podía pasar por blanco perfectamente, ya que su mestizaje no era evidente y su color de piel no distaba mucho del bronceado de Alex. Lo más seguro era que, en invierno, sin el sol de la isla, su piel se aclarase varios tonos y asunto resuelto. Aun así, a los isleños no les hacía ni pizca de gracia que el amo se fuera en ese barco grandote. Les había dicho que no lo haría hasta que todo estuviera en marcha y funcionara casi por sí solo, pero que tenía que ir a Europa y hacer varios negocios, aparte de traer muebles y enseres para la casa, para luego, una vez de vuelta, repartir el tiempo entre las tierras y el mar, aunque ya solo serían viajes por la costa americana y las islas cercanas. Todos desearon que ese viaje tardara mucho en hacerse, o incluso que cambiara de idea y se olvidara del asunto.

Los meses pasaron y Alex se impacientó por hacerse a la mar. Todo funcionaba bien y todos se habían adaptado a la nueva tierra. Algunos hombres de la tripulación de El Virginia se casaron y se quedaron en la finca para trabajar en lo que hiciera falta, y especialmente para salvaguardar y proteger los intereses de todos, ya que eran hombres curtidos y valientes, dispuestos a enfrentarse a cualquier contratiempo natural o predispuesto, aparte de ser norteamericanos en su mayoría. Los otros irían con Wallace a Europa o adonde el capitán quisiera, deseosos de conocer algunos de los países de los que tanto habían oído hablar; concretamente, España, Francia e Inglaterra.

Pero antes de que eso sucediera, Alex contrató a una institutriz para María, llamada Margaret Mason. Tenía treinta y pocos años, alta, delgada, pelo castaño y unos ojos de un azul precioso que perdían

parte de su valor al ser demasiado saltones. No era bella, ni tan siquiera bonita, aunque tampoco podría decirse que fuera fea, pero era inteligente para saber que un hombre como Wallace jamás se fijaría en una mujer como ella. Aun teniendo esa certeza, no pudo evitar sentirse atraída por ese hombre: por su presencia, por su manera de expresarse, por su educación; sin ser capaz de pestañear al contemplar esas manos grandes y bronceadas moviéndose para explicarle los detalles de lo que sería su vida en el campo, y sin poder evitar quedar atrapada en esa mirada plateada, profunda y atrayente, que le provocaba unas sensaciones desconocidas, a pesar de que ya no era una niña y haber probado el amor o algo parecido. Pero lo que le llegaba hasta el fondo de su alma era la voz. Si cerraba los ojos y escuchaba esa voz profunda, grave y, en algunos momentos, bronca… ¡Dios! sentía un latigazo que le llegaba hasta el mismo sexo, haciendo que se asustara de esa sensación, de ese intrusismo, y que le provocara una bocanada de calor tan candente que su pálida piel se tiñera de rojo escarlata.

Eso era un hombre; con todas las palabras, con todas las de la ley. Y no era solo por esa belleza masculina —que de nada serviría si no tuviese esa personalidad tan apabullante, esa inteligencia y esa manera de moverse que hacía que todos los que estaban a su lado lo mirasen, oyendo atentamente, deseando que siguiera hablando para aprender todo lo que él sabía, aun sabiendo que eso no sería posible para la mayoría de los mortales—, sino también porque entendía de todo y trabajaba en todo. Lo mismo daba que fuera del mar y de los barcos, de los países que había visitado y en los que había vivido, del campo y su agricultura, de política y economía o incluso de construcción, y hasta de hoteles.

Además, ese hombre, antes de enriquecerse en las colonias españolas, había luchado por la independencia de las Trece Colonias. Había puesto su vida en peligro para conseguir que los ingleses abandonaran las tierras americanas y fueran los nacidos allí los que gobernaran los Estados Unidos. Y ese hombre tan especial se había hecho con más tierras de las que ya tenía por herencia, y se expandía en todas las vertientes de los negocios; no solo en la agricultura, sino también en los barcos, astilleros y casas de nueva construcción en Richmond, Jamestown, Yorktown y Williamsburg. De hecho, fue en la ciudad en la que vivía donde se enteró de la mayor parte de todo lo relacionado con Alexander Wallace. Así lo comprobó *in situ*, cuando llegó a esas fértiles y prósperas tierras. Sus saltones ojos no pudieron abrirse más y su boca se mantuvo cerrada, a pesar del deseo de abrirse de par en par. La casa señorial, de piedra y ladrillo y bellas columnas de alabastro, la dejó sin palabras, al igual que cuando vio toda la gente que habitaba esta y sus aledaños. Creyó en un principio que los

indígenas eran de la zona, para después salir de su error al enterarse de que procedían del Caribe y que eran inofensivos por completo.

Había vivido en Williamsburg, en una casa de grandes proporciones, instruyendo a dos niñas y a un pequeño de tres años, a cuál más revoltoso y malcriado. Aun siendo una mansión lujosa, no tenía el encanto de esta ni su idílico entorno. Seguramente, seguiría allí si el padre no hubiera decidido partir para Francia para liquidar una herencia de la esposa, quien procedía de ese país. Cuando escuchó decir a unas criadas del servicio que un hombre muy rico, procedente del Caribe español pero virginiano de nacimiento, necesitaba una institutriz, no se lo pensó dos veces y se puso en marcha para hacer los contactos necesarios y evitar que alguien se le adelantara. Pero no fue la primera, aunque sí la más competente para el señor Wallace, quien seguramente solo se conformaba con lo mejor.

Y ahora, en ese entorno idílico, conoció a la muchacha de la que sería institutriz, sorprendiéndose gratamente al ver que no era una malcriada y que dominaba perfectamente el inglés y el español. Tenía un francés defectuoso, y debía mejorar en piano y preparar sus conocimientos generales para su entrada en sociedad cuando, por edad, llegara el momento. Dentro de una fantasía que no era propia de ella, pensó que su habitación daría a la balconada que formaban las columnas de alabastro, rodeando tres partes de la casa y dejando libre la trasera, que tenía vistas a un coqueto jardín, y más allá, hileras de manzanos. Pero no fue así, ya que su habitación daba a esa zona, y esa era la panorámica desde la alta ventana de la primera planta: los manzanos y el jardín, o más bien, el proyecto de jardín, donde hombres y mujeres de distintas etnias trabajaban para dejarlo a gusto del señor.

Habría sido demasiado lujo tener una alcoba con puertas dobles a la terraza cubierta con el inclinado tejado de pizarra y las bellas columnas, cada dos o tres metros, para contemplar la lluvia sin mojarse, sentada en un sillón de mimbre mientras miraba el prado verde, los frondosos bosques y el camino de grava que conducía a la puerta principal. «Tampoco está tan mal», pensó la institutriz al ver la bonita habitación, y especialmente al enterarse de que las habitaciones del señor también estaban en esa espaciosa pero acogedora primera planta, que todavía era presa de arreglos y embellecimientos.

Se sintió un tanto desconcertada al conocer a la señora Marlowe, que era la que llevaba la voz cantante en la casa, y en especial a esa negra hispana siempre pegada a sus talones, yendo juntas a todos los sitios, que se comportaba como una más de la familia. Para seguir con las sorpresas, ese otro, llamado Ricardo y la mano derecha del señor, también pululaba como Pedro por su casa. Hacía las comidas en la

mansión y tenía una mesa para él en el despacho del señor. La mujer pensó que en cada casa se vivía de una manera, y puesto que ella también hacía las comidas con la familia, debía compartir mesa y mantel con una persona de color. Menos mal que los indígenas y el resto de los negros y mestizos o medio blancos, o lo que fuesen, lo hacían en otros lugares, porque, sinceramente, no se encontraba predispuesta para tanta confianza.

Pero el chasco se lo llevó unas semanas más tarde, al enterarse de que el dueño de su corazón —porque así lo sentía prácticamente desde que las primeras palabras salieron de esa boca masculina— se iba a Europa con uno de sus barcos para negociar y aumentar su fortuna en países como Francia, España e incluso Inglaterra. No podía dar crédito. Pero lo que más le llamó la atención fue una conversación que escuchó sin ser vista, entre la señora Kitty y esa negra, en la que mencionaban algo sobre una muchacha española que tal vez no estuviera muerta y que el señor Wallace quería averiguar cualquier indicio sobre ella. Comentaron que, puesto que el cadáver quedó irreconocible, ¿quién podría afirmar a ciencia cierta que era el de la muchacha? Tendría que indagar todo lo posible, y la mejor manera sería preguntando a María como quien no quiere la cosa.

Pero aparte del misterio de la joven española, lo que le tenía el corazón en un puño era pensar que ese hombre pudiera sufrir alguna escaramuza en alta mar con barcos ingleses, a pesar de haber oído que su navío iba armado con cañones de gran calibre y que al señor Wallace no le dolerían prendas en utilizarlos si se veían amenazados. Con el pensamiento de cañones, barcos, piratas, abordajes y tormentas marinas, dejó en el olvido por unos momentos la historia de la española, pero no sin desear que estuviera muerta y bien muerta, pues daba por hecho que, si un hombre emprendía un viaje con la excusa de los negocios pero el verdadero motivo era averiguar todo lo posible de una mujer, esta tendría que haber sido muy importante —o, lo que era peor, seguía siéndolo— para que él fuera tras un recuerdo o fantasma.

Capítulo 14

George Douglas participaba de las ideas de los puritanos de Nueva Inglaterra; estos creían que los negros descendían de Cam. Noé maldijo a su hijo Cam y lo condenó, junto con su descendencia, a ser «servidor de servidores» por haberse reído de él cuando se encontraba desnudo. Arbitrariamente, se extendió la maldición a todos los negros, convirtiéndose en un prejuicio racial, y aunque la Biblia no lo señala, los exégetas afirmaron que los descendientes de Cam habrían sido los africanos. Douglas comulgaba con esas ideas, sin embargo, no tenía negros en su casa presintiendo que podrían ser peligrosos, sin contar con que no le gustaba su aspecto, el color de piel, esos labios gruesos, las narices chatas y ese pelo encrespado, rasurado para mantenerlo a raya. Además, no se veía capacitado para utilizar el látigo si la ocasión así lo requería.

Reconocía que le faltaba carácter para cierto tipo de situaciones delicadas, que era como él las denominaba, y los negros y el tema de la esclavitud le producían cierto malestar; pero no porque estuviera de parte de los oprimidos, no, sino porque estaba convencido de que algo así no podía durar siempre. Él pagaba a todos sus empleados; poco, pero les daba un salario. Y, por supuesto, no cabía en su cabeza pagarle a un negro, aunque fuese una miseria, porque, a fin de cuentas, los consideraba inferiores en todos los sentidos. Bueno, había que rectificar: en todos los sentidos no, porque ese mastodonte que protegía a Carolina era el negro más grande y fuerte que él hubiera visto en toda su larga vida, y si consentía en tener a ese negro enorme bajo su techo, era más que nada como guardaespaldas de su esposa. Era, ni más ni menos, porque ella se lo pidió, y nada podía negarle. Pero en cuanto se presentase la ocasión, tendría que deshacerse de él. Mientras tanto, cuidaría de su hermosa Carolina, porque algo que no se ponía en duda era la sobreprotección que ejercía de forma involuntaria y que a veces provocaba que Douglas lo mirase de una forma extraña, evaluando hasta qué punto debía dejar que ese gigante negro se pegase como una lapa a su pequeña —por edad, no por estatura— y bella esposa.

Todo vino de la manera más simple y lógica, teniendo en cuenta de

qué vivían las mujeres y cuál era el negocio que marcaba sus vidas. Cuando el cincuentón Douglas apareció la primera vez, Valery se fijó en él, y no precisamente por ser joven, guapo o seductor —que no lo era—, sino por ser un hombre serio, maduro y con una economía solvente. Y puesto que las cosas no iban bien con los jóvenes, habría que probar con los maduros tirando a viejos.

Como le dijo a su hermana Charlotte:

—La niña es demasiado guapa, y eso es un problema cuando no se tiene padres, posición social, un estatus que te proteja ni, sobre todo, una suculenta dote. De nada sirve que hable varios idiomas, que tenga una cultura excelente y que en España fuera de lo mejor de su clase social. Aquí y ahora, los hombres solo se fijan en esa cara y en adivinar lo que se oculta debajo del vestido. No podemos permitir que vuelva a pasar; eso, o que se líe con cualquier pelagatos y arruine su vida para siempre. Tenemos que casarla sea como sea. Porque lo que sería una pena es que esa belleza y esa juventud se desperdiciaran aquí, con nosotras, vendiendo telas, sombreros y demás abalorios. Me niego a ello. —Habló enfadada y entrecerrando sus pequeños ojos—. No es justo que acabe solterona y sin un hombre a su lado que la proteja. —Solo le faltó añadir: «Como yo».

La mujer no quería que se repitiera un episodio como el ocurrido unos meses antes, cuando su protegida casi fue violada por un dandi mequetrefe abusador de jóvenes inocentes cerca de los pantanos. El muy sinvergüenza les hizo creer que iba con nobles propósitos, cuando en realidad ya estaba comprometido con una joven de la alta sociedad de la ciudad. Y con la excusa de llevarla a un picnic, quiso besarla y tocarla con idea de llegar a mayores, pero al sentir el brusco bofetón que la española le dio en plena mejilla, montó en cólera. La bajó en volandas del carruaje descubierto, la tiró al suelo y le levantó las faldas de su precioso vestido para que supiera quién mandaba ahí. Cuando estaba sacándose el miembro duro y listo para avasallar, notó que alguien lo enganchaba por la parte trasera de la chaqueta y lo lanzaba como un fardo a varios metros de donde estaba la bella Carolina. La muchacha se levantó en un santiamén y fijó sus preciosos ojos verdes en un negro enorme que estaba dándole una buena tunda al caballerete violador, hasta que lo dejó atontado y quejándose de varias partes de su cuerpo. Entonces, el negro miró a la muchacha y le preguntó si quería que lo matara, y si era así, tirar el cuerpo a las aguas pantanosas. La muchacha, con esos ojos tan llamativos abiertos al máximo, le dijo que no, que no era necesario segar la vida de nadie, y que si él hacía esa barbaridad, lo matarían a él.

El hombre no se amilanó:

—No importa, señorita. Ese hombre no vale *na*, y si yo tengo que morir *pa* salvarla a *usté*, moriré.

La joven, asombrada y para nada asustada, se acercó hasta ponerse al lado de los dos metros y más de cien kilos de peso y cogió una manaza negra entre sus manos blancas y delgadas.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó mientras aún se oían los quejidos del otro.

—Lucas, señorita. Me llamo Lucas —le contestó el hombretón, mirando el contraste de tamaños y de colores en las manos, un tanto asombrado de que una mujer blanca lo tocara.

—Bueno, Lucas, pues si no te importa, puedes acompañarme hasta mi casa y dejaremos a este… hombre que se busque la vida. —Soltó la mano del hombre y se acercó a una distancia prudencial del herido—. Nos llevamos el coche. Podrás recogerlo en las caballerizas que hay cerca de mi casa. Y más vale que me olvides y que te olvides de este hombre, porque, si no, te juro por todos los santos que pregonaré por toda la ciudad que intentaste abusar de mí y que eso que tienes entre las piernas no se puso ni un pelín duro, y te juro por Dios que no me importará lo que digan de mí, pero de ti van a estar riéndose tres años seguidos. ¿Me has oído?

El otro movió la cabeza varias veces. La muchacha, dándose por satisfecha, se dirigió al coche y le dijo a Lucas que hiciera el favor de subir la capota y que montase a su lado.

De esa manera, entró el negro Lucas a formar parte de la pequeña y original familia de mujeres, siendo la sombra de la muchacha en todo momento, acompañándola a todos los sitios y mirando con lupa a cualquier individuo que se acercase a ella. Pero Lucas, dentro de su ignorancia, tenía un sexto sentido para calibrar a las personas, y cuando las señoritas dijeron de casarla con ese hombre, a él no le gustó, pero se guardó sus opiniones para sí mismo, ya que solo era un esclavo, y aunque no lo trataran como tal, vivía en tierras de esclavos. Se iría con la señorita Carolina y la protegería con su vida si fuese necesario, y si ese hombre lo miraba mal, sería ciego y sordo.

Carolina solo habría deseado casarse con un hombre, pero ese hombre hacía tiempo que estaba en el olvido, o al menos lo intentaba, con lo cual le daba la razón a Valery. Mostrando su lado más pragmático, accedió a ese cortejo y, más tarde, a la boda. La mayor de las hermanas había dicho: «Cuanto más viejo, mejor; menos te molestará y antes se morirá». Bueno, su razón llevaba.

El hecho de acostarse con él no le apetecía nada, pero, claro, por otra parte, no tenía deseos de seguir en la tienda años y años, a pesar de que le gustara esa casa y ese comercio tan lindo y que se lo pasara tan bien con las dos hermanas mientras cosían o colocaban nueva mercancía en los estantes, escuchando las quejas de Charlotte y las broncas de Valery. Se habían portado tan bien con ella que solo tenía buenas palabras, y constantemente las achuchaba con besos y abrazos

de lo que había llegado a quererlas.

Y Valery tenía razón: los príncipes azules no existían. O eran como ese payaso que la rondó y casi la violó, o eran como Douglas, o eran tan perfectos como Alexander Wallace, pero tan tacaños y miserables como para dejarla que se pudriese en su cautiverio. No, realmente los hombres eran unos egoístas que abusaban de las mujeres y las exprimían hasta que dejaban de interesarles por un motivo u otro. Ella era fuerte, afrontaría el futuro como señora de George Douglas e intentaría ser la esposa perfecta.

Le gustaba Nueva Orleans. Tenía magia, era esplendorosa y bulliciosa. Y a pesar del calor húmedo y de las tormentas tropicales y a veces huracanes, se sentía como en casa, porque había muchas similitudes con la casa en la que se crio, aun siendo la suya más grande y lujosa. La casa de las hermanas era sencilla pero bonita: la tienda, abajo, y la vivienda, encima, y un amplio jardín cercado con piedra y hierro forjado, con su cancela siempre abierta para que pasaran los clientes. Por la noche, se cerraba a cal y canto, sin olvidarse de la puerta que daba a una escalera exterior, también de hierro forjado, que comunicaba la planta alta directamente con la calle. El perfume a madreselva y jazmín impregnaba el ambiente, aparte de todo tipo de flores, especialmente de hibisco y buganvillas que Charlotte cuidaba con esmero, ya que era una artista para hacer que cualquier cosa creciera, logrando que la preciosa fuente que tenían en el jardín estuviera rodeada de tiestos y macetones a rebosar de flores y enredaderas, a cuál más bonita. Los clientes y vecinos las alababan constantemente, y muchas veces envidiaban ese derroche de color y de gratas fragancias.

En un recodo de la orilla izquierda del Mississippi se había construido la ciudad, con una precisión científica, para que las calles fuesen anchas y uniformes, que dieran lugar a la división de parcelas de terreno, iguales entre sí y perfectamente cuadradas, salvo las de la zona central, separada en su mitad por la avenida que llevaba a la plaza de armas, cerca del río y de los *docks* o muelles del puerto. Toda la ciudad estaba rodeada de murallas. Entre los años 1720 y 1762, muchos aristócratas y comerciantes franceses se construyeron amplias y lujosas mansiones, ocupando las islas de Pauger —Adrian Pauger fue el ingeniero que diseñó la ciudad—. Todos se veían atraídos por las nuevas tierras y por el templado clima de Luisiana. Fue en una de esas residencias donde estuvo alojada Kitty Marlow. La casa de Valery estaba más lejos y no era suntuosa, ni tan siquiera lujosa, y no podía compararse con esas edificaciones, pero no por ello era menos bonita. Después de los incendios que tuvo la ciudad, en 1788 y 1794, las nuevas casas que se construyeron tenían una arquitectura muy particular, ni francesa ni española. Lo resultante fue una fusión de los

dos estilos, mezclando la amplitud de las casas francesas con el gusto español por las galerías abiertas y los patios exteriores e interiores.

Las hermanas sintieron las garras del fuego en su propia casa durante los dos incendios, pero tuvieron suerte porque los daños fueron menores comparados con otras. Con parte de los ahorros, la arreglaron y repusieron la mercancía perdida. Carol trabajó como nunca para colaborar en todos los gastos. Y como no le dolían prendas y no era ningún problema rebajarse a tareas menores, estuvo yendo varios meses a dos casas señoriales para coser y bordar. Por la mañana una y por la tarde otra, comiendo en la primera y cenando en la segunda. Y fue en una de esas mansiones donde conoció a George Douglas, o, mejor dicho, donde él se fijó en ella.

El hombre estaba hospedado en la casa, ya que la dueña, venida a menos, les alquilaba habitaciones a señores y señoras de alta posición, puesto que sus precios no eran económicos y les procuraba toda serie de comodidades a sus inquilinos que llegaban recomendados por otros. No hubo intercambio de palabras, solo su mirada la seguía cada vez que llegaba a la casa, y esperaba el tiempo necesario para verla salir. Ella ni se fijó en él, pero él averiguó todo lo que necesitaba saber.

La primera vez que se acercó a la tienda, fue atendido por Valery y le compró unos guantes blancos con intricados calados que llegaban hasta el codo. Cuando la mujer le preguntó si eran para su esposa, él contestó que era viudo y que esos preciosos guantes deseaba regalárselos a su futura prometida. Dos días más tarde, se presentó otra vez y compró un chal negro, de fina lana con largos flecos, y un sombrerito del mismo color, con una redecilla que taparía medio rostro. El hombre preguntó si no lo tenía en otro color, ya que le parecía de viuda, a lo que la astuta vendedora le contestó que el color negro era de lo más elegante y mezclaba bien con todos los tonos del arcoíris. Y añadió:

—Si usted se lleva esta tela tan preciosa, su prometida podrá hacerse un maravilloso vestido que conjugará a la perfección con el chal y el sombrerito.

El hombre asintió con la cabeza mientras contemplaba la seda rosa, que imaginaba que sería carísima. Valery le preguntó de qué color eran los ojos de su prometida, y él, sin pensárselo, dijo verdes. Algo se encendió en el cerebro de la mujer, poniendo en movimiento la rápida mente que poseía, recordando que una de las casas a las que iba Carolina era hospedaje de ricos. La siguiente vez lo atendió la muchacha, ya que era sábado, y tanto ese día como el domingo no iba a las casas. Pero la astuta Valery no estaba lejos, y desde la trastienda oiría perfectamente todo lo que ese hombre dijera. Además, por una mirilla, no perdería detalle de la escena que se produjera. Y así fue.

Vio, escuchó y dedujo.

Un par de semanas más tarde, todo lo que Douglas había adquirido en la tienda llegó en un gran paquete a nombre de la señorita Carolina, y dentro del paquete, una nota dirigida a la dueña del establecimiento, en la que le pedía la mano de la muchacha y le ofrecía el presente como regalo a la joven pretendida. Valery no se lo pensó, porque ya llevaba maquinándolo desde ese sábado que se propició el encuentro y que el enamorado señor Douglas compró dos piezas más de la seda más cara, dos sombreros, otro par de guantes y dos sombrillas, a cuál más primoroso y llamativo. El hombre se despidió por tres semanas, ya que sus negocios requerían de su presencia, pero añadió que, en cuanto terminara, si por suerte era antes de esas tres semanas, volvería a la ciudad para hablar con ella.

En ese tiempo, la mayor de las hermanas se enteró de todo lo relacionado con George Douglas. Vivía de las rentas, con mucha holgura, era viudo y sin hijos. Tenía casas de alquiler y tierras arrendadas en Charleston y Savannah, suyas y otras heredadas de la esposa fallecida. Según le contó la cocinera de la mansión donde se hospedaba, era un hombre callado y poco dado a despilfarrar, pero no podía decirse que fuese tacaño, ya que cuando se iba de la ciudad, dejaba un sobre con dinero a repartir entre ella y las doncellas que lo atendían. Al parecer, ese sobre no pasaba por manos de la señora de la casa, porque él sabía que, si eso sucedía, la generosa propina se vería reducida casi en su totalidad.

—Bueno —pensó Valery, y así se lo hizo saber a su hermana—, esa es buena señal. Eso quiere decir que a nuestra niña no le faltará de nada. Y que no sea despilfarrador, habla bien de él, para así no tener que preocuparnos por ella, al menos en el sentido monetario. —Charlotte le dijo que el dinero no lo era todo en la vida, lo que hizo que la mayor frunciera los labios, colocara sus flacas manos en su diminuta cintura y, entrecerrando los ojillos, le dijera—: Con la barriga llena, bien se habla. Nunca te ha faltado dinero. De pequeña y joven, protegida por la pequeña fortuna de padre, cuando se arruinó, tú ya estabas bien casada con un hombre que no permitió que te faltara nada. Y ahora, en tu vejez, tienes tus ahorros y estás viviendo conmigo y participando en un negocio que funciona a las mil maravillas, del cual no entendías casi nada. Y ahora, más o menos, sigues igual. Así que cállate la boca y no seas pájaro agorero.

A él le gustaba llamarla Carolina, en español, y a veces Carol, cuando quería reñirla por algo. Pero lo cierto era que la veía tan hermosa, tan perfecta, que el simple acto de cambiar el tono de voz para censurarla por alguna cosa se le hacía cuesta arriba y acababa en nada.

—Eres tan bella, Carolina, tan hermosa, que no me canso de

mirarte.

Sentados en el sofá de la pequeña sala, mientras las hermanas cortaban flores en el jardín, el hombre descansaba un brazo sobre el respaldo y dejaba caer la mano sobre el hombro de la joven, deseando acariciar el seno tieso y turgente. En realidad, se moría de ganas por tocarlo y comprobar por sí mismo si era como él pensaba.

—Eres muy amable, George. Pero no creo que sea para tanto —añadió con una sonrisa.

A él le encantaba que fuera tan modesta, que no se diera cuenta de que los hombres la devoraban con los ojos. Que se quedaran con la vista clavada en esos ojazos y esa boca, para inmediatamente desplazarla por el resto del cuerpo, queriendo averiguar lo mismo que él; ver esas carnes lozanas, ver y tocarlas, pero sobre todo evaluarla. Sí, por qué negarlo, como si fuera una yegua de cría, y comprobar si esos pechos eran turgentes y estaban tiesos por sí solos o era obra de un magnífico corsé. Y cómo serían las piernas, si estarían delgadas de más o serían carnosas y fuertes, pero sin perder feminidad, y especialmente cuando estuvieran abiertas de par en par, recrearse con la contemplación de ese sexo joven y tierno, solo para él. Pero lo que más le preocupaba era otra cosa; eso le quitaba el sueño y le provocaba fríos sudores, sin contar con las pesadillas que aparecían cuando lograba mecerse en los brazos de Morfeo.

—Tengo unos deseos locos de que ya seas mi esposa —susurró al oído de la joven, acariciándole el cuello con los dedos.

—Bueno, ya falta poco —le contestó un tanto nerviosa por tenerlo tan encima mientras se preguntaba por qué tardaban tanto las hermanas.

—Están pareciéndome siglos —murmuró con voz ronca.

Carol se movió un poco, haciendo que el espacio se hiciera mayor.

—Dime, ¿cómo es Charleston?

Pero la pregunta no lo disuadió y volvió a pegarse a la joven. Esta vez, ella no se retiró, y, ¡oh!, regalo de los dioses, dejó que le tocara un pecho a través de la suave seda del vestido.

—Es muy bonita —le susurró jadeante, sin darse cuenta de que ella notaba que algo extraño estaba pasando y que el bulto de la entrepierna crecía a pasos de gigante. A pesar de que su estómago no estaba liso, se apreciaba con total evidencia—. Te gustará —añadió con voz ronca. Le masajeó el pecho, comprobando que estaba duro y gloriosamente gordo, sin rellenos para engañar a más de un tonto. Con sus dedos, hizo que el pezón aumentara de tamaño y se excitó más de lo que estaba—. Vas a ser muy feliz allí, te lo prometo, dulzura mía.

Ahora tocaba los dos pechos con las dos manos y acercaba los labios a la boca entreabierta de la muchacha. Ella pensó en negarse. No le había costado demasiado dejarse magrear los pechos, pero el

hecho de que la besara en la boca y que pudiera intentar meterle la lengua la asqueó. Sin embargo, lo más sorprendente fue lo que vino a continuación. No llegó a besarla, pero apoyó la cara en su hombro y murmuró su nombre varias veces mientras el pantalón se le humedecía y el abultamiento desaparecía como por encanto. Los verdes ojos de Carol no lo miraron de frente para no empeorar la situación y no dejarlo en evidencia, sabiendo que lo ocurrido era más normal en un jovenzuelo que un hombre maduro, o eso creía, y pensando si eso sería habitual en él. No pudo evitar una diminuta sonrisa, creyendo que algo así sería de suma importancia para ella, para dirigir su futuro matrimonio. Se levantó del sofá y, haciéndose la tímida ante ese pequeño manoseo del hombre, le dijo sin mirarle a la cara que iba a buscar a las hermanas para tomar el té, dándole así tiempo para que se recompusiera. A la vuelta, lo encontró sentado a la mesa y con una servilletita sobre sus muslos, sonriéndoles plácidamente a las mujeres de edad.

El reciente esposo así lo dispuso y nadie le llevó la contraria. Después de la tardía, corta e íntima ceremonia, ni hubo banquete ni pérdidas de tiempo de ningún tipo. Estaba deseoso de ir a la habitación del hotel, donde pasarían su primera noche de casados, y por la mañana tomarían un barco, haciendo varias escalas hasta llegar a Charleston. No se inmutó por las lágrimas que dejaron caer las mujeres mayores ni tampoco por las de su estrenada esposa. Tras decirles que podrían ir a visitarlos cada vez que quisieran y que ellos también volverían a Nueva Orleans, la desprendió de los brazos de la más vieja, la montó en el carruaje bajo la atenta mirada del cochero y, sin más historias, se fueron.

Podría decirse que el más nervioso era él, aunque Carolina, mientras se daba un baño en la habitación del precioso hotel donde se hospedaban, le daba vueltas y más vueltas a la sesera, pensando en cómo enfocar y explicar, saliendo lo más airosa posible, el asunto de la virginidad. Porque, para qué engañarse, George era un hombre maduro, un viudo, un hombre de mundo, y ella no iba a ser tan tonta como para montar un circo y querer engañarlo. No, debía contarle algo creíble y, a poder ser, traumático, de manera que ella quedara como una víctima y no como realmente ocurrió. Intentó no pensar en Wallace, en dónde estaría y en si seguiría con su esposa, pero sobre todo intentó no recordar esos ojos como la plata líquida que la miraban de una forma tan profunda e intensa que provocaban el temblor de todo su cuerpo, esas manos grandes y hermosas acariciando su piel o rodeando su nuca mientras bajaba la cabeza morena y posaba esos labios embriagadores encima de los suyos para hacerle cosas maravillosas con la lengua, y esa voz cautivadora, pronunciando bonitas palabras, palabras embaucadoras y embusteras.

Movió la cabeza con enfado y deslizó una mano sobre sus ojos húmedos, que querían hacer gala de la añoranza, del dolor que todavía sentía cuando pensaba en él y del recuerdo de unos sueños truncados y de un amor violado. «No pienses en él, so tonta. Nunca te quiso, solo deseó tu cuerpo y nada más. Ahora tienes a un hombre que bebe los vientos por ti. Aprovéchalo y desecha los malditos recuerdos». Sí, era fácil decirlo, pero era imposible mandar en su mente, en sus recuerdos, cuando aparecían de forma involuntaria, sin desearlos, sin quererlos, para producir dolor, amargura y unas ganas de llorar horribles. Anhelaba volver a sentirse protegida, algo que no le daba George por mucho dinero que tuviera y que ese maldito hombre le ofreció en algunos pequeños momentos, sintiendo que a su lado, siempre, siempre estaría segura, y creyéndose como una tonta que se divorciaría de la francesa y se quedaría con ella para siempre.

Enfadada, tiró la esponja al agua, salpicándose los ojos y provocando que las lágrimas reprimidas se soltaran. Las dejó caer, y una vez que ya no hubo más, se mojó el rostro varias veces y salió de la tina para secar su hermoso cuerpo con tanto ahínco que hizo que se enrojeciera en algunas partes, al tiempo que tragaba saliva y obligaba a su palpitante corazón a moverse más despacio y a prepararse para su noche de bodas.

—¡Jesús! —exclamó por lo bajo, acordándose otra vez de ese cuerpo, esas manos y esa boca que la habían vuelto loca.

Se dirigió a uno de los baúles y sacó un precioso camisón de encaje y transparencias en un tono rosa pálido. Se lo puso, sin prestar demasiada atención a la exuberancia de su cuerpo y a la impresión que recibiría su esposo, quien aguardaba en la habitación contigua. Pasados unos minutos, llamaron a la puerta comunicante y ella dio permiso para que se abriera. El recién casado se abrió paso, envuelto en una bata larga de seda color borgoña. Ella estaba sentada en el borde de la cama. Sus ojos verdes vieron cómo el hombre se paralizaba, con la mano todavía en la manija de la puerta, al ver tal esplendor, tal perfección, a través de esa tela tan escandalosa que no tapaba nada y mostraba toda la exuberancia de esos gloriosos pechos y ese triángulo de rizos oscuros. La frente de Douglas se perló de sudor y su miembro comenzó a palpitarle de una forma vigorosa, de una manera que él no recordaba y que su difunta esposa jamás le produjo.

Por todos los dioses, el de la cristiandad y todos los paganos, por la Virgen de los católicos y hasta por todos los diablos de los infiernos, lo que estaba viendo, lo que tocaría en unos momentos, sería suyo para siempre. Esa criatura perfecta era suya y podría hacer con ella lo que le diera la gana. Dios, casi no podía dar crédito a su suerte.

En ese momento, la voz seductora de la española surgió un poco ronca y nerviosa:

—George, he sido mala contigo. —Él la miró atónito, sin comprender de qué estaba hablando. Los ojos verdes lo miraron con temor y él se lo creyó—. Te he ocultado algo muy importante… Y, seguramente, cuando lo sepas, me odiarás para siempre y con razón.

Él se acercó hasta ella y se sentó con sumo cuidado a su lado, sin poder quitar la mirada de ese cuerpo tan llamativo, tan hermoso y… tan joven.

—Eso no va a ocurrir. Cuenta lo que sea, querida mía, y lo comprenderé. Puedes estar tranquila —la calmó al tiempo que acercaba una mano a un pecho redondo y tieso como una colina.

—¡George, es muy importante!

Retiró la mano de golpe, un tanto asustado por la exclamación de la joven.

—No te pongas así. Dime qué es eso que tanto te preocupa —soltó. Se llevó las manos al centro de sus muslos, obligando a que su miembro bajara y perdiera un poco de tensión.

Ella se puso de lado para mirarlo a la cara, sabiendo que mostraba sus pechos inhiestos y sus pezones duros y gruesos a través del encaje, y deseando que eso ayudara a amortiguar su siguiente declaración:

—No soy virgen. —El hombre no dijo nada, ya que no esperaba algo así. Se ve que, con veintitrés años y esa belleza, había sido difícil mantenerse casta—. ¿No dices nada, George? ¿Ya no quieres ser mi esposo?

Él la miró a los ojos. Analizando detenidamente ese verde esmeralda y esas pestañas negras como el carbón y largas como abanicos, movió la cabeza con energía.

—Qué tontería, claro que quiero ser tu esposo. Por supuesto que sí —respondió con ahínco y cierta fiereza.

Deseaba soltarle esa mata de mechones ondulantes, sujeta con unos pasadores de plata; porque, si miraba ese cabello espeso y brillante, no deslizaría la mirada hasta esos pechos que el encaje tapaba a medias y donde un pezón se colaba por un agujerito. Anhelaba pasar la lengua por ese hueco y abarcar con las manos esas protuberancias que eran como colinas para ser ascendidas por él; solo por él.

¿Qué diablos importaba que ella ya no fuese virgen? ¿De qué le había servido tener la primera esposa virgen si jamás había gozado ni disfrutado como estaba haciéndolo ahora? En los veinte años de casado, vio a Alice tres veces desnuda, y eso ocurrió en los primeros cinco; después, un levantamiento de camisón y listo. Más tarde, los últimos cinco años, nada de nada, porque siempre estaba enferma o le dolía la cabeza de una manera violenta —eso decía ella— o tenía cualquier otra dolencia que él habría jurado que se inventaba. Así que, ¿qué le quedaba?: aliviarse con la mano y, muy de tarde en tarde, una prostituta.

—¿Quieres…? ¿Quieres que te lo cuente? —le preguntó con falsa timidez. George afirmó sin vocalizar. Haciendo un esfuerzo para no mirar los pechos y más abajo, se dispuso a escucharla—: Verás, ocurrió hace muchos años, en mi país. Tendría doce o trece años, no lo recuerdo muy bien, porque fue muy violento y me traumatizó de una manera brutal.

—¿Te violaron? —le preguntó con un susurro. Contempló esa carita tan hermosa, esos labios temblorosos y esos ojazos, que se llenaron de lágrimas.

—Sí, un mozo de las cuadras de mi padre, aprovechando que no había nadie en la casa y que yo quería montar un potrillo nuevo. Una vez ensillado, iba a ayudarme para subir, pero lo que hizo fue tirarme en la paja. Me dio varias bofetadas y, arrancándome las ropas, me violó con saña y violencia.

—Pobrecilla. ¡Maldito malnacido! ¿Y qué pasó después?

Ella cogió una mano del hombre y la colocó encima de su muslo cerca del sexo. Lo hizo como si nada, como si fuese un acto involuntario, pero para nada fue así. Carol, a pesar de hacerse la mojigata, la temblorosa víctima, no perdía detalle de las miradas del esposo y del bulto entre sus piernas, y sabía que lo tenía dominado totalmente, o eso esperaba.

—Mi padre lo mató. —¿Qué importaba que el padre estuviera muerto cuando ella tenía doce años? ¿Quién iba a decírselo? Se sentía libre para contar la mentira que le diese la gana y quedarse tan pancha, y como ya tenía claro la forma de actuar con ese esposo recién adquirido, no iba a frenarla nadie—. Le cortó el cuello con el cuchillo que siempre llevaba a la espalda y luego lo tiró al mar.

—Bien hecho. Yo habría hecho lo mismo para defenderte: matar a cualquier hombre que se atreva a tocarte, hacer por ti todo lo que haga falta, todo lo que me pidas —susurró. Llevó una mano a la pequeña cintura y notó cómo ella se movía sensualmente—. ¡Oh, mi dulce niña! Eres tan hermosa —le dijo al tiempo que le tocaba los pechos—. Ponte de pie, deja que vea toda la hermosura que posees.

Ella obedeció. Se levantó y se quedó enfrente de él, sin dejar de observar la mirada ardiente y lasciva de esos ojos claros y llenos de arrugas, y los labios finos que se apretaban con fuerza, intentando contenerse. Se quitó el delicado camisón mientras apreciaba cómo el hombre tragaba saliva y le recorría el cuerpo con los ojos. Dejó que la prenda cayera al suelo. Cogió las dos manos del hombre y las colocó sobre sus duros y llenos pechos.

—¿Te gustan? —le preguntó con un hilo de voz. El hombre, embrujado por esa mujer que creía tímida y pudorosa, sacó la lengua para humedecerse los labios. Moviendo la cabeza, logró decir que sí. Ella se desprendió de esas manos y se volvió para enseñarle su esbelta

espalda y su culo duro y respingón—. ¿Y esto, te gusta?

El hombre estaba con una erección de primera. Viendo ese culo redondo y perfecto, osó tocarlo poniendo una mano en cada carrillo. No aguantaría mucho; no podría, por mucho que lo deseara.

—Dios del cielo, eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Tienes un cuerpo tan bonito, tan exquisito, tan perfecto, que solo verlo me causa sofoco. Y tocarlo, así, de esta forma, hace que me falte la respiración y que mi miembro quiera reventar.

Fue entonces cuando ella se volvió, se abrió de piernas y se puso a horcajadas encima de él.

Y ocurrió lo que ella esperaba y deseaba. Él se agarró a los pechos y, sintiendo el sexo de ella encima de sus partes, aun estando la bata de por medio, pegó dos meneos y se corrió en menos que canta un gallo, resollando como un cerdo y babeando como un lactante mientras se abrazaba a ella y se deleitaba con los restregones de ese cuerpo lozano, pero sin ver la sonrisa ladina que se formaba en los hermosos labios.

—Cuánto… Cuánto… lo siento, pequeña mía… La próxima vez… cumpliré…, te lo juro. Cumpliré… como debe hacerlo un esposo, de verdad…

—Oh, no te preocupes, George. No necesito más, de verdad. Solo con darte placer me basta. Lo que me pasó me dejó muy traumatizada, y no creo que esté todavía preparada para llegar al final.

Él la miró con ternura y con cierto agradecimiento mientras pensaba que el hecho de haber sido violada podría beneficiarlo y que así no sería consciente del problema que tenía: que ya no se le ponía dura como cuando era joven y que se corría antes de tiempo. Contar algo así sería del todo imposible, inconcebible para un hombre como él, con una esposa tan joven, mucho más joven. Sí, era mejor que las cosas siguieran de ese modo y que ella se echara toda la culpa. En esa situación, no sentiría la tentación de ser infiel, de que algún hombre más joven que él y más vigoroso pudiera tentarla para probar lo que no podía darle. Era la situación ideal, manipularla a su antojo, y no le sería difícil; de hecho, ya estaba haciéndolo. Sí, tenía contralada la situación.

Una vez satisfecho el deseo, ella se quitó de encima, cogió una bata y se la puso. Entretanto, el hombre, vuelto de espaldas para tener algo de intimidad, sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió el miembro mojado de semen. Hecho esto, se giró, pasó los dedos nerviosos por su cabello entrecano y se acercó a ella para darle un beso en la frente.

—Ahora, querida, acuéstate y descansa. Mañana embarcaremos y comenzaremos una nueva y esplendorosa vida. —Abrió la puerta comunicante y desapareció de la vista de Carolina.

La joven soltó un suspiro, dando gracias a que fuera un hombre al

que le gustara dormir en habitaciones separadas. Con el semblante serio, se apretó el cinturón de la bata. Fue hasta el borde de la cama y, con la vista perdida, se acostó, haciéndose un ovillo y cerrando los ojos. Minutos más tarde, con los párpados cerrados con fuerza, unas lágrimas fueron derramándose despacio. Llorando, se durmió para soñar con él. Al día siguiente, no recordó el sueño, pero sí su rostro y sus manos.

Capítulo 15

Douglas consideraba que era más práctico hacer los viajes por mar, por lo menos los que él hacía habitualmente. Remontando la costa y con buen tiempo y vientos favorables, se llegaba antes que por tierra. Harían una escala en Savannah, donde pasarían una semana, y después a Charleston, a casa. George estaba orgulloso de la joven, quien aparentaba una total seguridad en sí misma, además de poseer una clase y un saber estar que demostraba la buena educación recibida y todos los conocimientos adquiridos. Hablaba francés casi a la perfección, y podía pasar por inglesa sin ninguna duda, eso sin contar con su forma de moverse y de expresarse, que la convertían en una joven elegante y exquisita, nada que ver con la muchacha que atendía la tienda de costura o esa jovencita que conoció cuando iba a la casa a bordar.

Cuando ella no se daba cuenta, él la observaba sin pestañear, sin terminar de creerse que fuera suya. ¿Cómo él, George Douglas, un hombre maduro, entrado en carnes, sin encanto alguno y sin un atractivo llamativo, había conseguido un tesoro por el que cualquier hombre con dos dedos de frente, un bolsillo medianamente lleno y algo de seducción se habría llevado con los ojos cerrados? Él tenía dinero —bastante, todo sea dicho—, pero Nueva Orleans estaba lleno de hombres con dinero. Unos vivían allí y otros, como él, iban y venían, pero fue él el que la consiguió… O, por otra parte…, ¿fue ella la que lo consiguió a él? Qué más daba, lo realmente importante era que estaban casados, que era suya y que, gracias a ese abuso perpetrado por un indeseable, él podría salir airoso y no quedar con el orgullo por los suelos. No le costaba trabajo imaginar una vida sexual como la noche de bodas; ella parecía satisfecha de no llegar hasta el final, y a él, le venía de perlas. Pero, bueno, tampoco iba a engañarse. Le habría gustado pillarla con fuerza y virilidad, haberle abierto las piernas y haberla penetrado hasta el fondo, hasta que gritara de placer. Maldita sea, los años pasaban y no perdonaban, haciendo que hombres como él, en el principio del final, no pudieran disfrutar al máximo de una muchacha plena de exuberancia, como su recién adquirida esposa. En fin, no había que perder los nervios. Ahora, lo

que tocaba era manipularla a su antojo sin que se diera cuenta, y el asunto comenzaba hablándole de su pequeña familia.

Le dijo que tenía una sobrina seis años mayor que ella, casada y con tres niños, dulce y cariñosa, una buena chica, buena esposa e inmejorable madre. Con relación al marido, no tenía la misma opinión, ya que no era santo de su devoción por considerarlo arrogante, pretencioso, vividor y convencido de heredar todo lo que George tenía, aun sabiendo que hasta ese momento los herederos eran su sobrina y sobrinos nietos. Sin embargo, las cosas cambiaban en las condiciones actuales, ya que en cuanto llegaran a la ciudad, se vería con sus abogados y cambiaría el testamento, dejando casi la totalidad a Carolina y un pequeño apartado a la sobrina e hijos. Por lo tanto, Carolina no sería bien recibida por el esposo, y así se lo hizo entender. Carol quiso saber por qué, si el esposo era tan ruin, la sobrina seguía con él, a lo que George le respondió que Anne era una mujer enamorada, ciega de amor por el esposo, no viendo nada malo ni criticable en el modo de actuar de él. Para ella, su esposo no tenía defectos, y todo lo que hacía o decía estaba bien. No veía esos defectos, sino solo virtud. Y si por un azar había algo que perdonar, ella perdonaba y todo lo justificaba.

De esa forma, George le advirtió a su joven esposa que, aunque su sobrina era buena como el pan, no debía confiarle intimidades o cosas similares, ya que se lo diría a su esposo, y este —no debía olvidarlo jamás— era un sinvergüenza. Por lo tanto, si tenía alguna duda o cualquier problema, era a él a quien tendría que consultarle y a nadie más.

—¿Te ha quedado claro, querida? —le preguntó con semblante serio.

Carol, bajando la mirada y sonrojándose tímidamente, le contestó:

—Por supuesto, George, no tengas la menor duda.

Y él la creyó.

Douglas tenía mucha razón en todo lo concerniente a Roger. Era un hombre que aprovechaba todas las oportunidades, aparte de ser mujeriego y jugador, oportunista y embustero, embaucador y seductor, simpático y adulador; pero, a pesar de todo, un caballero de los pies a la cabeza, según su criterio.

En cierta ocasión, se presentó una mujer con un niño en brazos en la casa familiar diciendo que era hijo de Roger. Anne cerró bruscamente la puerta en las narices de la intrusa, y cuando llegó el esposo, se lo contó con lágrimas en los ojos. Por descontado, él negó una y otra vez, asegurándole que no tenía hijos por ahí, que él no se rebajaba a acostarse con otras mujeres teniendo a la más hermosa, buena y adorable en su casa. Ella lo creyó y no se habló más del asunto.

George iba contándole a Carol para que no se fiara de Roger, a pesar de lo que le dijera la devota esposa, y Carolina asentía con la cabeza, muy seria y dándole la razón al tiempo que se preguntaba qué clase de acogida tendría en esa familia, cuando se colocaba en primera línea para el reparto.

Los niños correteaban y saltaban sin parar, no parando quietos ni ante las órdenes del padre ni las palabras cariñosas de la madre, hasta que un grito del progenitor los inmovilizó en el sitio. Aquello hizo que la esposa, con su hablar tranquilo y dulce, calmara al padre y dejara de lado a los niños:

—Vamos, cariño, no te pongas así. Solo son niños y necesitan soltar la energía. ¿O acaso no te acuerdas de cuando tú eras pequeño?

El hombre gruñó mientras seguía con el desayuno y miraba a sus hijos con ojos asesinos. La madre los mandó al jardín con la niñera y por fin se quedaron tranquilos.

—No sé cómo los aguantas. Se ponen insoportables, y me dan ganas de darles una tunda —gruñía, sin dejar de masticar una tostada rebosante de mantequilla y mermelada. Anne lo miraba con cariño y sonreía, dándole vueltas al té y diciendo que todos los niños eran iguales, revoltosos y chillones—. Todos no, Anne. Estos están muy mal educados. O los pones en su sitio, o tomaré medidas drásticas.

—Bueno, mi vida —le murmuró al oído, haciendo que gruñera, pero más flojito—, no te enfades. Mi tío ha vuelto. Esta noche estamos invitados a cenar.

Roger movió la cabeza al tiempo que sorbía el té.

—No puedo, tengo cosas que hacer —rehusó, pensando en una partida pendiente y una prostituta muy cara.

—Pues creo que deberíamos ir, Roger —añadió con la máxima dulzura.

—Mira, cariño, ve tú. Te disculpas por mí y le dices que mañana me pasaré a verlo.

—Como quieras, pero no le gustará.

Clavó sus ojos azul grisáceo en el lindo rostro de su esposa al tiempo que se levantaba y se arreglaba el chaleco.

—Me importa un carajo que no le guste —dijo en voz baja, sabiendo que su esposa no toleraba que empleara ese vocabulario—. Tampoco me gusta él, y me aguanto. Me voy, preciosa. —Le dio un beso en la frente y salió de la casa con dirección desconocida.

La sobrina jamás habría imaginado que su querido y gruñón tío había vuelto a casarse, y ni por asomo con una joven semejante. ¡Por todos los santos!, si era la mujer más bella de todas las que conocía. Se preguntaba cómo su tío había conquistado a semejante beldad. Por un momento, se le pasó por la cabeza que esa mujer tan hermosa fuese

una prostituta, pero la idea se le borró de la mente en un santiamén al hablar con ella y comprobar su educación, clase y, sobre todo, su simpatía. Le cayó bien desde el primer momento, y enseguida entablaron una larga conversación sobre sus vidas y sus gustos, haciendo las delicias del hombre al ver a las dos mujeres de su familia en tan buena armonía.

La velada pasó volando mientras Anne hablaba de sus hijos y Carol le contaba cómo conoció a George y le comentaba acerca de sus «tías» y de la bonita tienda que tenían en Nueva Orleans. Se hicieron la promesa de que cuando fueran a visitarlas, Anne tenía que ir con ellos y conocer a Valery y a Charlotte. El tiempo pasó tan rápido y tan entretenido que cuando Anne llegó a su casa, eran las dos de la madrugada. Roger esperaba, acostado y malhumorado, a su trasnochadora esposa, sin entender por qué llegaba a esas horas.

—¿Qué horas son estas de llegar? Me tenías preocupado pensando que te había ocurrido algo. De hecho, estaba a punto de levantarme y vestirme si en cinco minutos no aparecías —gruñó, pasándose la mano por el ondulado cabello rojo y mirando cómo ella iba quitándose prenda tras prenda. A pesar de haber estado con una experimentada prostituta, estaba empezando a calentarse.

—Haber venido conmigo. Estabas invitado, igual que yo —le contestó con gesto risueño. Hizo esfuerzos para desabrocharse el corsé y no enseñarle demasiado a su esposo, sin saber a esas alturas de la vida de casados que eso a él le gustaba con locura y que provocaba que su pene se pusiera juguetón a más no poder.

—¿Y por qué ha durado tanto la velada? —quiso saber. Se llevó una mano a su miembro y lo acarició debajo de la colcha mientras ella seguía con su tarea, dejando ver un poquito de un pecho, un ligero entreabrir de muslos y una nalga que desaparecía al caer la tela del camisón.

—Larga y con sorpresa incluida —añadió. Fue al tocador, se soltó las horquillas y dejó caer su espléndido cabello rubio oscuro.

El marido dejó de tocarse; algo en el tonillo de la esposa lo puso en guardia.

—¿Qué clase de sorpresa?

Ella se giró en el asiento y miró al esposo. Roger ya no se fijaba en la transparencia del camisón ni en ese precioso cabello que era uno de los mejores atributos de su mujer. Ni tan siquiera estaba pendiente de su pene, que había perdido fuelle por un mal presentimiento.

—Mi tío se ha casado. —Ella fue consciente del cambio de color en la cara de su esposo y de lo que iba a venir a continuación.

—¡¿Quéé́é?! —gritó Roger, fuera de sí.

Ella se levantó de un salto y se sentó en el borde de la gran cama, al lado de él. Le pasó una delicada mano por el rostro más blanco de

lo habitual y lo calmó despacio, pero con acierto, al tiempo que le mostraba sus pechos por el escote abierto, sabiendo que eso lo tranquilizaría enseguida.

—Sí, mi amor. Se ha casado con una muchacha bellísima, procedente de España. Es encantadora. Tú mismo podrás comprobarlo —le explicó. Llevó una mano blanca, grande y pecosa hasta uno de sus pechos, dejando que esos dedos se movieran alrededor del pezón.

—Una muchacha, dices. ¿Y cuántos años tiene? —preguntó más calmado, sin dejar de manosear el pecho y el pezón y llevando la otra mano al otro seno.

—Más joven que yo —susurró, entreabriendo las piernas.

—Jesús, no me lo puedo creer. El viejo de los cojones —murmuró. Metió la mano entre los muslos de su mujer y sintió resurgir su pene.

—No emplees ese vocabulario, Roger. —La voz de Anne sonaba entrecortada, y por momentos, perdía toda la timidez para que su esposo hiciese con ella lo que le diera la gana.

—Abre más las piernas, mi amor, deja que te meta los dedos. —Ella no contestó, pero obedeció—. Y dices que es de España…

—Sí, ya sabes…, debajo de Francia… y en… encima de… de África.

Los dedos del hombre hacían maravillas. Ella se había subido el camisón para mostrarle todo el sexo y ver cómo esos dedos le producían un placer tras otro.

—Maldito hijo de la gran puta —murmuró mientras tumbaba a su mujer y se montaba encima, sabiendo que ella se abriría de piernas para recibirlo de mil amores.

Mientras embestía una y otra vez y la mujer gemía en el tono más bajo posible para que nadie se enterase de que disfrutaba en la cama con su esposo y que los criados se lo pasaran en grande dándole a la lengua, él seguía maldiciendo al tío George y acordándose de todos los españoles y sus descendientes.

Al día siguiente, después del desayuno, se vistió elegantemente y no perdió tiempo en ir a casa de Douglas para conocer a esa maravilla de mujer, según las palabras de Anne, y comprobar por sí mismo quién era la puta que iba a quitarles el pan a sus hijos. El mayordomo le dijo que los señores no estaban, que habían salido un rato antes hasta las tierras arrendadas a los agricultores, ya que la señora deseaba conocer estas y las casas y locales de la ciudad. Pero no podía decirle a qué sitio irían primero. Bacon no le dio importancia y se despidió del criado. Subió a su landó e inició la travesía hacia las tierras de las afueras, con tal mala suerte de que no los encontró, y encima se salió una rueda del coche, dejándolo tirado y teniendo que volver andando.

Al llegar a casa, se cambió de ropa mientras se lo contaba a su mujer, y esta le explicó que Carol deseaba ponerse al tanto de todos

los negocios de tío George para ayudarlo y, también, por qué no decirlo, para estar entretenida.

—¡Jesús! —exclamó Roger—, lo que nos faltaba, que ahora ese pasmarote de tío que tienes deje en manos de una mujer, de una muchacha, el manejo de sus negocios. Douglas está chocheando, nena, chocheando, y eso puede ser nuestra ruina.

Ella le pasó el brazo por la estrecha cadera y le colocó un ligero beso en la mejilla.

—No te preocupes, querido esposo, confía en mí. Esa chica es buena, te lo digo yo.

Por la tarde volvió y el mayordomo le hizo pasar a la sala, diciéndole que el señor estaba descansando pero que la señora Douglas lo atendería. Bacon se quitó los guantes y se puso cómodo en uno de los sillones que tan bien conocía. Tan silenciosa era, que no escuchó sus pasos y no la vio llegar, ya que estaba sentado de espaldas a la puerta. Pero esa voz, tanto el sonido como la pronunciación y el acento, le pusieron los vellos de punta:

—¿Señor Bacon? ¿El esposo de Anne? —le preguntó, mirando la cabeza pelirroja que asomaba por encima del sillón orejero.

El hombre se levantó deprisa y se dio la vuelta. Se quedó quieto por unos segundos, sin estar preparado para semejante visión. Se atusó el fino bigote, el mismo con el que le hacía cosquillas a su mujer cuando se colocaba entre sus muslos, y se acercó lentamente, sin dejar de mirar esos ojos verdes y esos labios gruesos. Tras coger la mano de la joven, se la llevó a los labios tan despacio que Carol creyó que iba a darle un ataque.

—El mismo —le contestó, besando la delicada piel y aspirando el aroma a jabón de lavanda.

Tuvo la mano más tiempo de lo que era protocolario. Pero cuando ella dio un brusco tirón y se soltó, él no pudo evitar una torcida sonrisa ni mirarla con otros ojos.

Delante de él tenía a una belleza sin parangón, y por lo visto con carácter. Porque una cosa estaba clara: cuando él besaba las manos de las damas, todas, sin excepción, se deshacían de gusto, y sus rostros mostraban el placer que les provocaba que un hombre como él les prestara más atención de la que eran objeto por parte de maridos o pretendientes, eso sin contar los amantes. Sin embargo, esta preciosidad, poco menos que le había molestado el momento lento y seductor de coger esa mano delgada y preciosa y rozar sus labios con la blanca y suave piel.

—Tiene que perdonar, señor Bacon, pero George se encuentra descansando y no puede recibirle en estos momentos.

Los modales perfectos y esa voz seductora hicieron que actuara con lentitud y que clavara la mirada en esos ojazos verde oscuro, rodeados

de uno marabunta de pestañas negras como el carbón.

—No me importa que George no esté. He venido para conocerte. Anne ha estado hablando de ti desde que llegó anoche de madrugada; que, por cierto, me preocupó sobremanera y estaba a punto de levantarme para ir a buscarla, pensando que algo le había ocurrido. —Los ojos del hombre no dejaron de mirarla. Observaba el vestido de seda rosa chillón, que se ajustaba al talle estrecho y a esos pechos tirando a grandes, según calibró.

La mirada de ella permaneció clavada en él, sin atisbo de timidez.

—Si hubiera venido con ella, no habría tenido ese problema. Pero, según dijo, tenía asuntos más importantes que atender.

Los dos, de pie, frente a frente, se evaluaban el uno al otro.

—Ayer fue ayer, hoy es hoy. Tú puedes hacer los honores y atenderme en ausencia de tu esposo.

Ella se estiró más de lo que estaba, lo que provocó que esos pechos se abalanzaran hacia delante y que él clavara los ojos en ellos, otra vez, notando que eran más grandes que los de Anne, o así lo creía.

—Lo siento, Roger —contestó, tuteándolo y marcando su territorio —, pero tendrás que venir en otro momento. Me ha encantado conocerte —se despidió con voz sensual. Le dio la espalda para marcharse, ocasión que el hombre aprovechó para fijarse en el cabello recogido en un florido moño y preguntarse si llevaría algún postizo o, como aparentaba, sería tan denso y hermoso como el de su esposa—. La próxima vez, avisa con antelación, por favor. Ya sabes lo descortés que resulta presentarse sin ser invitado. Dale recuerdos a tu esposa. Ah, y la próxima, traed a los niños. Estoy deseando conocerlos.

Con los dientes apretados, la vio desaparecer. Pero ¿qué se había creído esa fulana, dándose esos aires de grandeza y no cayendo embrujada por sus encantos? Mordiendo con fuerza hasta hacer rechinar los dientes, miró durante casi un minuto la puerta por la que había desaparecido. Entonces, cogió los guantes y salió de la casa mientras el mayordomo le abría la puerta, pensando en cómo demonios el imbécil de Douglas había conseguido a tan impresionante mujer y en, lo que era más llamativo, cómo esa mujer no había conseguido un partido mejor que Douglas, con semejante cara, semejante cuerpo y semejante carácter. ¡Ja! Igual se trataba de eso, ahí estaba el defecto: en ese temperamento y ese genio altanero. Pero, por otra parte, Anne tenía mucho ojo para calibrar a las personas y nunca se equivocaba; es más, él le pedía más de una vez consejo sobre un nuevo conocido, queriendo saber lo que opinaba para actuar en consecuencia. En todos los años que conocía a su mujer, nunca se equivocó en las valoraciones personales. Nunca.

Se paró delante de un escaparate de una librería, mirando sin ver y pensando en lo mismo: en que seguramente el cabroncete de Douglas

le había hablado mal de él y por eso ella estaba en guardia. Sí, seguramente era eso. De sobra sabía que ese hijo de la gran puta no lo quería, que nunca lo deseó como esposo de su sobrina. Pues que se jodiera el muy cabrón, que Anne bebía los vientos por él y él por ella, a pesar de las canas al aire y menudencias por el estilo. Habría que camelarse a esa preciosidad. Lo de acostarse con ella, descartado, a no ser que con el tiempo ella quisiera, porque si era así, si era su deseo, él estaría dispuesto a hacerle el favor; sin que nadie se enterase, por supuesto. Aunque si era pragmático y sensato, no sería lo más prudente, ya que las mujeres eran impredecibles, y quién sabía hasta qué punto podría encapricharse de él y tirarlo todo por la borda. No, debía mantenerse frío y calculador si ella en un futuro se le insinuaba, pero sabía que algo así sería dificilísimo de llevar. Bueno, tiempo al tiempo.

Un año. Un año de casada, y dentro de que no era feliz, tampoco podía quejarse. George la trataba bien y la quería, de eso no le cabía ninguna duda. Seguían manteniendo relaciones sexuales, pero sin consumar el matrimonio. Él acudía una vez por semana o cada diez o quince días, dependiendo de las circunstancias; si tenía algún achaque o si estaba de viaje o, también, cuando ella ponía la excusa de algún dolor o de estar con el mes.

Cada vez se le hacía más cuesta arriba, no podía evitarlo. Cuando su esposo asomaba la cabeza por la puerta comunicante, a ella le entraban ganas de gritar y de mandarlo a paseo. Sin embargo, lo que hacía era iluminar su rostro con una hermosa sonrisa y dejar que la manguita de su camisón cayera como si tal cosa, descubriendo un pecho, sabiendo que él tenía pasión por sus senos y por todo lo demás, y ya comenzaba a babear. Porque era así: babeaba. A Carol le daba un asco horrible cuando dejaba la saliva por sus pezones o cuando intentaba chuparle los labios. Se hacía a un lado y le decía que eso no le gustaba, y él, obediente, dejaba las babas por otras zonas, como el cuello, las orejas y los hombros, antes de bajar a los pechos y jugar con ellos como si fuera un bebé. Qué suerte que le viniera tan rápido, pero más pronto tendría que ser; que con solo mirarla, sin tocarla, ese miembro pequeño y flácido soltara todo lo que tenía que soltar, dejándola en paz. No obstante, eso era pedir demasiado, porque George se comportaba como si tuviera una muñeca, como si ella fuese un juguete para divertirse en sus últimos años de virilidad.

Cada vez que entraba en la alcoba, hacía lo mismo; lo que ella hizo la primera vez: la desnudaba y la colocaba entre sus piernas para mirarla a su antojo y tocarla despacio al principio, y conforme iba excitándose, el toqueteo se convertía en magreo, perdiendo más de una vez la compostura y queriendo penetrarla con los dedos, aunque

sin obtener ese deseo. Si ella quería acelerar el momento, sabía lo que tenía qué hacer: sentarse encima de él, tanto de frente, a horcajadas como de espaldas, y friccionar con su redondo trasero para que él se olvidara de todo y terminara en un segundo el juego sexual.

Mientras revisaba las cuentas de la casa y después repasaba la contabilidad de los alquileres y arrendamientos, pensaba en cómo plantearle que distanciaran los encuentros íntimos, con la excusa de que ella no disfrutaba con ello. Sabía que muchas esposas no se acostaban con sus esposos llegada cierta edad, y aunque ella era joven, podría intentar jugar esa baza diciendo que no deseaba hijos y que no era necesario que él se esforzara por satisfacerla. Porque el muy tonto le decía eso, y el muy tonto se pensaba que ella se lo creía.

Cerró los libros de contabilidad y pensó en Anne y su familia. La envidiaba, totalmente. A pesar de tener un marido sinvergüenza, era evidente que se querían. Además, tenían unos niños preciosos: dos varones y la pequeña Patricia. La amistad entre ellas era sincera, y Carol estaba a gusto con la sobrina de su esposo, tanto que hasta le había pedido a George que debía aportarle más patrimonio en el testamento, no pareciéndole justo el reparto que había hecho dejándoselo casi todo a ella, como esposa y familiar directo. Sin embargo, ella no sabía que existía una cláusula en la que decía que si ella, una vez viuda, volvía a casarse o tenía hijos, perdería todos sus derechos, y lógicamente, el capital que hubiera en esos momentos volvería a la familia de Anne.

Con respecto a Roger Bacon, no había nada que decir o añadir que no supiera desde el principio, desde que George le habló de él. Tuvo que pararle los pies en dos ocasiones, siendo la segunda la que lo obligó a respetarla sin condiciones. Fue en el cumpleaños del hijo segundo de los Bacon. Cuando ella se disponía a salir del aseo de la habitación de invitados, el hombre la abordó, cogiéndola por la cintura e intentando besarla en la boca, pero un golpe en la entrepierna, que no le dio de lleno aunque sí lo suficiente para dejarlo con la palabra en la boca, le quitó de golpe las ganas de tocar y, más aún, de besar esa boca que lo traía loco. Pero fueron las palabras, duras y cortantes, dichas con esa preciosa voz y de esa manera tan sensual, lo que le hizo ver de una vez por todas que esa mujer no era para él ni para ningún otro:

—Como vuelvas a ponerme una mano encima —comenzó, sonriendo—, te arrancaré los testículos y te los haré tragar uno tras otro. Y después, le diré a mi esposo que no les deje ni un centavo a tus hijos ni a tu mujer. ¿Te ha quedado claro, señor Bacon?

Él no contestó. Sin apartarle la mirada, se hizo a un lado y le dejó el camino libre, sin necesidad de más palabras.

Todo su afán era estar ocupada, de modo que el tiempo pasara

deprisa y su mente estuviera ocupada en unas cosas u otras; por ejemplo, en la casa que estaban restaurando para pasar los veranos en el campo. Fue la única cosa que le pidió, y él se lo concedió sin pensárselo dos veces.

—Parece que está quedando muy bien —le declaró George a un meditabundo Roger al tiempo que los dos miraban la obra de la casa, rodeada por un prado verde y situada no lejos de una arboleda de frutales.

—Sí, sí, se ve muy bien —secundó mientras pensaba en la cantidad de dinero que estaba gastándose para darle gusto a su joven esposa. Estaba chocho, no le cabía ninguna duda.

—No sé si ir a Nueva Orleans para comprar algunos muebles y enseres. Carolina quiere poner tapices, cuadros, muebles… Así que tendré que ir a los almacenes que conozco; aunque hace tiempo que no trato con ellos y no sé si seguirán los mismos.

—No hace falta que te desplaces. Yo podría organizar todo lo necesario —soltó Roger, mirando fijamente al tío de su esposa—. Mis contactos siguen en los mismos sitios. Tú no tendrías que molestarte para nada.

—Pues no sería mala idea. Últimamente, tengo un dolor de espalda horrible y no me apetece nada hacer esas gestiones.

Roger evitó sonreír de oreja a oreja. Con un poco de maña, podría hacer el negocio del siglo.

—Se dónde puede encontrarse género de todo tipo; hasta de Oriente. Lo mejor, George, lo mejor para tu esposa.

El hombre mayor le daba a la cabeza lentamente.

—No olvides que al final es Carolina la que tiene que elegir.

—Por supuesto, cuenta con ello, no habrá problema.

—De acuerdo. Hazlo.

La tosecilla de Bacon se hizo notar, haciendo que George girara la cabeza hacia él.

—¿Presupuesto? —le preguntó, temiendo que le saliera en esos momentos su famosa tacañería.

—Por supuesto que no, tienes carta blanca. Mi esposa se merece lo mejor.

—Muy bien. Mañana me pongo en marcha. Cuando esté la casa terminada, podrá elegir lo que más le guste.

Siguieron dando una vuelta por los alrededores mientras Bacon hacía esfuerzos por no reír a carcajadas.

Cogió alojamiento en un hotel céntrico y caro de Nueva Orleans. Se movió deprisa para establecer contactos y, de paso, para que también le diera tiempo a echar una cana al aire. Toda ciudad que se preciara debía contar con un buen surtido de burdeles de primera categoría donde hubiera prostitutas limpias, sanas y hermosas, y Nueva Orleans

no iba a ser menos. Pero lo primero era lo primero. No tendría su premio hasta que cerrara el trato, y por el momento se le resistía. Llevaba varios días tanteando el terreno, y ni le gustó la mercancía, ya que era ordinaria y eso no dejaba margen, ni le gustó el hacer de los comerciantes, que parecía que iban a enseñarle maravillas y luego nada era de su gusto. Cierto que había tiendas que tenían pequeñas joyas, pero eran aisladas, lo que lo obligaba a tratar con uno y con otro y con otro, y eso no era lo que tenía pensado. Quería comprarle mucho a una misma persona, para que el margen fuese mayor, pero no por comparar mucho, iba a adquirir morralla.

Al tercer día, estaba desesperado y a punto de tirar la toalla. Tendría que replanteárselo todo, hacer una lista de los muebles y demás enseres que había visto en los anticuarios y algunos almacenes e intentar llegar a un trato sustancioso para él. Con esa idea, entró en el *hall* del hotel. Se quedó parado, mirando unas anchas espaldas y una cabeza morena que pertenecían a un caballero que firmaba en el libro de huéspedes. El hombre se movió y le dio unas llaves al negro que estaba a su lado, y entonces vio quién era. ¡Por todos los infiernos!, no podía dar crédito a sus ojos, pero era él, Alexander Wallace, no había lugar a dudas. Era inconfundible. Aun habiendo pasado años sin verse, ese tipo seguía siendo impresionante, vistiera como vistiese, con barba o sin ella. Hacía que los hombres se apartaran ligeramente y que las mujeres se lo quedaran mirando como unas tontas. «Siempre fue igual —pensó Bacon—. Se las lleva de calle sin proponérselo».

—¡No me lo puedo creer! —dijo levantando la voz, provocando que Wallace lo mirara y a los pocos segundos soltara una carcajada. Mostró su blanca dentadura, y las mujeres y camareras que pasaban lo contemplaron con una tonta sonrisa. Bacon pensó que a él le costaba un poco más, solo un poco, llegar a ese punto seductor.

—¡Maldita sea, Bacon! ¿Qué haces aquí? —le preguntó con esa voz profunda al tiempo que se acercaba y se daban un abrazo de oso.

—Eso mismo podría preguntarte yo. Cuánto tiempo, amigo, cuánto tiempo —declaró el pelirrojo, separándose y mirándose mutuamente.

—Desde luego, el mundo es un pañuelo. Alguien me dijo que vivías en Charleston, si no recuerdo mal.

—Así es. Estoy aquí por negocios. Llevo unos días. —Notó la mano grande del virginiano sobre su hombro y lo vio sonreír de satisfacción.

Seguro que se relajaría con Wallace. Siempre fue hombre de trabajar duro pero de grandes placeres, para así compensar la balanza. Alex se lo llevó al comedor y le preguntó si había cenado. Al negar este, le dijo que lo invitaba a cenar, cosa que le pareció estupenda. Pero cuando vio que el joven negro iba con ellos, se preguntó si los acompañaría hasta la mesa. Vio cómo algunos clientes miraban de

reojo y otros lo hacían sin disimulo. El negro vestía pulcramente y con ropas buenas, no pareciendo un esclavo. Cuando esperó a que su amo y él se sentaran a la mesa, hizo lo propio, y fue entonces cuando Alex lo presentó:

—Te presento a Toni, mi ayudante y mano derecha.

Gracias al cielo, el negro no tendió la mano y Roger no se vio obligado a estrechársela. Solo una inclinación de cabeza por parte de ambos selló la presentación. De reojo, mientras los dos hablaban, observaba al negro, que tenía una piel clara, dando cuenta de su mestizaje, y era corpulento, como Alex, y casi tan alto. Sus modales eran correctos y su hablar no presentaba las carencias de la mayoría de los esclavos.

—Entonces, estás aquí para comprar muebles y enseres para una mansión —declaró Alex mientras daba cuenta de un buen chuletón de vaca y una buena guarnición de patatas, lo mismo que comía el negro.

Roger se limpió su bigotito pelirrojo y cogió la copa de vino.

—No se trata de una mansión exactamente, sino de una casa de campo. Oye, ¿y esa cicatriz? —le preguntó curioso mientras miraba el surco que cruzaba la mejilla del hombre, desde el pómulo hasta la barbilla. Era fina y no presentaba zigzag, por lo que se intuía que fue un tajo poco profundo y limpio.

—¿Esto? Un recuerdo de los ingleses de uno de los viajes a Europa. Tuvimos un encontronazo en pleno océano, y como llevo un galeón español, debieron pensar que íbamos hasta los topes. Nos atacaron y nosotros respondimos. El barco inglés se hundió y esto —señaló la cicatriz— me quedó de recuerdo.

—¿No llevabas bandera?

Alex sonrió ante la pregunta, mostrando sus perfectos dientes.

—Acaso piensas que con bandera norteamericana habría sido distinto. —No era una pregunta.

—Sí, sé lo que quieres decir. Estos ingleses, por mucho que madruguen, siguen siendo unos cabrones. —Se quedó pensativo durante unos segundos y añadió—: Es curioso, no te tocaron ni un solo pelo durante la guerra, y años más tarde te dejas acariciar por un cochino inglés. ¿Con qué fue?

—La punta de una daga. Un roce, nada importante, te lo puedo asegurar. —«Para lo que pudo pasar», pensó Alex al recordar el episodio, mirando con sorna al pelirrojo.

—Lo dicho, unos cabrones —afirmó otra vez, y apuró de un trago el vino restante.

—Exactamente —confirmó. Terminó su cena y encendió un cigarro.

—Seguro que las mujeres te encontrarán muy atractivo con esa cicatriz —sentenció el pelirrojo mientras acababa con una ración de tarta de manzana y observaba de reojo al negro, sin percatarse de la

sonrisa de Wallace, que se daba cuenta de todo y recordaba lo clasista que era su amigo de la infancia.

—Cuando tomemos un trago en un sitio más proclive, te lo demostraré —soltó. Ambos rieron.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? —le preguntó, mirando fijamente a su amigo y habiendo olvidado al negro, al menos de momento.

—En cuanto venda la mercancía que tengo en los almacenes, me largaré a casa.

La curiosidad picó al pelirrojo, que se acercó más a su viejo amigo, deseoso de saber qué hacía en la ciudad.

—¿Qué vendes? —quiso saber.

Wallace soltó el humo y un camarero les puso unos vasos con el mejor *whisky*. La penetrante mirada de Bacon recorría las sencillas pero caras ropas de su amigo, hechas a medida, y las botas negras y brillantes, bastante usadas pero bien conservadas, de piel blanda aunque resistente. Lo cierto era que, con ropas austeras o sencillas, era un hombre que llamaba la atención.

—De todo. Joyas, cuadros, muebles, tapices… Un poco de todo y todo de lo mejor.

Los ojos de Bacon hicieron chiribitas. Era como caído del cielo. Hacer negocios con uno de sus amigos más antiguos sería la jugada redonda.

—¡Te lo compro todo!

Los grises ojos se entrecerraron para observar a Roger y valorar esa declaración, pensando en lo que se traería entre manos.

—¿Tienes suficiente dinero? No fío a nadie, ni tan siquiera a los amigos. Ya sabes ese dicho que dice: «Amistad y negocios, mal negocio».

—¿Existe ese dicho? —Wallace sonrió sin contestarle y dejó que su amigo continuara—: Mira, vamos a pedir otras copas y te explicaré detalladamente. Tú haces dinero y yo también.

Mientras bebían y fumaban, Toni miraba y oía, aunque sin participar en la conversación y sin probar ni una gota de alcohol ni fumarse un cigarro. Roger le contaba con detalle, más o menos, todo el asunto: la boda del viejo con la jovencita, los caprichos que este le daba, la casa de campo…

—Es comprensible. El viejo tiene una mujercita preciosa y quiere darle todos los caprichos —declaró Wallace, torciendo la boca—. Está tontito con la niña, ¿me equivoco? Y, mientras, tú quieres sacar tajada del encoñamiento que tiene el tío de tu esposa.

—Pues sí. Tengo carta blanca, Wallace, así que puedes subir los precios y darme un porcentaje.

La profunda mirada gris no pestañeó a medida que lo observaba fijamente y calibraba la situación. No estaría mal. Podría quitarse toda

o parte de la mercancía, sacando una buena tajada, y lo que se quedara sin vender, no importaba, ya que se lo llevaría a casa y le regalaría a María lo que quisiera.

—Por mí no hay inconveniente. Te muestro la mercancía, y si te gusta y llegamos a un trato, no habrá ningún problema. El chochito de tu tío político tendrá lo mejor de lo mejor, y tú te encontrarás el bolsillo lleno, y no de calderilla precisamente.

La sonrisa del pelirrojo se mostró radiante. Se acercó a Wallace y le puso una mano en el hombro. Bajando el tono de voz para que el negro no los oyera, le hizo una confidencia cerca del oído:

—Tengo que confesarte que, aunque no haya visto ni tocado, ni siquiera olido, ese chochito, me pone caliente como un toro semental.

La sonrisa de Wallace se hizo grande hasta convertirse en una contenida para no llamar la atención de los otros comensales.

—Eso quiere decir que no la has conseguido. ¿Ni siquiera te has insinuado o ella a ti?

La cabeza pelirroja se movió varias veces y los ojos azul grisáceo sonrieron.

—Si te soy sincero, a pesar de ser la esposa del tío de mi mujer, si ella se hubiera puesto a tiro, te juro por Dios y por todos los putos diablos que me la habría tirado. Pero no te creerás lo que salió de esa preciosa boca que tiene cuando la cogí un día e intenté besarla. —Y le contó el episodio del cumpleaños de su hijo.

Entonces sí que se escuchó la carcajada de Wallace. Bajando la voz, exclamó:

—¡No me jodas! ¿Y estás seguro de que no procede de los bajos fondos para hablar así?

—Por supuesto que no. Es una dama de los pies a la cabeza, a pesar de mencionar la palabra «testículos» y «tragar» en la misma frase.

Wallace hacía verdaderos esfuerzos para no estallar otra vez en carcajadas, imaginándose a su amigo y un cuerpo de mujer sin cara.

—Las que se resisten son las mejores —murmuró el virginiano una vez que dejó de reír.

—Sin lugar a dudas, ni te lo discuto. Pero esta… —dijo, viendo cómo Alex encendía otro cigarro y llamaba al camarero.

—Igual le gustan las mujeres —dejó caer, bajando la voz y provocando que Bacon lo mirase con ojos desorbitados—. Piénsalo, Bacon: o eso, o el tío de tu mujer tiene una polla de oro y todavía le saca el máximo partido. Venga, deja de pensar en las mujeres de otros y vamos a buscarnos un par de calientes y expertas muchachas que me enciendan la sangre y que a ti te la calmen un poco.

Capítulo 16

La sorpresa que se llevó al día siguiente se reflejó en su rostro y en su manera de hablar. Estaba tan eufórico que sentía ganas de gritar a los cuatro vientos. Todo era una maravilla. No, más que eso; era estupendo, magnífico, grandioso, glorioso. Era lo más exquisito que hubiera visto, y podría dejarle unas ganancias colosales.

—Hay candelabros de todo tipo: de bronce holandeses, *cazalottes* de Francia, otros de plata, españoles del siglo anterior —iba explicándole Alex.

Bacon, al oír «españoles», murmuró:

—¿Españoles?... Eso le gustará, seguro.

Pero Wallace no prestó atención a las murmuraciones que se traía su amigo y continuó enseñándole artículos sin parar. ¿Dónde había dicho Anne que se encontraba España? Encima de Francia y debajo de… No lo recordaba. Wallace había estado allí, y él no quería quedar como un tonto ignorante.

—La mujercita del tío de tu esposa se quedará prendada de todas estas cosas, ¿no te parece?

—Ya lo creo. Se me hace la boca agua de pensar en las ganancias de este negocio.

—No lo hemos hecho todavía, así que controla las babas —repuso con media sonrisa mientras Roger le lanzaba una mirada ansiosa.

—¿Y esto? ¿De dónde procede? —le preguntó, señalando con la mirada una colección de porcelanas y telas de vivos colores.

—Oriente. Japón, China y la India.

Los ojos de Bacon fueron admirando todo lo que Alex le mostraba y le explicaba. Había vidrio español, catalán exactamente, tan preciado y valorado como los venecianos de Murano; marcos y cajas de marquetería, de Venecia y Francia; biombos orientales; muebles españoles, ingleses, franceses y algunos orientales; sedas y brocados y otras piezas de tela, tan delicadas y transparentes que daba la sensación de que se romperían si unas manos masculinas las tocaran. Roger le preguntó si todo era de un mismo viaje, y Wallace le dijo que no, que tenía un administrador en la ciudad y el almacén alquilado desde hacía un año más o menos, y lo había juntado todo allí para

poder venderlo mejor.

—Tendré que comprarle algo a mi mujer.

Eso sí lo escuchó Alex, a pesar de que apenas fue un murmullo.

—Coge lo que quieras. Si hacemos negocio, será un presente para ella de mi parte.

Roger no necesitó que se lo repitiera. Cogió un hermoso salero de mesa, grande y muy trabajado, con figuras de leones y otras filigranas de plata maciza. Valía una pequeña fortuna.

—Si hacemos trato, este será el presente que le lleves a mi Anne.

—Buen ojo tienes. Plata de las colonias españolas y hecho en Sevilla.

Roger volvió a mirar el salero. Sopesándolo, se preguntó dónde estaría Sevilla, pero no iba a preguntarlo. Total, qué le importaba dónde estuviera esa ciudad o lo que fuera.

Cuando llegó el judío y se lo presentó, ya habían llegado a un acuerdo muy sustancioso para ambos y había cogido su pesado salero para evitar que a Wallace se le olvidara. Se dirigieron a una taberna y se acomodaron todos en una mesa apartada para comer un cabrito asado con patatas y regar sus gargantas con vino tinto fuerte y rasposo. Una vez que dieron cuenta de todos los alimentos, Joseph, el judío, y Toni, el negro, se fueron, dejándolos solos. Con unos tragos encima de la mesa y los espléndidos cigarros de Alex, Roger se atrevió a decir que Wallace se juntaba con todo el mundo, y que una cosa era hacer negocios con judíos o tener esclavos negros, y otra, sentarlos a la mesa de uno. La mirada que le lanzó el virginiano lo dejó helado. En una milésima de segundo, se apuró diciendo que no quería criticar su forma de actuar, pero que pensaba que le daba demasiadas confianzas a ese tipo de gente. Con las manos apoyadas encima de la mesa y esa mirada gris, que con el enfado se oscurecía poco a poco, le habló con voz queda, y tal vez, solo tal vez, un poco lento para que cada palabra entrara en los oídos de Roger y le llegara alto y claro al cerebro racista que poseía:

—Te diré una cosa, Bacon. No te pido que pagues la comida de Toni o de Joseph, como tampoco te he obligado a que hagas tratos conmigo, de la misma manera que no te exijo que les des asiento en tu mesa, en tu casa. Pero da la casualidad de que estamos en una taberna, que yo pago la comida, que son mis empleados y que tú estás haciendo negocios conmigo y vas a ganar dinero gracias a mí. Y si a ti te jode compartir mesa con personas que consideras que están por debajo de ti, a mí me toca los cojones. En el momento en el que no te interese, tú por tu lado y yo por el mío. Nos damos la mano y en paz.

El rostro blanco y algo pecoso del pelirrojo había enrojecido por momentos. Tragando saliva, intentó arreglar el asunto, sabiendo que, si no lo hacía, su amigo podría enfadarse más de lo que ya estaba y

mandarlo todo a freír espárragos.

—Entiéndeme, Alex, te comprendo, pero no me negarás que resulta un poco chocante lo del negro y cómo nos mira la gente. Respeto totalmente tus acciones y, bueno, ya sabes que siempre he sido un poco clasista, pero, en fin, no sé, esto se me escapa un poco de las manos. —Alex no le había quitado la vista de encima; escrutinio que hizo que el otro se pusiera nervioso y temiera por el futuro del negocio. Sabía del fuerte carácter de su amigo. Como saliera a la luz, adiós dividendos y adiós pequeña fortuna, y encima quedaría como un tonto inútil delante de Douglas y, sobre todo, de la perfecta y hermosa Carolina—. Disculpa si te he ofendido, pero no estoy acostumbrado a compartir mesa y mantel con negros. ¿Qué quieres que te diga? Deberías comprenderlo —terminó con voz trémula.

Wallace tardó unos segundos en hablar, pero la mirada seguía clavada en Bacon de manera amenazante, y el pelirrojo le rogó al cielo que no explotara. No obstante, el virginiano había contado hasta diez. Recordó que Roger no era mala persona, simplemente un poco esnob y payaso, nada más, nada que no se curase con un buen fajo de billetes o con una somanta de hostias.

—Voy a decirte un par de cosas. Joseph es un viejo amigo, inteligente y con mucha experiencia a sus espaldas, sin contar con que tiene unos de los mejores cerebros para las matemáticas y cualquier tipo de cálculo, aparte de un sexto sentido para adivinar ciertas cosas que puedan pasar. No pienses que es magia, nada por el estilo, ni brujería o santería, que he visto mucho de eso en el Caribe. Es, simplemente, observar, calcular, meditar y deducir, nada más. Toni, por otra parte, aunque no tenga un cerebro para las matemáticas o para los negocios, es hábil, valiente, honrado y fiel hasta la muerte. De hecho, la cicatriz que ves en mi rostro pudo ser otra cosa si ese negro que conoces no hubiera matado al que marcó mi cara. Ya ves, le debo la vida y estaré en deuda con él, siempre.

—Lo comprendo, Alex, lo comprendo perfectamente —dijo, moviendo la cabeza e intentando aguantarle la mirada.

Wallace mostró una media sonrisa, pero Bacon supo que no era de simpatía.

—Me alegro de que lo comprendas, pero comprende también otra cosa. Para mí, los negros con la piel más oscura o más clara, los indígenas de aquí o los del sur o cualquier otro indígena de la isla más perdida del Pacífico, un chino, japonés o árabe, son iguales que tú o que yo. En lo único que marco diferencias es en las aptitudes de cada uno, en el que sirve para una cosa de más trascendencia, y otro, por falta de conocimientos o por falta de inteligencia, para otra inferior, pero eso no es motivo para maltratar ni para despreciar, y por supuesto nunca para esclavizar. Mis hombres son libres, todos. Les

pago un salario a cada uno de ellos, pero todos no cobran lo mismo. El más listo gana más, y el más torpe, menos. Y cuando me enfado por algo, la misma mala hostia muestro con el negro que con el blanco. Y no les permito tonterías ni a unos ni a otros, sin contar con que la maldad y la bondad están en todas las razas. Fin de la historia.

«Gracias al cielo», pensó Roger.

Wallace le retiró su mirada gris, fría como un glacial, y la dirigió al vaso de *whisky* y la tabaquera. Encendió un cigarro y soltó el humo lentamente.

Roger carraspeó.

—Perdona, Alex, no soy quién para meterme en tu forma de llevar tus negocios, y sabes que siempre he tenido claro quién es el más fuerte de los dos. Pero, dime, ¿ese comportamiento no te da problemas? ¿Tus vecinos de Richmond no han puesto el grito en el cielo?

Wallace soltó el humo despacio, haciendo anillas y tranquilizando al otro con ese juego.

—En mi casa hago lo que me sale de los cojones. Mis hombres no van pregonando por ahí que son libres, porque saben que, si hacen algo así, es como colgarse una soga al cuello. Por lo tanto, trabajan y viven lo mejor que pueden dentro de mis tierras e intentan ser felices.

Los hombres se miraron y Roger añadió información a la conversación, ya calmada y llevada por el camino de la paz:

—La esposa de Douglas también tiene un negro que va con ella a todas partes.

Eso picó la curiosidad de Alex y sonrió; sin embargo, esta vez no era ironía lo que mostraba esa atractiva boca.

—¿No me digas? ¿Tiene un esclavo como guardaespaldas?

—Bueno, no sabría decirte si realmente es un esclavo. Objetivamente sí, por supuesto. Pero ¿cuándo has visto que un esclavo te tutee?

—¿Eso hace ese negro? —Sus cejas oscuras se elevaron, deseando saber más.

—No delante de la gente, ni tan siquiera delante de Douglas. Pero en una ocasión fui testigo de cómo ese negro enorme le decía que no debía ir sola a los sitios porque podría sucederle cualquier percance, y luego la amonestó recriminándole que tuviera paciencia y que esperara hasta que estuviese a su lado.

—¿Y qué le dijo ella?

—No pude oírlo porque salieron de la habitación. Pero ese negro se comporta como si fuese el hermano mayor. Cuando se lo comenté a mi mujer, me dijo que, por lo visto, el negro la había rescatado de los viciosillos brazos de un dandi en Nueva Orleans y desde entonces está con ella. —Los ojos grises se entrecerraron. Pensó en esa mujer sin

rostro y deseó saber más de ella—. A Douglas no le gusta el negro; ni ese ni ninguno. De hecho, no tiene esclavos, y no porque sea defensor de los negros. No, no es eso. Pero con este traga porque cuida muy bien de su mujercita. Supongo que, si intentara echarlo, ella pondría el grito en el cielo. Y cuando le dijo a Douglas que quería comprarle un caballo de los más grandes, este tragó y le compró un hunter de considerables dimensiones para que los dos metros y más de cien kilos del hombre fueran llevados con dignidad. Es el único negro que va a caballo en Charleston; y, por supuesto, con el físico que posee, nadie se mete con él. Lo cierto es que ella hace lo que le da la gana, hasta le lleva la contabilidad.

Alex no quitaba la vista de su amigo, cada vez más curioso.

—Querrás decir que lleva la contabilidad de la casa —añadió, llevándose el cigarro a los labios.

—Sí, por supuesto. La de la casa, la de los alquileres, la de los arrendamientos y la de todo lo que se le ponga por delante.

La sonrisa de Wallace se hizo más amplia y no pudo evitar que su boca pronunciara una ordinariez tras otra:

—¡Me cago en la puta, no jodas! Eso demuestra hasta qué punto está enchochado el Douglas de los cojones. Y no lo ha llevado a la ruina por lo que se ve, o tú no estarías aquí.

—Ella lleva la contabilidad, pero el dinero sigue manejándolo él.

—Es igual. Si la persona que lleva las cuentas se equivoca una vez, puede que no pase nada, pero si se equivoca más, la cosa cambia. Hasta puede ir guardando dinero poco a poco, si es lista.

Bacon cambió el rostro, mostrando su enfado.

—No va a necesitarlo. La muy puta va a cogerlo todo o casi todo cuando el viejo estire la pata. Ah, y en un acto de buena samaritana, le pidió que dejara más capital para Anne y los niños.

—¿Y eso te molesta? —El virginiano estaba disfrutando de la conversación después de haber dejado las cosas claras sobre sus empleados. En esos momentos, sentía crecer la curiosidad por esa mujer a pasos agigantados.

—No es que me moleste, ya que mi esposa y ella se llevan muy bien, pero creo que es muy astuta, y eso lo hace para que el tonto de Douglas se crea que es una santita.

La sonrisa de Wallace no desaparecía de su curtido rostro. Con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, una mano descansando sobre su plano estómago y la otra con el cigarro, miraba a Bacon sin pestañear mientras escuchaba cómo largaba sin parar, igual que una cotorra o una alcahueta—. Me da que le come la polla muy bien, si no, no entiendo cómo se deja llevar de esa forma. Además, no creo que se le ponga dura como para estar follándose a esa preciosidad como si tuviera… Joder, Alex, si le falta poco para llegar a los sesenta.

El mencionado apagó el cigarro y, meneando la cabeza, tosió ligeramente.

—He conocido hombres de esa edad que funcionan bien, muy bien, teniendo en cuenta la falta de juventud. Pero eso de que le coma la polla no es muy normal en las mujeres decentes. Es más, a un marido que se precie no se le ocurre, ni se le pasa por la cabeza, pedirle eso a su esposa. Y si ella hace gestos para algo así, más de uno tendría un ataque.

Roger movió las manos en señal de protesta y el alcohol acabó por desatarle la lengua:

—Pues tan poco es tan malo tener una esposa decente que te haga eso, ¿no?

La sonrisa de Alex volvió a aflorar, imaginando que la señora Bacon estaba bien aleccionada.

—Tienes toda la razón. Pero volviendo a Douglas, seguro que, si su entrepierna no está en el mejor momento, utilizará otras artes.

—No lo creo. Hay días que no puede ni con su alma porque le duele todo el cuerpo. Venga, no me jodas. ¿Cuántas veces te follaste a la puta de anoche?

Alex estaba disfrutando de lo lindo.

—¿Cuentan las mamadas? —le preguntó entre sonrisas.

Bacon recordó que a él no se la mamó su puta, claro que tampoco se lo pidió.

—Si te corriste, sí.

—Dos. Una mamada y otra mamada.

—Me cago en la puta, ¿no te la follaste?

Wallace ya estaba cansándose, así que se metió la tabaquera en el bolsillo del chaleco.

—No me gusta meter la polla en un bebedero de patos, por muy limpia que sea la puta. Eso queda para tiempos pasados. Ahora, ni me las follo ni meto la cara entre sus muslos; pago para que me hagan una buena mamada y listo. ¿Ves?, lo que no me importaría sería follarme a la mujercita de ese Douglas. Aun sin conocerla, me la follaría, seguro. Con tanto hablarme de ella, me has disparado la imaginación —concluyó, levantándose y haciendo que Roger lo siguiera—. Seguro estoy de que tú no has logrado tirártela porque te ha visto las intenciones desde el primer momento. Si te hubieras mantenido más distanciado, más frío, quién sabe, tal vez la hubieras puesto caliente como una tea; o eso, o le gustan las mujeres —declaró al tiempo que le echaba el brazo por encima del hombro y salían de la taberna a la luminosa Nueva Orleans.

Al oír la contestación de su amigo, estalló en carcajadas, haciendo que Roger se pusiera rojo como un tomate.

—No le gustan las mujeres, estoy seguro. Solo necesita un hombre

que sepa quitarle esas malas pulgas que tiene.

—Vamos, anda. El trabajo nos espera. Dejemos de pensar en esa criatura.

—Criatura del diablo, eso es lo que es.

La profunda carcajada de Wallace siguió retumbando en sus oídos durante un buen rato.

Esa tarde, se cargó todo en El Virginia. Desde la pieza más pequeña hasta el mueble de mayor envergadura, dejando el almacén vacío y devuelto a manos españolas. Por aquellos años, la ciudad de Nueva Orleans y la zona oeste del Mississippi pertenecían a los españoles. Los franceses no lo reconocían, pero lo cierto era que los españoles le dieron un buen empujón a la agricultura y mejoraron mucho la economía del país. En octubre de 1795, España concedió a los Estados Unidos permiso para utilizar Nueva Orleans como depósito comercial. Tal circunstancia les vino de perlas a comerciantes como Alex, que tenían en la ciudad un mercado muy jugoso, y así, de paso, España se beneficiaba, o lo intentaba, de una amistad con los Estados Unidos y limaba asperezas, ya que las relaciones entre ambos no iban como en tiempos pasados.

Como toda la carga iba en el galeón, Alex tomó el mando de la nave. Su primer oficial se fue a otro navío que formaba parte del convoy para ir por delante y preparar la llegada a Charleston, de modo que todo se hiciera más rápido y perder el menor tiempo posible, ya que el jefe tenía deseos de volver al hogar y quedarse durante una larga temporada o, tal vez, más tiempo.

Le rondaba por la cabeza una y otra vez que debía buscar una mujer, sentar la cabeza y, por supuesto, tener hijos. Y aunque la mujer que anhelaba, con la que seguía soñando y la que ocupaba sus pensamientos no estaba, debía encontrar una que le acomodase, aun no estando enamorado. Además, ¿quién deseaba enamorarse? Solo un estúpido caería en esa trampa. No, no. Además, se preguntaba muchas veces si él se había enamorado alguna vez. De Nicole no; la francesa solo fue un encaprichamiento, y todo lo demás, un engaño. Y la española, ¿qué? ¿Fue amor, lujuria, un deseo desenfrenado que lo volvía medio imbécil? Aunque, por otra parte, si solo fue un calentón y un enfado de mil demonios por lo que le hizo una y dos veces, ¿por qué era incapaz de no pensar en ella?, ¿por qué no dejaba de recordar esos ojos y esa boca?, ¿por qué, maldita sea, se corría como un adolescente mientras soñaba con ella?; con que volvía a tocar esos pechos y ese sexo mojado, con que su verga penetraba en esa cavidad estrecha y húmeda, produciéndole tal placer, placer tan real, que su polla soltaba todo su potencial, dejando las sábanas mojadas. Se despertaba sudoroso y con la respiración agitada, solo, únicamente con la imagen de esa furcia de ojos verdes, que no lo abandonaba ni

estando borracho como una cuba. Tendría que decirle a Roger que le presentara alguna dama de la buena sociedad de Charleston, alguna amiga de su esposa o tal vez una viuda joven. Pero eso sí, que no tuviera los ojos verdes, por Dios, que no se pareciera a la bruja de sus pesadillas.

Anne comentó lo bien que estaba quedando la nueva casa. Una vez que llegara Roger con muebles y demás enseres, la dejaría preciosa, estaba segura. Mientras, Carol sonreía ante los comentarios de su querida amiga, dando gracias por ello, por llevarse tan bien y porque ella fuese tan buena. Sí, Anne era buena como le había dicho Douglas. Ah, George casi nunca iba con ella para ver las obras. Decía: «Llévate a mi sobrina, os lo pasáis muy bien juntas, y ella puede aconsejarte en todo lo que te interesa». Y Carol, tan contenta. Se cogían del brazo cuando bajaban del pequeño coche que manejaba con total precisión y recorrían todo el perímetro del edificio. Cuando los carpinteros desaparecían, se metían dentro y, esquivando maderas, cubos y clavos, fisgoneaban por todos los lados buscando defectos o decidiendo qué iba a cambiarse, para así comunicarlo al día siguiente o a la tarde, según fuese el caso.

—Cuando tengas niños —dijo—, aquí disfrutarán mucho más que en la ciudad, ya lo verás.

—No pienso tener hijos, Anne —afirmó categóricamente, haciendo que la otra la mirase con esos ojos plácidos del color de la miel.

—¿Por qué? Los hijos son un regalo de Dios. —Bajando el tono y cogiéndola del brazo, volvió a preguntarle—: ¿Por qué, cariño?

Los ojos verdes se humedecieron ligeramente y giró la cara para que su amiga no se diera cuenta, pero fue demasiado lenta y Anne vio e imaginó más cosas de las que sabía.

—No estás enamorada de George, ¿verdad?

Carol volvió la mirada y no supo ni quiso mentir:

—No. Se ha portado muy bien conmigo, pero no lo quiero.

—Hay otro hombre. Has estado enamorada de otro. —Al no contestar, fue como si lo hubiera hecho—. ¿Te hizo mucho daño?

En cuanto la dulce voz de Anne sonó en los oídos de Carol, pensó en ese hombre maldito, que no se le iba de la mente y al que odiaba con toda su alma.

—Por mí, puede pudrirse en el infierno —le contestó, apretando los dientes.

—Oh, querida. Cuánto lo siento, de verdad. No hay nada más bonito que el amor, el amor por un hombre y el amor por los hijos que te da ese hombre. Me gustaría que pudieras sentirlo y vivirlo, pero, por lo menos, si tuvieras un hijo…

Carol miró a su amiga y levantó la mano.

—Déjalo ya, Anne. Te lo pido por favor. No quiero hablar de este tema —murmuró.

Vislumbró esos ojos grises como la plata líquida, tornándose más oscuros cuando el genio lo dominaba. Estaba tan presente su imagen, que se preguntaba por qué no se había diluido en la oscuridad de su mente después de seis años y por qué tenía que verlo en sus pensamientos como si solo hubieran pasado dos días. Por qué, por qué, por qué.

—Vámonos, Anne, me duele la cabeza. No tengo ganas de estar aquí.

Anne obedeció y siguió a su amiga. Vio con qué energía subía al coche, cogía las riendas y azuzaba a los nerviosos caballos al tiempo que llamaba a Lucas. Este montó el caballo que ella le compró y las siguió como una sombra hasta la casa de la ciudad. Qué barbaridad. Para dolerle la cabeza, derrochaba genio por doquier; a no ser que solo fuera una excusa para no seguir hablando del tema. Anne sintió una enorme curiosidad por saber quién habría sido el hombre que le había robado el corazón, y una lástima mayor porque ese amor no se hubiera consolidado. «Una pena», se dijo mientras miraba por el rabillo del ojo cómo azuzaba a los caballos. Algunas horquillas de su hermoso cabello se aflojaron y varios mechones más cortos ondearon como una bandera. El sol reflejó todos esos tonos entre el castaño claro y el marrón rojizo, mostrando una belleza salvaje y arrebatadora.

Una vez que dejó a Anne en su casa, se dirigió a la suya, seguida por esa sombra gigante y oscura que era Lucas. Al llegar, él se encargó del carruaje y de los caballos con la ayuda de un mozo de cuadras y ella se dirigió a su alcoba haciendo sonar los tacones de sus botas altas de montar sobre el suelo de madera. A medio camino, la voz de su esposo la llamó y frenó en seco. Respiró hondo, se colocó algunos mechones de su rebelde cabello detrás de las orejas, dio media vuelta y llevó sus pasos hasta la biblioteca.

Cuando hizo su aparición, a Douglas casi se le paralizó el corazón. No era la primera vez que la veía con ese traje de montar; es más, dejó claro en la primera ocasión que no le parecía muy decoroso ese pantalón y esa falda abierta rodeando sus caderas, pero ella le contestó que era cómodo y que estaba harta de tela y tela y más tela de faldas para montar o llevar el coche de caballos. Douglas calló y no se habló más del tema.

En la parte de arriba, llevaba una blusa blanca y una chaquetilla corta, y debajo —¡ay!, debajo—, un pantalón muy ajustado, tipo leotardo o calzas de otros tiempos. Encima, una falda envolvente que se abría al andar y dejaba ver esas piernas largas embutidas en un tejido del mismo color que la falda y dentro de las botas de piel

marrón, ahora llenas de polvo. Ella se movía como una pantera, y lo más importante: estaba cómoda y le importaba un pimiento lo que dijeran las buenas gentes de la ciudad. Y podían darse por contentos, porque lo que a ella le habría gustado para montar y moverse en el campo habrían sido unos pantalones masculinos, pero adaptados a sus medidas y sin más faldas ni historias. Se había hecho varios en distintos colores, y el de ese día era verde musgo, que conjugaba con sus ojos. Cierto que podría haber elegido una tela más gruesa para la falda, pero no quiso, ya que la misión de esa indumentaria era que fuese ligera, no pesada como un muerto.

—Querida, los ojos de los caballeros, y los de los que no lo son tanto, se salen de sus órbitas cuando te ven con esas ropas tan, tan…

—No empieces, George, por favor. Me trae al fresco lo que digan esos cotillas, o sus esposas cotillas y envidiosas. Seguro que a más de una le gustaría tener un traje de estos, pero, o no se atreven, o no tienen edad. Déjalo pasar, por favor —le rogó, pasándole una mano enguantada por la mejilla flácida.

Él sonrió. La cogió por la cintura con una mano y llevó la otra a un pecho.

—Vamos arriba, querida. Tengo ganas.

Ella tragó saliva, forzó una sonrisa y se separó sutilmente del esposo.

—Estoy con el mes, George, y no me encuentro demasiado bien. De hecho, he dejado a tu sobrina en su casa porque tengo un horrible dolor de cabeza y quiero descansar un poco. No te importa, ¿verdad?

Él la miró fijamente y tardó algo más de la cuenta en contestar mientras ella esperaba sin moverse del sitio. Al final, el hombre mostró una sonrisa lenta y triste y le dijo que lo comprendía. Viendo cómo la joven salía de la sala y se dirigía con paso rápido a las escaleras, pensó que no parecía que tuviera ningún dolor de ningún tipo, y también pensó que últimamente estaba muchas veces con el mes.

Carol se cambió de ropa, fue hasta su tocador, se sentó en el silloncito y contempló su rostro con tristeza. Estaba asqueada. A pesar de todo el afán que puso y que ponía por llevar una vida agradable, no lo sentía así. Pese a los ratos que pasaba con Anne, que en su mayoría eran buenos, esa mañana se había fastidiado esa camaradería que había entre ellas por aquella maldita pregunta: ¿No estás enamorada? «Pues claro que no, maldita sea —pensó, con los ojos llenos de lágrimas y sin dejar de mirarse en el espejo—. No estoy enamorada de George. No podré enamorarme de nadie más porque él sigue estrujando mi corazón, porque no puedo quitármelo de la cabeza, porque sigo añorando sus caricias, sus besos, su voz, sus manos, su cuerpo. Maldita sea, ¿por qué no abandonas mis pensamientos?, ¿por

qué el odio que siento no combate el deseo de un recuerdo?, ¿por qué…?, ¿por qué…?».

Limpió sus ojos sin dejar de mirarse en el espejo y contempló todo lo que se reflejaba a su alrededor: las paredes revestidas de seda, los muebles lujosos, los hermosos vestidos asomando por la puerta entreabierta del enorme armario de nogal. Tragó saliva, respiró varias veces de una forma lenta y reconfortante y fue hasta la puerta. Iría a la cocina y prepararía un gran pastel de manzana, que a George le gustaba mucho, y así se olvidaría un poco de los desplantes que le daba, que cada vez eran más frecuentes. ¿Qué más daba que le hubiera dicho que le dolía la cabeza?; si ella sabía que él no se lo creía la mayor parte de las veces; si se daba cuenta de que el hombre sufría cada vez que le negaba la entrada a su alcoba; si tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para restregarse contra él y que eso que tenía entre las piernas se deshinchara de golpe y se fuera a dormir plácidamente a su habitación; si cada vez que se desnudaba delante de él y se acercaba para ponerlo más caliente de lo que estaba, se sentía como la más puta de las putas. ¿Cuántas veces había deseado su muerte? ¿Cuántas y cuántas veces deseaba volver a ver al hombre que la abandonó al amparo de esos miserables? ¿Cuántas?

Los niños dormían por fin, así que, ahora, tranquilamente, Anne se dedicaría a bordar durante un buen rato antes de acostarse. Era una sorpresa para su amiga y esperaba que le gustase, puesto que Carol ya le había dicho más de una vez lo bien que bordaba. Las dos eran expertas en ello, pero Carol no lo hacía muy a menudo últimamente. Tal vez se debía a que como en el pasado lo hizo por obligación, ahora no le apetecía, prefiriendo hacer otras cosas. «Como diseñarme esos trajes tan audaces», pensó con una sonrisa.

Cuando una criada asomó la cabeza por la puerta y le dijo entre susurros que el señor estaba llegando acompañado de un caballero, Anne dejó la labor a un lado. Tras alisar las faldas de su vestido y pasar una mano por su recogido, salió de la pequeña salita y se dirigió hasta la sala de recibo, donde su marido y otro caballero más alto y fuerte que Roger se quitaban los sombreros. El desconocido dejó ver una pistola dentro de la cartuchera, rodeando sus caderas. Él fue el primero en verla, y con una voz profunda e hipnótica, le dijo:

—Señora. —Inclinó la cabeza mientras Bacon se movía y sonreía a su mujer.

—Querida, cuánto tiempo —la saludó eufórico, abrazándola con cariño pero sin excesos—. Te presento a Alexander Wallace. Te he hablado muchas veces de él, ¿te acuerdas?

Ella, mostrando una sonrisa sincera y cálida, le dio la mano al forastero.

—Claro que sí. Mucho gusto, señor Wallace. Ahora puedo comprobar que mi esposo no exageraba cuando hablaba de ese amigo tan fuerte que lo vencía cada vez que peleaban.

La hermosa sonrisa del hombre le llegó al alma. Con su mano desaparecida dentro de esas dos manos grandes y morenas, Alex le contestó con voz profunda y aterciopelada mientras Anne pensaba que Roger nunca le dijo que ese tal Wallace fuese tan seductor:

—Señora, si llego a saber que usted estaba esperándolo en un futuro cercano o lejano, lo mismo da, le habría dado una tunda de campeonato para haber ocupado su puesto y haberme casado con la mujer más bonita de Charleston.

La risa de Anne sonó como cascabeles. Con un mohín gracioso, sacó la mano de ese encierro tan agradable que eran las manos de ese hombre. Roger, un poco mosca, cogió de la cintura a su esposa y reprendió a su amigo:

—No coquetees con mi esposa. Ten un poco de paciencia. Ya te presentaré a damas deseosas de tus halagos y de dejarse embaucar por charlatanes como tú —soltó sonriendo, mirando a su mujer y a su amigo—. Cariño, Alex y yo hemos hecho negocios juntos. Vamos a sentarnos y te contaré lo que hemos traído. ¿Te importaría servirnos unos traguitos y algo para ti? Venimos agotados.

Anne sonrió y se dispuso a servir las bebidas, pensando que su esposo se agotaba con poco, pero ese hombre no parecía para nada cansado. Escuchó cómo su marido decía que Wallace se quedaría alojado en casa y que el criado que iba con él se acomodaría en la pequeña habitación de los establos. Todo entusiasmado, mientras cogía de su mano la copa de bourbon, le contaba la cantidad de muebles y demás chucherías que traían para la casa de Douglas. Mientras Roger hablaba, ella observaba discretamente al amigo de su esposo, pensando que no recordaba haber visto a un hombre tan guapo como ese, a pesar de la fina cicatriz que recorría su mejilla izquierda. Todo en él llamaba la atención: la estatura, la anchura de los hombros, el cabello negro como ala de cuervo que, ondulado hasta llegar al cuello, se le enroscaba en pequeños rizos, rozando el duro cuello de la blanca camisa… Pero lo que realmente llamaba su atención de forma casi provocativa eran los ojos. Una penetrante mirada gris claro que, cuando se posaba en ella, era tan profunda, tan intensa, que parecía sondear sus pensamientos y acabar leyéndoselos y logrando que enrojeciera levemente.

Y, ciertamente, Wallace la miró a sus anchas, y dedujo en poco tiempo que la esposa de Bacon era lo que veía: una mujer bonita, educada, encantadora y noble; que aguantaría las fechorías del marido y se lo disculparía todo, que lo amaba de verdad y que le daría todo lo que él le pidiera para no perderlo. Bien, así era la vida. Una mujer de

ese tipo no le vendría mal: bonita, para tener una vida sexual agradable; buena, para que no le diera quebraderos de cabeza; fértil, para tener unos cuantos hijos, y noble, para que solo viera lo positivo de su persona. No estaría mal. No era necesario que le hiciera hervir la sangre, tampoco que lo sacara de sus cabales con un comportamiento salvaje ni que provocara en él el deseo constante y enervante de poseerla o de azotarla. No, eso no era necesario. Una relación tranquila, basada en una atracción racional, sería suficiente.

En ese pensamiento se paró al fijarse en cómo los labios de la mujer de su amigo pronunciaban un nombre, uno que le puso los pelos de punta:

—Mañana, cuando se lo diga a Carol, seguro que se pondrá contentísima.

—¿Has dicho Carol?

Al notar cierta aspereza en la voz de Alex, ella lo observó un tanto sorprendida. Roger contempló a Wallace y contestó por su mujer:

—Sí, no te he dicho su nombre de pila. —Mirando a su mujer, añadió—: Siempre que hablaba de ella, la nombraba como la mujer de George. —Volvió la mirada hacia Alex y continuó sin darse cuenta del interés del hombre—: Se llama Carolina. —Miró de nuevo a su mujer. Wallace empezó a perder la paciencia y a ponerse nervioso, pero sin que sus encantadores anfitriones fuesen conscientes de ello—. ¿De dónde es, querida? De España o de por ahí, ¿no? Algún sitio de Europa, ¿no es así?

La sonrisa de Anne iluminó su rostro. Mirando a Alex, le explicó:

—Es de origen español, exactamente de padre español y madre inglesa. El tío George la conoció en Nueva Orleans.

El matrimonio no podía imaginar los pensamientos de Wallace ni por asomo. Él no sabía nada de que su Carolina hubiese tenido madre inglesa; sería una coincidencia, pues en España habría muchas Carolinas. Además, la que él había conocido, a la que él había amado, estaba muerta, ¿no? Y cuando estuvo en Cádiz, poco pudo averiguar: que ella y su madrina habían cruzado el Atlántico y que el esposo de Anastasia, antes de morir, las dejó en la ruina, gastando la propia fortuna y la herencia de la muchacha. La casa que habían habitado la ocupaba un familiar lejano y nada más. Una cosa estaba clara: si estaba viva, a esa bonita ciudad no había vuelto. Pero él no sabía que su madre…, de golpe, se acordó de ese pañuelito, del puto pañuelo que seguía llevando en un bolsillo del chaleco, de la W, del segundo apellido. Sintió palpitar su corazón, lo sintió correr como un caballo desbocado. Podría ser… que esa señora Douglas fuese la mujer que él perdió, a la que se dio por muerta en esa fonda, la puta bruja que lo engañó; no una, sino dos veces, dos malditas veces, robando y escapándose de su casa, haciendo que rabiara mil veces y que deseara

cogerla para azotar ese trasero que tan bien recordaba, hasta dejarlo en carne viva.

Compuso su mejor cara y sonrió ante lo que estaba contando la esposa de Bacon:

—Ella vivía y trabajaba con unas tías. —Con una bonita sonrisa y sin dejar de mirar al invitado, amplió la información—: Tienen una tienda de moda. Ya sabes, venden de todo, todo lo que necesita una mujer, desde una pieza de tela hasta un sombrerito o una sombrilla. La próxima vez que vaya a verlas, seguramente iré con ella. ¿Te parece bien, Roger? —El marido movió la cabeza mientras le daba un sorbito a su bebida y Alex intentaba mantener la calma ante lo que estaba oyendo—. Las tías, aunque no son tías de verdad, ya que Valery y Charlotte tienen sangre francesa y Carol tuvo ciertos problemas al perder a su verdadera familia, la acogieron como a una hija. Y ahí fue donde tío George la conoció —terminó la mujer, sin imaginarse qué estaba pasando por la cabeza de ese hombre que era su invitado. Solo veía un rostro de lo más atractivo que mostraba una sonrisa atractiva todavía.

—Roger ha mencionado que es muy hermosa. No sé cómo será tu querido tío, pero ¿nunca te has preguntado cómo una mujer de tal belleza no se ha casado con algún rico de Nueva Orleans y, sobre todo, con uno más joven?

Anne se ruborizó ligeramente y volvió a mostrar una tímida sonrisa.

—Claro que sí, Alex. De hecho, se lo pregunté en una ocasión y la respuesta está muy clara.

—Ah, ¿sí? —Elevó esas cejas oscuras y mostró esos ojos tan llamativos que hacían suspirar a las mujeres y a los que Anne no era inmune a ellos.

—Sí. Precisamente, en la belleza y en la posición social es donde estaba el problema. Ya sabes, no hay dote, pero sí una belleza espectacular…

Dejó sin terminar la frase y fue Roger el que intervino:

—Los caballeretes que rondaban, deseaban la mercancía, pero no cargar con ella. Tenerla como amante estaba bien, pero como esposa, preferían a la hija de algún acaudalado de la zona.

—Y las tías —continuó Anne— pensaron que lo mejor era aceptar la oferta de tío George y así evitar males mayores.

Mientras Wallace recibía información sin preguntar, Bacon intervino de nuevo:

—Ya sabes, lo del negro que te conté.

Anne miró a su esposo. Con esa mirada estaba riñéndolo suavemente, como cuando miraba a sus hijos mayores después de hacer una trastada.

—Se llama Lucas, cariño. Y es un hombre fiel a más no poder. —Volvió esos ojos miel hacia el invitado—. Gracias a ese hombre, Carol pudo salir de una situación muy violenta que le habría ocasionado un fuerte *shock*. Y ese hombre, Lucas, apareció en el momento oportuno y le dio una buena tunda a ese individuo. Desde entonces, Lucas está con ella. Cierto es que a tío George no le gusta mucho; no por nada, es solo que yo creo que le tiene miedo a la gente de color. No es que me lo haya dicho él, que no…, pero, bueno, sé de sobra que no se siente cómodo, no sé si me entiendes.

Wallace no dejaba de mirarla de esa manera tan intensa, y eso provocaba en ella un ligero rubor. «Por Dios, ¿cómo debe sentirse la mujer que esté con este hombre, mirándola de esa forma», pensaba.

—Entiendo perfectamente. Conozco a más de uno que le ocurre lo mismo.

Roger se dio por aludido y esperó la mirada de Wallace, pero eso no ocurrió, pues seguía contemplando a su esposa.

Sin embargo, no era consciente de que por la mente del hombre pasaba el recuerdo de cuando estuvo en la tienda de las francesas. Porque ¿cuántas tiendas había en Nueva Orleans, regentadas por dos hermanas de edad más que madura, llamadas Valery y Charlotte? Todavía recordaba las preguntas curiosas de la más viva, la flaca y poco agraciada Valery, y cómo quiso saber en qué hotel se alojaba para mandarle las compras. Por todos los cielos, ¿estaría ella, en esa época, con esas mujeres? ¿Había estado en el sitio donde vivía y no coincidió con ella? Si fue así, era para echarse a reír, a llorar o a gritar como un loco idiota. Tenía que salir de dudas, tenía que saber si esa mujer de la que hablaban era la que él conoció, a la que amó, la que lo traicionó.

Sonriendo de una forma que hacía que las mujeres temblaran, añadió:

—Estoy deseando conocer a esa maravilla de mujer. No puedo creer que sea tan hermosa como decís.

En esos momentos, vio cómo Anne se levantaba. Sonriendo de forma encantadora, ella le preguntó:

—¿Quieres ver cómo es? —Él la miró sin comprender—. Ya verás —añadió, saliendo de la sala y dejándolo en ascuas.

—Va a enseñarte los dibujos. Es muy buena. Nos hace retratos a todos: a los niños, a mí y, por supuesto, a Carolina. Sí, sí, ya verás. Puedo decirte que son buenos, muy buenos, y fieles a la realidad. Totalmente. De hecho, Douglas ya ha enmarcado un par de ellos y los tiene en su despacho. Él quería que Anne le hiciera uno, grande y con pinturas o algo de eso, ya sabes, en color, para plasmar el verde de sus ojos y los diversos tonos de color que tiene su cabello cobrizo, pero ella se negó. —El hombre hablaba y hablaba, pero no sé percató de la

tensión en la mandíbula de Alex y de una vena que se marcaba más arriba de la cicatriz, en la sien—. Dijo que no quería cuadros de ningún tipo, y cuando se pone brava, no hay quien le lleve la contraria. Te digo yo que esa hembra necesita un macho que le dé dos azotes y la ponga en su sitio, y ese macho no es el tío de mi esposa —concluyó, bajando la voz y tocándose el bigotito al oír los pasos de su mujer, que entró con un cartapacio en los brazos y se lo entregó a Wallace.

—Ábrelo, Alex —le pidió la mujer. Vio cómo colocaba la carpeta sobre sus piernas y esos dedos morenos, largos y fuertes, desataban las cintas y abrían la caja de los truenos.

Los dientes del invitado estaban apretados, y los ojos, preparados para ver ese rostro que lo atormentaba desde que desapareció de su vida. Sin embargo, lo que vio fue el rostro de un bebé con gordos mofletes, cuatro pelitos en su redonda cabecita y una sonrisa desdentada que lo miraba, dibujado a carboncillo.

—Oh, es Patricia, cuando tenía cuatro meses. La pequeña; los otros son chicos. También verás sus retratos.

Efectivamente, con toda la calma de la que fue capaz y sin mostrar el deseo que tenía de llegar a lo que realmente quería ver, fue mirando y alabando esos dibujos de unos niños guapos y pecosos, de cinco o seis años, pero que a él no le importaban lo más mínimo. Y después se topó con un dibujo de ropa femenina, de una chaquetilla y una falda. Sus ojos se entrecerraron para ver mejor. ¿Qué demonios era eso? Parecía una falda abierta, y luego, otra vez, esa falda cerrada y unos pantalones o calzas.

La risa de Anne hizo que levantase la vista de ese dibujo y mirase el atractivo y risueño rostro de la esposa de Bacon.

—Oh, es que están todos mezclados. Perdóname, Alex, esto son cosas nuestras, de Carol y mía. Ella me pidió que le dibujara un diseño que tenía en mente para hacerse un traje de montar.

Entonces, intervino el marido:

—Sí, esa es otra. No me acordé de contártelo. Va escandalosa con esa indumentaria, enseñando las piernas enfundadas en esos… esos pantalones o lo que sea. Por todos los cielos, todo Charleston habla de ella, y a ella le importa un carajo.

—Roger, no hables así. Sabes de sobra que la gente es muy envidiosa, especialmente las mujeres. Además, no enseña nada, porque va bien tapada. Lo único que ocurre es que ella va más cómoda así. Y hace muy bien. ¿Por qué va a tener que hacer lo que se supone que debe hacer una mujer? Ella es muy libre para hacer lo que le dé la gana.

—Una mujer decente no llama la atención de esa manera y deja en evidencia a su esposo —murmuró entre dientes, provocando una

sonrisilla en Wallace, que había perdido parte de la tensión acumulada y estaba enfriando su cuerpo y su mente.

Antes de dejar que los esposos entraran en una discusión sobre —estaba ya muy seguro— la fierecilla que él había conocido, decidió intervenir:

—Lo que está muy claro, pareja, es que esta dama hace lo que le place, por lo menos en lo concerniente al vestuario. —Miró a la mujer, que le sonreía agradecida, y le preguntó—: ¿Puedo seguir mirando, o no están aquí esos dibujos de la dama que escandaliza a todo Charleston?

—Sí, por supuesto. Seguro que están ahí —afirmó con una radiante sonrisa, pensando que ese hombre no se alteraba tanto por unas faldas abiertas que dejaban ver un pantaloncito.

Abrase visto con el recatado de su esposo, cuando sabía de sobra que tenía contactos con prostitutas, y estas sí que iban descocadas y escandalosas, enseñando pechos y todo lo demás. Abrase visto qué cara más dura. Ya lo cogería a solas y le diría unas cuantas cosas.

Llevó la mirada hasta ese hombre tan, tan, tan atractivo y notó cierto temblor en la sien izquierda, en el mismo lado que tenía la cicatriz y donde una vena resaltaba de manera llamativa. Claro, era eso, por fin, ahí estaba: el primer dibujo que le hizo a su amiga. Estaba impresionado, no cabía ninguna duda. No había más que mirar cómo esos ojos se clavaron en el dibujo. Anne sonrió complacida, sin imaginar lo que realmente pasaba por la cabeza del hombre.

Ante a él tenía un fiel dibujo de la Carolina que él había conocido, de frente, con esa boca indecente y esos ojazos impresionantes, los cuales, a pesar de estar dibujados en carboncillo, eran llamativos y producían en la persona que los mirase el deseo de conocer a esa criatura. ¡Por Dios, era tal y como la conoció!; con esos pómulos altos y esa frente redondita, con ese cabello abundante y sedoso, y con ese cuello largo y delicado, que más de una vez soñó con estrangular. Volvió a mirar los labios, gruesos, con ese arco de cupido perfecto y que parecían a punto de echarse a reír, de abrirse y enseñar esos dientes blancos y pequeños y esa lengua rosada. Recordó cómo sonaba su voz en español, tan seductora, tan embriagadora. «¿Cómo sería oírla en mi idioma?», se preguntó mientras seguía contemplando el retrato, sin darse cuenta de que sus anfitriones lo miraban un tanto sorprendidos. Sus dedos se movieron y vio el segundo, este de perfil y con el cabello recogido en un moño bajo. Sin poder evitarlo, un dedo largo y fuerte recorrió la línea de esa nariz recta y pequeña y de esos labios llenos y voluptuosos. Se desplazaron por la bonita barbilla, para seguir hacia abajo y detenerse en el final del cuello, donde el dibujo dejaba de existir.

Anne miró a Roger y este le devolvió la mirada.

—Veo que te has quedado sin palabras —reparó Roger, haciendo que Alex elevara la vista y mirara primero a uno y luego a la otra.

—Bueno, no puedo negar lo evidente. Si la señora Douglas es como la has retratado, Anne, es una verdadera belleza. O eso, o que tú serías la delicia de cualquier rey o reina del viejo continente. Ya sabes —añadió al ver el rostro interrogante de la mujer—, a los reyes les gustan mucho los artistas que pintan sus caras y sus cuerpos mucho más atractivos de lo que son.

La risa cantarina de Anne hizo que Wallace la mirase con simpatía.

—Cuánto sabes, Alex. Pero puedo asegurarte que no hay nada añadido en esos dibujos que ves. Verás cuando la conozcas. Va a dejarte sin palabras, estoy segura —concluyó, mirando al invitado y dedicándole una sonrisa a su esposo, quien bien sabía de lo que estaba hablando.

—No lo dudo —zanjó el hombre, pensando que la noche iba a ser eterna.

Sabía que no lograría pegar ojo hasta encontrarse con los señores Douglas, hasta ver con sus ojos a esa zorra que se burló de él; no una, sino dos veces. Dos putas veces.

Capítulo 17

No muy lejos de la ciudad, dos hombres cenaban en una taberna. Uno de ellos, enorme, grande como un toro, alto como un árbol y con la cabeza afeitada, fue increpado por el otro:

—No sé por qué cojones te has afeitado la puta cabeza.

—Me gusta así, es más cómodo, y no tengo que molestarme en peinarme. Además, yo no me meto con tu forma de vestir.

Luis se miró a sí mismo.

—¿Qué le pasa a mi forma de vestir?

—Que vas como un petimetre. Luces todavía más señorito que en Cuba, y ya es decir —murmuró en español.

El rostro de Vázquez se tensó, haciendo que su osamenta facial se marcara de una forma grotesca.

—Acuérdate de lo hablado y no lo eches todo a perder.

—Lo recuerdo todo. Soy extranjero, aunque eso no hace falta que lo diga, se nota a la legua. Llevo varios años en el país, unas veces más al sur y otras más al norte.

—Bien.

—Procedo de España y he permanecido largas temporadas en Luisiana.

—Exactamente. No es necesaria más información. Quien quiera saber más, que vaya a la escuela —declaró el más inteligente, haciendo que el grandullón de Carlos sonriera y mostrara los huecos vacíos de su boca.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí?

—El que haga falta. Tú no te preocupes por eso y procura no salir mucho. Ya sabes que llamas la atención de una manera exagerada, y con esa cabeza rapada, más.

El grandullón torció el gesto, molesto por esos comentarios, que bien sabía que eran despectivos.

—En este país hay tíos grandes como yo, así que no llamo la atención. Además, el idioma se me da bien, después de lo que me ha costado aprenderlo.

Vázquez lo taladró con su oscura mirada, pero no le llevó la contraria, ya que tenía razón. Con todo lo que protestó cuando le dijo

que iba a ir a los Estados Unidos y que debía aprender inglés, había conseguido lo más básico, por lo menos para poder desenvolverse. Todo lo que Vázquez aprendía se lo enseñaba a Carlos, y este, como una cotorra, lo repetía. Aprendió vocabulario y después frases cortas y concisas, como, por ejemplo, dónde estaba tal sitio, cuánto valía tal o cual cosa o dónde se encontraba una calle. Las aprendió como un loro, pero al final sabía lo que estaba diciendo y su pronunciación era medianamente aceptable. Todavía apretaba los dientes con fuerza cuando alguien le hablaba deprisa y acortando las palabras, pues le provocaba confusión y enfado. Pero, tal vez, debido a la enorme presencia del español, la persona repetía la frase más despacio y con una vocalización más pronunciada, y el grandullón resollaba y mostraba una pequeña sonrisa, entendiendo por fin lo que estaban diciéndole y contestando al interesado. De esa manera, todo fluía correctamente, y al final, el hecho de vivir en los Estados Unidos no fue tan desagradable como pensó en un principio. Es más, podría decirse que estaba más a gusto que en Nueva España, donde había mucho compatriota superior a él y con ganas de restregárselo constantemente. En los Estados Unidos, tal vez fuera por su presencia y porque hablando inglés su voz sonaba más ruda que con el florido español, notaba que se le respetaba más y que no hacían bromas respecto a su altura o anchura. Como debía ser, mirándolo desde su punto de vista. Porque él no sería muy inteligente, pero con una sola hostia podía mandar a un tipo como Vázquez al suelo en un segundo. Y estos descendientes de ingleses, que habían luchado contra los mismos ingleses para conseguir su independencia el cuatro de julio —bien que se lo había aprendido—, lo respetaban más que los españoles de Nueva España o España.

Todo eso lo pensaba mientras observaba a su compañero; o, mejor dicho, a su jefe. Porque una cosa estaba clara: no hacía más que mandar y mandar. No hagas esto, no hagas lo otro, no digas esto, no digas lo otro, compórtate así, compórtate asao. Lo tenía hasta los cojones, pero por el momento callaría hasta ver qué pasaba. De todos modos, él seguía con la perra de vengarse del norteamericano, y ya habían pasado seis años, y Carlos no tenía tantos deseos de revancha. De hecho, ni se acordaba de sus cicatrices en la espalda, porque apenas se le notaban, y más de una vez había dicho, tanto al muerto de Fernando como a Luis, que si Wallace hubiera querido arrancarles la piel a tiras, habría dado más fuerte y más latigazos. La última vez que lo dijo, Vázquez se cogió un enfado de mil demonios y dijo:

—A mí, nadie, ¡nadie! —repitió gritando—, me marca la espalda poco o mucho sin recibir su castigo. Y eso es lo que tendrá el norteamericano. —Para terminar, recalcó—: Por mi puta madre que así será.

Por muy ignorante que fuera Carlos, de tonto no tenía un pelo, y sabía cómo se las gastaba el flaco. Sabía que había matado en España, y estaba convencido de que en Cuba también, si no, ¿de dónde había salido todo ese oro que tenía? No, no debía confiarse, y tenía que seguir siendo un zoquete.

—Oye —dijo Carlos, frotándose la barriga llena—, y si buscamos a unas fulanas. Una para cada uno, o una para los dos, me da igual.

La expresión del más moreno, flaco y mal encarado, mostró una sonrisa, pero el grandullón sabía que no era franca y que ahora vendría una contestación que a él no iba a gustarle:

—Si tienes ganas de puta…, te haces una paja. Vámonos.

Dejó unas monedas encima de la mesa y salieron al exterior. Mientras Vázquez estiraba su chaqueta del mejor género y se abrochaba un botón del chaleco, no vio la mirada asesina que le echó su compañero, y en ningún momento se le pasó por la cabeza que el grandullón de Carlos fuese un enemigo a tener en cuenta.

Wallace no pegó ojo. Pasó toda la noche en vela; a ratos, en la confortable cama de la habitación que le habían asignado, y otras veces, pisando el suelo alfombrado y recorriendo el perímetro de la alcoba como un león enjaulado mientras contaba los pasos. Se detuvo cuando llegó a quinientos cincuenta y cinco, a riesgo de que le diera un ataque de nervios. No veía el momento de que llegara la hora para salir de la habitación. Cuando faltaba poco para el amanecer, se vistió y se dirigió hasta la cocina, que no le costó mucho trabajo encontrar. Una vez allí y dedicándole a la oronda cocinera una de sus seductoras sonrisas, le pidió que preparase dos desayunos abundantes. La mujer, colorada como no hacía tiempo, le dijo que no había ningún problema y que enseguida se lo llevarían al comedor. Pero él le contestó que no era necesario, que él y su criado lo tomarían perfectamente en esa hermosa mesa de roble, gastada por el uso. Sin más, se fue a la caballeriza y vio que Toni ya estaba levantado y paseándose por el pequeño pasillo que daba paso a las casillas de los cuatro caballos que tenía la familia Bacon. Al fondo, se encontraba el carruaje para la familia y otro más pequeño para dos personas. En unos minutos, Alex puso al corriente de la situación a Toni. Este, con una radiante sonrisa, miró a su amo y habló a sus anchas al no tener testigos:

—Estupendo. La cogemos y nos la llevamos a Virginia. No es necesario que molestemos más a su amigo, el señor Bacon.

Alex miró al joven, que tendría la edad de Carolina, y no pudo evitar sonreír.

—Está casada, Toni. Casada con el hombre al que vamos a venderle todo lo que llevamos en el barco. —El negro clavó los ojos negros en su jefe y sonrió, mostrando una dentadura blanca como la nieve y sin

mácula alguna—. No veo dónde está la gracia, Toni. Si ya es complicado volver a verla después de todo lo pasado, ahora, casada con un tipo que por edad podría ser su padre, me enerva la sangre de tal forma…

—Eso no es problema para nosotros, señor Wallace. Le vendemos al tipo ese la mercancía, y una vez que usted coja el dinero, la coge también a ella y nos vamos a Virginia con la señorita Kitty, con Carmela y con la señorita María.

Alex no pudo evitar la sonrisa ante ese comentario, sobre todo sabiendo las ganas que tenía el muchacho de volver a casa.

—Te olvidas de Ricardo —le recordó, echándole un brazo por encima de los hombros.

—Ese sabe cuidarse solo, no necesita que me acuerde de él —zanjó la cuestión.

Miró a su amo y señor ante las leyes del país y supo que ahora comenzaba una nueva andadura; al aparecer, otra vez esa señorita de ojos verdes que vio una sola vez en su vida pero que nunca olvidó.

Después de desayunar, y sin dar cuenta de la cara de sorpresa de la cocinera y de una criadita que no tendría más de catorce años al presenciar cómo un señor y su criado negro compartían mesa y desayuno, salieron a un pequeño patio interior y le dio instrucciones:

—Ve al barco y asegúrate de que todo esté en orden. Y comprueba dónde está Joseph. Seguro que ha salido del barco con idea de echarle un vistazo a la competencia. ¿Llevas dinero?

—Algo.

Alex sacó unas monedas y se las dio.

—Toma, lleva esto —le dijo al tiempo que le pasaba su pistola y se la colocaba en la espalda, dentro del pantalón y debajo de la chaqueta —. No es necesario que hagas ostentación de ella, pero si te ves en problemas, úsala.

El joven movió la cabeza.

—Espero no tener que hacerlo, señor Wallace.

—Yo también lo espero, pero antes de que tú estés muerto, que lo esté otro. ¿De acuerdo?

—Sí, señor, pero espero no tener que hacerlo —repitió, sabiendo que su amo era un experto en armas.

A él no le gustaban demasiado, a pesar de que mató a unos cuantos ingleses en el mar; pero eso no contaba, porque ningún blanco fue a por él ni en Inglaterra ni en los Estados Unidos. Así que, cuando su jefe no se dio cuenta, dejó el arma escondida en el establo y a la vuelta la cogería y se la devolvería.

Pasadas unas horas, después de esperar a Roger, de conocer a los preciosos hijos de la pareja y de darle a la anfitriona su obsequio, dejándola poco más que con la boca abierta, lograron salir a la calle y

dirigirse hasta el puerto dando un paseo en una agradable mañana de finales de verano. Hablaron de todo un poco, pero sin mencionar a Carol, aunque Alex no se la quitaba de la cabeza, y Roger creía que ya le había dedicado demasiados comentarios.

Al pasar por delante de una taberna, oyeron jaleo. Alex, alerta, se paró y fue derecho a la puerta de entrada, dejando a Roger con la palabra en la boca para decirle que a él no le gustaban los líos de taberna y que algo así no era cosa de caballeros. Pero no hubo opción, ya que, viéndose en la tesitura de aguardar fuera como un pasmarote o entrar junto a Wallace y esperar que la presencia de ambos detuviera lo que fuera que estaba ocurriendo, entró detrás de su amigo de la infancia. Lo primero que vio fue a un tipo alto y pelirrojo; pero con el pelo naranja, no como él, que lo tenía rojo oscuro. Eso ya era señal de más caché. Su madre, que en gloria esté, siempre se lo dijo: «Hijo, no es lo mismo tener el cabello como una zanahoria que como la caoba más preciada. Así que estira esa espalda y marca tu territorio». Sin embargo, en esos momentos prefería estar detrás de Wallace que enfrentarse a ese tipo tan grande. Y, para colmo, ese tipo estaba hostigando al muchacho negro; al negro de Alex. Por todos los santos, ¿por qué no se habría quedado en casa, y más tarde, en su coche de caballos, habría ido tranquilamente al puerto, sin necesidad de meterse en líos barriobajeros?

—¿De dónde has sacado el dinero, negro? ¿Y por qué vas solo por la ciudad, vestido como si fueras uno de nosotros? —Volvió a darle otro empujón y los que estaban con él rieron, disfrutando.

Toni se mantenía estoico, sin darle importancia a los empujones y a las palabras que salían de la boca podrida de ese tipo, esperando que se cansara y lo dejara en paz, y sobre todo deseando no tener que calentarle el morro o, en su defecto, si así ocurría, poner en movimiento sus piernas y correr veloz como una gacela para que esos hombres sedientos de sangre no lo pillaran. Con ese pensamiento, la saliva del hombre le salpicó la cara mientras seguía insultándolo sin ganas de parar:

—Además, un cochino esclavo negro no puede estar aquí, con los blancos. ¿Dónde has robado ese dinero, negro del demonio? —Lo agarró del recio y rizado cabello y tiró con fuerza.

Fue entonces cuando Toni le dio un puñetazo en el estómago. El del pelo naranja lo soltó en el acto al tiempo que daba un grito de guerra. Los que estaban con él quisieron actuar, pero el tipejo dijo que no, que él podía con un cochino negro, que iba a darle una somanta de hostias que no iban a quedarle ganas de entrar en una taberna sin su puto amo blanco. En ese instante, Wallace se colocó delante de Toni e hizo trastabillar al individuo, quien se quedó parado frente al nuevo intruso mientras observaba la envergadura de ese nuevo ¿rival?

—¿Qué cojones haces? —le espetó, enseñando sus dientes podridos y los huecos vacíos.

—Eso digo yo. ¿Qué cojones haces? —repitió la pregunta Alex, taladrándolo con esa mirada fría y sin pestañear.

—Quita de en medio. Voy a matar a ese hijo de la gran puta.

Pero el intruso no se movió, sino que cubrió a Toni con su magnífica presencia. El del pelo zanahoria se preguntó si no estaba acelerándose de más y si ese tipo con tan buena planta no sería el amo del negro hijo de puta.

—Me parece que, aquí, el único hijo de la gran puta eres tú.

Roger, no acostumbrado a ese tipo de enfrentamientos, miraba hacia todos los lados, fijándose especialmente en los que estaban con el del pelo naranja, contando cuatro o tal vez cinco. Los otros clientes estaban atentos, pero se desmarcaban de la tensión floreciente dando pequeños pasos hacia atrás. Él, si era medianamente inteligente, debería hacer lo mismo, sin embargo, por otro lado, no podía comportarse como un cobarde y dejar a su amigo solo ante esos desgraciados. Por Dios, y todo por defender a un negrito. Aquello era el colmo.

—¿Acaso es tu esclavo? —le preguntó, con los puños apretados contra los muslos.

—Eso a ti no te importa. Además, si permiten la entrada a un sucio y apestoso como tú, ¿por qué no van a dejar pasar a un hombre de color, mejor vestido, mejor aseado y con dinero en el bolsillo?

Fue la gota que colmó el vaso.

El grito del pelirrojo se oyó hasta en la calle. Como un toro de lidia, se lanzó sobre Wallace, recibiendo en consecuencia un derechazo en plena mandíbula antes de llegar a él y cayendo de bruces al suelo. Fue entonces cuando los otros se lanzaron a por Wallace y a por el negro, y Roger se vio obligado a intervenir en una marabunta de puñetazos, patadas, banquetas por los aires y mesas que crujían hasta romperse bajo el peso de los hombres. Esto era el pan de cada día en las tabernas del puerto, pero no lo era en la vida de un hombre respetable y adinerado como era el caso de Roger.

Cuando la pelea terminó, todos los que acompañaban al pelirrojo, incluido este, fueron lanzados a la sucia calle mientras se quejaban de la tunda recibida. Wallace le pagó los desperfectos al tabernero, quien sonreía al ver los billetes a la vez que decía que podrían volver cuando quisieran, incluido el negro.

Roger se palpó el pómulo dolorido. Notó la sangre en la boca y un dolorcillo en las costillas que no le gustaba nada y que estaba seguro de que iba a impedirle montarse encima de su esposa, teniendo que hacerlo ella en su lugar, al menos por una temporada. Miró a Toni y frunció el ceño. Con esa piel color ébano, no se notaban las

magulladuras igual en que su fina y delicada piel. Posó la mirada en su amigo y se alegró al ver que su rostro también presentaba signos de haber recibido una paliza; bueno, no tanto, pero algún puñetazo se llevó. Toni se atrevió a decir que sería mejor ir al barco y curar esos golpes antes de que la esposa del señor Roger lo viera así.

—¿Así cómo? ¿Tan mal estoy? —preguntó un tanto histérico, haciendo que Wallace se echara a reír.

—Buena idea, Toni. No te preocupes, Roger, no hay mal que no se cure con un buen trago de *whisky*. Vamos, antes de que se nos haga más tarde y hagamos esperar al querido y estimado tío de tu esposa.

—Sí, será lo mejor. Cuanto antes cerremos el trato, antes te irás a tu casa y yo dejaré de vivir fuertes emociones.

Las carcajadas de Wallace sonaron a pleno pulmón. Toni tuvo que hacer esfuerzos para mantener la boca cerrada y que las comisuras de sus labios no se desplazaran hacia arriba.

La pareja estaba sentada en un sofá, de espaldas a la puerta, mientras el hombre picoteaba unas galletitas saladas de la bandeja que había colocado la criada de su sobrina, sabiendo esta lo mucho que le gustaba dicho aperitivo de diversos tamaños y grosores. Según pasaba el tiempo y los hombres no llegaban, veía cómo iba comiéndoselas una a una, poco a poco, hasta que Carol le dijo al oído que iban a sentarle mal y luego iba a arrepentirse cuando sintiera los primeros dolores de estómago. George frunció el ceño, pero su querida niña tenía razón, con lo cual la tomó con su sobrina, preguntándole dónde demonios estaba su marido y ese hombre con el que tenía que hacer negocios.

Cuando Anne iba a decir que no debían tardar mucho más, la primera persona que asomó por la puerta fue su amado esposo, seguido por Alex. Reparó al momento en que los dos llevaban magulladuras en el rostro, pero hizo como que no le fueron visibles para el resto de los presentes.

—Aquí están —dijo con una sonrisa.

Fue entonces cuando George se levantó, se giró y le dio la mano a Carolina para que se levantara y fueran presentados al forastero. La joven, tras girar su esbelto cuerpo envuelto en un vestido de seda verde claro, ribeteado con un cordón haciendo nudos en rosa fuerte, no estaba preparada para lo que iban a ver sus ojos. Primero vio al golfo del marido de Anne, no sin apreciar las magulladuras en el rostro, y después clavó los ojos en la figura más alta y corpulenta que iba detrás y que habría reconocido en cualquier lugar del mundo y en cualquier circunstancia. Ese rostro también mostraba algún golpe y hasta una cicatriz que no tenía en el pasado.

En cuestión de segundos, mientras oía en la lejanía pero sin

escuchar la dulce voz de Anne decirle algo a George, sus piernas comenzaron a temblar y la mirada fue nublándosele mientras veía un color plateado, como los ojos del demonio que la abandonó. Sintió cómo caía al suelo. Su esposo era incapaz de sujetar el peso muerto que era su cuerpo en ese momento, así que otra persona más fuerte lo hizo por él, dejándola después con delicadeza sobre el sofá y apartándose para que el esposo ocupara el lugar que le correspondía. Cuando intentó abrir los ojos, creía que estaba en su cama durmiendo plácidamente y que alguien, su esposo o su doncella, la despertaban con la finalidad de fastidiarle su profundo sueño.

—Ah, déjame dormir, George. Por favor te lo pido —susurró, mirando a su esposo al tiempo que hacía esfuerzos para abrir los ojos.

—Pero, querida, te has desmayado.

Le dio unas palmaditas en el rostro y ella fue espabilando. Entonces, vio otra vez esos iris plateados y su corazón se movió desbocado. De repente, le entraron unas terribles ganas de llorar. Tuvo que hacer esfuerzos para que los presentes no pensaran que se había vuelto loca o que, de golpe y porrazo, estaba histérica y deseando abandonar la casa de su amiga.

Intentó distraer la mente. Notó que estaba recostada en el sofá y creyó recordar que unos brazos más fuertes que los de su esposo la habían colocado allí. «Espabila, Carol —se dijo a sí misma—, no quedes más en ridículo ante el hombre que te abandonó a tu suerte; ese que no quiso pagar por ti, ese a quien no le importó que unos canallas hicieran contigo lo que les hubiera dado la gana si no llegas a escapar».

—Oh, lo siento mucho, no sé qué me ha pasado —se disculpó, evitando mirar al hombre de sus sueños, al hombre de sus pesadillas.

Se fijó en el rostro magullado de Roger y clavó los ojos en esa boca mientras salían las siguientes palabras, dirigidas a ella:

—¿No estarás embarazada? —preguntó, haciendo que todas las miradas se fijasen en él, menos la plateada, que no dejaba de observar a la dama de verde, deslizando esa mirada del rostro al esbelto talle y a los pechos plenos y turgentes.

—¡Roger! —exclamó Anne, pensando que parecía mentira que su esposo hiciese semejante comentario y delante de un extraño. Porque, aunque ella considerase al amigo de su esposo de la casa, no dejaba de ser un extraño ante su tío y la esposa de su tío—. Vamos, querida, incorpórate y toma un poco de agua.

La joven obedeció y le dio un buen trago al vaso que sostenía su querida amiga.

—Gracias, Anne, gracias. Ya me encuentro mejor, mucho mejor.

Wallace se deleitó con esa voz hablando un inglés perfecto y con un punto británico, pero apenas un punto. Era una mezcla del idioma

madre y la cadencia del sur, en una preciosa voz que casi había olvidado y que estaba logrando que su corazón se moviera a un ritmo acelerado. Dios, qué hermosa estaba, a pesar de esa palidez producida por el desmayo; ese desmayo que él había provocado y que solo ellos dos sabían. Tras oír la voz de Roger haciendo aquella pregunta, tragó saliva despacio y entrecerró los ojos, pero sin dejar de mirar a la mujer que le partió el alma en dos.

—Bueno, tampoco sería tan extraño que estuvieras en estado, ¿verdad, querida? —preguntó George, cogiendo la mano de la muchacha y haciéndose el importante.

Ella no iba a llevarle la contraria, no iba a pregonar a los cuatro vientos que jamás la había poseído, que su miembro inútil solo jugueteaba entre los lozanos muslos de su mujer hasta correrse con virulencia y dejándolo con una sensación de vacío y de impotencia viril al tiempo que, ¡oh!, crueldad del destino, satisfecho sexualmente como nunca lo había estado.

La mano de la joven se soltó de la de su marido, y aunque intentó hacerlo de manera discreta, todos se dieron cuenta del gesto; todos fueron conscientes de que esa delicada mano no quería permanecer dentro del cobijo marital. Mostró una sonrisa discreta y miró a la sobrina de su esposo, buscando ayuda.

—Anne, ¿te importaría que vaya un momento a refrescarme? —le preguntó, sabiendo que todas las miradas estaban clavadas en ella.

—Claro, querida, vamos. —Le ofreció la mano y la hermosa Carolina se levantó. Se plantó delante del invitado para disculparse y de paso comprobar si le seguiría el juego o, por el contrario, la dejaría en evidencia; más de lo que ya estaba.

—Siento mucho haberle recibido de este modo, señor…

Los ojos del hombre sonrieron y sacó la mano de la espalda para coger la de la muchacha.

—Wallace, señora, Alexander Wallace para servirla —se presentó. Sujetó la mano que ella le ofrecía y notó un ligerísimo temblor al tiempo que él dejaba caer un imperceptible beso que no llegó a tocar la blanca piel—. Solo deseo que se encuentre mejor para que pueda ver todo lo que hemos traído para su nueva casa. —Siguió sujetando la mano, sabiendo que el marido no quitaba los ojos de encima, igual que la pareja anfitriona y la criada, que permanecía en un rincón esperando órdenes.

—Estoy deseando ver todo lo que usted puede ofrecerme —repuso sin pestañear, con las miradas retándose en duelo. Sacó la mano de entre los dedos, que eran como tenazas antes de aflojar. Le ofreció una sonrisa deslumbrante, haciendo que sus ojos verdes brillaran como un sol y que Wallace se sintiera como una marioneta de trapo—. En cuanto me refresque un poco, estaré como nueva. No les haré esperar

mucho.

Recogió el vuelo de su vestido verde manzana, y con otra radiante sonrisa se disculpó, dejando a Wallace tocado y hundido y mirándola sin pestañear hasta que desapareció de la sala junto con la sobrina de Douglas.

En ese momento, Roger hizo las presentaciones. Después de estrechar la mano del hombre que poseía a la mujer deseada, le dijo:

—Tiene la esposa más hermosa que he visto en mi vida. Debe estar muy orgulloso de ella.

El hombre, un tanto suspicaz y sobre todo muy acomplejado ante ese espécimen de macho en todo su esplendor, se sintió amenazado y en peligro.

—No solo me siento orgulloso de su belleza, señor Wallace, sino también de su buen corazón y de su inteligencia. Puedo decirle que lo que usted ve por fuera, está doblado y triplicado por dentro.

La lengua mordaz de Alex sintió las ganas de decirle: «¿Se refiere a lo que hay debajo de esas ropas, lo cual conozco muy bien, o tal vez a lo ladrona y embustera y manipuladora que es, que también lo sé?». Pero eso no salió de su boca, sabiendo cuál era su sitio en esos momentos y esperando y deseando que llegara la hora de enfrentarse a solas, cara a cara, con esa bruja del demonio que estaba desgarrándole el corazón.

Hablaron durante los minutos que las mujeres estuvieron ausentes, provocando que la curiosidad de Douglas se disparara por momentos, pero sin olvidar preguntarle qué demonios le había pasado en la cara. Roger movió la cabeza para no darle importancia y le contestó como quien no quiere la cosa:

—No es nada, un restregón montando a caballo.

La mirada del hombre mayor se clavó en el rostro del virginiano, que mostraba un corte en la ceja y un pequeño hematoma en el ojo que se encontraba debajo de esa ceja. También observó ese mentón cuadrado y viril, y esa barba de dos o tres días, que le oscurecía el rostro dándole una apariencia de hombre primitivo, de hombre acostumbrado a manejar cualquier situación.

—Usted, ¿también se ha caído del caballo?

Wallace clavó la intensa mirada en el rostro arrugado y algo blando del hombre y mostró una cínica sonrisa, luciendo una dentadura blanca, fuerte y uniforme, que no le pasó desapercibida a Douglas y que solo logró que la envidia fuera en aumento de manera radical.

—No, hace mucho tiempo que no me caigo de un caballo. —No dijo nada más, pero Douglas esperó una aclaración que no llegó y que hizo la situación un tanto incómoda.

Roger se preguntó qué demonios le pasaba a su amigo y si es que se olvidaba de que el trato aún no estaba cerrado. Por suerte llegaron las

mujeres y el pelirrojo respiró con tranquilidad, deseando que la comida diera comienzo para poder ir a los negocios y dar por zanjado todo el asunto. No sabía por qué, pero notaba raro a Wallace, y eso le daba mala espina.

La comida discurrió con calma, buenos alimentos y mucha conversación, llevada principalmente por los hombres, con algún comentario por parte de Anne y nada por Carol, pero que no se le dio mayor importancia y se le atribuyó al reciente desmayo.

Cuando los ojos verdes se desplazaban por los comensales sentados a la mesa redonda y llegaban hasta la figura de Wallace, este lo notaba al instante y clavaba la mirada en ella, provocando que la joven bajara la vista al plato, enredara su comida, notara un acaloramiento y sintiera que sus mejillas estaban poniéndose coloradas. Para colmo de males, Douglas la tocaba cada dos por tres, como marcando su territorio, y ella creía morir cuando le cogía la mano libre y se la llevaba a los labios, o cuando le acariciaba el talle de una forma indecorosa para estar en la mesa y ante otras personas. De una forma sutil y apenas perceptible, le hizo saber que no estaba cómoda con ese acoso soltándose de su mano para coger la servilleta o inclinándose hacia Anne para que la mano de su esposo no le tocase el costado. Estaba tan nerviosa y tan fuera de sí que tenía ganas de levantarse y darle dos guantadas a Douglas y mandar a los demás a paseo. Pero siendo como era, una mujer con una educación del más alto nivel, se comportó de manera exquisita. Dio gracias al cielo cuando todos se levantaron y se acomodaron en los sofás para tomar café y algún licor. Ahí fue donde se enteró de que Wallace vivía cerca de Richmond. Su lengua casi estuvo a punto de preguntar por María, por Ricardo y si tenía hijos de la francesa.

Wallace se imaginaba lo que pasaba por esa mente. Mientras bebía el café y tomaba un traguito de *whisky* escocés, hablaba algo, no mucho, de su hogar, para enseguida volver al tema del negocio que lo había traído hasta Charleston.

La mercancía permanecía en la bodega del galeón, y ahí seguiría hasta que Douglas dijera que sí y pagara lo que él pedía. Por lo tanto, Carolina Montiel, señora de George Douglas, volvió a subir a ese barco que ya conocía, pero no fue al camarote del capitán, que no había olvidado, sino a la bodega, esa donde esos tipos se emborracharon y destrozaron unas piezas de tela, comportándose como unos estúpidos, según le contó Ricardo. La enorme bodega estaba iluminada en la zona donde ellos estarían para que pudiera verse todo lo que allí se guardaba.

Pero Alex, con su profunda voz, le aclaró a la señora Douglas unos puntos en particular:

—Como verá, señora Douglas, aquí no podrá apreciar las cosas

igual que si estuvieran en una tienda o en un almacén. De hecho, hay muchos muebles que están desmontados y embalados para evitar desperfectos. Mis hombres y yo hemos dejado al descubierto unos cuantos para que pueda examinar la calidad de las maderas y el trabajo de los ebanistas. Sin embargo, en los artículos de menor tamaño podrá comprobar la calidad extrema de cada pieza, y estoy seguro de que le complacerá ver pequeñas joyas traídas de su país de origen. Cuando las adquirí, no se me pasó por la mente venderlas, hasta ahora.

Ante ese comentario y esa mirada dedicada solo a ella, la joven movió ligeramente la cabeza, lo que hizo que la luz de los faroles se reflejara sobre ese cabello sedoso y que la mirada gris se desplazara por esas ondas brillantes. Wallace sintió deseos de meter sus dedos dentro de ese recogido de espeso cabello, pulcro y laborioso.

—Estoy deseando ver esas pequeñas joyas, señor Wallace, y puedo asegurarle que, si usted desea conservar algo en especial, no le pondré en la tesitura de venderlo.

Como ellos dos se habían adelantado y marcaban la marcha por uno de los pasillos despejados para moverse entre tanto cambalache y sabiendo que en esos momentos no eran oídos por los demás, él bajó un poco la cabeza para que solo lo oyera ella y susurró en español, al lado de esa orejita:

—Todo lo que desees, es tuyo. Solo tienes que pedírmelo.

Ella sintió un escalofrío al oír esa voz hablando su idioma y diciendo algo tan indecoroso e íntimo. «Menudo sinvergüenza, caradura… ¿Cómo se atreve a… a… comportarse de esa forma?». Para colmo, temió que su esposo pudiera darse cuenta de algo, o el listillo de Roger, quien parecía que no se enteraba de las cosas, pero luego estaba al tanto de todo, de lo que le concernía a él y de lo que no.

Aprovechó para separarse de ese hombre que le mantenía el pulso acelerado y fue mirando y mirando, gustándole todo, pero con el corazón encogido porque esos objetos y muebles fueran a parar a la casa de Douglas y no a la casa de Wallace y de ella. «Por Dios, Carolina, no seas fantasiosa o tonta de capirote pensando semejantes barbaridades del hombre que destrozó tu vida».

Hizo de tripas corazón y fue enumerando las piezas que deseaba y las que su marido le decía, así como las cosas de menor tamaño que hacían las delicias de Anne y hacían sonreír al virginiano y que Carol lo mirase arrebolada cuando nadie se daba cuenta. Cuando la mujer de Roger se paró ante una caja laboriosamente labrada y cuajada de piedras semipreciosas, ahogó una exclamación. Al abrirla, se llevó una delicada mano a los labios, no creyéndose lo que veía. Ahogó otro pequeño gritito, lo que hizo que todos se acercaran hasta ella. Un impresionante collar de oro y esmeraldas con los pendientes a juego

en el centro de este es lo que vieron todos. Roger, llevando la mirada de las joyas al rostro de su amigo, exclamó:

—¡Por todos los santos, Alex! ¡¿Cómo dejas esto aquí?!

—Cierto. Tendría que estar guardado en mi camarote bajo siete llaves —dijo sonriendo—, pero lo olvidé. —La mentira sonó como la mayor de las verdades.

—¿Son esmeraldas? —La pregunta de Anne fue seguida de otra, provocando la sonrisa de Wallace, cosa que aprovechó Carol para seguir mirándolo a su antojo, ya que todos estaban pendientes de las palabras de ese hombre y de las joyas—. ¿Tan grandes?

—Sí, son esmeraldas. Esmeraldas sin pulir, prácticamente como salieron de la tierra. —Todos prestaban atención y miraban las impresionantes piedras, menos Carol, a quien no le importaban las joyas. Clavaba los ojos en el movimiento de esos labios que la habían besado hasta volverla loca de pasión, en esa barba oscura de varios días que lo hacía parecer peligroso. ¡Dios! Esos ojos plateados en ese rostro oscuro eran tan embriagadores que le cortaban la respiración. Y él era consciente de ello, pero hacía como que no se daba cuenta, mirando a la mujer de Roger mientras alababa el trabajo y la belleza del juego de esmeraldas—. De hecho, si os fijáis bien, el oro está trabajado de una manera primorosa y muy laboriosa para darles con ello todo el protagonismo a estas piedras perfectas y sin aditivos. Así, el contraste es más llamativo; las piedras al natural y el oro labrado al máximo y pulido en extremo.

—Son muy verdes —dijo Anne. De golpe, contempló a Carol, haciendo que esta se pusiera colorada y mirara al momento el collar, esperando que nadie se hubiera dado cuenta de que había estado observando al hombre como una tonta y no encandilada ante las joyas, como cualquier mujer haría—. Son como el color de tus ojos.

La joven se fijó en las piedras y se puso como una fresa. Notó la mirada de todos en sus ojos y vio la sonrisilla de Alex.

—¡Qué tontería!

Entonces, sintió la mano de Roger, que la cogió por la barbilla y le giró la cabeza para verla mejor, haciendo que se sintiera manipulada como si de una muñeca de trapo se tratara.

—Anne tiene razón: son como tus ojos.

Incómoda, Carol se soltó de esos dedos y volvió a decir que era una estupidez. La mirada del virginiano se clavó en los ojos de la española y fue testigo, como los demás, del creciente rubor que iba cubriendo sus altos pómulos, para vergüenza de ella.

La voz de su marido se escuchó sobre la risilla de Anne y después del comentario de Roger:

—Se lo compro, Wallace. ¿Cuánto pide por las joyas?

Carol miró al hombre y negó con la cabeza, sin percatarse de que

Alex no perdía el más mínimo detalle de todo lo que sucedía, de las miradas de unos y otros y de lo que no se hablaba; de lo oculto, de lo callado.

—No deseo esas joyas, George.

El hombre no hizo caso y se comportó como si no existiera.

—¿Cuánto? —volvió a preguntar, molestándole la sonrisa que mostraba el virginiano.

—Lo siento, Douglas. No están en venta.

—¿Por qué no? Diga una cantidad.

Wallace se daba cuenta de que la española estaba incómoda, de que Roger estaba disfrutando y de que Anne le daba vueltas a su cabecita.

—Tío George, no insistas. Seguramente, esas joyas ya tienen dueña —declaró Anne con una dulce sonrisa.

Todos clavaron la mirada en ella, pero fue Alex el que habló:

—Has dado en la diana, querida Anne.

—¿Son para tu esposa?

Todos estaban expectantes por escuchar lo que él iba a decir, pero los ojos grises solo miraron a Carolina y vieron cómo la joven tragaba saliva.

—No tengo esposa —contestó sin mostrar emoción y fijándose en ese verde profundo que eran los ojos de la mujer a la que seguía amando. Después, miró a la esposa de Roger—. Ella murió hace unos años, pero cuando eso ocurrió, estábamos en proceso de divorcio.

—Oh, lo siento mucho, Alex. Entonces, ¿son para tu prometida? — La curiosidad de la mujer era evidente, pero en ningún momento nadie le dijo que se callara o no preguntara porque no era asunto tuyo.

La sonrisa del hombre se tornó más seductora que nunca. Sin dejar de mirar a la mujer de Roger, pero sabiendo que esos ojos verdes no se apartaban de él, le contestó:

—Sí, puede decirse que sí. Lo que ocurre es que ella no lo sabe todavía.

Anne dio unas palmaditas.

—Oh, qué romántico, Alex. Vas a darle la sorpresa cuando llegues a casa.

—Bueno, esa es la intención. Pero dejemos de hablar de mí y vamos a lo que nos interesa. ¿Qué le parece, Douglas? ¿Considera que esto —abarcó con un gesto de su hermosa mano todo lo expuesto— es lo adecuado para su esposa?

El hombre, todavía molesto por no haber logrado las joyas para su hermosa niña, carraspeó y tardó en contestar:

—No puedo opinar en la medida justa, Wallace. Lo más grande está embalado y me gustaría verlo detenidamente. Lo que está a la vista, no cabe duda de que es de primera calidad y que hay para todos los

gustos.

Roger hizo amago de hablar, pero la mirada de Wallace lo frenó.

—Lo entiendo, pero que yo sepa, usted mandó a Roger con la finalidad de que comprara lo necesario, y él ha visto pieza por pieza y mueble por mueble. Los ha evaluado y calibrado hasta el más mínimo detalle, y sabe que no tienen desperfectos de ningún tipo y que se embalaron precisamente para evitar algo así. Los muebles o artículos que no quiera comprar irán directos a mi casa. Mi sobrina se casa dentro de poco, y estoy seguro de que cogerá todo lo que le guste. Con esto quiero decirle que no tengo ningún interés en el negocio de la venta, que lo que no se venda, ya tiene dueño. Por lo tanto, usted —dejó de mirar al hombre para posar los fríos ojos sobre Carolina— y su bella esposa son los que tienen que tomar la decisión.

Ella estaba en tensión. En unos minutos se había enterado de la muerte de Nicole, de que antes de eso había pedido el divorcio y de que la encantadora María se casaba. Sin embargo, lo que le llegó al fondo de su alma fue que estaba comprometido y que ese collar y esos pendientes eran para la próxima señora Wallace. «¿Y qué? So tonta, él hace su vida igual que siempre, y tú tienes la tuya, la que tú elegiste y te toca cargar con ella. Y por Dios, olvídate de este hombre, de este canalla. Haz como que no existe. Maldita sea».

—¿Carol? —le preguntó su esposo, mirándola sorprendido de que no le prestara atención—. ¡Carol!

—Perdona, George. ¿Qué decías?

Douglas la miró con gesto serio, molesto porque no estaba atenta, porque parecía estar embobada desde que había sufrido el desmayo.

—He dicho —recalcó el verbo— que se lleve todo a la casa de campo, y lo que no esté en condiciones o no te guste, que vuelva a traerse aquí.

Carol era consciente de todas las miradas puestas en ella. Estaba sintiendo un calor y un agobio que achacó al húmedo ambiente que reinaba dentro de la bodega del barco.

—Haz lo que quieras, tengo que salir de aquí.

Sin más preámbulos, recogió las faldas de su vestido y con paso ligero se movió por los pasillos, sin darse cuenta de que se alejaba de la salida y se introducía en el laberinto que formaban las hileras de muebles y baúles.

—Pero, querida —protestó su esposo, parado en el sitio y viendo cómo su dulce niña desaparecía de su vista.

Al mismo tiempo, oyó la voz del dueño del barco diciendo:

—Esa no es la salida. —Wallace fue en su busca mientras les ordenaba a los demás—: Esperen aquí.

Porque fue una orden, no un ruego o un consejo, sino un mandato. Y así se lo tomó Roger: al pie de la letra. Cuando George quiso ir

detrás, le dijo:

—Él conoce esto, él la traerá. Seguramente, está algo acalorada a raíz del desmayo.

De esa forma, los tres esperaron el regreso de Carol y Alex. Fueron casi cuatro minutos, y cuando aparecieron, ella estaba ruborizada y Alex la llevaba cogida del talle. Con una seductora sonrisa, se dirigió a Anne:

—Acompaña a la señora Douglas a cubierta. Sería conveniente que le dé un poco de aire fresco. Me temo que la atmósfera de la bodega de este barco no es lo más aconsejable para una dama delicada como ella.

Carol quería gritarle a la cara, mandarlo a paseo, decirle lo mucho que lo odiaba. Quería chillarle hasta reventarle los tímpanos que ella no era una dama delicada, que era fuerte y enérgica hasta que él apareció, otra vez, en su vida. Pero no lo hizo. Formó una sonrisa encantadora y, cogiendo la mano de Anne, le dijo:

—Ven conmigo, Anne. El señor Wallace parece un experto en damas y tiene razón; si sigo un minuto más aquí, caeré redonda al suelo. Vamos.

Sin más, la agarró de la mano y esta vez no se confundieron de camino, dejando a los hombres hablando de negocios, y a Douglas, preocupado por su esposa y pensando en esos minutos que había desaparecido de su vista.

Cuando poco después subieron y se juntaron con las damas, George pudo comprobar que Carol se encontraba perfectamente y que sus mejillas tenían un color precioso, no la palidez del desmayo ni el rubor exagerado de unos momentos antes. Los marineros hacían que trabajaban, pero estaban pendientes de las mujeres, mirándolas de reojo y haciendo comentarios entre ellos.

Frunció el ceño al oír a su sobrina decir que todos cenarían en casa esa noche, pero Douglas se disculpó, sugiriendo que mejor cenaban al día siguiente en la suya y de paso aprovechaban para cerrar el negocio. Wallace estrechó la mano del hombre. Acercándose a Carol, inclinó ligeramente la cabeza, momento que ella aprovechó para fijarse en ese pelo negro, en unos pequeños hilos blancos surcando las sienes y en la fina y larga cicatriz que adornaba la mejilla izquierda.

—Ha sido un placer conocerla, señora Douglas. Espero que se encuentre mejor. Y siento mucho que la cargada atmósfera de la bodega le haya sentado mal.

Ella entrecerró los ojos para evitar el sol, ya que el pequeño sombrerito solo era un adorno superfluo. Aun así, miró el corte de la ceja, le sonrió y le habló, usando el tono más sensual en su haber:

—Es usted muy amable, señor Wallace. Espero que no se lleve una mala impresión de mí. Deseo que mañana acuda a nuestra casa y

terminemos lo que hemos empezado.

Él, cogiendo la mano que le tendía y aprovechando que en esos momentos Roger estaba dándole conversación al marido y a Anne, posó sus labios en la piel descubierta y le susurró en español:

—No he dejado de pensar en ti ni un solo día desde que te fuiste.

Ella, enfadada, apartó la mano de un tirón y clavó sus ojos verdes en él, mirándolo de manera asesina. Antes de separarse para reunirse con su esposo y abandonar el barco, le susurró:

—Eres un malnacido.

Alex tensó su oscuro y cuadrado mentón. Su profunda mirada la siguió en todo momento hasta que, ayudada por Douglas, subió al carruaje y desapareció de su vista.

¿Por qué le había dicho eso? ¿Por qué ese insulto? ¿Por lo que le hizo un momento antes, entre las hileras de muebles? ¿O algo se le escapaba? Movió la cabeza, como un perro se sacude el agua, molesto, enfadado y frotando la lengua contra los dientes para calmar el escozor del mordisco. La sonrisa salió sin querer y comenzó a darles órdenes a sus hombres, que fueron sacando los muebles para llevarlos a la maldita casa de campo.

Capítulo 18

—No me gusta cómo te mira ese hombre —le dijo George dentro del carruaje camino de casa. Ella no contestó y él se molestó más de lo que estaba—. ¿Me has oído?

—Claro que te he oído, pero no es la primera vez que dices algo así.

—Por supuesto, no es el primero ni será el único. Pero este te mira como si le pertenecieras —protestó molesto.

—No digas tonterías, George. Mira igual a tu sobrina que a mí.

Él le clavó la mirada y negó efusivamente.

—Sabes que no. Te mira como si te conociera de antes, como si supiera cosas que los demás desconocemos.

Carol se hizo la tonta y no dejó de mirar por la ventanilla, pero por dentro temblaba como la gelatina. Tenía que hacer lo imposible para que olvidara ese comentario, y para ello debía mostrar la mayor de las indiferencias, o no podría calibrar las consecuencias.

—George, tengo revuelto el estómago, no me encuentro bien. Déjalo ya, por favor.

El hombre se calló durante el resto del trayecto. Al llegar a casa y ver cómo ella subía las escaleras, quiso pararla, cogerla por el brazo, zarandearla y decirle que no era ningún tonto, que sabía de qué forma la había mirado ese tipo, igual que sabía que ella estaba alterada por ello. Quería saber qué ocurrió durante esos minutos, escondidos detrás de las paredes de la mercancía. ¿Cuánto tiempo tardó en llegar a ella? Poco, seguramente, pues él conocía esos laberintos. Claro que, por otra parte, esa zona estaba menos iluminada, por lo que pudo tardar algo más en llegar hasta ella. Sí, eso habría sido. Él sabía de sobra que su esposa era íntegra y decente, y si ese hombre era un aventurero, ella lo pondría en su sitio. «Déjalo estar —se dijo— y no la agobies».

Le preguntó si necesitaba algo, y ella contestó que no y desapareció. Él se fue al despacho y decidió que cuando pasaran un par de horas o tres subiría a verla, pero no fue así.

Cuando Carol cerró la puerta de su alcoba, apoyó la espalda en ella y no se movió durante unos momentos; momentos que empleó en recordar lo que había ocurrido en ese pasillo estrecho y semioscuro, cuando él la había cogido por el talle y le había dicho:

—¿Adónde vas? ¿No ves que este no es el camino de la salida? ¿No ves que este es el camino que te lleva a mí?

Entonces, la besó en la boca y ella se dejó. Se dejó por unos segundos, embriagada por esos labios, recordando y saboreando el placer tanto tiempo añorado. Notó esa cálida lengua moviéndose experta por sus labios y dentro de su boca, sintió el placer electrizante recorrer su piel, exaltar sus nervios hasta llegar a ese punto en el centro de sus muslos. Soltó un gemido que la hizo volver a la realidad del momento en aquel oscuro pasillo. De golpe, sintió el furor correr por sus venas, el dolor ahogarle la garganta, la salinidad de las lágrimas rondando sus ojos y… le mordió la lengua. Él, sorprendido, la soltó, para volver a cogerla con fuerza de la estrecha cintura y zarandearla. Sin dejar de mirarse, le dijo al oído:

—Tengo que verte a solas, o tu marido sabrá lo que hubo entre nosotros.

Esas frases fueron dichas en el idioma del país en el que estaban, en el idioma de él. En esa lengua, las palabras sonaron ásperas; las frases, bruscas y amenazantes. Carol quiso llorar en esos momentos, pero su orgullo venció y se movió ligera para separarse de él, sin embargo, no lo consiguió. Al contrario, notó cómo esa mano grande y manipuladora envolvía la suya y la llevaba al encuentro de los otros. La soltó antes de salir al descubierto y le colocó la palma suavemente en el talle, como haría un correcto caballero.

Tras el inquietante recuerdo, se dirigió a la gran cama y se echó de cualquier manera. Abrazó una almohada y dejó que las lágrimas fueran cayendo al tiempo que se recreaba con ese beso y, entre lágrimas, sonreía por el mordisco que le había dado. Estaba segura de que le hizo daño, y si no fue así, por lo menos lo molestó; seguro que lo molestó. Se limpió las lágrimas de golpe y su preciosa cara se puso seria a más no poder. ¿Sería capaz de cumplir con su amenaza? Si lo pensaba con frialdad, su instinto le decía que sí; y su instinto también le decía que él quería hacerle daño. Se preguntaba por qué, si todo el daño que podría hacerle, ya se lo hizo cuando la rechazó, cuando la abandonó a su suerte, cuando no quiso saber nada de ella. Ahora aparecía allí por obra del destino, y en lugar de largarse con viento fresco a su casa, junto con su prometida, le decía, la amenazaba con eso. Maldito, maldito y mil veces maldito. Se hizo un ovillo y se durmió entre suspiros, sin dejar de pensar en esos labios que había vuelto a saborear y en esas manos que habían vuelto a tocarla. Y que Dios la ayudase, pero deseaba más, más y más.

Por la noche, Carol estaba cepillándose su cabello espeso y brillante, con la vista perdida en el espejo y sus labios contando las pasadas en español: uno, dos, tres, cuatro, cinco. De repente y sin llamar, la puerta que comunicaba los dos dormitorios se abrió. Su

marido entró y se acercó hasta ella. Se fijó en el camisón que llevaba y se molestó porque no era uno de esos finos y trasparentes que a él tanto le gustaban. El que llevaba puesto era blanco y de algodón, sin escote y sin mangas. Esa era la única piel que dejaba libre: los esbeltos brazos. Se colocó detrás de ella. Vio cómo dejaba el cepillo en el tocador y se levantaba para no estar al alcance de esas manos, y eso le molestó aún más.

—Perdona, George, estoy cansada y quiero dormir.

Los ojos del hombre no se apartaron de los verdes, y ella, valiente, le mantuvo la mirada.

—¿Te duele algo? —le preguntó. Se acercó hasta ella y la cogió del cuello con suavidad.

—No, es simplemente cansancio. —Sintió esos dedos más cortos y gruesos que los del hombre que ocupaba sus pensamientos recorrer la piel de su nuca, ir hacia delante, tocar su clavícula tapada por la tela de algodón y bajar hasta coger un pezón y frotarlo.

—¿No te sientes con ganas de darle placer a tu esposo?

Ella miró ese pelo entrecano y le vino a la mente que el cabello de Alex, negro, fuerte y abundante, comenzaba a blanquear por las sienes pero de manera muy sutil, tanto que debías acercarte a él si querías ver esas pocas canas. ¿Cuántos años tendría? ¿Diez?, ¿once?, ¿doce más que ella? Volvió a la realidad y se quitó el camisón de una vez, haciendo que su marido la mirase sorprendido y sintiera revivir su miembro ante esos pechos exuberantes y ese triángulo de rizos oscuros.

—¿Quieres esto? —le preguntó ella, dándole la espalda, echando el culo hacia sus partes y restregándose de forma descarada, igual que una prostituta.

Él gimió, agarró las redondas y firmes caderas y se frotó contra ese culito respingón, contra esa hendidura que separaba los dos cachetes duros y redondos, y casi sintió que su miembro llegaba a algún sitio… En menos de medio minuto eyaculó, con los pantalones puestos. Dios santo, no le había dado tiempo a nada, ni tan siquiera a tocar esas tetas gordas y tiesas que lo volvían loco, ni pasarle la mano por ese vientre liso, ni poder acariciar esos muslos lozanos y turgentes, solo agarrado a las caderas y sin pensar con lógica, sin poder hacer nada de manera coherente, porque ella se frotaba de forma tan rápida y experta que parecía querer que todo fuese deprisa y que él no llegara a tocar más de lo que ella le ofrecía. Por todos los malditos demonios, no servía para nada. Se corría como un conejo y quedaba en evidencia ante ella como lo que era: un hombre acabado, un hombre en el final de su sexualidad, un hombre tan mayor que, por edad, podría ser su padre.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó nervioso y violento—. ¿Por

qué te comportas como una mujer de la calle?

Ella lo miró a los ojos y se dio cuenta de que, entre ellos, todo había cambiado, de que ambos eran conscientes de la llegada de Wallace, aunque él estuviera en babia y no supiera la verdad. «Bueno —se corrigió Carolina—, no está tan en babia. De hecho, esos celos que muestra hay que, con toda lógica, tenerlos en cuenta. Pero él también está celoso, porque tiene envidia de ese espécimen de hombre, ya que él no ha sido así ni en sus mejores tiempos y se siente amenazado». Con esos pensamientos, cogió el camisón del suelo y se lo puso igual que se lo quitó: de un tirón. Se mostró altanera y no se cortó a la hora de contestarle:

—No soy yo la que acude a tu habitación. No soy yo la que pide esto. Pero sí soy yo la que tiene la obligación de dártelo, aunque tú no tengas nada que ofrecerme.

El hombre abrió los ojos como si hubiera visto al diablo. Con las mismas, levantó la mano con la intención de cruzarle la cara a la joven.

—Como me pongas una mano encima, será lo último que hagas conmigo.

Él, aturdido, nervioso y confuso como jamás lo había estado, bajó la mano. Desplazó la mirada por la habitación, para después contemplar la tela mojada de sus pantalones y sentir la humillación en su hombría. Volvió la vista hasta la figura femenina, para comprobar que ella seguía en el mismo sitio, como una diosa pagana, hermosa y esperando que sus adeptos cumplieran sus deseos. Se giró y, arrastrando los pies como si tuviera cien años, se dirigió hasta la puerta. Antes de penetrar en su alcoba y cerrar la puerta, Carol escuchó un: «Lo siento».

Sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas que se agarraban a sus pestañas espesas y negras, sin dejar de mirar la puerta cerrada y sintiéndose como la mujer más horrible del mundo. Le hacía daño a su esposo, se hacía daño a sí misma, y no dejaba de pensar en Wallace, deseando que se fuera, que la dejase continuar con su triste vida y que no le rompiese otra vez el corazón.

Se acercó hasta la ventana y miró hacia la calle, a la oscuridad de la noche. Sus ojos se fijaron en una mota brillante, un punto luminoso al lado de uno de los árboles del paseo. El corazón le palpitó deprisa, notándolo dentro de su pecho como el retumbar de un tambor y sintiendo esas locas pulsaciones en su cerebro. El punto de luz se movió y fue subiendo hasta iluminar levemente el rostro moreno de un hombre mientras le daba una fuerte calada a un cigarro. Él miró hacia la ventana y fue testigo de cómo la mano de ella movía las cortinas levemente. Ambos se miraron durante unos segundos, hasta que Carol cerró esa pequeña ranura y se quitó de la zona visible,

escondiéndose, respirando agitadamente por haber visto a Wallace. Sintió un miedo terrible de que hubiera tenido la desfachatez de pararse enfrente de su ventana, delante de la casa de su esposo y esperar apoyado contra el tronco del árbol a que ella mirase, para que se diera cuenta de que él estaba allí, de que él estaba loco rondando la casa donde vivía y de que no le importaba nada que su marido lo descubriera.

Porque una vez que Alex la había encontrado de nuevo, no la dejaría escapar. Estaría dispuesto a perdonar el pasado, a intentar que ella lo amara de verdad, como él la amaba, como él la deseaba, prometiéndole lo que quisiera, dándole el doble o el triple de lo que ese viejo le ofrecía; lo que fuera, con tal de tenerla en sus brazos, de llevársela a su casa y no dejarla escapar nunca. Porque si conseguía eso, siempre sería suya, suya y de nadie más. Porque la duda que lo embargó desde el comienzo ya no existía. Sabía que no estaba embarazada, lo sabía casi con total seguridad, pues así lo había asegurado la mujer de Bacon, ya que ese fue uno de los temas que hablaron en la cena.

Cuando las dos salieron de la sala para que Carol se refrescara y se recompusiera, ella le preguntó toda ilusionada, ya que la maternal Anne creía que la esposa de su tío necesitaba un hijo para llenar su vida y para que, si Douglas faltaba, tuviera un recuerdo de él:

—¿Estás en estado?

Carol se enfadó.

—Por supuesto que no —le contestó—. Sabes que no quiero hijos, y tu tío no está para esos trotes.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó la inocente Anne.

—Nada, nada —le respondió Carol.

Su comentario terminó con una carcajada de Roger y un añadido diciendo que el viejo ya no estaba para hacer hoyos, lo que provocó el enojo de su esposa y la sonrisa camuflada del virginiano. Después, continuaron hablando de otros temas y terminaron la cena en paz.

Wallace dio una calada y tiró el cigarro al suelo, aplastándolo con la puntera de la bota mientras miraba por última vez la ventana donde ella había movido la cortina. Desplazó su gélida mirada gris hasta la gemela, la del marido, deseando que el hombre lo viera allí plantado, esperando que supiera que iba a por su esposa, que se la llevaría de cualquier manera, pero que haría lo posible para que fuera por voluntad propia, especialmente para que no le diera mordiscos en la lengua. Su rostro lució una sonrisa torcida que nadie vio y llevó sus pasos en otra dirección, ya que esa noche no dormiría en la casa de Roger, sino que iría a su barco e intentaría conciliar el sueño en su camarote, deseando que llegara el día siguiente y esperando que Roger cumpliera con lo pactado.

Salió sin que nadie la viera, incluso engañó a Lucas mandándolo al mercado para que trajera frutas y verduras, prometiéndole que estaría en casa de Anne y que no era necesario que fuera a buscarla, lo mismo que le dijo a Douglas. En esos momentos se encontraba en la casa de campo, que prácticamente estaba terminada, a falta de algunos detalles que, ahora, unos pocos obreros daban cuenta de ellos. Los saludó, sin ser consciente de las miradas que provocaba, y fue a las habitaciones de atrás, que estaban acabadas. Vio los muebles de Wallace desembalados y montados.

Pasó los dedos por la madera tallada de un armario de nogal y después deslizó la mano por un aparador español del siglo XV. Sintiendo que se ponía nerviosa y le faltaba el aire, se dirigió a las escaleras y subió a las habitaciones ya terminadas, donde se encontró con el resto de los muebles que ella y Douglas habían elegido y con varios baúles abiertos, en los que había candelabros, vajilla y piezas de telas de damasco de diversos tonos. En una esquina, se encontraban rollos de alfombras apoyados de pie para que no entorpecieran el paso. Contó cinco alfombras. «Por Dios santo —pensó—, ¿tanto escogimos?». Y de repente se echó a llorar. Se tapó el rostro con las manos y ahogó los lamentos para que esos hombres no la oyeran. Cuando se cansó, no supo cuánto tiempo había pasado, pero sí se percató del silencio que reinaba dentro y fuera de la casa. Limpió su rostro y miró por una ventana al exterior. Un caballo alazán, de gran alzada y atado al lado de su carruaje, llamó su atención. ¿Tan ofuscada estaba que no había oído los cascos del animal? Pero…, y los obreros, ¿por qué no los oía? Al irse, siempre se despedían.

Bajó despacio las escaleras y se paró de golpe al verlo en la entrada. Tan alto, tan fuerte y tan imponente, era la propia esencia de la masculinidad. Sin poder evitarlo, respiró profundamente, tragándose un lamento. Miró hacia todos lados, comprobando que estaban solos, sin saber que Wallace les había dado unas monedas de plata a los carpinteros para que se marcharan, alegando que tenía que hablar con la señora. Ellos, sabiendo que era el dueño de ese imponente galeón que estaba anclado en el puerto, aparte de ser el proveedor de esos magníficos muebles, no dudaron en obedecer. ¿Quiénes eran ellos para cuestionar lo que tuviera que hacer este hombre con la señora? Unas monedas de plata eran unas monedas de plata, y eso implicaba cerrar la boca; esperando, por supuesto, que el viejo Douglas no apareciese.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó nerviosa y sin moverse del sitio.

Los ojos de Wallace se desplazaron por ese traje de montar, negro con blusa blanca. Era como los dibujos de Anne, y deseó que se moviera para ver si la falda se abría.

Como si le hubiera leído la mente, Carol terminó de bajar las escaleras, mostrando esas piernas largas y esbeltas enfundadas en esos leotardos ajustados que desaparecían dentro de unas botas negras y brillantes que le llegaban a la rodilla. Ella se dio cuenta de adónde iban dirigidas las miradas, de cómo la recorría entera con ojos hambrientos que no disimulaba. Y se enfadó como una tigresa.

—No tienes ningún derecho a estar aquí —le increpó—. ¿Dónde están los empleados?

Él se acercó despacio, y ella, asustada, volvió hasta las escaleras para subir por ellas si era necesario.

—Se han tomado un descanso. Les he dado unas monedas y les he dicho que se tomen unas cervezas a mi salud, ya que tengo que hablar con la señora. —Alex hablaba en inglés, pues así había comenzado ella. Además, le gustaba oírla, le complacía que hablara su idioma de la misma forma que él hablaba el español. Y tenía tanta necesidad de esa mujer, tanta ansia acumulada, que era un gozo verla y oírla. Llevó sus pasos hasta ella y, sonriendo, le preguntó—: ¿Es que me tienes miedo?

Ofendida, replicó:

—Nunca.

Y él rio. Rio como hacía tiempo que no lo hacía. Rio de placer, de gusto y de satisfacción. Ella se enfadó y sus ojos se humedecieron porque no entendía qué estaba pasando. Le dolía que esa risa masculina saliera así, sin más, cuando ella sufría y deseaba no haber vuelto a verlo.

—¡¿Por qué te ríes?! —le espetó, haciéndose oír.

Él detuvo su carcajada y la miró desde su altura. Se acercó un poco, dejando un par de metros entre ellos.

—Me rio porque estoy feliz de verte, así, sana, hermosa, viva.

Carol no entendía a qué estaba jugando ni por qué le decía esas tonterías.

—No sé qué quieres decir —añadió nerviosa, agobiada, tanto que tuvo que desabotonarse el cuello de su preciosa blusa blanca.

—Quiero decir —comenzó, mirando cómo esos dedos esbeltos y largos iban abriendo la blusa y dejaban un trozo de piel visible mientras pensaba que no lo hacía para provocar, sino porque estaba acalorada y nerviosa— que te perdono por haberte escapado de casa, por hacerme dos veces la misma jugarreta, por haber desaparecido y haberme amargado la vida.

Carol, con los ojos abiertos de par en par y la boca crispada, no profundizó en esas palabras y no pensó antes de actuar. Enfadada y dolida, se lanzó con los puños cerrados y lo golpeó en el pecho varias veces, pero con la idea de darle en la cara. Alex la cogió de las muñecas y la arrimó a su cuerpo. Vio cómo lloraba rabiosa y cómo le

decía, mezclando los dos idiomas, que era un cabrón, un malnacido, un canalla, el último hombre al que quería ver sobre la faz de la tierra y que le deseaba todo lo peor, todas las enfermedades del mundo y todas las miserias. Wallace aguantó el chaparrón, pero no la soltó, a pesar de que ella se revolvía como una lagartija, queriendo darle patadas con sus recias botas, pero sin lograrlo, debido al brazo de acero que la sujetaba.

—¿Por qué me insultas? ¿Eh? ¿Por qué? Tú te largaste, tú te llevaste tus joyas y la cadena de María. Por lo tanto, ¿a cuento de qué esos insultos? Te dije que iba a divorciarme, que cuidaría de ti…

En esos momentos, ella elevó el rostro y él se perdió en esas lagunas verdes y en esas pestañas largas y rizadas, tan oscuras como la noche. Y el dolor que vio en esos ojazos lo asustó. Vio venir algo que no esperaba, algo que no se le pasó por la mente cuando estaban en Cuba, porque dio por hecho que esa muchacha de ojos verdes era una zorra manipuladora, tramposa y ladrona. Y ahora, teniéndola agarrada para que no escapara de su lado, temió lo que iba a salir de esa boca que tanto deseaba besar:

—¡Me abandonaste! ¡Me dejaste sola con esos canallas! ¡No quisiste pagar por mí! ¡Me dijeron que yo no valía nada para ti, que otras ocuparían mi lugar sin tener que pagar!

El semblante de Wallace se crispó de tal forma que Carol lo oyó rechinar los dientes. Sintió el brusco tirón que le dio a su cuerpo para verse bien las caras, pero sujetándola todavía.

—¿Qué estás diciendo? —La pregunta sonó lenta, arrastrada y amenazante.

Los brazos de él la liberaron y ella se separó lo suficiente para no tener que echar la cabeza hacia atrás cada vez que miraba esos ojos fríos, que la contemplaban como si estuviera loca o algo por el estilo. O tal vez no era así. Tal vez estaba comprendiendo o enterándose por primera vez de la realidad de lo acontecido. Pero, fuera como fuese, ya no iba a gritar, ya no quería llorar. Sin embargo, las lágrimas seguían cayendo como cataratas al recordar el dolor que sintió al verse abandonada en las manos de esos bastardos y al rememorar el pánico que invadió su cuerpo y su mente cuando mató a ese hombre y, al mismo tiempo, la alegría por escapar de allí antes de que volvieran los otros. Y también ese pánico que le llegó hasta los huesos y le produjo un temblor de piernas cuando subió al barco francés y todos esos brutos marinos se rieron de ella, de su pestilencia y de su indumentaria. Y las gracias que dio al cielo al encontrar a las hermanas y dejar que cuidaran de ella.

Tragó saliva y enfrentó al hombre que la había abandonado y a quien, a pesar de ello, seguía amando. «Qué tonta eres, muchacha, más tonta que un rebaño de ovejas».

—Yo no me fui, yo no cogí mis joyas ni la cadena de María —murmuró entre hipidos—. Nicole me citó en el cenador, me dijo que teníamos que hablar y yo acudí. Pero ella no llegó…, y estaba oscuro. Y cuando pensaba en volver a casa, me cogieron, me metieron en un saco y me llevaron con ellos. —Viendo el rostro del hombre, sintió miedo al no saber si ese semblante era por los que hicieron aquello o porque pensaba que mentía. Y ese pensamiento le dolió. Sintió furor de solo pensar que ese maldito hombre creyera que estaba mintiendo. Cerró los puños con fuerza, los pegó a los costados de sus muslos y gritó con todas sus fuerzas—: ¡¡No estoy mintiendo, no estoy mintiendo!!

Él se acercó a ella y la abrazó. Le habló con suavidad, pero con esa voz profunda y grave que a ella le daba tanta seguridad:

—Cálmate, pequeña mía, calma. No grites y cuéntamelo todo.

Carol se cobijó entre sus brazos y apoyó la frente en el chaleco de Wallace, en ese pecho duro como una roca, con las palmas de esas fuertes manos a ambos lados de su rostro.

—Me dijeron que no ibas a pagar. Él se rio diciendo que si me habías conocido bonita y limpia, no querrías dar ni una moneda de plata… si me hubieras visto entonces…, sucia y fea como una mendiga.

Los llantos no cesaban, así que Alex la separó para mirarla fijamente. Le limpió las mejillas y le preguntó con toda la tranquilidad del mundo:

—¿Quién era ese hombre? —La pregunta sonó sin emoción, en un tono gélido como un invierno en el norte.

Carol elevó los ojos y miró los iris, que iban oscureciéndose poco a poco.

—No lo sé. No recuerdo cuándo fue, si ese mismo día o al siguiente, pero… dijo que tenía suerte, que Wallace no pagaría…, pero Marlow sí.

Alex no daba crédito a lo que estaba oyendo, pero sabía que era cierto, que todo eso no podía estar inventándoselo, y que esas lágrimas, ese dolor que veía en los bellos ojos, eran las vivencias al ser recordadas. Tenía muchas preguntas en la punta de la lengua, pero al mismo tiempo lo carcomían tanto dolor y tanta furia que hacía titánicos esfuerzos por no perder los estribos, pero no funcionó. No pudo controlar la tensión acumulada desde que Anne Bacon pronunció el nombre nunca olvidado, desde que sus oídos escucharon ese «Carol», desde que vio esos dibujos y supo que su amor vivía, que no había muerto de esa forma tan horrible y que estaba allí, en esa ciudad de los Estados Unidos y casada con otro hombre que no era él.

Iracundo, se volvió, se separó de la muchacha, dejándola asustada y temblando, y se dirigió hasta uno de los muebles que sus hombres

habían traído, un pequeño y coqueto secreter de ébano, con múltiples cajoncitos y con adornos de madre perla. Comenzó a darle patadas, una tras otra, sin importarle el dinero que había pagado por él y que era una joya única. Entretanto, Carol, en medio de la habitación, encogiéndose de miedo con cada golpe de los puños cerrados, con cada patada rompiendo en mil rajas la frágil madera, veía cómo el bello secreter del siglo pasado se convertía en astillas por la fuerza de esas piernas violentas y de esos puños que se repartieron el trabajo. Al ver ese estallido de furia y oír cómo gritaba mientras rompía el mueble, supo que los dos fueron engañados, que a él le hicieron creer que ella se había escapado, y a ella, que él no la quería, que no era nada para él.

Cuando el mueble quedó hecho trizas, Wallace miró a su alrededor y ella pensó que iba a continuar con otro; pero no, no fue así. Vio cómo esas anchas espaldas se tensaban y escuchó cómo la respiración se le hizo más acompasada. Al mismo tiempo, esas grandes manos se mesaban el oscuro y espeso cabello despacio. Lentamente, se dio la vuelta y la miró. Y lo que vio en esos ojos la asustó, porque esa mirada reflejaba la impotencia que sentía en esos momentos y el sentimiento de haber fallado.

—He maldecido cada día desde que te perdí. —Su tono sonó ronco y áspero—. He deseado que te quemaras en los infiernos del mismo modo que en la tierra, pensando que me daba igual, que el dolor que sentía por tu ausencia se pasaría en unas semanas, que volvería a ser el mismo de siempre, que otra vendría y ocuparía ese vacío y mi vida seguiría como si tal cosa. —La voz grave y dolida se silenció.

Ella temió moverse, decir algo. Ahora se daba cuenta de la magnitud del engaño. Pero ¿para qué y quién? ¿Nicole quizá? Carol se atrevió a hablar y tembló, viendo esos ojos grises clavados en ella:

—¿Pensabas que estaba muerta? ¿Eso creyeron todos?, ¿que me fui y luego desaparecí?

A Alex se le movió el corazón al oír las preguntas con esa dulce voz y ver esos ojos verdes clavados en él. No obstante, no se acercó; mantuvo las distancias como si se temieran.

—El cuerpo de una mujer apareció quemado en la habitación de una posada. Irreconocible. La dueña y el marido dijeron que eras tú. Yo había hecho circular panfletos con tu retrato, ofreciendo una recompensa a quien me diera tu paradero. Cuando las autoridades le enseñaron uno de esos dibujos a la posadera, ella no lo dudó ni un instante. Y como prueba final, estaba el bolso de viaje y tu camisón. A nadie le cupo ninguna duda de que eras tú. ¿Dónde estabas? ¿Cómo lograste escapar? —Había una pregunta que no salió de su boca, pero tendría que hacerla en otro momento: ¿Qué te hizo ese hijo de la gran puta?

Sin embargo, Carol no pudo más y rompió a llorar. Finalmente, Alex se acercó despacio, temiendo que no quisiera ser tocada por él, pero ella estaba deseándolo. Cuando vio que ese cuerpo grande se aproximaba, se arrojó en sus brazos y lo abrazó por la estrecha cintura. Sintió esas manos tan recordadas acariciar su pelo, abrazar su cuerpo y cogerle la cara. La miró fijamente.

—Mi pequeña, mi niña bonita —le dijo en español, porque era el idioma con las palabras más hermosas para hablar de amor, para decir la misma cosa de mil maneras diferentes. A pesar de que sus ojos la recorrían entera sin pestañear, no salieron de su boca todos los sentimientos guardados a cal y canto.

La llevó hasta una silla donde él tomó asiento. Tras abrir sus musculosas piernas, la colocó en medio y la sentó encima de su muslo, haciendo con ese gesto que esa falda poco decorosa se abriera de par en par y dejara las piernas envueltas en ese tejido a su vista. La miró despacio y ella se ruborizó. Le pasó los dedos por las mejillas y recogió las últimas lágrimas. Se fijó en los botoncitos de la blusa que ella había desabrochado y vio el comienzo de esos pechos que tan bien recordaba. Volvió la mirada al rostro femenino y se dijo que había cosas más importantes en esos momentos que su lascivia.

—¿Cuántos eran?

Carol no tardó en contestar al decirle que fueron tres. Alex supo con total certeza quiénes habían cometido ese rapto.

—Españoles —concluyó con brusquedad.

Ella, sin dejar de mirarlo y notando el brazo de acero rodeando su talle, jugó con los anillos de su mano.

—Sí, no tenían acento de la isla. Hablaban como yo. Uno… uno de ellos tenía acento andaluz, bastante marcado. Ese… ese murió —le dijo, temblándole los labios. Ante el silencio de Wallace, se mordió el labio inferior para no echarse a llorar otra vez.

—Empecemos por el principio, ¿de acuerdo? —dijo suavemente al tiempo que le deslizaba la mano por la espalda, acariciándola y calmándola. Ella afirmó sin palabras, esperando que él llevara el mando, que preguntara—. ¿Adónde te llevaron? ¿Lo sabes?

Carol volvió a mover la cabeza y levantó la cara para mirarlo.

—A una casa abandonada. Me dejaron en el piso de arriba, en una habitación grande, vacía, con una chimenea, con las ventanas llenas de rejas y con mucha vegetación alrededor. Estaba salvaje, sin cuidar. Cuando me escapé, supe que estaba cerca de Matanzas. Fui hasta el puerto y allí me encontré con Valery y Charlotte, y me fui con ellas. Me ayudaron sin preguntar, me acogieron y me protegieron de los marinos que se rieron de mí cuando me pillaron en cubierta, decidiendo si iban a tirarme al agua porque apestaba como una cloaca o llamar a las autoridades. Valery intervino y les aseguró que yo iba

con ellas. El capitán lo aceptó, pero no quería suciedad en su barco, así que Valery le contestó que no se preocupase, que ojalá todos los males se curasen con un buen restregado.

Alex la dejó hablar, permitió que fuera soltándolo todo de la forma en la que le venía a la mente, porque él ya tenía claras muchas cosas. Sabía que el asesinato de Marlow estaba relacionado con el rapto, igual que sabía que la casa de las afueras de Matanzas era del inglés, que fue vendida a un primo de la familia que compró las plantaciones y que él ni se molestó en ver, ya que Katty le dijo que la oferta que daban por ella le avenía, y que esa casa y el terreno circundante necesitaban mucho capital para reformarlos y ponerlos en marcha.

—Cuando el barco se alejó de la isla y yo… ya estaba limpia y aceptable, les dije a las hermanas que me quedé sin familia y que… había huido de unas personas que querían abusar de mí. Ellas no preguntaron nada, solo me dieron su protección, y me instalé en su casa de Nueva Orleans, hasta que me casé con George.

La profunda respiración de Wallace hizo que Carol, miedosa, bajase la mirada hasta sus manos temblorosas y se fijase en la del hombre, que descansaba sobre su muslo y presentaba pequeños arañazos producidos por los golpes que le había dado al secreter.

—Has dicho que uno murió —recordó Alex. Notó el fuerte temblor de la joven y vio que comenzaba a llorar.

—Fue un accidente. Fue… un accidente, te lo juro. Yo no quise…, pero era el momento, era… Ellos iban a hacerme daño…

—Tranquila, tranquila, vida mía. Lo mínimo que se merecen esos tipos es la muerte; nadie va a culparte. Dime qué pasó. No saldrá de aquí, no va a saberlo nadie. Tienes mi promesa.

La voz grave y la rotunda afirmación hizo que los ojos verdes fueran al encuentro de los del hombre.

—No lo he contado nunca. Nadie lo sabe, nadie sabe nada de nada —susurró, pasándose una mano por los ojos llorosos.

—Cuéntamelo a mí.

La petición fue hecha de manera suave, acariciadora, y Carol, fijándose en la sensual boca de Wallace, habló:

—Se fueron, el jefe y el otro, el grandote, el gigante, y se quedó el que hablaba con fuerte acento andaluz. Grité, grité con fuerza y subió. Cuando entró…, yo estaba tirada en el suelo. Le dije que me dolía la tripa, así que él se acercó y puso su mano encima de mi vientre. Yo lo empujé… y se fue hacia atrás, trastabillando. Se cayó de espaldas y se golpeó contra el escalón de la chimenea… Fui hasta él y había un charco de sangre debajo de su cabeza… Y no respiraba… Y estaba muerto, bien muerto. Le quité las ropas y yo me deshice de la blusa y la falda que me dieron… Me puse las ropas del muerto, que estaban igual de pestilentes que las mías.

Los ojos de la muchacha se desplazaban de la boca del hombre a sus ojos y otra vez a la boca.

Él no pestañeaba para no perderse ni un detalle, ni un solo gesto de ese rostro amado, mirándola de una manera tan profunda, tan intensa, que ella tembló y no pudo seguir hablando, ruborizándose como una fresa.

—¿Te pegaron, te forzaron?

La pregunta surgió de repente, pero llevaba en su mente desde el comienzo de la narración, desde que se dio cuenta de lo equivocado que estuvo. Observó esa carita preciosa al detalle para que no le ocultara nada, por muy duro que hubiera sido.

Carol recordó que, gracias a la buena fortuna, no la violaron, porque sabía que ese hombre malo como un veneno planeaba dejarlo para el final, de forma que su miedo fuese en aumento y que su dolor sicológico estuviera presente en todo momento.

Le contestó rápido, con ansia y con total seguridad:

—No, no. Ni me pegaron ni me tocaron, pero las miradas que recibía cuando alguno de ellos me traía la comida o cuando el jefe, el flaco, hablaba conmigo… Sabía que eso no iba a durar, y estaba convencida de que antes de llevarme con el inglés, me harían algo, se aprovecharían de mí. El jefe… me miraba de una forma que no daba lugar a dudas, y… y yo sabía que quería hacerme daño, mucho daño. Sus ojos eran oscuros como la noche, y su cuerpo, flaco como un alambre pero fuerte. Su rostro… Su rostro era huesudo como el de un esqueleto. ¿Entiendes lo que quiero decir? —le preguntó con un hilo de voz, mirándolo fijamente.

Wallace sentía palpitar su corazón como una manada de búfalos corriendo en estampida. Sentía tanta rabia dentro de sí que lo único que logró hacer en esos momentos fue mostrar una pequeña sonrisa y acariciarle la mejilla encendida con uno de sus dedos.

—Lo entiendo, pequeña.

Carol lo miró ansiosa y también quiso saber:

—Entonces, ¿Marlow no dijo nada?, ¿él tampoco sabía nada?, ¿a él también lo engañaron?

Alex no quería decirle todo lo que sabía gracias al relato de ella, pero había cosas que no podía ocultar.

—A Marlow lo asesinaron.

La expresión de la joven se alteró y no supo qué pensar.

—¿Quién?

La mano de Alex estaba quieta en la cintura de la muchacha. En esa posición notaba el temblor de su cuerpo y la tensión que quería imponerle para evitar ese temblor. Él volvió a acariciarla y ella se relajó un poco.

—Con toda probabilidad, los mismos que te hicieron eso. —Sin

embargo, no le dijo que, seguramente, habría sido el flaco como un alambre.

—Oh, pobre hombre. ¿Por qué le harían algo así? Y pobrecita su madre… —Al ver la expresión de Alex, cayó de repente y adivinó lo que él estaba pensando—. El inglés estaba detrás de todo, es eso. ¿Y…? ¿Y Nicole?

Al hacer esa pregunta, se levantó de golpe, abandonando el calor de ese cuerpo, y se alejó de él. Se dirigió hasta el hueco de la puerta de entrada y respiró varias veces, seguidas y nerviosas. En ese instante, notó que él estaba detrás de ella, pero sin rozarse.

—No sabes lo impotente que me siento en estos momentos. No sabes la rabia que hay en mí; por haberme dejado engañar, por haber creído que esa muchacha de la que me había enamorado había vuelto a jugármela, por pensar que era una embustera, una lianta y una ladrona. Tengo ganas de golpearme la cabeza contra la pared y no parar hasta que me perdones, que perdones lo idiota, lo imbécil y lo incompetente que fui. Maldita sea una y mil veces. Llené la isla de retratos tuyos para que alguien revelara dónde estabas, ofrecí una suma descomunal para que no pudieras esconderte de mí y que cualquiera que te viera y te reconociera, te llevara ante las autoridades por ladrona y embustera, porque estaba tan dolido, tan enfadado… —La voz era dura y monocorde. Carol se volvió, respirando entrecortadamente al oír esas duras palabras y sintiendo el dolor que él sentía—. Y, mientras, tú estabas encerrada en esa maldita casa. Los demás te creíamos muerta, quemada en una habitación de una posada. Y con ese delicado camisón en las manos de la posadera y el bolso de viaje que faltaba de tu equipaje, no cabía ninguna duda de que habías estado allí. Ella dijo que vio tu rostro, y juró y perjuró que eras tú. —Hizo una pausa y se atrevió a llevar una mano a esa mejilla, aun a riesgo de que lo rechazara, pero eso no ocurrió. Carol lo miró con ojos cálidos y llenos de lágrimas, a la espera de que continuara—: No se me pasó por la cabeza que la perra…, que la hija de la gran puta de Nicole estuviera detrás de todo… Ella y el cabrón de Marlow. Nunca dijo nada de haber quedado contigo. Se hizo la sorprendida y ninguno de nosotros reparamos en que ocultase algo. La muy puta estaba esperando un hijo de él.

Los ojos de la joven se abrieron más de lo que estaban.

—¿Se acostaba con él? —le preguntó asombrada, como si algo así fuese imposible teniendo un marido como Wallace.

Él la devoró con la mirada. Puso los ojos en los labios gruesos, que se habían quedado entreabiertos.

—Yo no me acostaba con ella, Carol. Y desde que tú apareciste, ella ya no tuvo opción. Mi pensamiento era para ti, mi deseo era para ti, y ella era consciente de eso y estaba celosa como nunca. Intentó que se

diera la ocasión propicia, pero yo no estaba por la labor. Realmente, con que me hubiera acostado con ella una vez, una sola vez, habría sido suficiente para colgarme el hijo de otro; o tal vez mío, todo era probable. Pero de la forma en la que ocurrió todo, con la muerte de Marlow y el anuncio de su embarazo, seguramente ella pensó que, al no estar tú, seguiría con ella, que no la haría pasar por esa humillación. —Se pasó la mano por el rostro, frotándose la barba de varios días. Llevó su mirada al exterior, al prado que rodeaba la casa y la arboleda cercana, mirando pero sin ver—. En fin, le dije que quería el divorcio, así que se fue con Kitty a Nueva Orleans. —Al ver la carita de asombro de esa belleza que lo dejaba sin aliento, sonrió tristemente —. Sí, mi dulce amor, cuando tú estabas en esa ciudad, ellas también estaban allí, y cuando Kitty escribió diciendo que Nicole estaba muy mal y fui a reunirme con ellas, tú estabas allí. Y yo, maldita sea, no lo sabía. —Evitó decirle que estuvo en la tienda.

—¿Murió cuando tú estabas allí?

—No. Llegué tarde. Los dos murieron, pero la muy puta no dijo nada, no le dijo nada a Kitty. —Se tiró de los cabellos, se apartó de ella y se introdujo en la casa. Anduvo de un lado a otro, sin percatarse de que Carol lo miraba con admiración, con deleite, pero al mismo tiempo con tristeza.

—El destino nos juntó y nos separó —le dijo ella, haciendo que él parase y su mirada gris la clavara en el sitio.

—Sí, tienes razón. Pero ahora ha vuelto a unirnos. —Tras dar dos zancadas, la cogió por la cintura.

Carol se revolvió entre sus brazos, enfadada.

—¿Qué quieres decir? Estoy casada, no soy libre.

Él no la soltó y ella siguió moviéndose.

—Me da igual. Te llevaré conmigo, a mi casa, a mi hogar. No pienso dejarte aquí, ni por todo el oro del mundo. Eres mía, te amo desde el primer momento.

Carol no lo dejó continuar:

—¡Suéltame! ¡Suéltame, te digo!

Después de esa orden, obedeció, pero a regañadientes. La soltó con suavidad, tratándola como si fuera el ser más delicado de la tierra.

—¿Es que amas a ese hombre? —Ante el silencio de ella, se encolerizó—. ¡Contesta! ¡¿Amas a ese viejo?!

Carol no podía mentir, ni tampoco quería, después de todo lo pasado.

—No, no estoy enamorada de él. Pero no pienso hacerle daño, no se lo merece. Siempre se ha portado bien conmigo. —Fue entonces cuando se acordó y se enfadó. Menudo sinvergüenza—. ¡Eres…! ¡Eres un canalla y un… un mentiroso! —

Alex se irritaba por momentos. Sentía unos celos enormes de que su

preciosa niña no quisiera hacerle daño al viejo de los cojones. Pero ¿por qué lo llamaba canalla y mentiroso? Eso aún lo encolerizó más. Veía cómo esos pechos subían y bajaban debido a la respiración agitada, cómo esas delicadas manos se cerraban en puños y volvían a abrirse, cómo su bello rostro mostraba un enfado de mil demonios.

—Podré ser muchas cosas, pero de mentiroso no tengo nada. Y de canalla, contigo, nunca.

Los ojos verdes se abrían al máximo. Valiente, se acercó hasta él. Con el dedo índice, lo tocó varias veces en el pecho, haciendo que él se quedara quieto como una estatua y mirase ese dedito dándole golpecitos entre las costillas, cerca de los botones del chaleco.

—Eres un canalla porque dices que quieres llevarme contigo cuando tienes una prometida esperando. —Siguió con el dedito mientras el hombre hacía esfuerzos por no romper a reír—. Eres un sinvergüenza porque engañarías a esa pobre muchacha, y a mí me dejarías en evidencia para que me señalaran con el dedo, igual que a una mujerzuela cualquiera. —En ese momento, bajó la mano y dejó de darle golpecitos al temer haberse pasado de la raya. Lo miró directamente a los ojos.

Pero cuando la sonrisa torcida afloró en ese rostro tan atractivo, seguida de una estridente carcajada, Carol se molestó, se asustó y se alejó de él.

Wallace hizo lo contrario, sin dejar de reírse. Ella se alejaba y él se acercaba. La cogió entre sus brazos, la aupó como si fuera una muñeca y la besó con todas sus ansias. Carol trató de soltarse, pero sabía que sería imposible escapar de esos brazos de acero y de esa fuerza bruta que emanaba del hombre, haciéndolo invencible; o eso al menos creía ella.

—Ni se te ocurra morderme, o te daré una azotaina en ese trasero que estoy deseando volver a ver que no olvidarás en tu vida. Y antes de besarte de nuevo y de que hagas una trastada, te diré que no hay ninguna prometida, que no tengo ninguna mujer esperando mi regreso, porque mi corazón sigue siendo tuyo desde el primer día, desde ese momento que, bajando las escaleras de mi nueva casa, vi a la criatura más hermosa, a la ninfa más delicada y atrayente que mis ojos hubieran visto. En Veracruz conocí el amor por primera vez, lo que ocurre es que no lo supe hasta más tarde, porque esta belleza que tienes, no deja ver el corazón, y la bondad que posees y ese temperamento salvaje del que haces gala, encienden mi sangre como una hoguera en el infierno y provocan que ande loco por ti, loco por tus miradas, loco por escuchar esa voz tan hermosa hablando en español o en el idioma con el que crecí, loco por que me toques y loco por tocarte, por amarte, por demostrarte que eres la única mujer que existe para mí —enumeró con esa voz grave y sensual.

Esas palabras provocaron en ella tal sensación de abandono y de profundo amor que la convirtió en la arcilla más moldeable. Entreabrió la boca, invitando así a Wallace a que agachara la cabeza y le lamiera los labios, primero el de arriba y luego el inferior. Después lo cogió y lo chupó con ansia.

Ella se excitó de tal manera que acabó colgándose de su cuello y pidiéndole más, lo que provocó que ambos se comieran las bocas como si estuvieran hambrientos y sedientos. Movieron las manos para tocarse por encima de las ropas. Sintieron que de repente se habían vuelto locos de deseo, locos de amor.

Sin embargo, un ruido los hizo apaciguarse, volver a la realidad. Agitados, con las respiraciones entrecortadas, Carol lo miró con pasión pero azorada. Alex, sin quitarle los ojos de encima, maldijo por lo bajo, pensando que tenía que encontrar un sitio para poder hacer con ella todo lo que deseaba, todo lo que su cuerpo y su mente le pedían. Y, sobre todo, hacer que recordara lo que era sentirse amada de manera sexual, potente. Pero eso no iba a poder ser, al menos en esos momentos, ya que escucharon el sonido de unos cascos de caballo y de unas botas al descabalgar. A continuación, una voz grave y brusca la llamó preocupado:

—Señora Carolina, señora Carolina, ¿está aquí?

—¿Quién es? —murmuró Wallace.

Ella, acalorada y hermosa a más no poder, dijo por lo bajo:

—Es Lucas.

Wallace recordó lo que Bacon le contó acerca del esclavo mientras la veía recomponerse las ropas, abotonar esos pequeños botoncitos de la blusa y dirigirse a la puerta abierta de la entrada. «¡Qué locos! —pensó Alex—. Debería haber cerrado esa maldita puerta». Pero había estado tan curioso y expectante al principio por todo lo que la muchacha pudiera decirle que ni le preocupó. Y después estaba tan deseoso de cogerla entre los brazos y de comerse esa boca que ni se acordó. Y ahora llegaba el criado de ella. Maldita sea.

—¿Quieres que me esconda? —le preguntó, dispuesto a hacer lo que ella le pidiera.

Esa carita preciosa se inclinó hacia atrás para mirarlo y se movió para negar varias veces. Ella fue hasta la entrada y se encontró con Lucas. Él iba detrás, y pudo comprobar que Bacon no había exagerado un ápice; en todo caso, se había quedado corto. El negro era más alto que él, y ya era decir, también más corpulento y más o menos de la misma edad, aunque en la gente de color era difícil calcular los años, ya que la mayoría envejecía mejor que los blancos. Los dos hombres se calibraron con la mirada, pero fue el negro el que bajó los ojos, sabiendo cuál era su lugar y sintiendo desde el primer momento que su pequeña ama no estaba en peligro, por lo menos lo que él entendía

por peligro real, no el otro peligro que veía en las miradas de la pareja.

—¿Qué pasa, Lucas? —le preguntó la joven. Vio que el criado le miraba las mejillas acaloradas y le produjo cierta vergüenza, creyendo que pudiera sacar conclusiones acertadas.

—El señor Douglas está preocupado y anda como loco por la casa preguntando por usted. Yo le he dicho que estaba en la casa de la señora Bacon, y él me ha ordenado que fuera a buscarla. Pero como yo, antes, cuando he vuelto del mercado, he pasado por allí y la señora Anne me ha dicho que no podía reunirse con usted porque el señor Bacon estaba un poco indispuesto, pues he pensado que tendría que estar aquí, pero no sabía que estaba acompañada.

Carol sonrió ante la explicación. Mirando a ambos hombres, los presentó:

—Alex, este es Lucas, una persona muy querida para mí. Lucas, este es el señor Wallace, Alexander Wallace.

Los dos hombres se miraron. Alex sonrió y le ofreció la mano.

—Encantado de conocerte, Lucas.

El negro miró la mano grande y morena del hombre y después a la joven, temiendo no actuar como debiera. Pero pensó que, si rechazaba la mano, sería peor que estrecharla. Así que levantó su manaza y la estrechó con la del hombre blanco, notando su fuerza. Al mismo tiempo, el apretón le pareció sincero, cosa que lo dejó fuera de juego, al igual que a la joven, quien, aunque recordaba el trato que recibían los criados en la hacienda de Cuba, no se le pasó por la cabeza que fuera a tratar a su criado como a un igual o casi.

—Lo mismo digo, señor Wallace —le contestó.

Seguidamente, vio cómo el hombre se acercó y miró a la señora. Con una suavidad que hizo que ella se pusiera más colorada, le dijo:

—Nos veremos esta noche. La aguardo con impaciencia, aunque tenga que compartirte con los demás. —No esperó contestación y sus largas piernas se dirigieron a la salida. Al pasar al lado del negro, le dijo con voz grave y autoritaria—: Cuídala por mí, Lucas. Es lo más preciado que tengo y no quiero perderla.

El negro se quedó confuso. Vio a ese hombre blanco, con ese porte distinguido y ese físico que hacía palidecer a las damas, montar el caballo alazán y darle espuelas para dirigirse a la ciudad. A continuación, dirigió la mirada a su ama, y apreció entonces un intenso rubor y una mirada brillante y húmeda. Pensó que estaba ante una situación embarazosa y muy delicada. Pero lo que más temió fue pensar que el señor Douglas estaba por medio y que no estaría dispuesto a perder a su esposa.

—Será mejor que nos vayamos, Lucas. Y será mejor que no digas nada del señor Wallace.

—De acuerdo —le contestó el hombretón, mirándola desde su altura.

—Ni lo conoces, y como mucho, has oído hablar de él. Nada más.

El negro la acompañó hasta el carruaje y la ayudó a subir.

—Bueno, por lo menos en una cosa no mentiré: he oído hablar de él. —Ella lo miró, esperando a que continuara—: Todo el mundo habla de él, de su barco y de las cosas tan bonitas que ha traído. Y el señor Douglas está celoso. Muy celoso. Nunca lo he visto así, y no me gusta.

—No te preocupes. De todos modos, ya has visto a ese hombre. ¿Quién no estaría celoso de él?

Jaleó a los caballos y se dirigió a la ciudad al tiempo que Lucas montaba el hunter y movía la cabeza una y otra vez, sabiendo que los problemas se avecinaban y que su pequeña ama estaba enamorada de un tipo que solo se conformaba con lo mejor.

Y lo mejor era ella.

Capítulo 19

Al final, Alex tuvo que contárselo a su amigo, ya que las sospechas iban en aumento y era probable que Bacon se imaginara las cosas más disparatadas. Puesto que le rogó que se hiciera el enfermo para que su esposa no fuera a reunirse con Carol y ahora estaba pidiéndole la casa para poder estar a solas, le contó por encima y a grandes rasgos lo ocurrido y cómo estaba en esos momentos la relación con ella. Bacon, con cara de haber visto a Dios, no daba crédito en un principio, pero por muy rocambolesca que fuera la historia, sabía que Wallace no inventaba nada, porque nunca había sido de ese tipo de hombres y no iba a empezar precisamente ahora. El siguiente pensamiento que le vino fue que él, su amigo de la infancia, se había acostado con esa belleza, que fue el primero y que ahora quería quitarse al marido de en medio para seguir siendo el primer hombre y el último en tenerla.

—¿Pedirá el divorcio? —le preguntó con mirada de asombro y frotándose la mejilla rasurada al máximo.

—Ese es mi deseo, pero ella todavía no lo sabe. Es más, dice que no quiere hacerle daño. Tú me ves dispuesto a esperar a que ese hombre estire la pata. —No era una pregunta, y el pelirrojo ni se movió ni abrió la boca, a la espera de que su amigo continuara—: No, por descontado que no. Lo sensato sería hablar con él y que entendiera que es lo correcto y que cuantos menos escándalos, mejor. Debe comprender que estoy dispuesto a lo que sea por esa mujer, que no voy a irme de aquí sin ella. —Las miradas de ambos no pestañearon ni dejaron de examinarse, haciendo que Wallace se impacientara—. ¿Qué pasa? ¿Qué cojones estás pensando?

—Bueno, estoy pensando que, por mucho que la desees, ella no va a hacer lo que tú quieras. No es una niña, no es esa muchacha que conociste hace años.

Las facciones de Wallace se endurecieron ante ese comentario, que encontró fuera de lugar. Porque lo que estaba claro era que todo lo relacionado con Carolina lo sublevaba de cualquier modo. Y si era para llevarle la contraria, lo hacía rebelarse de una manera aún peligrosa.

—No es deseo lo que siento, Roger. Es amor, puro y simple amor.

Nunca he sentido algo así por ninguna mujer, y llevo seis putos años añorándola y pensando en ella, comparando a cada mujer con la que me he acostado con ella, enfadándome de manera violenta conmigo mismo por tenerla metida en la puta cabeza. —Se tocó con dos dedos el cráneo y Roger comprendió que su amigo estaba enamorado hasta el fondo de los huesos—. No se me pasa por la cabeza abandonarla después de haberla encontrado. Eso no va a pasar. Mi vida estaba vacía, Roger, vacía. ¿Sabes lo que es eso? Moverte por el mundo sin ilusión, haciendo negocios y ganando dinero para nada, conocer a una mujer y sentir que nace una esperanza, para a los cinco minutos o a la media hora no sentir nada, porque esos ojos verdes me han tenido embrujado desde que los vi por primera vez. La he odiado con toda mi alma, creyendo que me había abandonado. La odié cuando todos creíamos que estaba muerta, y seguí sintiendo ese sentimiento durante meses, incluso años. Y después… —Wallace hablaba con verdadera pasión, recordando esos momentos amargos—. Después no pude quitármela de la cabeza, igual que el vacío que sentía. Cada vez que veía a una mujer, la veía a ella; cada vez que me las follaba, cerraba los ojos y la sentía a ella. Llegó un momento que parecía que su recuerdo iba diluyéndose y que no recordaba bien sus rasgos, pero esos ojos verdes seguían aquí, en mi cabeza. —Roger, sin dejar de mirar los ojos de su amigo, le dio a la cabeza, entendiendo—. No, no me iré sin ella. Por eso tienes que ayudarme. Tengo que afianzar la relación, y debo hacerla comprender que es lo mejor.

—Y eso quieres conseguirlo acostándote con ella —afirmó contundente. Vio cómo el semblante de su amigo se tensaba en un primer momento y luego se relajaba.

—No seas cabrón, Bacon. Deseo tenerla entre mis brazos, en una cama y hacerle el amor hasta que grite de pasión. Además, estuve a punto de conseguirlo si no llega a parecer ese gigante. Pero prefiero que eso ocurra en una atmósfera más idónea. Llevarla al barco es imposible, y a un hotel, tampoco.

—Vale, de acuerdo. Mañana me llevaré a mi familia a casa de unas primas que viven en las afueras y que llevan tiempo diciéndome que vayamos a visitarlas. Estaremos fuera unas cuantas horas. Te dará tiempo, ¿no?

—Eres un buen amigo —añadió, mostrando una sonrisa blanca como la nieve—. Te prometo que el porcentaje que vas a llevarte por la venta será más alto.

Al recordar el negocio, Roger mostró preocupación.

—Madre mía, vas a llevarte a su mujer, y encima va a gastarse una fortuna en esos muebles y enseres para nada. Alex, es una cabronada, una auténtica cabronada. Va a darle un ataque al corazón.

La sonrisa de Wallace seguía en su sitio.

—Así es la vida, amigo. Unas veces se pierde y otras se gana. Pero no te preocupes por eso. Cuando se hayan apaciguado las cosas, tú puedes volver a vender todo lo que él no quiera. Yo mismo puedo recomprártelo sin que nadie se entere, y el negocio será más redondo todavía. Y no creo que vaya a sufrir un ataque. En todo caso, el único ataque que sufrirá será el de los cuernos; que no es poco.

Y así quedaron las cosas. Cambiaron de tema al oír a Anne y a los niños, que volvían del parque, y los criados ya estaban preparados para recibir las órdenes de la señora. Entretanto, los hombres fueron a cambiarse de ropa para asistir a la cena de los Douglas, sin dejar de oír la voz de la esposa de Roger recordando que a su tío no le gustaba la impuntualidad y que debían llegar al menos quince minutos antes para tomar un licor y de ese modo pasar tranquilos y reposados al comedor, de forma que la velada trascurriera al gusto del señor de la casa. Los dos amigos se miraron, y la sonrisa mordaz de Wallace hizo sonreír al pelirrojo. Movió la cabeza y se dijo en silencio que la que se les avecinaba iba a ser gorda, muy gorda.

Ese mismo día, Toni le había entregado una carta al capitán de un barco que se dirigía hacia Nueva York y que haría escala cerca de Richmond, para comunicarle a Ricardo y familia que tardaría algo más en volver, ya que asuntos de suma importancia lo retenían en Charleston.

Cualquier persona que conociera a Wallace, especialmente hombre, lo tildaría como un individuo de sangre fría y de máximo control, inteligente, astuto y, sobre todo, perseverante cuando algo le interesaba, y que actuaba de ese modo en todos los ámbitos, ya fueran negocios o situaciones personales. Si el asunto trataba de mujeres, no acontecían mayores problemas, ya que todas caían rendidas ante su fuerte presencia, ante esa masculinidad que emanaba debido a su porte, a su manera de hablar. Tan solo con mirarlas con esos ojos tan claros y dedicarles un par de miradas profundas, hacía que el comportamiento de ellas se volviese un poco tonto, estando incluso dispuestas a cualquier cosa que les pidiese el dueño de esos ojos plateados.

Si eso fue así hasta el momento actual, no lo fue esa noche durante esa cena. Para empezar, todos estuvieron esperando a la señora de la casa, que bajó al poco de que Anne fuese a por ella. Y cuando Wallace la vio, con ese vestido negro con un profundo escote a la espalda y otro algo menos pero enseñando la mitad de esos senos, tuvo que hacer acopio de esa sangre fría que se suponía que tenía. Aunque ambos escotes estuvieran velados por una gasa negra, eso solo provocaba que los ojos de los hombres presentes en esa cena mirasen descaradamente, como hizo él, o subrepticiamente, como hacía Roger, o con todo el derecho del mundo, como hizo el dueño de esa mujer, o

sea, Douglas. Jamás se le había hecho tan larga una cena y su correspondiente velada, jamás pasó tantos celos, y jamás se vio obligado a relegar a un segundo plano toda su fuerza de voluntad, toda su educación, para no montar una escena y decirle a ese soplapollas que esa mujer a la que miraba de manera posesiva y a la que tocaba constantemente estaba enamorada de él, y que él, y solamente él, sería el dueño futuro y para los restos de los tiempos.

Fue durante la cena cuando Douglas quiso cerrar el trato, a pesar de que la hermosa Carolina le propuso en un susurro que lo dejase para más tarde. Y fue la hermosa Carolina la que le dijo al invitado, al hombre de negocios, que le parecía excesivo el precio que pedía, y que aun sabiendo que era mercancía de la más alta calidad, su «esposo» —con esa palabra, los dientes de Wallace rechinaron— y ella pensaban que era desorbitado el costo de todo. Esos ojos grises la miraron descaradamente y se quedaron quietos en el nacimiento de los pechos más tiempo del necesario, más tiempo de lo correcto en un caballero. Todos se dieron cuenta, y todos vieron cómo el rubor enrojecía las mejillas de la señora de la casa. Douglas se incomodó, pero no dijo ni pío.

—Es usted la que trata los asuntos de negocios, por lo que veo. —Entonces, llevó esa gélida mirada hasta el marido, petrificándolo en el sitio mientras soltaba las siguientes palabras—: Y usted se esconde detrás de unas faldas mientras ella hace el trato o lo deshace, según se tercie.

La tosecilla de Roger se escuchó de fondo y la respiración ligeramente agitada de Anne hizo el coro.

Los ojos del virginiano siguieron clavados en el esposo, ya que, si volvía a mirar a su amor, se levantaría de la mesa, la engancharía por esa cinturita y se la llevaría en volandas de esa maldita casa.

Douglas carraspeó.

—Mi esposa es muy buena en los negocios.

—Ah, ¿sí? —preguntó cínicamente—. ¿Y cuántos negocios ha hecho para usted?

Carol se mantenía en silencio, pero los nervios la comían por dentro mientras veía a Wallace comportándose temerariamente, temiendo ella que pudiera decir algo inapropiado.

—Bueno, este es el primero. Pero lleva las cuentas de todos mis negocios, y entre ella y mi administrador, yo no tengo de qué preocuparme.

—Ya. Bien, pues como usted dice que la señora es la que lleva esto, haré como si usted no existiera y me dirigiré a ella.

Llevó la mirada hasta ese rostro acalorado, siendo consciente de cómo Douglas se alteró al pasar de él pero no atreviéndose a replicar. Dejó que ese gigante siguiera hablando mientras taladraba con la

mirada a su dulce esposa:

—Le diré algo, señora. Todo lo que usted ha visto, todo lo que se ha dejado en su casa de campo, lo he traído del viejo continente: de Inglaterra, de Francia, de Portugal, de España, su país, y hasta del norte de África. Me ha costado trabajo, dinero, enfermedades y luchar en pleno océano contra los ingleses y otros piratas o bucaneros que codiciaban lo que llevaba en la bodega de mi barco. Cada pieza de tela, cada mueble pequeño o grande, cada alfombra, cada pieza de plata, porcelana o cristal, vale lo que yo marco. Porque yo he sido el que se ha dejado la piel en ello; mis hombres y yo. Porque todo eso que usted ha visto no es solo encontrarlo, pagarlo, embarcarlo y, por último, desembarcarlo en un almacén o en la casa de alguien. Eso entraña muchas más cosas. Primero, buscar y hallar lo que quieres encontrar; después, llegar a un acuerdo; luego, llevarlo al barco bien embalado para que no sufra desperfectos, y de nuevo, repetir la operación con otro objeto, con otro mueble. Había veces que en un mismo sitio encontraba varias cosas que me gustaban, pero en otras ocasiones me pateaba las calles buscando lo que yo quería. ¿Sabe, señora Douglas, que me pateé las calles de su preciosa ciudad? Porque usted es de Cádiz, ¿cierto? —Wallace vio cómo Carol asentía, moviendo ligeramente la cabeza. Él le mostró una pequeña sonrisa, sabiendo que estaba asustada, temerosa de lo que él pudiera hacer o decir—. Preciosa ciudad, sí. Muy pintoresca. Me recordó al Caribe. Porque no sé si usted sabrá que yo viví en el Caribe español. —Hizo una ligera pausa, pero no salieron palabras de esa bella boca—. Sí, Cádiz es una ciudad preciosa, y sus gentes… Sus gentes son especiales. Bueno, para muestra, usted; no tenemos que irnos más lejos. —Miró a la esposa de Roger, y dirigiéndose a ella, hizo una pregunta retórica—: Anne, ¿sabes que los gaditanos son las gentes más simpáticas y agradables que he conocido? Sí, lo afirmo con total contundencia. Y también diré que me costó Dios y ayuda llegar a acuerdos ventajosos para mí, ya que son duros de pelar. Y, mira por dónde, ahora me toca lidiar con una gaditana, lo comprado a los españoles y a los demás.

—Tampoco creo que sea tan malo —se atrevió a decir la aludida—. Además, usted es un hombre acostumbrado a negociar, por lo que intuyo que no es algo que le quede grande. Y como usted debe saber —la sonrisa del hombre continuaba en su boca mientras ella intentaba mirar otras partes de su rostro para no sentirse acosada por esos ojos o por esa boca sensual; así que se centró en la cicatriz que cruzaba su mejilla y que en esos momentos, gracias al afeitado reciente, no se ocultaba, mostrándose en toda su longitud—, los negocios no suelen cerrarse con la primera cantidad. Tampoco debe enfadarse por que quiera conseguir una rebaja de algún tipo, ya que entra dentro de lo normal y lo establecido desde hace siglos, desde que los hombres

comenzaron con el trueque. Y, por favor, señor Wallace, no piense que yo no valoro lo que usted y sus hombres han pasado para traer semejante mercancía, porque no sería justo, sabiendo como sé, lo que es un viaje oceánico con todos los peligros que entraña, desde las inclemencias del tiempo hasta los ataques inesperados. Seguramente, esa cicatriz que muestra su rostro fue producida en un asalto de piratas, ¿o se la hizo cuando era niño y jugaba con Roger?

El rostro de Wallace era puro cinismo, y esa sonrisa torcida, socarrona y con un punto lascivo aunque los presentes no lo supieran, hacía que sus ojos chispearan igual que su sensual boca.

«Conque quieres jugar, gatita… Pues juguemos. Juguemos delante de todos y a ver cómo sale la cosa. Porque por mis antepasados que no voy a bajar ni un centavo». Los ojos grises no dejaban de contemplar a esa belleza, pero era consciente del humor del viejo, que iba cambiando por momentos. Y cuanto más tocaba Douglas, más fijamente miraba Wallace a la mujer que consideraba suya.

—Si mi querido amigo, aquí presente, me hubiera hecho esto —señaló la visible cicatriz—, ahora estaría viendo en su cara otra igual o mayor.

La risilla nerviosa de Roger se escuchó de fondo.

—Alex siempre ha sido muy arisco —se atrevió a intervenir el aludido—. No le gusta perder, no le gusta que le quiten lo que es suyo o lo que considera suyo. —Tocándose el fino bigotillo, notó la tensión en los hombros de la española, y supo que ella sabía que él sabía.

—Esto me lo hicieron en uno de esos ataques, efectivamente —intervino Wallace, volviendo a coger el mando de la conversación y haciendo como si Roger no hubiera dicho nada para aplacar un tanto los ánimos del dueño de la casa, que mostraba un color demasiado colorado en su arrugado rostro—. Y gracias a un fiel amigo que terció en la reyerta, recibí esto en lugar de un tajo en el corazón. —El gemido de Anne se dejó escuchar al imaginar que eso tan terrible hubiera ocurrido—. Pero así es la vida. Son gajes del oficio cuando se navega por océanos y mares. Por eso, señora mía, no voy a bajar ni una moneda de lo pactado. Y si usted o su marido no quieren aceptarlo, no hay ningún problema. Me voy y no se hable más. Pero siempre he pensado que, en esta ciudad, igual que en Richmond o en Boston, un caballero de palabra, cuando la da, la cumple. —Ahora, la mirada gris estaba clavada en Douglas, a quien un color se le iba y otro le venía—. Y lo que se le dijo a Bacon fue que tenía carta blanca para comprar lo mejor de lo mejor, ya que la esposa de ese… —hizo una imperceptible pausa, pero no tanto como para que los presentes no lo notaran— caballero dijo que su esposa merecía solo lo mejor. Personalmente, no me gusta perder el tiempo, y si llego a saber que iban a presentarse estos inconvenientes, adornados, eso sí, con una

cena perfecta y una anfitriona hermosa como una diosa, habría llevado mi nave rumbo a casa y habría vendido esa dichosa mercancía cuando hubiera surgido. Sin más. Y se acabó la historia.

Todos se quedaron callados, mostrando rostros incómodos por la tensión del momento, y especialmente por la mirada de Wallace, que se clavó otra vez en el rostro de la anfitriona y no se movió de ahí. Ella tragó saliva y una sonrisa resplandeciente iluminó ese hermoso rostro que Wallace no se cansaba de admirar, aun a riesgo de que Douglas se levantara de la mesa y le diera con la servilleta en el rostro para retarlo en duelo. «Sería lo mejor», pensó, mirando esa boca provocadora. Se lo quitaría de encima para siempre y esa mujer que tenía enfrente sería para él y para nadie más.

—No creo que sea necesario llegar a esos extremos.

«¿Estará leyéndome el pensamiento?», se preguntó Wallace, devorando esa cara y ese escote. Cómo se parecería ese vestido al que llevó en la cena de Marlow si no fuera por la gasa trasparente que insinuaba ambos escotes. Aunque, si su memoria no le fallaba, el otro tenía la abertura de la espalda más profunda; sí, mucho más. La perla de la cadena de oro se balanceaba en ese hueco descarado que le hacía la espalda al terminar y dar comienzo el culo respingón. Tuvo que sacar esos pensamientos de su cabeza y prestar atención a lo que decía y a lo que su marido le daba la razón, moviendo la cabeza como si de un mastín bobalicón se tratara.

—En ningún momento hemos querido ofenderle, ¿verdad, George?

—Por supuesto que no, Wallace. Pagaré lo que se habló. No me hecho atrás cuando doy mi palabra, y eso fue lo que hice. Y aquí está mi sobrino político para testificarlo. —Wallace sabía que Roger había soltado poco a poco el aire que estaba reteniendo, a riesgo de sufrir un ataque al ver que el negocio, su negocio, se iba al traste—. Pero no puedo evitar preguntarle otra vez si me vendería ese juego de esmeraldas.

Carolina lo miró sorprendida y Wallace observó a la pareja, intuyendo de antemano que Douglas iba a insistir sobre el tema.

—No quiero esas joyas, George. —La voz de Carol bajó de tono, intentando que solo lo escuchara su marido, pero no fue así.

Douglas ni le hizo caso, y Wallace vio cómo la española se enfadaba pero intentaba controlarse. No pudo evitar la sonrisa y se obligó a no carcajearse.

—Douglas, ¿qué parte de la explicación que le di sobre esas joyas no entendió? ¿Que no están en venta o que son para mi futura mujer?

Roger se puso lívido. «¿Cuándo demonios va a terminar esta cena? ¿Cuándo, de una puta vez, sellarán el fin de la operación con un apretón de manos? Por Dios y por todos los santos del firmamento. Menos mal que el imbécil del tío de mi mujer no se entera del meollo

de la cuestión, porque, si no, aquí arde Troya», pensaba el pelirrojo, cada vez más nervioso.

—Sí, sí, lo sé, me acuerdo perfectamente. Pero lucirían tan bien en mi esposa…

—Por favor, déjalo ya —susurró Carol, sin querer mirar al hombre que le quitaba la vida, y sin ser consciente de esa sonrisa torcida y peligrosa.

—Ciertamente, Douglas. Creo que en ninguna mujer quedarían mejor que en ella.

—¿Entonces? —le preguntó ansioso, sin percatarse de cómo lo miraban todos.

—Entonces, ¿qué? —Estaba jugando al gato y al ratón, primero con ella y luego con él.

—Pues que a su prometida puede regalarle otra cosa: diamantes, perlas del Pacífico, que dicen que son espectaculares. No las he visto, pero eso dicen.

El invitado era consciente de la incomodidad de Carolina, pero le dio igual.

—Ya lo creo que son espectaculares. Tengo perlas del Pacífico, blancas y negras. ¿Quiere verlas? ¿Quiere comprarlas? Mañana puedo traérselas y podrá comprobar cómo quedan en la piel de su esposa. Pero puedo decirle que le quedarán perfectas.

—No quiero joyas, George. —La bella voz sonó algo alterada, y el marido la miró sorprendido.

Wallace siguió metiendo el dedo en la llaga:

—No me extraña que su esposa no quiera joyas; ella es una joya. No necesita ningún adorno para eclipsar a cualquier persona o cosa que se ponga a su lado, ¿no le parece?

Carolina ardía por dentro y por fuera. Cuando Douglas se volvió para mirarla detenidamente, como si no la viera a diario, como si no fuese suya, y movió la cabeza asintiendo, tuvo ganas de chillar.

—¿De verdad no quieres nada, querida mía? —le preguntó solícito, sabiendo que todas las miradas estaban puestas en ellos, especialmente la del invitado—. ¿Ni tan siquiera esas maravillosas perlas, que rivalizarían con tu belleza?

—No, no, por favor.

Wallace no se contuvo:

—Las perlas nunca podrían rivalizar con ella, ni las esmeraldas, ni los diamantes, ni todo el oro del mundo.

Todos los presentes miraron a Alex durante unos segundos. La mirada de Douglas se perdió en los iris plateados al tiempo que su boca se fruncía en una mueca; una mueca desagradable. Pero la borró en el acto y mostró una sonrisa de compromiso.

—Ciertamente, Wallace, ciertamente. Soy un hombre con mucha

suerte.

Los dos se miraron con fijeza, y solo la dulce voz de Anne los sacó de su enfrentamiento silencioso:

—Carolina, ¿tomamos el postre y los licores en el saloncito?

—Sí, por favor. Caballeros.

Se levantó de la mesa mientras un criado se ponía a su espalda para mover la silla y otro hacía lo propio con la de Anne.

Roger se movía más deprisa de lo habitual en él al tiempo que le preguntaba a Douglas si no iba a ofrecerles uno de esos cigarros tan espléndidos que tenía. Y así, mejorando el ambiente anterior, los hombres encendieron los cigarros, se olvidaron de los postres y se enzarzaron en una conversación sobre el tabaco y las plantaciones mientras bebían un buen *whisky*. De ese modo, se enteraron de que Wallace tenía una plantación de tabaco al sur del río James. La casa familiar quedaba más al norte, donde crecían centenas de manzanos. Oír hablar a ese hombre era deleitarse por partida doble, escuchando esa voz profunda y fuertemente masculina y la inteligencia que emanaba de ella. Las mujeres, con el platito de porcelana conteniendo un pequeño trozo de tarta de limón, escuchaban embelesadas todo lo que decía Wallace, sin percatarse de que tanto Roger como Douglas también hacían lo mismo. Alex se enorgullecía de todos sus empleados y de que, en un momento determinado, se liaran la manta a la cabeza y no dudaran en seguirlo a un país desconocido para ellos, con otro idioma y otras costumbres. Él les prometió que, si no estaban a gusto, si no se adaptaban, los devolvería a la isla caribeña, siendo libres y con un pequeño capital para poder adquirir tierras o montar un negocio.

Las cejas grises y rebeldes de Douglas se elevaron al máximo ante tal barbaridad. No sabía si ese hombre estaba loco o era muy listo, o tal vez loco y rico, muy rico; más que él. Siguió escuchando cómo alababa el trabajo de esos hombres y presumía de tener las mejores cosechas de tabaco, precisamente porque tenía a los mejores expertos. Que estos controlaban de forma matemática las diferentes fechas de plantación, los tipos de suelo y el manejo del riego. Que aplicaban todas las técnicas que estuvieran a mano para mejorar la tierra y que no cejaban en la correcta preparación del suelo, la adecuada calidad de las posturas, los métodos de plantación, los surcos correctos, las distancias adecuadas, etcétera. Solo las malditas plagas podían hacerles daño, y aun así intentaban con todos los medios que tenían a su alcance que eso no ocurriera. Si una cosecha no había sido tan buena como la anterior, no importaba, porque se seguía trabajando para que la siguiente fuese mejor o mucho mejor. Douglas quiso saber cómo estando él haciendo viajes a Europa funcionaba todo tan bien. A lo que Wallace le contestó que él no permanecía los doce meses del

año fuera, y que, si así fuera, podía confiar en todos y cada uno de los suyos como si estuviera presente las veinticuatro horas del día.

La velada fue transcurriendo y Carolina fue enamorándose más y más de ese hombre. Se dio cuenta de que el amor inocente y juvenil que sintió por él con dieciocho años no había desaparecido nunca; ni siquiera cuando creía que la había abandonado y traicionado. Y ahora que sabía que eso no ocurrió, ahora que sabía que ese hombre la buscó, pensando que le había robado y vuelto a engañar, dolido y enfadado, sintiéndose traicionado igual que le pasó a ella, sentía que su corazón palpitaba como loco y que su cuerpo pedía lo que ya conocía: lo que conoció gracias a él, a esas manos que gesticulaban al hablar, que se llevaban el cigarro a los labios o que agarraban el vaso del licor para beber pequeños tragos, que conocían su cuerpo, que lo habían explorado hasta el último rincón. Notó cómo se le endurecían los pezones al pensar en que fueran tocados por esos dedos y en ser chupados por esos labios.

Las palabras de Anne llegaron a sus oídos preguntándole si estaba bien, ya que se había acalorado sin venir a cuento. Ella dio gracias a que los hombres no se dieran cuenta, de que Anne hubiera hecho esa pregunta de forma delicada y discreta y de que ella la contestara del mismo modo. Porque no podía decirle a su amiga del alma que deseaba acostarse con Wallace, que estaba excitada pensando en ello y que si él se lo pedía…, tal vez podría hacer la locura de irse con él, de abandonar a su esposo y fugarse con su amor verdadero, con el único amor que conocía y que anhelaba más que nunca.

No dejaba de pensar en que, sin oír esa voz, sin ver esas manos, sin poder sentir sobre su piel esa mirada plateada, sin ese hombre, su vida estaría vacía; una vida triste y a la deriva. ¿O acaso era mejor engañar a George y hacerle creer que todo iba igual y que ella no sentía nada por Wallace? Porque, a partir de ahora, no podría dejar que le pusiera la mano encima. No desnudaría su cuerpo para que ese hombre, su marido en lo que le restase de vida, jugara con su cuerpo, tocara sus pechos y ella se restregara contra él como una putilla cualquiera, para que en cuestión de segundos se corriera y se quedara contento. No, ya no podría hacer eso. Antes era distinto. Antes sentía odio y rencor por el hombre al que había amado y que le había descubierto la sexualidad, y, por lo tanto, se sentía con pleno derecho de utilizar su dominio para llegar a una meta. Pero ahora no. No y no.

—Querida —la llamó George al notar la abstracción de la joven—. Despídete de nuestro invitado. Vamos al despacho a zanjar la operación y ya se va.

La española se levantó y se deleitó con la presencia de ese magnífico hombre mientras se acercaba a ella con una sonrisa en los labios. Wallace extendió esa mano fuerte, bella y grande para coger la

suya y envolverla entre sus dedos, sin importarle que el marido no perdiera detalle de ese gesto, como tampoco del rubor en las mejillas de la joven, que no hacían más que dar constancia de lo perturbada que se sentía ante esa presencia masculina y de todo lo que él hiciese o dijese. Los flácidos músculos de la cara de Douglas se tensaban sutilmente por efecto de los celos, sin saber, sin intuir, que ese hombretón tenía el mismo problema que él, aunque no lo demostrara, que rabiaba de impotencia con solo pensar en que esa noche podría hacer uso de su poder marital, y deseando con toda su alma que, si eso ocurría, ella se negara.

—Señora, ha sido una anfitriona encantadora para una velada perfecta —le dijo a modo de despedida y sin querer echar más leña al fuego. Se inclinó sobre esa mano, pero no la besó.

—Gracias, señor Wallace —le contestó, conteniendo una sonrisa y sintiendo una corriente por todo su cuerpo mientras él retenía su mano. De repente, se la soltó y le entró un helor por todo el cuerpo. Acabó siendo invadida por una soledad dolorosa mientras veía como él se iba y desaparecía de su vista.

Esa noche no se abrió la puerta que comunicaba las habitaciones y Carol dio gracias al cielo porque George no tuviera deseos que satisfacer. Pero lo que no sabía era que él estaba pensativo y preocupado porque había sido testigo de las miradas que esos dos se habían lanzado toda la noche, de esas palabras dichas y las que no se dijeron. El pobre George se preguntaba qué estaba ocurriendo y si debería hacer algo para impedir una catástrofe. Era consciente de que estaba casado con una mujer muy joven para él y demasiado hermosa, y era consciente también de que esa criatura que tenía, que creía que era solo para él, podría estar sintiendo deseos de otro hombre, deseos de uno más joven, más capaz; sobre todo, eso. Capaz de darle placer, capaz de darle hijos, capaz de estar a su mismo nivel en todos los sentidos. Y lo que vio en los ojos de Carolina no le gustó. Porque lo que creyó atisbar fue la mirada del placer, la mirada de la esperanza, del anhelo por algo o por alguien. Y eso, esa mirada, nunca la mostró con él. Jamás la vio en esos preciosos ojos verdes cuando se dirigían hacia su persona. Miradas de gratitud, de simpatía, de amabilidad, incluso de hastío o de tristeza; pero de amor, de pasión, de rubor sofocado…, jamás. Por eso la tentó con las joyas, por eso insistió para que recordara que con él no le faltaría nada, nunca. Que podría ser un inepto, un incapacitado para darle placer o para que sintiera orgullo yendo de su brazo, pero que nunca la abandonaría. Y cuando faltara, todo sería suyo. Pero ¿sería suficiente? ¿Sería capaz de abandonarlo y ser la amante de un vividor como Wallace?

A la mañana siguiente, Carol se levantó más temprano de lo acostumbrado, y lo primero que hizo fue mirar por la ventana y

contemplar lo que sería el comienzo de un hermoso día. Eligió un vestido blanco de encaje, lleno de volantes de tul plisado en la parte baja de la falda; esos vestidos que ella misma diseñaba y que se los cosían en la tienda de Valery, causando críticas y alabanzas por igual entre las comadres de la ciudad, pero que luego más de una copiaba con mejor o peor acierto. Después de un gratificante baño y de que la criada le hiciera un recogido sencillo, se vio lista para salir e ir al encuentro de Anne. Necesitaba verla y hablar de lo que fuera, con la idea de que se le quitara el nerviosismo que sentía y, por qué no decirlo, deseando que Alex estuviera o apareciera por la casa.

Cuando salió, George no se había levantado todavía, y aunque ella no había desayunado, pues pensaba hacerlo en casa de Anne, le dejó recado a un criado para que le comunicara a su esposo que iría de compras con su sobrina y comería con ella.

Fue dando un paseo, con la sombrilla en la mano y sintiendo los primeros y tenues rayos de sol en el rostro. A medio camino, abrió la sombrilla, blanca como su vestido, y se protegió de los estragos que pudiera hacer el brillante astro en su inmaculada piel. Tenía un palpitar en su pecho que no había desaparecido desde la noche anterior, haciendo que su cuerpo estuviera sensible a cada roce del corsé, a cada movimiento de las puntillas de su camisola, y sintiendo la fricción de esos rizos oscuros entre los muslos, ya que no llevaba nada que los tapara. No se dio prisa y disfrutó de la mañana, sin importarle las miradas que le lanzaban los caballeros y las damas con los que se cruzaba y saludando a los conocidos con una de sus deslumbrantes y simpáticas sonrisas. Se cogía el ruedo de su llamativo vestido para que no se manchara de polvo al cruzar la calle mientras los cocheros y comerciantes que abrían los establecimientos la miraban, los primeros descaradamente y los segundos con cierto disimulo mal encubierto. Todos la conocían y todos la admiraban y criticaban por igual. Tanto daba que fuera por esa deslumbrante belleza, por el hecho de estar casada con un hombre mucho mayor y que le daba todos los caprichos o por esos trajes hermosos, llamativos y fuera del decoro la mayor parte de las veces, sin olvidar que llevaba los negocios del marido, o eso se rumoreaba. Ella pasaba de todos esos chismorreos, y por ese motivo no había entablado relaciones estrechas con nadie, a excepción de los Bacon.

Al llegar al porche de la casa, levantó la mano para tocar la aldaba, pero antes de que eso ocurriera, se abrió la puerta de golpe. La señora Preston, la cocinera de Anne, fue la que asomó la cabeza, sorprendiendo a Carol, ya que no era lo usual. Con la amabilidad que la caracterizaba, le dijo que el servicio tenía el día libre y que ella se iba en ese momento, pero que no se preocupase, que en la cocina había de todo y que la señora estaba al caer. Carol se mostró confusa y

sonrió. Puso una mano sobre el hombro de la mujer, viéndola un poco aturullada.

—¿Qué es lo que ocurre, señora Preston?

—Me voy, me voy. Ahora baja la señora Bacon. —Diciendo esto, cerró la puerta principal, se fue hacia la zona de servicio y Carol oyó abrir y cerrar la puerta de atrás.

La joven movió la cabeza, extrañada, y se quedó quieta durante un minuto, dándose cuenta del silencio de la casa. ¿Y los niños? ¿Dónde estaban? En casa de los Bacon siempre había ruidos, de niños, de los criados o de las voces de Roger diciendo que alguien se llevara a los críos lejos de él, pero no aquel silencio sepulcral. ¿Y por qué les había dado permiso a los criados? No entendía qué estaba pasando.

Metió la sombrilla en un paragüero indicado solo para las sombrillas femeninas, donde se encontraban varias de Anne. Al lado había otro, donde permanecían los paraguas del señor, y otro para los bastones que a veces, no siempre, llevaba Bacon. Se quitó los primorosos guantes calados, como el vestido, pero a diferencia de este, los guantes no llevaban forro, dejando ver la piel. Se movió por la planta baja un tanto mosca y afinando el oído para notar si su amiga estaba en las habitaciones de arriba. Al final, se puso nerviosa. Cogiendo el ruedo del vestido con las dos manos, subió las escaleras para buscar a la dueña.

—No le veo la gracia, Anne. ¿Dónde estás?

Al llegar al pasillo, se frenó de golpe.

Ahí estaba. El hombre de sus pesadillas, el hombre de sus sueños. El hombre, en toda la extensión de la palabra. Se encontraba apoyado en el quicio de la puerta de la habitación de invitados, la misma donde Roger quiso robarle un beso. El cuerpo grande y poderoso vestía unos pantalones negros, embutidos en unas botas negras, y una camisa blanca abierta en el cuello. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada clavada en la inmóvil muchacha.

—Jesús, qué guapa eres —dijo a modo de saludo con esa voz grave y varonil que la agitaba por dentro de una forma morbosa y excitante. Ninguno se movió, pero ella comenzó a sentir una mezcla de exaltación y miedo a la vez—. No me canso de mirarte. Y ahora que he vuelto a encontrarte, me sentiría satisfecho si pudiera comerte. Como un lobo a un corderito… o corderita.

La sonrisa de Wallace se hizo lobuna. Acompañando a esa declaración de intenciones, un sentimiento satisfecho lo inundó al ver cómo ella tembló. Deslizó la mirada por ese precioso vestido, apreciando cómo lo llenaba en la zona del pecho e imaginando cómo sus manos abarcarían ese talle esbelto como un junco. Se le hizo la boca agua pensando en lo que vendría después.

—¿Dónde…? —comenzó Carol sin levantar la voz y mirando a

todos lados—. ¿Dónde están todos?

Él se movió del sitio y fue acercándose a ella, muy despacio, para no asustarla más de lo que estaba.

—No están. Han ido de visita para ver a unas primas de Roger o algo así —le contestó al tiempo que se ponía frente a ella pero sin tocarla.

Carol respiraba agitadamente, sin atrever a moverse, pero estaba deseando que esas manos grandes la tocaran. Sin embargo, para su desdicha, eso no ocurrió. Alex no dejaba de contemplarla, y esa presencia tan avasalladora lograba ponerla como un flan, tanto que no sabía qué hacer, si salir corriendo o echarse a sus brazos. Pero no hizo ninguna de las dos cosas; siguió quieta y aguantando la respiración.

—Pero ¿los criados? —Ya sabía que esa situación había sido orquestada por él, y sabía para qué.

—No nos molestarán. Volverán por la tarde. Ahora, la casa es nuestra.

Las manos del hombre enmarcaron el rostro femenino y fue agachando la cabeza hasta capturar la boca entreabierta. Ella suspiró y él se tragó ese suspiro al tiempo que lamía esos labios deseados, dándole pequeños chupetones y pasando después a introducirle la lengua para recorrer el interior de la boca, despacio, saboreándola. Sin dejar de besarla, notó cierta timidez y una inexperiencia que le recordó a los primeros besos que le dio, y supo que su dulce amor no se besaba con el viejo, que su pequeña tenía una relación anormal con ese hombre, y eso le gustó y lo disgustó a partes iguales.

—Abre más la boca, mi amor. Ábrela para mí —le ordenó sin dejar de besarla.

Ella, obediente, lo hizo. Con un poco de vergüenza, le ofreció la lengua y ambas jugaron despacio, evaluándose, recordando antiguos juegos y saboreándose de nuevo. Él la cogió en brazos y la llevó a la habitación de invitados, esa en la que intentó dormir pero no lo consiguió después de haber visto los retratos de Carol.

Las cortinas estaban cerradas y la penumbra mandaba en esa atmósfera cargada de pasión. Se veían parcialmente, tocándose despacio, tanteando el terreno él y tímida ella. Fue desnudándola mientras dejaba caer besos como pétalos, suaves y húmedos, detrás de la oreja, sobre un hombro, en el pliegue del codo, al mismo tiempo que iba diciéndole dulces palabras en los dos idiomas. Cuando la tuvo desnuda entre sus manos, tocó despacio esas curvas, esas elevaciones, esas hendiduras, y no pudo evitarlo. Se dirigió hasta la ventana más alejada de ellos y abrió las cortinas, dejando cerrados los visillos, y la contempló a su antojo mientras ella, quieta como una estatua, se ponía roja de vergüenza. Se acercó, y con el rostro serio y esos ojos clavados como puñales en su cuerpo, posó las grandes manos sobre los

pechos, acariciándolos, sopesándolos y frotando con los pulgares los gruesos pezones.

Carol no se atrevía a moverse ni a decir una sola palabra. Se dejaba tocar por esas manos como si fuese la primera vez, como si volviera a ser virgen, como si ese hombre no la conociera. Notaba la avidez en esa mirada y la tensión en esos dedos a medida que la tocaban con suavidad, con lentitud, como deseando que ese momento no acabase nunca. Fue explorada por todos los sitios, como esperando que ese cuerpo hubiera cambiado en algo después de haber pertenecido a otro. Se arrodilló frente a ella y deslizó los dedos, largos y fuertes, por la suavidad y planicie de su vientre, dibujó el círculo de su ombligo y llevó las palmas hasta los carrillos de su culo, abarcándolos y amasándolos de una forma tan erótica que hizo que Carol gimiera muy bajito.

Esos ojos plateados la miraron con pasión. Recorrieron los pechos, agitados por la respiración, proyectados hacia delante y tiesos como no había visto otros. Mientras, tocaba y tocaba ese culo respingón, duro y firme, que lo excitaba de esa forma que él ya conocía, que él ya sintió con esa ninfa que tenía entre sus manos. Y notaba cómo ella estaba receptiva, cómo jadeaba bajito, excitada, pero sin atreverse a moverse, a hacer algún gesto que fuera inoportuno, algún movimiento que él no hubiera orquestado. Llevó las manos a la abertura de esas nalgas, metió los dedos y los acercó hasta la vulva.

Fue entonces cuando Carol jadeó y colocó las manos encima de los hombros de Alex para evitar caerse, para poder tener un punto de sujeción ante lo que se le venía encima. Porque los largos y expertos dedos jugaban con su sexo y tocaban y volvían a tocar, acariciando, moviendo y frotando un punto que, en esa postura, la volvía loca; tanto que estaba provocando que dijera cosas que nunca habían salido por su boca. Notaba la cara de Wallace contra su vientre y la lengua lamiéndole el ombligo mientras esos dedos seguían martirizando ese lugar. Entonces, uno quiso entrar y acabó penetrando un poco, ante lo que ella se encogió. Una voz ronca le dijo: «Ábrete». Y ella, apretándole con las manos los hombros a la par que arrugaba con sus dedos el lino blanco, abrió los muslos.

El dedo fue introduciéndose despacio, y Wallace notó la humedad y la estrechez hasta llegar al fondo de la vagina. En ese punto, lo movió arriba y abajo, una y otra vez, haciendo el trabajo oportuno para que esa cavidad se agrandara y abriera el camino para que su pene duro, grueso y grande, entrara en ella. Pero antes de eso quiso ser espléndido, así que siguió con el jueguecito, viendo y notando cómo se doblaba y como ella le metía los pechos en la boca para que él le chupara los pezones.

Al sentir esos labios suaves y esa lengua juguetona, Carol gimió

desconsoladamente mientras le restregaba los pechos contra la cara una y otra vez, provocando que él se volviera un poco loco ante esa delicia suprema y sabiendo que su ardorosa muchacha estaba a punto de caramelo. El grito que salió de su garganta lo habría escuchado perfectamente cualquiera que hubiera estado en el piso de abajo, en cualquier lugar de la casa; porque fue un grito de puro éxtasis, de placer olvidado y vuelto a encontrar, de puro gozo sexual. En ese instante, la cogió por la cintura y la colocó con suavidad en la cama. Ella respiraba entrecortadamente y lo miraba con ojos febriles mientras él se quitaba la ropa para quedarse desnudo frente a ella. Estaba tan excitada, tan deseosa de que la penetrara, que no se paró a pensar en nada más. Solo le importaba el aquí y el ahora. Era como una borrachera; borracha de ese hombre y queriendo más; como una droga, que la envolvía y la engullía. Eso era ese hombre para ella. Deseaba perderse en la inconsciencia del olvido, deseaba que solo estuviera él en su mundo, en su existencia, que él marcara las pautas de su vida, los designios a seguir. Porque en esos momentos, ella haría lo que él le mandase. Por ello, no dudó en abrir sus muslos de par en par, ofreciéndose a él. Con las miradas enganchadas, sintió que esa barrenadora entraba en su cuerpo, despacio pero sin pausa. Se encogió al notar cierta fricción y él se dio cuenta.

—Tranquila, mi amor. Iré despacio, te lo prometo.

Wallace la penetró lentamente, notando la estrechez de la joven y saboreando ese momento como la mayor de las victorias, como si ya hubiera conseguido todo en la vida.

—No te cierres, mi amor. No te cierres y no te haré daño —le dijo al oído.

Una sonrisa perezosa afloró en su rostro mientras iba clavándose dentro de ella, dentro de ese cuerpo amado, perdido y vuelto a encontrar, sabiendo que allí no había estado otro hombre y sintiendo esa estrechez que incluso molestó a su pene, pero que a él le produjo un inmenso placer. Sin parar, sin darle tregua, siguió moviéndose al tiempo que sentía cómo ella se relajaba y su sexo lo atrapaba, cerrándose alrededor de su pene como una funda de terciopelo.

Carol comenzó a moverse, ondulando sus caderas y acoplándose a él de tal forma y tan poderosamente que dio lugar a que un gruñido detrás de otro saliera de la garganta de Alex, quien apretó los dientes para no correrse en esos momentos, ya que deseaba seguir y que ella jugara todo lo que quisiera. Hasta hartarse, hasta que su cuerpo y su mente explotaran de éxtasis. Ella ya no estaba azorada, ya no notaba la aspereza del principio de la penetración. Ahora, sentía un placer lento y adormecedor para su cerebro, pero rápido para su sexo, que hacía que sus nalgas se levantaran al encuentro de ese miembro que se movía y resbalaba, que entraba y salía y volvía a clavarse hasta el

fondo de su ser. A ella la excitaba más y más, hacía que su pelvis chocara contra la de él, y cada vez que Alex gruñía, Carol sentía un latigazo por dentro, provocando más movimiento y más aceleración en ambos. Hasta que llegó un momento en el que chocaron de golpe y ella sintió cómo los testículos se dejaban caer, acariciando la piel cercana a su ano. Un chorro de esperma salió del satisfecho miembro sin dejar de moverse, convulso y fiero, para que ella recibiera una descarga en todo su interior. Le produjo una corriente por todo su sistema nervioso, e hizo que volviera a gritar y que él sonriera de puro gozo, sintiéndose dueño absoluto de esa mujer. Su mujer. No dejó que saliera ni una gota, y para ello, permaneció dentro de ella durante un tiempo mientras le besaba el delicado cuello, la pequeña orejita y el borde de la suave mandíbula. Sentía esos pechos aplastados contra su duro estómago.

Se levantó despacio con sus brazos, pero sin salir de ella.

—Te amo. —Las palabras salieron sin temor. Fueron dichas en inglés, y los ojos grises no pestañearon cuando su boca las repitió—: Te amo. —Posó esa misma boca sobre los tiernos labios y la besó con delicadeza. Vio cómo unas lágrimas resbalaban por las mejillas. Fue saliendo despacio y ella cerró los muslos—. ¿Por qué lloras? —le preguntó, abrazándola y dejando que se acurrucara contra su cuerpo.

—No lo sé —susurró.

Él agachó la cabeza y la tomó por la barbilla para que sus miradas se encontraran.

—Sí lo sabes —afirmó. Notó cómo temblaba y volvió a abrazarla con fuerza.

—Tengo miedo. Tengo mucho miedo.

Tras esa declaración en toda regla, la separó de su cuerpo e hizo que lo mirara.

—¿Por qué? —Deseaba que se abriera a él. Igual que lo había hecho antes, de manera literal, ahora anhelaba que soltara todo lo que guardaba dentro. Quería conocer sus más íntimos secretos antes de que él le expusiera su plan de futuro.

—Porque no sé qué voy a hacer. Porque no es justo que le haga daño. —Ya habían llegado al meollo del problema y lo afrontarían de pleno—. Pero no quiero perderte. No podría aguantarlo. Otra vez no.

—Yo te diré qué vamos a hacer. Te vendrás conmigo. Le diremos la verdad. Ese hombre no querrá tener a su lado a una mujer que está enamorada de otro. Porque tú me quieres, ¿o no?

Ella lo miró a los ojos y movió la cabeza con frenesí para afirmar con vehemencia. Y por si quedaban dudas, lo dijo de viva voz:

—Eres el único hombre por el que siento algo que soy incapaz de explicar. Que me abrasa por dentro, que me quita el sueño y que no me deja actuar con coherencia. El dolor que sentí cuando ese hombre

me dijo que tú no me querías, me desgarró por dentro, me rompió en mil pedazos y me hizo odiarme, por ser tan vulnerable, por haberme dejado embrujar por ti y por seguir llevando tu recuerdo conmigo, con el paso de los años. Quise odiarte con toda mi alma, pero algo había que lo impedía, algo había que hacía que siguiera pensando en ti y soñando contigo y teniendo pesadillas. Y cuando te vi aquí, en esta casa, en el salón de abajo, creí morirme. Me sentí tan débil y azorada que, si no llego a perder el conocimiento, creo que habría gritado como una loca. Pensé que ibas a descubrir nuestra relación o que, si no hacías eso, ibas a burlarte de mí cuando los demás no se dieran cuenta.

Alex le pasó un dedo por la mejilla y sus ojos la miraron con amor.

—Mi preciosa niña —dijo en español—, nunca haría eso. Pero tú no lo sabías. Tú, corazón mío, te habías visto abandonada y traicionada por un hombre en el que confiaste, y yo me sentía como un ser vapuleado una y dos veces, por la hembra más hermosa que conocí y de la que me enamoré como un idiota, deseando darle mi vida, todo lo que poseía en esos momentos y lo que lograra en un futuro. Todo para esa mujer que me partió el corazón. Tú, vida mía, tu recuerdo, evitó que volviera a enamorarme, que volviera a casarme; porque seguías en mi cabeza, igual que yo en la tuya; porque seguías en mi corazón, igual que yo en el tuyo. —Sin dejar de mirar esos ojos verdes, la acarició con su mirada y siguió hablándole, declarándole su amor—: Estos preciosos ojos que me miran ahora, los he tenido en mi mente todos estos años. Esas esmeraldas que Douglas quiere para ti, las compré hace algo más de un año en Sevilla, recién traídas de América y dispuestas a ser montadas para regalárselas a una marquesa. Pagué por ellas lo que me pidieron, porque nada más verlas me encapriché de ellas, porque si eran mías, cada vez que las mirase vería tus ojos; aunque lo cierto es que no era necesario porque siempre estabas en mi mente. Pero cuando los años pasaran y el recuerdo fuera diluyéndose, miraría esas piedras y pensaría que una vez conocí y me enamoré de una muchacha con los ojos más verdes y bonitos del mundo.

Ante esas palabras, ante esa declaración de amor tan profunda e inesperada, Carol se echó a llorar. Él, sonriendo, la acogió en su pecho y dejó que soltara todos los nervios acumulados. La acarició y la acunó entre sus brazos hasta que el llanto fue pasando y solo quedaron unos profundos suspiros. Pero Alex tenía que insistir y tenía que saber:

—¿Qué es lo que haces con él?

Ella entendió perfectamente. Sintiendo una profunda vergüenza, sabiendo que él no se había casado y que no había tenido hijos porque se acordaba de ella, y eso que pensaba que estaba muerta, sintió la debilidad de ser mujer en un mundo de hombres, de ser demasiado

hermosa como para decidir su futuro y de haber claudicado ante ese matrimonio.

—Piensa que, si no te hubieras casado con él, igual no habría surgido el encuentro entre nosotros. —Carol creía que le leía la mente y se asustó más de lo que estaba—. Pero como la situación es la que es, quiero saberlo todo. Y quiero saber qué hay entre vosotros. Cuéntamelo todo, sin ocultarme nada. —No fue una petición, sino una orden.

—Me da vergüenza, mucha vergüenza. No creo que sea necesario.

Él la tomó por la barbilla y la miró muy serio mientras notaba cómo unos deditos se enroscaban en el vello de sus pectorales, para después deslizarlos por las diversas cicatrices que adornaban sus poderosos músculos.

—Es necesario. Vamos a comenzar de nuevo y quiero saberlo todo, ¿entiendes? —Ella asintió—. No quiero secretos entre nosotros; y tanto lo bueno como lo malo, hay que decirlo. No quiero sorpresas desagradables.

Los fuertes dedos no la lastimaron, pero Carol notó la presión de ellos, acorde con sus palabras. Sabía que no quedaba alternativa, así que dejó de tocarlo. Él clavó su mirada en ese labio, el cual se mordió.

Comenzó desde el principio, desde que se dio cuenta en la casa de Nueva Orleans de que Douglas no funcionaba como lo que ella conocía, como lo que experimentó con Wallace. Le contó cómo se aprovechó de esa desventaja de su esposo, sintiéndose dichosa de que no pudiera hacer lo que haría un hombre más joven y cómo lo engañó con el cuento de la violación. No le escondió nada al decirle que se comportó como una puta, aprovechándose de su ventaja y dejando que su marido jugase con sus pechos, le tocase las nalgas y le frotara los muslos. Añadió que jamás consumaron el matrimonio debido a su impotencia y que nunca se dejó besar ni penetrar con los dedos.

Alex escuchó sin interrumpir, imaginando más de lo que deseaba, pero agradeciendo que ese tipo fuese impotente y diese el gatillazo antes de tiempo.

—¿Y se conformó con darte besitos en las mejillas y nada más? ¿Nunca quiso besarte como un hombre? —Las preguntas fueron hechas con algo de brusquedad, aunque ella notó que él intentaba disimularlo.

—Sí, lo hizo al principio. Lo intentó. Pero cuando hacía eso, yo volvía la cara y le decía que no me gustaba. Él quiso entender con ese comportamiento que yo era una mujer no interesada en esas cosas, que me daban asco, así que no insistió mucho más. Aparte, siempre he creído que como él se encontraba con esa incapacidad, le venía bien que yo fuera así, y como al final llegaba al placer y se… excitaba viéndome…, pues no hubo más intentos.

Wallace no dejó de mirarla ni un segundo.

En el fondo persistía un atisbo de desconfianza, aunque no quisiera, pero habían pasado unos años y todos cambiamos, y más esa criatura a la que tenía abrazada y que había recibido más palos que besos. No quiso meter el dedo en la llaga preguntándole si le gustaba restregarse contra la polla del viejo y si lo había acariciado íntimamente; porque, sinceramente, pensaba que no. Pero, por si acaso, no preguntó. Aunque una pregunta no podía ser guardada:

—¿Lo has hecho desde que me has vuelto a ver? No, no me contestes, no deseo saberlo. Pero lo que sí quiero que sepas es que ahora eres mía. Lo mejor sería que nos fuésemos al barco y zarpásemos sin más preámbulos.

Carol se separó de él y se incorporó, apoyándose sobre un codo y mostrándole esos pechos en todo su esplendor.

Los ojos de Alex se desplazaban del rostro a los senos y de los senos a la boca. Vio cómo esos labios se movían al hablar, cómo vocalizaban las palabras perfectamente, y aunque mantenían la conversación en el idioma de él, algunas palabras se le escapaban en español. Volvió a clavar los ojos en esas tetas duras y redondas, con esos pezones como garbancitos, que con solo mirarlos lo ponían cachondo como si fuese un chaval inexperto. Y a pesar de lo que dijo, lo que le pidió no le gustó, porque no deseaba que volviera a esa casa, no quería que estuviera cerca de ese que, maldita fuera su estampa, era su esposo. Le dijo que sí porque quería hacerla suya otra vez, porque sentía que ella estaba cogiendo el mando de su corazón y de todo lo demás. Ah, Señor, sabía que estaba perdido, que lo que ella le pidiera, se lo daría, se lo permitiría, pero por lo menos ocultaría ese poder que tenía sobre él, o sería su final como hombre.

—De acuerdo, te daré dos días, ni uno más. Pero como me entere de que entra en tu alcoba y lo dejas tocarte…, como dejes que te haga esas guarradas, lo mataré.

Carol le puso un dedo en los labios.

—No podría, Alex. Eso es imposible. Solo existe un hombre para mí…, y está aquí, a mi lado. —Se acercó a él, lo besó con timidez y él se dejó.

La lengüecita le lamía los labios, y Alex permaneció con los ojos abiertos para no perderse nada. Entreabrió la boca para que ella la penetrara y notó cómo esos pechos inhiestos le rozaban el costado, logrando que su miembro estuviera otra vez tieso como un mástil y duro hasta doler.

Ella se quedó mirando fijamente y enrojeció ante esa exhibición de poder, de masculinidad.

—¿Puedo tocar?

Alex rio ante esa pregunta.

—Claro que puedes, pequeña. Tócala. Esto lo produces tú y solo tú. Haz lo que quieras.

Lo dijo como le salió, pensando que pasaría su manita por su pene y poco más. Pero cuando vio que se colocaba de rodillas al lado de su cadera y que, mirándolo fijamente, llevaba las dos manos para tocar de arriba abajo y fue agachando la cabeza, cayendo ese hermoso pelo en cascada mientras acercaba la boca a la punta de su miembro, se quedó inmóvil, para que así continuara sin asustarse. Esperó, deseando, de hecho, que se la metiera en la boca. Y eso hizo. Poniendo la boquita en forma de O, se metió la punta y jugó con la lengua, sin saber que, con eso, simplemente con eso, le produjo a Wallace un latigazo de placer.

Carol lo miró a los ojos, y a pesar de que esa mirada le imponía, dedujo por su cuenta de que el hecho de que hubiera ausencia de palabras podría ser bueno, así que volvió a cogerlo con la boca y esta vez no paró. Con la mano, con los labios y con la lengua, enardeció al hombre de tal manera que lo hizo gruñir igual que cuando la penetraba. Con sus movimientos, logró que se la tragara entera y que la respiración se volviera agitada y profunda. Esos ojos no dejaban de mirar cómo lo hacía mientras iban oscureciéndose por momentos, hasta que no pudo aguantar más y la cogió en volandas por la cintura. Aquello provocó que Carol se quedara con la boca abierta al dejar de chupar. Wallace se la colocó encima, se la clavó hasta el fondo y la sujetó, guiándola para que ella supiera cómo le gustaba que se moviera. Entretanto, veía esos pechos bamboleándose encima, y no tardó en estrujárselos mientras intentaba controlarse para que le viniera a ella. Y rápido lo notó, al parar el ritmo y apretar las rodillas contra sus costados como si estuviera guiando la montura para frenar el paso y terminar la galopada. Entonces, volvió a soltar su esperma y se sintió el hombre más feliz del mundo.

Capítulo 20

Necesitaba ocupar su tiempo; para que este corriese, para que pasaran las horas y poder llevarla a casa. Estaba tomando un trago en una cantina, solo, pensativo y taciturno. Habían pasado más de veinte horas desde que estuvieron juntos y no se encontraba con fuerzas para esperar al día siguiente.

Para que la espera se le hiciera más corta desde que la dejó ir, desde que compartieron esa comida en la cama y volvieron a hacer el amor, estuvo casi todo el tiempo en el puerto, pasando revista a lo que habían hecho sus hombres y ayudando a cambiar dos velas que iban a desgarrarse en cualquier momento. Subió por los palos igual que un mono, haciendo el trabajo de otro, mientras los marinos lo miraban con admiración, como cada vez que ocurría algo así. Terminó cansado, durmió poco y mal, y al día siguiente seguía igual de nervioso, así que decidió trabajar como una bestia con el resto de sus hombres para agotarse físicamente y al final optar por ir a beber unos tragos. Y fue allí en esa taberna donde, en la mesa de al lado, escuchó el nombre de Douglas. Se le revolvió el estómago cuando esa misma voz dijo:

—¿Cómo cojones se las apañará para meterle la polla a esa hembra que tiene?

Seguidamente, otro hombre añadió:

—Mucho está tardando en ponerle los cuernos.

Otra voz intervino:

—Es toda una mujer. Me cago en la puta, lo que daría por tocar esas carnes y besar esa boca de pecado que tiene.

—Igual está beneficiándosela el finolis de Bacon —habló otro hombre—. Así, todo queda en familia.

Todos rieron cuando la primera voz zanjó:

—Bueno, si se preña y pare un pelirrojo oscuro, ya sabremos de quién ha sido la polla.

Con ganas de partir más de una cara oyendo los comentarios soeces pero comprendiendo de sobra cómo funcionaba la mente masculina, se levantó al tiempo que dejaba unas monedas en la mesa, sin hacer caso de las miradas de esos hombres, quienes, al ponerse en movimiento y dejarse ver, reconocieron al dueño del galeón español.

Bajaron sus tonos; no porque pensaran que lo habían ofendido, sino porque los músculos del virginiano imponían respeto y llamaban la atención. Cuando lo vieron salir de la cantina, siguieron con su conversación.

Wallace llevó sus pasos en dirección al puerto, pero tras detenerse y pensar, dio media vuelta con idea de ir a la casa de Bacon. Tenía tan mal carácter en esos momentos, que su rostro mostraba un semblante torcido y oscurecido por la falta de afeitado desde antes de estar con ella. Debería sonreír un poco si no quería asustar a la esposa de Bacon, pero lo cierto era que no estaba por la labor. Quería tenerla consigo y quería irse de una puta vez; y lo peor era que tenía un hormigueo en todo su cuerpo producido por los nervios que no lo dejaba en paz.

Faltaba poco para llegar a la casa de Bacon cuando vio al gigante negro llegando al sitio donde él se dirigía. Lucas también lo vio y ambos se miraron, sin decirse nada. Un tic nervioso apareció en su pómulo, cerca de su cicatriz, y presintió que algo estaba fuera de lugar. El negro esperó antes de alcanzar el porche, hasta que Wallace llegó a su lado, mientras guiñaba los ojos porque el sol le daba de lleno, pero aun así vio el semblante del hombre, que no parecía tener cara de hacer amistades y no se mostraba risueño como cuando se lo presentó la señorita Carolina. Ahora, su aspecto era fiero, hosco, y con unos ojos tan claros que parecían pedir a gritos alguien a quien matar.

—¿Dónde está? —fue la escueta pregunta. Lucas, un tanto nervioso, contempló esos ojos fríos como el hielo—. ¿Aquí? —Pero el movimiento de cabeza lo dijo todo—. Habla, ¿qué pasa?

—No lo sé, señor. No lo sé. Se fueron ayer por la tarde. Yo estaba en la casa de campo montando muebles. Cuando llegué, la criada me dijo que estaban cenando en casa de los Bacon y que se quedarían a dormir allí. A mí me extrañó, porque al señor Douglas no le gusta dormir fuera de su casa, pero la criada dijo que era el deseo de la señora Carolina. —Lucas era consciente del semblante de Wallace. Notaba cómo apretaba los dientes, a la espera del final de su explicación—: Pero esta mañana he vuelto a preguntar, y entonces la criada me ha contestado que ella es una mandada, que obedece órdenes del señor y que yo solo soy un esclavo. Y de ahí no la saco.

Wallace aporreó la puerta de la casa. Cuando una criada abrió con cara de pocos amigos, se apartó asustada al ver cómo ese hombre entraba como una tromba y llamaba a gritos al señor Bacon. El negro de la señorita Carolina lo seguía, sin despegarse de él, y a ella no se le pasó por la cabeza decirle que no podía entrar por la puerta principal. Se quedó en un rincón mientras escuchaba a ese hombre tan guapo pero tan enfadado preguntar por la señora Carolina. La señora Bacon se llevó una mano a la boca y el señor dijo que los Douglas no habían estado en la casa. Entretanto, los niños, en el piso superior, gritaban y

lloraban, oyendo las voces masculinas, sin que las niñeras lograran calmarlos.

Hablaron durante unos minutos, y el invitado, ese que desayunó con un negro en la mesa de la cocina, bombardeó a preguntas a los señores, para después salir como un tornado, seguido por ese gigante negro y por el señor Bacon, mientras este le decía a la señora que hiciera callar a esos niños y que no se moviera de la casa por si aparecía la señora Douglas.

Cuando llegaron a la casa y Wallace cogió a la criada por banda, esta le contó todo lo que sabía en un abrir y cerrar de ojos. El miedo la invadió al sentir clavados en su cara esos ojos plateados y esas manos agarrándola por los brazos zarandeándola un poco, logrando que se le escapara la orina antes de comenzar a relatar lo sucedido:

—La señora llegó y le dijo al señor que tenía que hablar con él, pero él le dijo que la señorita Valery había tenido un accidente y debían ir a su encuentro. La señora preguntó qué había pasado, y el señor le contestó que la señorita Valery quería darle una sorpresa y venía en carruaje hasta aquí, pero que había sufrido un accidente y que en esos momentos estaba en casa de un conocido del señor con una pierna rota y un fuerte golpe en la cabeza. Pensaban… que podría morir, así que era de suma urgencia salir. Yo… Yo ya tenía preparado un bolso de viaje con algunas cosas que me mandó el señor antes de que la señora Carolina llegara… Y se bebió la infusión y se fueron.

—¿Qué infusión?

—Una que dijo el señor que le diera. Una para calmar los nervios. Me dio los polvos y yo los mezclé con las hierbas.

El semblante de Wallace estaba serio, pero los ojos tenían una furia asesina.

—¿Por qué no se lo contaste a Lucas? —La pregunta rechinó entre los dientes de Wallace, sin dejar de mirarla y poniéndola a punto de un ataque de nervios.

—Porque… porque… el señor me dijo que… que no le dijera… nada, o me despediría —le contestó entrecortadamente.

—¡¿Adónde?!

La criada se puso a llorar. Logró contestarle entre hipos, lo más deprisa que pudo, pese a que esas manos se clavaban tan fuertemente en sus delgaduchos brazos que acabaría destrozándoselos:

—No lo sé, señor. Le juro que no lo sé. La señora me dijo que le dijera a la señora Bacon que volvería en cuanto supiera cómo estaba la señorita Valery y la dejara en buenas manos. Nada más, se lo juro.

Wallace la soltó de golpe y blasfemó todo lo que quiso mientras se movía como una pantera enjaulada. Se paró de repente y miró a Bacon, quien, nervioso, se manoseaba el bigote constantemente, imaginándose lo peor de lo peor; o aún peor que lo que estaba por

llegar.

—Quiero ahora mismo un listado de las posesiones de Douglas. De todas, las cercanas y las que no. Las conoces, ¿verdad?

—Sí, sí, por supuesto. Pero ¿y si es cierto lo que dice la criada?

Wallace lo miró como si estuviera tonto y no se diera cuenta de las implicaciones que marcaban semejante situación. Douglas había visto venir la tormenta antes de tiempo, dándose cuenta de muchas cosas y leyendo entre líneas.

—No me toques los cojones, Roger. Eso es una puta mentira. Estaba con la mosca detrás de la oreja, desde antes de la cena en esta casa. Se lo ha imaginado y se la ha llevado. Y necesito saber cada puto lugar que pertenezca a ese cabrón, ¡¿está claro?!

—Sí, sí, por supuesto —le contestó.

Comenzó a enumerarle las posesiones, indicándole las que estaban alquiladas y las que permanecían vacías, tanto las cercanas como las más alejadas.

Mientras Alex escuchaba y memorizaba, Bacon iba recitando las casas y las calles o lugares donde se encontraban, incluidos los almacenes. Cinco de ellos estaban vacíos y sin alquilar; tres, en los alrededores, no más de quince kilómetros, y dos, en Savannah. Wallace se puso en marcha, no sin antes decirles a Bacon y a Lucas lo que tenían que hacer y cómo. Seguidamente, se fue al puerto y destinó a la mitad de su tripulación a la búsqueda de la muchacha, con órdenes específicas de que la quería sana y salva. La vida de ese cabrón le traía sin cuidado, pero, aun así, si ellos la encontraban antes que él, más les valdría que le guardaran al hijo puta si no querían vérselas con él.

Pasaron dos días más y Carol se impacientó.

—¿Cuánto tiempo tenemos que estar aquí? A este paso, Valery morirá.

George se levantó del sillón y se acercó a ella de una manera lenta y amenazante. Llevaba varios días sin afeitarse y sin cambiarse de ropa.

—Estaremos aquí el tiempo que yo quiera, mi reina —le contestó suavemente.

—No te comprendo. ¿Qué significa todo esto?

George paseó por la habitación. Después de considerar lo que iba a decir, la miró detenidamente.

—¿Te has parado a pensar, querida Carolina, que todas las mujeres hermosas resultan… resultáis unas perras, literalmente?

Carol no contestó. Como un rayo de luz, vio, comprendió, que George estaba al corriente. Puso el semblante serio y digno de una mujer honrada y le plantó cara.

De repente, notó unos cachetes en su rostro que la despertaron de un inquietante sueño. De hecho, no podía abrir los ojos de lo que le pesaban los párpados. Pero en el trance de abrirlos y de que su mente fuera despejándose, se dio cuenta de que lo anterior solo había sido un mal sueño. La había llamado «reina». Esa palabra jamás había salido de la boca de George. Pero ¿qué ocurría?, ¿por qué se encontraba tan pesada, tan somnolienta?, ¿y por qué olía a moho, tan mal? Ese no era el olor de su casa, no estaba en su cama.

Por fin, abrió los ojos con mucho esfuerzo, y la cara arrugada y fofa de George le pareció mucho más vieja de lo que era. ¿Por qué esos ojos claros y acuosos la miraban de esa manera, tan fija y profundamente?

—Despierta, vamos. Lo que te di para descansar ya no tiene efecto. ¡Venga, espabila!

Ella pestañeó varias veces y miró a su alrededor. ¿Para descansar? Le había dado algo para dormir, pero no recordaba bien.

Volvió a fijar la vista. Estaba en una casa, llena de polvo, con muebles tapados con sábanas y las persianas cerradas. Se miró el vestido blanco de encaje y lo vio sucio por algunas partes. El ruedo de la falda era normal, pues qué puedes esperar de un vestido blanco arrastrándose por el suelo; pero por el talle y por la pechera estaba lleno de polvo. De repente, se acordó de Valery.

—¿Dónde…? ¿Dónde está? —preguntó confusa, mirando a su esposo.

Él, de pie a su lado, la miró con desdén.

—¿Quién? —le preguntó a su vez, observando cada detalle de esa hermosa y aturdida cara.

—Valery —le contestó con un tono vacío, a la vez que lento y pesado, pues así era como sentía su lengua.

—Ah, esa. Estará en su casa con la tonta de su hermana. Pensaba que preguntabas por el chulo ese que te mira como si te conociera de toda la vida.

Bueno, estaba claro que Douglas no era tan tonto.

Carol sabía que debía actuar con astucia. «Por Dios, no puede ser que otra vez me encuentre en una casa abandonada y secuestrada, y esta vez por mi esposo».

—Pero, George, ¿qué significa esto? ¿Qué has hecho? —Las preguntas sonaron inocentes y desvalidas.

El hombre la miró con el rostro serio. De su boca salieron unas palabras que dejaron helada a la joven, pensando que podría haber enloquecido, que esa apariencia tranquila y correcta ya no existía:

—«Como el viandante sediento, abre la boca y bebe de toda agua que encuentra, así se sienta la impúdica ante cualquier estaca de tienda, y delante de toda flecha abre su carcaj». —Ella lo miró con sus

grandes ojos despejados por completo. Le quedaba un pequeño dolor de cabeza del brebaje que la criada le dio, pero era poca cosa comparado con lo que estaba gestándose allí. George, sin retirarle la mirada, siguió recitando versículos de Eclesiástico—. «La lujuria de la mujer, en la insolencia de sus ojos y en sus párpados se conoce». —Levantando la voz y sin dejar de mirarla, continuó—: «En la mujer comenzó el pecado, y a causa de ella moriremos todos. Pequeña es toda malicia junto a la malicia de la mujer: ¡la suerte del pecador caiga sobre ella!». —Carol quiso levantarse, pero el trueno de voz se lo impidió—: ¡No te muevas! Maldita ramera. He visto cómo mirabas a ese hombre. Lo he visto. ¿O acaso piensas que soy idiota? Cuando Anne examinaba las esmeraldas y él explicaba todas esas pamplinas y todos admirábamos las joyas menos tú, tú lo mirabas a él. ¿Te crees que no te observo, que soy un viejo payaso que me lo trago todo? Al principio, al principio fue así, pero según pasaba el tiempo, fui dándome cuenta de que no eras feliz, de que estabas ausente muchas veces, de que cada vez, más a menudo, me rechazabas con excusas, y de que cuando tocaba tu cuerpo, dabas un pequeño, pequeñísimo respingo de asco, comportándote como una puta de burdel, para que me pusiera caliente en un segundo y me corriera en medio. —Hizo una pausa, sin dejar de mirarla—. ¿Y ahora qué? ¿Qué vamos a hacer ahora, mi dulce Carolina? —terminó preguntando con falsa suavidad.

—Estás equivocado, George. Eso que has dicho no es verdad. Te lo juro.

—¿No? ¿Cuál de ellas? —le cuestionó, mirándola con ojos de loco.

Ella intentó tocarle la cara, y él, al darse cuenta, se dejó. Se agachó y se dejó.

—Todo, todo. Ese hombre no me interesa. Y yo… yo no he sido como tú piensas. Lo único que ocurre es que a mí no me gusta tener relaciones íntimas. Pero no por ti. No me gustan, con ningún hombre. Me repugnan. Puedo vivir sin ello toda la vida, te lo juro —terminó de hablar mientras aún le acariciaba el rostro.

Cuando parecía que estaba creyéndoselo, cuando creía que lo tenía en el bote, se incorporó y le gritó:

—¡Desnúdate! ¡Una esposa se debe al esposo! ¡Desnúdate, te digo!

—Pero, George, ¿has perdido la cabeza?

No le dio tiempo a seguir hablando, pues el tortazo que le lanzó hizo que su cabeza rebotara contra el respaldo del sillón y que de su boca surgiera un hilillo de sangre al morderse la lengua.

—Desnúdate, o te moleré a palos. —La voz sonó rasposa y cascada.

Carol sopesó cuánta fuerza tendría él y cuánta ella.

Se levantó. Mirándolo a los ojos, con la mejilla enrojecida y la sangre manchando su barbilla, se dio la vuelta despacio para que le desabotonara los pequeños botoncitos que adornaban la espalda de su

vestido, aquellos que unas horas antes había desabotonado Wallace. Notó cómo esos dedos regordetes eran lentos y torpes, lo que dio lugar a que ella fuera armándose de valor y de sangre fría. Cuando terminó, Carol continuó en la misma postura para que le aflojara las cintas del corsé, y con dedos más temblorosos aún, así lo hizo. Entonces, se dio la vuelta y dejó caer el vestido.

Él clavó sus ojos en la mata de rizos oscuros. La camisola debajo del corsé era corta y no los tapaba, y esa mirada vidriosa se oscureció. Carol notó cómo se empalmaba de forma llamativa. Dejó que el corsé le resbalara y se reuniera con el vestido en el suelo. La camisola era tan fina y trasparente que dejaba ver la oscuridad de sus pezones y el volumen de sus pechos. No esperó a que le dijera que se la quitara. Despacio, lentamente, la cogió por los bordes y fue levantándola hasta sacársela por la cabeza, no sin percatarse de cómo él se frotaba la entrepierna y de los gestos de su cara, que eran tan conocidos por ella, sabedora de que el momento llegaba. Pero lo que no se esperaba era lo que salió por la boca del hombre:

—Eres tan puta que no tapas tus piernas con unas gruesas y decentes medias, que no cubres tu sexo con una tela. ¿Te gusta notarlo cuando andas? ¿Sientes esos rizos entre los muslos y te pones caliente?

Ella tragó saliva e hizo oídos sordos.

—¿Quieres que me acerque? —le preguntó con voz dulce, sin dejar de mirarlo y tocándose los pechos.

—Sí. Sí, putilla. Quiero que te acerques y me toques. Venga, venga. Hazlo antes de que me corra, o, como ya te he advertido, te moleré a palos.

Carol obedeció y se acercó. Llevó la mano a la bragueta del hombre, y cuando él le cogió un pecho, le vino de repente, mostrando en su rostro una mezcla de abandono y de enfado por no poder continuar, por no poder hacer con ella lo que pensaba. Por estar eyaculando como un tonto, sin haber llegado a meneársela, solo con ver esas tetas y esos rizos que tapaban el coño que él deseaba penetrar.

—Maldita puta, todo es por tu culpa. ¡Puta, puta del demonio!

Quiso cogerla por el cabello, pero ella se escapó, separándose, aunque no lo suficientemente rápido. La enganchó, deshaciéndole el recogido. Las horquillas cayeron, unas al suelo y otras enganchadas en los mechones, que le resbalaban por la espalda hasta llegarle a la cintura. La mano volvió a enganchar un recio mechón y, girándola, le dio otro bofetón.

Carol notó cómo le castañearon los dientes. Gritó y se revolvió, pero sintió un fuerte pellizco en su vientre y otro en un pecho que le hicieron retorcerse de dolor, e intentó con todas sus fuerzas separarse de ese loco.

Él estaba más confiado, se sentía dueño de la situación, y estaba comprobando que el maltrato lo excitaba; de una manera distinta, pero lo excitaba. Aunque su miembro no se empalmara, la sensación era idéntica, eufórica, y se le pasó por la cabeza lo que iba a hacerle a continuación. Buscaría algo para penetrarla, algo que hiciera el trabajo de un pene, y él lo dirigiría mientras le estrujaría esas tetas gordas y le mordería los pezones hasta hacerlos sangrar. Volvió a darle otro bofetón, y esta vez se hizo daño con el pómulo. «No he puesto la mano en la posición correcta», pensó mientras se la frotaba y contemplaba a la que era su mujer, desnuda, en el suelo y llorando. Miró alrededor, buscando ese instrumento necesario, y sonrió cuando lo encontró. Más a mano, imposible. Ahí estaba, su bastón tallado en roble, con nudosidades incorporadas y mango de marfil.

Se dirigió a cogerlo, sin darse cuenta de que Carol se levantaba y desviaba la mirada a una licorera vacía, con los vasitos alrededor. Sin pensárselo, la cogió y la golpeó contra el borde del aparador, saltando esta en mil pedazos y quedándose con el cuello de la botellita en su mano.

Douglas la miró con los ojos saliéndosele de las órbitas.

—No serás capaz —dijo más para sí mismo, pero escuchándose en la habitación. Ella ni se molestó en hablar. Era digna de ver: desnuda, con el cuello dentado en su mano derecha y los brazos separados del cuerpo, esperando a que el hombre hiciera el primer movimiento—. No seas estúpida. El cochero vendrá de un momento a otro. Como sigas en ese plan, dejaré que te folle. Sí, eso haré. Ese hombre es todavía joven y te mira como todos los que se cruzan en tu camino: con avaricia. Le diré que te folle delante de mí. Pero, antes, antes de eso, te meteré esto por el coño. —Le mostró el bastón y Carolina supo que tenía un contrincante a batir.

Estar desnuda era una desventaja, o tal vez no. Estando desnuda nada le entorpecía. Podría moverse rápido, y a pesar de los golpes recibidos, era más joven y ágil que él y seguía conservando el calzado. Estaba segura. La táctica sería la siguiente: moverse y marearlo un poco, y cuando él levantara el bastón para darle, ella entraría en tromba y le clavaría el cuello de la botella donde fuera.

Y así lo hizo.

Comenzó a moverse al tiempo que zarandeaba la mano con el cristal dentado y lo amenazaba, haciendo que el hombre la mirara un tanto obcecado en el movimiento de esos pechos y en la abertura de los muslos más que en el arma que llevaba, no creyendo que fuera a utilizarla. Al verla así, como una diosa guerrera mientras él desplazaba la mirada por esas nalgas que apenas se dejaban ver porque no le daba la espalda, esas tetas bamboleantes y tiesas y esa mata de rizos oscuros que tapaban lo que quería ver, tocar y penetrar,

dio un grito espeluznante al notar que se ponía duro, y que esta vez era diferente.

Se acercó hasta ella con el bastón en alto, pero cuando quiso darse cuenta, ella se agachó y se lanzó en tromba contra él, tirándolo al suelo y clavándole el cristal en el muslo. Al principio, notó un fuerte dolor de espalda al caer contra el suelo y derribar una silla. Luego sintió humedad en su pierna y después calor. Entonces comprendió al momento que la muy puta le había clavado el vidrio y que la humedad que sentía era su propia sangre saliendo de su cuerpo.

—Maldita hija de puta —maldijo entre dientes, mirando a la muchacha y agarrándose la pierna.

—Lo siento, George, lo siento. No me has dejado alternativa. Me has hecho mucho daño. He tenido que defenderme. —Se movió ligera y cogió su camisola para taponarle la herida y hacer presión para cortar la hemorragia—. Lo siento mucho —se disculpó entre lágrimas —. No quería que pasara esto. Solo quería que comprendieras que lo nuestro no podía continuar, que quiero ser libre, que lo necesito.

El hombre la miraba perplejo, pero se dejó atender por esas delicadas manos. Notó que la hemorragia iba parando poco a poco. Al mismo tiempo, la espalda le pegó un latigazo de arriba abajo, dejándolo inmóvil.

—Te vas con él —hizo una pausa para coger aire—. Te has encaprichado de un hombre nada más verlo y te vas con él…, como una mujerzuela cualquiera. Creía que me había casado con una mujer con… clase, con… dignidad, pero ya veo que no.

Carol se separó y se levantó, dejándolo en el suelo. Le dio una patada al cristal dentado y ensangrentado para alejarlo de la mano de George. Se puso el vestido, intentando abrocharse el máximo de botones y dejando el corsé abandonado en el suelo. Seguidamente, se quitó los anillos y los puso encima de la bandeja, al lado de los vasitos de la licorera. Los ojos desorbitados de Douglas miraban el anillo de boda, que perteneció a su difunta madre, comprendiendo lo que significaba ese gesto.

—Conozco a ese hombre antes que a ti. Estoy enamorada de él desde hace años. Y ahora que he vuelto a encontrarlo, no voy a dejar que se vaya sin mí. Lo siento de verdad, George. Lo siento mucho. Podríamos haber hablado las cosas y haber quedado como amigos…, o por lo menos como personas decentes… Jamás pensé que harías algo así…

George no daba crédito a lo que sus oídos escuchaban. Ya se conocían, y seguramente ese cabrón fue el que le quitó la virginidad, y no el cuento chino que le contó. «Qué idiota, qué tonto he sido con esta mujer», pensaba, tirado en el suelo y con la vista clavada en ella.

—¿Qué estás haciendo? ¿Adónde crees que vas? El cochero vendrá

dentro de poco y te daré caza. ¡No sabes dónde estamos, maldita puta!

A medida que su voz iba en aumento, vio cómo se recogía el pelo de cualquier manera y miró las zapatillas de seda que calzaban sus pies, sabiendo que no llegaría muy lejos con ellas. Cuando ella se dio la vuelta, apreció parte de la espalda descubierta y el recogido que se había hecho, dándole un aspecto salvaje y hermoso. Por todos los santos, ¿cómo era posible que con el vestido sucio y el pelo como una campesina siguiera estando tan hermosa? Vio esos ojos color esmeralda posarse en él y escuchó cómo esa boca hinchada le hablaba:

—Presiona fuerte la herida —le dijo Carol con voz pausada. Se quedó mirando al que aún seguía siendo su esposo, quien le devolvía la mirada con cara de loco—. Y te pido perdón por el daño que te he causado.

—¡No te vayas! ¡Vuelve, vuelve! ¡Juro que te atraparé, te lo juro!

Carol salió de la casa, asegurándose de que no había nadie fuera. Miró la fuente seca, llena de maleza, y tomó dirección sur, intentando no hacer caso de los gritos de George.

Con el vestido sucio, a medio abrochar, y con el cabello recogido desordenadamente, salió deprisa y llegó al camino. Se adentró en la arboleda, esquivando los rayos de sol y, de paso, a quienes pudiera encontrar. Intentó orientarse con relación a la hora. Cuando salió del encuentro con Wallace y llegó a la casa de Douglas —la cual ya no consideraba suya—, había sido el comienzo de la tarde. Recordó las viandas que comieron en la habitación de invitados y se le hizo la boca agua. Miró el sol y lo vio alto, en todo el centro, siendo lo más lógico que estuviera en el día siguiente. Recordó también que la criada le dio una infusión cuando George le dijo lo del accidente, y que cuando llegó a esa casa, iba medio mareada y no recordaba nada más. Llegó a la conclusión de que, de ese modo, era posible que durmiera hasta el día siguiente, hasta que él la despertó.

Su mente seguía cavilando, y sus piernas, andando por la linde del bosque. Los golpes le dolían, al igual que los pellizcos en el pecho, en el vientre y en la cara. Se notaba el labio y el ojo derecho hinchados. Este último se le cerraba a causa del golpe en el pómulo, pero eso no le importaba mucho en esos momentos. Sentía cómo se le clavaban piedras y trocitos de ramas, cómo rompía terrones de tierra, los más pequeños, y cómo los más grandes la hacían trastabillar. Aun así, mantuvo el equilibrio, sabiendo en todo momento adónde se dirigía.

Era una ventaja haber estado al tanto de los negocios de Douglas, sabiendo en todo momento lo que estaba alquilado y lo que no, lo que compraba o lo poco que vendía. Y sabía que esa casa era la última adquisición. Se encontraba entre quince y veinte kilómetros al norte de Charleston. Se la compró a un heredero joven, vividor y jugador, que vivía en Savannah y que deseaba dinero contante y sonante para

dilapidar en su viciada vida; y si para ello tenía que bajar el precio de la casa, no le importó. George le contó todos los detalles de esta operación a su hermosa esposa; no solo para que estuviera al tanto de sus negocios, sino para viera y supiera lo buen negociante que era. Carol estaba muy segura de dónde se encontraba, ya que él mencionó que la casa tenía una preciosa fuente enfrente de la entrada y que eso le daba categoría y serviría para encarecer la venta si le salía un buen comprador. Bien, ese camino la llevaría a la ciudad. Manteniendo el paso, podría llegar al anochecer, y entonces se dirigiría al puerto, al galeón.

En todo aquello iba pensando, sin dar lugar al resuello, esquivando granjas y notando cómo las zapatillitas iban rajándose por todos los lados, especialmente por las suelas. Llevaba dos horas andando cuando se sentó encima de un tronco caído y se las quitó. Se miró las plantas de los pies, sucias y ensangrentadas. Observó alrededor y se agachó para coger varias hojas grandes y verdes. Las colocó dentro y volvió a calzarse las que, el día anterior, eran unas zapatillas preciosas. Con un suspiro, se levantó y continuó andando.

Había pasado otra hora, y sabía que le quedaba poco, pero estaba mareada y necesitaba descansar, solo un poco. Penetró ligeramente más y buscó un sitio para sentarse y reposar un ratito. Ese árbol grande y lleno de hojarasca a su alrededor le vendría bien. Se arrimó y se dejó caer con lentitud, sin importarle que el encaje del vestido se enganchara en la corteza. A los dos minutos se había dormido; cuando despertó, era de noche. Se levantó deprisa y agradeció la frescura de la oscuridad. Dio gracias a que el cielo estuviera despejado, y esperaba que las estrellas y la luna llena le guiaran en el camino.

Cuando Wallace llegó a la última adquisición de Douglas, no le cupo ninguna duda de que habían estado allí. El corazón le dio un vuelco al ver esa prenda femenina, ese corsé que él había desatado, que él había tenido en sus manos, para dejarlo caer encima de la alfombra con las otras prendas que le quitó. Por todos los santos, ¿qué había hecho con ella ese cabrón? Había sangre por todos los lados. Miró los desperfectos de ese salón sucio y abandonado mientras cogía con dedos temblorosos el cuello de la botella. Sus ojos se clavaron en la sangre seca.

—Da la sensación de que ha habido una pelea —dijo Roger, mirando a su amigo con cara de preocupación. Al ver que no contestaba y que los ojos seguían inmersos en el cristal, añadió—: Tal vez haya escapado y esa sangre sea de él. Ten en cuenta que Douglas no es joven ni excesivamente fuerte.

—Voy a ir un poco más al norte y luego volveré a la ciudad —dijo con voz monótona—. Vosotros revisad los alrededores. Cuando volváis

a la ciudad, fijaos en el camino y preguntad a quienes encontréis si han visto a una mujer sola o acompañada, o un carruaje, o lo que sea —les ordenó a Bacon, a Toni y a dos hombres más.

Así lo hicieron.

Durante la ida y la vuelta tanto de los hombres como de Wallace, Carol permaneció dormida como un tronco, y solo despertó cuando su cuerpo y su mente se lo ordenaron. En cuanto se encontró con fuerzas, continuó para llegar a la ciudad.

A pesar de ser de noche, o precisamente por eso, se topó con varios tipos de diversas calañas que quisieron invitarla a una copa, y al darse cuenta del aspecto que presentaba, más ímpetu le pusieron. Sin embargo, ella no se dejó amedrentar y siguió su camino, pero con tal mala suerte que se despistó. Entre los nervios, la oscuridad y la zona lúgubre y viciosa por la que andaba, no podía centrarse y encontrar el camino hacia el puerto, pese sus intentos de mirar hacia arriba para poder ver los mástiles de los barcos, pues solo discernía casuchas feas y tugurios donde se oían risas obscenas de hombres y mujeres. Se topó con un par de peleas y se escondió como pudo. El vestido blanco la delataba, y el cabello desparramado por la espalda y la cojera que llevaba le daban aspecto de ser una buscona; y borracha, para más señas. Se pegó a una pared y rezó una plegaria. Sabía que allí corría peligro, que cualquier borracho podría cogerla y sería su perdición. Tenía que averiguar la dirección del puerto, pero ¿cómo?, si ella no había estado nunca por donde estaba pisando en esos momentos. Decidió probar suerte. Vio a un hombre que fumaba en la puerta de una taberna, se acercó hasta él y le preguntó con voz baja y ronca:

—Por favor, señor, ¿podría decirme el camino a seguir para llegar al puerto?

El hombre la miró desde su altura y, entre luces, observó el rostro maltratado de la joven.

—Vaya, menuda somanta de hostias te han dado, ¿eh, muchacha? —Al no contestarle, tiró el chupeteado cigarro y dio un paso hacia ella —. ¿Quién ha sido, tu marido o tu chulo? —le preguntó con una sonrisa maligna.

—Por favor, he tenido un accidente y mi esposo está esperándome en el puerto. ¿Puede indicarme la dirección, por favor? —volvió a preguntar mientras daba unos pasos hacia atrás y se preparaba para salir corriendo por si ese hombre quería hacerle algún mal. El aspecto que presentaba no le daba buena espina, y a pesar de lo cansada que estaba, movería sus piernas a la velocidad del rayo si fuera necesario.

—Claro, muchacha, te llevaré al puerto yo mismo. Esta aquí cerca. Vamos, no tengas miedo —le dijo, ofreciéndole la mano.

Pero Carol no se fiaba y salió disparada, agarrando sus faldas y

enseñando las piernas sucias, que corrieron veloces. Solo se detuvo durante unos segundos, para ver que otro hombre le daba un golpe en la cara al tipo del cigarro, tirándolo al suelo, y veloz como un pájaro, salió detrás de ella. Volvió a recogerse las faldas del vestido. Pese a tener los pies ensangrentados y doloridos a más no poder, hizo que sus fuertes piernas corrieran como alma que lleva el diablo, dispuesta a no dejarse coger, ni por uno ni por otro. Esa calle no estaba adoquinada y las piedrecitas se le clavaban como cuchillos. Las lágrimas salían de sus ojos como torrentes desbordados, y cuanto más corría, más lloraba, hasta que no pudo más al sentir que el pecho iba a explotarle si no aminoraba.

Fue en esos momentos cuando unos brazos la engancharon por la cintura. Ella comenzó a patalear, buscando la entrepierna del hombre para golpearlo con todas sus fuerzas. Pero esos brazos eran de acero y la manejaban como si fuese una muñeca, apretándole el talle con uno y rodeándole los muslos con el otro, imposibilitando que pudiera hacer algo. Decidió actuar de otra forma, usando sus armas de mujer:

—Por favor, por favor, se lo ruego, no me haga daño. Haré lo que quiera, pero no me haga daño.

Cuando el hombre aflojó uno de los brazos y parecía tener la intención de decirle algo, Carol se movió bruscamente, creyendo que podría empujarlo y escapar. Sin embargo, se quedó de una pieza cuando esos brazos de hierro presionaron como si fueran unas abrazaderas.

—Para. Para de una maldita vez. Por Dios, pequeña, deja de moverte, no quiero hacerte daño.

Esa voz… Esa susurrante voz le llegó al corazón. Esas palabras la paralizaron, y sin poder hablar, rompió a llorar, doblándose sobre ese brazo que la sujetaba por la cintura y cayéndole la melena hasta rozar el suelo.

Los espasmos eran tan profundos y el llanto tan desgarrador que Wallace, con cuidado y delicadeza, fue incorporándola, dejando que se tuviera en pie pero sin soltarla, por si acaso salía corriendo otra vez al no ser consciente de que estaba segura, de que estaba con él.

—Carol, mi pequeña Carol, soy yo. ¿Me oyes?

Los delgados brazos se enroscaron alrededor de su cuello y él la cogió en brazos, llevándola así hasta que llegaron al puerto, que distaba unos tres o cuatro minutos de donde se habían encontrado.

No hablaron durante ese tiempo. Dejó que ella escondiera la cara en la pechera de su camisa y la mojara con sus lágrimas. Él, aliviado de haberla encontrado, notando ese cuerpo cálido y el cabello esparramado invadiendo sus brazos y sus manos, pero preocupado por el estado en el que se encontraba y sin saber qué le había ocurrido, prefirió dejarla llorar, que fuera calmándose hasta que llegaran al

barco. Entretanto, él agradecía a Dios y a todos los santos que conocía haberla encontrado y poder tenerla pegada a él; para que nadie se la quitara, para que nadie la dañara más. Ya habría tiempo para saber qué había ocurrido en esa casa.

Sus hombres estaban esperándolo, incluidos Roger y Lucas, quienes se asombraron al verlo llegar con ese bulto entre los brazos. Le hicieron un pasillo y no le preguntaron nada, siendo conscientes de los hipos de la mujer, de ese vestido blanco, de esa mata de pelo envolviéndola como un velo de protección y, sobre todo, de la mirada asesina de Wallace. Desapareció en su camarote. Pero antes de cerrar la puerta, le dijo a Roger:

—Vete a casa y dile a tu mujer que la hemos encontrado. Y si aparece Douglas por ahí, retenlo y avísame al momento.

Sin más, cerró la puerta con la espalda. Quiso dejarla en la cama, pero fue imposible porque ella se agarraba como una lapa, no queriendo despegar la cabeza del hueco de su cuello. Él respiró profundamente y le habló con ternura, con dulce ternura:

—Vamos, pequeña —comenzó—, déjame que te deje en la cama. Anda, no seas terca.

Comenzó a llorar otra vez, pero ya no opuso resistencia. Se soltó de su cuello y le permitió que la bajara. Sabía que estaba horrible, y no deseaba que la viera así.

—No me mires, por favor. No me mires —le rogó, tapándose la cara con las manos y haciendo que el espeso cabello le sirviera de parapeto.

Pero eso de poco le funcionaría. La luz de las lámparas de aceite, situadas encima de la mesa, daban una claridad más que suficiente para ver el desastre en el que se encontraba. Se miró los pies sucios y ensangrentados, y fue desplazando su vista por el que el día anterior fue un precioso vestido blanco de encaje y que ahora parecía el de una pordiosera, sucio por unos sitios más que por otros y el encaje roto por tantos lugares que dejaba ver el forro de seda blanco rasgado, llegando al escote desbocado por la falta del cierre trasero.

Wallace se quedó contemplando esas manos delgadas y bellas, a pesar de estar sucias, que se tapaban la cara, y se fijó en la falta de los anillos. Con delicadeza, llevó las suyas hasta las de ella y las colocó encima para que supiera lo que iba a ocurrir, para que no siguiera ocultando lo que él deseaba ver. Ella dejó que esas manos grandes, fuertes y que conocía tan bien fueran despegando las suyas de su rostro. Armándose de valor, lo miró a los ojos, mostrándole así al hombre al que amaba, al hombre que la amaba más que a nada, los destrozos de su cara. Vio cómo la miraba sin pestañear y tragaba saliva.

—Voy a matarlo. Voy a matarlo por lo que te ha hecho.

Carol se asustó por cómo sonaron esas pocas palabras, porque sabía que se cumplirían si ella no lo impedía y porque daba por hecho que Wallace usaba la violencia cuando algo o alguien atacaba lo suyo; y, ella, ya era propiedad de él.

Siempre lo fue.

—No, no, por favor. Esto se curará. Es menos de lo que parece, de verdad. Es menos de lo que parece —repitió como un mantra, volviendo a llorar y deseando que la abrazara.

Él se dio cuenta y lo hizo, notando esos bracitos alrededor de su cintura.

—Mi amor, mi dulce amor. Por fin te tengo donde quería, y no vas a salir de aquí.

Estuvieron abrazados durante unos minutos y después la llevó hasta el asiento corrido, debajo del ventanal del castillo de popa. La sentó mientras él se ponía en cuclillas delante de ella. Le dijo que permaneciera allí quietecita, que iban a traerle agua para darse un baño y curarle las heridas. Ella movió la cabeza, asintiendo. Segundos después, él se levantó, se dirigió a la puerta y se marchó.

En cuestión de media hora, se instaló el barreño y se llenó de agua templada. Entretanto, Alex estuvo entrando y saliendo constantemente hasta que todo estuvo preparado. Fue entonces cuando cerró la puerta y sus ojos plateados se clavaron en Carol durante un eterno minuto. Se acercó y le ofreció la mano, acto que ella aceptó. Al ponerse de pie frente a él, Wallace le hizo dar la vuelta y le desabrochó los botones que ella logró enganchar. Notó el temblor de la joven, pero no salieron palabras de ninguna boca.

Alex dejó caer el vestido hasta los pies, viendo así su desnudez. Observó los moratones en el cuerpo, pero no dijo ni una maldita palabra. Se agachó y le cogió un pie para quitarle una zapatilla, que se agarraba a la piel y al emplasto de hojas y sangre, consiguiéndolo sin que sufriera demasiado, y repitió la misma operación con el otro lastimado pie. La cogió de la mano y la ayudó a meterse en la tina. Contempló ese pecho lastimado y ese otro moratón en el vientre, e hizo esfuerzos para no emprenderla a golpes con los muebles del camarote.

Ya dentro de la tina, Carol se quedó quieta, con los brazos metidos entre los muslos y mirando fijamente el agua. Las manos de Wallace se movieron con delicadeza, echándole agua sobre el cabello y quitándole agujas de pino y demás hojarasca, mientras urdía qué tipo de muerte le aplicaría al hijo puta de Douglas. La más dolorosa sería la ideal; por ejemplo, rajarle la tripa y que viera sus propios intestinos fuera mientras se desangrase; o atarlo al palo mayor de su barco y caparlo, para dejarlo durante cinco minutos y que se viera sin polla y sin huevos, y después molerlo a latigazos hasta que la piel se le

desprendiera, dejándolo en carne viva.

Terminó de lavarle el cabello y se colocó delante, de rodillas, con un trapo húmedo y limpio. La miró de frente y le puso un dedo debajo de la barbilla para que levantara el rostro y poder así comenzar a limpiárselo. Ella se dejó hacer y le ofreció su cara sucia y lastimada. Sintió la delicadeza y la ternura en una mano tan masculina. La trató con tanto esmero y cuidado que, sin poder evitarlo, sus ojos verdes lloraron en silencio mientras él seguía dándole consuelo a sus labios hinchados, a su pómulo lastimado y a su ojo, que ya estaba de todos los colores y cerrado ligeramente debido a su párpado hinchado. Una vez que terminó, volvió a cogerla por la barbilla y le echó la cabeza hacia atrás para comprobar el tipo de lesiones. Le tocó con suavidad el pómulo, pero ejerciendo una ligera presión para ver hasta dónde llegaba el mal. Su voz sonó ronca al preguntarle:

—¿Duele mucho? —Carol negó con la cabeza—. Eso es buena señal, no parece fracturado. Los labios sanarán pronto, y el ojo también. —Ella clavó la mirada verde en él, lo que provocó que el corazón de Wallace se partiera de dolor al verla así y que la rabia y la impotencia que sentía le recorrieran cada músculo, cada fibra de su ser—. Te juro que es hombre muerto. Ese cabrón hijo de la gran puta no va a vivir mucho tiempo, te lo juro. —Su mirada plateada fue poco a poco oscureciéndose.

Su cuerpo grande y fuerte como un toro tembló de golpe cuando Carol le puso una delicada mano sobre la mejilla oscura y rasposa.

—No, por favor, no hagas eso. No quiero que cometas un asesinato, no quiero perderte. Por lo que más quieras, prométeme que no lo harás. Si te pasara algo, no podría seguir viviendo. Perderte otra vez, no lo soportaría.

Alex cogió esa mano que lo tocaba y la retuvo entre las suyas, para después llevársela a los labios y besarla suavemente, sin dejar de mirarla.

—Cuéntame qué te hizo, qué pasó en esa casa; desde el principio.

Y ella así lo hizo. Todo, paso por paso, sin dejarse nada en el tintero, o casi, porque total, para qué echar más leña al fuego.

A medida que avanzaba en su relato, veía cómo el rostro de Wallace se endurecía y cómo le palpitaba una vena en la sien izquierda. Le contó la pelea, un poco por encima, sin entrar en todos los detalles. Pero cuando él le preguntó si estaba desnuda, no pudo mentir, no quiso ocultarle algo que ocurrió del modo que ocurrió, así que le contestó que sí. Atisbó que la nuez de Adán se movió al tragar saliva.

—Entonces, ¿no había nadie más con vosotros?

—No. Supuestamente, vendría el cochero más tarde —le contestó con cierto brío.

Alex no perdía detalle de los estados de ánimo fluctuantes que presentaba la joven: tan pronto, presta a contestar y explicar con todo tipo de detalles, y al minuto siguiente, pegando un pequeño bajón que le provocaba un pequeño temblor en los labios y que hacía que él se preguntara si todo lo que contaba era cierto y si no ocultaba algo sórdido que fomentara su ansia de matar a ese hombre con sus propias manos. Debería traer a la mujer de Bacon para que hablaran a solas y comprobar así si le decía lo mismo que a él o daba otras versiones. En fin, ya se vería.

—¿Y dónde estabas metida cuando nosotros fuimos hacia allí y luego a la vuelta? Ni yo ni mis hombres te vimos —añadió con pesar e impotencia.

—Tuvo que ser cuando me adentré en el bosque para dormir. Estaba muy cansada y tenía sueño y calor. Me daba la sensación de mareo y algo de náusea; supongo que sería por lo que me dio la criada. Durante todo el rato que estuve andando, no oí ni vi jinetes que llamaran mi atención, solo un par de carros por separado, nada más. Tampoco vi el carruaje de George.

Wallace se quedó pensativo durante unos instantes. Se dirigió a los pies de la tina y metió la mano. Le agarró uno de los tobillos, le sacó el pie y, con otro trapo, le limpió la planta, fijándose en cada corte y abrasión, pero apreciando que no había señal de estar muy mal. El haberse puesto esas hojas grandes y verdes había hecho efecto de plantilla y había amortiguado los daños. Cuando terminó con el otro pie, le sonrió pícaramente para darle ánimos y quitarle algo de frialdad a la situación.

—Eres una chica lista y valiente. Muy valiente. No pensaba que estaba enamorado de una guerrera. Deberé tener cuidado contigo.

Lo que quiso ser un cumplido y una broma, consiguió el efecto contrario, ya que la hizo romper a llorar; y, esa vez, no fue en silencio.

Se incorporó de golpe y, tras coger una sábana grande, la sacó de la tina, la envolvió con ella y la llevó en brazos hasta la cama. La mantuvo abrazada durante todo el tiempo que estuvo llorando, mientras la acunaba en sus brazos y le acariciaba el cabello mojado. Acurrucada contra su pecho, fue calmándose, y cuando el llanto se convirtió en suspiros, él dejó pequeños besos sobre la frente a medida que la calmaba con palabras tranquilizadoras; de esa forma, fue respirando con tranquilidad y todo volvió a la calma.

Terminó de secarla y le envolvió otra sábana sobre el cabello para que absorbiera la humedad y que después se le sacara al aire. «Tiene tanto cabello y tan espeso, que lo más seguro es que no termine de secarse hasta mañana», pensó Alex, maravillándose con esa mata de pelo. Una vez que estuvo seca, la acostó y la tapó. Le dijo que descansara, que durmiera como un lirón, ya que él velaría su sueño.

Carol obedeció en el acto, acurrucada en la cama de él y clavando sus verdes ojos en la mesa donde Wallace se acomodó para comenzar a trajinar con mapas, cartas de navegación y otros libros que lo rodeaban. Sintiéndose segura, se durmió dulcemente.

Cuando eso ocurrió, él dejó de marear los papeles, pues era lo que había estado haciendo desde que se sentó a la mesa, y se quedó contemplándola mientras su corazón golpeaba contra su pecho, desbordado de amor por ella. Juntó las manos, formando una pirámide, y no dejó de mirarla ni un segundo. Pensó en todo lo que le había contado: ella desnuda, con ese cuello de botella en la mano que él había cogido y observado, clavando sus pupilas en la sangre seca, preguntándose a quién pertenecía y rogándole a Dios que no fuera de ella. Recordó cómo le había relatado que se había lanzado contra Douglas y le había clavado el cristal en el muslo; bien, era lo menos que se merecía después de haberla tratado de semejante manera. De todos modos, haría venir a Anne para que hablaran y le explicara lo sucedido, a ver si entre mujeres narraba la misma historia. Pero, contara lo que contase, deseaba pasar página y llevársela a casa.

Para comenzar una nueva vida.

Para amarla y adorarla como jamás había hecho con mujer alguna.

Capítulo 21

Cuando Anne salió del camarote, habló con Roger para ponerlo al tanto de todo lo que la española le había dicho; palabra por palabra, sin dejarse nada en la memoria y sin terminar de creerse que su tío, su querido y pacífico tío, pudiera haber hecho y dicho semejantes barbaridades. Pero sabía que Carolina no mentía, y solo ver el hermoso rostro en esas condiciones lamentables hacía que la dulce Anne llorara más que la afligida por tal castigo. Dio gracias a que fuera su esposo el que estaba esperando, porque no habría podido contarle a Wallace las cosas que escuchó. El virginiano era un hombre que, cuando sonreía, podía seducir a cualquier mujer que se le pusiera por delante. Pero cuando mostraba el semblante serio y esos ojos plateados te miraban desde esa altura como perdonándote la vida —o, peor, no perdonándotela—, daba pavor. Y aun sabiendo que no era un hombre maltratador de mujeres, aun sabiéndolo, todo su cuerpo temblaba y el miedo entraba en ella sin poder controlarlo.

En el camarote contiguo, el que utilizaba Ricardo cuando viajaba con Wallace, le contó entre lloriqueos, sin dejar el pañuelo que estrujaba entre sus manos y que se llevaba constantemente a los ojos, todo lo que su tío había hecho y las burradas que habían salido por su boca, y también cómo la joven se había enfrentado a él, cómo le había hecho esa horrible herida y cómo le había pedido perdón por ello y por tener que acabar de esa manera tan deplorable.

Entretanto, en la cubierta principal, los ojos de Wallace se desplazaban por las gentes que subían y bajaban de los barcos vecinos. Vio a las prostitutas ofrecerse a los marinos y a los comerciantes exponer sus mercancías a todo el que pasaba por su lado. Cuando sus amigos se juntaron en el castillo de proa, escuchó de la boca de Roger cómo ese cabrón la amenazó con follársela con el grueso bastón que solía llevar últimamente para aliviar el dolor de espalda, y también cómo le dijo que, cuando llegara el cochero, se la ofrecería para ver cómo otro hombre se la follaba.

—No me cabe ninguna duda de que semejante barbarie no ha sido ejecutada —aseguró Roger mirando a Alex, que permanecía estático a su lado y no dejaba de observar lo que ocurría a su alrededor.

Sin mirarlo a la cara, le habló con cierta sorna:

—Imagino que tu esposa no ha empleado semejante vocabulario. —Torció la boca a modo de sonrisa.

—Por supuesto que no. Les ha dado vueltas y más vueltas a las palabras, buscando las más adecuadas. Y cuando le he dicho que se dejara de tonterías y que llamase a cada cosa por su nombre, se ha echado a llorar y se ha quejado de que pobrecita su amiga del alma por haber tenido que aguantar algo así, y qué valiente había sido para defenderse de esa forma, escapar de esa casa y llegar justo a tus brazos. Al final, después de toda la desgracia y de descubrir que tiene un tío de lo más pervertido, se ha reído entre lágrimas, exclamando que es lo más romántico que ha visto en su vida.

El rostro de Wallace se giró y clavó la mirada en el blanco rostro del pelirrojo.

—¿Eso ha dicho?

Roger movió la cabeza varias veces, como diciendo: «Así son las mujeres».

—Como lo oyes. Asegura que jamás pensó que Carolina pudiera estar tan enamorada de un hombre como lo está de ti. Piensa que es de lo más romántico y extraordinario que os conocierais en un tiempo pasado, que ocurrieran las cosas que ocurrieron y que, por obra del destino y de un Dios maravilloso, hayáis vuelto a encontraros. Y luego me ha contado algo que se le olvidó decirme. Dijo que después de herir al viejo, le presionó la herida con su camisola para que no se desangrara y que le pidió perdón por haberle herido de ese modo, pero que ella no hizo más que defenderse ante el comportamiento tan loco del hombre. Que cuando estaba vistiéndose, se quitó los anillos que él le dio en la boda y el que perteneció a la madre, y los dejó en el sitio donde había estado la licorera con la que lo rajó. ¿Te das cuenta de qué mujer tienes? —le preguntó el pelirrojo, mirando esos iris plateados—. ¿Te das cuenta qué valor, qué dulzura y qué honradez posee, todo junto, en un momento tan crucial? —No esperó contestación y siguió hablando, ya que estaba realmente impresionado con la española—: Se defiende como una tigresa, lo hiere y teme que muera por la herida que le hace, y encima se la tapona con su camisola. ¡Y ella desnuda, por todos los santos! Y después le dice que lo siente o algo por el estilo. Se quita los anillos y los deja allí, abandonados unos y abandonado al otro, para que quede claro. Y todo eso desnuda, como una Diana cazadora, como una diosa pagana, ¡por Dios bendito!

—Vale ya —replicó Wallace sin levantar la voz—. Parece que estás imaginándotelo y que te gusta —añadió, molesto ante las imaginaciones del otro.

—Bueno, la verdad… es que es algo que uno no ve todos los días y

que… —No encontraba palabras para explicarse.

—No sigas, o te partiré la cara —soltó con malas pulgas, molesto por que Roger pensara en Carol, y más desnuda y haciendo todas esas cosas.

—Vale, de acuerdo. No sigo, no sigo —se excusó, repitiéndose como mantra pero sabiendo que la imaginación era libre.

—¿Dónde crees que puede estar metido?

—Sinceramente, no lo sé. He buscado por todos los sitios que he creído oportunos; he preguntado de manera indirecta y nadie se ha enterado de nada. El cochero no aparece por ningún sitio, y los criados siguen en la casa como si tal cosa, esperando a que se presente en cualquier momento y preguntándose dónde está Carolina. Pronto saltará todo por los aires y será el cotilleo de toda la ciudad.

—Cuando eso ocurra, estaremos camino de casa.

—Esto… Hay algo más. —La mirada de Wallace se clavó en su cara, a la espera—. Anne dice que Carol está muy preocupada por si tú haces alguna locura. Le dijo que deseaba que George no apareciera, para poder iros y que tú no hicieras una barbaridad.

Wallace soltó el aire despacio y volvió a desplazar la mirada, pero esta vez por el horizonte marino, deseando levar anclas y largarse del puto Charleston. Sin embargo, por otro lado, bendijo la hora en la que llegó a la ciudad y el momento en el que volvió a aparecer su amigo de la infancia. Clavó la mirada en esa piel blanca como la leche y en ese bigotito que se gastaba su amigo. Siempre quiso ser un dandi, y desde luego lo había conseguido. No pudo evitar una sonrisa maliciosa. Roger lo miró, preguntándose de qué se reía.

—Si te digo la verdad, disfrutaría matando a ese hombre, metiéndole el puto bastón por el puto culo y sacándoselo por la puta boca. Es más, pienso que, si no lo mato, va a causarme más problemas; no sé por qué, pero lo presiento. Pero, por otro lado, es un hombre muy conocido aquí y en los alrededores, y según sé, tiene amistades en las altas esferas, políticas y jurídicas. No pasarían por alto la muerte de ese individuo. De esa forma, llegamos al siguiente punto que me preocupa: ¿Qué ha pasado con él? Es posible que haya muerto desangrado por esa herida. Recuerda que había mucha sangre en esa habitación. —El pelirrojo movió la cabeza, dándole la razón—. Mis hombres han recorrido por segunda vez la zona donde estuvieron y han mirado por todos los tugurios, incluso en los burdeles más selectos.

—Eso me extraña —dijo, muy cargado de razón—. Él no visitaba esos sitios.

Wallace volvió a mirarlo y sonrió cínicamente.

—Antes de casarse, visitaba un local en las afueras de Savannah. Acudía una vez cada dos o tres meses, y era la misma madame la que

lo atendía.

—Venga ya, no me jodas. Eres el último que ha llegado, ¿cómo sabes eso? —No terminaba de creerse semejante cotilleo; porque, si fuera cierto, él debería saberlo, ya que lo sabía todo del tío de su mujer. O eso creía.

—Me lo han dicho. Persona de confianza. Y, por descontado, creo en él —le dijo con sequedad.

No dando crédito, las cejas del pelirrojo se elevaron y el bigotito se movió. No obstante, pensó en quién podría saber algo así y decírselo a Wallace.

—Lucas. Ha sido Lucas. Pero ¿cómo lo ha sabido él si llegó con Carolina?

—El cochero lo llevaba todas las veces, y una noche de mucha bebida, lo largó, pero a nadie en especial; simplemente, lo decía mientras arreglaba los caballos, y Lucas estaba allí.

—Vaya, vaya. ¿Y tus hombres han ido hasta allí?

—Sí. Han llegado cuando estabas con tu mujer. Así que, si ese cabrón no ha muerto, aparecerá tarde o temprano. Y quiero que le digas que quiero que solicite el divorcio, porque voy a casarme con ella. Y si se niega, puedes advertirlo de que se guarde las espaldas, porque iré a por él. Más tarde o más temprano, iré a por él.

—Bien, se lo diré. Oye, Anne dice de traerle su ropa y esas cosas…

—No. —El vozarrón del virginiano lo dejó en el sitio.

Roger lo miró sorprendido y se tocó la punta del bigote.

—Pero…

—No quiero nada que ese hijo de la gran puta le haya comprado. ¿Queda claro?

—¿Y qué piensas? ¿Llevarla desnuda a Virginia?

—No estará desnuda. Mañana traerán lo que le he comprado, y en casa están todas sus cosas, las que dejó en la hacienda. No va a faltarle de nada; y si desea más, más tendrá.

—¿Las has guardado? —le preguntó, sorprendido de que su amigo tuviera ese romanticismo.

—Sí. Tengo su preciosa colección de baúles hechos en España. Los más bonitos que he visto… Y dentro están todas sus pertenencias. Desde que me dijeron que había muerto, ni los miré. Mandé embarcarlos junto con todo lo demás, y permanecen en el desván de mi casa de Richmond. Hubo un momento en el que pensé quemarlo todo, igual que ella había muerto. Pero eso de que el cadáver estuviera irreconocible y a pesar de que la posadera juraba y perjuraba que era ella, me daba una sensación extraña; lo sentía en las tripas. De hecho, cuando llegué a Cádiz, a su ciudad, mi imaginación se desbordó, pensando que iba a encontrármela saliendo o entrando en alguna de esas casas blancas o paseando por las estrechas calles.

Cuando averigüé dónde estaba la casa en la que vivió antes de embarcarse para Nueva España, deseé que alguien me dijera que Carolina Montiel había vuelto a su tierra y vivía en tal o cual sitio. —Hizo una pausa mientras Roger esperaba impaciente a que continuara; y lo hizo—: En casa tengo a una mujer de color que es algo así como dama de compañía de una amiga de la familia. De Kitty Walker, ¿te acuerdas de ella?

El pelirrojo hizo memoria y movió la cabeza, sorprendido.

—¿Esa Kitty que se casó con un inglés? ¿La hija de Dick Walker?

Los ojos grises lo miraban fijamente.

—La misma. Pues, Carmela, la mujer que te digo, es un poco bruja, y ella comentó más de una vez que Carolina no estaba muerta, porque ella nunca soñaba con muertos y Carolina aparecía en sus sueños muy a menudo. Eso llegó a mis oídos de manera indirecta, porque saben que yo no me creo todas esas paparruchas. Pero, me cago en la puta, cada vez que he ido a España en estos años, no he dejado de ir a Cádiz, a Sevilla y los alrededores, por si ella aparecía, por si oía el maldito nombre. Con solo oír el nombre de Carolina, averiguaría si era la mía. Deseaba encontrarla, aunque fuese casada con otro. Esas veces, acababa borracho y follándome a una puta, o a una mujer o muchacha que estuviera deseosa de macho. Y lo que era peor: cada vez que eso pasaba, me sentía más vacío que nunca. —Hizo otra pausa y volvió la mirada al trasiego del puerto—. Por eso, ahora que la tengo, hay veces que no me lo creo, que es un sueño y que voy a despertar. Y siento otra vez ese vacío, frío y doloroso. Así que puedes imaginar que, si me echo a la cara a ese hijo de la gran puta, lo rajaré de abajo arriba y me quedaré más ancho que largo viendo cómo se destripa.

—Lo comprendo. Sí, sí, lo comprendo perfectamente. Pero, dime una cosa, cuando Anne te mostró los dibujos de Carol, la reconociste en el acto. —No fue pregunta, pero esperaba contestación—. Yo no me di cuenta de que pasara algo anormal. Joder, tienes una sangre fría de la hostia. Después de todo lo que me has contado, de todo lo pasado, ves su retrato, que no presentaba duda alguna, porque Anne es de lo mejor dibujando, y tú… ¿Tanto cambió?

La cabeza morena se movió varias veces, recordando esa noche. Esa bendita noche.

—Por Cristo bendito. Estaba igual. Igual de hermosa que la última vez que la vi. Esos ojos verdes que me han perseguido a todos los lugares, a todos los rincones de mi mente, los he visto en sueños, mil veces. Ese recuerdo ha hecho que mojara las putas sábanas en no sé cuántas ocasiones. Antes de ver los dibujos, ya estaba en ascuas. Al saber que la señora Douglas se llamaba Carolina, el corazón me latió más deprisa de lo normal. Cuando vi esos dibujos, esos ojos, esa boca, ese cabello, ¡me cago en la gran puta!, no pegué ojo en toda la noche,

esperando y deseando que llegara el momento de verla.

—Claro, por eso se desmayó. No me extraña, menuda impresión: el hombre que la había abandonado a su suerte, según ella, aparecía como caído del cielo para trastornarle la vida. Otra vez.

Wallace miró a su amigo y le pasó el brazo por el hombro.

—Bueno, ya estoy cansado de hacerte confidencias, que pareces un puto confesor de la Inquisición. Tengo cosas que ultimar antes de salir de este puerto.

Se movieron al unísono. Llevaron sus pasos hasta el alcázar mientras Wallace les daba órdenes a sus hombres. Después se despidió de los Bacon, besando la mano de una tímida y temerosa Anne, que lo miraba con ojos caídos y se agarraba a Roger para que no la dejara sola. Los hombres quedaron para el día siguiente, para la despedida final.

Era de noche cuando entró en el camarote y la encontró acostada en la cama, de espaldas a él, dando por hecho que dormía. Fue hasta la mesa y se acomodó en la silla, cogió el libro de bitácora y anotó lo que se había hecho ese día. Mientras, pensaba y ultimaba lo que quedaba por hacer antes de partir, sin dejar de darle vueltas a dónde demonios estaría ese hijo de puta. Un movimiento hizo que levantara los ojos de lo que estaba escribiendo y los clavara en la muchacha, que se había dado la vuelta y estaba mirándolo fijamente. El cabello estaba desparramado por la almohada, y esa carita maltratada ya comenzaba a curar, pero los cardenales del ojo, del pómulo y de alrededor de la boca aún la adornaban de mil colores. A pesar de ello, los ojos verdes, incluido el del párpado hinchado, brillaban más que nunca y lo contemplaban de manera profunda y llamativa.

Él le aguantó la mirada con media sonrisa y cruzó los brazos sobre ese estómago plano y duro que mantenía a base de una vida activa llevada al máximo. No pestañeó al verla moverse en la cama, echar la sábana hacia atrás y estirar esas hermosas y largas piernas. Carol se levantó, dejándose ver únicamente con una camisa blanca como la nieve que le llegaba casi hasta las rodillas. Le tapaba el resto del cuerpo, sin permitir que nada quedara expuesto excepto las piernas, puesto que el cordón que cerraba la pechera permanecía cerrado y bien atado. Ella, de pie, se quedó al lado de la cama y no se movió, pero seguía sin despegar los ojos del rostro de Wallace.

—Ven aquí —le ordenó suavemente Alex, sin quitar la sonrisa de su rostro a medida que veía cómo se acercaba llevando puesta una de sus camisas. Él tenía las piernas abiertas, y una mano grande y bronceada fue hacia ella para invitarla a sentarse encima—. Te queda la camisa mejor que a mí —le dijo con voz profunda—. Mucho mejor que a mí. —La acogió entre sus duros muslos, obligándola a que se sentara encima, aun a riesgo de sentirla en toda la entrepierna y desear lo que

no debía desear. «Contrólate, Alex. Deja pasar unos días, espera a llegar a casa. ¿Podrás?»—. ¿Cómo estás? —le preguntó mientras le acariciaba la cintura y la cadera, que reposaba encima de su pierna y le pillaba a mano; muy a mano.

Carol le rodeó el cuello con un brazo, lo que hizo que la camisa se elevara.

—Bien, es menos de lo que parece.

Esa contestación hizo sonreír otra vez a Wallace.

—Eres una mujer valiente y dura. Cualquier otra estaría gimoteando. O peor: llorando a lágrima viva sin parar.

Tras alabarla, le pasó un dedo por el mentón. No quería rozarle los labios para no lastimarla. Sin embargo, se sorprendió cuando ella sacó la lengua y le lamió el dedo un instante. Alex clavó los ojos en esa lengüecita y mil pensamientos se le pasaron por la cabeza de golpe. No debían hacer nada, estaba malherida, pero…

—Ya he derramado suficientes lágrimas. Ni una más.

Las palabras sonaron tajantes y las miradas de ambos se estudiaron detenidamente.

Wallace sintió cómo estaba endureciéndose, y ella, sintiéndolo también, movió ligeramente la cadera para situarse más cerca de él.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —le preguntó con seriedad. Sentir ese culo prieto y firme restregarse contra su entrepierna, aunque fuera sutilmente, solo significaba una cosa.

—Lo sé muy bien —le contestó con un susurro. Llevó el otro brazo al cuello del virginiano, para así tenerlo amarrado y que no se le escapara. Wallace se removió en la silla cuando vio cómo ella se colocaba a horcajadas encima de sus muslos—. Como también sé lo que siento cada vez que te veo y lo que pienso cuando no te veo. Y ahora estoy viendo cómo se te oscurecen los ojos, cómo pasan de ser como la plata líquida a ponerse como el mar embravecido. Y eso ocurre cuando te enfadas o cuando te excitas. ¿Estás enfadado? —le preguntó ronroneando.

La boca de él fue abriéndose hasta que acabó rompiendo en una carcajada. Desplazó las grandes manos por los costados de la joven y le tocó los bordes de los pechos a través del lino de su camisa.

—Sabes que no. No puedo enfadarme contigo. Y, en estos momentos, es imposible. Como estarás notando, estás poniéndome muy contento. Pero ocurre una cosa: si me pones tan contento, igual puedo hacerte daño, y eso no me gustaría —le explicó sin dejar de mover las manos. Le acarició la espalda, desplazando los dedos por los bordes de esos pechos que apuntaban hacia él. Esperaba quitarle la camisa en cuanto le diera la iniciativa.

Sin embargo, en ese momento, alguien llamó a la puerta con rudeza.

—¡Capitán! —tronó la voz de uno de sus hombres.

Wallace torció el gesto, enfadado, y dejó las manos quietas en la cintura de la muchacha.

—¡¿Qué pasa ahora?!

El tono bronco hizo que Carol llevara sus manos del cuello a las solapas del chaleco y desplazara ligeramente la cadera. Algo le decía que la presencia de su amado era requerida.

—¡Señor, necesitamos que salga a cubierta!

No hizo falta más explicaciones. Miró a la joven y dejó caer un beso sobre su frente. Con esas poderosas manos, la levantó y la separó de él.

Carolina siempre se sorprendía de la fuerza que tenía, porque ella era delgada, pero no tan poca cosa como para moverla como si no pesara nada. Y eso era lo que él hacía: cogerla por la cintura y elevarla como si se tratara de una muñequita, para después dejarla en el sitio que a él le viniera en gana, sin mostrar esfuerzo alguno.

—Lo siento, amor mío. Pero estos idiotas no pueden estar sin mí —murmuró. Se levantó y se fijó en sus pantalones, lo que provocó que ella también mirase y viera el abultamiento que no dejaba dudas.

Carol sonrió.

—Vaya, a tus hombres les pasa lo mismo que a mí.

Ese comentario, dicho en ese momento y de esa manera, hizo que él cogiera esa cara entre sus manos y dejara caer un beso suave como la más leve de las caricias sobre los labios heridos.

—Vendré en cuanto solucione lo que sea que tenga que solucionar.

Carol lo vio salir dándose pequeños golpecitos en la bragueta. Sonrió débilmente para no molestar demasiado a sus labios lastimados y deseó que no entretuvieran por mucho tiempo a su hombre. Entretanto, volvió a meterse en la cama y cerró los ojos, evocando el rostro de su amor.

En cubierta y a la luz de un farol, lo esperaban Toni, Lucas y tres de sus hombres, sin contar con la presencia de un desconocido, quien, nervioso, movía entre sus arrugadas manos una gorra gastada y rota por algunos sitios. Wallace lo miró detenidamente y esperó a las explicaciones de alguno de sus hombres, sin importarle que el bulto de sus pantalones diera fe del momento tan inoportuno en el que se le había interrumpido. Fue Scott —uno de los gavieros que llevaba trabajando para Wallace desde que acabó la guerra de Independencia, quien se arrimó al virginiano, ya que desde un principio intuyó que con ese hombre podría labrarse un futuro agradable para su vejez y una vida entretenida hasta que llegara esta— el que, aclarándose la voz y sabiendo que lo había molestado en un momento íntimo, le explicó el motivo de esa interrupción.

El gaviero era un fortachón, alto como Wallace y pelirrojo, pero

con más carne sobre sus huesos y algo de barriga; exceso que servía para que los compañeros bromearan a su costa diciendo que como esa barriga siguiera en aumento, sería imposible que se cayera de un palo, ya que no llegaría a subir a dicho palo porque esa mole delantera impediría que los brazos llegaran a abrazar el mástil más fino. Y ese tipo de bromas sirvió para que Scott dejara de empinar el codo durante una temporada hasta verse la barriga casi plana, pero nunca como la que lucían el capitán y otros compañeros, incluido el morenito, que era como una tabla de lavar y hacía palidecer a los que no estaban en plena forma. Claro que, para músculos, los del nuevo moreno, ese gigante llamado Lucas, que solo sus brazos eran tan enormes que dejaban en evidencia a cualquiera que se pusiera a su lado.

Scott deseaba que Wallace dejara la mar y se instalara de una vez por todas en Virginia, para él hacer lo mismo y ocupar cualquier puesto que el capitán mandara, aunque con el tiempo echara de menos los barcos, la mar y todo lo que ello entrañaba. Con su vozarrón, lo informó de que ese hombre era cuñado del cochero de Douglas, casado con la hermana del cochero en cuestión. Este había pasado por la casa de la hermana y del cuñado y los había informado de que iba a estar unas semanas, o tal vez más tiempo, fuera de Charleston, acompañando a su patrón.

Wallace miró al hombrecillo y este le aguantó la mirada, pero tragando varias veces la saliva que se le quedaba en la boca ante el aspecto del capitán y el escrutinio visual del que era objeto.

—¿Sabe usted adónde ha ido? —le preguntó con voz fría y sin dejar de mirarlo.

El cuñado giró varias veces la gorra hacia la derecha y después las mismas hacia la izquierda.

—No, señor. No puedo decirle. Él solo explicó que su patrón se había separado de la señora y que se tomaba un tiempo de descanso. Dijo también que estaba muy fastidiado de salud y que necesitaba tranquilidad y cuidados médicos. La parienta, ya sabe usted cómo son las mujeres, quiso enterarse de más chismorreos, pero no le sacó nada más de lo dicho.

—¿Es costumbre en su cuñado avisarlos de ese tipo de cosas?

Esa pregunta hizo que el hombre se confiara un poco y pensara en qué recompensa recibiría si las contestaciones satisfacían al jefe.

—Suele venir casi todas las semanas, una o dos veces. Él duerme en la casa del señor Douglas. Bueno, no en la misma casa, sino en las caballerizas, donde tiene una habitación. Mi mujer cocina muy bien, y cuando viene, suele traer alguna carne para que la guise, y comemos y bebemos hasta las tantas. Eso suele ser por las noches, porque es cuando los señores se quedan. —Se lo pensó mejor y cambió el verbo

—: Bueno, se quedaban en casa y ya no se requerían sus servicios. Muchas veces se quedaba a dormir, ya que bebíamos más de la cuenta, y por la mañana, antes del amanecer, se iba a su trabajo.

—Ya. ¿Y tiene alguna idea de adónde han podido ir?

El hombre se rascó la cabeza y la movió negativamente. Después, agarró otra vez la gorra y continuó con los movimientos circulares.

—No sabría decirle, señor. Antes de que Douglas se casara con esa preciosa señora —al oír ese adjetivo, Scott miró disimuladamente la entrepierna del capitán, que había bajado algo de tamaño; pero, aguantando la sonrisa, pensó que pronto volvería a subir—, mi cuñado lo llevaba cada dos meses más o menos a Savannah, a veces más a menudo, para controlar los negocios y divertirse un poco. Desde que se casó, han ido a esa ciudad, pero solo por trabajo, ya me entiende. Y cuando iba a Nueva Orleans, mi cuñado pasaba mucho tiempo aquí, porque el señor Douglas iba en barco y solo. De allí fue donde trajo a la esposa, ¿sabe usted? Y la verdad, cuando vimos cómo era esa hermosa señorita, fue la comidilla de toda la ciudad, de los ricos y de los pobres. Así que, ahora, cuando se sepa que la señora Carolina ha abandonado al señor Douglas…, bueno, hace bien en irse una temporada hasta que las aguas se calmen.

Esos ojos claros lo miraban como si le traspasaran el cuerpo, y pensó si habría hablado de más y si ese hombre tendría algo que ver con la señora Carolina.

Wallace dirigió la mirada al gaviero.

—Scott, lleva al amable señor… —Esperó, mirándolo fijamente.

—Sparke, me llamo Tom Sparke, señor capitán —se presentó, más nervioso de lo que hubiera deseado.

—Al señor Sparke, y recompénsalo debidamente por el tiempo perdido.

—A sus órdenes, mi capitán —sonó el vozarrón de Scott.

Pero cuando Wallace estaba dando media vuelta para dirigirse a su camarote, la voz de ese hombrecillo lo hizo volverse y encararlo de nuevo:

—Perdone, capitán, me olvidaba de algo —advirtió, contentó de ampliar la información y viendo cómo el apuesto capitán volvía a clavar la mirada en él—. Verá, tal vez no tenga importancia, pero mi cuñado me dijo que no iban solos, que un hombre, una nueva amistad de Douglas, los acompañaba en el viaje.

Los ojos de Wallace se entrecerraron y esperó unos segundos, pero el hombre no continuó.

—Doy por hecho que usted no vio a ese hombre.

—No, no, señor, pero dijo que era extranjero.

El cuerpo de Wallace se tensó ligeramente.

—¿Tal vez español?

La cara del hombrecillo sonrió.

—Algo así, sí. De las colonias del Caribe o algo de eso. —El dueño del impresionante galeón sonrió, o hizo una mueca; Tom Sparke no supo decidirse. Tal vez había hablado de más o tal vez de menos. De todos modos, continuó—: Sí, mencionó las colonias españolas. Lo recuerdo bien porque nosotros dominamos esa cuestión. —Vio que la mirada del hombre no pestañeaba y no se retiraba de su cara, así que comenzó a ponerse nervioso—. Quiero decir que sabemos de colonias. Nosotros fuimos colonos, y por ese motivo, me quedé con lo de las colonias españolas.

Alex sonrió ligeramente.

—Muchas gracias, Tom. Ha sido muy gratificante hablar con usted. —Tras decir esto, no se movió del sitio, solo observó cómo Scott dirigía los pasos del hombrecillo hasta llevarlo a la pasarela y abandonar la nave.

Entretanto, Wallace cavilaba algo que, si era cierto, tendría que ejecutar con sangre fría y maestría para cerrar el círculo. Pero no estaba en su mano dar el primer paso. Toni lo miró a los ojos y él le devolvió la mirada. Los dos estaban pensando lo mismo.

Cuando cerró la puerta del camarote, las mechas de las lámparas se habían consumido, quedando la estancia en semioscuridad, y dejando que la luna y las estrellas penetraran por el ventanal de popa. Vio que la cama estaba ocupada por ese cuerpo amado, y decidió montar el coy para dormir, igual que había hecho la noche anterior. Pero cuando se disponía a ello, notó el ruido de la cama y se movió despacio. Allí estaba, casi pegada a él, con su camisa, que, en cuestión de segundos, cogió por los bordes y se la quitó, dejándola caer encima de la cama y mostrándose como era, ante la perturbadora mirada de él, que permaneció con los brazos pegados al cuerpo, a la espera del siguiente movimiento de esa niña que lo volvía loco.

Y Carol no se mostró tímida para nada. Al contrario, llevó sus delicadas manos al chaleco de Alex y se lo quitó; después, desató el cordón de la camisa, que era una copia de la que ella se había quitado, e hizo que levantara los brazos para deshacerse de ella, obteniendo la máxima colaboración de Wallace. Al quedar desnudo de cintura para arriba, Carol disfrutó pasando los dedos primero y después las palmas de sus manos por esos músculos duros y planos. Recorrió los anchos hombros y bajó por los brazos hasta llegar a las manos, para volver a subir y desplazarse por los grandes pectorales. Continuó descendiendo por los cuadraditos del estómago y por el comienzo de los oblicuos, que desaparecían dentro del pantalón.

Para ese momento, él estaba empalmado como un cañón y respiraba con profundidad, intentando aguantar el envite y disfrutando de cada segundo de esa invasión tan placentera. Al notar

cómo esos deditos hábiles y rápidos le soltaban la hebilla del cinturón y hacían lo propio con los botones de la bragueta, no pudo evitar llevar las manos hasta esos pechos que veía en sombras y jugar con los pezones, pero con todo el cuidado del mundo para no lastimar la carne mancillada. Ella le sacó el miembro hinchado y palpitante y lo acarició varias veces, para después meter una mano dentro y rozarle los testículos en toda su extensión. Llevó un dedito hasta su ano y también acarició esa zona, provocando que Wallace soltara un gruñido como el de un oso y que su pene palpitara entre los dedos de su otra mano.

Carol le bajó los pantalones hasta dejarlos a medio muslo y tocó las nalgas duras y tensas, acariciándolas y recreándose con ello, sin poder evitar que de su boca salieran unas palabras que no debería decir una señora:

—Tienes un culo precioso —susurró contra esos pectorales mientras abarcaba con sus manos las nalgas masculinas.

Alex sonrió ante semejante comentario, pensando que no conocía a esa criatura y que sería necesario que él tomara el mando de la situación si no quería perderse y acabar eyaculando de golpe y antes de tiempo, como el maldito marido de la mujer a la que amaba. Marido… Maldita palabra cuando no podía ser usada para calificarlo a él como marido de ella. Intentó no pensar en ello, así que la separó de su cuerpo para poder quitarse las botas y arrancarse los pantalones de por medio, para que ella viera quién mandaba ahí.

Cuando estuvo desnudo, la cogió de la mano y la llevó hasta la mesa, se sentó en la silla y la colocó encima, despacio, pero directamente sobre su hinchado miembro.

—¿Quieres esto? ¿Te gusta esto? —le dijo al oído.

Carol, moviéndose con brío y agarrada a sus hombros, le contestó también al oído:

—Me gusta. Me gusta mucho, todo tú. Me gustas tanto que muero de placer cuando me tocas y cuando estás dentro de mí. Toco el cielo tantas veces que me siento desfallecer…, como ahora.

Gimió ante los envites del hombre. Agarrándose a su cuello con fuerza, aplastaba sus pechos contra esa armadura de músculo, notando el vello sedoso que lo cubría y que hacía que sus sensibles pezones se enredaran en ellos. Su vagina se había adaptado a ese miembro grande y grueso como si fuese la vaina de una espada, y cuanto más se movía dentro de ella, más placer le daba. Hasta que llegó un momento que no pudo más. Apretándose a él y jadeando a pleno pulmón sin ningún recato, le dijo al oído palabras subidas de tono. En condiciones normales se avergonzaría de haberlas mencionado, pero que en esos momentos salían de sus lastimados labios como la cosa más natural del mundo.

Alex no perdió la compostura cuando escuchó: «Así, así, así. Métemela hasta el fondo, no la saques, por Dios te lo pido. Haz que llegue hasta el final, aunque me muera en el camino. Sí, sí, sí… Por Dios, te amo, te amo», seguido de un jadeo largo y después de un gritito que amortiguó en su cuello. Todo eso hizo que él, sonriendo y excitado al máximo, soltara su esperma dentro de esa cueva que era toda suya, y deseó que esa mujer que tenía encima de él no cambiara nunca.

Cuando Douglas apareció en la casa de los Bacon, El Virginia ya había zarpado, pero en cuanto pudo, Roger le escribió a Wallace con idea de que cuando él llegara a Richmond, se encontrara con la carta, que comenzaba de la siguiente manera:

Ha vendido algunas de sus posesiones. La casa de campo y todo lo que le vendimos se lo ha comprado un viejo amigo de él por un precio inferior a lo que vale, y el resto de los inmuebles de la ciudad, incluida la casa de la fuente, ya sabes, se los ha vendido a varios banqueros y a un comerciante de tabaco. Nos ha dejado una copia del testamento que ha hecho, en el cual le deja a mi esposa y a mis hijos las posesiones de Savannah y la casa de Charleston. En otro documento aparte, deja el 50% de los alquileres de las propiedades, con su listado correspondiente —que tengo que decirte que hay más de lo que yo creía— durante los próximos dos años para nosotros. Y si en ese tiempo no ha vuelto, pasarán a ser propiedad de Anne y de los niños. Dice que se va a Europa, pero yo no me lo creo. También me dijo a mí directamente y mirándome de muy malas formas —peor que nunca, diría yo— que no piensa solicitar el divorcio, y que, si esa pecadora así lo quiere, tendrá que esperar a que se muera, porque será la única manera de librarse de él. Palabra por palabra. Ni quito ni añado.

También tuvo palabras para mí, y por supuesto cuando no estaba Anne delante. Me dijo que maldita la hora en la que aparecí en la vida de Anne y, por ende, en la suya; que por mi maldita existencia ha perdido a la mujer amada, porque si yo no hubiera existido, tú no habrías aparecido por aquí y él viviría tranquilo con su esposa ante Dios y ante los hombres; que, si me beneficio de su herencia, es porque quiere a su sobrina y a los hijos de su sobrina, y que solo desea lo mejor para ellos. Y como yo voy en el lote —así lo dijo—, tiene que fastidiarse. Pero que Dios, en su infinita sabiduría, ha actuado de una manera determinada, y que, si el deseo de Dios era quitar de su vida a una mujer creada por el mismo Jezabel, es de recibo acatar los designios del Superior.

Te digo, Wallace, que George está como una puta cabra. Me ha puesto los pelos de punta cuando me ha dicho esas barbaridades. Yo que tú estaría atento y pondría en custodia a Carolina, no sea que se presente por allí en vez de ir a Europa, como dice. Ah, cojea bastante. Cuando la candorosa de mi mujer le preguntó qué le pasaba y si era conveniente que viajara en ese estado, él le contestó que ya no siente ni padece, y que los males terrenales no son nada para lo que nos espera en el más allá. Lo que te decía: como una puta cabra.

He estado pendiente de lo que me comentaste al despedirnos, y te diré que cuando vino a casa, estuvo esperando en el carruaje su cochero y nadie más. Pero me han dicho que casi todos los días, un tipo entra y sale de la casa como si le perteneciera, y dicen los criados que está asesorando a Douglas para su viaje al viejo continente. El tipo es flaco y moreno, no muy alto y bien vestido, con el cabello recortado pulcramente y con un fuerte acento. Te escribiré contándote todo lo que ocurra por aquí. Cuídate y cuida de esa preciosa y valiente mujer que tienes.

Capítulo 22

Cuando despertó por la mañana, sintió el mismo placer y esa reconfortante seguridad que le producía estar en esa maravillosa casa y amar al hombre más atractivo del mundo. Recordando las dos veces que le hizo el amor esa pasada noche, estiró los brazos y retorció su cuerpo de puro placer, de pura satisfacción. Se hundió en la mullida cama, recreándose en ello mientras cerraba y volvía a abrir los ojos.

Se acomodó entre las almohadas, recorrió con la mirada la habitación y respiró profundamente. No era muy masculina, pero tampoco desbordaba feminidad. Alex le había contado que fueron Kitty, Carmela y María las encargadas de la decoración. Él, en un principio, les dijo que hicieran lo que quisieran, pero después lo pensó mejor y rectificó, advirtiéndolas de que hicieran lo que quisieran, pero que nada de flores; todo para no encontrarse las temporadas que pasara en la casa, en su habitación concretamente, rodeado de colchas floreadas, paredes floreadas y tapicerías floreadas.

La gran cama era la delicia de cualquier hombre grande como Wallace y de la mujer que estuviera con él; o sea, ella. Era de nogal, con el cabecero tallado, representando una hojarasca continua y enlazando con una enredadera que continuaba por los cuatro pilares que sujetaba el dosel de seda labrada en color claro. Las paredes estaban empapeladas en esa misma tela, y el resto de los muebles, dos armarios, un baúl, un tocador, un secreter y varios sillones tapizados en damasco dorado con rayas marrones, estaban fabricados en el hermoso nogal con el que se hizo la cama. Los suelos estaban cubiertos con gruesas alfombras persas traídas de Francia, que al final de la primavera se quitaban, dejando a la vista el suelo de madera de roble. Las limpiaban a conciencia y volvían a colocarlas antes de que comenzara el otoño y la llegada de la humedad. La chimenea, en un rincón de la enorme habitación, ambientaba esas noches frescas y húmedas. Y no solo las noches, ya que la finalidad de esta no era la de adornar, sino la de confort y bienestar. Las puertas ventanas daban a esa preciosa terraza que rodeaba los tres laterales del primer piso de la casa, con esas hermosas columnas de alabastro que dejaban entrar toda la luz necesaria, y gracias al tejado inclinado que la cubría,

protegía de la lluvia y del sol; porque si querías sol y más contemplación de esa naturaleza de distintos tonos de verdes —o, como ahora, en el final del otoño, naranjas, rojos, ocres, calderas y marrones, adornando árboles y el propio suelo del bosque y de los valles—, salías al jardín trasero, donde aparte de hartarte de esos colores, te recreabas con toda una suerte de flores y plantas, en tiestos, en grandes maceteros o en el propio suelo; eso sin contar con las hileras de manzanos que se veían desde la casa. Y si afinabas el oído, sentías el fluir de un riachuelo cercano, que en la temporada de lluvias deseaba hacer la competencia a sus hermanos mayores.

Cuando llegó, estaba dispuesta a acomodarse donde fuera con tal de estar con Alex, pero nunca pensó que la casa que habitaba fuera tan hermosa ni que esos parajes la embrujaran de tal manera que, con solo mirarlos, la calmaban y hacían que se encontrara con una sensación de paz y felicidad nunca antes vivida. Tal vez se dejaba llevar por algo de romanticismo; podría ser, sobre todo al tener a ese hombre a su lado y que todo lo que los rodeaba y abarcaba la vista fuese de él. Probablemente. Pero, aun así, creía que ese entorno tan idílico sería igual de perfecto en una casita pequeña y sin grandes pretensiones.

De repente, sintió náuseas y salió disparada de la cama para dirigirse a la sala de baño, donde cogió una bacinilla y dio varias arcadas, haciendo que en la última vomitara vestigios de la cena anterior. Estaba claro, no había error. Creía recordar que la última menstruación fue unos cuantos días antes de rencontrarse con Alex, y llevaba casi dos meses en Virginia… Dos más dos, cuatro. Se limpió la boca con una toalla y se miró en el espejo, sonriéndose a sí misma.

—Estás feliz como una perdiz —se dijo en español, sonriendo ante la rima—. Cuando se lo digas a tu amor, también se pondrá feliz. Y no importa que no sea su esposa ante la ley o ante Dios. Solo me importa estar con él, vivir con él, amarlo y ser amada. No puedo pedir más.

Clavó sus ojos verdes en los idénticos que la miraban en el reflejo, se lanzó un beso y mostró una radiante sonrisa. Dejó de mirarse y de hacer tonterías y se dirigió otra vez a la cama, donde se metió y se refugió debajo del cálido edredón, pensando en todo lo ocurrido en los últimos tiempos mientras daba lugar a que llegara su doncella. Su madrina ocupaba muchos de esos pensamientos, y estaba segura de que la veía desde algún rinconcito del cielo sonriendo satisfecha. Sí, seguro que muy satisfecha, puesto que Alexander Wallace era el capricho de cualquier madre para su hija; o en este caso, de madrina para su ahijada.

Pronto llegaría la Navidad y vendrían los Bacon de visita, así como María y su esposo. Le apetecía volver a ver a su amiga Anne y a sus hijos, más ahora que ella también esperaba. Harían dulces y

adornarían la casa de manera especial, riéndose con las ocurrencias de Carmela y el buen hacer y saber de Kitty. Sí, era feliz. Pero una persona la molestaba un poco, aunque se guardó mucho de decir nada, ni tan siquiera a Alex. Esa persona era una mujer, la que fue institutriz de María y ahora era dama de compañía de Kitty, quien, pobrecilla, cada día tenía peor salud. A Carmela tampoco le gustaba demasiado. No le había dicho nada, pero Carol lo intuía, y aunque no hubiera palabras de por medio, ambas se miraban y no hacía falta nada más. Era probable que la española sintiera una afinidad especial por la mulata, producida al saber que esta nunca la creyó muerta, y que cuando la vio aparecer de la mano de Alex, lo único que hizo fue sonreír y mirarla intensamente. No así María y los demás, que se quedaron casi estupefactos, para después achucharla con abrazos y alabanzas. Porque antes de que llegaran, antes de saber que Alex venía con ella, Kitty, Carmela y María habían descubierto un doble fondo en el que fuera joyero de Nicole, donde se encontraron las joyas de Carol y la famosa cadena que perteneció a la difunta hermana de Wallace, dando por hecho que la española no se fue por propia voluntad y sintiéndose compungidas y lastimosas ante el destino de Carol, pero deseando que Carmela tuviera razón y estuviese viva y feliz en algún lugar.

Cuando María retomó la estrecha amistad que habían tenido como si tal cosa y se enteró por boca de la protagonista de todo lo que había pasado hasta que Alex reapareció, la sobrina puso los ojos en blanco, como no queriendo dar crédito a todo lo que estaba oyendo, pero sabiendo que era cierto.

—Madre mía —dijo—. Antes, tío Alex casado con Nicole, y ahora, tú casada con ese hombre. Qué vueltas da la vida.

Carol pensaba que los demás le daban más importancia a esa circunstancia que ella. Ricardo también era otro al que le preocupaba la situación. Por eso, en una ocasión le dijo:

—No te preocupes, cariño, aunque no estés casada con Alex, da igual; para todos nosotros eres la señora de la casa y la esposa de Alex.

Y ella, con una sonrisa, le contestó:

—A mí no me preocupa. Prefiero vivir lo que me quede de vida así antes que ser la esposa ante Dios y ante la ley de otro hombre.

Pero Alex no estaba de acuerdo, y ya había puesto a varios abogados en el asunto, puesto que no quería esa situación. Y aunque la presentaba a todo el mundo como su esposa, quería y deseaba que esa palabra fuese valedora ante la ley, ante Dios y ante los hombres. Por ese motivo, cuando se celebró la boda de María, tres semanas después de llegar ellos, Alex sintió que le faltaba algo, que deseaba sellar esa unión tan especial que tenía con la mujer de su vida en una ceremonia que le diera pleno derecho, pero sobre todo para hacerla

decente ante todos, para que no hubiera ningún estigma en ella, para que nadie dijera que era la amante de Wallace, la querida, la mantenida o, lo que era peor, la puta de Wallace. Y eso era así de crudo y de realista. Los puritanos, que eran la mayoría, no tardarían en saber la verdad, y a él, eso le recomía el cerebro y le repateaba las tripas. Había dejado las cosas muy claras ante todos, evitando que Carol estuviera delante, haciéndoles saber que esa mujer era su «mujer», que sería la nueva señora de la casa y que debían respetarla como tal. No toleraría en ningún momento cualquier comentario despectivo o fuera de lugar, y eso incluía a todo el mundo, desde los que vivían en la gran casa hasta el resto.

Quedó zanjado el tema en el primer sermón, ya que a los habitantes de la finca Wallace no les importaba en absoluto que la hermosa española siguiera casada con otro hombre. Para ellos era la pareja del amo, del jefe, siendo esto incuestionable tanto para los indígenas y negros que vinieron de la isla como para los marineros que se trasladaron a la finca, así como también para los más cercanos, familia y amigos íntimos; no era de recibo ponerlos en duda. Solo hubo un pequeño problemilla que se solucionó al instante bajo la intercesión de Ricardo.

El problema en cuestión se llamaba Robert Penn, médico y marido de María. Como ocurría con muchos hombres, este también cayó en las redes de Carolina, sin ella hacer nada para que ocurriera. Simplemente, quedó embobado por su belleza y, más tarde, por su personalidad, que incluía su forma de hablar, su risa, su simpatía y ese encanto que provocaba en ellos: mirarla fijamente y dejarse llevar por la imaginación. Wallace se dio cuenta en el acto. Cuando iba a darle un toque de atención, Ricardo se adelantó, evitando que el tío de su prometida tuviera que decirle unas cuantas cosas. El hombre fue escueto pero claro como el agua:

—No te equivoques con Carolina, Robert. La muchacha es cariñosa, simpática y encantadora con todo el mundo, no solo contigo, y si no quieres llegar a una situación embarazosa, respétela igual que debes respetar a tu futura mujer. Porque si un día, cercano o lejano, Carolina tiene que ponerte en tu sitio, Wallace se enterará, y si él se entera, no va a ponerte en tu sitio, sino que va a darte tal paliza que tendrás que recurrir a tus colegas médicos para que arreglen tu maltrecho cuerpo, además de crear una situación sumamente delicada en la familia. Así que procura no mirarla embobado y no sonreír como un hombre que espera más cuando ella te diga cualquier cosa. Porque, como te he advertido, si Alex se da cuenta, primero te dará un toque de atención, pero, a la segunda, puede darte una tanda de hostias hasta que se le enfríe la mano, y eso tarda bastante en ocurrir una vez que empieza a repartir. Te lo dice un hombre que lo conoce muy bien.

Ante ese sermón, Penn, todo colorado, se disculpó diciendo que nunca había sido su intención molestar de alguna manera; que sí, que él había quedado sumamente sorprendido ante la belleza de la española, pero que en ningún momento se le pasó por la cabeza nada indecoroso ni ofensivo, y que si era necesario, se lo explicaría al tío de su futura esposa para que las cosas quedasen claras. Ricardo le sugirió que lo dejara estar y que se olvidara de haber mantenido esa conversación, que ya estaba advertido y que su consejo era que no le dijera nada a Wallace, ya que eso podría provocar algo peor.

El médico, que no llegaba a los treinta años y que el mismo Wallace contrató para que dos veces al mes fuera a la finca y controlase la salud de toda su gente, sabía de sobra el temperamento que se gastaba. Y aunque pasaba mucho tiempo fuera, viajando, las órdenes fueron claras y concisas: dos visitas al mes, y más si cualquiera de los que vivían allí lo necesitaba. Sería pagado por Ricardo, y lo que hiciera con su tiempo libre era cosa suya.

Tuvo que esperar varios meses, hasta que Wallace llegó de uno de sus viajes, para pedirle permiso para cortejar a María. Alex se lo dio, sabiendo que el cortejo había comenzado desde el momento en que María le dio pie, pero advirtiéndolo que de solo tenía esa sobrina y que, en términos afectivos, era como una hija.

—Con lo cual, lo que le hagas a ella me lo haces a mí.

Robert no tuvo ningún problema y todo se desarrolló de la manera más natural. Hasta que llegó ella. Pero, bueno, una vez advertido, no hubo comportamiento fuera de lugar, y teniendo en cuenta que el joven matrimonio vivía en Richmond, no habría un contacto estrecho y constante, y de ese modo evitaría los celos de Wallace o incluso los de la joven María.

Faltaba una semana para la Navidad. En los próximos días se esperaba la llegada de los Bacon, siendo ese el tema de conversación entre Ricardo y Scott mientras se cambiaban las ropas mojadas por otras secas en el pabellón de los solteros. Habían estado más al sur, en la plantación de tabaco, que también tenía una casa aunque no tan lujosa como la principal, donde vivían los encargados de cuidarla para que siempre estuviera en perfectas condiciones por si aparecía el jefe, y donde Alex tenía pensado pasar parte del verano; por supuesto, con su mujer.

Radicalmente, Scott cambió de tema, provocando que Ricardo lo mirase como si hubiera visto un fantasma y sintiendo que todo podría complicarse, pues Alex debería ser informado en el acto:

—¿Qué pensarías si te dijera que me pareció ver a uno de esos españoles que el capitán azotó en el barco por beberse su vino? —Ricardo clavó sus oscuros ojos en el pelirrojo, y este, pensando que no lo recordaba, añadió—: Te acuerdas, ¿no? Esos tres tipos que

hablaban un español muy raro —comentó, haciendo referencia al acento andaluz—. En especial, dos de ellos. ¿Lo recuerdas? —insistió, posando sus ojos azules en el segundo de Wallace.

—Me acuerdo perfectamente, Scott. Y ahora, ¿ quieres decirme a quién has visto y dónde?

—En Williamsburg. Vamos a ver, Ricardo, seguro, seguro, no estoy. De hecho, estaba en esos momentos con una resaca de cojones y fumándome un cigarro en el balcón de la habitación de la puta con la que dormí, después de caer agotado follando sin parar. ¿Lo entiendes? Bueno, era media mañana, y fumando, mientras veía a la gente pasar, me llamó la atención un tipo grandullón que se metía en un establo y salía al momento montando un percherón enorme. Al principio no caí, pero ese aspecto me resultó conocido. Claro, tú me dirás que tíos grandes abundan en este país, y yo te diré que ya lo sé, por eso no puedo asegurarte totalmente que ese tipo fuera quien creo que era, pero juraría… juraría que era él.

—Vas a menudo a Williamsburg, ¿verdad? —le preguntó el hispano, mirándolo con los ojos entrecerrados.

El grandullón de Scott le devolvió la mirada del mismo modo.

—Me gustan más las putas de allí que las de Richmond.

—Ya. Pues debes estar atento, porque si eso es cierto, es posible que esté el flaco con él. Te acuerdas, ¿verdad?

El pelirrojo se preguntó qué estaría cociéndose en la mente de Ricardo.

—¡Cojones! Claro que me acuerdo, y del tercero también. Tengo una memoria de primera —replicó mientras terminaba de vestirse.

—Muy bien. Pues atento a lo que voy a decirte: el tercero no nos preocupa, está muerto. Pero el grandullón y el flaco, sí. Ellos secuestraron a la señora Carolina.

El rostro del pelirrojo mostró asombro e incluso duda.

—¡No me jodas! —Los ojos azules casi se le salieron de las órbitas —. ¡Me cago en la puta que me parió!

—Sí, y si tu intuición no falla, sería mucha casualidad que estuvieran por aquí porque sí. ¿Entiendes?

—¡Me cago en todos sus muertos! Esos cabrones hijos de la gran puta le hicieron eso a la preciosa señora. Los cojo y los rajo de arriba abajo.

—No, tú no harás nada. Hay que informar a Wallace, y él dirá lo que debemos hacer. Vamos, no hay tiempo que perder.

Esa noche, después de cenar, Ricardo y Wallace se retiraron al despacho en la planta baja y esperaron la llegada de Scott, que cenaba y dormía en el pabellón de los hombres. Cuando el grandullón entró en la casa, se quitó las botas mojadas y la criada le dio unas pantuflas para que no manchara los suelos de madera y las caras alfombras.

Fuera seguía lloviendo con fuerza, sin que eso hiciera mella en la gran casa, ya que, gracias a sus gruesas paredes y buen cerramiento de ventanas, apenas se oía.

Arrastrando las pantuflas, se dirigió al despacho del jefe. Esperaba que le ofrecieran un trago y a lo mejor un buen cigarro. En el trayecto se cruzó con la señorita Margaret y la miró de arriba abajo, mostrándole una sonrisa y deseándole buenas noches, pero lo único que recibió de parte de esa mujer fue un movimiento de cabeza y una mueca en la boca. «Estirada —pensó Scott—. Una mala puta es mejor que esa zorra». Siguió rumiando mientras llegaba a la puerta y tocaba con fuerza para que lo oyera todo el mundo. Una vez dentro, no se sintió defraudado por su capitán, pues un buen trago de *whisky* y un cigarro de primera lo esperaban para su uso y disfrute.

—Después de una buena puta, esto es lo que más me gusta —soltó cuando encendió el cigarro, para seguidamente darle un sorbito al licor.

Wallace y Ricardo lo miraron sonriendo, pero fue este último el que habló mientras se rascaba la dura barba de la mejilla:

—Bueno, gracias a tu afición a las putas, estamos reunidos aquí.

El grandullón miró a los hombres. Clavó sus ojos en Alex, que estaba sentado en un sillón, con las largas piernas estiradas y las manos apoyadas en el duro y plano estómago. Era el único que no fumaba, pero su vaso descansaba en la mesa y ya iba por la mitad del contenido. Se encontraban alrededor de una mesa baja, rodeada por cuatro mullidos sillones de cuero, gastados pero confortables, traídos de Inglaterra y que habían pertenecido a un lord. Sus herederos, necesitados de liquidez, habían vendido la mayor parte del mobiliario de un pequeño castillo en una subasta pública, pero antes de que se celebrara, Alex habló con el heredero principal y le ofertó una buena suma de dinero por un lote determinado, de manera que estos no llegaran a salir. El heredero no se lo pensó dos veces y dijo que sí. Ya bastante humillante era tener que ver cómo salía a subasta objeto por objeto como para que en algunos se consiguiera una buena cantidad y otros ni siquiera llegaran a un precio decente. Por lo menos en este caso conseguiría una buena suma y se quitaría de en medio un buen número de artículos. Más tarde, cuando el hermano se enteró de lo que le había vendido al americano y por cuánto, puso el grito en el cielo, ya que la mayoría de esos muebles eran piezas únicas, algunas incluso traídas de oriente, por las que podrían haber conseguido más dinero del que pagó el norteamericano. El hermano mayor le dijo que si hubieran vendido pieza por pieza, y suponiendo que se hubiera vendido todo, seguramente no habría alcanzado el precio de Wallace. Al final, la contestación de ambos fue: «Nunca lo sabremos».

Pero quien sí lo sabía era Alex, que dentro del lote que había

elegido había artículos sencillos pero bonitos y prácticos, y otros que eran verdaderas maravillas, llegando a ser obras de arte. De esa forma, la mayoría de esos muebles, cuadros y tapices estaban en esa casa, y otros más sencillos y simples adornaban el pabellón de los hombres y la casa de la plantación de tabaco. Todos los muebles de ese despacho habían pertenecido al viejo lord, a su despacho, siendo la mesa de trabajo una joya de ebanistería en la mejor madera de caoba, a juego con la silla tapizada en cuero, tanto el asiento como el alto respaldo y los apoyabrazos. Pero para esta reunión, en la que no había necesidad de leer nada ni de escribir, se estaba mejor en esos sillones y ante esa mesa para que la conversación resultara más fluida a la vez que aclaratoria.

Scott también estiró sus piernas al igual que el capitán, haciendo que los otros se fijaran en sus pantuflas y sonrieran ante esa imagen.

—Te diré una cosa, Ricardo: las putas es lo más necesario en el mundo; un hombre las necesita como el respirar. Yo, sin putas, no soy nadie.

La carcajada de Alex se dejó oír en la pequeña sala. De hecho, era una de las más pequeñas, en comparación con el resto de las habitaciones.

—Me alegro de que te gusten las putas —intervino Alex—. Pero, dime, ¿crees que ese tipo era el español? —Ahora ya no reía. Al contrario, sus facciones se pusieron serias. Echó el cuerpo hacia delante y cogió un cigarro de la tabaquera, sin dejar de mirar al pelirrojo. Este movió la cabeza como los mastines que rondaban por los alrededores de la casa y dejó su vaso encima de la lujosa mesita de caoba.

—Si tuviera que poner la mano en el fuego, creo que no lo haría, pero juraría que ese grandullón era él. Si hubiera estado más despejado, habría salido corriendo y lo habría pillado, pero estaba extasiado después de una noche gloriosa, fumando y recordando cómo me la chuparon tres putas, a cuál mejor. Y mientras recordaba cómo una pelirrojita se la metía en la boca, la sacaba, le pasaba la puntita de la lengua y volvía a tragársela, fue durante ese puto pensamiento cuando un tipo grande y moreno pasó casi por debajo del balcón donde yo estaba y se dirigió con paso cansino hasta los establos más cercanos. Ese movimiento de cuerpo y esos andares algo lentos y arrastrados fue lo que me hizo pensar si yo conocía al hombre. Andaba igual que si estuviera en un barco y este navegara en el comienzo de una tormenta. Seguí fumando y mirándolo mientras desaparecía en el establo. Salió a los dos minutos montado en un percherón y después desapareció de mi vista. Pero seguía sin averiguar a quién me recordaba o si lo conocía. Terminé de fumar y entré en la habitación donde me esperaba esa pelirrojilla, volví a

follármela, y fue cuando me corrí como una catarata en pleno deshielo cuando me vino a la mente el flaco, el gordo y el grandullón. Los tres juntos.

Los hombres estuvieron atentos a las explícitas y detalladas explicaciones que dio el grandullón de Scott y no evitaron las sonrisas ante los detalles de su vida sexual.

—Scott, tienes que estar atento cuando andes por Williamsburg, por Richmond o por cualquier lugar que nos sean estas tierras. —Wallace clavaba su mirada en él—. Pero no solo debes estar atento por si puedes ver al grandote, sino al flaco, a Vázquez. Ricardo ya te ha dicho que el tercero está muerto. —Scott movió la cabeza sin pestañear y sin perder ni una sola palabra—. Es posible que Vázquez esté muy cambiado, pero por mucho que eso haya ocurrido, es un tipo que no olvidas.

—Ya lo creo. Si no, que se lo pregunten a Toni —afirmó el hombretón.

—Toni está sobre aviso, pero hay que informar al resto. Por los que ya los conocen no hay problemas, pero a los otros hay que darles cuenta de todos los detalles.

—De acuerdo. —Asintió varias veces con la enorme cabeza.

—Pero hay otro dato importante: es posible que estén con Douglas.

El rostro de Scott se puso más colorado de lo que era y miró a su jefe fijamente, sabiendo lo que ese dato entrañaba.

—Me cago en la puta —murmuró para sí mismo.

—No lo sabemos con certeza, pero es posible. Le dijo a su familia que se iba a Europa, cosa que Bacon no se cree. Por otro lado, se sabe que alguien estaba asesorándolo, y que era extranjero y con fuerte acento. Las características físicas podrían ser las de Vázquez. No hay nada seguro, pero todo es probable. Y como ya sabes por Ricardo, esos individuos secuestraron a mi mujer. —La cabeza del pelirrojo volvía a moverse lentamente en señal de entendimiento—. Si esto es así, tenemos un problema, y es un problema que quiero solucionar; y solucionarlo al margen de la ley. No pienso llevarlos ante la justicia y sacar todo a relucir para que acaben en una cárcel o con el cuello partido. Prefiero ser yo él que les parta ese puto cuello; y una vez hecho, los cadáveres, desaparecidos.

—Por supuesto, jefe. Pero… ¿usted cree que esos fantoches, que apenas hablan nuestro idioma, llegarían hasta aquí buscando a su mujer…? —La frase se quedó sin terminar y los ojos grises no se despegaron del rostro de Scott.

—¿Cuántos años hace que nos conocemos, Scott? —le preguntó muy serio.

—Un montón, desde antes de la guerra —le contestó, recordando las penalidades que pasaron juntos con la ilusión de echar a los putos

ingleses.

—Y en todos estos años, hemos viajado mucho. Hay personas que, en toda su vida, se mueven alrededor del pueblo o ciudad donde han nacido y poco más, y otros recorren parte del mundo en unos cuantos años, como nosotros. Pues piensa que esos fantoches, como los has llamado, pertenecen al mismo grupo que nosotros: saliendo de España, acomodándose en las colonias del Caribe y, quién sabe, les pilla más cerca esta tierra que la propia. Y referente al idioma, es cuestión de ponerle interés. Igual que tú o que yo hablamos español, ellos pueden hablar inglés o francés, o el puto idioma que se propongan, aunque no lo hablen a la perfección. —Scott siguió moviendo la cabezota y Ricardo hizo lo propio, dándole la razón a Wallace—. De manera que tenemos un problema, y de este problema no quiero que se entere ni una sola palabra mi mujer. Quiero que esté controlada en todo momento, y que si en un momento dado se le ocurre ir a la ciudad y yo no estoy por aquí, se le impida del modo que sea y poniendo la excusa que sea. Por otra parte, es fácil pensar que esos tipos quieran matar dos pájaros de un tiro: a Carolina y a mí. Acordaos del castigo que les di y del modo en el que me miró Vázquez después de recibir los latigazos.

—Pero ¡si eso fueron caricias de gato comparado con los que le dio el español a Toni! Porque parece que está claro que el flaco fue el que estuvo de capataz en la finca del inglés —dedujo el pelirrojo.

—No tengo la menor duda. La descripción de Toni, de Carmela y de Kitty coincide con el que nosotros conocemos, ya sea con el pelo más largo o más corto, vestido de caballero o de tendero, da lo mismo.

—Y, por supuesto, Carol lo conoce bien —añadió Ricardo, notando cómo Wallace endurecía el gesto.

—En efecto, así es. Y mi deseo es que no vuelva a verlo en la vida. —Se fijó en cómo el pelirrojo se frotaba la cabeza, señal de que estaba pensando y de que una vez que verbalizara ese pensamiento, ya no podría volver atrás—. Habla, Scott. No te calles nada.

El gaviero resopló y le pegó un trago a su *whisky*, vaciándolo de una tacada y alargando el brazo para que Ricardo se lo llenara de nuevo.

—Bueno, la señora Carolina es a veces muy impetuosa. Usted lo sabe. Y de tonta no tiene un pelo… Si dice de ir a la ciudad con Carmela o con quien sea para ver a la pequeña María o cualquier otra cosa, no sé cómo vamos a impedirlo sin que parezca que la obligamos a quedarse aquí como si esto fuera una prisión.

—No te preocupes por eso, Scott. Hablaré con ella y haré que se amolde a mis horarios. Cuando yo vaya a la ciudad, si quiere, vendrá conmigo.

De esa manera se zanjó el tema y hablaron de otras cosas. Al final,

después de muchos tragos, Alex le dijo a Scott que tenía preparada una habitación en la planta baja y no era necesario que saliera fuera, ya que seguía lloviendo de manera copiosa. Ricardo se fue a su alcoba, también en la planta baja, y Alex se mantuvo durante un rato en el mismo sitio, pensando en la mujer que había logrado su felicidad o casi, porque no estaría conforme hasta estar legalmente casados.

Ante ese pensamiento, recordó la boda de María y volvió a ver a Carolina ese día. Aunque no hubiera querido eclipsar a la novia, habría sido imposible, a no ser que se hubiera vestido con un sencillito vestido de algodón, cosa que no sucedió. Se atavió con un vestido rojo, de los que ella tenía en sus famosos baúles, y lució, por deseo de él, el juego de esmeraldas. Cuando apareció en el *hall* de la casa para dirigirse del brazo de Wallace a la pequeña capilla que tenían en la finca, todos los que allí estaban se quedaron quietos como estatuas, incluido él. Por Dios, era una mujer que no pararía de asombrar durante muchos años, porque su belleza era tan exagerada que resultaba la modelo perfecta para lucir el más fastuoso de los trajes o el más sencillo, la joya más llamativa o la ausencia de ellas, para valorar más la auténtica belleza de esos ojos, esa boca o ese cuerpo, sin olvidarse de la esplendorosa cabellera.

El efecto de ese vestido rojo, con volantes en la falda, un discreto escote para lucir el collar de esmeraldas y un elaborado recogido que dejaba ver los pendientes, queriendo rivalizar con esos ojos extraordinarios, causó tal impacto que él se quedó sin respiración y los demás la miraron, con admiración las damas y con avaricia los hombres. Cada vez que eso ocurría, sentía el latigazo de los celos y del orgullo, ambos por igual. Intentando domar al primero y dejando que mandara el segundo, la cogió del brazo, dejó caer un suave beso en la delicada piel del cuello y le susurró que no se separara de su lado si no quería recibir unos azotes cuando se encontraran a solas; como no iba a sucumbir ese marido que se había adjudicado su sobrina y que se quedaba con la boca abierta, literalmente, cada vez que Carol aparecía en su campo de visión.

Los que parecían que estaban más acostumbrados eran sus hombres, tanto los marinos como los indígenas y los negros procedentes del Caribe. Era curioso, pues estos la trataban como si fuese una muñequita delicada a la que había que cuidar. Como la habían conocido cuando era una…, ¿qué?, ¿sobrina de Ricardo?, ¿amante del jefe?, su comportamiento era como de haberla recuperado y que debía ocupar el lugar que se merecía. Sentían que era una de ellos, y le sonreían de oreja a oreja cada vez que aparecía en alguna de las casitas que habitaban con la excusa de llevar algo de comida o de ropa, o cuando les daba clases a los pequeños y traviesos mestizos, que cada vez eran más numerosos.

Se frotó el rostro varias veces, sin quitarse de la cabeza a ese cabrón español y al puto marido. ¿Qué estarían tramando y, sobre todo, dónde? Se levantó y estiró su largo cuerpo. Apagó las luces y subió a su habitación, creyendo que encontraría dormida a esa mujer que le calentaba la sangre cada noche, excitándolo de tal forma que acababa agotado en todos los sentidos y logrando que se sintiera en más de una ocasión como si fuera un gran perro en celo detrás de su perrita preferida. Por Dios, antes de conocerla, antes de verla en esa casa de Veracruz, jamás se le pasó por la cabeza que pudiera enamorarse de una manera tan profunda, que una mujer pudiera hacer con él lo que le diera la gana y trastornarlo de tal manera que su vida estaría vacía sin ella. Vacía, hueca.

Pero esa hermosa mujer no dormía. Lo esperaba despierta, sentada en un sillón enfrente de la chimenea mientras leía un libro. Cuando sus ojos se encontraron, ella se levantó, dejando ver lo que llevaba puesto. «¡Por todos los santos!», exclamó Wallace para sí al ver ese cuerpo enfundado en aquello. Se quedó estático en el sitio, con los ojos clavados en toda ella. Llevaba un camisón blanco de encaje y tul, ajustado a esas curvas de vértigo, que dejaba ver más de lo necesario e intuir todo lo demás. Pero, según se acercaba a él, algo llamó su atención.

Mientras lo asimilaba como una cosa u otra, ella se pegó a él y le ofreció la boca para que la besara. Y claro, él no pudo resistirse y lo hizo. La besó con lentitud al principio, para devorarla después. Sin mediar palabra y excitado como un semental, la cogió en brazos, y tras dejarla sobre la cama, fue desnudándose sin dejar de mirarla, contemplando esos pechos generosos como cántaros de miel y esa mata de rizos oscuros que se le trasparentaban a través de ese camisón tan provocador. Esa visión hizo que se enredase con los pantalones y trastabillara con las botas. Escuchó una risita maliciosa salir de esos labios generosos al tiempo que vio cómo se tocaba los largos mechones de ese cabello castaño rojizo, separándolo de su rostro. Movió los pechos a conciencia, sabiendo ella y sabiendo él que no era natural, que eran gestos hechos para provocarlo, para excitarlo, para hacer que perdiera la compostura y que muriera por ella.

Una vez desnudo, le subió despacio el delicado encaje, enrollándolo hasta la cintura, para tocar los pechos por encima del tul y del encaje y frotar los pezones hasta ponerlos duros como pequeños riscos. Ella jadeó, y él, con las pupilas dilatadas, la cogió de la cadera y la arrastró hasta los pies de la cama. Se arrodilló y metió la cabeza entre esos muslos, haciéndola disfrutar con las habilidades de su lengua y de sus labios, hasta que escuchó los clásicos gritos de placer que no se molestaba en silenciar. Se puso encima para clavarse hasta el fondo y sintió cómo esa vagina lo engullía hasta exprimirlo por completo,

dejándolo seco y sumamente satisfecho. Sin que su portentoso físico recayera sobre ella, se incorporó y se dejó caer en la cama, jadeante y satisfecho, pero cogiéndola al instante y abrazándola a su cuerpo.

Fue en ese momento silencioso cuando ella cogió una de las manos grandes y fuertes y la colocó encima de su vientre, dejándola allí y esperando a que él dijese algo. En un principio, él la movió despacio, acariciándola con dulzura, pero de repente se detuvo. Sin quitarla de allí, apoyó un codo en la almohada y la miró a través de la luz que reflejaba el fuego de la chimenea. Sus ojos lo decían todo, pero de su boca no salieron palabras por miedo a equivocarse. Pero no, no podía estar en un error cuando esa verde mirada estaba constatándoselo. Su mano grande y poderosa seguía encima de esa tersa piel, rozándose con el camisón enrollado.

—Vas a darme un hijo —murmuró la voz grave y algo ronca. Ella, sin poder evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas, movió la cabeza, confirmándoselo. Él se acercó a su boca y le dio un beso profundo, largo y húmedo—. No puedes imaginar lo feliz que me haces. Tenerte a ti y tener un hijo nuestro es la máxima felicidad. ¿Desde cuándo lo sabes? —le preguntó, sin dejar de acariciar esa barriguita con dedos expertos, haciendo que ella lo mirase enamorada y plena, pero ruborizándose ligeramente.

—Desde hace una semana —le contestó vergonzosa.

Alex sonrió ante esos arrebatos de timidez.

—¿Y de cuánto estás? —La curiosidad del hombre no tenía límites.

—Desde la primera vez que lo hicimos, en casa de Anne. Recuerdo que tuve el mes una semana antes de que aparecieras y ya no volví a tenerlo.

—¿Y por qué has tardado tanto en decírmelo? —La mirada plateada no perdía detalle de cada gesto, de cada palabra de esa preciosa muchacha; de su muchacha.

—Porque quería estar segura. Y como a veces no soy regular, no quería hacerme ilusiones. Pero hace cosa de una semana o algo más, comencé a tener náuseas por las mañanas, y ya no tuve ninguna duda.

Tímidamente, llevó los brazos al cuello de Alex. Sintió cómo sus mejillas se ponían rojas cuando él volvió a besarla, para terminar devorándose uno al otro. En un intervalo de esos besos abrasadores, le quitó el delicado camisón antes de que sus manos se volvieran brutas y salvajes y acabaran por arrancar y romper esa prenda tan provocadora. Volvió a hacerle el amor hasta que quedaron agotados y se durmieron abrazados, olvidándose de advertirla de que no debía salir sola, ni tan siquiera en las tierras de él.

Capítulo 23

La casa por dentro era espléndida, confortable y bien organizada. Las habitaciones eran grandes, hasta las de los que trabajaban en ella; de eso podía dar cuenta la señorita Margaret, con su hermosa habitación en la primera planta, aunque no diera a la terraza, ya que, para eso, había que pertenecer a la familia.

La planta baja se reunía en un hermoso *hall*, desde donde partía una gran escalera de roble tan aclarado por los años que casi se veía blanco, contrastando con la baranda de la más lustrosa caoba roja. Por el lado derecho de la espléndida escalera, se llegaba a través de un ancho pasillo a un salón para estar y recibir, un amplio comedor, otro comedor pequeño para los desayunos, una hermosa biblioteca y, por último, el despacho del señor de la casa. En el lado izquierdo de la escalera, un pasillo llevaba hasta la gran cocina y, desde esta, otro pasaba por debajo de la escalera para dar directo a las puertas de los comedores, para así no tener que traspasar el *hall* para llevar las comidas. Pero antes de llegar a la cocina, encontrabas varias habitaciones; las primeras, dormitorios pequeños pero con todo lo necesario, y seguidamente, una salita para la ropa blanca, donde se planchaba, se cosía y se almacenaba para después distribuirla por el resto de la casa. En la primera planta, la alcoba más grande era la del señor; después, la de Kitty y de María, y luego otras dos más para invitados. Por último, dando a la pared norte, la que no tenía terraza, estaban la de la institutriz, la de Carmela y otra más. Esa escalera que llegaba en toda su anchura y esplendor a la primera planta se estrechaba de manera elegante para continuar hasta el desván y un cuarto de juegos grande y luminoso, gracias a los tragaluces del inclinado y oscuro tejado.

Por algún desvarío de la mente de la señorita Margaret, esta soñó que todo eso podría ser suyo, incluyendo al dueño y señor de todo aquello. Ese tonto e ilusorio sueño se cocinó en su mente a fuego lento durante todos los años en los que Wallace viajaba, volvía, se quedaba y se iba otra vez. Porque, después de todo, él siempre volvía; y solo, sin mujer alguna, para volver a irse y regresar otra vez, solo. Cada vez que llegaba a la casa y pasaba temporadas con todos ellos, él era

amable con ella, caballeroso, hasta simpático y seductor. Y cuando en alguna ocasión él dejó caer una de esas grandes y hermosas manos sobre su delgado brazo, mirándola desde su impresionante altura al tiempo que le decía que cuidase de María o de Kitty, ella pensaba que esa boca masculina también pronunciaba: «Cuídate, volveré. Espérame», y que ese cuerpo grande y fuerte la abrazaba, envolviéndola con toda la envergadura de esos musculosos brazos, para hacerla sentir más femenina que nunca y más mujer que ninguna. Todos esos años solo sirvieron para engordar su ilusión, su fantasía. Sin embargo, cuando lo vio aparecer con esa mujer, más joven que ella y hermosa hasta decir basta, algo se rompió dentro de ella, fraccionando ese sueño en mil pedazos, provocando que la realidad invadiera su vida de golpe, al tiempo que sentía un nudo en la garganta y en el estómago que le impidió comer con regularidad, perdiendo casi diez kilos en una figura que no tenía exceso de carnes.

Todos pensaron que había enfermado de algo extraño, desconocido, pero como no presentaba fiebre, tos ni inflamaciones de ningún tipo, el médico, el doctor Penn, conjeturó que sería algo intestinal o tal vez solo nervios. Los diez kilos los perdió en un mes y algo, recuperando cinco en las últimas semanas. Y ahora que todo el mundo sabía que el amo iba a ser padre, sintió deseos de volver a dejar de comer, de pasar los días en ayuno continuo, de llamar la atención de él. Pero fue inteligente y no actuó de esa forma, porque al final comprendió que ella no era nada para él, que, si ella desaparecía, él no iba a derramar ninguna lágrima, tan solo palabras correctas en momentos apropiados, nada más. Esa mujer seguiría a su lado, y esa mujer era la que hacía que ese hombre desvariara, que esos ojos plateados la siguieran como un oso persigue el olor de la miel, que la abrazara y besara con avaricia en un rincón de la escalera, o detrás de una puerta cuando creían que nadie los veía o los oía. Era ella quien lo ponía caliente como un macho en celo, quien lo provocaba con esos ojos de gata. Con solo mirarlo una vez, él se levantaba y la seguía hasta la alcoba para fornicar como endiablados pecadores, oyendo Margaret los gritos de ella y los gruñidos de él. En más de una ocasión, de noche, cuando todos estaban acostados, ella se levantó y se acercó hasta la puerta para pegar la oreja y oír esos ruidos, esos lascivos y obscenos gemidos de esa sucia perra que lo tenía embrujado.

Pidió permiso para pasar las Navidades en Williamsburg con su madre, y Kitty no puso objeción. De ese modo, se ahorró ver a esa perra caliente hacer de anfitriona con los invitados de Charleston y tocar constantemente al hombre que debería ser suyo. Igual que se ahorró ver cómo todos, incluida María y el bobo de su esposo, la admiraban y la felicitaban por su próxima maternidad, la cual, en lugar de afearla, la hacía más hermosa, algo que no llegaba a entender

cómo podía ser posible.

Margaret estaba haciéndose mayor. Su poco atractivo desaparecía ante esa delgadez y esos ojos que cada vez resultaban más saltones. Por eso, cuando un hombre le dijo que jamás había visto un azul tan hermoso, se hinchó de orgullo, y cuando añadió que ni el azul más azul de un día de verano en el sur de Italia podría compararse con el color de sus ojos, sintió un cosquilleo que le llegó hasta la punta de los pies. Era extranjero y tenía alquilada la casa del final de la calle donde vivía su madre. Le dijo que estaba por negocios y que pronto partiría para Nueva York, donde era dueño de varios edificios de viviendas. Días más tarde le confesó que el verdadero motivo de estar en Williamsburg era ayudar a un amigo que tenía un gran problema. No le resultaba atractivo, para nada, teniendo en cuenta que el ideal de hombre estaba grabado a fuego en su mente, en su memoria. Sin embargo, era halagador que le dijeran que el azul de sus ojos era el más hermoso y que los movimientos de su delgado cuerpo le recordaban al batir de las alas de una mariposa, así como que su voz era como el murmullo de un riachuelo en un día de primavera.

Se dejó llevar por esas palabras dichas en un inglés rudo a veces, y otras, un poco más suave. También le gustaba oírlo en italiano, pero le molestó cuando dijo otras en español. Y así se lo hizo saber mientras estaban en la salita de la casa de su madre y tomaban un té y unas galletitas que había hecho su anciana madre para engatusar al italiano. Se llamaba Federicco Luppi, y tenía unos ojos tan oscuros que no se distinguía el comienzo de la pupila. Era algo más alto que ella, pero no mucho, y estaba delgado, aunque no enclenque. Se le notaba la fuerza en las manos y en los brazos, cosa que comprobó cuando trasladó unos muebles de una habitación a otra por encargo de su madre, haciéndolo en un corto intervalo y sin apenas esfuerzo.

Cuando se comió dos galletas y bebió un poco de té, la miró fijamente a los ojos, turbándola con esa mirada.

—¿Puedo llamarla Margaret? —le preguntó con esa voz rasposa que a veces le resultaba desagradable, pero no lo demostró.

Se llevó la delicada tacita a los labios y observó a ese hombre misterioso.

—Por supuesto, Federicco —le contestó con un aleteo de pestañas, queriendo resultar coqueta.

El italiano dejó la taza sobre la mesita y la miró detenidamente.

—Tendrá que perdonarme, Margaret, pero le he mentido. No estoy aquí por negocios. En realidad, he venido para ayudar a un amigo. Un gran amigo. —Captó la atención de la mujer de una manera rápida y curiosa. Ante la ausencia de preguntas, siguió hablando—: ¿Cómo explicar los devaneos de la vida?, o más bien debería decir los

devaneos de las personas. Perdóneme, Margaret. A veces…, muchas veces, mi inglés deja mucho que desear, y… tal vez no me explico con… con las palabras adecuadas. Y ante esta situación tan tan delicada…, Señor del cielo, me faltan palabras. —La curiosidad de la mujer iba en aumento; tanto que deseaba que continuara—. Sí, me faltan las palabras para explicar el dolor de mi amigo, el sufrimiento tan amargo, tan triste, tan horroroso. La situación más dolorosa y humillante para un hombre, créame. —Los ojos azules y saltones no pestañeaban. No dejaban de mirar a ese hombre moreno, de rostro enjuto y mirada penetrante, diciendo esas palabras pero sin desvelar qué ocurría. Pero ella permaneció en silencio, no preguntó, y dejó que el otro prosiguiera—: ¿Cuánto dolor puede aguantar un hombre, señorita Margaret? ¿Cuánto? Es posible que mi amigo muera por ese dolor, pero yo… yo tengo que ayudarlo en todo lo que pueda, porque él me salvó la vida en una ocasión, ¿comprende usted? —La mujer movió la cabeza, asintiendo, pero no abrió la boca, así que él continuó —: ¡Aaah! Qué cruel es la vida. —Se silenció durante unos minutos. Parecía que no iba a continuar cuando se quedó con la mirada fija en la alfombra.

—¿Qué le sucede a su amigo? —le preguntó Margaret con un hilo de voz.

Él levantó la mirada y la clavó en los ojos azules.

—Ha sido abandonado por su esposa. Y él se ha visto obligado a abandonar a su hijo. Terrible, terrible —murmuró mientras se contemplaba las manos morenas y delgadas pero fuertes y rápidas.

Ella agachó la cabeza sin dejar de mirarlo.

—¿Cómo es eso?

La mirada del hombre volvió a ella y le relató la historia:

—Querida Margaret —a ella le molestó esa familiaridad, pero no protestó, esperando que de una vez por todas contara lo que tenía que contar, y si no, que se fuera a su casa, porque ya estaba cansándose de él—. Mi estimado amigo se ha visto abandonado por su adúltera mujer. Justo cuando se enteró de que iba a ser padre, de que su bella y joven esposa había engendrado un hijo suyo, aparece un antiguo amante y se va con él. Y lo peor es que le hizo creer al amante que el hijo era de él. ¿Se imagina semejante maldad? Una mujer que lo tenía todo, que solo unos días antes de escaparse con el amante le había regalado una casa en el campo y la había amueblado con todo lo que ella quiso, con lo más caro y exótico que encontró. ¿Se imagina? —El rostro de la institutriz había enrojecido con cada palabra dicha, y en esos momentos no podía hacerlo más—. ¿Se encuentra bien, Margaret?

—Sí, sí. Lo que pasa es que eso que cuenta suena horrible.

—Ya lo creo que suena horrible. Yo no conozco a esa perversa

mujer, pero por muy bella que sea, es pura maldad. Y si por mí fuera, haría que desapareciera del pensamiento de mi amigo, pero es imposible. Él dice que, si ella no quiere estar con él, si no quiere seguir siendo su esposa, lo comprende, pero no puede evitar querer a ese hijo, desear que ese hijo viva con él, que herede todas sus posesiones el día que muera… Y yo lo entiendo. Lo comprendo bien. Tal vez porque no tenga hijos y no imagine a quién voy a dejar todo mi esfuerzo, todo mi trabajo convertido en dinero y posesiones. ¿A quién se lo dejo si algo me ocurre? Por eso comprendo a mi buen amigo. ¿Cómo va a dejar que esa sierva del demonio le quite a su hijo? ¿Y cómo va a permitir que ese hijo lo críe otro hombre, y encima creyendo que es suyo? Por Cristo bendito, eso no es posible —concluyó, y calló por completo.

La institutriz tragó saliva varias veces y se atrevió a preguntar:

—¿Usted sabe dónde trabajo?

Él la miró sorprendido.

—Su madre me comentó que está de institutriz de unos niños muy revoltosos en una mansión de la ciudad.

Ella no pestañeó y él le aguantó la mirada, como diciendo «¿No es así?».

—Eso era antes. El trabajo anterior.

El hombre movió la cabeza, entendiendo más de lo que se decía.

—Su señora madre está mayor. Parece que olvida algunas cosas, ¿verdad?

—Sí, así es. —Su boca se cerró de golpe, pensando si debía continuar o no. Decidió que sí. A fin de cuentas, las fulanas no se merecían vivir mejor que las mujeres trabajadoras y honradas como ella—. Vivo y trabajo en una finca cerca de Richmond. Y el señor de la casa ha llegado con una mujer con la que no está casado.

El italiano se llevó una mano a la boca de forma tan afectada y creíble que Margaret lo miró extrañada.

—Dios del cielo —murmuró—. ¿No será española? —La institutriz asintió en silencio y el hombre volvió a llevarse las dos manos a la boca—. ¿Carolina? —Y ella volvió a asentir—. ¡Por todos los santos del firmamento! Sabíamos que estaba en Virginia, y alguien nos dijo que podría estar aquí o por los alrededores. Entonces, ¿usted la conoce?

—Sí, he sido testigo de su llegada. Y de cómo manipula a ese hombre, a mi patrón. Y, por supuesto, él piensa que ese hijo es suyo. —Vio cómo el hombre se llevaba las manos a la cabeza y la movía varias veces, haciendo que la mujer aguantara la respiración—. ¿Qué piensan hacer usted y su amigo?

—Mi amigo no puede hacer nada. Es la sombra de lo que era. Anda como alma en pena y no sale de su habitación. Seré yo el que deba

hacer lo más correcto.

La mujer no apartaba los ojos del hombre, hambrienta de saber, deseosa de poder ayudar, imaginándose libre de esa intrusa en esa casa.

—Tal vez pueda ayudar en algo.

El italiano la miró y ella no supo cómo interpretar esa mirada. ¿Era éxtasis lo que vio en los ojos negros o sorpresa?, ¿o tal vez solo agradecimiento?

—¿Sería eso posible? ¿Ayudaría usted a mi amigo, ayudándome a mí? —La pregunta sonó lastimosa.

—¿Qué debería hacer?

El hombre se hizo el pensativo durante un minuto.

—La idea es que ella esté controlada por nosotros hasta que dé a luz, para que el padre legítimo pueda quedarse con ese hijo, y ella…, ella, entonces, podrá hacer lo que le plazca: volver con su amante si es que la recoge o buscarse otro, que no creo que le cueste mucho.

Mientras hablaba, Luis Vázquez veía la expresión de los ojos de la mujer. Sabía que la tenía donde quería, y había sido más fácil de lo pensado. «Ah, las mujeres… —pensó el español—. Todas son iguales. Todas».

—La llevaríamos a una casa, lejos de aquí, y no le faltaría de nada, absolutamente de nada. Simplemente, Margaret, sería la manera correcta de poner cada cosa en su sitio y de que las personas decentes tengan lo que les pertenece. Es así de sencillo, ni más ni menos. No podemos permitir que nos pisen el terreno, que nos engañen con palabras bonitas o con preciosas caras como la de esa mujer pecadora. No, no es justo. ¿No le parece? Encima de que tiene la suerte de nacer con la estrella de ser una mujer hermosa como ninguna y de no carecer de nada, engaña, embauca y embruja como una pecadora sin compasión. Por Dios, las mujeres así no deberían existir, ¿no le parece, Margaret? ¿No le parece?

Ella afirmó y afirmó varias veces. Al final, acabaron tramando cómo harían para que la perversa Carolina saliera de la finca y que nadie sospechara nada.

Carolina Montiel recordaría esos primeros meses como unas de las mejores etapas de su vida, la manera más bonita de sentar las bases para un buen futuro, pensando en su futura maternidad, sintiéndose querida por todos y teniendo al mejor hombre a su lado, pendiente de ella noche y día. Y las noches… ¡Qué noches! Por Dios, eran sublimes, dándole placer hasta dejarla agotada y comportándose como el hombre más dulce y cariñoso. Nadie de los que lo conocían en el día a día habrían imaginado que un hombre tan masculino fuese tan generoso en la intimidad.

Sin embargo, la cuestión era que la joven, a pesar de saber que él no se casó porque seguía pensando en ella incluso creyéndola muerta, de tener al alcance de su mano mujeres hermosas y con generosas dotes y no aceptar a ninguna porque su mente seguía pensando en ella, no llegaba a creérselo. No pensaba que el amor que sentía él fuese tan poderoso, tan profundo, creyendo más bien que no volvió a casarse porque no encontró ninguna que lo motivara, o que prefería llevar una vida de seductor teniendo un romance en cada puerto. No se imaginaba que sufriera por no estar casados, no sabía que le enfadaba de una manera feroz que hubiera personas que hablaran mal de ella por ser una mujer separada, por haber abandonado a un esposo. No, nada de eso se le pasaba por la cabeza, por la sencilla razón de que ella era feliz y que todo lo demás no le importaba.

Podría pasar todo el tiempo en esa casa, en esas fértiles y verdes tierras, sin necesidad de ir a la ciudad ni de tener actos sociales o cosas por el estilo, e importarle un pepino lo que dijesen de ella. Le bastaba esa pequeña comunidad, para vivir y disfrutar de la sencillez del campo, de los trasiegos de las siembras y recogidas, del buen tiempo y del mal tiempo, de los amigos y la familia, siempre y cuando estuviera su amor a su lado; estando con él, todo era felicidad.

Además, se llevaba con Kitty de maravilla. Carmela y ella eran como uña y carne, y durante la estancia de los Bacon, Anne se había sentido atraída desde el primer instante, tanto hacia Kitty como hacia la mulata, y los niños disfrutaron hasta la extenuación de todos los rincones de la granja, especialmente de los animales y del huerto, sin parar de hacer travesuras y volviendo locas a las niñeras, igual que volvían loco al padre. Debido a la emoción de vivir una situación diferente a la que estaban acostumbrados y de encontrarse en una casa de condiciones tan distintas a las habituales y con toda clase de sorpresas fuera, gritaban sin parar, peleaban por lo que el otro tenía o llamaban la atención de los mayores en las comidas. Bacon dijo que no era necesario que los niños comieran con ellos, que estaban mejor con sus niñeras, pero Kitty se negó de pleno exponiendo que en esas fechas tan señaladas era bueno que los niños participaran de todas las alegrías de los mayores, incluida la más chiquitina. Anne estuvo de acuerdo y al dueño de la casa le pareció perfecto, con lo cual, Roger quedó en desventaja, provocando una disimulada sonrisa de Carolina. Tuvo que aguantarse, hasta que después de las comidas o cenas, desaparecían de la mano o en brazos de las niñeras, con cara de sueño. Era entonces cuando él podía deleitarse con las conversaciones de adultos, saborear un buen *whisky* y fumar un espléndido cigarro, mientras observaba las atenciones que su amigo tenía con la hermosa española, quedando patente que estaba enamorado hasta las trancas. Le procuraba tantos mimos y caricias a la joven cuando estaba a su

alrededor que no era consciente de las miradas cómplices que intercambiaban Kitty y Carmela, disfrutando al máximo de que Alex fuese feliz, por fin.

De esa manera, Carolina estaba pletórica, pese a que no estaban las hermanas de Nueva Orleans, ya que Valery no podía dejar la tienda. Y así se lo hacía saber en las constantes cartas:

Como comprenderás, soy imprescindible, y sin mí, esto no funciona. Le he dicho a Charlotte que vaya, pero, como también sabrás, a no ser que lo hayas olvidado, sin mí, no sabe qué hacer. En fin, a ver si ese hombretón que tienes se anima a venir aquí y tú lo acompañas.

Valery era así, y cada vez que leía una carta de ella, no le quedaba más remedio que reír y contárselo a Alex.

Por otra parte, María pasó las navidades con la enorme familia de su marido, entre suegros y hermanos de estos, con sus respectivos hijos y nietos, hermanos y hermanos, cuñadas y cuñados y la multitud de hijos de todas las edades que comprende la infancia, estando entretenida y disfrutando al máximo de la experiencia nunca vivida, de tener una familia tan grande.

Con la señorita Margaret iban mejor las cosas, puesto que se había producido un sutil cambio en el comportamiento de la mujer. Ella diría que fue al pasar las navidades, tal vez motivado porque la salud de su madre era bastante mala y tenía que ir a Williamsburg a menudo. Ahora le sonreía con frecuencia y le preguntaba constantemente cómo se encontraba y si notaba muchos cambios con el embarazo. Tanto le sorprendió a Carol, que se lo comentó a Alex, dentro de las muchas cosas de las que hablaban por las noches, después de hacer el amor. El hombre, enredando sus dedos en los largos mechones de ese espeso y suave cabello, escuchó el comentario pero no dijo nada. No importó, ya que ella siguió con la cháchara hasta que él la besó y comenzó a acariciarla de nuevo para que dejase de hablar como un lorito y así volver a hacerle el amor.

En las condiciones actuales, con el embarazo y con la delicada salud de Kitty, llenaba todo el tiempo que estaba separada del hombre que ocupaba su vida. Y así, como si viviera en un mundo aparte, no se dio cuenta de los trasiegos de ciertos hombres de Wallace que entraban y salían de la casa principal, más veces de lo que era habitual, como tampoco se enteró de las salidas de Lucas y Scott a Williamsburg y a Richmond. Ella sabía que Lucas se había integrado de maravilla en su nuevo hogar, incluso cortejaba de forma seria a una preciosa mulata procedente del Caribe, y eso la llenaba de satisfacción.

El pasado del gigante negro solo lo conocía Carol, y fue esta la que le pidió permiso para que Alex también lo supiera por si acaso en un futuro se complicaban las cosas. Lucas huyó de la pequeña plantación

donde era esclavo después de presenciar el asesinato de sus amos a manos del único hijo que tenían. Ante el miedo de que el heredero lo vendiera, se fue, ya que más de una vez se lo había oído decir. Además, él no podría acusarlo de la barbarie cometida, primero porque era un esclavo y segundo porque el hijo los mató estando dormidos, asfixiándolos al mismo tiempo, abusando de su fuerza y beneficiándose de la vejez y de la impotencia de los ancianos. El hijo nunca supo que Lucas presenció el asesinato, pero el negro sí sabía que una de las primeras cosas que haría ese mal hijo sería venderlo o cualquier otra cosa peor, y no se lo pensó.

Esa misma noche, una hora después de que el hijo matara a los padres y se fuera a dormir como si tal cosa, Lucas se escapó y no paró de andar durante diez horas. Descansó solo una y volvió a la marcha. Paró cuando llegó a Nueva Orleans, y se internó en los pantanos, donde estuvo varios días. Cuando salió de allí, se topó con el intento de violación de la muchacha, y a partir de ahí comenzó otra vida, cambiándose el nombre anterior por Lucas. Siempre andaba con la mosca detrás de la oreja, sobre todo los primeros meses que pasó con Carolina, ya que debido al aspecto que tenía, llamaba mucho la atención. Y, para colmo, ser el guardaespaldas de una mujer tan hermosa era doblemente llamativo. Menos mal que la muchacha se movía en un mundo por debajo, muy por debajo del que debería estar, y eso siempre lo benefició, pero de todos modos siempre pensaba que, algún día, alguien lo cogería preso y lo colgarían. Solo ahora que estaban en Virginia y con el capitán Wallace, y sabiendo que él era conocedor y lo protegía como protegía a todos los demás, estaba más tranquilo, aunque nunca, nunca, confiado.

Scott le pidió a Wallace que Lucas lo acompañara a sus excursiones, ya que llevarse a Toni no era lo más prudente. De ese modo, los hombretones, uno pelirrojo y el otro negro como el ébano, asustaban a más de uno sin querer, moviéndose por todos los rincones de las dos ciudades y los alrededores. Para que no le delatara el color de su cabello, Scott llevaba siempre un gorro de lana que solo se lo quitaba para dormir o follar, como le explicó a Lucas con todo lujo de detalles, igual que le contó a quién buscaban y cómo eran esas personas, sin omitir lo que le habían hecho a la señora Carolina y añadiendo que eran muy peligrosos, ya que podían tener en su haber varios asesinatos, sin olvidar que también podría estar con esos tipos el marido de la señora. Scott diría más tarde que fue el azar, y Lucas lo contradeciría con que las casualidades no existen, que todo ocurre por algo, y que, igual que salvó a su ama años atrás, lo que vio, sirvió esta vez para dejarla libre, o casi.

Nadie optaba por meterse con un negro de ese tamaño, y más sabiendo que pertenecía a Wallace, con lo cual, mientras Scott estaba

echando un polvo rápido —fue la expresión que utilizó para informar a Lucas—, este se paseaba por la calle haciendo tiempo y sabiendo que rápido, rápido, no sería. Hacía frío, y tapaba su enorme cuerpo con una pelliza larga, buenos pantalones y botas recias; indumentaria que hacía volver las miradas de los transeúntes, ya que vestía mejor que muchos blancos. Cubría su cabeza afeitada con un gorro de lana parecido al del pelirrojo. Se desvió un poco de su ruta y se quedó mirando un escaparate donde, entre otros cachivaches, se vendían libros. Se acordó de que su amada sabía leer y además le gustaba, así que pensó que podría comprar uno de esos bonitos libros. Le habían dicho que cada mes o dos meses, pasaba por las tierras un buhonero con dos carros llenos de todo tipo de cachivaches, y ahí podría comprar su amada, pero ella no salía de la finca y no veía las cosas bonitas que podían encontrarse en la ciudad. Bueno, ahora no llevaba dinero encima, aparte de estar trabajando, así que dejaría el tema para otro momento más oportuno, y ya con más calma vería qué comprar, incluso podría pedirle opinión a su ama Carolina.

Fue en ese momento cuando la vio.

Estaba dentro de la tienda. Le pagaba al tendero con unas monedas mientras este le daba un paquetito bien envuelto. Por qué se ocultó, no supo decirlo cuando esa pregunta salió de los labios de Wallace; simplemente lo hizo, como algo instintivo, no queriendo que la señorita Margaret lo viera. Y como era tan grande, tuvo que hacerlo muy bien para que no lo descubriera. La siguió hasta su casa y vio cómo entraba y desaparecía. Por qué se quedó esperando, tampoco supo contestar a eso; lo único que sintió en esos momentos fue un movimiento de tripas y el recuerdo de una conversación con Scott. Bueno, más que una conversación, fue un monólogo, y Lucas de oyente:

—No me jodas, sé de lo que hablo. De acuerdo que no soy un adonis o como se llamen esos tipos tan guapos, pero, sin ser un Wallace, te diré que las mujeres me encuentran atractivo. Sí, sí, no sonrías, que es la pura verdad. ¡Ah! Y me encuentran atractivo cuando aún no han descubierto mi verdadero reclamo. Sí, cuando las damas descubren lo que tengo entre las piernas, todas, repito, todas sin excepción, caen rendidas al diente que se menea. Por eso te digo que la estirada esa, la institutriz de ojos de rana, cuando me mira por encima del hombro, me dan ganas de sacarme la polla y decirle: «Sube, nena, sube, que voy a quitarte esos aires de grandeza en cuanto pruebes esto. Y una vez que lo hayas probado, vas a ir detrás de mí rogando: “Más, más, más, más”».

El monólogo acabó con las fuertes risotadas de Lucas, para inmediatamente cambiar de tema y hablar de la caza del venado.

En esos momentos de espera, y dándose cuenta de que se había

alejado bastante y que seguramente Scott ya habría terminado con la puta y se enfadaría como una bestia cuando volviera, decidió esperar.

Agazapado, escondido en un estrecho y maloliente callejón y faltando poco para anochecer, lo vio. Salía de la casa de la señorita Margaret o de su madre, —no sabría decirlo con exactitud— y se dirigió calle abajo hasta llegar a una casa con jardín, donde abrió la verja chirriante y oxidada y entró. Miró hacia los lados, subió unos escalones de piedra y volvió a mirar otra vez, para después introducir la llave en la cerradura y entrar en esa casa con pinta de abandonada. Lucas anduvo detrás y se ocultó en un portal de una casa vacía y esperó.

Cuando faltaban apenas unos minutos para que el pálido sol de enero se ocultara, vio salir a un hombre seguido de otro. Ahora sí que no le cabía duda. Él no conocía a los españoles, pero las exactas descripciones de Scott fueron sumamente claras, y si había alguna duda, esta se disolvió cuando apareció Douglas con el grandullón. Primero se abrió la puerta de la casa y surgió ese gigante, como él, pero blanco y con el pelo muy corto y moreno. Cogió del codo a Douglas, que cojeaba a pesar de llevar su bastón en la mano libre, y bajaron los cuatro escalones que los separaban del abandonado jardín. Dieron un par de vueltas y volvieron a entrar en la casa, no sin antes Douglas quejarse de esos empinados escalones. Cuando la puerta se cerró, ya era de noche. Al amparo de esa oscuridad, regresó casi volando para llegar a la casa de la madame y contarle a Scott las buenas nuevas.

Como bien había imaginado, el pelirrojo lo recibió con un genio de mil demonios que duró unos segundos solamente, hasta que entrecerró los ojos azules y los fijó en el rostro sonriente de Lucas, sabiendo que el negro solo sonreía cuando era feliz. Y si Lucas era feliz, algo fuerte estaba ocurriendo para que algo así sucediera. Cuando supo qué, se quedó sin palabras: el flaco saliendo de la casa de la madre de la señorita Margaret, para entrar en otra casa calle abajo, y para más tarde salir de esa misma casa el grandullón de Carlos con el viejo Douglas.

—Me cago en todos mis muertos —murmuró sin dejar de mirar al negro—. Me cago en todas las putas que he conocido en mi puta vida. ¿No te habrás olvidado de la calle?

La blanca sonrisa de Lucas fue la respuesta. Su sentido de la orientación era perfecto; además, no estaba tan lejos. La sonrisa del pelirrojo se hizo ancha, y entre dientes murmuró:

—Ahora vamos a darles por el culo hasta reventarlos.

Al día siguiente montaron guardia, y el antiguo gaviero pudo comprobar que, efectivamente, los tres hombres estaban en esa casa y que el flaco, casi irreconocible, visitaba la casa de la institutriz de ojos

de rana.

Capítulo 24

Cuando Wallace fue informado, su rostro no mostró emoción alguna, pero Ricardo, que lo conocía bien, sabía que por la mente de ese hombre estaban pasando muchas cosas al mismo tiempo: sentimientos, emociones de todo tipo, especialmente furia, y una sed de venganza llevada a sus máximas consecuencias. En el despacho, miró a sus hombres uno por uno. Ricardo, Scott, Lucas y Toni esperaban órdenes, y no precisamente agradables. Las palabras tardaron en llegar, ya que Wallace necesitaba masticar esa información. Quería que no se escapara ningún detalle, y quería, sobre todo, eliminar a esos dos hijos de puta. Douglas era otro cantar.

Sentado en la silla de su mesa, clavando la mirada sobre la alfombra y frotando con la punta de la bota la pequeña manchita de la virginidad de su amor, era consciente de las miradas de sus hombres a la espera de órdenes. Todos estaban ansiosos por darles caza a esos individuos, pero no sabían qué hacer ni cómo afrontar el hecho de que el marido de la hermosa Carolina estuviera con ellos, y cómo afectaría o cambiaría las cosas ese hecho tan importante. Pero, sobre todo, ¿qué hacía ese hombre con esos maleantes?

—Por el momento, quiero que las dos casas estén bajo vigilancia. Controlad quién sale y quién entra, qué ropa llevan, adónde van, dónde compran, por dónde se mueven y qué tipo de relaciones tienen o entablan. Quiero saber de quién es la casa y por cuánto tiempo la han alquilado, aunque eso es un tema delicado y prefiero encargarme yo mismo. Tenemos que saberlo todo y actuar con la ventaja que llevamos por delante: ellos no saben que nosotros sabemos. Y así debe continuar hasta que yo lo diga. —Los ojos plateados se desplazaron por los rostros de los hombres, posándose finalmente en Toni—. Queda prohibida la salida para ti. No podemos arriesgarnos a que te cruces con alguno de ellos. Tu misión está aquí: debes controlar a la institutriz y, sobre todo, a Carolina. No creo que se le ocurra ir a ningún sitio sin mí, pero, por si acaso, tú y Ricardo debéis estar atentos.

—¿No sería mejor coger por banda a esa individua y hacerle un interrogatorio para que se cague por la pata abajo? —preguntó Scott,

que deseaba pillarla por su cuenta.

—No. Nada que ponga en alerta a Vázquez. Vamos a esperar unos días y ver qué información reunimos, y en vista de lo que salga, tomaremos un camino u otro. Y tú debes mantenerte al margen; pon hombres que no hayan estado en El Virginia cuando ellos. Mientras, puedes esperar donde más te gusta —dijo con media sonrisa, aludiendo a la casa de putas.

Ricardo se frotó la barbilla.

—Lo que no entiendo es cómo ese tipo se ha metido en la casa de la institutriz.

Alex miró a su viejo amigo.

—Ha pasado tiempo, Ricardo. Nosotros tenemos un recuerdo de él que puede que no refleje la realidad del momento. Tal vez se haga pasar por un caballero respetable, y las ancianas y algunas mujeres, como Margaret, se dejen embaucar.

—Es posible. Alguien dijo que todo era posible en la vida.

Scott lo miró mordiéndose el labio y al final soltó una risotada.

—¿Quién dijo eso? ¿Eh? ¿Quién?

Ricardo lo miró y sonrió también.

—No lo recuerdo, pero seguro que alguien lo dijo.

—Seguro —repitió el pelirrojo, y continuó con sus particulares sentencias—: Pero también alguien dijo que los hijoputas, son hijoputas toda la vida. Y esos cabrones son hijoputas, por mucho que madruguen o por mucho traje que se pongan. He dicho.

—Bueno, dejaos de sentencias y vamos a Williamsburg.

Pero todo dio un giro inesperado cuando Lucas, haciendo la vigilancia nocturna, justo la primera noche mientras permanecía agazapado en un callejón, escuchó una puerta que se abría y agudizó el oído y el resto de los sentidos. Era muy tarde, alrededor de las dos de la madrugada, cuando, sigiloso y a pesar de su enorme tamaño, se acercó a la verja. En cuclillas, agudizando la visión entre tanta espesura verde y ocre creciendo sin ton ni son, vio cómo el grandullón salía con algo en la mano y se dirigía a la parte trasera del maltrecho jardín. Cuando escuchó el siguiente ruido, supo que estaba cavando, y en poco tiempo terminó lo que había empezado. Dejó la pala, volvió a la casa y a los pocos minutos volvió a salir. Oyó cómo blasfemaba en español al pegar un tropezón pero sin llegar a caer. Lucas vio y supo al momento lo que llevaba sobre los hombros. Lo tiró dentro del hoyo y volvió otra vez a la puerta delantera, ya que esa casa no tenía entrada trasera.

El negro presentía de quién era el cuerpo que había tirado, pero, por si no estaba del todo seguro, la siguiente acción se lo corroboró, al caer el bastón y un bolso de viaje encima del cuerpo. Pero ahí no acabó la cosa. Haciendo que el negro se sorprendiera y no pestañeara

ni un solo momento, ese tipo salió de nuevo con otro cuerpo cargado al hombro y lo tiró al hoyo. Fue entonces cuando ese español, grande como él, cogió otra vez la pala y en un momento tapó el hoyo, sin apenas sudar. Apisonó la tierra con sus pies grandotes, cogió ramas rotas y demás hojarasca y las dejó caer donde estaba la tumba de Douglas y del otro. Se limpió las palmas de las manos en los pantalones, y ya, con paso más lento, se dirigió a la casa, cerrando, para no salir hasta el día siguiente.

Lucas volvió a su escondite y se frotó la frente varias veces. Bueno, ahora su pequeña amita era libre, ya podría casarse cuando quisiera. Seguro que el amo Wallace iba a ponerse muy contento, pero antes habría que dar cuenta a las autoridades y desenterrar a los muertos. Pero, ¿y el flaco? ¿Dónde estaba? ¿Sería el otro cadáver? Según el que hizo la guardia de la mañana, salió, bien vestido y bien acicalado, pero no volvió por la tarde ni por la noche, y si lo hizo, fue en algún momento de desliz, ya que tuvo un apretón y se escondió en el fondo del callejón para aliviar su vientre. Por otra parte, tampoco era cuestión de seguirlo como si llevase un perrito faldero, porque ese tipo no tenía nada de estúpido, y lo más normal era que se diera cuenta. Antes de que amaneciera, iría a reunirse con Scott y contaría lo presenciado.

Así lo hizo, y con la grata sorpresa de que Wallace estaba en la casa de las putas, puesto que había pasado la noche en la casa de un antiguo gobernador, amigo de su difunto padre.

Se pusieron manos a la obra, haciendo acto de presencia en la casa alquilada. Wallace, Scott y Lucas estaban en la puerta y otros tres hombres se repartieron por el perímetro del jardín, ya que la cancela nunca estaba cerrada. Al llamar a la puerta, oyeron enseguida los pasos del gigantón mientras este se preguntaba en español quién cojones sería. Al abrir la puerta se quedó quieto, de una pieza, clavando sus ojos marrones en el rostro del norteamericano, mientras se le pasaban por la cabeza todas las veces que había sido el títere de Vázquez y que por su maldita culpa se veía ahora en esas.

Sin dedicarles una mirada a los otros, comenzó a titubear y a decir que él no sabía nada de nada. Comenzó a andar hacia atrás a medida que los hombres entraban en la casa, destartalada y bastante abandonada.

—¿Dónde está tu amigo? —le preguntó Alex, mirando a su alrededor, para después fijar su gélida mirada en el español.

Carlos, a pesar de sacarle varios centímetros al norteamericano, se puso rojo. Comenzó a resoplar, sabiendo que ese tipo no venía con buenas intenciones. La conversación comenzó en inglés, pero Carlos, con los nervios y viendo lo que se le venía encima, le contestó en español:

—No lo sé, capitán Wallace. De verdad que no lo sé. Se fue ayer y dijo que ya vendría, que esperase aquí hasta que eso ocurriera. Pero quiero decirle que yo no sé de la misa la mitad. Él anda obsesionado con querer vengarse por lo de los latigazos, y yo le digo que eso es una tontería, pero él erre que erre, y no quiero llevarle la contraria porque él es más listo que yo y puede jugármela.

Los ojos de Wallace no dejaban de mirarlo, y Carlos, cada vez más nervioso, se fijó en el negro, que era igual de grande que él, para después posar los ojos en esa mirada azul y darse cuenta de quién era, el gaviero, el pelirrojo, que ahora estaba escondido debajo del gorro. Tragó saliva y siguió cantando sin que nadie le preguntara:

—Hizo amistad con ese Douglas, diciéndole que él iba a conseguir que su esposa volviese, pero en realidad llevaba otro plan, y ayer lo mató, yo no lo hice. Lo juro por la Virgen santísima y por todos los santos y por Dios. Yo. No. Lo. Hice. Lo mató con una cuerda, le rompió el cuello y cogió todo el dinero que llevaba. A mí me dejó algo para pasar unos días y lo demás se lo llevó. Lo juro, de verdad. Puedo jurarlo ante quien usted quiera, de verdad. Igual que tampoco quise coger a la pequeña, de verdad que no. —Al decir esas palabras, vio algo diferente en la mirada gris. Sin poder evitarlo, tragó saliva—. Se lo juro. Llevaba tratos con ese inglés. Ese inglés quería a la muchacha, y haciendo el secuestro y diciéndole a la niña que usted no quería pagar, se la daríamos al inglés y asunto resuelto. Pero él cambió de idea y mató al inglés. Quería hacerle daño a la pequeña, pero ella fue más lista y se escapó, y eso a Vázquez le repateó las tripas. Se puso furioso y la buscó por toda la isla. Entonces, cuando se enteró de que usted lo vendía todo y se iba, decidió que nosotros también iríamos detrás. Yo solo obedezco, capitán Wallace, solo obedezco —gimoteó, bajando la cabeza.

Scott entendió toda la parrafada, pero Lucas miraba esos labios finos, hablando sin parar, imaginando que debía estar diciendo algo importante. Wallace se movió por la habitación. Tras unos segundos, se detuvo y le dijo que se sentara, en español y de una forma demasiado suave para su gusto. Él obedeció, haciendo que la silla crujiera bajo sus más de cien kilos cuando tomó asiento.

—¿Qué relación tiene con vosotros la institutriz?

La mofletuda cara se movió al compás de sus palabras al contestar, y Wallace se fijó en las grandes manos, que las mantenía enlazadas encima de sus gruesos muslos:

—Yo no la conozco. Él me ha contado que sirve como contacto para averiguar cosas de sus tierras, de las gentes que tiene y… y… —las palabras parecían costarle salir, y bajó la mirada al suelo— y de las costumbres de la señorita Carolina. Quiere vengarse de usted, y está dispuesto a lo que sea. Yo le he dicho más de una vez que, puesto que

tiene dinero, volvamos a España, que no tenemos necesidad de estar en tierras extrañas. Pero no hay manera.

—¿Y de dónde sale el dinero? —La contestación no llegó enseguida. Carlos tragó saliva varias veces mientras Wallace esperaba. En vista de que no decía nada, añadió, pues sabía la respuesta—: Las muertes ocurridas en La Habana fueron obra suya, y el oro que había en las casas pasó a sus bolsillos, ¿no es así?

El español movió la cabeza varias veces, sintiendo que había tocado fondo y que no estaba dispuesto a cubrirle las espaldas a Vázquez. Después de todo, ¿qué hizo Vázquez por él? Nada de nada, solo aprovecharse, abusar y tratarlo como si fuese estúpido. Además, no iba a volver de entre los muertos para vengarse.

—Sí, señor. Dice que es la manera más fácil de conseguir dinero: robándolo. Pero antes de robar, hay que matar. Yo creo que le gusta, que le produce placer. —Volvió a bajar la cabeza y contempló sus pies grandes, embutidos en unas botas rajadas por varios sitios—. Yo no soy así, señor Wallace. Yo nunca he matado. Lo juro. —Levantó de nuevo la mirada y Wallace se fijó en el color de sus ojos, marrón claro, casi del tono de la miel.

Era el clásico bobo grandullón, que, según cómo lo utilizaras, podría ser bueno o malo. Wallace pensó rápido y creyó más oportuno que con cierto tipo de gente se consigue más lamiendo que mordiendo. Cogió una silla, la colocó enfrente, le dio la vuelta y se sentó a horcajadas. Movió una de las punteras de las botas contra el viejo suelo de madera con la única intención de hacer que el español se pusiera más nervioso de lo que estaba. La conversación siguió en español, ya que ese estúpido estaba más cómodo y confiado, y de ese modo no habría malos entendidos:

—Dime, ¿tú qué piensas que va a hacer? ¿Crees que se atreverá a entrar en mis tierras? ¿Está tan loco como para esa insensatez?

El rostro del español se iluminó y pensó que ya estaba en otro bando, en el bando de los fuertes.

—Seguro, capitán. Está loco, loco de atar. Tan loco como una puta cabra, tan loco como para meterlo en ese hospital para mentes insanas —le contestó, haciendo alusión al Hospital Público para las Personas con Mentes Insanas y Desordenadas, o también conocido como el Soporte y Mantenimiento de Idiotas, Lunáticos y otras personas con mentes insanas; o sea, el primer hospital psiquiátrico de los Estados Unidos, construido en la ciudad de Williamsburg en 1770—. Quiere matarlo y quiere llevarse a su muchacha. A ese viejo lo engañó, y le dijo que se llevara todo el dinero que tuviera, porque él iba a traerle a la chica y a usted lo mataría. Y ese tipo se lo creyó. Ya lo creo. Y a pesar de que ese viejo me tenía hasta los huevos, yo nunca dije de matarlo. Siempre estaba de mal humor, siempre mirándome mal,

siempre quejándose de todo: de la comida que le hacía, de la falta de limpieza, de que no me entendía, de que los extranjeros deberíamos irnos del país, de que los negros deberían ser fulminados por un rayo divino… —miró al gigante de color, luego al pelirrojo y continuó con su confesión—: y, sobre todo, de la herida que tenía en la pierna. Eso sí que lo tenía fastidiado, y lo encabronaba de tan mala manera que hacía que se pasara las noches en vela y recitando frases de la Biblia sobre las mujeres adúlteras y cosas por el estilo. Pero, como ya le he dicho, yo nunca dije de matarlo ni nada semejante. Y esa mujer, esa institutriz, Vázquez dice que está encaprichada de usted y celosa de la niña, y le ha contado todo lo que sabe de ese sitio donde viven y de las personas que están con usted. —Se quedó mirando al negro y volvió la vista al capitán—. Hasta le ha contado que en la casa grande vive la mulata esa, la que estaba en la casa del inglés. Sabe todo lo que tiene que saber. Y sé que lo que tenga pensado hacer, no me lo dirá hasta que esté hecho, si es que le sale bien, porque dice que yo llamo mucho la atención y que no puedo ir con él a los sitios, porque podemos encontrarnos con conocidos y a mí sí me reconocen, pero a él. Él está muy cambiado. —Alex escuchaba atentamente, sin retirar la mirada de su rostro—. Ya lo creo, capitán Wallace, parece uno de ustedes, sí, sí. Además, habla mejor que yo el inglés, y hace otros acentos. Ya lo creo. A esa institutriz le ha hecho creer que es italiano, pero también se le da muy bien el acento francés y el alemán. En todos estos años, ha tenido tiempo para perfeccionarlos, y se disfraza para que todo quede perfecto. Ya lo creo. Es listo, muy listo, pero está loco, muy loco.

Wallace, después de escuchar todo lo dicho, pensó que, dentro de su estupidez, estaba marcando una estrategia, pero también estaba muy seguro de otra cosa, y no tardó ni dos segundos en preguntárselo:

—Cuando teníais en vuestro poder a Carolina, ¿qué ibais a hacer con ella?

El español le contestó en el acto, sabiendo o intuyendo que cuanto más colaborara, sería mejor para él; o eso esperaba:

—Vázquez dijo que, antes de entregarla al inglés, la… —titubeó un poco, pero enseguida cogió carrerilla y dijo la verdad—: la follaríamos los tres hasta reventarla. Y que, si no, también. —Notó que Wallace apretaba los dientes. Pensó que había sido muy brusco expresándose de esa forma, pero es que no pudo decirlo de otra manera, porque era la verdad. Tragó saliva y continuó—: Quería hacerla sufrir a toda costa. Cuando se escapó, se enfadó de una forma bestial, diciendo que tendría que haberle pegado y haberle hecho mil y una juderías. No sabe cómo se puso, uf. La muerte de Fernando le importó unos cojones, pero que ella no estuviera, eso, lo sacó de quicio, lo jodió hasta el fondo; ya lo creo —añadió, recordando esos momentos. Casi

murmurando, repitió—: Sí que lo jodió, ya lo creo. Hubo un momento en el que pensé que iban a salírsele los ojos de su sitio. Estaba endemoniado. Por eso se puso tan contento cuando descubrió que la muchacha estaba con el viejo. Lo que no le hizo gracia fue que usted apareciera. A él le hubiera gustado volver a coger a la niña y hacerle todo lo que no pudo en Matanzas.

Wallace no lo interrumpía y escuchaba con suma atención. Eso daba lugar a que Carlos se confiara y relatara los acontecimientos con todo lujo de detalles, incluso adornándolo un poco.

—¿Y por qué no lo hizo? —La voz de Alex sonó suave, como si estuvieran hablando de otra mujer, mientras sus ojos estaban clavados en la mirada simplona color miel; o, tal vez, no tan simplona.

—Porque como nunca se le pasó por la cabeza que la muchacha fuese tan lista como para escaparse, él quería alargar el suplicio para que luego le gustara más la violencia, para disfrutarla más; eso nos explicaba. Siempre decía que, a las mujeres, la mejor manera de asustarlas, al principio, era con las palabras y la mirada, para que ellas solas fuesen aumentando el miedo y sufriendo con anticipación. Y luego llegarían los palos. Pero no cualquier paliza, o una paliza y ya está. No. Había que ser un artista, decía, y pensar antes de actuar, para que, luego, el recuerdo fuese mejor. Nos dijo muchas barbaridades para que una mujer sufriera pero sin morir. La muerte, decía, al final, pero el final será el que uno marque. —Hizo una pausa para que sus palabras calaran hondo en el hombre que lo miraba sin pestañear, y en vista de que no dijo nada, prosiguió—: Por eso, cuando llegamos a la casa y vimos que Fernando estaba muerto, los gritos retumbaron por toda la casona, y no por la muerte del desgraciado, sino por la muchacha. Se la tiene guardada, jefe. A los dos. A usted y a ella. Yo estoy dispuesto a ayudar en lo que haga falta. Ya sé que me la tendrá jurada a mí también, y lo entiendo, pero estoy dispuesto a lo que haga falta. Testificaré o haré lo que usted me diga.

—Dime una cosa. —Esas palabras, dichas de esa manera, pronunciando un español claro como el agua y con un acento muy atractivo, hicieron que el español mirase fijamente al hombre.

—Lo que usted quiera, capitán —le dijo con servilismo mientras aguantaba la mirada plateada y creía que casi se lo había metido en el bolsillo.

—¿Quién era la mujer?

Los dos sabían de qué mujer hablaban, y Carlos no se hizo el tonto:

—¿La quemada? —Wallace movió la cabeza—. Era una puta, eso dijo Vázquez. Se parecía en estatura y tamaño a la niña, y le dio un buen puñado de oro. Pero, claro, la desgraciada no sabía que iba a morir y que ese oro volvería a las manos de Vázquez. Lo sé porque él lo contó, regodeándose de lo sucedido, muy contento de ver cómo

salió todo y de que, al final, ustedes y las autoridades se creyeran el cuento. Pero yo nunca vi a la puta, no la conocí.

—Ya. Y, dime, ¿dónde está el cadáver de Douglas?

La cara del grandullón se puso un poco colorada, solo un poco, sabiendo que ahora tendría que ser muy convincente para que ese hombre no sospechara.

—En el jardín. Por eso no tiene que preocuparse, capitán. Yo mismo lo desenterraré. No hay problema. —Aguantó la fría mirada del hombre y tragó saliva ante la ausencia de palabras.

En esos momentos, levantó la cabeza y miró al pelirrojo, que mostraba una sonrisa un tanto extraña, y supo que lo sabían.

—Tú señalas el sitio y Scott cavará un rato. Está deseando hacer ejercicio, ¿verdad, Scott?

—Ya lo creo, capitán. Y hasta puede que no tenga que cavar mucho si la tumba está… muy ocupada —le contestó en un español más brusco, más parco en palabras.

Carlos desplazó la mirada por todos los rostros y supo que tenía que decir la verdad, y cuanto antes, mejor. Miró al capitán, y después fijó los ojos en esas manos grandes que descansaban encima del respaldo de la silla, mientras los largos y fuertes dedos jugueteaban dando golpecitos en la madera y haciendo que se pusiera nervioso.

—Yo estaba aquí, abajo, en la cocina, cuando oí ruidos en la planta de arriba. Me imaginé lo que estaba pasando, porque esos ruidos eran como pies pataleando. Cuando subí, lo había matado con la cuerda que siempre lleva consigo, y una sonrisa iluminaba su cara. Me miró y no dijo nada. Se puso a rebuscar en las ropas del viejo, sacando todo lo que tenía en las dos bolsas de viaje. Rajó los forros del abrigo, de las chaquetas y de los chalecos, y registró todos los bolsillos. Cuando acabó con eso, miró detenidamente las bolsas por dentro. Palpó y descubrió un fondo falso. Con el cuchillo que llevaba, rajó la tela, encontrándose dinero y oro. Rajó la otra bolsa y se encontró el resto. —Tenía toda la atención de los hombres, y en vista de que no lo interrumpían y que esperaban toda la explicación, prosiguió, dándosela—: Entonces dijo que el viejo se habría muerto de todas formas, porque la herida que tenía en el muslo estaba infectada y al final iba a costarle la vida, así que le había hecho un favor; esas fueron sus palabras. Y continuó diciendo que ahora ya estábamos preparados para el siguiente paso y que dentro de pocos días iríamos a sus tierras, disfrazados de buhoneros. Que ya tenía visto unos carros llenos de mercancía y que con el buhonero no habría problema. Eso quería decir que lo mataría y punto.

No fue interrumpido en ningún momento y no agachó la cabeza ni un segundo. Miraba frente a frente el rostro del capitán Wallace, sabiendo que todos estaban atentos a lo que decía. Aunque el negro

ese seguramente no sabría español, lo miraba como si lo entendiera.

—Yo le dije que no contara conmigo y le pedí mi parte del dinero para irme a mi país. Y el muy hijo de la gran puta se rio en mi cara y me llamó estúpido, idiota y marica de mierda. Me dijo que yo haría lo que él dijese, y que, si no, iba a darme por culo hasta reventar. Y para darle más importancia a esas palabras, me amenazó con el cuchillo. No me lo pensé. Di dos pasos, lo enganché por la cabeza y lo golpeé contra la pared. No lo recuerdo bien, pero creo que solo le di dos coscorrones, tal vez tres, pero fuertes. Lo maté en el acto. Creo que solo se dio cuenta del primer coscorrón. —Tras esa confesión, hizo una pausa, mostrando su tristeza, incluso dolor—. Nunca he matado hasta ahora, pero me tenía hasta los putos cojones. Siempre, siempre, haciendo lo que él decía. Siempre insultando y luego dándote una palmada en la espalda, para volver a menospreciarte al segundo siguiente. Estaba hasta los huevos. Cuando estuvimos en Luisiana, me dieron ganas de largarme, pero no tenía dinero suficiente y pensé en embarcarme como marinero. Pero, al final, como no estábamos cerca de la costa, me enfríe y seguí con ese cabrón. La muerte del viejo fue la gota que colmó el vaso; no porque me importara ese tipo, que me la trae floja, sino porque vi en ese momento que, igual que mató a ese cabrón, podría matarme a mí. No le sería tan fácil, claro. Pero sé de sobra que, aunque seas grande y fuerte, si te pillan con la guardia baja, pueden rajarte el cuello en menos que canta un gallo. Y eso sí que no. Si tengo que pudrirme en una cárcel de este país, que así sea, y si van a colgarme del puto cuello, que así sea también, pero a mí ese hijo de la gran puta no iba a decirme nunca más qué coño hacer con mi vida.

Terminó la confesión y bajó la mirada hasta sus manos grandes como palas, pensando lo poco que le había costado cascarle la cabeza a su compañero. Bueno, ¡qué hostias!, de compañero nada. Había sido su puto jefe todo el tiempo, aunque lo camuflara como amistad, para tenerlo contento, dándole alguna moneda de vez en cuando y siempre, siempre, diciéndole lo que debía hacer.

Levantó la cabeza y miró al norteamericano, que le devolvía la mirada fijamente, sin decir nada, sin moverse de la silla, sin que un solo músculo de ese rostro oscuro por la barba de varios días y claro por esos misteriosos ojos hiciera un solo movimiento. Ni para bueno ni para malo. Llevó la mirada hasta el pelirrojo y vio también cómo lo observaba sin pestañear, igual que ese negro como el carbón, con más músculos que él.

De repente, Wallace se levantó de la silla y le dijo que él también lo hiciera. Carlos obedeció en el acto, moviendo su cuerpo lentamente y temiendo lo que podría venírsele encima.

—¿No tendrás inconveniente en decirle a un juez que fue en

defensa propia? —El hombretón movió la cabeza levemente, negando, y abrió los ojos como platos, agradeciendo a Dios y a Wallace la suerte que podría tener—. Llegaste cuando Douglas acababa de ser asesinado, y al negarte a seguir su juego, te amenazó con un cuchillo y lo mataste. Después te pusiste en contacto conmigo para informarme de todo lo sucedido.

—Sí, capitán. Así fue.

Wallace se pasó una mano por el rostro barbudo. Todos escucharon cómo raspó la barba contra su mano mientras seguían mirando al español.

—Pero habrá que ser convincentes. Debes presentar alguna lesión para poder explicar que un hombre de tu tamaño temiera por su vida. —El español movió la cabeza varias veces, dispuesto a lo que fuera para salir del atolladero en el que se encontraba y, con un poco de suerte y ayuda, volver a España—. Bien, pues nos encargaremos de todo. —Hizo una pequeña pausa para que entendiera de sobra lo que estaba en juego—. Y reza para que todo salga como yo quiero. Quizá, dentro de poco te encuentres en tu país.

—Gracias, capitán, gracias de corazón. Haré lo que usted diga, todo lo que usted diga.

Horas más tarde desenterraron los cadáveres, les sacudieron bien la tierra y los metieron en la casa. Fue allí donde Wallace comprobó la herida que Douglas tenía en el muslo, motivado por la curiosidad; la curiosidad de ver con sus propios ojos lo que esa preciosa mujer que tenía en casa esperándolo le había hecho a ese hombre. Y al ver en qué condiciones estaba la herida pestilente, supo que lo habría llevado a la muerte.

Antes de ir a por el juez Master, presenció cómo Scott hacía un tajo en el brazo del español, sin tocarle ningún tendón ni venas importantes, pero dejando que gotease la sangre, manchando la madera del suelo y un poco las paredes. Se lo vendó después, torpemente, de modo que pareciera que él mismo se había taponado la hemorragia de la manera más burda.

El juez escuchó atentamente cuando Wallace le explicó lo ocurrido. Lo puso al corriente de que el esposo de su compañera había aparecido por la zona, con la idea de llevársela a la fuerza, ayudado por el muerto. Le dijo que el grandullón era solo el criado y que, al presenciar la muerte de Douglas, quiso largarse, pero se vio amenazado por Vázquez, que le propinó un corte en el brazo, y el criado, perdiendo toda noción de las consecuencias de su acto y pensando que su propia vida peligraba, lo mató.

El juez, que conocía a Wallace personalmente desde la guerra contra los ingleses, que sabía de su valentía, de la riqueza que consiguió en el Caribe y que había tenido tratos con el padre y

siempre estuvo enamorado de la madre —secretamente, por supuesto —, miró fijamente al hombre que casi le sacaba una cabeza, sabiendo que esa situación lo favorecía enormemente, pues dejaba a esa hermosa muchacha que tenía en su casa libre de ataduras para poder casarse con él. No dijo nada y fue con él hasta la casa en cuestión.

Ese español, grande como un oso, confesó en un inglés un tanto especial más o menos lo que dijo Wallace. Chapurreando, le contó cómo el muerto lo amenazó con un cuchillo, que en esos momentos estaba en el suelo y le rajó el brazo, y que él lo cogió por la cabeza y lo golpeó varias veces, sin pensar que iba a matarlo. El juez pronto se cansó de escuchar al extranjero, y después de decirle a uno de los hombres de Wallace que le quitara el vendaje para ver la herida, dio por cerrado el asunto.

Estaba claro: Douglas fue engañado por el español, que utilizó la excusa de buscar a la esposa fugada para llevarla de nuevo con él, pero lo único que deseaba era confiarlo, robarle y matarlo; o tal vez cambió de idea al ver que no sería factible sacar a una mujer a rastras de la casa de otro hombre y se lo quitaba de en medio y asunto resuelto.

Días más tarde, Carlos salía para Yorktown, donde embarcaría para Nueva Orleans y de allí tomaría un barco para volver a España. Scott lo acompañaba, teniendo órdenes de no perderlo de vista hasta que ese barco zarpara para el viejo continente. El español podría darse con un canto en los dientes, pues había salido inmune, y el norteamericano le había dado parte del oro que llevaba Douglas, de modo que podría comenzar una nueva vida.

Las palabras del americano fueron claras como el agua y duras como el pedernal:

—No quiero volver a ver tu cara. Nunca. Si eso ocurriera, date por muerto.

Y él no era tonto. Además, no tenía ningún deseo de seguir en ese país, y estaba seguro de que en cuanto llegara a España, se le habría olvidado ese idioma de mierda.

Cuando la señorita Margaret se enteró de lo sucedido, no supo qué pensar. Y cuando fue testigo de la alegría de la señora Marlow y del incesante parloteo de esa negra clara sobre los preparativos de la próxima boda, sintió que su mundo se tambaleaba y que debía hacer algo. Lo que fuera, pero algo. No podía seguir en esa casa y no podía aguantar esas sonrisas de Carolina en respuesta a las suyas.

Pero qué la llevó a actuar de la manera que lo hizo, no supo decirlo, no supo por qué. Pero lo que sí sabía era que su vida ya no tenía sentido y que su mente no admitía seguir como si no pasara nada, mostrándose como una empleada modelo y viendo cómo los demás eran felices. Todos felices menos ella. Hasta todos esos negros,

indígenas y mestizos eran más felices que ella, casándose entre ellos y teniendo hijos como si fuesen conejos, mientras esa bruja de ojos verdes y cuerpo de pecadora los trataba como a iguales y se reía con ellos como si fuesen amigos de toda la vida. Qué vergüenza, no marcando las diferencias establecidas por ley natural, igualando a los negros, mirándolos como si tuvieran la misma inteligencia, el mismo comportamiento, los mismos derechos.

Por Dios, ella no podía presenciar más esas situaciones, o reventaría. Y, por descontado, no podría ver a ese hombre que llenaba su mente día y noche cómo dejaba de ser libre y se ataba de por vida a esa cortesana del sexo, a esa puta embaucadora.

No. No. No.

Capítulo 25

Alex se lo dijo bien claro.

Estaban en la alcoba, y un tímido sol de finales de enero quería entrar por la ventana, pero las nubes blancas como grandes bolas de algodón no dejaban que eso ocurriera. Él, vestido con un pantalón negro, las botas altas y una camisa de lino blanco debajo de un chaleco de seda negro, la miraba comiéndosela con los ojos, apoyado en el quicio de la puerta que daba a la salita de baño. La muchacha estaba metida en la bañera. Mientras se enjabonaba esos pechos que lo volvían loco, negaba con la cabeza, moviendo esos rizos rojizos y brillantes recogidos en lo alto de la coronilla para evitar que se mojasen.

—Podemos esperar a que tenga el bebé. Ahora estoy gorda y fea —decía mientras deslizaba la esponja por un brazo en alto y el agua espumosa resbalaba hacia la axila, enseñando ese pecho en toda su plenitud y dejando ver el pezón oscuro y tieso.

—Por Dios, Carol. Deja de hacer eso. Estás poniéndome caliente como un horno.

Ella lo miró con ojos inocentes y le mostró una sonrisa seductora a la vez que ingenua. Descendió la mirada hacia las caderas del hombre, sin dejar de sonreír.

—Pero si solo estoy lavándome —ronroneó, sabedora de que lo tenía comiendo en la palma de su mano.

Él se acercó hasta el borde de la bañera de porcelana y le dejó ver el bulto de sus pantalones, un tanto enfadado.

—Son las nueve de la mañana. Anoche me ordeñaste hasta dejarme seco, y ahora, mira lo que consigues con tus jueguecitos, provocándome con esos pechos tan hermosos y tocándote de esa manera.

Ella se rio y él se mostró más serio, si es que era posible.

A veces lo enfadaba y lo excitaba a partes iguales, aunque debería decir que el enfado era más consigo mismo que con ella. Por Cristo, lo traía loco, loquito. Estando al alcance de su vista, los ojos iban detrás de ella, observando lo que estuviera haciendo; lo mismo daba que anduviera con un arreglo floral o escuchando algo que le decía

Carmela, provocando que esa risa cristalina brotara como un torrente y él apretara los dientes para evitar salir detrás de ella, cogerla en brazos y llevársela a la habitación. Hasta había transigido con la petición que le hizo sobre el despido de la institutriz, alegando que no lo hiciera, puesto que Vázquez la habría engañado de una manera vil, y que no era justo que se quedara sin trabajo y con una madre enferma. Claro que él no le contó lo que le dijo el grandullón español: que la mujer estaba encaprichada o enamorada de él. De modo que el trato fue el siguiente: dejarían pasar un corto tiempo y, después, con buenas referencias, le daría aire. Mientras los pensamientos desfilaban por su cabeza, sus plateados ojos no dejaban de mirarla, y su bragueta, de aumentar.

—Alex, nadie te obliga a presenciar el baño de tu futura esposa. Vete —le ordenó con un movimiento de mano y una sonrisa.

Él, sin moverse del sitio y sin perder ni un solo detalle de esa belleza, le habló muy serio, con esa voz grave y profunda que a ella tanto le gustaba:

—Nos casamos dentro de una semana. Mi hijo va a nacer con un padre y una madre, casados ante Dios y ante la ley. ¿Te queda claro, muchacha provocadora?

Carol lo miró con esos ojazos y la sonrisa iluminó esa cara tan hermosa.

Wallace se veía incapaz de moverse, devorándola con la mirada y deseando comérsela con la boca. Por Dios bendito, ¿cómo podía hacer que le hirviera la sangre de esa manera?, ¿cómo lo excitaba con una mirada de esos ojos verdes, o tan solo con un movimiento de esa delicada mano? ¿Qué pasaría si ella supiera todo el poder que tenía sobre él? ¿O tal vez ya lo sabía?

—Lo que tú quieras, mi amor. Tus deseos son órdenes para mí. Pero ahora debes irte, antes de que llegue la doncella y vea el estado en el que te encuentras.

Él se inclinó y la tomó por la barbilla, acariciándola con la mirada. Bajó la cabeza y la besó despacio, saboreándola y haciendo que suspirara. Una vez que lo consiguió, sonrió con esa mueca torcida, habitual en él, y antes de irse, le dijo:

—Bruja.

Las fuertes pisadas sonaron amortiguadas por las gruesas alfombras. Carol se quedó mirando a ese hombre tan perfecto, tan viril, mientras abandonaba la habitación y la dejaba sola, con sus pensamientos y con su felicidad.

Pasadas unas horas, y no dándole importancia a la cita de la comida, pues su prometido debía estar cazando algún pobre cervatillo o algo por el estilo, decidió subir al desván y revolver entre sus cosas para ver qué decidía ponerse para su boda, ya que su impetuoso

hombre no le daba tiempo para hacerse nada nuevo. Pero eso a ella no le importaba. A pesar de estar toda su vida acostumbrada a vestir las mejores galas y a renovar el vestuario todos los años varias veces, el hecho de no tener traje de novia no le molestaba en absoluto.

Subió las escaleras sin problemas, pues estando de cinco meses, no presentaba exceso de gordura por ninguna parte de su cuerpo. Lo notaba especialmente en los pechos y el aumento de estómago y vientre, pero nada más. Al entrar en el desván, fue directa al final de la habitación, donde estaban sus hermosos baúles. Pensó que debería encontrarles un sitio de honor a esas maravillas y no dejarlos en un desván donde nadie podía admirar el trabajo de los artesanos de su país. Sí, estaba decidido. Lo consultaría con Kitty y con Carmela, pero uno de ellos lo pondría seguro en su habitación, a los pies de la cama.

De repente, sonrió. Tendría que buscarle otro sitio, porque ese lugar lo ocupaba más de una vez el hombre con el que iba a casarse cuando la arrastraba hasta el borde y metía esa cabeza morena entre sus muslos, haciéndola chillar de placer. Entre sonrisas, abrió el primero y fue sacando todo lo que guardaba en su interior, dejándolo en el suelo. Después abrió otro e hizo lo mismo, y al final del todo lo encontró. Era un vestido azul cielo, y juraría que no llegó a ponérselo nunca. Lo sacó y lo miró detenidamente. Su hermosa boca se frunció mientras ideaba qué giro darle, puesto que ese precioso vestido de seda brillante estaba entallado a su silueta anterior. Miró a su alrededor y volvió al ataque, abriendo otro baúl. Revolvió y revolvió y encontró la solución. Unas tiras de encaje de Bruselas en un tono blanco viejo serían el elemento que faltaba. Ahora era cuestión de cogerlo todo y llevarlo abajo, a la habitación de costura, y organizar el descosido y los empalmes. Fue en ese momento cuando escuchó un portazo. Se dio la vuelta, con sus brazos llevando el botín.

Al ver a Margaret, le sonrió como siempre hacía, pero supo que las cosas no iban bien por esa expresión extraña que mostraban esos ojos de un azul precioso, aunque saltones en extremo. Iban a salir unas palabras por su boca, pero no hubo tiempo, porque la institutriz se lanzó contra ella, con el brazo levantado y llevando algo en la mano. Carol vio que era un candelabro de bronce, uno de esos que solo admitía una vela y que se colocaban en las mesitas de noche para una emergencia nocturna. Cuando, con un grito, tuvo la intención de darle en la cabeza, la española se movió con destreza. Vio cómo la mujer tropezaba con un baúl y se daba contra la pared, abriéndose una brecha en la frente. Carol, que seguía con la ropa entre los brazos y la miraba sin llegar a creerse lo que estaba ocurriendo, contempló extasiada cómo la institutriz se llevaba la mano a la frente ensangrentada. La bajó y se la miró con la vista perdida, para después enfocarla directamente en la española mientras respiraba con

agitación. Por su boca salieron palabras amargas e insultos barriobajeros:

—Puerca extranjera… ¿Por qué tuviste que aparecer?, ¿por qué tuviste que cruzarte otra vez en su camino? —le espetó con voz entrecortada y susurrante—. Morir es tu destino. Morir para dejarlo vivir en paz, para que no lo saques de sus casillas, para que no lo tientes con tu comportamiento de puta de burdel, engatusándolo con tus artes de perra en celo.

Carolina la miraba y la escuchaba, sin llegar a creerse lo que estaba presenciando, pero a pesar de ello, reconoció la locura en la expresión de su rostro y en esos ojos enrojecidos. Y supo que la intención de la mujer era matarla. Sin embargo, algo le impedía moverse mientras agarraba con fuerza el ato de ropa, queriendo hacer un escudo para proteger a su bebé, a la espera de que ella hiciera el siguiente movimiento.

De repente, la puerta se abrió con fuerza, golpeándose contra la pared, y una figura masculina se marcó en ese espacio estrecho, haciendo que las cabezas femeninas lo mirasen con distintos anhelos. La española seguía apretando las ropas contra su cuerpo y no las soltó en ningún momento, a pesar de ver a ese magnífico hombre que llenaba el espacio por completo.

Después de haber examinado detenidamente que ella estaba bien, Wallace desplazó esa mirada fría y penetrante hasta la mujer con pinta de loca. Fue testigo de cómo esos ojos, de un azul precioso hasta decir basta pero desmerecidos por el envoltorio, lo miraban embobada.

Los dedos engarrotados de la institutriz se aflojaron y soltaron de golpe el candelabro, produciendo un sonoro ruido al caer y golpear la madera. Mostró una sonrisa cruel mientras un reguero de sangre resbalaba por su mejilla y seguía su curso por la piel de su cuello en un sendero paralelo a la yugular, hasta manchar el cuello postizo de encaje de su austero vestido de institutriz. Las palabras chirriantes salieron de su garganta:

—Solo quería quitársela de en medio, señor Wallace. —La voz sonó aguda. Las delgadas manos no paraban quietas, alisando la falda de su vestido oscuro. Entretanto, movía la cabeza hacia arriba y hacia abajo, pero sin dejar de mirar al hombre—. Esta mujer arruinará su vida, igual que hizo con el otro marido. Créame, sé de lo que hablo. Estas mujeres son el demonio, me lo dijo él. Son como perras en celo, y cuando se canse de usted, buscará otro hombre, y luego otro, y otro. Es así como actúan, me lo dijo él. Él la conoce muy bien, señor Wallace. Él me dijo que ese niño que lleva en el vientre no es suyo, sino del marido, y quiere recuperarlo. Usted… Usted no debe cargar con el hijo de otro hombre, no sería ético. —Se pasó una mano por la boca y, sin querer, se tocó la sangre de la cara.

Con ojos de loca, se miró la mano y escuchó las fuertes pisadas del hombre de sus sueños. Ese hombre que, si no hubiera aparecido la extranjera, se habría enamorado de ella; estaba segura. En cuanto hubiera estado el tiempo suficiente, habría visto las cualidades que ella poseía y no se habría dejado encandilar por bellezas que no duraban eternamente. Al notar la mano grande sobre su delgado brazo, supo lo que era sentir esos dedos sobre su cuerpo, y a pesar de que apretaban con fuerza, no le importó sentir esa violencia para poder tener ese recuerdo en el futuro.

Alex comenzó a sacarla del desván.

Con una sonrisa, Margaret miró a la española, que seguía apretando esos vestidos lujosos.

—¡No se olvide de mi madre, señora Carolina! —le rogó entre sonrisas al tiempo que sus ojos desprendían lágrimas y Wallace tiraba de ella sin contemplaciones de ningún tipo—. ¡Ella es una anciana! ¡Depende de mí y pronto morirá! ¡¿Cuidará de ella, señorita Carolina?! —preguntó, volviendo la cabeza para ver por última vez a esa mujer de ojos verdes —. ¡¿La cuidará?!

Y Carol, con los ojos llenos de lágrimas y viendo cómo Alex la arrastraba a la escalera haciendo esfuerzos para no romperle la cabeza, le contestó:

—Sí, Margaret. Cuidaré de ella, no se preocupe.

Más tarde, supo por qué Alex no había ido de caza y por qué apareció en el desván.

Al salir de la habitación y dejar a la joven que continuara con su baño, se topó con Carmela, que salía de la habitación de Kitty. Wallace le preguntó por la salud de la anciana, y la mulata le dijo lo de todos los días: que tenía las piernas muy hinchadas, que comía dulces a escondidas, que eso la hacía engordar más de la cuenta y que, más tarde, la obligaría a levantarse y dar un paseo. Después de escuchar a la mujer, iba a continuar con su camino, pero la mano de Carmela sobre su antebrazo hizo que se detuviera y clavara sus ojos en ella. La mujer demostró su intranquilidad ante el extraño comportamiento de la institutriz. Le dijo que en los últimos días estaba en un estado anormal. La había oído hablar sola en más de una ocasión, sin poder entender lo que murmuraba entre dientes, pues se callaba de golpe al verse observada. Pero la mulata pensaba que estaba perdiendo el sentido de la realidad. Y lo que dejó a Alex más intranquilo fue lo siguiente que le comentó:

—Mira a Carol de manera muy rara, muy rara, y eso no me gusta. Llámalo presentimiento, llámalo como quieras, pero no me gusta nada.

La mirada plateada quedó prendada de los ojos oscuros como la noche de la mujer, pensando que no tendría que haber transigido con

la petición de Carol, que debería haber echado a la mujer nada más volver de Williamsburg y haberse dejado de sentimentalismos y demás estupideces femeninas.

Con las últimas palabras de Carmela retumbando en su cerebro, les dijo a sus hombres que fuesen a la cacería sin él. Se encerró en su despacho, para salir cada dos por tres y observar qué pasaba en su casa, controlando dónde estaba Carol sin que ella lo supiera. Cuando una criada le dijo que acababa de subir al desván para buscar ropas en sus baúles, quiso saber dónde estaba la institutriz, pero la criada no supo contestar. Subió de tres en tres los escalones, pensando que cuando viera a esa brujita de ojos verdes enredando en los baúles, iba a darle unos azotes en ese culo respingón hasta ponerlo colorado. Pero ¡qué tontería!, sabía de sobra que él no haría eso, que no podría infligirle daño a esa criatura perfecta, aunque lo pusiera de los nervios. Y pensaba eso porque no deseaba imaginar algo que no quería ver, porque su corazón comenzaba a comportarse como un caballo desbocado, pensando que alguien quisiera hacerle daño a su bien más preciado, a la mujer a la que amaba más que a su vida.

Fue en ese momento cuando escuchó la voz de esa perra loca. Abrió la puerta con fuerza, con idea de tirarla abajo si estaba cerrada por dentro. Su corazón se tranquilizó al ver a Carol intacta, con sus grandes ojos mostrando el susto y con sus delgados brazos abrazando una seda azul y algo más. Al enfocar la vista en la institutriz, ver el aspecto que presentaba y oír la cantidad de sandeces que salieron por su boca, no aguantó más. La enganchó y la quitó de en medio. Maldita zorra; o estaba como una puta cabra, o lo hacía creer, pero siendo tanto una cosa como otra, acabaría en la calle Francis, o él mismo le partiría el cuello.

Y eso fue lo que sucedió. La señorita Margaret acabó en el nuevo edificio para mentes insanas, cerca de la universidad, que albergaba a una veintena de pacientes o algo más, y donde disponían de espacios al aire libre para caminar y respirar aire puro, alejados de los habitantes de la ciudad. Le decía a todo el que quisiera escucharla —y al que no también— que era la esposa de Alexander Wallace y que debían tratarla como se merecía hasta que su esposo llegase de uno de sus viajes oceánicos.

Durante dos años, Carol se preocupó de que la anciana madre estuviera atendida y no le faltara nada, hasta que murió plácidamente mientras dormía, sin sufrimientos y creyendo que su hija seguía trabajando en la casa del hombre más rico de Virginia.

Epílogo

Fue un parto rápido y sin apenas dolor. Quién iba a imaginárselo, cuando estaba cansada de ver cómo parían las mujeres de la comunidad, y a la que más o a la que menos le costaba sudor y lágrimas traer niños al mundo. Pero este pequeño llorón solo le produjo un poco de dolor al final, cuando estaba a punto de salir. Las palabras de Carmela en español le dijeron:

—Un niño. Un grande y hermoso niño, como su papá.

Y ella, satisfecha como nunca y con el bebé entre sus brazos, esperó la llegada del padre, la llegada de su esposo. Qué bonita palabra: esposo. Se le llenaba la boca cuando la pronunciaba y hacía sonreír al interesado.

Ese hombre, su esposo, entró en la habitación matrimonial, ya que esa fierecilla que tenía por mujer no había permitido que estuviera en el parto, porque decía que eso era cosa de mujeres. Se quedó contemplándola, con esa profunda mirada gris. Después la deslizó sobre el pequeño bulto que tenía entre los brazos. Sus dedos largos acariciaron la mejilla de Carol y luego repitió el mismo gesto con su hijo. Este retorció el morrito, hizo un puchero, abrió la boquita para bostezar y entonces abrió los ojos. El padre vio un azul grisáceo, rodeado de pestañas oscuras, y le pasó una mano sobre la cabecita, que también presentaba su buena mata de pelo oscuro, casi negro. El bebé cerró los ojos y decidió que estaba mejor en los brazos de Morfeo.

Carmela se acercó y Carol se lo dio. Lo tomó de manera amorosa y dejó a los primerizos padres a solas durante un ratito mientras iba a la habitación de Kitty y se lo mostraba como si fuera suyo.

Cuando la puerta de la alcoba se cerró, Wallace se sentó en el borde de la cama y, bajando la cabeza, besó a su mujer. Fue un beso profundo. Cogió el labio de arriba entre los suyos y luego repitió la operación con el de abajo, haciéndola suspirar varias veces. Dios, cómo le gustaba oír esos suspiros, cómo le gustaba tragárselos y hacerlos suyos, cómo le encendía la sangre esta mujer, tanto para lo bueno como para lo malo. Rodeó con sus manos grandes el contorno de los pechos hinchados y acarició los pezones, haciéndola suspirar

otra vez. Por todos los santos, acababa de parir, de dar a luz a su hijo, y estaba excitándola. Y lo que era peor: estaba excitándolo a él con esos gemiditos y esos pequeños movimientos de esos gloriosos pechos.

—¿Sabes que eres el amor de mi vida? —le preguntó con voz ronca, rozándole con sus labios el cuello y el lóbulo de la orejita—. ¿Sabes que mi vida estaría vacía sin ti?

Carol, mirándolo a los ojos, le pasó un delgado dedo por la mejilla recién afeitada, ya oscureciéndose a pesar de ello.

—Ahora somos dos. Dos amores para tu vida. Y cuando me ponga bien, que no tardaré mucho, tenemos que ponernos en la tarea de traer más amores a este mundo. A tu vida. A nuestra vida.

Rodeó con sus brazos el cuello de su hombre, y este, mostrando esa sonrisa torcida y burlona, volvió a besarla hasta dejar esa boca irritada, para que así todos los que la vieran supieran que eso lo había hecho él.

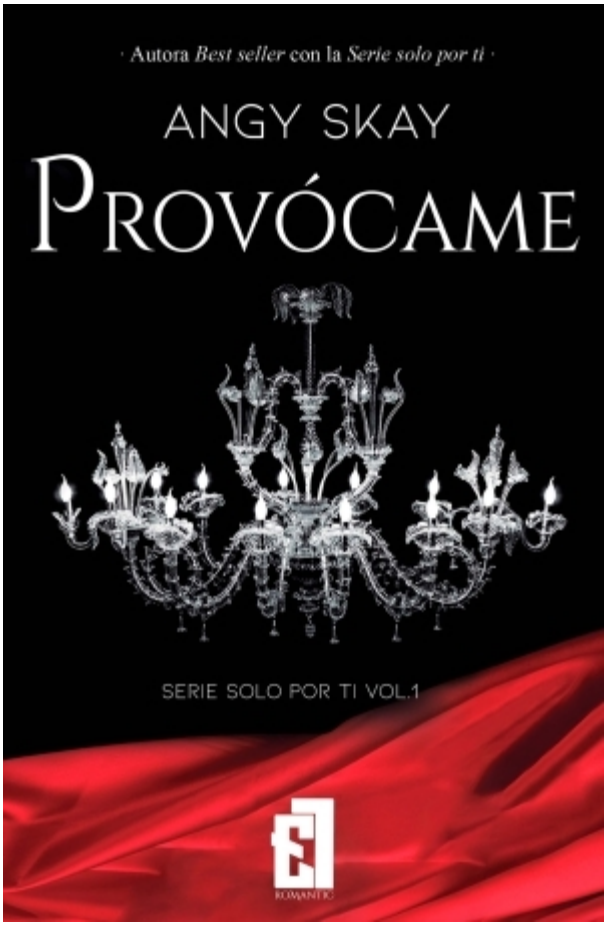
Y que ella era suya.

FIN

Biografía de la autora

Tania Sexton nació en 1960 en Huesca. Su pasión por la lectura le llevó a la escritura, y lo que comenzó como un *hobby* de fines de semana, pues no había tiempo para más. Lo dejó años después, harta de batallar con la máquina de escribir y negándose a las nuevas tecnologías. Lo retomó hace unos años y, ahora, no puede pasar sin su PC y demás dispositivos, pues escribir se ha convertido en una constante, en un disfrute. Inventar historias de amor, erotismo y también de intriga y suspense, y situarlas en diferentes épocas y países es para ella de lo más gratificante.

Actualmente dispone de doce novelas publicadas, la última: *La española*, con Entre Libros Editorial.


· Autora *Best seller* con la *Serie solo por ti* ·
ANGY SKAY
PROVÓCAME
SERIE SOLO POR TI VOL.1
ROMANTIC

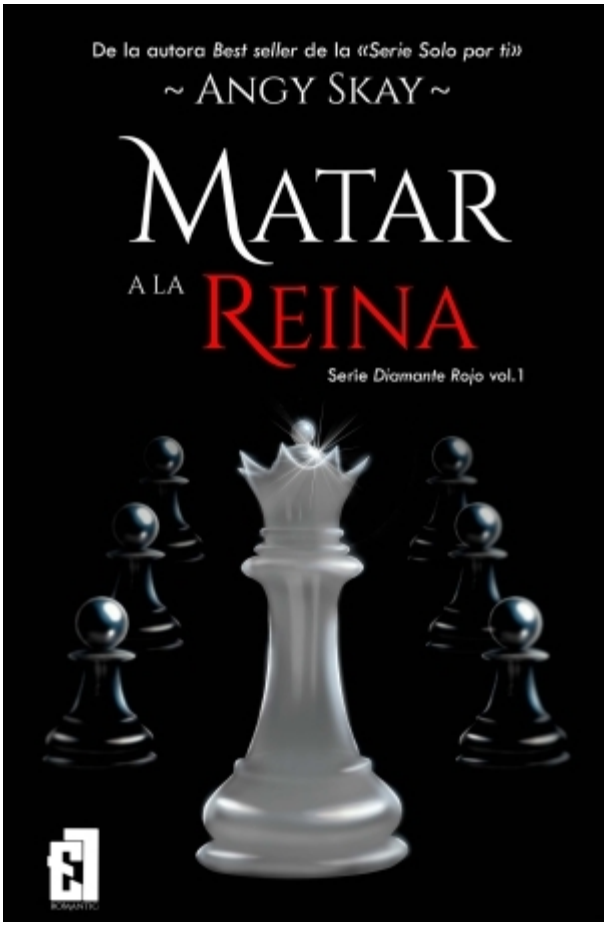
Provócame

Skay, Angy
9788494383212
494 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Qué hacer cuando el destino te pone a prueba?
¿Serias capaz de sacrificar a otra persona por ti?
¿De destrozar su vida?
El irresistible y misterioso **Bryan Summers** se trasladará a Marbella para cerrar un trato e, inevitablemente, **Annia Moreno**, una mujer que trabaja como personal *shopper* en la ciudad malagueña, se cruzará en su camino haciendo que todas sus alarmas exploten. La palabra "peligro" aparecerá reflejada en ella, pero él será incapaz de cejar en sus empeños por conquistarla, hasta que poco a poco descubra el camino de espinas que deberá de atravesar. Lujuria, desenfreno y un oculto pasado lleno de dolor crearán una mezcla explosiva entorno a su historia prohibida. ¿Quieres saber algo más? Todo esto y mucho más lo descubrirás en esta fascinante historia. Provócame, el primer volumen de la Serie Solo por ti.
¿Te atreves a provocarme?

Cómpralo y empieza a leer


De la autora Best seller de la «Serie Solo por ti»
~ ANGY SKAY ~
MATAR
A LA
REINA
Serie Diamante Rojo vol.1

Matar a la Reina

Skay, Angy
9788417160661
520 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Las alegres Navidades de Micaela Bravo se ven interrumpidas cuando, con solo doce años, alguien a quién creía de su familia le arranca la infancia acabando con lo que más quiere. Todos sus seres queridos son asesinados sin piedad y, ella, ultrajada y agredida hasta tal punto que sus agresores piensan que han terminado con su vida.

En su último aliento, su alma se impregna de un sentimiento vengativo que la hará tomar las riendas de su vida unos años después, por un oscuro y tenebroso mundo donde las mafias y el peligro son algo constante.

En otra parte del planeta, un asesino a sueldo recibe una llamada que hará cambiar su existencia por completo cuando descubra una lista con seis nombres, teniendo que asesinar a cada persona por orden correlativo, según su antiguo instructor, Anker Megalos.

Matar a la Reina es la primera parte de la serie *Diamante Rojo*, donde la mafia, los asesinatos, la acción y un amor peligroso se juntarán, dándole lugar a las personas que, al parecer, nunca tienen oportunidad de vivir un futuro a su antojo: los villanos.

En esta ocasión, "**El objetivo, eres tú".**

Cómpralo y empieza a leer

De la autora *Best Seller* con la *Serie Solo por ti*

Te robé un beso

ANGY SKAY

SERIE
¿TE ATREVES
A QUERERME?
VOL.1

Te robé un beso

Skay, Angy
9788494383274
333 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Sara Martínez tiene veintinueve años. Es soltera, una mujer de armas tomar, aunque muy insegura de sí misma. Huye del amor por una turbia relación del pasado y busca una vida normal, tranquila y sin ataduras. Le encanta su trabajo y vivir el día a día junto a su mejor amiga; Patricia.

César Fernández tiene treinta años. Es soltero, de mirada inolvidable y un cuerpo que incita al pecado. Un don Juan en toda regla. El típico "chico malo" al que su padre intenta encarrilar sin éxito alguno. Con una vida desahogada, gracias a un "golpe de suerte".

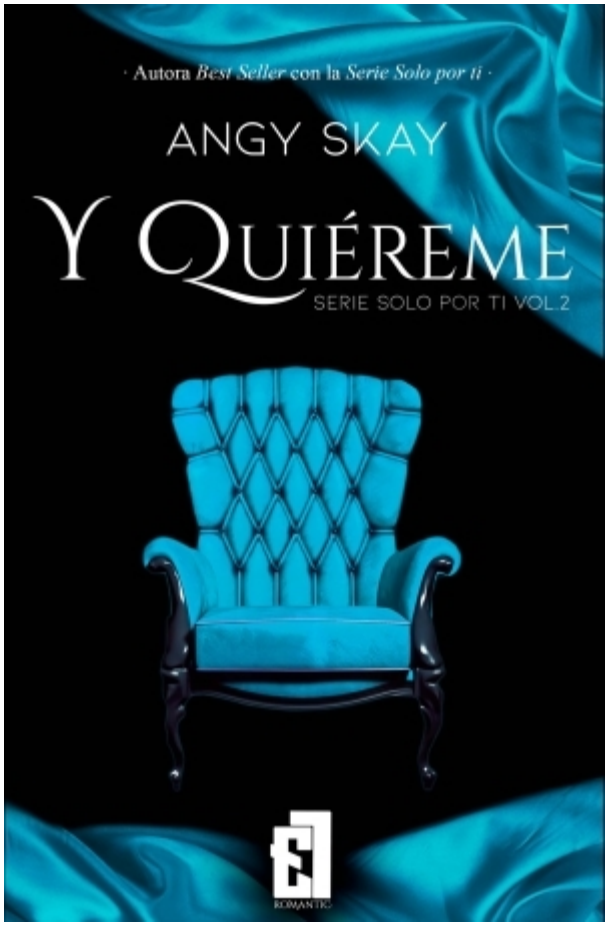
Sus caminos se juntan sin esperarlo y una atracción letal les arrastra por completo. Lo que Sara no sabe es que César oculta un pequeño secreto que ella jamás esperaría y un encuentro en el pasado que no recordaba.

¿Podrá un **ladrón** de corazones **robarle** un **beso** y derribar las barreras de su **corazón**?

Comienza la serie ***¿Te atreves a quererme?***

Y tú, ¿te atreves a empezarla?

Cómpralo y empieza a leer


· Autora Best Seller con la Serie Solo por ti ·
ANGY SKAY
Y QUIÉREME
SERIE SOLO POR TI VOL.2
ROMANTIC

Y quiéreme

Skay, Angy
9788494383229
460 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cuando el amor golpea devastadoramente tu corazón y se hace paso sin pedir permiso, la pasión y el desenfreno ciegan detalles muy significativos de una pareja.
Detalles que cuando salen a la luz atormentan. Bryan no podrá vivir sin ella, pero ¿y ella? ¿podrá vivir con inesperados y sorprendentes percances que transcurrirán, dejándola fuera de lugar?
Conoceremos a Annia por completo, sin embargo, ¿qué pasa con Bryan? Esta historia abrirá muchos caminos y, con ellos, demasiadas dudas.
Tras el impresionante Provócame, llega la esperada segunda parte de la Serie Solo por ti. *¿Podrás quererme?*

Cómpralo y empieza a leer

· Autora *Best Seller* con la *Serie Solo por ti* ·

ANGY SKAY

INCÍTAME

El secundario más deseado de la ***serie Solo por ti***

SERIE SOLO POR TI VOL.4

ROMANTIC

Incítame

Skay, Angy
9788494436277
444 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El **atractivo e irresistible** Máximo Collins viaja a la ciudad donde su mejor amigo, Bryan Summers, esconde su identidad junto a su familia.

En ese trayecto casi atropella a una mujer de ojos negros como la noche y, aparentemente de lengua afilada. Pero lo que Max desconoce, es que esa mujer es una heroína.

Tras la apariencia de hombre divertido, *sexy* y romántico, se encuentra un alma rota, junto a un corazón desintegrado que tendrá que enfrentarse a su mayor temor: el pasado.

Un último amor, una familia oculta y un trauma persistente provocarán que los días de Máximo Collins sean un calvario difícil de resolver.

¿Será capaz Max Collins de afrontar todas las trampas que le depara el destino?

Cómpralo y empieza a leer